C. MARX y F. ENGELS

BIOGRAFIA DEL MANIFIESTO COMUNISTA

Ediciones MASAS

La Paz - Bolivia

2023

INDICE

Introducción, por W. Roces sobre los origenes del maniiesto y la Liga Comunista 4

Introducción por León Trotski 29

Prólogos de Marx y Engels a la edición alemana de 1872 37

Prólogo de Engels a la edición alemana de 1883 39

Prólogo de Engels a la edición alemana de 1890 40

Prólogo de Engels a la edición polaca de 1892 44

Prólogo de Engels a la edición italiana de 1893 46

Manifiesto del Partido Comunista 48

Burgueses y proletarios 48

Proletarios y comunistas 57

Literatura socialista y comunista 64

Actitud de los comunistas ante los otros partidos de la oposición 72

Notas aclaratorias por D. Riazanof 74

Burgueses y proletarios 74

Proletarios y comunistas 120

Literatura socialista y comunista 160

Actitud de los comunistas ante los otros partidos de la oposición 190

En memoria del Manifiesto Comunista, por A. Labriola 199

Dos alocuciones del Comité central de la Liga de los Justicieros a sus afiliados 236

Alocución de noviembre de 1846 236

Alocución defebrero de 1847 240

La Revista Comunista de Londres 245

Estatutos de la Liga Comunista 267

Principios de comunismo 272

Los movimientos revolucionarios de 1847 287

Reivindicaciones del Partido Comunista de Alemania 295

Dos alocuciones del Comité central de la Liga Comunista a sus afiliados (marzo y junio de 1850) 297

Alocución del mismo Comité Central a la Liga Comunista de 1850 305

Documento referente a un pacto entre marxistas y blanquistas 310

Liga Mundial de revolucionarios comunistas 311

Manifiesto de Blanqui 312

Marx contra la fracción ultraizquierdista Willich-Schapper 314

Las consecuencias de la revolución del proletariado 317

INTRODUCCION

por W. Roces

SOBRE LOS ORIGENES DEL MANIFIESTO Y LA LIGA COMUNISTA

"Con este fin (el de redactar "un Manifiesto de su partido") se han congregado en Londres los representantes comunistas de diferentes países y redactado el siguiente Manifiesto." Esa reunión, a que el propio Manifiesto se refiere en su preámbulo, fue el segundo congreso de la Liga Comunista, reunido en la capital de Inglaterra del 29 de noviembre al 8 de diciembre de 1847; en él se encomendó a Marx y Engels la redacción del programa político de la Liga que pasa a la historia con el nombre de Manifiesto Comunista. Es, pues, en esa organización a que el Manifiesto sirve de programa, en la Liga Comunista y en su historia, donde han de buscarse los orígenes de este inmortal documento. Y la investigación tiene de suyo notorio interés, ya que la Liga Comunista es la primera organización política del proletariado que actúa bajo los principios del socialismo científico y el primer partido obrero en que se destaca, por mucho que en él prevaleciesen los elementos alemanes y la preocupación por la revolución alemana, el carácter internacional del movimiento proletario. La Liga Comunista es el precedente directo de la Internacional de los Trabajadores, y los años de su actuación representan una etapa decisiva en la consolidación del movimiento obrero internacional, etapa que ha dejado su huella en la historia y su jalón perenne en el Manifiesto Comunista.

En 1885, extinguida la Primera Internacional, decía Engels que el movimiento obrero internacional de los tiempos modernos no era más que la continuación directa de aquel período de actuación proletaria, que había sido, en rigor, el primer movimiento obrero internacional de la historia, y que los principios teóricos abrazados por aquella organización y estampados como programa suyo en el Manifiesto Comunista de 1847 eran el más fuerte lazo que unía en una acción común al proletariado de Europa y América.

Durante mucho tiempo no hubo más fuente de información para investigar los orígenes de la Liga Comunista y su actuación que el que Engels llama su "libro negro", una obra amañada al servició del Gobierno prusiano por dos espías policíacos, Wermuth y Stieber, con el título de *Las conspiraciones comunistas del siglo XIX* (Berlín, 2 partes, 1853 y 1854). Las *Revelaciones del proceso de los comunistas de Colonia,* publicadas por Marx en 1853, poniendo al desnudo toda la trama de falsificaciones sobre que descansaba aquel proceso, no encontraron apenas difusión, pues el folleto fue secuestrado por la policía. En su obra contra Vogt *(Herr Vogt,* Londres, 1860), Marx registra una serie de datos de interés sobre la Liga Comunista.

En 1885, transcurridos ya cerca de cuarenta años desde su fundación, Engels, reeditando las *Revelaciones*[1], les antepone una detallada introducción que intitula "Datos para la historia de la Liga Comunista". En estos materiales, sacados por

1- Hottingen-Zurich, Verlag der Volksbuchhandlung, 1885; reed., con introducción y notas, por Franz Mehring, Berlín, 1914.

Engels de sus recuerdos, en los datos suministrados por Marx en el *Herr Vogt,* y en la correspondencia mantenida entre Marx y Engels durante aquellos años [2] , se basan todos los investigadores marxistas: Mehring[3] (, Gustavo Mayer[4], Carlos Grünberg [5] y D. Riazanof [6], para exponer los orígenes, desarrollo y vicisitudes de la Liga Comunista y de su programa. El descubrimiento del único número publicado en septiembre de 1847 por la *Revista Comunista* de Londres, como órgano de la Liga [7], y la publicación de las dos proclamas de la Liga de los Justicieros, que reproducimos en el Apéndice han contribuido a avivar e iluminar con nuevos datos documentales esta importantísima época del movimiento proletario.

Con el ingreso de Marx y Engels en la Liga Comunista, hecho que en realidad marca los orígenes de ésta, confluyen por vez primera en la historia dos movimientos que hasta entonces habían venido discurriendo por cauces separados: la idea comunista críticamente cimentada, la ciencia comunista, y el movimiento proletario; la teoría crítica del comunismo y las luchas y organizaciones del proletariado. De esta fusión de las dos corrientes nace el socialismo científico, que máta en el proletariado el morbo del socialismo como utopía, como puro sentimiento, y en la ciencia revolucionaria la quimera del comunismo como vana filosofía. La teoría encarnaba en la práctica y la idea organizada forjábase en instrumento de lucha y arma de acción. La predicción y el anhelo que Marx proclamara en los *Anales Franco Alemanes* (1844) quedaban cumplidos: el "rayo de la idea" había prendido "en el candoroso suelo popular", la filosofía se había convertido en la "cabeza", el proletariado en el "corazón" de la gran cruzada emancipadora. Este hecho, que abre toda la historia moderna del socialismo y prepara la conquista del Poder por el proletariado, no se produjo, naturalmente, por obra del milagro. Era, a su vez, el fruto de un largo proceso histórico, que intentaremos esbozar aquí, en el reducido espacio de que disponemos.

En el Manifiesto Comunista se formulan ya, perfectamente definidos, los criterios fundamentales que forman la teoría marxista. "Durante el invierno de 1846 a 1847 —dice Engels en su prólogo a la edición alemana de la *Miseria de la filosofía—,* Marx acababa de dilucidar los principios de su nueva concepción histórica y económica." Esta nueva concepción, medula del socialismo científico y palanca de todo el movimiento proletario

2- . Kart Marx-Friedricb Engels Briefwechsel, en Obras completas, eds. por el Instituto Marx-Engels de Moscú, ed. alem. Berlín, 1929, I; págs. 63 ss.

3 . Historia de la Socialdemocracia alemana, 2 ed. (Stuttgart, 1903, I, págs. 328 ss.); estudios preliminares y notas a su edición de los Escritos varios de Marx y Engels, 4o ed., Stuttgart, 1923, II, págs. 329 ss.; Carlos Marx (Historia de su vida), trad. española de W. Roces, Madrid, 1932 (Editorial Cénit), págs. 153 ss*

4- . En el único tomo que hasta ahora ha visto la luz de su gran biografía de Engels (Friedrich Engels in seiner Frübzeit), 1820-1831, Berlín, 1920, págs. 262 ss.

5- En el documentado estudio preliminar sobre "La historia de los orígenes del Manifiesto Comunista" que precede a su compilación Die Londoner Kommunistische Zeitschrift und andere XJrkainden aus den fabren 1847-1848.

6- En la introducción a su edición comentada del Manifiesto Comunista, ed. inglesa: The Communist Manifestó of. K.Marx.. aiñlF.Engels, Londres, 1930.

7- Acerca de los orígenes de éste y del boceto de Engels, da también una síntesis muy precisa H. Duncker, en su edición de los Principios de comunismo de Engels ("Elementarbücher des Kommunismus"). Berlín, 1930.

moderno: el materialismo histórico, era el punto a que venían a desembocar, por derroteros independientes, las trayectorias filosóficas de Marx y Engels. Ambos habían arrancado de la filosofía hegeliana, superándola críticamente a través de Feuerbach y de los materialistas franceses, hasta convertirla en una nueva dialéctica revolucionaria. Marx tenía ya detrás de sí la campaña política de la *Gaceta del Rin,* convertida por él, desde su puesto de redactor jefe, en el órgano teórico y político de la burguesía radical renana, vehículo ascensional de progreso en los medios industriales de aquella región. Había vencido por la observación y el incansable estudio la fase ideológica de culto al principio del Estado y su fe en la fuerza suprema de la idea, para volverse hacia el mundo de la realidad social. De la conciencia de esta realidad a la necesidad de revolucionarla para realizar en ella su ideal de humanidad no podía haber, para el espíritu de Marx, más que un paso. En este temprano proceso de formación, a Marx se le revela en seguida el carácter necesariamente limitado y fragmentario de las revoluciones políticas, que sólo tocan a las instituciones de la democracia formal. Rompiendo la envoltura del Estado, desciende a la sociedad y ahonda en la raíz de los problemas sociales. En París, adonde se expatrió voluntariamente en noviembre de 1843, huyendo de la mortífera atmósfera de la reacción alemana, se entrega apasionadamente al estudio de la Gran Revolución, de los materialistas y socialistas franceses, campo magnífico de experimentación en que se consolida y esclarece la formación dialéctica que ya traía cimentada. El propio Marx resume, en las líneas clásicas de su prólogo al ensayo de *Crítica de la Economía política* (1858), su proceso de formación científica. En él nos dice que fue una revisión crítica de la filosofía hegeliana del derecho, publicada en 1844 en los *Anales Franco Alemanes,* la que le llevó a la conclusión que había de cimentar su teosía del materialismo histórico.

La "nueva idea comunista", que había ido gestándose, según nos cuenta Engels, al margen del comunismo tradicional y de las doctrinas utopistas, estaba a punto de alumbramiento. Engels, por su parte, iniciado antes que el propio Marx en el comunismo filosófico y entregado de lleno al estudio de las obras socialistas cuando Marx las ignoraba todavía completamente —como él mismo hubo de confesar desde la *Gaceta del Rin* apenas se hizo cargo de ella en octubre de 1842, en un conocido episodio—, había entrado en contacto con el mundo industrial inglés, removido en aquellos años por el movimiento revolucionario del cartismo. En Mánchester, donde pasó los años 1843 y 1844, la realidad inglesa vino a representar para él, sobre su formación anterior, lo que para Marx el año de estudios de París. "En Mánchester —dice el propio Engels, en su introducción a las *Revelaciones*— di de bruces contra la observación de que los hechos económicos, a que los historiadores venían atribuyendo una importancia despreciable, cuando le atribuían alguna, representaban, a lo menos en el mundo moderno, una potencia histórica decisiva; y llegué a la persuasión de que esos hechos económicos eran la base sobre que descansaban las modernas luchas de clases, *y* de que estas luchas, en aquellos países en que, gracias a la gran industria, habían llegado a su pleno desarrollo, como ocurría, sobre todo, en Inglaterra, constituían a su vez la base de formación de los partidos políticos, de las luchas entre estos partidos y, por consiguiente, de toda la historia política." Y del mismo modo que Marx, en sus dos

artículos de los *Anales Franco Alemanes* sobre la cuestión judía y la introducción a la crítica de la filosofía jurídica hege- liana, esbozaba ya su nueva filosofía materialista de la historia y social, Engels daba expresión, paralelamente, a la misma idea en su esbozo de la *Crítica de la Economía política* y en sus apuntes sobre *La situación de Inglaterra,* publicados con los ensayos de Marx en el único número que llegó a ver la luz de aquella revista (febrero de 1844). "Marx —prosigue *Engels*— llegaba ya a la conclusión general de que no era el Estado el que condicionaba y presidía la sociedad burguesa, sino, por el contrario, ésta la que condicionaba y presidía al Estado, y que, por tanto, la política y su historia habían de explicarse por los factores económicos y su desarrollo, y no al revés."

Marx y Engels reuniéronse en París a fines de agosto de 1844. Engels regresaba a su casa paterna, después de los meses 'de estudio en Mánchester. En los diez días que permanecieron juntos pudieron contrastar la perfecta coincidencia de sus puntos de vista. Fué entonces cuando sellaron aquella alianza sin igual al servicio de la idea y de la causa proletaria, que había de fundir en unidad sus vidas, y de allí arranca su compenetrada colaboración. Durante los días de convivencia en París quedó cimentada su primera obra crítica en común contra el pasado filosófico de los idealistas hegelianos: *La Sagrada Familia.* "Cuando volvimos a reunimos en Bruselas en la primavera de 1845, Marx, partiendo de las bases a que acabo de referirme, había desarrollado ya a grandes rasgos su teoría materialista de la historia, y no nos quedaba más que sentamos a trabajar y desenvolver en detalle la nueva concepción conquistada, proyectándola en diferentes direcciones." (Engels.)

Como es sabido, Marx hubo de trasladarse a Bruselas, expulsado de Francia por las intrigas del Gobierno prusiano, que tuvieron en Guizot su brazo ejecutor. El Gobierno reaccionario y feudal de Prusia sentíase amenazado por la campaña de los revolucionarios alemanes expatriados, que 'tenía por órgano de expresión el *Vorwaerts* de París. En agosto de 1844, cinco meses antes de su expulsión, Marx había publicado en sus columnas el célebre artículo sobre la insurrección de los tejedores si- lesianos, artículo que debió titularse en rigor, como dice Mehring, "Política y socialismo", y donde, criticando las ideas del demócrata burgués Amold Ruge, antiguo camarada suyo neo-hegeliano, traza ya, con una claridad perfecta, la senda que la clase obrera había de abrazar para su emancipación: la senda revolucionaria. "Sin revolución no podrá realizarse el socialismo." La vieja teoría que distingue entre revoluciones políticas y sociales es sometida aquí a una profunda revisión: "Toda revolución disuelve la vieja sociedad; en este sentido, toda revolución es social. Toda revolución derriba los viejos poderes; en este sentido, toda revolución es política." Estas ideas descansan ya en un estudio detenido del régimen capitalista, con todas sus contradicciones, y en la conciencia del único camino que puede llevar al proletariado a resolverlas. Entre los papeles de esta época legados por Marx y recogidos ahora en la edición magna del Instituto Marx-Engels, ocupan una parte considerable los extractos de obras económicas, que, con los de las obras de los historiadores de la Revolución francesa y las de los socialistas y materialistas, nos descubren el andamiaje de los estudios de Marx en este período y ios

cimientos de investigación de la teoría marxista.

El descubrimiento del materialismo histórico, "que había de revolucionar la ciencia de la historia y que era substancialmente obra de Marx, en la que a mí —dice Engels— sólo me cabe una parte muy pequeña, encerraba una importancia directa para el movimiento obrero de aquel entonces.

Contemplando a la luz de la nueva idea el comunismo de los franceses y los alemanes, el cartismo de los ingleses no se presentaba ya como algo fortuito y accidental, que lo mismo podía no haber existido. Estos movimientos cobraban ahora la significación de un movimiento de la clase oprimida moderna, el proletariado, el relieve de formas más o menos definidas de una lucha históricamente necesaria contra la clase gobernante, contra la burguesía, de la forma de lucha de clases, pero de una lucha de clases que se distinguía de todas las anteriores en esto: en que la clase oprimida moderna, el proletariado, no podía llevar adelante su obra de emancipación sin emancipar al mismo tiempo a toda la sociedad de su división en clases, y, por tanto, de las luchas de clases en general. A partir de ahora, el comunismo dejaba de ser la incubación por la fantasía de un ideal social lo más perfecto posible y convertíase en el estudio del carácter, las condiciones y los objetivos generales que de ella se derivaban necesariamente en la lucha mantenida por el proletariado". La superación del socialismo como utopía por el socialismo como ciencia quedaba cimentada, y quien desee tener una idea clara de la transcendencia y alcance de esta transición no tiene más que leer el clásico estudio de Engels sobre el socialismo utópico *y* el socialismo científico. En su prólogo a la edición del Manifiesto Comunista, publicada en 1883, Engels insiste en que la idea fundamental inspiradora del Manifiesto, la idea central de todo el marxismo, la concepción materialista de la historia, pertenece "única y exclusivamente" a Marx. En el prólogo a la traducción inglesa puntualiza un poco más los orígenes de la teoría, añadiendo: "Ya varios años antes de 1845 nos habíamos ido acercando ambos gradualmente a esa idea, y mi obra sobre *La situación de la clase obrera en Inglaterra* [8] demuestra los avances hechos por mí personalmente en esa dirección. Sin embargo, cuando en la primavera de 1845 volví a reunirme con Marx en Bruselas, ya él había dado los últimos toques a esa teoría y me los expuso en términos claros y precisos."

Con su visión nueva de la historia, Marx y Engels se convierten en los dos grandes .teóricos del proletariado. Analizada por el nuevo método crítico, la historia no dejaba abierta más puerta de progreso humano ascensional que la revolución proletaria. Ante el proletariado alzaba la nueva idea alumbrada por la historia la misión también histórica de crear desde el Poder, con la instauración revolucionaría de su régimen de clase, la sociedad en que habían de resolverse necesariamente las contradicciones del mundo burgués. ¿Qué harían los geniales descubridores con la nueva idea? ¿Se limitarían a propagarla teóricamente en el campo de la doctrina? La trayectoria de

8- Fruto de sus estudios ingleses en los años 43 y 44, aunque no viera la luz hasta 1845, de regreso ya en Alemania.

Marx y de Engels, proyectada ya desde muy atrás hacia el mundo de las realidades, les curaba de esa aberración erudita. En sus famosas tesis sobre Feuerbach, escritas en Bruselas en la primavera de 1845, Marx había escrito: "Hasta ahora, los filósofos se han limitado a interpretar el mundo cada cual a su manera; mas de lo que se trata es de *transformarlo."* "A nosotros —dice Engels, en su introducción a las *Revelaciones*— no se nos pasó jamás por las mientes la idea de ir a contar al oído del mundo erudito, en gordos volúmenes, los nuevos resultados científicos de nuestras investigaciones, para que los demás no se enterasen. Nada de eso... Teníamos el deber de fundamentar científicamente nuestras doctrinas; pero, para nosotros, era por lo menos igualmente importante ganar la opinión del proletariado europeo, y sobre todo del proletariado alemán, para nuestras ideas. Y apenas llegamos a conclusiones claras ante nosotros mismos, nos pusimos a trabajar."

¿Cuál era el panorama del "otro frente", del frente proletario, cuáles eran las perspectivas del movimiento obrero y de sus organizaciones de clase por aquellos tiempos en que Marx y Engels forjaban la nueva concepción del socialismo? Esta pregunta nos remonta por el curso de la segunda corriente que ha de confluir en el Manifiesto Comunista y nos lleva a los orígenes de la organización obrera a que el Manifiesto sirvió de portavoz.

La Revolución francesa echó las bases para el socialismo con el derrocamiento de la sociedad feudal y la instauración del poder de la burguesía. Por eso es en París donde hay que buscar, desde la fracasada conspiración de Babeuf, el hogar del movimiento proletario. El movimiento cartista inglés, profunda conmoción revolucionaria del proletariado, desencadenada por la crisis de la sociedad burguesa instaurada en Inglaterra por la revolución industrial, y que llena un largo período de la primera mitad del siglo XIX, no trasciende apenas al continente. La atmósfera política de Alemania, cargada de opresión feudal, no era própicia siquiera a las débiles organizaciones políticas de la clase artesana. Y esta atmósfera de opresión política, unida al gran contingente de artesanos alemanes de diferentes oficios (sastres, ebanistas, curtidores, etc.) que emigraban a la capital francesa a perfeccionarse en sus artes mecánicas, hacía que París fuese en aquella época el centro político y social de Europa. Las tradiciones revolucionarias y las obras de los primeros socialistas franceses llenaban aquel ambiente de París de gérmenes de socialismo y de comunismo. No coincidían, por entonces, los dos conceptos, como el propio Engels pone de relieve al final de su prólogo de 1890 al Manifiesto. Lorenzo von Stein, en su conocido libro sobre la *Historia del movimiento social en Francia,* expresaba la diferencia en estos términos: el socialismo aspiraba a formar una nueva sociedad por la fuerza de las verdades proclamadas; el comunismo quería derrocar la sociedad existente por la fuerza de la masa, mediante una revolución. En la década del 40, la palabra "socialismo" cifraba los deseos más o menos radicales, y expuestos en una forma más o menos académica, que tendían a la renovación pacífica de la sociedad por medio de toda una serie de reformas. El "comunismo" designaba las ideas que pugnaban por su transformación revolucionaria. El socialismo era una doctrina culta y presentable en los salones. El comunismo, una peste plebeya contra la que todo era lícito y que a

todo trance había que sofocar. En la historia del socialismo alemán, la distinción, siendo la misma, adopta distinta expresión: de un lado, el "comunismo filosófico", propagado por los representantes de las clases cultas; de otro, el comunismo plebeyo de los artesanos. Engels, que en su contacto con las doctrinas socialistas se anticipa, como hemos visto, a la trayectoria de Marx, hubo de ser iniciado en el "comunismo filosófico", cuando aún estaba identificado con el "partido" de los neohegelianos radicales de Berlín, por su camarada y coterráneo Moses Hess , el primero del grupo que vió en el comunismo el desarrollo lógico de la filosofía neohegeliana. Hasta el otoño de 1842 no se le revela a Engels la existencia del movimiento comunista práctico que surge del seno del artesanado alemán con las doctrinas de Guillermo Weitling.

Desde la Gran Revolución francesa regía en Francia una ley prohibitiva de las coaliciones obreras, y la monarquía de julio, perseguidora rabiosa de las organizaciones proletarias y, en general, de cuanto significase oposición contra el régimen de la gran burguesía financiera que tenía acaparado el país, reforzó celosamente la antigua prohibición. En aquellas condiciones, desahuciadas de la vida pública, las clases oprimidas no tenían más vehículo de organización que la sociedad secreta ni podían tener más actividad política que la conspiración. La década del 30 es una época de conspiraciones, atentados terroristas, golpes de mano, intentonas; por todas partes brotan conjuras y sectas de conspiradores, sociedades secretas, no pocas de ellas fomentadas, naturalmente, por la propia policía como pretexto de nuevas represiones. En esta etapa, el proletariado, desorganizado y falto de fuerzas, integrado en la mayor parte de su contingente por elementos artesanos, no es más que un apéndice de la pequeña burguesía radical, mediatizado por las tradiciones jacobinas de la Gran Revolución. La agitación republicaría tiene completamente absorbido el movimiento obrero en sus cauces sectarios y no deja margen a la formación de un partido proletario de clase. La Sociedad de los Amigos del Pueblo y la Sociedad de los Derechos del Hombre, centros de cristalización de las campañas republicanas en los primeros años del decenio, son organizaciones mixtas de radicales pequeñoburgueses y proletarios. Sofocado por segunda vez, en 1834, el alzamiento de los tejedores hambrientos de Lyon, la "monarquía burguesa" redobla su persecución contra las ideas republicanas, y la Mutualidad Obrera de los lioneses, organización perfectamente apolítica, principalmente integrada por maestros artesanos y que mantenía relaciones muy estrechas con la Sociedad de los Derechos del Hombre, se ve obligada a disolverse. Los jefes de ésta huyen al extranjero. Obreros y republicanos se refugian en la ilegalidad, capitaneados principalmente por Armando Barbes y Augusto Blanqui, secuaces de Babeuf, cuyas gestas glorificara pocos años antes su camarada Felipe Buonarroti. En 1835, acaudillada por estas dos figuras de "radicales igualitarios", se funda la Sociedad de las Familias, que, deshecha por la policía, se rehace a poco en la Sociedad de las Estaciones. En ella prevalece ya, casi exclusivamente, la tendencia proletaria. Su programa predica la "revolución social y radical", la "destrucción de la aristocracia, de los capitalistas, de los banqueros, de los grandes contratistas, de los monopolizadores, de los grandes terratenientes, de los

especuladores, en una palabra, de todos los explotadores que engordan a costa del pueblo". En la ideología de estos revolucionarios, la república no es ya un fin en sí, sino un simple medio político para desplazar los bienes de los poseedores que no trabajan a los obreros desposeídos. Eran, en una palabra, las toscas tendencias comunistas de Babeuf, vertidas en la fórmula ideológico-burguesa de la igualdad. Y como el programa, la táctica: también ésta estaba basada sobre el patrón de los "igualitarios". Era la idea primitiva de que un puñado de conspiradores decididos, con un audaz golpe de mano, bastaban para derribar el Gobierno y tomar el Poder. La intentona del 12 de mayo de 1839, reincidencia del alzamiento de los "igualitarios" en mayo de 1796, dió pronto al traste, fácilmente sofocada, con esa quimera. Los dos jefes del movimiento, Barbes y Blanqui, fueron condenados a muerte, conmutándoseles la pena por la de cadena perpetua, y los demás elementos hubieron de dispersarse.

Intimamente relacionada con la Sociedad de las Estaciones, identificada con ella en principios y en táctica, y aliada en el movimiento, estaba la Liga de los Justicieros. En 1834, los elementos de la emigración alemana de París crearon la primera secta secreta integrada por artesanos de esta nacionalidad: la Liga de los Proscritos. Sus objetivos eran democrático-republicanos, al igual que los de otras sociedades políticas francesas de la misma época, y en los estatutos se consignaba como finalidad de la organización "la emancipación y el renacimiento de Alemania, la instauración y defensa de la igualdad política y social, y los postulados de la libertad, la virtud civil y la unidad nacional". Formaban su contingente de afiliados unos cien artesanos alemanes residentes en París, que, por medio de otros oficiales que iban y venían, mantenían contacto con Alemania. En 1836 se escindió esta sociedad. Los elementos más decididos y radicales, que eran la gran mayoría, se reunieron bajo la dirección de Guillermo Schuster, un antiguo profesor universitario de Gotinga, en la nueva Liga de los Justicieros, mientras los demás seguían dormitando en la inacción, hasta desaparecer, bajo la jefatura de otro ex profesor: Jacobo Venedey.

La Liga de los Justicieros no tardó en cobrar incremento. Y aunque en un principio siguió profesando la vieja idea igualitaria y rindiendo culto a las tradiciones conspirativas de Babeuf, poco a poco iba pasando a primer plano en ella la preocupación de la propaganda. Sin embargo, la tradición acabó por vencer y la nueva Liga se vió arrastrada rápidamente por los métodos y la táctica del grupo de Blanqui. Su organización era complicadísima. Aunque sus estatutos no se han conservado, sabemos, por las memorias de un contemporáneo, que se dividía en "comunas", formadas por diez individuos; que cada diez comunas integraban un "distrito"; los representantes de éstos, el "atrio", y que al frente de éste, formado por elementos de su seno, estaba un Comité directivo, a quien incumbía la dirección ideológica de la Liga, con un Comité adjunto, que desempeñaba funciones de control. Entre sus afiliados se destacaban Carlos Schapper, Enrique Bauer y el sastre Guillermo Weitling, primer ideólogo del proletariado alemán, que en 1838 dió a la luz, respondiendo seguramente a una iniciativa de la organización, su primera obra titulada *La humanidad como es* y *como debiera ser,* obra que era una profesión de fe

comunista y que, aunque muy influida todavía en la forma por Lamennais, presentaba ya huellas muy marcadas del socialismo de los utopistas.

La fracasada intentona de mayo de 1839, en que la Liga de los Justicieros hizo causa común con la conspiración de Blanqui y Barbes y compartió su suerte, valió la expulsión de Francia por el Gobierno de Luis Felipe, tras largo encarcelamiento, a sus principales afiliados. Los más de ellos se trasladaron a Londres. Otros buscaron refugio en Suiza, y en ambos sitios procuraron aprovecharse de la libertad más o menos relativa de movimientos que las leyes les brindaban para restaurar con los elementos dispersos su organización. Pero fué en Londres donde, más favorecidos por las leyes de reunión y asociación, se congregaron los elementos más activos, restableciendo aquí el centro de la Liga de los Justicieros. Alma de la empresa en esta nueva etapa de su actuación fueron Carlos Schapper, Enrique Bauer y José Molí. Schapper, natural de Nassau, estudiante de la Escuela forestal de Giessen, había tomado parte, en 1833, en el asalto a la guardia de los condestables de Francfort y, refugiado en Suiza, se unió en el mes de febrero de 1844 a la expedición de Mazzini sobre Saboya. En su introducción a las *Revelaciones,* Engels traza de él la siguiente semblanza: "De talla gigantesca como un huno, expeditivo y enérgico, dispuesto siempre a jugarse la existencia burguesa y la vida, Schapper era modelo de revolucionarios profesionales de aquellos que supieron destacarse en la década del treinta. Aunque un poco tardo de pensamiento, no era inaccesible, ni mucho menos, a toda penetración teórica profunda, como lo acredita ya su misma evolución de "demagogo" a comunista, y cuando llegaba a una conclusión se aferraba firmemente a ella. Esto hacía que su pasión revolucionaria se desviase a veces con su inteligencia; pero, en estos casos, reconocía siempre y sabía confesar sinceramente sus errores, después de descubiertos. Era todo un hombre, y sus méritos en la fundación del movimiento obrero alemán son inolvidables." Emigrado en París, se ganaba la vida de cajista de imprenta; más tarde, en Londres, se dedicó a dar lecciones de idiomas. Enrique Bauer, oriundo de Franconia, era zapatero: "un hombrecillo vivo, despierto y diminuto, pero en cuyo cuerpo, aunque pequeño, se albergaban una gran astucia y una gran decisión." En Londres se les unió José Molí, relojero, de Colonia, "un hércules de talla media —¡cuántas veces, dice Engels, entre él y Schapper defendieron victoriosamente con sus cuerpos la puerta de una sala contra cientos de asaltantes!— y hombre que, no desmereciendo por lo menos de sus dos camaradas en punto a energía y decisión, los sobrepujaba en inteligencia. Molí no era sólo un diplomático innato, como lo prueban los triunfos de sus numerosas misiones, sino también un espíritu abierto a la comprensión teórica". Engels les conoció por vez primera en Londres, en 1843, antes seguramente de expatriarse Marx en París. "Eran, nos dice, los primeros revolucionarios que me echaba a la cara, y aunque nuestras ideas, por entonces, no coincidiesen en todo, ni mucho menos, pues frente a su mezquino comunismo igualitario, yo abrigaba todavía, a la sazón, una buena dosis de jactancia filosófica no menos mezquina, jamás olvidaré la impresión imponente que me causaron aquellos tres hombres de verdad cuando apenas empezaba a dejar de ser un chiquillo."

El 7 de febrero de 1840, los desterrados alemanes fundaban en Londres, con carácter público, una Asociación de Cultura Obrera, que todavía seguía funcionando a principios de siglo. A fines de 1846 contaba, según datos aproximados, con unos 500 socios. Esta Asociación, aparte de sus fines propios, servía de vehículo de reclutamiento para la Liga de los Justicieros, por cuyos elementos estaba dirigida. En París, Weitling fué quien se encargó de reanudar, poniéndolos bajo la dirección de Ewerbeck, los hilos rotos de la organización, pasando de allí a Suiza, donde realizó la misma tarea, ayudado por Augusto Becker, su entusiasta partidario. De este modo, la red de la organización proletaria iba extendiéndose a todos los centros de la emigración alemana y mantenía relaciones constantes con Alemania. En 1844, las represiones del Gobierno contra los comunistas ahogaron casi por completo el movimiento en Suiza, y Weitling hubo de trasladarse a Londres, después de cerca de un año de encarcelamiento. Allí donde las persecuciones de los gobiernos no permitían fundar asociaciones obreras, los elementos comunistas procuraban deslizarse en las sociedades corales, agrupaciones de gimnasia y asociaciones de todo género. Las constantes expulsiones por los gobiernos de los obreros, es decir, de los elementos más decididos y rebeldes, aseguraban a la Liga un magnífico enlace internacional. En el noventa por ciento de los casos, los expulsados, afiliados a la Liga, eran otros tantos emisarios del movimiento.

Tal era el panorama que presentaba el movimiento proletario alemán por los años en que Marx y Engels, reunidos en Bruselas, completaban el instrumental de su nueva teoría revolucionaria. Y éste era el campo que su teoría científica del socialismo había de remover y fecundar. Pues aunque esta teoría fuese por esencia intemacionalista, tenía que empezar a apoyar la palanca, fiel a las doctrinas del Manifiesto, en las organizaciones obreras de la propia nación. Mas para ello habían de dar antes la batalla a aquella forma de comunismo primitivista y estéril que tenía mediatizada con su ideología a la Liga de los Justicieros y, con ella, a los elementos más revolucionarios del proletariado alemán. Esta ideología, que las nuevas concepciones de Marx habían de arrollar tras trabajoso esfuerzo, pero que por el momento se interponía tenazmente entre el materialismo histórico, con su nueva concepción crítica de las luchas de clases, y la organización del proletariado, estaba formada por una mescolanza de ideas, prejuicios, quimeras y sentimientos, que tenían su principal exponente en el comunismo elemental, artesano, de Weitling y en el "socialismo filosófico", cuyo agitador más activo era Carlos Grün, compañero de estudios de Marx. Para imponerse al movimiento proletario, la nueva idea hubo de vencer a estos dos rivales. Ya en 1843, Engels trabó contacto en Londres, como veíamos, con los elementos más destacados de la Liga, y él mismo nos cuenta que ya entonces había sido invitado a ingresar en la organización. Por su parte, Marx, durante el año que pasó en París, mantuvo, según él mismo nos dice , "relaciones personales con los directivos parisienses de la Liga y con los jefes de la mayoría de las sociedades secretas obreras de Francia, pero sin afiliarse a ninguna de estas sociedades". Se explica perfectamente el retraimiento de ambos ante una organización que profesaba y practicaba todavía de lleno métodos incompatibles con la visión ya arraigada en ellos

acerca del papel histórico del proletariado.

Weitling es, con Proudhon, el primer ideólogo del proletariado salido de sus filas. Nació en Magdeburgo en 1808. De joven estuvo en París cinco o seis años, hasta 1841, perfeccionando su oficio de sastre, y actuó con gran entusiasmo en la Liga de los Justicieros. Se asimiló afanosamente las obras de los socialistas franceses, atento a moldearlas para las luchas revolucionarias de su clase, y esto hizo de él el eslabón de enlace entre el socialismo utópico y el socialismo proletario. La importancia histórica de Weitling, como "primera vibración teórica original del proletariado alemán", es innegable, y ni Marx ni Engels la desconocieron en ningún momento. En 1844, desde las columnas del *Vorwaerts,* de París, Marx saludaba con cálido entusiasmo la aparición de su obra, titulada *Garantías de la armonía y la libertad,* publicada'en 1842 [9]. Y todavía en 1885, Engels suscribía en un todo las palabras estampadas por Marx allí. Fue entonces, bajo la impresión vivísima de la obra de Weitling, cuando Marx, en aquel mismo artículo, sentó la tesis de que el proletariado alemán tenía por misión histórica ser el teórico del proletariado europeo, como el proletariado inglés la de ser su economista y el proletariado francés su político, idea que ya en 1841 desarrollara Moses Hess en su *Triarquia europea.*

Pero Weitling era el representante más caracterizado del comunismo de tipo gremial, un comunismo de artesanos en qué no ha arraigado aún la clara conciencia proletaria de clases y que no sabe desprenderse todavía de las quimeras utópicas que nublan el socialismo burgués. En esto, sus doctrinas no eran más que el reflejo fiel de la situación social de la clase de que era portavoz: la clase de los artesanos. Oficiales artesanos eran los que formaban el principal contingente de la Liga de los Justicieros y el campo de acción de París y Suiza, en que la simiente de Weitling encontraba campo propicio. La distinción entre artesanos y proletarios es fundamental para comprender el tránsito del comunismo tradicional al comunismo marxista, pues la concepción verdaderamente genial que se abre paso en el Manifiesto está precisamente en haber visto en el proletariado la clase obrera de la sociedad moderna, sobreponiéndose, en maravilloso alarde de previsión, a una realidad social que tenía invadido todavía el continente, pero que no era ya más que un vestigio agonizante.

El artesano sentíase, por su condición social, proletario de paso nada más; la estructura económica del artesanado, lejos de cerrarle el camino hacia el puesto de maestro, estaba construida a base de una jerarquía móvil, en que los maestros salían de los oficiales y éstos de los aprendices. Colocado en este escalafón, lo vital en el artesano no podía ser la conciencia de formar una clase aparte, frente a la de los maestros explotadores, sino la esperanza de llegar a convertirse por turno en explotador de otros artesanos. Añádase a esto el ambiente de compenetración casi familiar entre maestros y oficiales, la falta de concentración de grandes masas de obreros en aquellos pequeños talleres y, sobre todo, el raquitismo de la industria artesana, que, no exigiendo costosos medios de producción, dejaba las modestas herramientas en manos de los oficiales. Ramo típico del artesanado era, como en buena parte lo es todavía en muchos países, el ramo

9- V. el pasaje de Marx transcrito, infra, pág. 280.

de sastrería. Y sastres, como él, eran los que formaban el terreno más abonado para las propagandas de Weitling en París, donde se congregaban gran número de operarios alemanes de este oficio. La explotación en gran escala del ramo de sastrería, la industria de la confección, empezaba apenas a surgir en el emporio industrial de Londres. "Honra sobremanera a estos hombres —dice Engels— el que no siendo todavía, como no eran, ni siquiera verdaderos proletarios, sino un apéndice de la pequeña burguesía que comenzaba a derivar hacia el proletariado moderno y que aún no se enfrentaba directamente con la burguesía, es decir, con el gran capital, fueran no obstante capaces de adelantarse a sus derroteros futuros y organizarse, aun cuando no fuese con plena conciencia de lo que hacían, en partido del proletariado. Pero era también inevitable que sus rancios prejuicios artesanos se les enredasen entre las piernas cuando trataban de criticar en detalle la sociedad vigente, es decir, de investigar los hechos económicos. Y me temo mucho que en toda la Liga no existiese, por aquel entonces, ni un solo hombre que se hubiese echado a la cara un libro sobre Economía. Pero no importaba; la Igualdad, la Fraternidad y. la Justicia bastaban, por el momento, para trasponer todas las montañas teóricas."

El otro enemigo doctrinal a quien era necesario dar la batalla dentro de la Liga, si quería despejarse el terreno para la nueva idea, era Carlos Grün, con su "socialismo filosófico". El es el principal blanco de la acerada sátira del Manifiesto contra el "verdadero" socialismo o socialismo a la alemana, que tenía en Moses Hess a otro destacado representante. Grün, emigrado en París, conquistó gran predicamento entre los ebanistas y curtidores alemanes afiliados a la Liga y llevó a estas comunas una influencia confusionista y enervante, con sus frases literarias sobre la felicidad humana y la armonía Universal de intereses. Identificado con Proudhon, y traductor alemán de su *Filosofía de la miseria,* era eficaz vehículo de propaganda de las ideas reformistas proudhonianas entre sus adeptos. En sus campañas de París, Engels hubo de luchar duramente contra sus influencias, no menos que contra las de Weitling.

En Inglaterra, la gran industria, la industrialización en grande del régimen de producción, ocupaba ya por aquel entonces un alto nivel, y el movimiento cartista había hecho estallar en explosiones revolucionarias el latente antagonismo de clases entre el trabajo y el capital. La lucha por la conquista de la plenitud de derechos políticos para la clase obrera cobraba allí proporciones desconocidas en el continente. Fué en aquel ambiente social, durante su primer año de aprendizaje en Inglaterra, donde la nueva realidad económica empezó a abrir a Engels los horizontes del socialismo moderno, llevándole por la vía de la intuición directa a un terreno semejante al que Marx se debatía por conquistar por caminos intelectivos, mediante el estudio de economistas, socialistas, materialistas e historiadores de la revolución.

El propio Engels pone de relieve la transcendencia que tenía para la Liga el desplazamiento del centro de gravedad de su organización de París a Londres. "La Liga deja de ser una organización alemana para convertirse, poco a poco, en una agrupación internacional. La Liga mantenía estreeho contacto con los revolucionarios

franceses.. . Asimismo mantenía relaciones con los radicales polacos... Los carlistas ingleses quedaban al margen, pues el carácter específicamente inglés de su movimiento no permitía considerarlo como revolucionario. Los dirigentes londinenses de la Liga no entablaron relaciones con ellos hasta más tarde, por mediación mía. Pero no era éste el único aspecto en que los acontecimientos habían obligado a modificar el carácter de la organización. Aunque seguía considerándose a París —y con plena razón entonces— como la ciudad matriz de la revolución, la Liga no vivía ya mediatizada por los conspiradores parisienses. Conforme se desarrollaba en extensión, crecía la conciencia de su propia personalidad. Presentía que iba echando raíces cada vez más hondas en la clase obrera alemana y que estos obreros alemanes estaban llamados históricamente a levantar la bandera ante los trabajadores del Norte y del Oriente de Europa... La experiencia del 12 de mayo le había enseñado que las intentonas no conducían, por el momento, a nada." Iba imponiéndose en el nuevo ambiente una visión más diáfana y más real de las cosas, que chocaba, aunque inconscientemente todavía, con las viejas tradiciones revolucionarias y con la envoltura conspirativa de la organización. Desde el momento en que sienta el pie en Londres y se pone en contacto con la nueva realidad, la Liga de los Justicieros, desarraigada del ambiente artesano de París, hace crisis.

Al presentarse en Londres Weitling, expulsado de Suiza, al antiguo paladín y héroe de la Liga le faltó el ambiente propicio para sus sueños utópicos. Los directivos londinenses no encontraban ya satisfacción para sus afanes, cada vez más claramente proletarios, en aquel comunismo "tallado en madera" que tenía no pocas reminiscencias del cristianismo primitivo. Conforme se acentuaba su decadencia, Weitling iba degenerando en predicador y en profeta. Y lo mismo que con sus ideas evangélicas, les ocurría con el simplista comunismo igualitario francés, el del *Viaje a Icaria,* o con el reformismo utópico proudhoniano. Y no digamos con el comunismo literario y seudofilosófico, hecho de frases, y cuyas obras "tenían por fuerza que repeler e infundir asco a aquellos viejos revolucionarios, aunque sólo fuese por su babeante impotencia". A avivar el proceso de silenciosa renovación que venía gestándose en la Liga contribuyó no poco el hecho de incorporarse a los directivos londinenses dos hombres de quienes dice Engels "que sobrepujaban con mucho a los demás en capacidad de comprensión teórica": el miniaturista Carlos Pfander, de Heil- bronn, "cabeza extraordinariamente aguda e inteligente, ingeniosa, irónica, dialéctica", que había de desempeñar un puesto en el Consejo de la Primera Internacional, y Jorge Eccarius, sastre, oriundo de Túringia y secretario general, más tarde, de la Internacional de Trabajadores.

Otro hecho que condujo a afirmar el carácter internacional de la Liga en Londres y a abrir sus horizontes, fué la fundación, en 1845, de los *Fraternal Democrats* o Democracia Fraternal, que es probablemente la primera organización internacional de la clase obrera, integrada principalmente por elementos cartistas y en cuya junta directiva estaba representada la Liga de los Justicieros en las personas de Molí y Schap- per. Los *Fraternal Democrats* surgieron por una iniciativa del carlista Harney como medio de enlace y plataforma de observación de los demócratas de los varios países dispersos en

Londres. Tenían por divisa la de "Todos los hombres son hermanos", tomada, al parecer, de la Asociación Alemana de Cultura Obrera, y propagaban activamente las ideas de solidaridad proletaria internacional, laborando por espolear a las masas en la lucha por su emancipación. En una proclama lanzada "a las clases trabajadoras de Inglaterra y los Estados Unidos" ante la amenaza de una guerra, resuena esta frase: "Hacer por vosotros mismos lo que los gobiernos se niegan a hacer por vosotros", frase en la que se percibe ya, insegura todavía, la afirmación cardinal del movimiento proletario que ha de vibrar en el Manifiesto Comunista: "La emancipación de la clase trabajadora tiene que ser obra de los trabajadores mismos."

Entre tanto, Marx y Engels, rodeados de un grupo de adeptos en Bruselas, habían convertido esta capital en el centro de estudio y propaganda de sus ideas. El n de enero de 1845, Marx salió de París para Bruselas. Aquí no tardó en reunírsele Engels, después de poner fin en su casa paterna a la redacción de su obra sobre la situación de la clase obrera inglesa y realizar algunas campañas de propaganda comunista —todavía muy teñidas de tendencias literarias neohegelianas— en la cuenca de Elberfeld, teniendo a Moses Hess por camarada de armas. Esta etapa de Bruselas, que se cierra con los comienzos de la revolución de 1848, consolida definitivamente las ideas marxistas, las plasma *y* las aguza en un trabajo incesante de análisis, y liquida para siempre con el pasado ideológico de los dos autores del Manifiesto. El Manifiesto Comunista, último trabajo sistemático en que Marx y Engels ponen la pluma antes de lanzarse como militantes a la actuación revolucionaria del 48, es el fruto más maduro de este período histórico y señala ya la incorporación definitiva de las ideas, que hasta allí sólo eran patrimonio intelectual de dos hombres, al movimiento de la lucha de clases como bandera de combate y de victoria del proletariado.

Seguros ya de sí mismos y de la nueva idea, Marx y Engels —dice éste— se pusieron "a trabajar". En el verano de 1845 hicieron juntos un viaje a Inglaterra, donde permanecieron seis semanas. Marx pudo ahondar, en rápida ojeada sobre el terreno, en la literatura económica inglesa y establecer contacto con el ala izquierda del cartismo; Engels renovó en este viaje sus antiguas relaciones con los cartistas de izquierda y principalmente con Julián Hamey, redactor del *Northern Star,* órgano central del cartismo, con quien convino una asidua colaboración. Y aunque acerca de esto no poseemos dato alguno concreto, bien puede conjeturarse que aprovecharían también el viaje para entrevistarse con los dirigentes de la Liga de los Justicieros, con algunos de los cuales Engels mantenía ya desde antiguo relaciones de amistad.

A su regreso a Bruselas se entregan asiduamente a colaborar en una obra que no llegó a ver la luz y de la que sólo conocemos hoy algunos fragmentos: la *Ideología alemana,* crítica de su conciencia filosófica del pasado, en la que se contienen no pocos trabajos que habían de dar su fruto más sazonado en el Manifiesto. Así, por ejemplo, en el capítulo destinado a la crítica Be Feuerbach, nos encontramos con un profundo estudio del desarrollo de la burguesía, del capitalismo y del proletariado, documentado sobre la historia de la economía y que sienta las conclusiones que han de sintetizarse en el

Manifiesto. A esta época corresponde también, en el campo de las doctrinas, otra de las batallas en las que Marx templa sus armas dialécticas: la polémica contra Proudhon, su réplica a la *Filosofía de la miseria,* que ve la luz bajo el título de *Miseria de la filosofía* en 1847 y cuya redacción data del otoño de 1846. Esta obra sanciona la ruptura de Marx con Proudhon, sobrevenida poco antes por la irreductibilidad de sus concepciones, irreductibili- dad que, como es sabido, había de dejar un largo rastro en la trayectoria del movimiento obrero y enquistarse tenazmente en la Primera Internacional. En la polémica contra Proudhon, como en la mayoría de sus escritos de esta época, Marx lucha contra, el confusionismo imbuido en el proletariado por todo género de ideas antiproletarias. Y esta finalidad combativa, en la que se ve ya al militante y al caudillo de la clase obrera, es la que pone tanta pasión exaltada en su pluma.

En torno a Marx y Engels había ido formándose en Bruselas una nutrida colonia comunista, formada por proletarios y por intelectuales del proletariado: Moses Hess; Ernesto Dronke, más tarde redactor de la *Nueva Gaceta del Rin;* Guillermo Wolff, silesiano, el gran camarada de luchas, muerto tempranamente y a quien Marx dedicó el primer volumen de *El Capital;* su hermano Femando; José Weydemeyer, ex oficial de artillería; Jorge Weerth; Edgar de Westfalia, cuñado de Marx; Sebastián Sei- ler, suizo, entusiasta weitlingiano; Carlos Wallau y Esteban Bom, cajistas de la *Gaceta Alemana de Bruselas,* el primero de los cuales acabó de alcalde mayor de Colonia y el segundo de profesor universitario en Basilea; Gigot, funcionario de la Biblioteca municipal; Steingens, obrero pintor; Riedel, tapicero; Heilberg, un alemán, editor de una pequeña hoja obrera, y otros. Weitling pasó por Bruselas, procedente de Londres, desilusionado y receloso como profeta errante; mas tampoco aquí pudo entenderse con nadie, y decidió embarcarse rumbo a América.

"En Bruselas —dice Marx en su obra contra Vogt— fundé con Engels, Guillermo Wolff y otros, la Asociación de Cultura Obrera, que todavía (1860) funciona." Tratábase de un centro de cultura y de propaganda comunista, que tenía por eje, naturalmente, las doctrinas de Marx. Privados de órgano en la Prensa para la difusión de sus ideas, Marx y Engels deciden crear un "Comité comunista de correspondencia" para mantenerse en asiduo contacto con los principales centros de propaganda comunista y radical de Europa. En Londres tenían por corresponsales a los elementos de la Liga de los Justicieros, y con objeto de preparar también en París, entre los artesanos alemanes, el terreno para su agitación, Engels se trasladó allí en agosto de 1846. Su viaje perseguía, además, el objetivo de establecer enlace con los radicales de tipo "socialista", principalmente los del grupo de la *Réforme* (Luis Blanc, Flocon, Ledru-Rollin), con quienes Marx y Engels, fieles a la táctica que habían de proclamar en el Manifiesto, creían necesario establecer una inteligencia para la primera etapa de la revolución qüe se avecinaba.

En la obra de Marx contra Vogt (pág. 35) hay un pasaje en que se habla de la intensa labor desplegada por el Comité de correspondencia en relación con la central londinense de la Liga de los Justicieros: "Por medio de una serie de panfletos, unas veces impresos y otras litografiados, sometíamos a una crítica despiadada aquella

mescolanza de socialismo o comunismo franco-inglés y de filosofía alemana, que formaba por entonces la doctrina secreta de la Liga, sentando en vez de eso, como una base teórica sólida, el estudio científico hasta ahondar en la estructura económica de la sociedad burguesa y exponiendo finalmente, en forma accesible, cómo no se trataba de implantar ningún sistema utópico, cualquiera que él fuese, sino de intervenir conscientemente en el proceso de transformación revolucionaria de la sociedad, que se estaba desarrollando ante nuestros ojos." El deslinde de posiciones entre el comunismo utópico y el comunismo científico queda trazado de mano maestra en estas palabras.

Desgraciadamente, hasta hoy ninguno de los investigadores aplicados a la historia del marxismo ha logrado descubrir alguna de esas circulares a que Marx y Engels achacan la conversión de la Liga a sus ideas. Es ésta una laguna extraordinariamente sensible en la historia de las doctrinas comunistas, pues esta campaña debió de constituir uno de los eslabones más importantes entre la teoría marxista y la política militante del movimiento obrero. Unicamente tenemos noticia de la circular relacionada con el episodio de Kriege, que precipitó la ruptura de Marx y Engels con Weitling [10].

¿Perseguían Marx y Engels, o la persiguieron durante un momento, la finalidad de crear un centro que laborase por la unificación de los varios grupos comunistas alemanes, como un paso hacia la organización coherente y unitaria del proletariado? Es la tesis que mantiene Riazanof en su citada introducción al Manifiesto Comunista. Riazanof dice haber descubierto una copia de la circular en que se sugería la necesidad de convocar una conferencia de representantes de aquellos grupos comunistas para fines de 1845 o comienzos de 1846. En esa circular se indicaba, 'según la referencia de Riazanof, como lugar más conveniente para la reunión, por ser el más accesible para los delegados alemanes, un pueblo de Suiza: Verviers, donde residía Hess y adonde podían trasladarse sin contratiempo Marx y Weitling, entre quienes no había sobrevenido todavía la ruptura. Riazanof conjetura que las discrepancias, cada vez más pronunciadas, existentes entre ellos, debieron de ser precisamente las que frustraron la celebración de esa conferencia, ya que no existe indicio alguno de que llegara a celebrarse.

En la primera campaña de propaganda librada por Engels en las comunas de los Justicieros de París, en las tres que allí funcionaban —dos compuestas principalmente de sastres y la otra integrada casi en su totalidad por ebanistas—, hubo de batallar incansablemente contra las supervivencias del "comunismo de cuchara" de Weitling, aferrado a las cabezas de aquellos "erizos", contra los "idilios y las frases humanitarias" de Grün y las influencias de Proudhon, a las que éste servía de vehículo. En sus cartas a Marx desde París, Engels refleja todas las incidencias de esta trabajosa campaña de penetración. La estrella de Weitling palidecía rápidamente, pero las frases de Grün y las quimeras reformistas de Proudhon tenían tercamente empañada la mentalidad preproletaria de aquellos artesanos rebeldes. "El Grün ha hecho aquí un daño espantoso.

10- V. acerca de este episodio la nota de Riazanof, infra, págs. 286 s.

Ha convertido todo lo que había de concreto en estos bigardos en puro sentimentalismo, aspiraciones humanitarias, etc., etc. Bajo pretexto de atacar a Weitling y a todo el comunismo doctrinal, les ha llenado la cabeza de frases literarias y pequeñoburguesas... Hasta los ebanistas, que jamás han sido weitlingianos, le tienen un miedo supersticioso y fantasmal al "comunismo de cuchara", dejándose llevar... de mejor grado de todos esos absurdos sentimentalismos, planes pacíficos para hacer la felicidad del mundo, etc... Reina aquí una confusión sin límites." (Carta de octubre de 1846). Y en la misma carta dice: "Con estos erizos de aquí espero salir adelante. Cierto es que son espantosamente incultos y que están en absoluto sin preparar por sus condiciones de vida; entre ellos no existe competencia, los jornales se mantienen siempre en el mismo nivel, sus luchas con el maestro no giran nunca en torno al salario, sino atizadas por la llamada soberbia de los oficiales, etc." En una carta anterior, fechada el 23 de octubre de 1846 y dirigida al Comité de correspondencia comunista de Bruselas, Engels comunica: "Se discutió durante tres noches sobre el plan proudhoniano de asociación. Al principio toda la pandilla estaba en contra mía, pero a la postre sólo Eisermann y los otros tres grünianos. Lo principal era demostrar la necesidad de la revolución violenta y desenmascarar el verdadero socialismo grüniano, que había encontrado nuevas savias en la panacea de Proudhon, como anti-proletario, pequeñoburgués, propio de erizos ...". Con gran esfuerzo, Engels consigue centrar la discusión en el verdadero tema del comunismo y define del modo siguiente las intenciones de los comunistas: "1o", mantener y hacer triunfar los intereses de los proletarios frente a los de los burgueses; 2º, hacerlo mediante la abolición de la propiedad privada y la implantación del régimen comunista; 3o., no reconocer más medio para el logro de esas intenciones que la revolución democrática violenta." Y añade: "Sobre esto, dos noches de discusión. A la segunda, el más capaz de los" tres grünianos, barruntando el espíritu de la mayoría, se pasa abiertamente a mi lado... Resumiendo: a la hora de votar, la asamblea se declaró comunista, en consonancia con la anterior definición, por trece votos contra los dos de los fieles grünianos." Como se ve, el contingente de afiliados no era numeroso, y, sin embargo, los avances de la nueva idea en la conciencia de aquellos militantes tenían gran importancia, pues Marx y Engels sabían que en aquellas cabezas estaban luchando por atraerse a la vanguardia del movimiento proletario incipiente para la revolución que se avecinaba.

Ya a fines de diciembre, Engels da por perdidos todos sus esfuerzos por traer a los "erizos" a la senda crítica, y en su carta a Marx resuena una nueva nota: "Los eternos celos contra nosotros como intelectuales". La conciencia de aquellos artesanos era demasiado simplista para distinguir entre intelectuales burgueses e intelectuales proletarios y sobreponerse al bárbaro tópico que identifica la intelectualidad y la cultura con la potencia enemiga, como si lo opuesto a la "cultura" burguesa no fuese la cultura proletaria, la verdadera cultura, la del mañana, sino la barbarie. Este recelo contra los elementos intelectuales era uno de los muros más obstinados que se alzaban ante la fusión del movimiento obrero y las ideas que habían de llevarle a la victoria, ante el

triunfo del comunismo científico que tiene su bandera en el Manifiesto Comunista. Y ese recelo es todavía hoy, en nuestro país, una de las características del comunismo utópico y pequeñoburgués de los sindicalistas, medio bakuninistas, medio proudhonianos, con su concepción sectaria de la lucha de clases. "Frente a nosotros —concluye Engels—, estos mozos se erigen en "el pueblo", en "los proletarios", y nosotros sólo podemos apelar al proletariado comunista que acabará por formarse en Alemania." Engels da, pues, por perdida la batalla, abandona por breve tiempo a su destino a las sectas de París y se remite a los frutos del movimiento.

En su labor de propaganda en las comunas de París, Ewer- beck y Junge secundaron los esfuerzos de Engels. Ewerbeck venía influyendo desde atrás en aquellas organizaciones. En sus cartas, Engels le reconoce buena voluntad propagandista, aunque sin una gran capacidad intelectiva. Pero el verdadero jefe y guía de los "erizos" grünianos era Federico Adolfo Junge, un carpintero de Duseldorf, denunciado al Gobierno prusiano como "uno de los comunistas más activos de París". Engels lo ganó en seguida para su causa y tuvo en él un activo instrumento de agitación. Junge se quejaba de que "a la gente le gustase más escuchar frases necias que argumentos basados en hechos económicos".

En la primavera de 1847, según la referencia de Engels —más verosímil, evidentemente, que la fecha de fines de 1846 que da Marx en su obra contra Vogt—, tuvo lugar el histórico acontecimiento que, meses después, había de alumbrar para el proletariado de todos los países el Manifiesto Comunista: el ingreso de Marx y Engels en el único partido organizado de los proletarios alemanes de aquella época, la Liga de los Justicieros. Según el relato que hace Engels de estos hechos en su introducción a las *Revelaciones,* la invitación oficial de ingreso en la Liga podría parecer algo inopinado para ellos. En realidad era la culminación de un proceso orgánico en que los proletarios organizados, habiendo superado ya las viejas tradiciones de la conspiración y la revuelta y echado por la borda el equipo ideológico del comunismo artesano, los sistemas utópicos *y* el socialismo seudofilosófico hecho de frases, se veían faltos de brújula y acudían a buscarla a los únicos que podían ofrecérsela. Estos, a su vez, habían encaminado todos sus esfuerzos, desde que adquirieron la certeza de sus métodos críticos, a encontrar en la práctica del movimiento obrero el único terreno en que su teoría podía cobrar cuerpo de realidad. En el otoño de 1846 se renovó el Comité central de la Liga, y la crisis de transformación que ya venía gestándose desde muy atrás empezó a cobrar formas más definidas. La reciente publicación por E. Drahn de dos proclamas desconocidas dirigidas a los afiliados de la Liga por el Comité, en noviembre de 1846 y febrero de 1847, han venido a aclarar poderosamente el proceso de conversión de la Liga de los Justicieros en Liga Comunista. En estas alocuciones —aunque, analizadas con criterio marxista, dejen todavía mucho que desear— se observa ya una enérgica reacción contra todas las degeneraciones utópicas, religiosas, proféticas y transcendentales del comunismo, y muy principalmente contra la quimera fourierista de los falansterios, y se proclama la necesidad de redactar "una sencilla profesión de fe comunista" que pudiera servir a todos de norma. Para imprimir al movimiento esta nueva orientación se convoca en esa

proclama a un congreso en Londres para el 1 de mayo de 1848, tras el que, una vez reorganizada la Liga, se abriría la perspectiva de un congreso general comunista, al que serían invitados los partidarios de la nueva doctrina en todos los países.

Poco después, el 28 de enero de 1847, el Comité central de la Liga tomaba el acuerdo de dar poderes a Molí para que se trasladase a Bruselas para negociar con Marx y Engels su ingreso en la Liga; en este poder, dado a conocer por Mehring [11], se autoriza ai emisario para que exponga de palabra a Marx y Engels "la situación (en Londres), haciéndose asimismo cargo de lo que ellos le digan". "Molí —dice Engels— se entrevistó en Bruselas con Marx y en París conmigo, invitándonos reiteradamente, en nombre de sus camaradas, a ingresar en la Liga. Nos dijo que estaban convencidos de la exactitud de nuestras ideas en general, así como de la necesidad de emancipar a la Liga de las viejas tradiciones y formas conspiratorias. Y que si accedíamos a entrar se nos daría ocasión, en un congreso, a desarrollar en un manifiesto, que se publicaría como manifiesto de la Liga, los principios de nuestro comunismo crítico, y que nosotros contribuiríamos por nuestra parte a conseguir que la anticuada organización de la Liga cediese el puesto a una organización más en consonancia con los tiempos y con sus fines. Nosotros no abrigábamos la menor duda acerca de la necesidad de mantener una organización de la clase obrera alemana, aunque sólo fuese para fines de propaganda, y estábamos también plenamente convencidos de que esa organización, aunque radicase fuera de Alemania..., tenía que ser necesariamente secreta. No otra cosa era lo que la Liga representaba. Sus dirigentes echaban ahora por la borda y repudiaban como falso todo lo que hasta entonces habíamos podido nosotros reprochar en ella; se nos requería para tomar parte en la reorganización de un organismo que estimábamos necesario. ¿Podíamos negarnos?

Evidentemente, no. Ingresamos, pues, en la Liga. Marx formó en Bruselas una comuna, integrada por nuestros amigos más allegados; yo, por mi parte, frecuentaba las tres comunas de París." La nueva comuna creada en Bruselas no era, en realidad, más que el grupo que venía funcionando como Comité de correspondencia, transformado ahora en sección de la Liga. El congreso de ésta, anunciado para enero, se aplazó hasta el i de junio de 1847. La segunda circular de la Liga, la de febrero de 1847, reproducida en nuestro Apéndice, sirve de renovada convocatoria para este congreso y contiene sus normas y el orden del día. En esta misma circular se acotan los puntos sobre los cuales ha de versar la "profesión de fe" y que el Comité central somete a la deliberación previa de sus afiliados.

Engels describe del modo siguiente este congreso: "En el verano de 1847 se celebró en Londres el primer congreso de la Liga, al que Guillermo Wolff acudió como delegado con la representación de la Comuna de Bruselas, y yo llevando la de todas las comunas de París. Lo primero que se hizo en este congreso fué acometer la reorganización de la Liga. Se borró todo lo que quedaba de los viejos nombres místicos procedentes de los tiempos conspirativos; la Liga se organizó en Comunas, Círculos, Círculos directivos, Comité central y Congreso, adoptando desde ahora el nombre de Liga Comunista. El

11- En su introducción a la edición última de las Revelaciones, págs. 10 ss.

artículo primero de los estatutos decía así: "La finalidad de la Liga es el derrocamiento de la burguesía, la instauración del régimen del proletariado, la abolición de la vieja sociedad burguesa, basada en los antagonismos de clase, y la creación de una sociedad nueva, sin clases ni propiedad privada." La nueva organización era absolutamente democrática y todas las autoridades eran electivas y amovibles en cualquier momento, con lo cual se cerraba el paso de antemano a todos los devaneos conspi- rativos, que sólo pueden vivir en régimen de dictadura, y se convertía la Liga —a lo menos para los tiempos normales de paz— en una mera sociedad de propaganda. Estos nuevos estatutos —¡véase lo democráticamente que se procedía ahora!— fueron enviados a las comunas para su discusión, y después de deliberarse nuevamente sobre ellos en el segundo congreso, se aprobaron definitivamente el 8 de diciembre de 1847. Es muy verosímil que, según la hipótesis de Grünberg, no fuese sólo el deseo de someter los estatutos a la deliberación de las comunas lo que aplazase su aprobación, sino también, y sobre todo, las resistencias con que hubo de tropezar en la asamblea el artículo primero y fundamental, en el que se definían programáticamente los fines de la Liga. Otra cosa hubiera equivalido a la aceptación sin lucha de las teorías de Marx y Engels, y a ellos se les hubiera encomendado desde el primer momento la redacción del programa. Mas no fué así.

De las proclamas de noviembre de 1846 y febrero de 1847 se desprende que el Comité central de la Liga tenía ya esbozado su propio proyecto de programa, y en el artículo titulado "¡Proletarios!" de la *Revista. Comunista*, la dirección de la Liga lo declara expresamente. No tenemos noticias de si Marx y Engels, el primero por escrito y el segundo de palabra, sometieron o no sus doctrinas a la aprobación de este congreso. Mas hay motivos para pensar que los resultados de las deliberaciones no les satisficieron por completo. En una carta de 24 de noviembre de 1847, Engels, citando a Marx para hacer juntos el viaje al segundo congreso, le dice: "Este congreso tiene que ser decisivo, *as this time we shall have it all our own way"* . No es forzado inferir de aquí que el primer congreso no había dado plena satisfacción a sus pretensiones, ya que esperaban triunfar en el segundo. La aprobación de los estatutos y del programa o "profesión de fe", es decir, los puntos decisivos, se diferían, pues, al segundo congreso.

En cambio, recayó acuerdo sobre la publicación de una *Revista Comunista* mensual, órgano de la Liga, a la que se asignaba como misión "trabajar por la emancipación del proletariado y predicar la únión entre todos para acelerar de ese modo su consecución". A la cabeza de este periódico, del que sólo un "número de prueba" llegó a ver la luz [12], campeaba ya, documentando la influencia que las ideas de Marx empezaban a ganar en la Liga, el lema de: "¡Proletarios de todos los países, unios!" Es el primer documento de que tenemos noticia en que aparece estampada la famosa divisa del comunismo internacionalista moderno, que había de dar la vuelta al mundo uniendo en un vínculo de solidaridad a los trabajadores de todos los países. La redacción de la revista se encomendó a Schapper [13]. Sólo el artículo consagrado a la Dieta prusiana y

12 En el Apéndice lo reproducimos íntegro por su gran importancia histórica*
13- Según la referencia de F. Lessner, veterano del movimiento comunista. V. Grünberg, pág.

al proletariado prusiano y alemán presenta huellas muy claras de análisis marxista, en las que algunos investigadores ven la mano de Engels.

El 7 de noviembre del mismo año fundábase en Bruselas, siguiendo el precedente de los *Fraternal Democrats* de Londres, la Sociedad Democrática, para fomentar la unión y la fraternidad de todos los pueblos, y en representación de los demócratas alemanes era designado Marx para una de las vicepresidencias. En esta sociedad, que Marx utilizó también para la propaganda de sus ideas, fue donde pronunció en enero de 1848 su famoso discurso sobre el librecambio. Antes, desde el mes de agosto, Marx y Engels empezaron a colaborar en la *Gaceta Alemana de Bruselas,* periódico de dudoso origen, y acabaron por convertirlo también en vehículo de agitación para su doctrina. En nombre de la Sociedad Democrática de Bruselas habló Marx el 29 de noviembre en un mitin organizado en Londres por los *Fraternal Democrats,* para celebrar el aniversario de la revolución polaca. Poco después se reunía en la sala de sesiones de la Asociación Comunista de Cultura Obrera el segundo congreso de la Liga Comunista, al que Marx acudía representando a los elementos de Bruselas y Engels en representación de las comunas de París. Hicieron juntos el viaje desde Ostende.

Era el congreso en que habían de discutirse los estatutos y el programa de la Liga reorganizada. "Marx —dice Engels— defendió en grandes debates su nueva teoría. Por fin, vencidas todas las resistencias y todas las dudas, fueron unánimemente aprobados los nuevos principios y sé nos encargó a Marx y a mí que redactásemos un manifiesto." Afortunadamente, la correspondencia cruzada entre ambos nos permite desarrollar esta lacónica referencia y esclarecer, en parte al menos, los orígenes inmediatos del Manifiesto Comunista. Engels, que, después del primer congreso, hubo de permanecer algún tiempo en Bruselas, sustituyendo a Marx durante una ausencia de éste, apremiaba a Marx a que regresase, para poder reintegrarse cuanto antes a su labor de agitación en las comunas de París. En octubre le encontramos ya en la capital francesa, y en una carta que dirige a Marx con fecha 25-26 de este mes, le comunica que reina "entre los erizos una confusión infernal". Que pocos días antes de llegar él habían sido expulsados los últimos grünianos, una comuna entera, la mitad de los cuales habían reingresado, viniendo a contar en total, para su causa, con unos "treinta hombres". En esta misma carta habla Engels de la resistencia que encuentra entre los obreros en las deliberaciones programáticas, resistencia nutrida principalmente por la labor de Moses Hess. De éste dice que "había logrado imponer una profesión de fe divinamente mejorada" [14](14). Por fin, mediante cierto ardid, consiguió que se le encargase a él la ponencia de otra, "que será discutida en el círculo el próximo viernes y enviada a Londres a espaldas de la comuna". Así fué como redactó Engels, para ser presentada al congreso, su "profesión de fe comunista", conocida hoy, desde la edición de Bernstein, con el nombre de *Principios de comunismo.* El 15 de noviembre notifica su nombramiento de delegado. El 24 del mismo mes, en una carta famosa, cita a Marx en Ostende, para

23, n. 49.

14- El proyecto de Moses Hess no ha llegado a nosotros, pero por el artículo suyo que reproducimos en el Apéndice podrá inferirse su posición ante los objetivos del proletariado

cruzar juntos el Canal. En esta carta hay una posdata que dice: "Medita algo sobre la profesión de fe. Creo que lo mejor sería prescindir de la forma catequística y darle el título de *Manifiesto Comunista.* Como no hay más remedio que relatar algo de historia, la forma anterior no se presta. Yo llevo la de aquí, redactada por mí; está redactada en forma de simple relato, pero deplorablemente, con una prisa espantosa. Comienzo con lo de ¿qué es comunismo? Inmediatamente viene el proletariado: orígenes históricos, diferencias respecto a los obreros anteriores, desarrollo de la antítesis de proletariado y burguesía, crisis, consecuencias. Entremezcladas, diversas cosas secundarias, y por último, la política de partido de los comunistas, en lo que puede hacerse pública." Y añade: "Lo de aquí no ha sido sometido todavía por completo a la aprobación, pero confío en que, salvo pequeneces insignificantes, podré hacerlo pasar de tal modo, que, por lo menos, no encierre nada contrario a nuestras convicciones." Como se ve, el triunfo de sus doctrinas no se imponía sin lucha.

La redacción de los programas en forma de catecismo o "profesión de fe", mediante preguntas y respuestas, era tradicional entre los socialistas franceses. Gustábase de elegir esta forma catequística, consagrada y popularizada por la liturgia eclesiástica, sin duda, como dice Duncker [15], para de ese modo subrayar mejor el contraste con el mundo de los sentimientos religiosos. Era, además, una forma que cuadraba muy bien en las sectas de conspiradores, en que el catecúmeno había de hacer voto, ajustándose, mediante una serie de respuestas rituales, a los principios profesados por la respectiva agrupación. Este rito, muy en boga entre los masones, provenía, probablemente, como la masonería misma, de los gremios medievales, y por ello encontraba tan gran predicamento en las asociaciones políticas de los artesanos. En la Sociedad de las Familias, fundada por Blanqui, como luego en la Sociedad de las Estaciones, continuadora suya, regía un catecismo con dieciséis preguntas y respuestas del tenor de éstas: "¿Qué piensas del Gobierno? —Que el Gobierno ha traicionado al pueblo y al país." "2o. ¿En interés de quién gobierna?—En interés de unos cuantos privilegiados." "3o. ¿Quiénes son hoy aristócratas?—Las gentes de dinero, los banqueros, los especuladores, los monopolistas, los grandes terratenientes, y en general todos aquellos a quienes llamamos hoy explotadores del hombre por el hombre." "10" ¿Qué es el pueblo?—El conjunto de todos los ciudadanos que trabajan." "12" ¿Cuál es la suerte del proletario bajo el gobierno de los ricos?—Ni más ni menos que la del siervo y la del esclavo de la raza negra." "13" ¿Cuál debe ser la base de una sociedad justa?—La igualdad." "16" ¿Debe hacerse una revolución política o social?—Una revolución social" [16].

Era evidente que la forma catequística tradicional, muy indicada para iniciar a los novicios en los misterios de las sectas conspirativas, no era el molde más adecuado para desarrollar un programa crítico e histórico como el de Marx y Engels. Para comprenderlo

15- "Sobre los orígenes del boceto de Engels", en su edición de los Principios de comunismo ("Elementarbücher des Kommunismus"), pág.7

16- Lucien de la Hodde, Histoire des Sociétés secretes, 1830-1848 (París, 1850), págs. 200 s. En el proceso seguido en Colonia a la Liga Comunista en 1832 desempeña gran papel el llamado "Catecismo Rojo", difundido por la fracción de Willich-Schapper, cuya paternidad atribuía Marx a Moses Hess, mas sin que haya pruebas suficientes que lo acrediten.

basta comparar la exposición de los *Principios de comunismo* de Engels, en que las doctrinas mantenidas aparecen, pese a todo, cohibidas y desarticuladas, con el texto maravilloso del Manifiesto.

Las sesiones del segundo congreso duraron hasta el 8 de diciembre, y los debates se cerraron aprobando los nuevos estatutos y encargando unánimemente a Marx y Engels de redactar el Manifiesto del Partido Comunista.

Ignoramos si Marx acudiría al congreso ya con alguna ponencia escrita, avance de su programa, o se limitaría a mantener verbalmente su nueva teoría del materialismo histórico, tal como la resume Engels en su prólogo a la tercera edición alemana del Manifiesto (1883). La transcrita posdata de Engels en su carta de 24 de noviembre no permite una conclusión clara sobre este punto.

Reintegrado a Bruselas, Marx se entregó de nuevo a su propaganda en la Asociación de Cultura Obrera (conferencias sobre el trabajo asalariado y el capital) y en la Sociedad Democrática (discurso sobre el librecambio). Pasaban los días sin que el encargo encomendado por el congreso de Londres se ejecutase. El 24 de enero de 1848, el Comité central de la Liga acordaba dirigirse al Comité de distrito de Bruselas, encargándole "notificar al ciudadano Marx que si el Manifiesto del Partido Comunista, de cuya redacción se le había encargado en el último congreso, no llegaba a Londres antes del martes 1 de febrero del corriente año, se tomarán contra él otras sanciones. Caso de que el ciudadano Marx no redacte el Manifiesto, el Comité central le intima a que devuelva inmediatamente los documentos que le fueron facilitados por el congreso". Firmaban la comunicación Schapper, Bauer y Molí. En los primeros días de febrero de 1848, Marx pudo poner mano, por fin, a la ejecución de su encargo, en colaboración con Engels, y a las tres semanas salía para Londres el original del Manifiesto, al tiempo que estallaba en París la revolución [17]. "Desde ahora—dice Carlos Grünberg—, el proletariado contaba con su teoría, la teoría que le garantizaba un incesante progreso ascensional y la victoria definitiva; tenía su Carta, su programa táctico, su grito de combate." La vieja divisa humanitaria y confusionista que venía presidiendo el movimiento obrero, el grito de "Todos los hombres son hermanos", se esfumaba al alzarse, como afirmación de la conciencia de clase del proletariado y de la solidaridad de los trabajadores del mundo, el grito de "¡Proletarios de todos los países, unios!".

Al estallar la revolución de febrero, el Comité central de la Liga traspasó sus poderes al Círculo directivo de Bruselas. Casi al mismo tiempo, Marx salía para París, autorizado para constituir allí un nuevo Comité central. Reunidos en París los elementos más destacados de la Liga, redactaron el documento que reproducimos en el Apéndice, con las reivindicaciones de los comunistas alemanes ante la revolución que se avecinaba en su país. Las doctrinas del Manifiesto empezaban a ponerse por obra en la práctica militante de la revolución. En la segunda quincena de marzo triunfaba en Viena y en

17- Que el Manifiesto Comunista no fue obra exclusiva de Marx, aunque su redacción corriese exclusivamente a cargo de éste —como el estilo lo denota—, es cosa que atestigua terminantemente el propio Marx. "El Manifiesto redactado por Engels y por mí", dice en el prólogo a sil Crítica de la Economía política, publicada en 1859.

Berlín el movimiento revolucionario. Los militantes de la Liga, con Marx y Engels a la cabeza, se lanzaron inmediatamente a la lucha, Marx con la pluma desde la plataforma de avanzada de la *Nueva. Gaceta del Rin,* y Engels como táctico de la democracia, en el alzamiento del Palátinado. Había llegado la hora prevista por Engels en una carta fechada en Barmen en 1844 , la hora de "poder realizar nuestras ideas con las manos y, si necesario fuere, con los puños". La táctica de llevar adelante la revolución democrática hasta convertirla en proletaria, que es la profesada por Marx y Engels en el Manifiesto y la mantenida activamente en los movimientos del 48, estaba alentada por la creencia de que el régimen de la burguesía tendría que ser forzosamente fugaz, ante el auge del nuevo régimen industrial, en la creencia de que "el verdugo aguardaba a la puerta" a la burguesía triunfante.

La Liga, débil todavía numéricamente y sin tiempo para consolidarse sobre los nuevos principios de táctica y organización, tenía que resultar una palanca demasiado endeble frente a aquel movimiento rápidamente desatado de las masas del pueblo. "Y sin embargo —añade Engels—, fué precisamente entonces cuando se demostró qué excelente escuela de actuación revolucionaria había sido la Liga. En el Rin, donde la *Nueva Gaceta del Rin* servía de centro permanente al movimiento, en Nassau... , por todas partes eran afiliados a la Liga los que acaudillaban el ala extrema del movimiento democrático." Las matanzas obreras de junio de 1849 en París, la derrota de los demócratas alemanes y austríacos en mayo y junio del mismo año, pusieron fin a la primera etapa, a la más peligrosa, de la revolución de 1848. Pero el triunfo de la reacción no estaba todavía con solidado. En otoño de 1849 volvieron a congregarse en Londre la mayoría de los elementos de la Liga Comunista. Atenta a la nuevas circunstancias, ésta se reorganizó como asociación secre ta. De los viejos militantes faltaba Molí, muerto entre los re beldes en los encuentros del Palatinado. La Liga envió a Ale inania como emisario a Enrique Bauer, encargándole de difun dir entre sus afiliados la alocución de marzo de 1850, reprodu cida en el Apéndice.

Esta alocución, redactada por Marx y por Engels, es impor tantísima, pues fija la táctica de la Liga ante la revolución democrático-burguesa y pone en acción los principios estratégicos del Manifiesto Comunista. Pero en el transcurso del año 1850 fué viéndose que las perspectivas revolucionarias iban en descenso. La crisis industrial de 1847, que había hecho estallar la revolución, estaba vencida. Comienza un período de inusitada prosperidad industrial. En la "Revista de mayo a octubre de 1850", publicada en la *Nueva Gaceta del Rin,* revista político-económica, cuads. V y VI (Hamburgo, 1850), escribían Marx y Engels: "En esta fase de prosperidad general, en que las fuerzas productivas de la sociedad burguesa se desarrollan con todo el esplendor que permite este régimen, es inútil hablar de verdadera revolución. Las verdaderas revoluciones sólo pueden darse en los períodos en que estos dos factores, las modernas fuerzas productivas y las formas burguesas de producción, chocan entre sí. Las diferentes discordias en que se hallan empeñados en la actualidad los representantes de las diversas fracciones del partido del orden en el continente, acusándose las unas a las otras, lejos de dar pábulo

a nuevas revoluciones, estallan precisamente por ser tan segura de momento, y tan burguesa —cosa que la reacción no sabe—, la base de la situación.

Contra ella se estrellarán con idéntica seguridad todas las tentativas de la reacción para contener el desarrollo burgués y todas las arengas inflamadas de los demócratas."

La posición de retraimiento ante las nuevas perspectivas de crisis revolucionaria mantenida por Marx y Engels produce en la Liga la escisión ultraizquierdista capitaneada por Schapper y por Willich, afiliados a la organización desde hacía unos meses, a la que se refiere el fragmento de Marx que publicamos en el Apéndice, tomado de sus *Revelaciones*.

En mayo de 1852 sobreviene la detención de los emisarios de la Liga en Alemania, y la policía prusiana urde la infame comedia del célebre proceso de los comunistas en Colonia. "Con el proceso de Colonia termina la primera etapa del movimiento obrero alemán. A poco de dictarse la sentencia [18] disolvimos —dice Engels— la Liga Comunista, y meses más tarde pasaba también a mejor vida la Liga secesionista de Willich- Schapper."

Doce años después, en la Primera Internacional, la enseña del Manifiesto Comunista volvía a flotar, triunfante, sobre un ejército mundial de trabajadores. Sesenta y cinco años más tarde, en octubre de 1917, el proletariado sube al Poder en Rusia bajo la bandera del Manifiesto que la Liga Comunista empuñó, en la firme mano de Marx, desde 1847 hasta 1852 y que la Tercera Internacional, fundada y acaudillada pór Lenin, levanta del fango donde, desde la capitulación vergonzosa del año 14, la dejara caer la Internacional de los "socialistas" claudicantes.

18- Que condenó a los acusados de tres a seis años de prisión

§INTRODUCCION
POR LEÓN TROTSKY

30 de octubre de 1937

¡Es difícil creer que solamente faltan diez años para el centenario del *Manifiesto del Partido Comunista!.* Este folleto, que demuestra una genialidad mayor que cualquier otro en la literatura mundial, nos pasma aun hoy por su frescura. Sus secciones más importantes parecen haber sido escritas ayer. Ciertamente los jóvenes autores (Marx tenía 29 años y Engcls 27) fueron capaces de prever el futuro más que nadie antes o después de ellos.

En su prefacio común a la edición de 1872, Marx y Engels declararon que, a pesar de que algunos de los pasajes secundarios en el Manifiesto eran anticuados, sentían que ya no tenían derecho a alterar el texto original puesto que en los 25 años que habían transcurrido el Manifiesto se había convertido ya en un documento histórico. Otros 65 años han transcurrido desde entonces. Pasajes aislados han retrocedido aun más en el pasado. Trataremos de establecer sucintamente en este prefacio aquellas ideas del Manifiesto que conservan hoy su fuerza completa, como también aquellas que requieren un importantes alteraciones y ampliaciones.

1. La concepción materialista de la historia descubierta por Marx poco antes y aplicada con habilidad consumada en el Manifiesto ha resistido completamente la prueba de los hechos y los golpes de la crítica hostil. Hoy constituye uno de los más preciosos instrumentos del pensamiento humano. Todas las demás interpretaciones del proceso histórico han perdido su significado científico. Podemos declarar con certeza que en nuestra época es imposible ser no solo un rcvolucionario militante sino incluso un observador culto de la política sin asimilar la interpretación materialista de la historia.

2. El primer capítulo del Manifiesto comienza con las siguientes palabras: "La historia de todas las sociedades existentes hasta nuestros días es la historia de las luchas de clases". Este postulado, la conclusión más importante que se deriva de la interpretación materialista de la historia, se tornó inmediatamente en argumento en la lucha de clases. Ataques especialmente venenosos fueron dirigidos por hipócritas reaccionarios, doctrinarios liberales y demócratas idealistas contra la teoría que sustituía el "bienestar común", la "unidad nacional" y las "verdades morales eternas" por la lucha de intereses materiales como fuerza impulsora de la historia. A ellos más tarde se unieron reclutas de entre las filas del movimiento obrero, los llamados revisionistas, es decir, los que proponían criticar ("revisar") el marxismo en un espíritu de conciliación y colaboración de clases. Finalmente, en nuestra propia época, el mismo camino han tomado en la práctica los despreciables epígonos de la Internacional Comunista (los "estalinistas"): la política del llamado frente Popular fluye totalmente de la negación de las leyes de la lucha de clases. Mientras tanto, es precisamente la época del imperialismo, al llevar todas las contradicciones sociales a un punto de máxima tensión, lo que confiere al

Manifiesto comunista su supremo triunfo *teórico.*

3. En *El capital* (1867) Marx expuso en forma acabada la anatomía del capitalismo como una etapa específica en el desarrollo económico de la sociedad. Pero ya en el *Manifiesto comunista* las líneas principales del futuro análisis están firmemente esbozadas: el pago por la fuerza de trabajo como equivalente al costo de su reproducción; la apropiación de la plusvalía por los capitalistas; la competencia como ley básica de las relaciones sociales; la ruina de las clases intermedias, es decir, la pequeña burguesía urbana y el campesinado; la concentración de la riqueza en manos de un número cada vez menor de propietarios, por un lado, y el crecimiento numérico del proletariado por el otro; y la preparación de las condiciones materiales y políticas previas al régimen socialista.

4. La tesis en el Manifiesto que condena la tendencia del capitalismo a rebajar el nivel de vida de los trabajadores, y aun a transformarlos en indigentes, estuvo sujeta a un ataque de artillería pesada. Clérigos, profesores, ministros, periodistas, teóricos socialdemócratas, dirigentes de gremios obreros se enfrentaron contra la llamada "teoría del empobrecimiento". Ellos descubrieron invariablemente señas de prosperidad creciente entre los trabajadores, representando a la aristocracia obrera como si ésta fuera el proletariado, o tomando una tendencia pasajera como permanente. Mientras tanto, hasta el desarrollo del capitalismo más poderoso del mundo, esto es, el capitalismo de Estados Unidos, ha transformado millones de trabajadores en indigentes que se mantienen a costa de la caridad federal, municipal o privada.

5. Contra el Manifiesto, que describía las crisis industriales y comerciales como una serie de catástrofes más y más extensas, los revisionistas juraron que el desarrollo de los trusts nacionales e internacionales aseguraría un control sobre el mercado y conduciría gradualmente a la abolición de las crisis. El fin del siglo pasado y el comienzo del presente se caracterizaron en realidad por un desarrollo tan tempestuoso del capitalismo, que las crisis parecieron solamente interrupciones "accidentales". Pero esta época se ha ido para no regresar. Al final de cuentas, también aquí la verdad le dio la razón a Marx.

6. "El gobierno del estado moderno no es más que un comité para el manejo de los negocios comunes de toda la burguesía". Esta fórmula sucinta, que los dirigentes de la social democracia despreciaron como una paradoja periodística, contiene, de hecho, la única teoría científica del estado. La democracia ideada por la burguesía no es, como pensaron Bernstein y Kautsky, un saco vacío que se puede llenar indistintamente con cualquier suerte de contenido de clase. La democracia burguesa puede servir solamente a la burguesía. Un gobierno del "Frente Popular", ya sea encabezado por Blum o Ghautemps, Caballero o Negrín, es solamente "un comité para el manejo de los negocios comunes de toda la burguesía". Siempre que este "comité" maneja mal los negocios, la burguesía lo expulsa de una patada.

7. "Toda lucha de clases es una lucha política". La "organización del proletariado en clase (es), por tanto, es su organización en un partido político". Los sindicalistas por un lado y los anarcosindicalistas por otro han eludido por mucho tiempo —y aún ahora tratan de eludir— la comprensión de estas leyes históricas. Un golpe aplastante le fue

asestado al sindicalismo "puro" en su principal refugio: Estados Unidos. En España, su uliimo bastión, el anarco-sindicalismo ha sufrido una derrota irreparable. Aquí también el Manifiesto probó estar en lo correrlo.

8. El proletariado no puede conquistar el poder dentro del sistema legal establecido por la burguesía. Los comunistas "proclaman abiertamente que sus objetivos sólo pueden ser alcanzados derrocando por la violencia todo el orden social existente". El reformismo buscó explicar este postulado del Manifiesto a partir de la inmadurez del movimiento en ese tiempo y del desarrollo inadecuado de la democracia. El destino de las "democracias" italiana, alemana, y un gran número de otras, prueba que la "inmadurez" es el rasgo distintivo de las ideas de los mismos reformistas.

9. Para la transformación socialista de la sociedad, la clase trabajadora debe concentrar tal poder en sus manos que pueda aplastar todos y cada uno de los obstáculos políticos que obstruyan el camino al nuevo sistema. "El proletariado organizado como clase dominante" es la dictadura. Al mismo tiempo es la única democracia proletaria verdadera. Su alcance y profundidad dependen de condiciones históricas concretas. Mientras mayor sea el número de estados que sigan la senda de la revolución socialista, más libres y flexibles serán las formas que asumirá la dictadura, y más amplia y profunda será la democracia obrera.

10. El desarrollo internacional del capitalismo ha predeterminado el carácter internacional de la revolución proletaria. "La acción unida, al menos de los principales países civilizados, es una de las primeras condiciones para la emancipación" del proletariado. El desarrollo subsecuente del capitalismo ha entrelazado tan estrechamente todos los sectores de nuestro planeta, tanto "civilizados" como "incivilizados", que el problema de la revolución socialista ha asumido completa y decisivamente un carácter mundial. La burocracia soviética trató de liquidar el Manifiesto con respecto a este problema fundamental. La degeneración bonapartista del estado soviético es un ejemplo abrumador de la falsedad de la teoría del socialismo en un solo país.

11. "Una vez que en el curso del desarrollo hayan desaparecido las diferencias de clase y se haya concentrado toda la producción en manos de una vasta asociación de la nación entera, el poder público perderá su carácter político". En otras palabras: el estado se extingue. La sociedad persiste, liberada de la camisa de fuerza. Esto no es otra cosa que socialismo. En cambio, el crecimiento monstruoso de la coerción estatal en la Unión Soviética es testimonio elocuente de que tal sociedad se está alejando del socialismo.

12. "Los obreros no tienen patria". Estas palabras del Manifiesto han sido evaluadas más de una vez por filisteos como un sarcasmo agitador. En realidad proveyeron al proletariado con la única instrucción imaginable en cuanto al problema de la "patria" capitalista. La violación de esta directiva por la Segunda Internacional acarreó no solamente cuatro años de devastación en Europa, sino también el presente estancamiento de la cultura mundial. En vista de la nueva guerra inminente, para la cual ha preparado el camino la traición de la Tercera Internacional, el Manifiesto continúa siendo ahora el consejero más confiable sobre el problema de la "patria" capitalista.

Así, vemos que esta obra conjunta y más bien breve de dos jóvenes autores continúa dando directivas irremplazables sobre los más importantes y apremiantes problemas de la lucha por la emancipación. ¿Qué otro libro podría ser aun remotamente comparado con el *Manifiesto comunista?* Pero esto no implica que después de 90 años de un desarrollo sin precedentes de las fuerzas productivas y vastas luchas sociales el Manifiesto no necesite correcciones ni adiciones. El pensamiento revolucionario no tiene nuda en común con la idolatría. Programas y pronósticos son examinados y corregidos a la luz de la experiencia, que es el criterio supremo de la razón humana. El Manifiesto, también, requiere correcciones y adiciones. Sin embargo, como lo evidencia la misma experiencia histórica, estas adiciones y correcciones pueden ser realizadas con éxito sólo procediendo de acuerdo con el método inscrito en los fundamentos del Manifiesto mismo. Tratare mas de indicarlo en varios ejemplos importantísimos.

1. Marx enseñaba que ningún sistema social abandona su lugar en la historia antes de agotar sus potencialidades creativas. El Manifiesto critica severamente al capitalismo por retardar el desarrollo de las fuerzas productivas. Sin embargo, durante ese periodo, así como en las décadas siguientes, este retraso era solamente de carácter relativo. Si hubiera sido posible en la segunda mitad del siglo XIX organizar la economía sobre principios socialistas, su ritmo de crecimiento hubiera sido inconmensurablemente mayor, pero este postulado, teóricamente irrefutable, no invalida el hecho de que las fuerzas productivas continuaron expandiéndose en una escala internacional hasta el momento mismo de la guerra mundial. Ha sitio solamente en los últimos 20 años, a pesar de las más modernas conquistas de la ciencia y la tecnología, que ha comenzado la época de completo estancamiento y hasta decadencia de la economía mundial. La humanidad está comenzando a gastar su capital acumulado, a la vez que la próxima guerra amenaza con destruir los cimientos de la civilización por muchos años. Los aurores del Manifiesto se imaginaron que el capitalismo sería desechado mucho antes de la época en que, de un régimen relativamente reacionario, se convertiría en un régimen absolutamente reaccionario. Esta transformación cobró forma final solamente ante los ojos de la generación actual y convirtió nuestra época en una época de guerras, revoluciones y fascismo.

2. El error de Marx y Engels respecto a las fechas históricas surgió, por un lado, de una subestimación de las posibilidades futuras latentes en el capitalismo y, por el otro, de mi sobrestimación de la madurez revolucionaria del proletariado. La revolución de 1848 no se transformó en una revolución socialista como el Manifiesto había calculado, sino que le brindó a Alemania la posibilidad de un vasto ascenso posterior de tipo capitalista. La Comuna de París comprobó que el proletariado, sin un partido revolucionario templado a la cabeza, no puede arrancarle el poder a la burguesía. Entretanto, el prolongado periodo de prosperidad capitalista que sobrevino logró no la educación de la vanguardia revolucionaria, sino más bien la degeneración burguesa de la aristocracia obrera, la cual a su vez se tornó en el principal freno de la revolución proletaria. Esencialmente, para los autores del Manifiesto era absolutamente imposible haber previsto esta "dialéctica".

3. Para el Manifiesto, el capitalismo era el reino de la libre competencia. Si bien se refiere a la concentración creciente del capital, el Manifiesto no sacó la conclusión necesaria con respecto al monopolio, que se ha vuelto la forma dominante del capitalismo en nuestra época y la condición previa más importante para la economía socialista. Fue solamente despues, en *El Capital* que Marx estableció la tendencia hacia la transformación de la libre competencia en monopolio. Fue Lenin quien dió una caracterización científica del capitalismo monopolista en su *Imperialismo.*

4. Al basarse primordialmente en el ejemplo de la "revolución industrial" inglesa, los autores del Manifiesto imaginaron de una manera demasiado unilateral el proceso de liquidación de las clases intermedias como una proletarización al por mayor del artesanado, el campesinado y los pequeños oficios. En realidad, las fuerzas elementales de la competencia están lejos de haber completado este trabajo simultáneamente progresista y bárbaro. El capitalismo ha arruinado a la pequeña burguesía a una velocidad mayor de lo que la ha proletarizado. Además, por mucho tiempo el estado burgués ha buscado con una política consciente mantener artificialmente los estratos pequeñoburgueses. Al extremo opuesto, el crecimiento de la tecnología y la racionalización de la industria en gran escala engendra un desempleo crónico impide la proletarización de la pequeña burguesía. Al mismo tiempo el desarrollo del capitalismo ha acelerado hasta el extremo, el crecimiento de legiones de técnicos, administradores, empleados comerciales -en resumen, la llamada nueva clase media-.Por tanto, las clases intermedias, a cuya desaparición se refiere tan categóricamente el Manifiesto, incluyen aun en un país tan altamente industrializado como Alemania casi la mitad de la población. Sin embargo, la preservación artificial de estratos pequeñoburgueses anticuados no mitiga en forma alguna las contradicciones sociales, sino que por el contrario, las cubre con una virulencia especial y junto con el ejército permanente de los desenipleados, constituye la expresión más malévola de la *decadencia* del capitalismo.

5. Calculado para una época revolucionaria, el Manifiesto contiene 10 demandas (final del capitulo II) las cuales corresponden al periodo de transición directa del capitalismo al socialismo. En su prefacio de 1872*,* Marx y Engels declararon que estas consignas eran en parte anticuadas y, en todo caso, solo de importancia secundaria. Los reformistas aprovecharon esta evaluación para interpretarla en el sentirlo de que las consignas revolucionarias transicionales habían cedido para siempre su lugar al "programa mínimo" socialdemócrata, el cual, como es bien sabido, no trasciende los límites de la democracia de la burguesa. En realidad, los autores del Manifiesto indicaron precisamente corrección principal de su programa transicional al decir que "la clase trabajadora no puede simplemente tomar posesión de la máquina estatal tal y como está y servirse de ella para sus propios fines". En otras palabras, la corrección estaba dirigida contra el fetichismo de la democracia burguesa. Marx contrapuso más tarde al estado capitalista el estado tipo Comuna. Este "tipo" asumió más tarde la forma mucho más gráfica de los *soviets.* No puede haber hoy un programa revolucionario sin *soviets* y sin *control obrero.* En cuanto a las demás, las 10 consignas del Manifiesto, que parecieron ser "arcaicas"

en una época de pacífica actividad parlamentaria, han recuperado hoy completamente su verdadero significado. El "programa mínimo" socialdemócrata, por otra parte, se ha vuelto irremediablemente anticuado.

6. Al basar su expectativa de que "la revolución burguesa en Alemania no será sino el preludio de una revolución proletaria que le seguirá inmediatamente", el Manifiesto cita las condiciones mucho más avanzadas de la civilización europea comparadas a las que existían en Inglaterra en el siglo XVII y en Francia en el siglo XVIII, y el desarrollo mucho mayor del proletariado. El error en este pronóstico no fue solamente la fecha. La revolución de 1848 reveló en unos pocos meses que precisamente bajo condiciones más maduras, ninguna de las clases burguesas es capaz de realizar la revolución: la burguesía alta y media está demasiado vinculada a los terratenientes y maniatada por el temor a las masas; la pequeña burguesía está demasiado dividida y sus altos dirigentes dependen demasiado de la gran burguesía, como evidenció toda la trayectoria posterior del desarrollo en Europa y Asia, la revolución burguesa, por su propia cuenta, ya no puede por lo general ser consumada. La posibilidad de purgar completamente a la sociedad de la basura feudal es inconcebible al menos que el proletariado, libre de la influencia de los partidos burgueses, sea capaz de colocarse a la cabeza del campesinado y establezca su dictadura revolucionaria. De esta manera la revolución burguesa se entrelaza con la primera etapa de la revolución socialista para disolverse posteriormente en esta última. Así la revolución nacional se convierte en un eslabón de la revolución mundial. La transformación de la base económica y de todas las relaciones sociales asume un carácter permanente (ininterrumpido).

Para partidos revolucionarios en países arrasados de Asia, Latinoamérica y Africa, una comprensión clara de la conexión orgánica que existe entre la revolución democrática y la dictadura del proletariado —y por lo tanto, la revolución socialista internacional— es un problema de vida o muerte.

7. Mientras describe cómo el capitalismo atrae hacia su vórtice países atrasados y bárbaros, el Manifiesto no contiene ninguna referencia a la lucha de países coloniales y semicoloniales por la independencia. Teniendo en cuenta que Marx y Engels consideraron la revolución social "al menos en los principales países civilizados'' como asunto de unos pocos años, el problema colonial quedaba resuelto automáticamente para ellos, no como consecuencia de un movimiento independiente de nacionalidades oprimidas, sino como consecuencia de la victoria del proletariado en los centros metropolitanos del capitalismo. De ahí que los problemas de estrategia revolucionaria en países coloniales y semicoloniales no sean abordados en absoluto en el Manifiesto. Sin embargo, estos problemas exigen una solución independiente. Por ejemplo, es axiomático que mientras "la patria nacional" se ha convertido en el freno histórico más pernicioso en países capitalistas avanzados, continúa siendo un factor relativamente progresista en países atrasados obligados a luchar por una existencia independiente.

"Los comunistas", declara el Manifiesto, "apoyan por doquier todo movimiento revolucionario contra el régimen social y político existente". El movimiento de las razas

de color contra sus opresores imperialistas es uno de los más poderosos e importantes movimientos contra el régimen existente, y por lo tanto exige un apoyo completo, incondicional e ilimitado por parte del proletariado de raza blanca. El mérito de desarrollar una estrategia revolucionaria para las nacionalidades oprimidas pertenece primordialmente a Lenin.

8. La parre más anticuada del Manifiesto —con respecto al material y no al método— es la crítica a la literatura "socialista" de la primera parte del siglo XIX (capítulo III) y la definición de la posición de los comunistas frente a diversos partidos de oposición (capítulo IV). Los movimientos y partidos enumerados en el Manifiesto fueron arrollados tan drásticamente por la revolución de 1848 o por la contrarrevolución resultante, que uno tiene incluso que buscar sus nombres en un diccionario histórico. Sin embargo, también en esta parte, el Manifiesto está quizá más cerca de nosotros ahora que de la generación que nos precede. En la época del florecimiento de la Segunda Internacional, cuando el marxismo parecía ejercer una influencia sin igual, las ideas del socialismo premarxista podían haber sido consideradas definitivamente relegadas al pasado. Pero hoy las cosas son diferentes. La descomposición de la Social democracia y de la Internacional Comunista engendra a cada paso monstruosas recaídas ideológicas. El pensamiento senil parece haberse vuelto infantil. En busca de fórmulas redentoras los profetas de la época de la decadencia descubren como nuevas doctrinas enterradas hace mucho por el socialismo científico.

En lo que respecta al problema de partidos de oposición, las décadas transcurridas han introducido los cambios mas profundos, no solamente en el sentido de que los viejos partidos han sido remplazados por nuevos, sino en el sentido de que el caracter mismo de los partidos y sus relaciones mutuas han cambiado radicalmenle bajo las condiciones de la época imperialista. El Manifiesto debe ser ampliado por lo tanto con los documentos más importantes de los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista, la literatura esencial del bolchevismo y las resoluciones de las conferencias de la Cuarta Internacional".

Hemos observado antes que, según Marx, ningún orden social abandona la escena sin agotar antes sus potencialidades latentes. Sin embargo, ni siguiera un orden social anticuado cede su lugar a uno nuevo sin oponer resistencia. En cambio en regímenes sociales presupone la forma más severa de la lucha de clases, es decir, la revolución. Si el proletariado, por una u otra razón, resulta incapaz de derrocar con un golpe audaz al caduco orden burgués, entonces el capital financiero, en su lucha por mantener su dominio inestable, no puede hacer otra cosa que convertir a la pequeña burguesía, que el mismo ha arruinado y desmoralizado, en el ejército pogromista del fascismo. La degeneración burguesa de la socialdemocracia y la degeneración fascista de la pequeña burguesía están entrelazadas como causa y efecto.

En la época actual, la Tercera Internacional, mucho más desenfrenadamente que la Segunda, realiza en todos los países el trabajo de engañar y desmoralizar a los trabajadores. Al masacrar la vanguardia del proletariado español, los mercenarios

desenfrenados de Moscú no solamente preparan el terreno para el fascismo, sino que ejecutan una buena parte de su trabajo. La crisis prolongada de la revolución internacional, que se transforma más y más en una crisis de la cultura humana, se reduce en esencia a la crisis de la dirección revolucionaria.

Como heredera de la gran tradición con la cual el *Manifiesto comunista* forma el más precioso vínculo, la Cuarta Internacional está educando nuevos cuadros para la solución de antiguas tareas. La teoría es la realidad generalizada. El impulso apasionado de reconstruir la realidad social se expresa en una actitud honesta hacia la teoría revolucionaria. El hecho de que en la parte sur del "continente negro" nuestros compañeros fueron los primeros en traducir el Manifiesto a la lengua afrikaans, es otra ilustración gráfica del hecho que el pensamiento marxista vive hoy solamente bajo la bandera de la Cuarta Internacional. A ella pertenece el futuro. Cuando se celebre el centenario del *Manifiesto Comunista,* la Cuarta Internacional se habrá transformado en fuerza revolucionaria decisiva de nuestro planeta.

I
PROLOGO DE MARX Y ENGELS A LA EDICION ALEMANA DE 1872

La Liga Comunista, una organización obrera internacional, que en las circunstancias de la época —huelga decirlo— sólo podía ser secreta, encargó a los abajo firmantes, en el congreso celebrado en Londres en noviembre de 1847, la redacción de un detallado programa teórico y práctico, destinado a la publicidad, que sirviera de programa del partido. Así nació el Manifiesto que se reproduce a continuación y cuyo original se remitió a Londres para ser impreso pocas semanas antes de estallar la revolución de febrero.

Publicado primeramente en alemán, ha sido reeditado doce veces por lo menos en ese idioma en Alemania, Inglaterra y Norteamérica. La edición inglesa no vió la luz hasta 1850, y se publicó en el *Red Republican* de Londres traducido por miss Elena Macfarlane, y en 1871 se editaron en Norteamérica no menos de tres traducciones distintas. La versión francesa apareció por vez primera en París poco antes de la insurrección de junio de 1848; últimamente ha vuelto a publicarse en *Le Socialiste* de Nueva York, y se prepara una nueva traducción. La versión polaca apareció en Londres poco después de la primera edición alemana. La traducción rusa vió la luz en Ginebra en el año sesenta y tantos. Al danés se tradujo a poco de publicarse.

Por mucho que durante los últimos veinticinco años hayan cambiado las circunstancias, los principios generales desarrollados en este Manifiesto siguen siendo substancialmente exactos. Sólo habría que retocar algún que otro detalle. Ya el propio Manifiesto advierte que la aplicación práctica de estos principios dependerá en todas partes y en todo tiempo de las circunstancias históricas existentes, razón por la cual no se hace especial hincapié en las medidas revolucionarias propuestas al final del capítulo II. Si hubiéramos de formularlo hoy, este pasaje presentaría un tenor distinto en muchos respectos. Este programa ha quedado a trozos anticuado por efecto del inmenso desarrollo experimentado por la gran industria en los últimos veinticinco años, con los consiguientes progresos ocurridos en punto a la organización política de la clase obrera y por efecto de las experiencias prácticas, de la revolución de febrero en primer término, y sobre todo de la Comuna de París, donde el proletariado, por vez primera, tuvo el Poder político en sus manos por espacio de dos meses. La comuna ha demostrado, principalmente, que "la clase obrera no puede limitarse a tomar posesión de la máquina del Estado en bloque, poniéndola en marcha para sus propios fines". (V. *La guerra civil en Francia,* alocución del Consejo general de la Asociación Obrera Internacional, edición alemana, pág. 51, donde se desarrolla ampliamente esta idea)[19] (. Huelga asimismo decir que la crítica de la literatura socialista presenta hoy lagunas, ya que sólo llega hasta 1847, y, finalmente, que las indicaciones que se hacen acerca de la actitud de los comunistas para con los diversos partidos de la oposición (capítulo IV), aunque sigan siendo exactas en sus líneas generales, están también anticuadas en lo que toca al detalle, por la sencilla razón de que la situación política ha cambiado radicalmente y el progreso histórico ha

19- Consúltese hoy sobre este punto: Engels, Cartas a Bernstein (edición alemana), pág. 134, y Lenin, El Estado y la Revolución (2 ed. 1929) págs. 37 7 I04-

venido a eliminar del mundo a la mayoría de los partidos enumerados.

Sin embargo, el Manifiesto es un documento histórico, que nosotros no nos creemos ya autorizados a modificar. Tal vez una edición posterior aparezca precedida de una introducción que abarque el período que va desde 1847 hasta los tiempos actuales; la presente reimpresión nos ha sorprendido, sin dejarnos tiempo para eso.

Londres, 24 de junio de 1872.
Carlos Marx. Federico Engels.

II
PROLOGO DE ENGELS A LA EDICION ALEMANA DE 1883

Desgraciadamente, al pie de este prólogo a la nueva edición del Manifiesto ya sólo aparecerá mi firma. Marx, ese hombre a quien la clase obrera toda de Europa y América debe más que a hombre alguno, descansa en el cementerio de Highgate, y sobre su tumba crece ya la primera hierba. Muerto él, sería doblemente absurdo pensar en revisar ni en adicionar el Manifiesto. En cambio, créome obligado, ahora más que nunca, a consignar aquí una vez más, para que quede bien patente, la siguiente afirmación:
La idea cardinal que inspira todo el Manifiesto, a saber: que el régimen económico de la producción y la estructuración social que de él se deriva necesariamente en cada época histórica constituye la base sobre la cual se asienta la historia política e intelectual de esa época, y que, por tanto, toda la historia de la sociedad —una vez disuelto el primitivo régimen de comunidad del suelo— es una historia de luchas de clases, de luchas entre clases explotadoras y explotadas, dominantes y dominadas, a tono con las diferentes fases del proceso social, hasta llegar a la fase presente, en que la clase explotada y oprimida —el proletariado— no puede ya emanciparse de la clase que la explota y la oprime —de la burguesía— sin emancipar para siempre a la sociedad entera de la opresión, la explotación y las luchas de clases; esta idea cardinal fué fruto personal y exclusivo de Marx [20].

Y aunque ya no es la primera vez que lo hago constar, me ha parecido oportuno dejarlo estampado aquí, a la cabeza del Manifiesto.

Londres, 28 junio 1883.
F. Engels.

20- "A esta idea —añado en el prólogo a la traducción inglesa—, que en mi opinión está llamada a inaugurar en la ciencia histórica el mismo progreso que la teoría de Darwin llevó a las ciencias naturales, nos habíamos ido acercando ya ambos poco a poco, varios años antes de 1845. Mi obra sobre la Situación de la clase obrera en Inglaterra revela los progresos hechos por mi personalmente en esa dirección. Pero cuando, en la primavera de 1845, volví a reunírme con Marx en Bruselas, ya él había desarrollado perfectamente esa idea y me la expuso en términos casi tan claros y precisos como los que dejo resumidos más arriba." (F. E.)

III
PROLOGO DE ENGELS A LA EDICION ALEMANA DE 1890

Ve la luz una nueva edición alemana del Manifiesto cuando han ocurrido desde la última diversos sucesos relacionados con este documento que merecen ser mencionados aquí.

En 1882 se publicó en Ginebra una segunda traducción rusa, de Vera Sasulich[21] , precedida de un prólogo de Marx y mío. Desgraciadamente, se me ha extraviado el original alemán de este prólogo y no tengo más remedio que retraducirlo del ruso, con lo que el lector no saldrá ganando nada. El prólogo dice así:

"La primera edición rusa del Manifiesto del Partido Comunista, traducido por Bakunin, vió la luz poco después de 1860 en la imprenta del *Kolokol.* En los tiempos que corrían, esta publicación no podía tener para Rusia, a lo sumo, más que un puro valor literario de curiosidad. Hoy las cosas han cambiado. El último capítulo del Manifiesto, titulado "Actitud de los comunistas ante los otros partidos de la oposición", demuestra mejor que nada lo limitada que era la zona en que, al ver la luz por vez primera este documento (enero de 1848), tenía que actuar el movimiento proletario. En esa zona faltaban, principalmente, dos países: Rusia y los Estados Unidos. Era la época en que Rusia constituía la última reserva magna de la reacción europea y en que la emigración a los Estados Unidos absorbía las energías sobrantes del proletariado de Europa. Ambos países proveían a Europa de primeras materias, a la par que le brindaban mercados para sus productos industriales. Ambos venían a ser, pues, bajo uno u otro aspecto, pilares del orden social europeo.

Hoy las cosas han cambiado radicalmente. La emigración europea sirvió precisamente para imprimir ese gigantesco desarrollo a la agricultura norteamericana, cuya concurrencia está minando los cimientos de la grande y la pequeña propiedad inmueble de Europa. Además, ha permitido a los Estados Unidos entregarse a la explotación de sus copiosas fuentes industriales con tal energía y en proporciones tales, que dentro de poco echará por tierra el monopolio industrial de que hoy disfruta la Europa occidental. Estas dos circunstancias repercuten a su vez revolucionariamente sobre la propia América. La pequeña y mediana propiedad del granjero que trabaja su propia tierra sucumbe progresivamente ante la concurrencia de las grandes explotaciones, a la par que en las regiones industriales empieza a formarse un copioso proletariado y una fabulosa concentración de capitales.

21- Advierte Riazanof, en su edición comentada del Manifiesto, que Engels incurre aquí en un error, pues la traducción rusa publicada en Ginebra en 1882 fué obra de Plejanov y no de Vera Sasulich. La traducción de Bakunin habíase publicado en 1870. El prólogo a la edición de Plejanov fué escrito pocos meses antes de ser asesinado Alejandro II.

Por aquellos días había alcanzado el apogeo de su popularidad la organización terrorista Narodnaya Volya ("Voluntad del Pueblo"). Alejandro III, hijo segundo del emperador asesinado, se encerró en su palacio de Gatchina y aplazó indefinidamente la ceremonia de su "solemne coronación". Hasta los años de 1883 y 1884 no se evidenció que aquel magno triunfo del partido terrorista abrigaba su ruina, pues la vanguardia del movimiento revolucionario de Europa resultó ser (por lo menos en lo tocante a su país nativo) un pelotón de vanguardia sin un ejército detrás, e insuficiente, como es lógico, para vencer en la heroica batalla contra el zarismo ruso.

Pasemos ahora a Rusia. Durante la sacudida revolucionaria de los años 48 y 49, los monarcas europeos, y no sólo los monarcas, sino también los burgueses, aterrados ante el empuje del proletariado, que empezaba a cobrar por aquel entonces conciencia de su fuerza, cifraban en la intervención rusa todas sus esperanzas. El zar fué proclamado cabeza de la reacción europea. Hoy, este mismo zar se ve apresado en Gatchina como rehén de la revolución y Rusia forma la avanzada del movimiento revolucionario de Europa.

El Manifiesto Comunista se proponía por misión proclamar la desaparición inminente e inevitable de la propiedad burguesa en su estado actual. Pero en Rusia nos encontramos con que, coincidiendo con el orden capitalista en febril desarrollo y la propiedad burguesa del suelo que empieza apenas a formarse, más de la mitad de la tierra es propiedad común de los campesinos.

Ahora bien —nos preguntamos—, ¿puede este régimen comunal del concejo ruso, que es ya, sin duda, una degeneración del régimen de comunidad primitiva de la tierra, trocarse directamente en una forma más alta de comunismo del suelo, o tendrá que pasar necesariamente por el mismo proceso previo de descomposición que nos revela la historia del occidente de Europa?

La única contestación que, hoy por hoy, cabe dar a esa pregunta es la siguiente: Si la revolución rusa es la señal para la revolución obrera de Occidente y ambas se completan formando una unidad, podría ocurrir que ese régimen, comunal ruso fuese el punto de partida para la implantación de una nueva forma comunista de la tierra.

Londres, 21 enero 1882."

Por aquellos mismos días se publicó en Ginebra una nueva traducción polaca con este título: *Manifest Kommunistyczny.*

Asimismo ha aparecido una nueva traducción danesa, en la "Socialdemokratisk Bibliothek, Kójbenhavn 1885". Es de lamentar que esta traducción sea incompleta; el traductor se saltó, por lo visto, aquellos pasajes, importantes muchos de ellos, que le parecieron difíciles; además, la versión adolece de precipitaciones en una serie de lugares, y es una lástima, pues se ve que, con un poco más de cuidado, su autor habría realizado un trabajo excelente.

En 1886 apareció en *Le Socialiste* de París una nueva traducción francesa, la mejor de cuantas han visto la luz hasta ahora [22] . tirada aparte, con este título: *Manifiesto del Partido Comunista, por Carlos Marx y F. Engels (Madrid,* Administración de *El Socialista,* Hernán Cortés.

Como detalle curioso contaré que en 1887 fue ofrecido a un editor de Constantinopla el original de una traducción armenia; pero el buen editor no se atrevió a lanzar un folleto con el nombre de Marx a la cabeza y propuso al traductor publicarlo como obra original suya, a lo que éste se negó.

Después de haberse reimpreso repetidas veces varias traducciones norteamericanas

22- Esta versión francesa era obra de Laura y Pablo Lafargue.

más o menos incorrectas, al fin, en 1888, apareció en Inglaterra la primera versión auténtica, hecha por mi amigo Samuel Moore y revisada por él y por mí antes de darla a las prensas. He aquí el título: *Manifestó of the Communist Party, by Karl Marx and Frederick Engels. Authorised English Translation, edited and annotated by Frederick Engels. 1888. London, William Reeves, 185 Flett St. E. C.* Algunas de las notas de esta edición acompañan a la presente.

El Manifiesto ha tenido sus vicisitudes. Calurosamente acogido a su aparición por la vanguardia, entonces poco numerosa, del socialismo científico —como lo demuestran las diversas traducciones mencionadas en el primer prólogo—, no tardó en pasar a segundo plano, arrinconado por la reacción que se inicia con la derrota de los obreros parisienses en junio de 1848 y anatematizado, por último, con el anatema de la justicia al ser condenados los comunistas por el tribunal de Colonia en noviembre de 1852. Al abandonar la escena pública el movimiento obrero que la revolución de febrero había iniciado, queda también envuelto en la penumbra el Manifiesto.

Cuando la clase obrera europea volvió a sentirse lo bastante fuerte para lanzarse de nuevo al asalto contra las clases gobernantes, nació la Asociación Obrera Internacional. El fin de esta organización era fundir todas las masas obreras militantes de Europa y América en un gran cuerpo de ejército. Por eso este movimiento no podía *arrancar* de los principios sentados en el Manifiesto. No había más remedio que darle un programa que no cerrase el paso a las tradeuniones inglesas, a los proudhonianos franceses, belgas, italianos y españoles ni a los partidarios de Lassalle en Alemania [23](**23**). Este programa, con las normas directivas para los estatutos de la Internacional, fué redactado por Marx con una maestría que hasta el propio Bakunin y los anarquistas hubieron de reconocer. En cuanto al triunfo final de las tesis del Manifiesto, Marx ponía toda su confianza en el desarrollo intelectual de la clase obrera, fruto obligado de la acción conjunta y de la discusión. Los sucesos y vicisitudes de la lucha contra el capital, y más aún las derrotas que las victorias, no podían menos de revelar al proletariado militante, en toda su desnudez, la insuficiencia de los remedios milagreros que venían empleando e infundir a sus cabezas una mayor claridad de visión para penetrar en las verdaderas condiciones que habían de presidir la emancipación obrera. Marx no se equivocaba. Cuando en 1874 se disolvió la Internacional, la clase obrera difería radicalmente de aquella con que se encontrara al fundarse en 1864. En los países latinos, el proudhonianismo agonizaba, como en Alemania lo que había de específico en el partido de Lassalle, y hasta las mismas tradeuniones inglesas, conservadoras hasta la medula, cambiaban de espíritu, permitiendo al presidente de su congreso, celebrado en Swansea en 1887, decir en nombre suyo: "El socialismo continental ya no nos asusta." Y en 1887 el socialismo continental se cifraba casi en los principios proclamados por el Manifiesto. La historia de este documento refleja, pues, hasta cierto punto, la historia moderna del movimiento

23- Lassalle, en sus relaciones personales con nosotros, se decía siempre "discípulo de Marx", pisando, por tanto, como es lógico, en el terreno del Manifiesto. Otra cosa acontecía con aquellos partidarios suyos que no hacían más que dar vueltas en torno al postulado de las cooperativas de producción con crédito del Estado y que dividían a la clase obrera en dos categorías: los que abrazaban la ayuda del Estado y los defensores de la autoayuda. (F. E.)

obrero desde 1848. En la actualidad es indudablemente el documento más extendido e internacional de toda la literatura socialista del mundo, el programa que une a muchos millones de trabajadores de todos los países, desde Siberia hasta California.

Y sin embargo, cuando este Manifiesto vió la luz, no pudimos bautizarlo de Manifiesto *socialista.* En 1847, el concepto de "socialista" abarcaba dos categorías de personas. Unas eran las que abrazaban diversos sistemas utópicos, y entre ellas se destacaban los owenistas en Inglaterra, y en Francia los fourieristas, que poco a poco habían ido quedando reducidos a dos sectas agonizantes. En la otra formaban los charlatanes sociales de toda laya, los que aspiraban a remediar las injusticias de la sociedad con sus potingues mágicos y con toda serie de remiendos, sin tocar en lo más mínimo, claro está, al capital ni a la ganancia. Gentes unas y otras ajenas al movimiento obrero, que iban a buscar apoyo para sus teorías a las clases "cultas". El sector obrero que, convencido de la insuficiencia y superficialidad de las meras conmociones políticas, reclamaba una radical transformación de la sociedad, apellidábase *comunista,* Era un comunismo toscamente delineado, instintivo, vago, pero lo bastante pujante para engendrar dos sistemas utópicos: el del "ícaro" Cabet en Francia y el de Weitling en Alemania. En 1847, el "socialismo" designaba un movimiento burgués, el "comunismo" un movimiento obrero. El socialismo era, a lo menos en el continente, una doctrina presentable en los salones; el comunismo, todo lo contrario. Y como en nosotros era ya entonces firme la convicción de que "la emancipación de los trabajadores sólo podía ser obra de la propia clase obrera", no podíamos dudar en la elección de título. Más tarde no se nos pasó nunca por las mientes tampoco el modificarlo.

"¡Proletarios de todos los países, unios!" Cuando hace cuarenta y dos años lanzamos al mundo estas palabras, en vísperas de la primera revolución de París, en que el proletariado levantó ya sus propias reivindicaciones, fueron muy pocas las voces que contestaron. Pero el 28 de septiembre de 1864, los representantes proletarios de la mayoría de los países del occidente de Europa se reunían para formar la Asociación Obrera Internacional, de tan glorioso recuerdo. Y aunque la Internacional sólo tuviese nueve años de vida, el lazo perenne de unión entre los proletarios de todos los países sigue viviendo con más fuerza que nunca; así lo atestigua, con testimonio irrefutable, el día de hoy. Hoy, Primero de Mayo, el proletariado europeo y americano pasa revista por vez primera a sus contingentes puestos en pie de guerra como un ejército único, unido bajo una sola bandera y concentrado en un objetivo: la jomada normal de ocho horas, que ya proclamara la Internacional en el congreso de Ginebra en 1889, y que es menester elevar a ley. El espectáculo del día de hoy abrirá los ojos a los capitalistas y a los grandes terratenientes de todos los países y Ies hará ver que la unión de los proletarios del mundo es ya un hecho.

¡Ya Marx no vive, para verlo, a mi lado!

Londres, 1 de mayo de 1890.

F. Engels.

IV
PROLOGO DE ENGELS A LA EDICION POLACA DE 1892.

La necesidad de reeditar la versión polaca del Manifiesto Comunista requiere un comentario.

Ante todo, el Manifiesto ha resultado ser, como se lo proponía, un medio para poner de relieve el desarrollo de la gran industria en Europa. Cuando en un país, cualquiera que él sea, se desarrolla la gran industria, brota al mismo tiempo entre los obreros industriales el deseo de explicarse sus relaciones como clase, como la clase de los que viven del trabajo, con la clase de los que viven de la propiedad. En estas circunstancias, las ideas socialistas se extienden entre los trabajadores y crece la demanda del Manifiesto Comunista. En este sentido, el número de ejemplares del Manifiesto que circulan en un idioma dado nos permite apreciar bastante aproximadamente no sólo las condiciones del movimiento obrero de clase en ese país, sino también el grado de desarrollo alcanzado en él por la gran industria.

La necesidad de hacer una nueva edición en lengua polaca acusa, por tanto, el continuo proceso de expansión de la industria en Polonia. No puede caber duda acerca de la importancia de este proceso en el transcurso de los diez años que han mediado desde la aparición de la edición anterior. Polonia se ha convertido en una región industrial en gran escala bajo la égida del Estado ruso.

Mientras que en la Rusia propiamente dicha la gran industria sólo se ha ido manifestando esporádicamente (en las costas del golfo de Finlandia, en las provincias centrales de Moscú y Vladimiro, a lo largo de las costas del mar Negro y del mar de Azov), la industria polaca se ha concentrado dentro de los confines de un área limitada, experimentando a la par las ventajas y los inconvenientes de su situación. Estas ventajas no pasan inadvertidas para los fabricantes rusos; por eso alzan el grito pidiendo aranceles protectores contra las mercancías polacas, a despecho de su ardiente anhelo de rusificación de Polonia. Los inconvenientes (que tocan por igual los industriales polacos y el Gobierno ruso) consisten en la rápida difusión de las ideas socialistas entre los obreros polacos y en una demanda sin precedente del Manifiesto Comunista.

El rápido desarrollo de la industria polaca (que deja atrás con mucho a la de Rusia) es una clara prueba de las energías vitales inextinguibles del pueblo polaco y una nueva garantía de su futuro renacimiento. La creación de una Polonia fuerte e independiente no interesa sólo al pueblo polaco, sino a todos y cada uno de nosotros. Sólo podrá establecerse una estrecha colaboración entre los obreros todos de Europa si en cada país el pueblo es dueño dentro de su propia casa.. Las revoluciones de 1848 que, aunque reñidas bajo la bandera del proletariado, solamente llevaron a los obreros a la lucha para sacar las castañas del fuego a la burguesía, acabaron por imponer, tomando por instrumento a Napoleón y a Bismarck (a los enemigos de la revolución), la independencia de Italia, Alemania y Hungría. En cambio, a Polonia, que en 1791 hizo por la causa revolucionaria más que estos tres países juntos, se la dejó sola cuando en

1863 tuvo que enfrentarse con el poder diez veces más fuerte de Rusia.

La nobleza polaca ha sido incapaz para mantener, y lo será también para restaurar, la independencia de Polonia. La burguesía va sintiéndose cada vez menos interesada en este asunto. La independencia polaca sólo podrá ser conquistada por el proletariado joven, en cuyas manos está la realización de esta esperanza. He ahí por qué los obreros del occidente de Europa no están menos interesados en la liberación de Polonia que los obreros polacos mismos.

Londres, 10 de febrero 1892.

V
PROLOGO DE ENGELS A LA EDICION ITALIANA DE 1893

La publicación del Manifiesto del Partido Comunista coincidió (si puedo expresarme así) con el momento en que estallaban las revoluciones de Milán y de Berlín, dos revoluciones que eran el alzamiento de dos pueblos: uno enclavado en el corazón del continente europeo y el otro tendido en las costas del mar Mediterráneo. Hasta ese momento, estos dos pueblos, desgarrados por luchas intestinas y guerras civiles, habían sido presa fácil de opresores extranjeros. Y del mismo modo que Italia estaba sujeta al dominio del emperador de Austria, Alemania vivía, aunque esta sujeción fuese menos patente, bajo el yugo del zar de todas las Rusias. La revolución de 18 de marzo emancipó a Italia y Alemania al mismo tiempo de este vergonzoso estado de cosas. Si después, durante el período que va de 1848 a 1871, estas dos grandes naciones permitieron que la vieja situación fuese restaurada, haciendo hasta cierto punto de "traidores de sí mismas", se debió (como dijo Carlos Marx) a que los mismos que habían inspirado la revolución de 1848 se convirtieron, a despecho suyo, en sus verdugos.

La revolución fue en todas partes obra de las clases trabajadoras: fueron los obreros quienes levantaron las barricadas y dieron sus vidas luchando por la causa. Sin embargo, solamente los obreros de París, después de derribar el Gobierno, tenían la firme y decidida intención de derribar con él a todo el régimen burgués. Pero, aunque abrigaban una conciencia muy clara del antagonismo irreductible que se alzaba entre su propia clase y la burguesía, el desarrollo económico del país y el desarrollo intelectual de las masas obreras francesas no habían alcanzado todavía el nivel necesario para que pudiese triunfar una revolución socialista. Por eso, a la postre, los frutos de la revolución cayeron en el regazo de la clase capitalista. En otros países, como en Italia, Austria y Alemania, los obreros se limitaron desde el primer momento de la revolución a ayudar a la burguesía a tomar el Poder. En cada uno de estos países el gobierno de la burguesía sólo podía triunfar bajo la condición de la independencia nacional. Así se explica que las revoluciones del año 1848 condujesen inevitablemente a la unificación de los pueblos dentro de las fronteras nacionales y a su emancipación del yugo extranjero, condiciones que, hasta allí, no habían disfrutado. Estas condiciones son hoy realidad en Italia, en Alemania y en Hungría. Y a estos países seguirá Polonia cuando la hora llegue.

Aunque las revoluciones de 1848 no tenían carácter socialista, prepararon, sin embargo, el terreno para el advenimiento de la revolución del socialismo. Gracias al poderoso impulso que estas revoluciones imprimieron a la gran producción en todos los países, la sociedad burguesa ha ido creando durante los últimos cuarenta y cinco años un vasto, unido y potente proletariado, engendrando con él (como dice el Manifiesto Comunista) a sus propios enterradores. La unificación internacional del proletariado no hubiera sido posible, ni la colaboración sobria y deliberada de estos países en el logro de fines generales, si antes no hubiesen conquistado la unidad y la independencia nacionales, si hubiesen seguido manteniéndose dentro del aislamiento.

Intentemos representamos, si podemos, el papel que hubieran hecho los obreros italianos, húngaros, alemanes, polacos y rusos luchando por su unión internacional bajo las condiciones políticas que prevalecían hacia el año 1848.

Las batallas reñidas en el 48 no fueron, pues, reñidas en balde. Ni han sido vividos tampoco en balde los cuarenta y cinco años que nos separan de la época revolucionaria. Los frutos de aquellos días empiezan a madurar, y hago votos porque la publicación de esta traducción italiana del Manifiesto sea heraldo del triunfo del proletariado italiano, como la publicación del texto primitivo lo fué de la revolución internacional.

El Manifiesto rinde el debido homenaje a los servicios revolucionarios prestados en otro tiempo por el capitalismo. Italia fué la primera nación que se convirtió en país capitalista. El ocaso de la Edad Media feudalista y la aurora de la época capitalista contemporánea vieron aparecer en escena una figura gigantesca. El Dante fué al mismo tiempo el último poeta de la Edad Media y el primer poeta de la era nueva. Hoy, como en 1300, se alza en el horizonte una nueva época. ¿Dará Italia al mundo otro Dante, capaz de cantar el nacimiento de la nueva era, de la era proletaria?

Londres, 1 de febrero de 1893.

`

MANIFIESTO DEL PARTIDO COMUNISTA

Un fantasma ronda por Europa: el fantasma del Comunismo. Contra este fantasma se han conjurado en santa jauría todas las potencias de la vieja Europa, el Papa y el zar, Metternich y Guizot, los radicales franceses y los polizontes alemanes. (1)

No hay un solo partido de oposición a quien los adversarios gobernantes no motejen de comunista, ni un solo partido de oposición que no lance al rostro de las oposiciones más avanzadas, lo mismo que a los enemigos reaccionarios, la acusación estigmatizante de comunismo.

De este hecho se desprenden dos consecuencias:

La primera es que el comunismo se halla ya reconocido como una potencia por todas las potencias europeas.

La segunda, que es ya hora de que los comunistas expresen a la luz del día y ante el mundo entero sus ideas, sus tendencias, sus aspiraciones, saliendo así al paso de esa leyenda del espectro comunista con un manifiesto de su partido.

Con este fin se han congregado en Londres [24] los representantes comunistas de diferentes países y redactado el siguiente Manifiesto, que aparecerá en lengua inglesa, francesa, alemana, italiana, flamenca y danesa.

I
BURGUESES Y PROLETARIOS

Toda la historia de la sociedad humana, hasta el día, es una historia de luchas de clases. [25] –(2)

Libres y esclavos, patricios y plebeyos, barones y siervos de la gleba, maestros y oficiales; en una palabra, opresores y oprimidos, frente a frente siempre, empeñados en una lucha ininterrumpida, velada unas veces, y otras franca y abierta, en una lucha que conduce en cada etapa a la transformación revolucionaria de todo el régimen social o al exterminio de ambas clases beligerantes.

En los tiempos históricos nos encontramos a la sociedad dividida casi por doquier

---

24- En el segundo congreso de la Liga Comunista, reunido del 29 de noviembre al 8 de diciembre de 1847.

25 Es decir, hablando en términos precisos, toda la historia escrita. En 1847, la prehistoria de la sociedad, la organización social que precedió a la historia escrita, era casi totalmente desconocida. Posteriormente vinieron las investigaciones de Haxthausen a descubrir la propiedad colectiva de la tierra en Rusia; Maurer demostró que ese régimen de propiedad fué el tronco social de donde se derivaron históricamente todas las ramas alemanas, y poco a poco fué descubriéndose que los municipios campesinos organizados en régimen de propiedad colectiva del suelo habían sido la forma primitiva de la sociedad, desde la India hasta Irlanda. Por último, las investigaciones de Morgan, coronadas por el descubrimiento del verdadero carácter de la gens y de su posición dentro de la tribu, pusieron al desnudo, en su forma típica, la organización interna de esta sociedad comunista originaria. Al disolverse estas comunidades primitivas es cuando comienza a escindirse la sociedad en clases especiales, enfrentadas las unas con las otras. (Nota de F, E., adicionada en 1890.)*

en una serie de estamentos [26], dentro de cada uno de los cuales reina, a su vez, una nueva jerarquía social de grados y posiciones. En la Roma antigua son los patricios, los équites, los plebeyos, los esclavos; en la Edad Media, los señores feudales, los vasallos, los maestros y los oficiales de los gremios, los siervos de la gleba, y dentro de cada una de esas clases todavía nos encontramos con nuevos matices y gradaciones.

La moderna sociedad burguesa que se alza sobre las ruinas de la sociedad feudal no ha abolido los antagonismos de clase. Lo que ha hecho ha sido crear nuevas clases, nuevas condiciones de opresión, nuevas modalidades de lucha, que han venido a sustituir a las antiguas.

Sin embargo, nuestra época, la época de la burguesía, se caracteriza por haber simplificado estos antagonismos de clase. Hoy, toda la sociedad tiende a separarse, cada vez más abiertamente, en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases antagónicas: la burguesía y el proletariado.

De los siervos de la gleba de la Edad Media surgieron los "villanos" de las primeras ciudades; y estos villanos fueron el germen de donde brotaron los primeros elementos de la burguesía.

El descubrimiento de América, la circunnavegación de Africa abrieron nuevos horizontes e imprimieron nuevo impulso a la burguesía. El mercado de China *y* de las Indias orientales, la colonización de América, el intercambio con las colonias, el incremento de los medios de cambio y de las mercaderías en general, dieron al comercio, a la navegación, a la industria, un empuje jamás conocido, atizando con ello el elemento revolucionario que se escondía en el seno de la sociedad feudal en descomposición. (3)

El régimen feudal o gremial de producción que seguía imperando no bastaba ya para cubrir las necesidades que abrían los nuevos mercados. Vino a ocupar su puesto la manufactura. Los maestros de los gremios viéronse desplazados por la clase media industrial, y la división del trabajo entre las diversas corporaciones fué suplantada por la división del trabajo dentro de cada taller. (4)

Pero los mercados seguían dilatándose, las necesidades seguían creciendo. Ya no bastaba tampoco la manufactura. El invento del vapor y la maquinaria vinieron a revolucionar el régimen industrial de producción. La manufactura cedió el puesto a la gran industria moderna, y la clase media industrial hubo de dejar paso a los magnates de la industria, jefes de grandes ejércitos industriales, a los burgueses modernos.

La gran industria creó el mercado mundial, ya preparado por el descubrimiento de América. El mercado mundial imprimió un gigantesco impulso al comercio, a la navegación, a las comunicaciones por tierra. A su vez, estos progresos redundaron considerablemente en provecho de la industria, y en la misma proporción en que se dilataban la industria, el comercio, la navegación, los ferrocarriles, desarrollábase la burguesía, crecían sus capitales, iba desplazando y esfumando a todas las clases heredadas de la Edad Media. (5)

Vemos, pues, que la moderna burguesía es, como lo fueron en su tiempo las otras

26- Llámase "estamento" a una "clase" colocada en una situación jurídica especial, ya consista la singularidad en privilegios o en restricciones

clases, producto de un largo proceso histórico, fruto de una serie de transformaciones radicales operadas en el régimen de cambio y de producción.

A cada etapa de avance recorrida por la burguesía corresponde una nueva etapa de progreso político. Clase oprimida bajo el mando de los señores feudales, la burguesía forma en la "comuna" [27] una asociación autónoma y armada para la defensa de sus intereses; en unos sitios se organiza en repúblicas municipales independientes; en otros forma el tercer estado tributario de las monarquías; en la época de la manufactura es el contrapeso de la nobleza dentro de la monarquía feudal o absoluta y el fundamento de las grandes monarquías en general, hasta que, por último, implantada la gran industria y abiertos los cauces del mercado mundial, se conquista la hegemonía política y crea el moderno Estado representativo. Hoy, el Poder público viene a ser, pura y simplemente, el Consejo de administración que rige los intereses colectivos de la clase burguesa. (6)

La burguesía ha desempeñado, en el transcurso de la historia, un papel verdaderamente revolucionario.

Dondequiera que se instauró echó por tierra todas las instituciones feudales, patriarcales e idílicas. Desgarró implacablemente los abigarrados lazos feudales que unían al hombre con sus superiores naturales y no dejó en pie más vínculo que el del interés escueto, el del dinero contante y sonante, que no tiene entrañas. Echó por encima del santo temor de Dios, de la devoción mística y piadosa, del ardor caballeresco y la tímida melancolía del buen burgués, el jarro de agua helada de sus cálculos egoístas. Enterró la dignidad personal bajo el dinero y redujo todas aquellas innúmeras libertades escrituradas y bien adquiridas a una única libertad: la libertad ilimitada de comerciar. Sustituyó, para decirlo de una vez, un régimen de explotación, velado por los cendales de las ilusiones políticas y religiosas, por un régimen franco, descarado, directo, escueto, de explotación. (7)

La burguesía despojó de su halo de santidad a todo lo que antes se tenía por venerable y digno de piadoso acatamiento. Convirtió en sus servidores asalariados al médico, al jurista, al poeta, al sacerdote, al hombre de ciencia.

La burguesía desgarró los velos emotivos y sentimentales que envolvían la familia y puso al desnudo la realidad económica de las relaciones familiares.[28]

La burguesía vino a demostrar que aquellos alardes de fuerza bruta que la reacción tanto admira en la Edad Media tenían su complemento cumplido en la haraganería más indolente. Hasta que ella no lo reveló no supimos cuánto podía dar de sí el trabajo del hombre. La burguesía ha producido maravillas mucho mayores que las pirámides de Egipto, los acueductos romanos y las catedrales góticas; ha acometido y dado cima a empresas mucho más grandiosas que las emigraciones de los pueblos y las cruzadas.

La burguesía no puede existir si no es revolucionando incesantemente los instrumentos de la producción, que tanto vale decir el sistema todo de la producción, y con él todo el régimen social. Lo contrario de cuantas clases sociales la precedieron, que tenían todas

27- Así llamaban los habitantes de las ciudades de Italia y Francia a sus municipios, después de arrancar a sus señores feudales, comprándoselos o por la fuerza, sus primeros atributos de autonomía. (F. E.)

28- "El dinero humilla a todos los dioses del hombre y los convierte en una mercancía... Hasta el mismo amor, la relación entre hombre y mujer, se trueca en un objeto comerciable.

por condición primaria de vida la intangibilidad del régimen de producción vigente. La época de la burguesía se caracteriza y distingue de todas las demás por el constante y agitado desplazamiento de la producción, por la conmoción ininterrumpida de todas las relaciones sociales, por una inquietud y una dinámica incesantes. Las relaciones inconmovibles y mohosas del pasado, con todo su séquito de ideas y creencias viejas y venerables, se derrumban, y las nuevas envejecen antes de echar raíces. Todo lo que se creía permanente y perenne se esfuma, lo santo es profanado, y, al fin, el hombre se ve constreñido, por la fuerza de las cosas, a contemplar con mirada fría su vida *y* sus relaciones con los demás. (8)

La necesidad de encontrar mercados espolea a la burguesía de una punta o otra del planeta. Por todas partes anida, en todas partes construye, por doquier establece relaciones. (9)

La burguesía, al explotar el mercado mundial, da a la producción y al consumo de todos los países un sello cosmopolita. Entre los lamentos de los reaccionarios destruye los cimientos nacionales de la industria. Las viejas industrias nacionales se vienen a tierra, arrolladas por otras nuevas, cuya instauración es problema vital para todas las naciones civilizadas; por industrias que ya no transforman como antes las materias primas del país, sino las traídas de los climas más lejanos y cuyos productos encuentran salida no sólo dentro de las fronteras, sino en todas las partes del mundo. Brotan necesidades nuevas que ya no bastan a satisfacer, como en otro tiempo, los frutos del país, sino que reclaman para su satisfacción los productos de tierras remotas. Ya no reina aquel mercado local y nacional que se bastaba a sí mismo y donde no entraba nada de fuera; ahora, la red del comercio es universal y en ella entran, unidas por vínculos de interdependencia, todas las naciones. Y lo que acontece con la producción material, acontece también con la del espíritu. Los productos espirituales de las diferentes naciones vienen a formar un acervo común. Las limitaciones y peculiaridades del carácter nacional van pasando a segundo plano, y las literaturas locales y nacionales confluyen todas en una literatura universal. (10)

La burguesía, con el rápido perfeccionamiento de todos los medios de producción, con las facilidades increíbles de su red de comunicaciones, lleva la civilización hasta a las naciones más salvajes. La baratura de sus mercancías es la artillería pesada con la que derrumba todas las murallas de la China, con la que obliga a capitular a las tribus bárbaras más ariscas en su odio contra el extranjero. Obliga a todas las naciones a abrazar el régimen de producción de la burguesía o perecer; las obliga a implantar en su propio seno la llamada civilización, es decir, a hacerse burguesas. Crea un mundo hecho a su imagen y semejanza. (11)

La burguesía somete el campo al imperio de la ciudad. Crea ciudades enormes, intensifica la población urbana en una fuerte proporción respecto a la campesina y arranca a una parte considerable de la gente del campo al cretinismo de la vida rural. Y del mismo modo que somete el campo a la ciudad, somete los pueblos bárbaros y semibárbaros a las naciones civilizadas, los pueblos campesinos a los pueblos burgueses,

el Oriente al Occidente. (12)

La burguesía va aglutinando cada vez más los medios de producción, la propiedad y los habitantes del país. Aglomera la población, centraliza los medios de producción y concentra en manos de unos cuantos la propiedad. Este proceso tenía que conducir, por fuerza lógica, a un régimen de centralización política. Territorios antes independientes, apenas aliados, con intereses distintos, distintas leyes, gobiernos autónomos y líneas aduaneras propias, se asocian y refunden en una nación única, bajo un Gobierno, una ley, un interés nacional de clase y una sola línea aduanera. (13)

En el siglo corto que lleva de existencia como clase soberana, la burguesía ha creado energías productivas mucho más grandiosas y colosales que todas las pasadas generaciones juntas. Basta pensar en el sojuzgamiento de las fuerzas naturales por la mano del hombre, en la maquinaria, en la aplicación de la química a la industria y la agricultura, en la navegación de vapor, en los ferrocarriles, en el telégrafo eléctrico, en la roturación de continentes enteros, en los ríos abiertos a la navegación, en los nuevos pueblos que brotaron de la tierra como por ensalmo... ¿Quién, en los pasados siglos, pudo sospechar siquiera que en el regazo de la sociedad fecundada por el trabajo del hombre yaciesen soterradas tantas y tales energías y elementos de producción? (14)

Hemos visto que los medios de producción y de transporte sobre los cuales se desarrolló la burguesía brotaron en el seno de la sociedad feudal. Cuando estos medios de transporte y de producción alcanzaron una determinada fase en su desarrollo, resultó que las condiciones en que la sociedad feudal producía y comerciaba, la organización feudal de la agricultura y la manufactura, en una palabra, el régimen feudal de la propiedad, no correspondían ya al estado progresivo de las fuerzas productivas. Obstruían la producción en vez de fomentarla. Habíanse convertido en otras tantas trabas para su desenvolvimiento. Era menester hacerlas saltar, y saltaron.

Vino a ocupar su puesto la libre concurrencia, con la constitución política y social a ella adecuada, en la que se revelaba ya la hegemonía económica y política de la clase burguesa.

Pues bien: ante nuestros ojos se desarrolla hoy un espectáculo semejante. Las condiciones de producción y de cambio de la burguesía, el régimen burgués de la propiedad, la moderna sociedad burguesa, que ha sabido hacer brotar como por encanto tan fabulosos medios de producción y de transporte, recuerda al brujo impotente para dominar los espíritus subterráneos que conjuró. Desde hace varias décadas la historia de la industria y del comercio no es más que la historia de las modernas fuerzas productivas que se rebelan contra el régimen vigente de producción, contra el régimen de la propiedad, donde residen las condiciones de vida y de predominio político de la burguesía. Basta mencionar las crisis comerciales, cuya periódica reiteración supone un peligro cada vez mayor, para la existencia de la sociedad burguesa toda. Las crisis comerciales, además de destruir una gran parte de los productos elaborados, aniquilan una parte considerable de las fuerzas productivas existentes. En esas crisis se desata una epidemia social que a cualquiera de las épocas anteriores hubiera

parecido absurda e inconcebible: la epidemia de la superproducción. La sociedad se ve retrotraída repentinamente a un estado de barbarie momentánea; diríase que una plaga de hambre o una gran guerra aniquiladora la han dejado esquilmada, sin recursos para subsistir; la industria, el comercio están a punto de perecer. ¿Y todo por qué? Porque la sociedad posee demasiada civilización, demasiados recursos, demasiada industria, demasiado comercio. Las fuerzas productivas de que dispone no sirven ya para fomentar el régimen burgués de la propiedad; son ya demasiado poderosas para servir a este régimen, que embaraza su desarrollo. Y tan pronto como logran vencer este obstáculo, siembran el desorden en la sociedad burguesa, amenazan dar al traste con el régimen burgués de la propiedad. Las condiciones sociales burguesas resultan ya demasiado angostas para abarcar la riqueza por ellas engendrada. ¿Cómo se sobrepone a las crisis la burguesía? De dos maneras: destruyendo violentamente una gran masa de fuerzas productivas y conquistándose nuevos mercados, a la par que procurando explotar más concienzudamente los mercados antiguos. Es decir, que remedia unas crisis preparando otras más extensas e imponentes y mutilando los medios de que dispone para precaverlas. (15)

Las armas con que la burguesía derribó al feudalismo se vuelven ahora contra ella.

Y la burguesía no sólo forja las armas que han de darle la muerte, sino que, además, pone en pie a los hombres llamados a manejarlas: estos hombres son los obreros, los *proletarios.*

En la misma proporción en que se desarrolla la burguesía, es decir, el capital, desarróllase también el proletariado, esa clase obrera moderna que sólo puede vivir encontrando trabajo y que sólo encuentra trabajo en la medida en que éste alimenta e incrementa el capital. El obrero, obligado a venderse a trozos, es una mercancía como otra cualquiera, sujeta, por tanto, a todos los cambios y modalidades de la concurrencia, a todas las fluctuaciones del mercado. (16)

La extensión de la maquinaria y la división del trabajo quitan a éste, en el régimen proletario actual, todo carácter autónomo, toda libre iniciativa y todo encanto para el obrero. (17) El trabajador se convierte en un simple resorte de la máquina, del que sólo se exige una operación mecánica, monótona, de fácil aprendizaje. Por eso los gastos que supone un obrero se reducen, sobre poco más o menos, al mínimo de lo que necesita para vivir y para perpetuar su raza. Y ya se sabe que el precio de una mercancía, y como una de tantas el trabajo [29], equivale a su coste de producción. Cuanto más repelente es el trabajo, tanto más disminuye el salario pagado al obrero. Más aún: cuanto más aumentan la maquinaria y la división del trabajo, tanto más aumenta también éste, bien porque se alargue la jornada, bien porque se intensifique el rendimiento exigido, se acelere la marcha de las máquinas, etc. (18)

La industria moderna ha convertido el pequeño taller del maestro patriarcal en la gran fábrica del magnate capitalista. Las masas obreras concentradas en la fábrica son sometidas a una organización y disciplina militares. Los obreros, soldados rasos de la

29- Expresión empleada aquí en el sentido de lo que más tarde, con frase más precisa, habrá de llamar Marx "fuerza de trabajo".

industria, trabajan bajo el mando de toda una jerarquía de sargentos, oficiales y jefes. No son sólo siervos de la burguesía y del Estado burgués, sino que están todos los días y a todas horas bajo el yugo esclavizador de la máquina, del contramaestre, y sobre todo del industrial burgués dueño de la fábrica. Y este despotismo es tanto más mezquino, más execrable, más indignante, cuanta mayor es la franqueza con que proclama que no tiene otro fin que el lucro. (19)

Cuanto menores son la habilidad y la fuerza que reclama el trabajo manual, es decir, cuanto mayor es el desarrollo adquirido por la moderna industria, también es mayor la proporción en que el trabajo de la mujer y el niño desplaza al del hombre. Socialmente, ya no rigen para la clase obrera esas diferencias de edad y de sexo. Son todos, hombres, mujeres y niños, meros instrumentos de trabajo, entre los cuales no hay más diferencia que la del coste. (20)

Y cuando ya la explotación del obrero por el fabricante ha dado su fruto y aquél recibe el salario, caen sobre él los otros representantes de la burguesía: el casero, el tendero, el prestamista, etc. (21)

Toda una serie de elementos modestos que venían perteneciendo a la clase media, pequeños industriales, comerciantes y rentistas, artesanos y labriegos, son absorbidos por el proletariado; unos, porque su pequeño caudal no basta para alimentar las exigencias de la gran industria y sucumben arrollados por la competencia de los capitalistas más fuertes, y otros porque sus aptitudes quedan sepultadas bajo los nuevos progresos de la producción. Todas las clases sociales contribuyen, pues, a nutrir las filas del proletariado. (22)

El proletariado recorre diversas etapas antes de fortificarse y consolidarse. Pero su lucha contra la burguesía data del instante mismo de su existencia.

Al principio son obreros aislados; luego, los de una fábrica; luego, los de toda una rama de trabajo, los que se enfrentan, en una localidad, con el burgués que personalmente los explota. Sus ataques no van sólo contra el régimen burgués de producción, van también contra los propios instrumentos de la producción; los obreros, sublevados, destruyen las mercancías ajenas que les hacen la competencia, destrozan las máquinas, pegan fuego a las fábricas, pugnan por volver a la situación, ya enterrada, del obrero medieval. (23)

En esta primera etapa, los obreros forman una masa diseminada por todo el país y desunida por la concurrencia. Las concentraciones de masas de obreros no son todavía fruto de su propia unión, sino fruto de la unión de la burguesía, que para alcanzar sus fines políticos propios tiene que poner en movimiento —cosa que todavía logra— a todo el proletariado. En esta etapa, los proletarios no combaten contra sus enemigos, sino contra los enemigos de sus enemigos, contra los vestigios de la monarquía absoluta, los grandes señores de la tierra, los burgueses no industriales, los pequeños burgueses. La marcha de la hisforia está toda concentrada en manos de la burguesía, y cada triunfo así alcanzado es un triunfo de la clase burguesa. (24)

Sin embargo, el desarrollo de la industria no sólo nutre las filas del proletariado,

sino quedas aprieta y concentra; sus fuerzas crecen, y crece también la conciencia de ellas. Y al paso que la maquinaria va borrando las diferencias y categorías en el trabajo y reduciendo los salarios casi en todas partes a un nivel bajísimo y uniforme, van nivelándose también los intereses y las condiciones de vida dentro del proletariado. La competencia, cada vez más aguda, desatada entre la burguesía, y las crisis comerciales que desencadena, hacen cada vez más inseguro el salario del obrero; los progresos incesantes y cada día más veloces del maqumismo aumentan gradualmente la inseguridad de su existencia; las colisiones entre obreros y burgueses aislados van tomando el carácter, cada vez más señalado, de colisiones entre dos clases. Los obreros empiezan a coaligarse contra los burgueses, se asocian y unen para la defensa de sus salarios. Crean organizaciones permanentes para pertrecharse en previsión de posibles batallas. De vez en cuando estallan revueltas y sublevaciones. (25)

Los obreros arrancan algún triunfo que otro, pero transitorio siempre. El verdadero objetivo de estas luchas no es conseguir un resultado inmediato, sino ir extendiendo y consolidando la unión obrera. Coadyuvan a ello los medios cada vez más fáciles de comunicación, creados por la gran industria y que sirven para poner en contacto a los obreros de las diversas regiones y localidades. Gracias a este contacto, las múltiples acciones locales, que en todas partes presentan idéntico carácter, se convierten en un movimiento nacional, en una lucha de clases. Y toda lucha de clases es una acción política. Las ciudades de lá Edad Media, con sus caminos vecinales, necesitaron siglos enteros para unirse con las demás; el proletariado moderno, gracias a los ferrocarriles, ha creado su unión en unos cuantos años. (26)

Esta organización de los proletarios como clase, que tanto vale decir como partido político, se ve minada a cada momento por la concurrencia desatada entre los propios obreros. Pero avanza y triunfa siempre, a pesar de todo, cada vez más fuerte, más firme, más pujante. Y aprovechándose de las discordias que surgen en el seno de la burguesía, impone la sanción legal de sus intereses propios. Así nace en Inglaterra la ley de la jornada de diez horas.

Las colisiones producidas entre las fuerzas de la antigua sociedad imprimen nuevos impulsos ál proletariado. La burguesía lucha incesantemente: primero, contra la aristocracia; luego,' contra aquellos sectores de la propia burguesía cuyos intereses chocan con los progresos de la industria, y siempre contra la burguesía dé los demás países. Para librar estos combates no tiene más remedió que apelar al proletariado, reclamar su auxilio, arrastrándolo así a la palestra política. Y de este modo le suministra elementos de fuerza, es decir, armas contra sí misma.

Además, como hemos visto, los progresos de la industria traen a las filas proletarias a toda una serie de elementos de la clase gobernante, o a lo menos los colocan en las mismas condiciones de vida. Y estos elementos suministran al proletariado nuevas fuerzas.

Finalmente, en aquellos períodos en que la lucha de clases está a punto de decidirse, es tan violento y tan claro el proceso de desintegración de la clase gobernante latente

en el seno de la sociedad antigua, que una pequeña parte de esa clase se desprende de ella y abraza la causa revolucionaria, pasándose a la clase que tiene en sus manos el porvenir. Y así como antes una parte de la nobleza se pasaba a la burguesía, ahora una parte de la burguesía se pasa al campo del proletariado; en este tránsito rompen la marcha los intelectuales burgueses, que, analizando teóricamente el curso de la historia, han logrado ver claro en sus derroteros. (27)

De todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía no hay más que una verdaderamente revolucionaria: el proletariado. Las demás perecen y desaparecen con la gran industria; el proletariado, en cambio, es su producto genuino y peculiar.

Los elementos de las clases medias, el pequeño industrial, el pequeño comerciante, el artesano, el labriego, todos luchan contra la burguesía para salvar de la ruina su existencia como tales clases. No son, pues, revolucionarios, sino conservadores. Más todavía, reaccionarios, pues pretenden volver atrás la rueda de la historia. Todo lo que tienen de revolucionario es lo que mira a su tránsito inminente al proletariado; con esa actitud no defienden sus intereses actuales, sino los futuros; se despojan de su posición propia para abrazar la del proletariado.

El proletariado andrajoso, esa putrefacción pasiva de las capas más bajas de la vieja sociedad, se verá arrastrado en parte al movimiento por una revolución proletaria, si bien las condiciones todas de su vida lo hacen más propicio a dejarse comprar como instrumento de manejos reaccionarios. (28)

Las condiciones de vida de la vieja sociedad aparecen ya destruidas en las condiciones de vida del proletariado. El proletario carece de bienes. Sus relaciones con la mujer y con los hijos no tienen ya nada de común con las relaciones familiares burguesas; la producción industrial moderna, el moderno yugo del capital, que es el mismo en Inglaterra que en Francia, en Alemania que en Norteamérica, borra en él todo carácter nacional. Las leyes, la moral, la religión, son para él otros tantos prejuicios burgueses tras los que anidan otros tantos intereses de la burguesía. Todas las clases que le precedieron y conquistaron el Poder procuraron consolidar las posiciones adquiridas sometiendo a la sociedad entera a su régimen de adquisición. Los proletarios sólo pueden conquistar para sí las fuerzas sociales de la producción aboliendo el régimen adquisitivo a. que se hallan sujetos, y con él todo el régimen de apropiación de la sociedad. Los proletarios no tienen nada propio que asegurar, sino destruir todos los aseguramientos y seguridades privadas de los demás. (29)

Hasta ahora, todos los movimientos sociales habían sido movimientos desatados por una minoría o en interés de una minoría. El movimiento proletario es el movimiento autónomo de una inmensa mayoría en interés de una mayoría inmensa. El proletariado, la capa más baja y oprimida de la sociedad actual, no puede levantarse, incorporarse, sin hacer saltar, hecho añicos desde los cimientos hasta el remate, todo ese edificio que forma la sociedad oficial.

Por su forma, aunque no por su contenido, la campaña del proletariado contra la burguesía empieza siendo nacional. Es lógico que el proletariado de cada país ajuste

ante todo las cuentas con su propia burguesía.

Al esbozar, en líneas muy generales, las diferentes fases de desarrollo del proletariado, hemos seguido las incidencias de la guerra civil más o menos embozada que se plantea en el seno de la sociedad vigente hasta el momento en que esta guerra civil desencadena una revolución abierta y franca, y el proletariado, derrocando por la violencia a la burguesía, echa las bases de su poder. (30)

Hasta hoy, toda sociedad descansó, como hemos visto, en el antagonismo entre las clases oprimidas y las opresoras. Mas para poder oprimir a una clase es menester asegurarle, por lo menos, las condiciones indispensables de vida, pues de otro modo se extinguiría, y con ella su esclavizamiento. El siervo de la gleba se vió exaltado a miembro del municipio sin salir de la servidumbre, como el villano convertido en burgués bajo el yugo del absolutismo feudal. La situación del obrero moderno es muy distinta, pues lejos de mejorar conforme progresa la industria, decae y empeora por debajo del nivel de su propia clase. El obrero se depaupera, y el pauperismo se desarrolla en proporciones mucho mayores que la población y la riqueza. He ahí una prueba palmaria de la incapacidad de la burguesía para seguir gobernando la sociedad e imponiendo a ésta por norma las condiciones de su vida como clase. Es incapaz de gobernar, porque es incapaz de garantizar a sus esclavos la existencia ni aun dentro de su esclavitud, porque se ve forzada a dejarlos llegar hasta una situación de desamparo en que no tiene más remedio que mantenerles, cuando son ellos quienes debieran mantenerla a ella. La sociedad no puede seguir viviendo bajo el imperio de esa clase; la vida de la burguesía se ha hecho incompatible con la sociedad.

La existencia y el predominio de la clase burguesa tienen por condición esencial la concentración de la riqueza en manos de unos cuantos individuos, la formación e incrementación constante del capital; *y éste,* a su vez, no puede existir sin el trabajo asalariado. El trabajo asalariado presupone, inevitablemente, la concurrencia de los obreros entre sí. Los progresos de la industria, que tienen por cauce automático y espontáneo a la burguesía, imponen, en vez del aislamiento de los obreros por la concurrencia, su unión revolucionaria por la organización. Y así, al desarrollarse la gran industria, la burguesía ve tambalearse bajo sus pies las bases sobre que produce y se apropia lo producido. Y a la par que avanza, se cava su fosa y cría a sus propios enterradores. Su muerte y el triunfo del proletariado son igualmente inevitables. (31)

II
PROLETARIOS Y COMUNISTAS

¿Qué relación guardan los comunistas con los proletarios en general?

Los comunistas no forman un partido aparte de los demás partidos obreros.

No tienen intereses propios que se distingan de los intereses generales del proletariado.

No profesan principios especiales con los que aspiren a modelar el movimiento proletario.

Los comunistas no se distinguen de los demás partidos proletarios más que en esto:

en que destacan y reivindican siempre, en todas y cada una de las acciones nacionales proletarias, los intereses comunes y peculiares de todo el proletariado, independientes de su nacionalidad, y en que, cualquiera que sea la etapa histórica en que se mueva la lucha entre el proletariado y la burguesía, mantienen siempre el interés del movimiento enfocado en su conjunto.

Los comunistas son, pues, prácticamente, la parte más decidida, el acicate siempre en tensión de todos los partidos obreros del mundo; teóricamente, llevan de ventaja a las grandes masas del proletariado su clara visión de las condiciones, los derroteros y los resultados generales a que ha de abocar el movimiento proletario.

El objetivo inmediato de los comunistas es idéntico al que persiguen los demás partidos proletarios en general: formar la conciencia de clase del proletariado, derrocar el régimen de la burguesía, llevar al proletariado a la conquista del Poder. (32) Las proposiciones teóricas de los comunistas no descansan ni mucho menos en las ideas, en los principios forjados o descubiertos por ningún redentor de la humanidad. Son todas expresión generalizada de las condiciones materiales de una lucha de clases real y vivida, de un movimiento histórico que se está desarrollando a la vista de todos. La abolición del régimen vigente de la propiedad no es tampoco ninguna característica peculiar del comunismo.

Las condiciones que forman el régimen de la propiedad han estado sujetas siempre a cambios históricos, a alteraciones históricas constantes.

Así, por ejemplo, la Revolución francesa abolió la propiedad feudal para instaurar sobre sus ruinas la propiedad burguesa.

Lo que caracteriza al comunismo no es la abolición de la propiedad en general, sino la abolición del régimen de propiedad de la burguesía, de esta moderna institución de la propiedad privada burguesa, expresión última y la más acabada de ese régimen de producción y apropiación de lo producido que reposa sobre el antagonismo de dos clases, sobre la explotación de unos hombres por otros.

Así entendida, sí pueden los comunistas resumir su teoría en esa fórmula: abolición de la propiedad privada.

Se nos reprocha que queremos destruir la propiedad personal bien adquirida, fruto del trabajo *y del* esfuerzo humano, esa propiedad que es para el hombre la base de toda libertad, el acicate de todas las actividades y la garantía de toda independencia.

¡La propiedad bien adquirida, fruto del trabajo y del esfuerzo humano! ¿Os referís acaso a la propiedad del humilde artesano, del pequeño labriego, precedente histórico de la propiedad burguesa? No, ésa no necesitamos destruirla; el desarrollo de la industria lo ha hecho ya y lo está haciendo a todas horas. (33)

¿O queréis referiros a la moderna propiedad privada de la burguesía?

Decidnos: ¿es que el trabajo asalariado, el trabajo del proletario, le rinde propiedad? No, ni mucho menos. Lo que rinde es capital, esa forma de propiedad que se nutre de la explotación del trabajo asalariado, que sólo puede crecer y multiplicarse a condición de engendrar nuevo trabajo asalariado para hacerlo también objeto de su explotación.

La propiedad, en la forma que hoy presenta, no admite salida a este antagonismo del capital y el trabajo asalariado. Detengámonos un momento a contemplar los dos términos de la antítesis.

Ser capitalista es ocupar un puesto, no simplemente personal, sino social, en el proceso de la producción. El capital es un producto colectivo y no puede ponerse en marcha más que por la cooperación de muchos individuos, y aun cabría decir que, en rigor, esta cooperación abarca la actividad común de todos los individuos de la sociedad. El capital no es, pues, un patrimonio personal, sino una potencia social.

Los que, por tanto, aspiramos a convertir el capital en propiedad colectiva, común a todos los miembros de la sociedad, no aspiramos a convertir en colectiva una riqueza personal. A lo único que aspiramos es a transformar el carácter colectivo de la propiedad, a despojarla de su carácter de dase. (34)

Hablemos ahora del trabajo asalariado.

El precio medio del trabajo asalariado es el mínimo del salario, es decir, la suma de víveres necesaria para sostener al obrero como tal obrero. Todo lo que el obrero asalariado adquiere. con su trabajo es, pues, lo que estrictamente necesita para seguir viviendo y trabajando. Nosotros no aspiramos en modo alguno a destruir este régimen de apropiación personal de los productos de un trabajo encaminado a crear medios de vida: régimen de apropiación que no deja, como vemos, el menor margen de rendimiento líquido y, con él, la posibilidad de ejercer influencia sobre los demás hombres. A lo que aspiramos es a destruir el carácter oprobioso de este régimen de apropiación en que el obrero sólo vive para multiplicar el capital, en que vive tan sólo en la medida en que el interés de la clase dominante aconseja que viva. (35)

En la sociedad burguesa el trabajo vivo del hombre no es más que un medio de incrementar el trabajo acumulado. En la sociedad comunista, el trabajo acumulado será, por el contrario, un simple medio para dilatar, fomentar y enriquecer la vida del obrero.

En la sociedad burguesa es, pues, el pasado el que impera sobre el presente; en la comunista, imperará el presente sobre el pasado. En la sociedad burguesa se reserva al capital toda personalidad e iniciativa; el individuo trabajador carece de iniciativa y personalidad.

¡Y a la abolición de estas condiciones llama la burguesía abolición de la personalidad y la libertad! Y sin embargo tiene razón. Aspiramos, en efecto, a ver abolidas la personalidad, la independencia y la libertad burguesas. (36)

Por libertad se entiende, dentro del régimen burgués de la producción, el librecambio, la libertad de comprar y vender.

Desaparecido el tráfico, desaparecerá también, forzosamente, el libre tráfico. La apología del libre tráfico, como en general todos los ditirambos a la libertad que entona nuestra burguesía, sólo tienen sentido y razón de ser en cuanto significan la emancipación de las trabas y la servidumbre de la Edad Media, pero palidecen ante la abolición comunista del tráfico, de las condiciones burguesas de producción y de la propia burguesía.

Os aterráis de que queramos abolir la propiedad privada, ¡como si ya en el seno de vuestra sociedad actual la propiedad privada no estuviese abolida para nueve décimas partes de la población, como si no existiese precisamente a costa de no existir para esas nueve décimas partes! ¿Qué es, pues, lo que en rigor nos reprocháis? Querer destruir un régimen de propiedad que tiene por necesaria condición el despojo de la inmensa mayoría de la sociedad.

Nos reprocháis, para decirlo de una vez, el querer abolir vuestra propiedad. Pues sí, a eso es a lo que aspiramos.

Para vosotros, desde el momento en que el trabajo no pueda convertirse ya en capital, en dinero, en renta, en un poder social monopolizable; desde el momento en que la propiedad personal" no pueda ya trocarse en propiedad burguesa, la persona no existe.

Con eso confesáis que para vosotros no hay más persona . que el burgués, el capitalista. Pues bien, la personalidad así concebida es la que nosotros aspiramos a destruir. (37) El comunismo no priva a nadie del poder de apropiarse productos sociales; lo único que no admite es el poder de usurpar por medio de esta apropiación el trabajo ajeno.

Se arguye que, abolida la propiedad privada, cesará toda actividad y reinará la indolencia universal.

Si esto fuese verdad, ya hace mucho tiempo que se habría estrellado contra el escollo de la holganza una sociedad como la burguesa, en que los que trabajan no adquieren y los que adquieren no trabajan. Vuestra objeción viene a reducirse, en fin de cuentas, a una verdad que no necesita de demostración, y es que, al desaparecer el capital, desaparecerá también el trabajo asalariado. (38)

Las objeciones formuladas contra el régimen comunista de apropiación y producción material hácense extensivas a la producción y apropiación de los productos espirituales. Y así como el destruir la propiedad de clases equivale, para el burgués, a destruir la producción, el destruir la cultura de clase es para él sinónimo de destruir la cultura en general.

Esa cultura cuya pérdida tanto deplora es la' que convierte en una máquina a la inmensa mayoría de la sociedad. (39)

Al discutir con nosotros y criticar la abolición de la propiedad burguesa partiendo de vuestras ideas burguesas de libertad, cultura, derecho, etc., no os dais cuenta de que esas mismas ideas son otros tantos productos del régimen burgués de propiedad y de producción, del mismo modo que vuestro derecho no es más que la voluntad de vuestra clase elevada a ley: una voluntad que tiene su contenido y encamación en las condiciones materiales de vida de vuestra clase.

Compartís con todas las clases dominantes que han existido y perecieron la idea interesada de que vuestro régimen de producción y de propiedad, obra de condiciones históricas que desaparecen en el transcurso de la producción, descansa sobre leyes naturales eternas y sobre los dictados de la razón. Os explicáis que haya perecido la propiedad antigua, os explicáis que pereciera la propiedad feudal; lo que no podéis explicaros es que perezca la propiedad burguesa, vuestra propiedad. (40)

¡Abolición de la familia! Al hablar de estas intenciones satánicas de los comunistas, hasta los más radicales gritan escándalo.

Pero veamos: ¿en qué se funda la familia actual, la familia burguesa? En el capital, en el lucro privado. Sólo la burguesía tiene una familia, en el pleno sentido de la palabra; y esta familia encuentra su complemento en la carencia forzosa de relaciones familiares de los proletarios y en la pública prostitución.

Es natural que ese tipo de familia burguesa desaparezca al desaparecer su complemento, y que una y otro dejen de existir al dejar de existir el capital, que le sirve de base.

¿Nos reprocháis acaso que aspiremos a abolir la explotación de los hijos por sus padres? Sí, es cierto, a eso aspiramos.

Pero es, decís, que pretendemos destruir la intimidad de la familia, suplantando la educación doméstica por la social.

¿Acaso vuestra propia educación no está también influida por la sociedad, por las condiciones sociales en que se desarrolla, por la intromisión más o menos directa en ella de la sociedad a través de la escuela, etc.? No son precisamente los comunistas los que inventan esa intromisión de la sociedad en la educación; lo que ellos hacen es modificar el carácter que hoy tiene y sustraer la educación a la influencia de la clase dominante.

Esos tópicos burgueses de la familia y la educación, de la intimidad de las relaciones entre padres e hijos, son tanto más grotescos y descarados cuanto más la gran industria va desgarrando los lazos familiares de los proletarios y convirtiendo a los hijos en simples mercancías y meros instrumentos de trabajo.

¡Pero es que vosotros, los comunistas, nos grita a coro la burguesía entera, pretendéis colectivizar a las mujeres!

El burgués, que no ve en su mujer más que un simple instrumento de producción, al oírnos proclamar la necesidad de que los instrumentos de producción sean explotados colectivamente, no puede por menos de pensar que el régimen colectivo se hará extensivo igualmente a la mujer.

No advierte que de lo que se trata efe precisamente de acabar con la situación de la mujer como mero instrumento de producción.

Nada más ridículo, por otra parte, que esos alardes de indignación, henchida de alta moral, de nuestros burgueses, al hablar de la tan cacareada colectivización de las mujeres por el comunismo. No; los comunistas no tienen que molestarse en implantar lo que ha existido siempre o casi siempre en la sociedad.

Nuestros burgueses, no bastándoles, por lo visto, con tener a su disposición a las mujeres y a los hijos de sus proletarios —¡y no hablemos de la prostitución oficial!—, sienten una grandísima fruición en seducirse unos a otros sus mujeres.

En realidad, el matrimonio burgués es ya la comunidad de las esposas. A lo sumo, podría reprocharse a los comunistas el pretender sustituir este hipócrita y recatado régimen colectivo de hoy por una colectivización oficial, franca y abierta, de la mujer. Por lo demás, fácil es comprender que, al abolirse el régimen actual de producción, desaparecerá con él el sistema de comunidad de la mujer que engendra, y que se

refugia en la prostitución, en la oficial y en la encubierta. (41)

A los comunistas se nos reprocha también el querer abolir la patria, la nacionalidad.

Los trabajadores no tienen patria. Mal se les puede quitar lo que no tienen. No obstante, siendo la mira inmediata del proletariado la conquista del Poder político, su exaltación a clase nacional, a nación, es evidente que también en él reside un sentido nacional, aunque ese sentido no coincida ni mucho menos con el de la burguesía.

Ya el propio desarrollo de la burguesía, el librecambio, el mercado mundial, la uniformidad reinante en la producción industrial, con las condiciones de vida que engendra, se encargan de borrar más y más las diferencias y antagonismos nacionales.

El triunfo del proletariado acabará de hacerlos desaparecer. La acción conjunta de los proletarios, a lo menos en las naciones civilizadas, es una de las condiciones primordiales de su emancipación. En la medida y a la par que vaya desapareciendo la explotación de unos individuos por otros, desaparecerá también la explotación de unas naciones por otras.

Con el antagonismo de las clases en el seno de cada nación se borrará la hostilidad de las naciones entre sí. (42)

No queremos entrar a analizar las acusaciones que se hacen contra el comunismo desde el punto de vista religioso, filosófico e ideológico en general.

No hace falta ser un lince para ver que, al cambiar las condiciones de vida, las relaciones sociales, la existencia social del hombre, cambian también sus ideas, sus opiniones y sus conceptos, su conciencia, en una palabra.

La historia de las ideas es una prueba palmaria de cómo cambia y se transforma la producción espiritual con la material. Las ideas imperantes en una época han sido siempre las ideas propias de *la* clase imperante [30].

Se habla de ideas que revolucionan a toda una sociedad; con ello no se hace más que dar expresión a un hecho, y es que en el seno .de la sociedad antigua han germinado ya los elementos para la nueva, y a la par que se esfuman o derrumban las antiguas condiciones de vida, se derrumban y esfuman las ideas antiguas.

Cuando el mundo antiguo estaba a punto de desaparecer, las religiones antiguas fueron vencidas y suplantadas por el cristianismo. En el siglo XVIII, cuando las ideas cristianas sucumbían ante el racionalismo, la sociedad feudal pugnaba desesperadamente, haciendo un último esfuerzo, con la burguesía, entonces revolucionaria. Las ideas de libertad de conciencia y de libertad religiosa no hicieron más que proclamar el triunfo de la libre concurrencia en el mundo ideológico**.** (43)

Se nos dirá que las ideas religiosas, morales, filosóficas, políticas, jurídicas, etc., aunque sufran alteraciones a lo largo de la historia, llevan siempre un fondo de perennidad, y que por debajo de esos cambios siempre ha habido una religión, una moral, una filosofía, una política, un derecho.

30- En el fragmento que se conserva de la Ideología alemana, obra redactada por Marx y Engels en 1845, encontramos mantenida esta tesis: "Las ideas de la clase dominante son, en todas las épocas, las ideas dominantes, es decir, que la clase que forma el poder material dominante en la sociedad, forma también su poder dominante espiritual..."

Además, se seguirá arguyendo, existen verdades eternas, como la libertad, la justicia, etc., comunes a todas las sociedades y a todas las etapas de progreso de la sociedad. Pues bien, el comunismo —continúa el argumento—:viene a destruir estas verdades eternas, la moral, la religión, y no a sustituirlas por otras nuevas; viene a interrumpir violentamente todo el desarrollo histórico anterior.

Veamos a qué queda reducida esta acusación.

Hasta hoy, toda la historia de la sociedad ha sido una constante sucesión de antagonismos de clases, que revisten diversas modalidades, según las épocas.

Mas, cualquiera que sea la forma que en cada caso adopte, la explotación de una parte de la sociedad por la otra es un hecho común a todas las épocas del pasado. Nada tiene, pues, de extraño que la conciencia social de todas las épocas se atenga, a despecho de toda la variedad y de todas las divergencias, a ciertas formas comunes, formas de conciencia hasta que el antagonismo de clases que las informa no desaparezca radicalmente.

La revolución comunista viene a romper de la manera más radical con el régimen tradicional de la propiedad; nada tiene, pues, de extraño que se vea obligada a romper, en su desarrollo, de la manera también más radical, con las ideas tradicionales. (44)

Pero no queremos detenernos por más tiempo en los reproches de la burguesía contra el comunismo.

Ya dejamos dicho que el primer paso de la revolución obrera será la exaltación del proletariado al Poder, la conquista de la democracia [31].

El proletariado se valdrá del Poder para ir despojando paulatinamente a la burguesía de todo el capital, de todos los instrumentos de la producción, centralizándolos en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase gobernante, y procurando fomentar por todos los medios y con la mayor rapidez posible las energías productivas. (45)

Claro está que, al principio, esto sólo podrá llevarse a cabo mediante una acción despótica sobre la propiedad y el régimen burgués de producción, por medio de medidas que, aunque de momento parezcan económicamente insuficientes e insostenibles, en el transcurso del movimiento serán un gran resorte propulsor y de las que no puede prescindirse como medio para transformar todo el régimen de producción vigente.

Estas medidas no podrán ser las mismas, naturalmente, en todos los países.

Para los más progresivos mencionaremos unas cuantas, susceptibles, sin duda, de ser aplicadas con carácter más o menos general, según los casos [32].

1. Expropiación de la propiedad inmueble y aplicación de la renta del suelo a los

---

31- "La democracia es hov el comunismo", dice Engels en 1845. Y en una carta a Marx, fechada en 1846, habla de la "revolución democrática violenta". La Nueva Gaceta del Rin, dirigida por Marx (1848), se titulaba también "órgano de la democracia".

32- Compárense estas diez medidas con las doce propuestas por Engels en sus Principios de comunismo . (V. infra, Apéndice) y con los diecisiete puntos mantenidos por la Liga Comunista en la revolución del 48

gastos públicos.

2. Fuerte impuesto progresivo.

3. Abolición del derecho de herencia.

4. Confiscación de la fortuna de los emigrados y rebeldes.

5. Centralización del crédito en el Estado por medio de un Banco nacional con capital del Estado y régimen de monopolio.

6. Nacionalización de los transportes.

7. Multiplicación de las fábricas nacionales y de los medios de producción, roturación y mejora de terrenos con arreglo a un plan colectivo.

8. Proclamación del deber general de trabajar; creación de ejércitos industriales, principalmente en el campo.

9. Articulación de las explotaciones agrícolas e industriales; tendencia a ir borrando gradualmente las diferencias entre el campo y la ciudad.

10. Educación pública y gratuita de todos los niños. Prohibición del trabajo infantil en las fábricas bajo su forma actual. Régimen combinado de la educación con la producción material, etc. (46)

Tan pronto como, en el transcurso del tiempo, hayan desaparecido las diferencias de clase y toda la producción esté concentrada en manos de la sociedad, el Estado perderá todo carácter político. El. Poder político no es, en rigor, más que el poder organizado de una clase para la opresión de la otra. El proletariado se ve forzado a organizarse como clase para luchar contra la burguesía; la revolución le lleva al Poder; mas tan pronto como desde él, como clase gobernante, derribe por la fuerza el régimen vigente de producción, Son éste hará desaparecer las condiciones que determinan el antagonismo de clases, las clases mismas, y, por tanto, su propia soberanía, como tal clase. .

Y a la vieja sociedad burguesa, con sus clases y sus antagonismos de clase, sustituirá una asociación en que el libre desarrollo de cada uno condicione el libre desarrollo de todos. (47)

III
LITERATURA SOCIALISTA Y COMUNISTA

1. El socialismo reaccionario.

a)El socialismo feudal

La aristocracia francesa e inglesa, que no se resignaba a abandonar su puesto histórico, se dedicó, cuando ya no pudo hacer otra cosa, a escribir libelos contra la moderna sociedad burguesa. En la revolución francesa de julio de 1830, en el movimiento reformista inglés, volvió a sucumbir, arrollada por el odiado intruso. Y no pudiendo dar ya ninguna batalla política seria, no le quedaba más arma que la pluma. (48) Mas también en la palestra literaria habían cambiado los tiempos; ya no era posible seguir empleando el lenguaje de la época de la Restauración. Para ganarse simpatías,

la aristocracia hubo de olvidar aparentemente sus intereses y acusar a la burguesía, sin tener presente más interés que el de la clase obrera explotada. De este modo se daba el gusto de provocar a su adversario y vencedor con amenazas y de musitarle al oído profecías más o menos catastróficas.

Nació así el socialismo feudal, una mezcla de lamento, eco del pasado y rumor sordo del porvenir; un socialismo que de vez en cuando asestaba a la burguesía un golpe en medio del corazón con sus juicios sardónicos y acerados, pero que casi siempre movía a risa por su total incapacidad para comprender la marcha de la historia moderna.

Con el fin de atraer hacia sí al pueblo, tremolaba el saco del mendigo proletario por bandera. Pero cuantas veces lo seguía, el pueblo veía brillar en las espaldas de los caudillos las viejas armas feudales y se dispersaba con una risotada nada contenida y bastante irrespetuosa.

Una parte de los legitimistas franceses y la Joven Inglaterra fueron los más perfectos organizadores de este espectáculo.

Esos señores feudales, que tanto insisten en demostrar que sus modos de explotación no se parecían en nada a los de la burguesía, se olvidan de una cosa, y es de que las circunstancias y condiciones en que ellos llevaban a cabo su explotación han desaparecido. Y, al enorgullecerse de que bajo su régimen no existía el moderno proletariado, no advierten que esta burguesía" moderna de que tanto abominan es un producto históricamente necesario de su orden social.

Por lo demás, no se molestan gran cosa en encubrir el sello reaccionario de sus doctrinas, y así se explica que su más rabiosa acusación contra la burguesía sea precisamente el crear y fomentar bajo su régimen una clase que está llamada a derruir todo el orden social heredado.

Lo que más reprochan a la burguesía no es el engendrar un proletariado, sino el engendrar un proletariado revolucionario.

Por eso, en la práctica están siempre dispuestos a tomar parte en todas las violencias y represiones contra la clase obrera, y en la prosaica realidad se resignan, pese a todas las retóricas ampulosas, a recolectar también los huevos de oro y a trocar la nobleza, el amor y el honor caballerescos por el vil tráfico en lana, remolacha y aguardiente. (49)

Como los curas van siempre del brazo de los señores feudales, no es extraño que con este socialismo feudalista venga a confluir el socialismo clerical.

Nada más fácil que dar al ascetismo cristiano un barniz socialista. ¿No combatió también el cristianismo contra la propiedad privada, contra el matrimonio, contra el Estado? ¿No predicó frente a las instituciones la caridad y la limosna, el celibato y el castigo de la carne, la vida monástica y la Iglesia? El socialismo cristiano es el hisopazo con que el clérigo bendice el despecho del aristócrata. (50)

b)El socialismo pequeñoburgés.

La aristocracia feudal no es la única clase derrocada por lá burguesía, la única clase

cuyas condiciones de vida ha venido a oprimir y matar la sociedad burguesa moderna. Los villanos medievales y los pequeños labriegos fueron los precursores de la moderna burguesía. Y en los países en que la industria y el comercio no han alcanzado un nivel suficiente de desarrollo, esta clase sigue vegetando al lado de la burguesía ascensional.

En aquellos otros países en que la civilización moderna alcanza un cierto grado de progreso, ha venido a formarse una nueva clase pequeñoburguesa que flota entre la burguesía y el proletariado y que, si bien gira constantemente en torrfb a la sociedad burguesa como satélite suyo, no hace más que brindar nuevos elementos al proletariado, precipitados a éste por la concurrencia; al desarrollarse la gran industria llega un momento en que esta parte de la sociedad moderna pierde su substantividad y se ve suplantada en el comercio, en la manufactura, en la agricultura por los capataces y los domésticos.

En países como Francia, en que la clase labradora representa mucho más de la mitad de la población, era natural que ciertos escritores, al abrazar la causa del proletariado contra la burguesía, tomasen por norma, para criticar el régimen burgués, los intereses de los pequeños burgueses y los campesinos, simpatizando por la causa obrera con el ideario de la pequeña burguesía. Así nació el socialismo pequeñoburgués. Su representante más caracterizado, lo mismo en Francia que en Inglaterra, es Sismondi.

Este socialismo ha analizado con una gran agudeza las contradicciones del moderno régimen de producción. Ha desenmascarado las argucias hipócritas con que pretenden justificarlas los economistas. Ha puesto de relieve de modo irrefutable los efectos aniquiladores del maquinismo y la división del trabajo, la concentración de los capitales y la propiedad inmueble, la superproducción, las crisis, la inevitable desaparición de los pequeños burgueses y labriegos, la miseria del proletariado, la anarquía reinante en la producción, las desigualdades irritantes que claman en la distribución de la riqueza, la aniquiladora guerra industrial de unas naciones contra otras, la disolución de las costumbres antiguas, de la familia tradicional, de las viejas nacionalidades.

Pero en lo que atañe ya a sus fórmulas positivas, este socialismo no tiene más aspiración que restaurar los antiguos medios de producción y de cambio, y con ellos el régimen tradicional de propiedad y la sociedad tradicional, cuando no pretende volver a encajar por la fuerza los modernos medios de producción y de cambio dentro del marco del régimen de propiedad que hicieron y forzosamente tenían que hacer saltar. En uno y otro caso peca, a la par, de reaccionario y de utópico.

En la manufactura, la restauración de los viejos gremios, y en el campo la implantación de un régimen patriarcal: he ahí sus dos magnas aspiraciones.

Hoy, esta corriente socialista ha venido a caer en una cobarde modorra. (51)

c)El socialismo alemán o "verdadero" socialismo.

La literatura socialista y comunista de Francia, nacida bajo la presión de una burguesía gobernante y expresión literaria de la lucha librada contra su avasallamiento, fué

importada en Alemania en el mismo instante en que la burguesía empezaba a sacudir el yugo del absolutismo feudal.

Los filósofos, seudofilósofos y grandes ingenios del país se asimilaron codiciosamente aquella literatura, pero olvidando que con las doctrinas no habían pasado la frontera también las condiciones sociales a que respondían. Al enfrentarse con la situación alemana, la literatura socialista francesa perdió toda su importancia práctica directa, para asumir una fisonomía puramente literaria y convertirse en una ociosa especulación acerca del espíritu humano y de sus proyecciones sobre la realidad. Y así, mientras que los postulados de la primera revolución francesa eran, para los filósofos alemanes del siglo xvm, los postulados de la "razón práctica" en general, las aspiraciones de la burguesía francesa revolucionaria representaban a sus ojos las leyes de la voluntad pura, de la voluntad ideal, de una voluntad verdaderamente humana.

La única preocupación de los literatos alemanes era armonizar las nuevas ideas francesas con su vieja conciencia filosófica, o, por mejor decir, asimilarse desde su punto dé vista filosófico aquellas ideas.

Esta asimilación se llevó a cabo por el mismo procedimiento con que se asimila uno una lengua extranjera: traduciéndola.

Todo el mundo sabe que los monjes medievales se dedicaban a recamar los manuscritos que atesoraban las obras clásicas del paganismo con todo género de insubstanciales historias de santos de la Iglesia católica. Los literatos alemanes procedieron con la literatura francesa profana de un modo inverso. Lo que hicieron fué empalmar sus absurdos filosóficos a los originales franceses. Y así, donde el original desarrollaba la crítica del dinero, ellos pusieron: "expropiación del ser humano"; donde se criticaba el Estado burgués: "abolición del imperio de lo general abstracto", y así por el estilo.

Esta interpolación de locuciones y galimatías filosóficos en las doctrinas francesas fué bautizada con los nombres de "filosofía del hecho" [33], "verdadero socialismo", "ciencia alemana del socialismo", "fundamentación filosófica del socialismo", y otros semejantes.

De este modo, la literatura socialista y comunista francesa perdía toda su virilidad. Y como, en manos de los alemanes, no expresaba ya la lucha de una clase contra otra clase, el profesor germano hacíase la ilusión de haber superado el "parcialismo francés"; a falta de verdaderas necesidades pregonaba la de la verdad, y a falta de los intereses del proletariado mantenía los intereses del ser humano, dél hombre en general, de ese hombre que no reconoce clases, que ha dejado de vivir en la realidad para transportarse al cielo vaporoso de la fantasía filosófica.

Sin embargo, este socialismo alemán, que tomaba tan en serio sus desmañados ejercicios escolares y que tanto y tan solemnemente trompeteaba, fué perdiendo poco a poco su pedantesca inocencia.

En la lucha de la burguesía alemana, y principalmente de la prusiana, contra el régimen feudal y la monarquía absoluta, el movimiento liberal fué tomando un cariz más serio.

33- Título de un artículo publicado por Moses Hess en 1843 (en Herweghs, 21 Bogen aus der Schweiz) .

Esto deparaba al "verdadero" socialismo la ocasión apetecida para oponer al movimiento político las reivindicaciones socialistas, para fulminar los consabidos anatemas contra el liberalismo, contra el Estado representativo, contra la libre concurrencia burguesa, contra la libertad de Prensa, la libertad, la igualdad y el derecho burgueses, predicando ante la masa del pueblo que con este movimiento burgués no saldría ganando nada y sí perdiendo mucho. El socialismo alemán cuidábase de olvidar oportunamente que la crítica francesa, de que no era más que un eco sin vida, presuponía la existencia de la sociedad burguesa moderna, con sus peculiares condiciones materiales de vida y su organización política adecuada, supuestos previos ambos en tomo a los cuales giraba precisamente la lucha en Alemania.

Este "verdadero" socialismo les venía al dedillo a los gobiernos absolutos alemanes, con toda su cohorte de clérigos, maestros de escuela, hidalgüelos raídos y cagatintas, pues servíales de espantapájaros contra la amenazadora burguesía. Era una especie de melifluo complemento a los feroces latigazos y a las balas de fusil con que esos gobiernos recibían los levantamientos obreros.

Pero el "verdadero" socialismo, además de ser, como vemos, un arma en manos de los gobiernos contra la burguesía alemana, encamaba de una manera directa un interés reaccionario, el interés de la baja burguesía del país. La pequeña burguesía, heredada del siglo XVI y que desde entonces no había cesado de aflorar bajo diversas formas y modalidades, constituye en Alemania la verdadera base social del orden vigente.

Conservar esta clase es conservar el orden social imperante. Del predominio industrial y político de la burguesía teme la ruina segura, tanto por la concentración de capitales que ello significa, como porque entraña la formación de un proletariado revolucionario. El "verdadero" socialismo venía a cortar de un tijeretazo —así se lo imaginaba ella— las dos alas de este peligro. Por eso se extendió por todo el país como una verdadera epidemia.

El ropaje ampuloso en que los socialistas alemanes envolvían el puñado de huesos de sus "verdades eternas", un ropaje tejido con hebras especulativas, bordado con las flores retóricas de su ingenio, empapado de nieblas melancólicas y románticas, hacía todavía más gustosa la mercancía para ese público.

Por su parte, el socialismo alemán comprendía más claramente cada vez que su misión era la de ser el alto representante y abanderado de esa baja burguesía.

Proclamó a la nación alemana como nación modelo y al súbdito alemán como el tipo ejemplar de hombre. Dió a todos sus servilismos y vilezas un hondo y oculto sentido socialista, tornándolos en lo contrario de lo que en realidad eran. Y al alzarse furiosamente contra las tendencias "bárbaras y destructivas" del comunismo, subrayando como contraste la imparcialidad sublime de sus propias doctrinas, ajenas a toda lucha de clases, no hacía más que sacar la última consecuencia lógica de su sistema. Toda la pretendida literatura socialista y comunista que circula por Alemania, con poquísimas excepciones, profesa estas doctrinas repugnantes y castradas. [34]34 (52)

34- La tormenta revolucionaria de 1848 barrió a toda esa escuela apolillada y quitó a sus personajes las ganas de seguir jugando con el socialismo. Representante principal y tipo clásico de

2. El socialismo burgués o conservador.

Una parte de la burguesía desea mitigar las injusticias sociales, para de este modo garantizar la perduración de la sociedad burguesa.

Cuéntanse en este bando los economistas, los filántropos, los humanitarios, los que aspiran a mejorar la situación de las clases obreras, los organizadores de actos de beneficencia, las sociedades protectoras de animales, los promotores de campañas contra el alcoholismo, los predicadores y reformadores sociales de toda laya.

Pero, además, de este socialismo burgués han salido verdaderos sistemas doctrinales. Sirva de ejemplo la *Filosofía de la miseria* de Proudhon. (53)

Los burgueses socialistas considerarían ideales las condiciones de vida de la sociedad moderna sin las luchas y los peligros que encierran. Su ideal es la sociedad existente, depurada de los elementos que la corroen y revolucionan: la burguesía sin el proletariado. Es natural que la burguesía se represente el mundo en que gobierna como el mejor de los mundos posibles. El socialismo burgués eleva esta idea consoladora a sistema o semisistema. Y al invitar al proletariado a que lo realice, tomando posesión de la nueva Jerusalén, lo que en realidad exige de él es que se avenga para siempre al actual sistema de sociedad, pero desterrando la deplorable idea que de él se forma.

Una segunda modalidad, aunque menos sistemática bastante más práctica, de socialismo, pretende ahuyentar a la clase obrera de todo movimiento revolucionario haciéndole ver que lo que a ella le interesa no son tales o cuales cambios políticos, sino simplemente determinadas mejoras en las condiciones materiales, económicas, de su vida. Claro está que este socialismo se cuida de no incluir entre los cambios que afectan a las "condiciones materiales de vida" la abolición del régimen burgués de producción, que sólo puede alcanzarse por la vía revolucionaria; sus aspiraciones se contraen a esas reformas administrativas que son conciliables con el actual régimen de producción y que, por tanto, no tocan para nada a las relaciones entre el capital y el trabajo asalariado, sirviendo sólo —en el mejor de los casos— para abaratar a la burguesía las costas de su reinado y sanearle el presupuesto.

Este socialismo burgués a que nos referimos sólo encuentra expresión adecuada allí donde se convierte en mera figura retórica.

¡Pedimos el librecambio en interés de la clase obrera! ¡En interés de la clase obrera pedimos aranceles protectores! ¡Pedimos prisiones celulares en interés de la clase trabajadora! Hemos dado, por fin, con la suprema y única seria aspiración del socialismo burgués.

Todo el socialismo de la burguesía se reduce, en efecto, a una tesis, y es que los burgueses lo son y deben seguir siéndolo en interés de la clase trabajadora. (54)

3. El socialismo y el comunismo crítico-utópico.

---

la tal escuela es Carlos Grün. (F. E.)

No queremos referirnos aquí a las doctrinas que en todas las grandes revoluciones modernas abrazan las aspiraciones del proletariado (obras de Babeuf, etc.). (55)

Las primeras tentativas del proletariado para ahondar directamente en sus intereses de clase, en momentos de conmoción general, en el período de derrumbamiento de la sociedad feudalista, tenían que tropezar necesariamente con. la falta de desarrollo del propio proletariado, de una parte, y de otra con la ausencia de las condiciones materiales indispensables para su emancipación, que habían de ser el fruto de la época burguesa. La literatura revolucionaria que guía estos primeros pasos vacilantes del proletariado es, y necesariamente tenía que serlo, juzgada por su contenido, reaccionaria. Estas doctrinas profesan un ascetismo universal y un torpe y vago igualitarismo.

Los verdaderos sistemas socialistas y comunistas, los sistemas de Saint-Simon, de Fourier, de Owen, etc., brotan en la primera fase embrionaria de las luchas entre el proletariado y la burguesía, tal como más arriba la dejamos esbozada. (V. el capítulo "Burgueses y proletarios".) (56)

Cierto es que los autores de estos sistemas penetran ya en el antagonismo de las clases y en la acción de los elementos disolventes que germinan en el seno de la propia sociedad gobernante. Pero no aciertan todavía a ver en el proletariado una acción histórica independiente, un movimiento político propio y peculiar.

Y como el antagonismo de clase se desarrolla siempre a la par con la industria, se encuentran con que les faltan las condiciones materiales para la emancipación del proletariado, y es en vano que se debatan por crearlas mediante una ciencia social y a fuerza de leyes sociales. Esos autores pretenden suplantar la acción social por su acción personal especulativa, las condiciones históricas que han de determinar la emancipación proletaria por condiciones fantásticas que ellos mismos se forjan, la gradual organización del proletariado como clase por una organización de la sociedad inventada a su antojo. Para ellos, el curso universal de la historia que ha de advenir se cifra en la propaganda y práctica ejecución de sus planes sociales.

Es cierto que en esos planes tienen la conciencia de defender primordialmente los intereses de la clase trabajadora, pero sólo porque la consideran la clase más sufrida. Es la única función en que existe para ellos el proletariado.

La forma embrionaria que todavía presenta la lucha de clases y las condiciones en que se desarrolla la vida de estos autores hace que se consideren ajenos a esa lucha de clases y como situados en un plano muy superior. Aspiran a mejorar las condiciones de vida de todos los individuos de la sociedad, incluso los mejor acomodados. De aquí que no cesen de apelar a la sociedad entera sin distinción, cuando no se dirigen con preferencia a la propia clase gobernante. Abrigan la seguridad de que basta conocer su sistema para acatarlo como el plan más perfecto para la mejor de las sociedades posibles.

Por eso rechazan todo lo que sea acción política, y muy principalmente la revolucionaria; quieren realizar sus aspiraciones por la vía pacífica e intentan abrir paso al nuevo evangelio social predicando con el ejemplo, por medio de pequeños experimentos que,

naturalmente, les fallan siempre.

Estas descripciones fantásticas de la sociedad del mañana brotan en una época en que el proletariado no ha alcanzado aún la madurez, en que, por tanto, se forja todavía una serie de ideas fantásticas acerca de su destino y posición, dejándose llevar por los primeros impulsos, puramenta intuitivos, de transformar radicalmente la sociedad.

Y, sin embargo, en estas obras socialistas y comunistas hay ya un principio de crítica, puesto que atacan las bases todas de la sociedad existente. Por eso han contribuido notablemente a ilustrar la conciencia de la clase trabajadora. Mas, fuera de esto, sus doctrinas de carácter positivo acerca de la sociedad futura, las que predican, per ejemplo, que en ella se borrarán las diferencias entre la ciudad y el campo o las que proclaman la abolición de la familia, de la propiedad privada, del trabajo asalariado, el triunfo de la armonía social, la transformación del Estado en un simple organismo administrativo de la producción giran todas en torno a la desaparición de la lucha de clases, de esa lucha de clases que empieza a dibujarse y que ellos apenas si conocen en su primera e informe vaguedad. Por eso todas sus doctrinas y aspiraciones tienen un carácter puramente utópico.

La importancia de este socialismo y comunismo crítico-utópico está en razón inversa al desarrollo histórico de la sociedad. Al paso que la lucha de clases se define y acentúa, va perdiendo importancia práctica y sentido teórico esa fantástica posición de superioridad respecto a ella, esa fe fantástica en su supresión. Por eso, aunque algunos de los autores de estos sistemas socialistas fueran en muchos respectos verdaderos revolucionarios, sus discípulos forman hoy día sectas indiscutiblemente reaccionarias, que tremolan y mantienen impertérritas las viejas ideas de sus maestros frente a los nuevos derroteros históricos del proletariado. Son, pues, consecuentes cuando pugnan por mitigar la lucha de clases y por conciliar lo inconciliable. Y siguen soñando con realizar experimentalmente sus utopías sociales, siguen soñando con la fundación de falansterios, con la colonización interior, con la creación de una pequeña Icaria, edición en miniatura de la nueva Jerusalén... [35]. Y para levantar todos esos castillos en el aire no tienen más remedio que apelar a la filantrópica generosidad de los corazones y los bolsillos burgueses. Poco a poco van resbalando a la categoría de los socialistas reaccionarios o conservadores, de los cuales sólo se distinguen por su sistemática pedantería y por el fanatismo supersticioso con que comulgan en las milagrerías de su ciencia social. He ahí por qué se enfrentan rabiosamente con todos los movimientos políticos a que se entrega el proletariado, lo bastante ciego para no creer en el nuevo evangelio que ellos le predican. (57)

En Inglaterra, los owenistas se alzan contra los carlistas, y en Francia los reformistas tienen enfrente a los discípulos de Fourier. (58)

---

35 "Colonias interiores" es el nombre que da Owen a sus sociedades comunistas modelos. "Falánsterios" el título con que bautiza Fourier a sus proyectados palacios sociales. "Icaria" se llamaba el país utópico, imaginario, cuyas instituciones comunistas pintaba Cabet. (F. E.)*

IV
ACTITUD DE LOS COMUNISTAS ANTE LOS OTROS PARTIDOS DE LA OPOSICION

Después de lo que dejamos dicho en el capítulo II, fácil es comprender la relación que guardan los comunistas con los demás partidos obreros ya existentes, con los cartistas ingleses y con los reformadores agrarios de Norteamérica. (59)

Los comunistas, aunque luchando siempre por alcanzar los objetivos inmediatos y defender los intereses cotidianos de la clase obrera representan a la par, dentro del movimiento actual, su porvenir. En Francia se alian al partido democrático-socialista [36] contra la burguesía conservadora y radical, mas sin renunciar por esto a su derecho de crítica frente a los tópicos y las ilusiones procedentes de la tradición revolucionaria.

En Suiza apoyan a los radicales, sin ignorar que este partido es una mezcla de elementos contradictorios: de demócratas socialistas, a la manera francesa, y de burgueses radicales. (60)

En Polonia, los comunistas apoyan al partido que sostiene la revolución agraria, como condición previa para la emancipación nacional del país, al partido que provocó la insurrección de Cracovia en 1846. (61)

En Alemania, el partido comunista luchará al lado de la burguesía, mientras ésta actúe revolucionariamente, dando con ella la batalla a la monarquía absoluta, a la gran propiedad feudal y a la pequeña burguesía.

Pero todo esto sin dejar un solo instante de laborar entre los obreros, hasta afirmar en ellos con la mayor claridad posible la conciencia del antagonismo hostil que separa a la burguesía del proletariado, para que, llegado el momento, los obreros alemanes estén prestos a volver contra la burguesía, como otras tantas armas, esas mismas condiciones políticas y sociales que la burguesía, una vez que triunfe, no tendrá más remedio que implantar; para que en el instante mismo en que sean derrocadas las clases reaccionarias comience, automáticamente, la lucha contra la burguesía.

Las miradas de los comunistas convergen con un especial interés sobre Alemania, pues no desconocen que este país está en vísperas de una revolución burguesa y que esa sacudida revolucionaria se va a desarrollar bajo las propicias condiciones de la civilización europea y con un proletariado mucho más potente que el de Inglaterra en el siglo XVII y el de Francia en el XVIII, razones todas para que la revolución alemana burguesa que se avecina no sea más que el preludio inmediato de una revolución proletaria. (62)

Resumiendo: los comunistas apoyan en todas partes, como se ve, cuantos movimientos revolucionarios se planteen contra el régimen social y político imperante.

En todos estos movimientos ponen de relieve el régimen de la propiedad, cualquiera que sea la forma más o menos progresiva que revista, como la cuestión fundamental que se ventila.

---

36 Era el partido que representaba en política Ledru-Rollin y que tenía por exponente literario a Luis Blanc; entre él y la actual social-democracia, media, pues, un abismo de diferencia. (F. E.) (Téngase en cuenta que Engels, de quien es esta nota, murió en 1895.)*

Finalmente, los comunistas laboran por llegar a la unión y la inteligencia de los partidos democráticos de todos los países. (63)

Los comunistas no tienen por qué guardar encubiertas sus ideas e intenciones. Abiertamente declaran que sus objetivos sólo pueden alcanzarse derrocando por la violencia todo el orden social existente. Tiemblen, si quieren, las clases gobernantes, ante la perspectiva de una revolución comunista. Los proletarios, con ella, no tienen nada que perder, como no sea sus cadenas. Tienen, en cambio, un mundo entero que ganar.

¡*Proletarios de todos los países, unios!* [37] .

37- El número 1 de la Revísta Comunista, editado en septiembre de 1847 por el Comité cent3ral de la Liga Comunista, llevaba ya a la cabeza, como lema, estas palabras. (V. Engels, Principios de comunismo, infra , Apéndice). En el Testamento del cura Meslier (1664-1729), socialrevolucionario francés, aparecen estas palabras: Unissez-vous donc, peuples.

NOTAS ACLARATORIAS por D. RIAZANOF

BURGUESES Y PROLETARIOS

1.La batida contra los comunistas en 1847.

Al ser elevado al solio pontificio en 1846, Pío IX se consideraba a sí mismo como un "liberal". En su actitud hacia el socialismo demostró, sin embargo, la misma hostilidad que el zar Nicolás I (1796-1855), desempeñando el papel de polizonte de Europa aun antes de que estallase la revolución de 1848. Mettemich (1773-1859), canciller del Imperio austríaco y representante caracterizado de la reacción europea, mantenía por entonces estrechas relaciones con Guizot, el más saliente historiador de la época, que había dirigido los Negocios Extranjeros de Francia desde 1840, pasando luego a ocupar la jefatura del Ministerio. Guizot (1787-1874) era el caudillo intelectual de la alta finanza y de la burguesía industrial y un enemigo irreconciliable del proletariado. A instancias del Gobierno prusiano expulsó a Marx (1818-1883) de París. La policía alemana no sólo no dejaba en paz a los comunistas en su propio país, sino que los acosaba igualmente fuera de sus fronteras, en Francia, en Bélgica y hasta en Suiza, valiéndose de cuantas armas tenía a su alcance y utilizando todos los medios posibles para detener y ahogar su propaganda. Los radicales franceses Marrast (1801-1852), Camot (1801-1888) y Marie (1795-1870) sostuvieron batallas polémicas no sólo contra los comunistas y socialistas, sino contra los socialdemócratas de su tiempo, acaudillados por Ledru-Rollin (1807-1874) y Flocon (1800-1866).

2. *Haxthausen, Maurer y Morgan.*

Augusto von Haxthausen (1792-1866) era un barón prusiano. En 1843, a petición de Nicolás I, se trasladó a Rusia con el fin de hacer investigaciones e informar acerca de las leyes rurales, las condiciones de la agricultura y la vida del campesino.

Fruto de esta labor fué un libro titulado *Estudio de la vida del pueblo* y *en particular de las instituciones agrarias de Rusia,* cuyo primer volumen apareció en 1847, y el tercero en 1852, cerca de cinco años después de la publicación del Manifiesto Comunista. El tercer volumen estaba principalmente dedicado a estudiar el comunismo agrario ruso. En sus viajes por Rusia, Haxthausen había sido acompañado por Alejandro Herzen (1812-1870), a quien sus escritos de política revolucionaria habían de elevar más tarde a lugar tan prominente. Bajo la influencia de su amigo, Haxthausen exaltó la importancia del comunismo agrario ruso, viendo en *él* el medio para salvar a la nación de la "plaga" que representaba el tener que pasar por un período de desarrollo proletario.

Jorge Ludwig von Maurer (1790-1872) fué un gran historiador, abogado, estadista y escritor alemán, que dedicó muchas de sus obras al estudio de las primitivas instituciones de los germanos. Estas obras, publicadas en el transcurso de las décadas del 50 y del

60, están todas ellas consagradas a estudiar la historia de las instituciones comunales, rurales y urbanas de Alemania. Apartándose de la vieja perspectiva (de la cual se encuentran todavía algunos vestigios en el Manifiesto Comunista), Maurer demostró que el municipio de la temprana Edad Media, lejos de proceder de la servidumbre medieval de la gleba, se había desarrollado sobre la comuna rural libre (la *Marca* medieval).

Lewis Henry Morgan (1818-1881), norteamericano, fué un etnólogo especializado en la investigación de las organizaciones sociales primitivas. Vivió entre los indios iroqueses, dirigiendo su vida y estudiando sus costumbres. Morgan sostenía que los factores fundamentales del desarrollo histórico eran las invenciones y descubrimientos técnicos, el desenvolvimiento de las condiciones materiales de vida. Sus ideas acerca del desarrollo de la familia humana, y especialmente sus teorías sobre los sistemas de consanguinidad y afinidad, fueron analizados y discutidos por Engels en su obra sobre *Los orígenes de la familia, la propiedad privada* y *el Estado,* publicada por primera vez en 1884. Engels intenta trazar en este libro el cuadro evolutivo de la sociedad desde los albores de la historia, con la mira de demostrar cómo va transformándose gradualmente en una sociedad de clases.

3. *La decadencia de la economía medieval, la época de los descubrimientos geográficos y los orígenes del mercado mundial.*

La sociedad medieval, basada en la producción en pequeña escala, se hallaba ya envuelta en un activo proceso de decadencia durante la segunda mitad del siglo xv. Los progresos de la economía monetaria, resultado de las crecientes facilidades del cambio, así interior como, exterior, crearon condiciones favorables para el desarrollo del capital numerario y mercantil. En el campo, el pago de los tributos feudales va haciéndose cada vez más en dinero en vez de en especie; las condiciones de la pequeña producción, lo mismo la libre que la servil, son cada vez más desfavorables; los terratenientes feudales van convirtiéndose en agricultores y echan mano de todos los recursos con tal de obtener riqueza en forma de dinero. Las fastuosas cortes y las enormes comitivas de los señores feudales fueron disueltas, y sus huestes, privadas ahora de dueño, y con ellas los campesinos que habían sido despojados de las tierras que ellos y sus antepasados venían cultivando durante tantas generaciones, fueron a engrosar las filas de los "picaros y vagabundos", que infestaban los caminos y las ciudades. A su vez, los gremios independientes, minados por las disensiones entre maestros y oficiales, cayeron bajo la férula del capital mercantil.

Los innumerables adelantos técnicos experimentados por los medios de producción metalúrgica, la manufactura textil, la navegación, los armamentos, la relojería, los instrumentos astronómicos, la invención de la imprenta y los progresos de las investigaciones científicas, especialmente los nuevos descubrimientos hechos en el mundo astronómico, todo vino a imprimir un poderoso impulso a las fuerzas productoras, alentando a los hombres de carácter emprendedor a asumir la iniciativa. La competencia

desatada entre los comerciantes y manufactureros de las costas occidentales del Mediterráneo o los de las orillas del Atlántico (sirvan de ejemplo los puertos de Génova y Lisboa) y los venecianos, que tenían el monopolio del mercado del Asia y eran dueños del Mediterráneo oriental, movió a los mercaderes aventureros portugueses, españoles y genove- ses a buscar una nueva ruta hacia las Indias. El príncipe Enrique el Navegante (1394-1460), cuarto hijo del rey Juan de Portugal, y la princesa Felipa de Inglaterra, hija de Juan de Gante, se habían distinguido ya, a principios del siglo xv, por los servicios prestados en materia de descubrimientos geográficos. Aquél fué quien mandó barcos a algunos lugares de la costa de Africa hasta entonces desconocidos, y sus capitanes quienes descubrieron en 1418 y 1420 las islas de Madeira y Porto Santo. A él se debió el fletamento de una expedición para explorar las Azores, cuya colonización por los portugueses progresó rápidamente. Por el año 1460, los barcos del príncipe Enrique se habían aventurado hasta cerca del Ecuador, a unas cien leguas más allá de Cabo Verde. En 1486, Bartolomé Díaz (1455-1500) dió la vuelta al cabo de Buena Esperanza. Antes de que los portugueses pudieran organizar una nueva expedición para el descubrimiento de las Indias, el navegante genovés Cristóbal Colón (1446-1506) partió en su busca por la ruta occidental, y en 1492 descubrió las Antillas. Juan Cabot (14501498) y su hijo Sebastián (1474-1557) desembarcaron en las costas de Norteamérica en 1497. Pero hasta un año más tarde no coronó Vasco de Gama (1460-1524) la obra comenzada por Díaz, abriendo una ruta oceánica hacia la India. Dos años después, el navegante florentino Américo Vespucio (1451-1512), del cual se deriva el nombre de América, desembarcaba en las costas del Brasil. En 1500, el comandante portugués Pedro Alvarez Cabral (muerto en 1526) emprendió, enviado por el rey, la ruta de Vasco de Gama; pero vientos adversos lo desviaron tanto de su camino, que hacia el viernes santo de aquel año arribó a las costas del Brasil. Finalmente, Femando Magallanes (1470-1521), primer navegante que dió la vuelta al globo, se abrió paso hacia el Pacífico a través del estrecho que lleva su nombre. Estas empresas y descubrimientos pusieron al mercado mundial en condiciones de absorber la creciente producción del siglo XVI, siglo en que comienza la era capitalista moderna.

La cruel devastación y el horrible saqueo de las poblaciones indígenas por los primeros conquistadores —Cortés (14851547) en Méjico y Pizarro (1476-1541) en el Perú, por ejemplo— no abrieron paso hasta la segunda mitad del siglo XVI a la explotación sistemática de las tierras vírgenes con la ayuda del trabajo de los esclavos. Durante varios siglos Africa fue un vasto campo de caza para los negreros, que se adentraron por el continente negro en busca de esclavos para el mercado americano. De 1508 a 1860 cruzaron el Atlántico más de quince millones de negros y otros tantos murieron durante la travesía, víctimas de los "filantrópicos" esclavistas portugueses, españoles, franceses y, sobre todo, británicos. "El mercado de esclavos dió a Liverpool rango de gran ciudad; pues ese mercado era allí el método de la acumulación originaria. En Liverpool había hasta hace muy poco tiempo "respetables" ciudadanos dispuestos en todo momento a abogar con caluroso entusiasmo por el mercado esclavista. Véase, por

ejemplo, la obra del doctor Aikín, escrita en 1795, en que se habla de aquel "audaz espíritu aventurero que caracterizó el mercado de Liverpool, elevándolo rápidamente al presente nivel de prosperidad, dando empleo a gran número de marinos y navegantes y reforzando en grandes proporciones la demanda y el mercado para las manufacturas del país..." (Marx, *Capital,* t. I, pág. 842). A comienzos del siglo XIX, cuando el desarrollo de la industria algodonera inglesa dió nuevo impulso a la producción del algodón en rama de los estados norteamericanos del Sur, la esclavitud había llegado a ser del otro lado del Atlántico una institución nacional y la cría de esclavos una empresa comercial muy rentable.

El descubrimiento y explotación de las minas de oro y plata de Bolivia, a partir de 1545, y las de México, a partir de 1548, contribuyó a engrosar las enormes reservas de oro y plata acumuladas por los europeos. La producción de plata, desde el año 1501 a 1544, se elevó a unos 460 millones de marcos; desde 1546 a 1600 alcanzó la cifra de 2.880 millones. La cantidad de monedas de plata puestas en circulación revela un aumento proporcional a esa alza.

La colonización sistemática de Norteamérica por los ingleses comenzó en 1620. Los franceses siguieron sus huellas. Al principio, los portugueses se hicieron dueños de las Indias Orientales; pero en 1600 los ingleses y los holandeses acometieron casi simultáneamente una campaña mediante la cual, luchando contra sus rivales de Europa (los portugueses y, más tarde, los franceses), fueron poco a poco sentando el pie en ellas. Los primeros europeos que concertaron relaciones con China fueron los portugueses, que se apoderaron de Macao en 1557. Los ingleses no se establecieron en las costas chinas hasta 1684.

4. *La manufactura.*

Al hablar aquí de la manufactura, nos referimos a ella como a una fase en el desarrollo del capitalismo industrial. Históricamente hablando, la manufactura se desarrolló invadiendo la pequeña producción artesana. Cuando el capitalista industrial hubo cogido en sus redes al artesano independiente, reunió bajo *el* mismo .techo y en la misma empresa a diferentes clases de operarios, encargados de rematar tal o cual fase de un trabajo (de sastrería, por ejemplo) o de acabar las diferentes piezas (las piezas de un carro, v. gr.) para luego unirlas y formar un solo producto. La ventaja de este sistema de manufactura, en la época de su implantación, consistía en que la producción podía asumir dimensiones considerables, reduciendo los gastos superfinos. Sobre esta base se erige luego un sistema que va fomentando más y más la especialización en el trabajo, hasta que, por último, la manufactura se transforma en un mecanismo armónico, cuyos diferentes miembros corren a *cargo de* diferentes trabajadores, cada uno de los cuales no elabora más que una pequeña parte del artículo que sus antecesores habían tenido que elaborar completo y que ahora se convierten en meros instrumentos del proceso total de la producción. En Inglaterra, en Holanda, y más tarde en Francia, el período

manufacturero de la producción capitalista comienza durante la segunda mitad del siglo xvi, alcanzando su apogeo en las primeras décadas del XVIII. (Téngase en cuenta que los autores del Manifiesto emplean el término "manufactura" en el sentido estricto que se le da más arriba y no en el sentido lato que incluye, como se advierte en la siguiente nota, la, "maquinofactura".)

5. *La revolución industrial y el desarrollo de la "maquinofactura".*

La revolución industrial, que representa la suplantación de la manufactura capitalista por la producción en gran escala, tiene lugar a fines del siglo xvm, con la invención de la máquina. Fue Inglaterra quien rompió la marcha, y, hablando en términos generales, podemos decir que esta revolución no termina hasta la primera mitad del siglo xix. Comienza con toda una serie de invenciones y descubrimientos, sobre todo en materia de ganadería, agricultura, minería, producción textil y medios de transporte. El impulso inicial partió de la creación de lo que llamamos máquinas de trabajo y su invasión de la órbita hasta entonces reservada a los instrumentos del artesano o al trabajo de la manufactura. En 1733, John Kay (que florece allá por los años de 1733 a 1764) patenta su lanzadera, que, gracias a un mecanismo especial, sólo requería una mano pata los movimientos de avance y retroceso. La primera etapa en la evolución del hilado mecánico se halla representada por el invento de Levis Paul (muerto en 1759), patentado en 1738 y conseguido con la ayuda de John Vyatt (1700-1766). De esta máquina se decía que era capaz de "hilar sin dedos". (V. *Capital,* t. I, pág. 392.) James Hargreaves (muerto en 1778), tejedor y carpintero, inventa en 1767 la máquina de hilar empleada en las manufacturas de algodón. Richard Arkwright (1732-1792) construye en 1767 su célebre bastidor, cuyo mérito principal consistía en estar provisto de la urdimbre de que carecía el invento de Hargreaves. Samuel Crompton (1753-1827), labriego y tejedor, dedica cinco años a la invención de su huso mecánico, aparato que precede a los descubiertos por Hargreaves y Arkwright para hilar la hebra más fina conocida. El telar mecánico fué inventado en 1785 por Edmund Cartwright (1743-1823), pero no llegó a popularizarse hasta algunos años más tarde, gracias al industrial algodonero John Horrocks (1768-1804). Allá por la tercera y cuarta década del siglo XIX, el telar mecánico había suplantado en la industria textil a los anticuados métodos manuales.

Los progresos de la industria minera durante el siglo xvm (la producción mundial de carbón se eleva, en el período de 1700 a 1770, de 214.800 a 7.205.400 toneladas) impusieron la introducción universal de la bomba de vapor. La fuerza motriz fué aprovechada prácticamente por primera vez para desaguar las minas. La primera máquina de Watt no sirvió más que para generalizar el empleo de las bombas de vapor introducidas por Newcom (1663-1729). La nueva bomba de Watt tenía un aparato de doble acción y fué perfeccionada más tarde por la patente de 1784. La fuerza motriz, que hasta ahora no había sido aprovechada casi más que en la industria minera, podía ya emplearse ventajosamente en mover fábricas de hilados y telares mecánicos, haciendo

que el vapor reemplazase al agua como fuente de energía. En el primer cuarto del siglo XIX, el uso del vapor como generador de fuerza motriz se hizo casi universal. Luego, vinieron los transportes por medio de vapor Roberto Fulton (1765-1815) perfeccionó en 1807 el descubrimiento de la navegación a vapor, y Jorge Stephenson (1781-1848) ideó la primera locomotora, ensayada con éxito en 1814. Cinco años más tarde se tendían los primeros carriles experimentales. El primer barco de vapor que hizo la travesía de Norteamérica a Europa, en 1819, invirtió veintiséis días en el viaje. En 1825 se abrió al servicio público en Inglaterra el primer ferrocarril. En 1830, el tendido de los ferrocarriles británicos era de unas 57 millas; en 1840, de unas 843, y en 1850 la red alcanzaba ya 6.630 millas.

En el campo de la agricultura, el antiguo sistema de cultivo a tres hojas fue suplantado por el método alternativo de rotación de cosechas. Roberto Bakewill (1725-1795) descubrió nuevos métodos para la ganadería, transformándola en una nueva rama industrial y acreditando una maravillosa pericia en la producción de diferentes ejemplares que respondieran a las necesidades del mercado. Sus especialidades eran la oveja de Leicester, de lana larga, y la raza vacuna de Dishley, de asta grande, que habían de hacerse famosas. El viejo régimen rural iba sometiéndose cada vez más a las condiciones de la producción capitalista. Paralelamente con la clase media propietaria y el campesino sin tierras que se había convertido en bracero, fué desarrollándose un nuevo tipo de agricultor en gran escala, verdadero capitalista industrial, que explotaba el trabajo asalariado en su provecho personal y en provecho del terrateniente, al que había de satisfacer la renta. El giro capitalista de la agricultura cobra todavía mayor relieve en el segundo cuarto del siglo XIX.

6. *La evolución política de la burguesía.*

Lo que ante todo y sobre todo tienen presente los autores del Manifiesto es la evolución política de la burguesía francesa.

Marx escribe en otro sitio lo siguiente: "La historia de la burguesía puede dividirse en dos fases: durante la primera, la burguesía se destaca como una clase sujeta al régimen feudal y a la monarquía absoluta; durante la segunda, organizada ya como clase independiente, derriba el orden de la sociedad feudal y la monarquía, e instaura sobre sus ruinas el nuevo sistema burgués. La primera fase necesitó un período de tiempo mayor que la segunda para desarrollarse y un caudal de energías superior para su culminación." *(Misére de la Philosophie,* pág. 242.)

Durante los siglos XII y XIII, los municipios franceses hubieron de sostener una lucha contra los magnates feudales, aprovechándose de sus discordias intestinas. (La palabra "comuna" fué adoptada, según explica Engels en una nota a una de las últimas ediciones del Manifiesto, por las comunidades municipales de Italia y Francia después de haber comprado o arrebatado a los señores feudales el derecho a gobernarse por sí mismas.) En los primeros años del siglo XIV solicitaron tener representación en los

Estados generales, asamblea en la que se reputaba representada toda la nación. De 1356 a 1358, la burguesía de París, acaudillada por Etiénne Marcel (muerto en 1358), preboste de los comerciantes de París, trató de sustituir a los Estados generales por una institución representativa que pudiera reunirse a deliberar en determinadas fechas fijas, sin necesidad de que el rey la convocase. El monarca absoluto, aprovechándose de las disensiones encendidas entre los distintos estamentos (el clero, la nobleza, etc.), decidió pactar un arreglo con la oposición burguesa. La burguesía se convirtió así en el *tiers état,* tercer estado, en una clase sujeta a tributación y parte integrante del Estado monárquico, equipada con derechos propios, que concentraba todas sus energías en servirse del aparato gubernamental poniéndolo al servicio del desarrollo industrial y mercantil. A la cabeza de este movimiento nos encontramos con una serie de burgueses financieros que, ayudados por los nobles cortesanos que se volvían hacia esta potencia naciente en demanda de apoyo, tratan de utilizar el poder monárquico como un instrumento para sus fines. La explosión de esta política, basada en la inhumana explotación de las masas trabajadoras y en un absoluto desprecio hacia los intereses de la pequeña burguesía, condujo a la Gran Revolución francesa, que levantó su llamarada a fines del siglo xvni. Después del intermedio napoleónico (que terminó en 1815) y de la restauración borbónica sobrevino la revolución de 1830 y la instauración de la "monarquía de julio", prototipo clásico de gobierno parlamentario basado en el derecho de sufragio de la burguesía.

En los Países Bajos, los burgueses sostuvieron una incesante lucha contra las instituciones feudales, lucha que a veces asume la forma de una verdadera guerra civil (como, por ejemplo, en la revolución de las ciudades flamencas, capitaneada por Iprés y Brujas en 1324, y que duró varios años). En la segunda mitad del siglo XVI, la burguesía de Holanda, unida a la nobleza baja y media, acaudilló el alzamiento nacional contra los Habsburgos y, tras larga y encarnizada lucha, los Países Bajos consiguieron manumitirse del yugo extranjero. Los holandeses fueron los primeros que crearon un Estado burgués, y desde el siglo XVII sirvieron de modelo a los demás estados burgueses que fueron estableciéndose poco a poco en la Europa occidental.

Las repúblicas de las ciudades autónomas de Italia, después de sacudir el yugo de la aristocracia territorial, fueron asumiendo gradualmente la forma de oligarquías industriales y mercantiles. Pero al mismo tiempo que declinaba la hegemonía comercial del norte de Italia (donde el capitalismo mercantil se había desarrollado antes que en ningún otro país de Europa), se advertía un retroceso paralelo del capitalismo en las ciudades. Estas perdieron su antiguo esplendor, y hasta el siglo XIX no se reanudó en Italia el proceso de consolidación política de la burguesía.

En la Gran Bretaña, los municipios urbanos consiguieron muy pronto representación parlamentaria, pero al iniciarse el desarrollo del capitalismo industrial, la burguesía británica no se contentó ya con el papel de consejera y postulante, sino que abrazó cada vez con mayor ímpetu la lucha por el Poder político. La guerra parlamentaria, que dura desde 1641 hasta 1649, termina con la ejecución de Carlos I y la instauración de la

república bajo el caudillaje de Oliverio Cromwell. Tras el breve período de restauración de los Estuardos, la revolución estalló nuevamente en 1688, logrando implantar esta vez una monarquía constitucional. La burguesía encuentra ahora valiosos aliados en los terratenientes de la clase media, que atraviesan por un rápido proceso de aburguesamiento. En el campo económico, el poder cayó en manos de los sectores más influyentes de la burguesía, como había de ocurrir más tarde en Francia. Hasta muy entrado el siglo XIX, después de la reforma electoral de 1832 y la derogación de las "leyes anticerealistas", el Estado británico no llegó a constituir una verdadera sociedad anónima integrada por toda la clase burguesa, unida por su política de explotación del mercado mundial, *y sólo* a partir de este momento se convierte el Gobierno británico en un comité gestor de los intereses de la burguesía.

Este proceso de centralización política, en países que apenas si habían alcanzado todavía la unidad nacional, puede seguirse aun más claramente en la historia de Italia y Alemania durante el siglo XIX. En cuanto a Francia, el proceso cobró formas sobremanera relevantes y animadas, y la burguesía impuso su centralización política entre los años 1789 y 1815, aunque los toques finales no se diesen hasta 1830, 1848-50 y 1870-75.

7. *El desarrollo del cambio y el predominio de los pagos al contado.*

"El cambio tiene tras de sí su historia propia y ha pasado por varias etapas en su desarrollo. Durante algún tiempo, en la Edad Media por ejemplo, sólo se cambiaba lo sobrante, es decir, aquellos productos que excedían de las necesidades de la gente. Vino luego otra fase en la cual no sólo se cambiaba ya lo sobrante, sino que todos los productos de la industria pasaron a ser objeto de comercio. En este período la producción dependía enteramente del cambio. Finalmente, amaneció el día en que hasta las mismas cosas que antes se consideraban inalienables pasaron a ser artículo de tráfico mercantil. Hasta aquellas cosas que se entregaban pero que no se vendían, que se daban pero que no se cambiaban, que se adquirían pero que no se compraban —la virtud, el amor, las ideas, la ciencia, la conciencia, etc.—, entraron en el comercio. Comienza. así un período de corrupción al por mayor, de venalidad universal, o, para decirlo en términos de economía política, un período en el que todo, en el orden espiritual como en el material, se convierte en valores de cambio y desciende al mercado para ser tasado en su justo precio." (Marx, *Misére de la Philosophie,* pág. 41.)

"Cuando los bienes se convierten en valores de cambio, o viceversa, éstos en aquéllos, despierta la codicia de dinero. A medida que la circulación de esos bienes se extiende, el poder del dinero aumenta, pues el dinero es una forma de riqueza absolutamente social, siempre presta para el uso. Colón, en una carta escrita en Jamaica en 1503, dice lo siguiente: "¡Cosa maravillosa es el oro! Quien lo posee obtiene cuanto desea. ¡Con el oro se abren hasta las puertas del cielo a las almas." Desde el momento en que el dinero no deja traslucir aquello que ha sido convertido en él, todo, sea valor

moral o material, puede convertirse en oro. Todo puede ser objeto de compraventa. La circulación es la gran retorta social donde se vuelca todo para volver a salir cristalizado en dinero. Ni los mismos huesos de los santos escapan a esta alquimia, y menos aún cosas más delicadas, cosas sacrosantas que permanecían hasta ahora fuera del tráfico comercial de los hombres. Y así como todas las diferencias cuantitativas entre unos y otros bienes se borran en el dinero, el dinero es, a su vez, el nivelador radical en el que se esfuman todas las distinciones." (Marx, *Capital,* ed. alem., t. I, pág. 195.)

El régimen idílico y patriarcal imperante en Britania en vísperas de la revolución industrial de este país aparece admirablemente descrito por Engels en su obra sobre *La situación de la clase obrera en Inglaterra* (Londres, 1892). Esta obra, escrita en 1845, traza un animado cuadro de los tejedores que todavía disfrutaban de la propiedad de pequeñas parcelas de tierra:

"No hace falta un gran esfuerzo imaginativo para comprender que la vida moral e intelectual de esta clase de trabajadores tenía mucho de parecido. Aislados de las ciudades, a las que no se trasladaban nunca (puesto que el lienzo y la hebra se los compraban los viajantes que les tenían a sueldo), los tejedores se hallaban de tal modo divorciados de la vida urbana, que aun en su vejez, después de haberse pasado una larga vida en las cercanías de una ciudad, podían decir que no la habían visto nunca. Tal era su situación en el momento mismo en que la introducción de la máquina les arrebató los medios de vida, forzándolos a buscar trabajo en las ciudades. El plano moral e intelectual de los tejedores era el mismo de los propietarios rurales de su localidad, con los cuales se asociaban libremente y a los que estaban unidos por lazos de gran intimidad, gracias a las tierras que cultivaban en los ratos que les dejaba libres su oficio. Veían en los hacendados o terratenientes principales de la vecindad sus superiores naturales. Acudían a ellos en busca de consejo, exponiéndoles sus pequeños problemas para que se los resolvieran y prestándoles la reverencia y acatamiento que este régimen patriarcal implicaba. Eran gentes "respetables", buenos padres y buenos maridos; llevaban una vida honrada y honesta, pues no estaban expuestos á tentaciones que se la torciesen, ya que en el distrito rural no había tabernas ni burdeles y el hostelero de la mina, en cuyo mesón mitigaban a veces su sed, era un hombre igualmente "respetable", tal vez un arrendatario rural, pagado de su buena cerveza, su buen orden y pendiente siempre de cerrar temprano los domingos y días de fiesta. Los hijos se criaban encerrados en su casa y educados en el principio de la obediencia y el santo temor de Dios. Mientras los jóvenes permanecían solteros persistían estas relaciones patriarcales. Los niños llegaban a la mayoría de edad en un candor idílico, manteniendo la intimidad con sus compañeros de juego hasta el matrimonio. A pesar de ser muy estrechas las relaciones que se mantenían entre los jóvenes de diferente sexo, puede afirmarse casi como regla general que estas relaciones se consideraban como mero preludio del matrimonio. Este era el corolario natural de aquéllas. En una palabra, los artesanos y oficiales ingleses de aquel tiempo vivían y se sucedían unos a otros en una vida de retraimiento, en una soledad que todavía (1845) se encuentra en ciertas partes

de Alemania, sin quebraderos intelectuales de cabeza y sin ninguna sacudida violenta en su modo de vivir. Eran muy pocos los que sabían leer y muchos menos los que sabían escribir. Cumplían con gran regularidad sus deberes con la Iglesia, no hablaban nunca de política, no conspiraban contra nada, no dejaban tiempo al pensamiento, se divertían con juegos y algazaras, escuchaban la lectura de la Biblia con piadosa atención y se sometían, llenos de humildad, mansedumbre y reverencia, a sus superiores. Pero desde un punto de vista intelectual vivían muertos, entregados exclusivamente a sus pequeños intereses, a sus telares y a sus huertos, bien ajenos al pujante movimiento que, más allá de su limitado horizonte, estremecía a la humanidad. Se sentían felices con aquella existencia tranquila y vegetativa. A no ser por la revolución industrial, jamás hubieran roto con aquel género de vida, indigno de seres humanos, pese a sus románticos colores. En rigor, apenas eran seres humanos, sino simples máquinas que trabajaban al servicio de un puñado de aristócratas, en quienes hasta entonces había residido la substancia de la historia." (Engels, obra citada, págs. 2-4.) .

El dinero contante, factor que preside la sociedad capitalista, es el estímulo cardinal en la vida psicológica del burgués. De aquí el grito de guerra: "¡A llenar la bolsa!" Engels traza una vivida pintura de esto en las siguientes líneas: "A la burguesía inglesa le tiene completamente sin cuidado que sus obreros se mueran de hambre o de hartura, ya que, mientras dura su vida, los obreros no cesan de llevar dinero a sus manos. Lo mide todo por el mismo rasero monetario, y lo que no produce dinero es considerado, sea lo que sea, como insensato, inútil, como una quimera ideológica... El obrero es, para el burgués, no un ser humano, sino un simple "brazo", como él le llama aun en su propia presencia. El burgués reconoce que, para decirlo con las palabras de Carlyle, "el pago al contado es el único lazo que une a los hombres". Hasta los lazos entre marido y mujer pueden traducirse, en el noventa y nueve por ciento de los casos, a términos monetarios. La lastimosa influencia que el dinero ejerce sobre el burgués ha dejado su rastro en el idioma inglés. Para decir que un individuo posee un capital de 10.000 libras esterlinas se emplea la siguiente frase: *So and so is worth £ 10.000* (literalmente traducido: "Fulano vale 10.000 libras esterlinas"). Todo el que tiene dinero es hombre "respetable" y se le aprecia conforme a su riqueza; ocupa un puesto entre "los de arriba" y tiene influencia; cualquier cosa que haga será siempre un modelo para sus conciudadanos. El espíritu del traficante invade todo el lenguaje. No hay relación que no se exprese en términos tomados del vocabulario comercial y se resuma en categorías económicas. La oferta y la demanda: he aquí la fórmula en que se resume toda la perspectiva vital del inglés. De ahí que tenga por tan lícita la libre concurrencia en todos los campos de la actividad humana, y de ahí también el régimen del *laissez-faire, laissez-aller* en política, medicina, educación, etc.; esta actitud del no intervencionismo no tardará en invadir también el campo religioso, pues el poder incuestionable de la Iglesia aliada al Estado se está derrumbando más y más conforme pasan los días." (Engels, obra cit., págs. 279-280.)

8. *Carácter revolucionario del capitalismo.*

"Mientras el artesanado y la manufactura forman la base general de la producción social, la especialización del productor en una sola rama de producción, rompiendo con toda la variedad de sus ocupaciones primitivas, es un paso necesario de progreso. Sobre esta base, y como fruto de la experiencia, cada rama especial de producción asume su forma técnica adecuada; poco a poco, esa técnica se va perfeccionando hasta adquirir cierto grado de desarrollo que le permite al fin plasmarse en su forma más conveniente. Además de las diferentes clases de materias primas que afluyen al mercado, conspira a este proceso de diferenciación el perfeccionamiento gradual de los instrumentos de trabajo. Tan pronto como una forma determinada alcanza el grado de perfección que la experiencia señala como más adecuado, esa forma se plasma y cristaliza, fenómeno que puede advertirse prácticamente en el modo como se trasmite con frecuencia de generación en generación durante miles de años... Para la industria moderna, la forma de un proceso de producción no es nunca definitiva. Por eso sus bases técnicas son revolucionarias, mientras que el fundamento técnico de todos los antiguos métodos de producción era esencialmente conservador. Por medio de la máquina, los procedimientos químicos y demás métodos de que dispone, la industria moderna, al cambiar la base técnica de la producción, cambia las funciones de los trabajadores y el régimen social de los procedimientos de trabajo. Al mismo tiempo, y con no menos premura, transforma la división del trabajo dentro de la sociedad, desplazando incesantemente masas de capital y masas de trabajo de una a otra rama de producción." (Marx, *Capital,* t. I, págs. 524- 526.) Respecto al papel histórico del capitalismo, véase Pleja- nov (1856-1918), *Nuestras diferencias.* Obras (edición rusa), t. I, págs. 230-237.

9*.Expansión del capitalismo a traves del mundo.*

El ímpetu del capitalismo durante el siglo xvi fue debido a la expansión del mercado mundial. Pero hasta después de la revolución industrial del siglo xvm la burguesía no se extendió por toda la faz de la tierra, valiéndose de los misioneros y los hombres de ciencia para penetrar en los más remotos rincones del mundo. Los ingleses se adueñaron de Australia, Nueva Zelanda, el Africa del Sur y el Indostán entre los años 1770 y 1848. Francia, que durante las guerras napoleónicas perdió la mayor parte de sus posesiones coloniales, arrebatadas por los ingleses, se compensó de estas pérdidas apoderándose de grandes extensiones de terreno en el Africa del Norte. Y así otros países.

10*.Desarrollo cuantitativo y cualitativo del mercado mundial.*

"Antes de la invención de la maquinaria, la actividad industrial se contraía principalmente a la elaboración de materias primas producidas en el mismo suelo nativo. Así, la Gran Bretaña tejía géneros con la lana de sus ovejas; Alemania empleaba el lino para hacer

géneros de lienzo; Francia producía lino y seda y transformaba estos productos en artículos acabados; en las Indias Orientales y en Levante, donde se daba el algodón, se fabricaban productos derivados de esta planta, y así sucesivamente. La introducción de la maquinaria de vapor determinó r una división del trabajo tal, que la gran industria, desarraigada del suelo nativo, llegó a depender exclusivamente del mercado mundial, del cambio internacional y de la división internacional del trabajo." (Marx, *Misére de la Philosophie,* pág. 194.)

A no ser por el algodón, el yute, el petróleo y el caucho, la industria europea hubiera ido fatalmente a la ruina. La industria maquinista y automovilística de Italia depende enteramente de la importación de carbón y de metales. Todas las mercancías transportadas durante un año por el paso de San Gotardo en los tiempos más florecientes del comercio medieval podrían acomodarse hoy holgadamente en un par de trenes corrientes. Las proporciones que ha llegado a adquirir el comercio mundial pueden documentarse con ayuda de las siguientes cifras. En 1800, el comercio internacional se calcula que ascendía a 6.050 millones de marcos (1 marco = 8 onzas de plata); en 1820, la cifra es de 6.820 millones; en 1840 asciende a 11.500 millones, y en 1850 se remonta a 16.650 millones. A comienzos del siglo XX, el comercio mundial había quintuplicado el volumen de 1850, alcanzando la cifra de 88.500 millones de marcos, y en 1912 se elevaba a 169.000 millones. La variedad de las mercancías lanzadas al mercado mundial es diez veces mayor. A fines del siglo xvni aparecieron en escena, y empezaron a circular en una escala cada vez mayor, ciertas "mercancías aristocráticas", artículos solicitados por las clases ricas. Entre el Báltico y las costas del noroeste de Europa se desarrolló un activo tráfico marítimo de granos y maderas de construcción. En 1790 se descargan en Londres, el centro más importante del comercio internacional, 580.000 toneladas de mercancías transportadas en barcos de vela. Cien años más tarde, esta cifra había aumentado a 7.709.000 toneladas. El desarrollo de la industria algodonera motivó una demanda cada día mayor de algodón en rama, que determinó la intensificación del cultivo de este producto en los Estados norteamericanos del Sur. En 1790, la producción arrojaba 2.000.000 de libras, en 1820 asciende a 180 millones. Esto determinó un aumento enorme de la importación de algodón en rama en Inglaterra. En 1751, la importación de este producto llegaba a 5.000.000 de libras; en 1820, la cifra aumentó a 142 millones.

Durante el siglo XIX se operó una transformación completa en la naturaleza de los cargamentos que afluían al mercado mundial. De los Estados Unidos: trigo, algodón, petróleo y cobre; de Sudamérica: café, guano, nitro chileno y carne; de Asia: trigo, yute, algodón, arroz y té; de Australia: trigo, carne y lana ... Toda esta variedad de productos era lanzada a los mares en barcos de vapor y abarrotaba los mercados del mundo.

11. *Desarrollo de los medios de comunicación y transporte bajo el régimen capitalista.*

"La revolución operada en los métodos de producción industrial y agrícola obligaba a revolucionar también las condiciones generales del progreso social de producción, esto es, los medios de comunicación y de transporte. En una sociedad cuyas columnas (para emplear la expresión de Fourier) eran, primero, la agricultura en pequeña escala, con sus industrias domésticas derivadas, y segundo, el artesanado urbano, los medios de transporte y comunicación tenían que resultar prácticamente inadecuados para las exigencias del período manufacturero, con su amplia división del trabajo social, su concentración de los instrumentos de trabajo y de los obreros y sus mercados coloniales. Por eso, los transportes *y* las comunicaciones tenían que ser, como de hecho lo fueron, revolucionados. Y a su vez, los medios de transporte y comunicación legados por el período manufacturero al de la gran industria no tardaron en revelarse como trabas intolerables para el nuevo régimen industrial, con su ritmo febril de producción, sus vastas gradaciones, su constante trasiego de capitales y trabajo de una a otra esfera de producción, y las nuevas proporciones del mercado mundial. He ahí por qué, aparte de los adelantos conseguidos en la construcción de barcos de vela, los medios de comunicación y de transporte hubieron de irse adaptando gradualmente, por medio de una red de vapores, ferrocarriles y telégrafos, a los métodos industriales de la gran producción." (Marx, *Capital,* t. I, Págs. 347-8-)

En la segunda mitad del siglo xvni, los barcos que hacían la travesía de Inglaterra a la India necesitaban de dieciocho a veinte meses para cubrir el viaje de ida y vuelta. Estos veleros transportaban un promedio de 300 a 500 toneladas de carga. El tonelaje total de la flota, a fines del siglo xvm, se aproximaba a 1.725.000 toneladas. Con la invención del barco de vapor, impulsado al principio por ruedas de paletas y posteriormente por un sistema de hélices, el aumento de carga y velocidad en el tráfico marítimo adquirió proporciones gigantescas. Actualmente, los barcos de carga tienen un promedio de diez a doce mil toneladas, y los barcos de pasaje, con un tonelaje bruto de cuarenta a cincuenta mil, pueden navegar a una velocidad de veinte nudos por hora. Según las estadísticas noruegas, la capacidad de toda la flota marítima del mundo en el año 1821 sumaba 5.250.000 toneladas, en cuya cifra sólo correspondía un 0,2 por 100 al tonelaje de los barcos de vapor. En 1914, el tonelaje mundial alcanzaba la cifra de 31.500.000, siendo la inmensa mayoría barcos de vapor. En cuanto a los ferrocarriles, la extensión mundial cubierta por las líneas férreas, en 1840, era de 4.800 millas; en 1850 ascendía a 21.600; en 1870, a 136.000, y en 1913 era ya de 690.000 millas. El promedio de velocidad de los trenes de mercancías es de veinte a veinticinco millas por hora; el de los trenes de viajeros, de treinta y cinco. En 1812 se necesitaban cinco días para trasladarse de Berlín a Viena; en 1912, el viaje queda reducido a doce horas. La travesía de Berlín a París duraba, en 1812, nueve días; en 1912, sólo dura ya diecisiete horas. En vez de los cuarenta y ocho días necesarios para hacer la travesía de Hamburgo a Nueva York en 1812, a los cien años, en 1912, se necesitaban solamente siete días. A partir de 1840, después de las reformas introducidas por Rovland Hill (1795-1879), fueron

organizados los servicios postales para responder a las demandas de la gran industria. A fines del siglo xix este servicio abarcaba, prácticamente, el mundo entero, desde la Tierra del Fuego a los islotes helados de Spitzbergen. La Unión Postal convirtió al globo terráqueo en un solo "país postal".

El primer semáforo o telégrafo óptico, inventado por Glande Chappe (1763-1805), fué adoptado por la Asamblea Legislativa en 1792 y prestó grandes servicios a los ejércitos revolucionarios en sus luchas contra la coalición monárquica. Actualmente, el semáforo más corriente es el usado en los ferrocarriles. Antes dé la invención del telégrafo eléctrico, el semáforo se utilizaba para transmitir mensajes a grandes distancias y con mucha velocidad. Hacia el año 1830 se construyó un aparato electro-telegráfico, y Morse (1791-1872), un norteamericano, inventó el método telegráfico que lleva su nombre. A partir de 1844 fué universalmente adoptado el telégrafo eléctrico como medio de comunicación acomodado a las necesidades del mercado mundial y en consonancia con el ritmo de su desarrollo. Sólo por medio del telégrafo puede el mundo del comercio mantenerse al día en las alzas y bajas de los precios. En 1865, fecha en que fué tendido el primer cable submarino, el mundo entero quedó unido por una red telegráfica. El telégrafo ha permitido estrechar los lazos entre las metrópolis y sus colonias, entre las centrales comerciales y sus sucursales y agencias en el extranjero. A fines del siglo xix, las redes de comunicación telegráfica tendidas abarcaban una extensión de cinco millones de millas. El teléfono fué introducido hacia el año 1870, y desde entonces se ha desarrollado de tal modo, que no sólo nos permite comunicar con nuestros amigos dentro del país en que nos encontramos, sino también por encima de las fronteras nacionales. Se calcula que los hilos telegráficos y telefónicos tendidos en todo el mundo alcanzan actualmente una extensión aproximada de cuarenta millones de millas y que podrían dar la vuelta al planeta mil seiscientas veces. Con la innovación del telégrafo y el teléfono sin hilos se abre una nueva era en la historia de los medios de comunicación.

Los comerciantes ingleses, rebajando el precio de sus productos, especialmente de los artículos de algodón, arruinaron a la industria de las Indias Orientales. No contentos con sus fuentes de riqueza económica, echaron, mano de los métodos políticos, sin el menor escrúpulo de conciencia. De este modo, encañonándolos con sus fusiles, obligaron a los chinos a aceptar la importación de opio. Por estos procedimientos logró vencerse la hostilidad de los japoneses contra el comercio extranjero. Sólo que esta vez fué la marina de guerra norteamericana la que cumplió la misión. Por virtud de la convención Perry de 1854, de la convención Harris de 1857 y del tratado de Yedo de 1858, los japoneses se comprometieron a abrir ciertos puertos de sus costas al mercado occidental.

12. *El divorcio entre el campo y la ciudad.*

"Tres siglos necesitó Alemania para instaurar la primer división del trabajo en gran escala: la separación del campo y la ciudad. Al cambiar en este respecto las relaciones entre el campo y la ciudad, fué transformada la sociedad entera. Concentrémonos en este

aspecto de la división del trabajo nada más y notemos el contraste entre las repúblicas clásicas, en que regía, de una parte, la esclavitud, y de otra el feudalismo cristiano, o, sin ir tan lejos, en el contraste entre la vieja Inglaterra, con sus terratenientes blasonados, y la moderna Inglaterra, con sus lores algodoneros. Durante los siglos XIV y XV, cuando no se conocían todavía las posesiones coloniales, cuando América no existía para los europeos y el tráfico con el Asia se mantenía al través de Constantinopla, cuando el mar Mediterráneo era la clave del comercio, en esos tiempos, la división del trabajo dentro de la sociedad era completamente distinta a lo que había de ser luego, en el siglo xvn, cuando España, Portugal, Holanda, Inglaterra y Francia se hallaban empeñadas en la adquisición de posesiones coloniales en todos los rincones del planeta." (Marx, *Misére' de la Philosophie,* págs. 177-8.) En *El Capital,* Marx vuelve sobre este tema y añade: "La base fundamental de toda división del trabajo en su pleno desarrollo, tal como la implanta el cambio de productos, es el divorcio entre el campo y la ciudad. Puede decirse que toda la historia económica de la ciudad se cifra en esa separación." (Marx, *Capital,* t. I, págs. 371-2.)

La gran industria asestó el golpe de gracia a los anticuados métodos de la agricultura, arrancando al campesino a las pé- simas condiciones de la vida rural. "En el campo de la producción agrícola, el efecto más revolucionario de la gran industria consistió en destruir el baluarte de la vieja sociedad, el campesino, desplazado ahora por el jornalero. De este modo, la apetencia de transformaciones sociales en el campo y la oposición con que tropiezan se van asimilando a las de la ciudad. El régimen capitalista de producción corta radicalmente los viejos lazos de unión entre la agricultura y la manufactura, que se mantuvieron unidas mientras ambas se hallaban en la infancia." (Marx, *Capital,* t. I, pág. 546.)

Por las cifras que damos a continuación podemos juzgar de la rapidez con que se desarrolló la población urbana a expensas del campo durante las primeras décadas del siglo xix. En 1800, el censo de población de Londres era de 959.000 habitantes; hacia 1850 había ascendido a 2.363.000. Entre 1800 y 1850, el censo de población de París se elevó de 547.000 a 1.053.000 habitantes. En el mismo período, el censo urbano de Nueva York ascendió de 64.000 a 612.000 habitantes. El aumento de población experimentado por los nuevos centros industriales, tales como Mánchester, Birmingham, Sheffield y Bradford fue todavía más rápido. Pero esto no es nada, comparado con el aumento de la población urbana durante la segunda mitad del siglo XIX. He aquí algunos datos:

	1850	1900
Viena	444.000	1.675.000
San Petersburgo	485.000	1.133.000
Berlín	419.000	1.889.000
Munich	110.000	500.000
Essen	9.000	119.000
Leipzig	63.000	456.000
Chicago	30.000	1.699.000
Nueva York	612.000	3.437.000

En el año 1851, la población urbana de Inglaterra y el país de Gales ascendía ya a 8.991.000 habitantes, lo que arroja un 50 por 100 de la población total. Hacia 1901, el cálculo arroja 28.169.000 habitantes, o sea, el 88 por 100 de la población total del país. La rapidez con que creció el censo de población en Inglaterra y Gales puede deducirse del siguiente cuadro:

Año	Población
i69o	5.000.000
1801	9.000.000
1851	17.900.000
1901	32.500.000

En 1800, la densidad de población en Inglaterra y Gales es de unos 146 habitantes por milla cuadrada; en 1840, de 265, y en 1901, de 540.

13. *La acumulación del capital.*

La acumulación del capital en manos de los capitalistas sigue dos caminos distintos: primero, el capital se multiplica automáticamente, incrementándose con las ganancias obtenidas del trabajo ajeno (concentración del capital), y luego se acumula por la unión de varios capitales individuales formando sociedades, monopolios, sindicatos y *trusts* (centralización del capital).

La renta total sujeta a tributación en el Reino Unido sumaba en 1856, 307.068.898 libras esterlinas; en 1865, 385.530.020; en 1882, 601.450.977, y en 1912, 1.111.456.413. A esto hay que agregar los ingresos no sujetos a tributación, y tendremos un total de 2.200 millones de libras esterlinas. La mitad de estas rentas corresponde a una octava parte de la población. En 1884, el número de sociedades anónimas existentes en Inglaterra era de 8.192. En 1900, la cifra había ascendido a ²9-73°; en 1917, a 66.094. El capital de estas sociedades aumenta en la misma proporción: de 480.000.000 de libras esterlinas, en 1884, a 1.640.000.000 en 1900 y a 2.720.000.000 en 1916.

La riqueza nacional de Francia entre los años 1909 a 1913 se calculaba en 225.000 millones de francos, repartidos entre 11.634.000 franceses. De éstos, 98.243 personas poseían más de 250.000 francos cada una, sumando entre todas 106.000.000.000 de francos, o sea, cerca de la mitad de toda la riqueza nacional. Si dejamos a un lado a los grandes acaudalados, que vienen a sumar, aproximadamente, unos 18.586 individuos con un capital total de 60.500.000.000 de francos, nos quedarán menos de 9.500.000 personas con más de 10.000 francos de capital cada una y una riqueza global de 66.000 millones de francos.

En Prusia había 8.570.418 individuos cuyas rentas no llegaban a 900 marcos. Sumadas todas estas rentas nos darán una cantidad menor a la de la suma a que ascienden las rentas de 146.000 individuos de categoría superior. El siguiente cuadro se refiere a las

personas que disfrutan rentas de más de 100.000 marcos cada una:

Año	Número de personas
1913	4-747
1914	5-215
i9i7	13-327

En 1850, la riqueza nacional de los Estados Unidos era de 7.100 millones de dólares; en 1870, de 30.000 millones, y en 1900 había ascendido a 88.500 millones. Según algunos economistas, en 1920 alcanza ya la suma de 500.000 millones de dólares. En 1917 existían 19.103 ciudadanos norteamericanos con una renta anual de más de 50.000 dólares; de éstos; 141 disfrutaban ingresos de más de 1.000.000 de dólares cada uno. El capital invertido en la industria manufacturera sumaba, en 1899, 8.900 millones de dólares, y en 1914, 22.700 millones. El capital invertido en ferrocarriles ascendía en 1899 a 11.000 millones de dólares, y en 1914, a 20.200 millones.

El National City Bank, Banco controlado por los grandes *trusts,* poseía ya en 1879 un capital de 16.700.000 dólares. Hacia 1899, el capital del Banco había ascendido a 128 millones y en la actualidad suma ya mil millones

Los Estados Unidos no representan más que el 7 por 100 del territorio mundial y su población hacia un 6 por 100 del censo de población del mundo; sin embargo, esta república capitalista produce el 20 por 100 del oro mundial, el 25 por 100 del trigo, el 40 por 100 del hierro y el acero, el 40 por 100 del plomo, el 40 por 100 de la plata, el 50 por 100 del cinc, el 52 por 100 del carbón, el 60 por 100 del cobre, el 60 por 100 del algodón, el 60 por 100 del petróleo, el 75 por 100 del trigo y el 85 por 100 de los automóviles que circulan por el mundo. Pues bien, toda esta producción está en manos de unos cuantos *trusts,* capitaneados por una veintena de multimillonarios como Rockefeller, Morgan, Ford, MacCormick y Armour.

14. *El capitalismo y la conquista de la naturaleza por el hombre.*

Hasta 1848, la conquista de la naturaleza por el hombre se había ido desarrollando muy lentamente. Sin embargo, el aprovechamiento energético del aire y del agua y el empleo del vapor como fuerza motriz habían hecho progresos considerables después de adoptarse con carácter general los inventos de Watt. Desde' 1820, las invenciones en el campo de lá electricidad se sucedieron sin cesar, destacándose los nombres de Oersted (1777-1851), Seebeck (1770-1831) y Faraday (1791-1867). Pero, a excepción del telégrafo eléctrico y de la electrometalurgia, estos descubrimientos no habían llegado a aplicarse a la industria manufacturera hasta que en el último tercio del siglo xix apareció una nueva rama industrial: la electrotecnia.

La aplicación de las ciencias químicas a la agricultura, la química agrícola, como se la llama algunas veces, se debe principalmente a un alemán, Justus von Liebig (1803-

1873), si bien no debemos omitir aquí el nombre del inglés Humphry Davy (1778-1829), cuyo libro acerca de los *Elementos de la química agrícola,* vió la luz en 1813. La primera obra de Liebig, *La química en sus aplicaciones a la agricultura y a la fisiología (Die Chemie in ihrer An wendung auf Agricultur und Physiologie)* apareció en 1840. "Uno de los servicios inmortales prestados por Liebig a la ciencia —escribe Marx *(Capital,* t. I, pág. 548, nota)— consiste en haber expuesto los aspectos negativos o destructores de la agricultura moderna y en haberlo hecho enfocándolo en la perspectiva de las ciencias naturales." Un poco más arriba, en el mismo texto, nos encontramos con estas líneas: "Con el aumento cada vez mayor del censo de población concentrada en los grandes centros urbanos, la producción capitalista imprime, de un lado, mayor movilidad a la sociedad, mientras que de otro destruye el intercambio de materias entre el hombre y el suelo, es decir, impide que se restituyan a la tierra los elementos que el hombre utiliza para su alimentación y vestido, restitución que es la reserva natural indispensable para la conservación de la fertilidad del suelo." (Marx, *Capital,* t. I, págs. 546-547.)

Liebig fué el primero en demostrar que la razón de que se agotase la capacidad de producción de la tierra estaba en que el régimen de intercambio entre el hombre y el suelo se veía interrumpido, pues al irse desarrollando las cosechas extraían del suelo ciertas substancias que el hombre no podía restituirle. Una de las características de la economía capitalista, con su separación de la ciudad y el campo, consiste en que roba al suelo ciertas substancias fertilizadoras, sin lograr devolvérselas en forma de abono natural. En la economía natural, cuando los frutos de la tierra se consumían casi por entero en la misma localidad donde se producían, el abono fisiológico producido por los consumidores, así hombres como animales, bastaba para devolver al suelo sus materias fertilizantes. Pero al irse formando ciudades cada día más populosas, los productos agrícolas pasaron a ser consumidos fuera de los lugares de cultivo, sin que, por tanto, el abono natural pudiese ser restituido al suelo. Con la pérdida del abono natural surgió la necesidad de descubrir substancias fertilizadoras artificiales que devolvieran a la tierra los elementos que le habían sido extraídos por el cultivo. Liebig sostenía que el abastecimiento de substancias minerales tenía un límite, toda vez que el suelo no podía aportarlas en cantidad ilimitada; por eso el primer deber del agricultor y la misión de los abonos consistía en restituir a la tierra aquellas materias minerales que las cosechas, al multiplicarse, le arrebataban. Con este criterio se fabricó un abono químico, integrado por las substancias minerales esenciales, tales como ácido fosfórico, potasa y nitrógeno. Desde 1840 fué generalizándose el empleo de los abonos químicos. Hoy se emplean como fertilizantes abonos artificiales nitrogenados, escoria básica y super- fosfatos, huesos pulverizados y abonos sintéticos. La escoria básica es un producto obtenido de la fundición del acero, y sus propiedades fertilizantes no fueron descubiertas hasta 1878.

La aplicación de la química a la producción industrial fué descubierta hacia fines del siglo xvm. Allá por el año 1787, Nicolás Leblanc (1742-1806) fijó su atención en el urgente problema de la fabricación de carbonato sódico, como producto derivado de la

sal. Sus trabajos experimentales condujeron en 1790 a la fundación de la importantísima industria del álcali, cuyos productos se emplean para el blanqueado de diferentes artículos (de determinadas clases de papel, especialmente) y para la fabricación de cohetes, cerillas, jabón, en las industrias textiles, tintes, etc. La primera aplicación práctica del gas de carbón al alumbrado se suele atribuir a William Murdoch (1754-1839), que hizo experimentos demostrativos de sus posibilidades por los años de 1792 a 1802. En 1804, un alemán hizo una demostración de este descubrimiento en el Lyceum Theatre de Londres, en la cual la invención del gas de alumbrado había alcanzado ya un alto grado de progreso. Gomo resultado de todas estas experiencias, el nuevo sistema fué instalado en Pall Malí, en la ciudad de Londres, en 1807. El residuo sólido más importante obtenido por la destilación del carbón es el cock; el residuo líquido da el alquitrán y el amoníaco. Entre los productos secundarios tenemos el benzol, los tintes de anilina, una serie de desinfectantes, naftalina, sacarina, etc. Los productos empleados en la fabricación de jabón y velas de sebo fueron revolucionados a comienzos del siglo xix por las investigaciones de Chevreuil (1786-1889) sobre las grasas y los aceites, y por Leblanc (1742-1806), que hizo descubrimientos importantes en cuanto al modo de obtener sosa cáustica de la sal. Pero la nueva era de la aplicación de las investigaciones químicas a la industria no comenzó hasta mediados del siglo xvin, pocos años después de la publicación del Manifiesto. Hacia el año 1848, la revolución industrial experimentada por la producción textil, que hasta entonces se había limitado principalmente a los hilados y tejidos, entró en su etapa final con los adelantos introducidos en el tinte y los procedimientos de estampación. En 1856, W. H. Perkin (1838-1907) preparó el primer tinte de anilina, o sea la materia colorante que da el tono llamado malva. No tardaron en sucederse rápidamente otros brillantes descubrimientos en la industria del tinte, procedentes de la destilación del alquitrán de hulla, y hoy día el tintorero tiene a su disposición la más compleja variedad de tintes, capaces de producir toda la gama de colores y matices, de las más diversas cualidades, poco permanentes muchos de ellos, pero otros en cambio, en gran número, absolutamente fijos y capaces de resistir toda serie de influencias.

La roturación y cultivo de las partes distantes del planeta (proceso al que se refieren Marx y Engels en el Manifiesto) había recorrido ya sus primeras etapas en el año 1848. En 1815, los Estados Unidos de América empezaban a ser el centro principal del cultivo del algodón. La producción algodonera de los Estados Unidos en el año 1830 fué de 73.000 balas; en el año 1840 había ascendido ya a 1.348.000. En los años que siguen al de 1850, el aumento de la producción de cereales en los Estados Unidos adquirió todavía mayor incremento. En 1840, la producción de trigo fué de 84.800.000 bushels (**20**); durante el quinquenio de 1901 a 1905, la cifra asciende a 662.000.000 de bushels anuales. La producción total de cereales fué en 1848 de 377.000.000 de bushels, mientras que en el transcurso de 1901 a 1905 el promedio de producción anual alcanza la cifra de 2.100.000.000. El Canadá, la América del Sur, Siberia, el Africa, etc., no entraron en competencia con Norteamérica hasta después de 1850.

La navegación fluvial se atuvo a métodos anticuados hasta el último tercio del siglo XVIII. A mediados de este siglo, Inglaterra comenzó la construcción de canales, y en Francia empezó también a construirse una red de vías artificiales de agua. Los canales abiertos en los primeros tiempos eran, en su mayoría, de los llamados de bote o de gabarra, y por su poca profundidad y anchura sólo eran navegables por barcos de poco calado. El desarrollo que toma la construcción de canales se debe a las necesidades del comercio. A medida que la técnica de estas obras hidráulicas se fué perfeccionando fueron abriéndose canales mayores, hasta llegar a las grandes vías practicables por barcos de gran calado. Estos canales se abren, bien para acortar la distancia entre dos mares, rompiendo un istmo (el canal de Suez y el de Caledonia, por ejemplo), o para convertir importantes centros interiores en puertos de mar (sirvan de ejemplo el canal de Mánchester y el de Zeebrugge- Brujas en Flandes). El curso tortuoso de los ríos se salvó abriendo cauces de una curva a otra, y los declives del cauce por medio de esclusas y represas. El fondo y la desembocadura de los ríos se mantienen limpios por medio de máquinas especíales de dragado, movidas generalmente a vapor. La construcción de canales no cesó de desarrollarse hasta la introducción de los grandes ferrocarriles.

15. *Algunos datos acerca de la teoría y la historia de las crisis.*

En su libro acerca de la situación de la clase obrera en Inglaterra, Engels trata con alguna extensión del problema de las crisis, demostrando que tienen su origen en la concurrencia y en el mismo carácter genuino de la producción capitalista. "Las condiciones anárquicas de la moderna producción y distribución de los productos, condiciones que están gobernadas por el afán de lucro y no por la satisfacción de necesidades, y que hacen que todo el mundo trabaje con el único fin de enriquecerse, no pueden por menos de producir frecuentes colapsos. En los comienzos de la era del progreso industrial, estos colapsos se limitaban a tal o cual rama de la industria o a determinados mercados; pero tan pronto como se centralizaron las actividades de los competidores, los obreros privados de trabajo en una rama de la industria se lanzaron a otra, prefiriendo siempre, naturalmente, el oficio más fácil de aprender. De este modo, los artículos que no encuentran comprador en un mercado afluyen a otro, y así sucesivamente. En ocasiones, estas pequeñas crisis se aglutinan, formando crisis en gran escala y sucedíéndose periódicamente de cinco en cinco años, tras un corto período de expansión y prosperidad general." (Engels, *La situación de la clase obrera en Inglaterra,* ed. alem., pág. 84.)

Engels habla en otro lugar de ciclos de cinco y de seis años, y en sus *Principios de comunismo* menciona períodos de siete años. "Desde comienzos de siglo, la industria ha venido fluctuando constantemente entre épocas de prosperidad y épocas de crisis, y cada cinco, seis o siete años se produce una de estas crisis, que trae aparejada una miseria cada vez mayor de la clase obrera, una agudización revolucionaria general y el mayor de los peligros para el orden social existente." (V. *infra,* Apéndice, *Principios de*

comunismo, por Engels: respuesta a pregunta 11.)

Bastantes años después de 1848, cuando Marx se hallaba entregado a la redacción de *El Capital,* vino Engels a reconocer que esos ciclos de fluctuación entre la prosperidad y las crisis abarcaban, no cinco, seis ni siete años, sino hasta diez y once.

La primera crisis de proporciones nacionales se produjo en 1825-1826. La había precedido una explosión de fiebre especulativa, que recibió su impulso inicial con la apertura del mercado de la América del Sur. La segunda crisis general se manifestó en los años 1836-1837, precedida por un desarrollo gigantesco de la industria inglesa y una gran alza en las exportaciones, principalmente a Norteamérica. El año 1847 asistió a la tercera crisis de grandes proporciones: la depresión que siguió inmediatamente a la "fiebre ferrocarrilera" de 1845 y 1846, que hizo que el capital se volcase febrilmente en la construcción de ferrocarriles.

Este ritmo febril en la apertura de vías férreas, que al principio atrajo una masa imponente de hombres, dejó al fin en la calle a unos 50.000 obreros. Además, la crisis afectó a la industria algodonera y a las ramas minera y metalúrgica. Fué en el apogeo de esta crisis, que se extendió a la Gran Bretaña, América y a casi todo el continente europeo (a excepción de Rusia), cuando Marx, a petición de la Liga Comunista, redactó su Manifiesto.

16. *Evolución histórica del proletariado.*

Por "proletario" se entiende hoy todo el que no dispone de más medios de vida que la venta de su fuerza de trabajo. Originariamente, en su forma latina, *proletarias* no significa enteramente lo mismo. En la Roma antigua, "proletario" era el que no tenía más fortuna que su descendencia, sus vástagos, la "prole" *(proles).* En un principio, el proletariado, la clase más humilde de la población romana, estaba exenta de tributos y del servicio militar. Más tarde fué admitida en el ejército y equipada por el Estado. En la época de las guerras civiles, cuando el campesino romano se hallaba ya arruinado, y posteriormente bajo el Imperio, el proletariado formaba el verdadero núcleo del ejército. En tiempo de paz, este cuerpo de hombres se sostenía a expensas del Estado, recibiendo regularmente sus raciones de grano. Salvo el nombre, entre este proletariado y los proletarios europeos sin tierras ni hogares de nuestros días, apenas hay nada de común. Ni debemos olvidar tampoco que, cómo indica Marx, "en la Roma clásica, la lucha de clases se mantenía en la esfera de una minoría privilegiada, entre libres ricos y libres pobres. Los esclavos, que formaban la gran masa trabajadora de la población, no eran sino el pedestal pasivo que sostenía esta lucha. La gente parece haberse olvidado de la notable frase de Sismondi: "El proletariado romano vivía a expensas de la sociedad; en cambio, la sociedad moderna vive a expensas del proletariado." (Carlos Marx, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte,* págs. 18-19.)

La palabra "proletariado", en su acepción de "salariado", no fué admitida en el lenguaje general hasta la primera mitad del siglo XIX. En la introducción a la edición original

alemana de su libro sobre la situación de la clase trabajadora en Inglaterra, libro en el que por primera vez se traza un detallado estudio del proletariado inglés, remontándose hasta mediados del siglo xvm, Engels advierte que emplea las palabras *obrero, proletario, clase trabajadora, clase no poseedora* y *proletariado* como expresiones sinónimas del mismo concepto. En otro lugar escribe: "El proletariado es aquella clase social cuyos medios de vida dependen por entero de la venta de su trabajo (fuerza de trabajo) y no de las ganancias obtenidas del capital; cuya suerte y cuya desventura, cuya vida y cuya muerte, cuya existencia entera dependen de la demanda de trabajo (fuerza de trabajo), de la sucesión alternativa de buenas y malas épocas, de las fluctuaciones producidas por la competencia desenfrenada. *El* proletariado o clase proletaria es, en una palabra, la clase trabajadora del siglo XIX." *(Principios de comunismo,* respuesta a la pregunta 2. V. *infra,* Apéndice.) En la segunda mitad del siglo XIV surgió en Inglaterra una clase de proletarios o trabajadores asalariados. A lo largo de ciento cincuenta años, esta clase formó la capa inferior de la población, logrando diferenciarse gradualmente de las filas de artesanos, oficiales y campesinos, y emancipándose de los vínculos feudales.

En lo que concierne a la condición social, el proletariado, en los primeros días de su existencia, apenas se diferenciaba de otros braceros dedicados al trabajo manual o a las labores del campo. Pero al desarrollarse el capitalismo, el proletariado adquirió características específicas. La diferencia entre el proletario, el campesino libre y el artesano estriba en el hecho de que el trabajador proletario carece de todo medio de producción, y por tanto, no pudiendo trabajar por su cuenta (como el artesano y el campesino), se ve obligado a trabajar al servicio de otro, al servicio del dueño del capital. Se vende a sí mismo, vende su fuerza de trabajo, ni más ni menos que otra mercancía cualquiera, recibiendo a cambio un salario.

Mientras el capitalismo no había salido todavía' de la infancia,' mientras los poderes feudales en el campo y las corporaciones gremiales en la ciudades entorpecían la transformación del capital monetario y mercantil en capital industrial, mientras la nueva industria manufacturera sólo podía echar raíces en aquellos centros urbanos que permanecían al margen de la jurisdicción corporativa, durante todo este tiempo, los proletarios, los asalariados podían, a pesar de la legislación represiva, aprovecharse de la creciente demanda de sus servicios resultante de la acumulación del capital. Pero después de la expropiación de los bienes de la Iglesia en el siglo XVI, después del reparto de las propiedades del Estado y de las extensas tierras comunales, medidas que privaron de vida a cientos de miles de campesinos, echándolos por los caminos y las veredas en busca de trabajo, la condición del asalariado empeoró notablemente. El desarrollo de la manufactura, la acumulación del capital, tan necesaria para la fundación de empresas independientes, todo contribuyó a matar en los asalariados la esperanza de volver a ser nunca más dueños de sus destinos, pues hasta los oficios independientes iban viéndose desplazados, cada día con mayor vertiginosidad, por empresas capitalistas. Es cierto que la industria manufacturera fué adueñándose poco a poco, en el transcurso de unos cien años, más o menos, desde la segunda mitad del siglo XVII a la segunda mitad del

siglo XVIII, de casi toda la producción urbana y rural. Pero las filas del proletariado se veían engrosadas de continuo por la afinen- cía de artesanos y trabajadores domésticos rurales. Mientras tanto, a pesar del flujo de estos nuevos elementos, el proletariado se iba diferenciando más y más como clase. El artesano de la ciudad y el trabajador doméstico rural no desaparecieron hasta la implantación de la fábrica en gran escala. Esta los lanzó en masa a las filas del proletariado, despojándolos de toda posibilidad de retomo a su "estado primitivo". La introducción de la gran fábrica fué la que creó esa clase de personas que acudían al mercado a vender su propia pelleja y lanzaban sus cuerpos a la vorágine de la concurrencia en busca de trabajo.

"La concurrencia —escribe Engels— es la expresión más perfecta de líi lucha de todos contra todos que preside la moderna sociedad burguesa. Esta lucha, que es una lucha por la vida, por la existencia y por todo —en caso extremo, por tanto, una lucha a vida o muerte—, no es solamente una batalla librada entre las diversas clases sociales, sino que enfrenta también entre sí a los individuos de estas clases. Unos se interponen en el camino de otros, y cada cual trata de derribar al vecino y ocupar su lugar. Los trabajadores se hacen la competencia, ni más ni menos que los burgueses. El tejedor fabril hace la competencia al tejedor a mano; el obrero sin trabajo o mal pagado hace la competencia al compañero que trabaja en mejores condiciones y trata de desplazarlo. Esta concurrencia de los trabajadores entre sí constituye el aspecto más deplorable de las condiciones de vida del obrero, pues pone en manos del burgués el arma más eficaz contra el proletariado." (Engels, *Situación,* etc., págs. 77-8.)

17. *La división del trabajo en la época de la manufactura y en la producción en gran escala (producción fabril).*

El artesano fabrica, una tras otra, todas las piezas del artículo con el que luego, una vez completo, acude al mercado. Aun en pleno apogeo del desarrollo corporativo, era limitadísimo el número de subdivisiones en el campo de la producción. Pero al surgir la manufactura, se implantó una división del trabajo puramente mecánica, que venía a convertir al trabajador en una mera pieza del proceso total. Sin embargo, durante esta etapa, la división del trabajo en el proceso de la producción no se conocía más que en ciertas ramas de la industria. Además, en la manufactura, toda la producción, obra manual, dependía de la aptitud y habilidad del obrero.

"En la manufactura y en las artes mecánicas, el obrero maneja un instrumento; en la fábrica, en cambio, se pone al servicio de una máquina. En el primer caso, los movimientos del instrumento de trabajo responden a la voluntad del obrero; en el segundo, los movimientos del obrero están supeditados a los de la máquina. En la manufactura, los trabajadores forman parte de un mecanismo viviente; en la fábrica, trabaja un mecanismo inanimado, al que se les adscribe como accesorios vivientes suyos. La sorda rutina de una tarea de trabajo incesante, en la que se repite constantemente el mismo proceso mecánico, se parece bastante al tormento ,flc Sísifo, pues lo mismo que la roca

de Sísifo, el trabajo revierte perpetuamente, una y otra vez, sobre el fatigado operario. Además de ejercer una influencia depresiva sobre el sistema nervioso, el trabajo en la máquina entorpece la multiforme actividad muscular y el libre juego mental y físico. El mismo aligeramiento del trabajo se convierte en medio de tortura, pues la máquina no liberta al hombre del trabajo, sino que despoja al trabajo de interés." (Marx, *Capital,* t. I, pág. 451. Este pasaje en que se compara al obrero con Sísifo lo toma Marx del libro de Engels, *Situación de la clase obrera,* ed. 1845, pág. 217, y Engels, a su vez, de la obra de James Phillips Kay, M. D., *The Moral and Phy- sical Condition of the Working Classes employed in the Cotton Manufacture in Manchester,* Didgeway, London, 1832, pág. 8.)

La producción mecánica exige un aumento en la producción de materias primas, artículos a medio elaborar, etc., y conduce a la creación de nuevas ramas industriales, cada vez más numerosas. La elaboración de estas materias primas y artículos a medio trabajar se opera por medio de una cantidad innumerable de variedades y subvariedades de procedimientos, que originan un aumento creciente en el número de "oficios". Las estadísticas alemanas calculaban el número de oficios y ocupaciones existentes en 1882 en la cifra de 6.000, y en 1895 habían ascendido, aproximadamente, a 10.000.

Por consiguiente, bajo el régimen capitalista, la gran industria no sólo acaba de raíz con la antigua división del trabajo y sus especializaciones, sino que crea un número enorme de procedimientos que son otras tantas especialidades. Hoy, las condiciones de vida del trabajador especializado son, como es lógico, peores todavía que las antiguas, ya que dependen enteramente de los azares de la realidad, los cuales atenían a cada paso contra la seguridad y solidez de su base de vida.

18. *Trabajo y fuerza de trabajo.*

Marx y Engels emplean todavía en el Manifiesto una terminología que más tarde desecharán. El trabajo, considerado como producto, se diferencia del trabajo cuya cantidad determina el valor de un producto. En vez de hablar del trabajo como producto, Marx empleará más tarde el término de "fuerza de trabajo" para designar la capacidad de trabajo del obrero, su aptitud para crear un producto. El obrero, privado de medios de producción, no se halla en condiciones de aplicar su capacidad de trabajo a una tarea productiva hasta que no encuentra en el mercado quien le compre su fuerza de trabajo como una mercancía. Marx y Engels modifican asimismo sus puntos de vista en lo tocante a las causas que determinan el precio del trabajo como producto o el precio de la fuerza de trabajo. En su libro sobre la situación de la clase trabajadora en Inglaterra y en su *Boceto para una crítica de la Economía política,* Engels llega a la conclusión de que el precio del trabajo está determinado por las mismas leyes que determinan el precio de cualquier otro producto, esto es, por el coste de su producción, que en el caso del trabajador está representado por el coste de los medios de vida indispensables para mantenerse en condiciones de trabajar. El precio del "trabajo", es decir, de la fuerza de trabajo, el salario, es, por tanto, el mínimo necesario para el sostenimiento

de la vida del obrero. Marx hace suya esta- conclusión, En su *Misére de la Philosophie,* como más tarde en su obra *El trabajo asalariado y el capital,* define así el salario: "El costo de producción del trabajo (fuerza de trabajo) es igual a los gastos necesarios para el sostenimiento del obrero y su reproducción. El sostenimiento del obrero y su reproducción se le paga en forma de salario. Este salario mínimo hace referencia a la especie humana en general y no a un obrero determinado, del mismo modo que el precio de las mercancías en general se determina por el coste de su producción. Hay obreros, mejor dicho, millones de obreros, que no perciben salarios suficientemente elevados para sostener su vida y reproducir su especie. Pero dentro de la trama de sus propias fluctuaciones, los salarios de los obreros se ajustan, en conjunto, a este mínimo." (Marx, *Trabajo asalariado y capital,* pág. 24.)

Lassalle adopta esta fórmula, que desarrolla como "la ley broncínea del salario", frase que sólo tiene, por lo demás, un valor de propaganda.

En *El Capital,* Marx demuestra que el precio de la fuerza de trabajo, cómo el de cualquier otra mercancía, se determina por el tiempo de trabajo necesario para su producción, y que el tiempo necesario para la producción de la fuerza de trabajo equivale al tiempo de trabajo necesario para producir los medios de subsistencia con que el obrero satisface sus necesidades de alimento, vestido, alojamiento, etc., etc. Pero el volumen de estas necesidades fundamentales, la medida dentro de la cual pueden ser satisfechas y la habilidad en el modo de satisfacerlas son el resultado de una serie de condiciones históricas. Dependen, en gran parte, del desarrollo cultural del país a que se refieren, y, entre otras cosas, de las condiciones de vida en que se haya desenvuelto la clase de trabajadores libres, de los hábitos de esta clase social y del tipo medio de vida que reclame. Es decir, que, a diferencia de lo que ocurre con otras mercancías, la determinación del precio de la fuerza de trabajo obedece en parte a factores históricos y morales. El cálculo mínimo del valor de la fuerza de trabajo se basa en el coste de los elementos puramente necesarios para el sostenimiento de la vida. Si el precio de la fuerza de trabajo (el salario) desciende hasta el mínimo, cae por debajo de su valor.

En estas condiciones, la fuerza de trabajo no puede sostenerse en el nivel normal. Marx demuestra, además, que en la sociedad capitalista al obrero sólo se le concede el privilegio de trabajar para sostenerse, a condición de que se avenga a trabajar gratuitamente cierta fracción de tiempo, fracción de tiempo durante la cual produce plusvalía para el capitalista. Marx explica también los procedimientos de que el capitalista puede valerse para aumentar este trabajo no retribuido, a saber: prolongando las horas de trabajo, intensificando éste y redoblando su capacidad productiva. Por tanto, el capitalista dispone de medios para reducir el precio de la fuerza de trabajo, el salario, hasta un nivel inferior a su precio de coste. (Véase el estudio detallado de este punto — del que nos limitamos a apuntar un breve extracto— en *El Capital, t.* I, págs. 158-165.)

19. *Despotismo fabril.*

"La supeditación técnica del obrero a los movimientos uniformes del instrumento de trabajo y la peculiar "contextura del cuerpo de trabajadores (integrado por individuos de ambos sexos y diferentes edades) engendran una disciplina cuartelaria que acaba por convertise en todo un sistema interior de fábrica, con las categorías ya descritas de obreros y vigilantes, que equivale a la división de los obreros en operarios e inspectores, en soldados y sargentos del ejército industrial... La legislación fabril (en que el capital formula su poder autocrático sobre los trabajadores, en un sistema legislativo de carácter privado, sin las garantías de la autoridad ni el régimen representativo, de que tanto gusta en otros terrenos la' burguesía) no es más que la caricatura capitalista de la reglamentación social de los procedimientos de trabajo que se impone cuando aparece la cooperación en gran escala y los instrumentos de trabajo se unifican en la máquina. En vez del látigo empleado por el capataz de esclavos, tenemos el reglamento del inspector que marca los castigos. No hay que decir que estos castigos se reducen todos a multas y deducciones de salario; *el* genio legislativo del Licurgo industrial es tan inventivo, que consigue, en la medida de lo posible, que la infracción de las reglas resuite todavía más beneficiosa para él que su estricta observancia." *(Capital,* t. I, págs. 453-4.)

A este propósito, Marx cita a Engels, que había trazado veinte años antes, en su libro sobre la situación de la clase trabajadora en Inglaterra, una viva pintura del despotismo de las fábricas: "En ninguna parte se ve tan patente la esclavitud impuesta por la burguesía ál proletariado como en la fábrica. Dentro de la fábrica, la libertad está, de hecho y por ley, en la agonía. El obrero se ve obligado a entrar en la fábrica a las cinco y media de la mañana. Si llega dos minutos más tarde le imponen una multa; si llega diez minutos fuera de la hora, no le admiten hasta después del almuerzo, con lo cual pierde la cuarta parte del salario del día. Se levanta y se acuesta, bebe y come a la voz de mando ... El pitido despótico de la sirena le hace saltar de la cama, y le obliga a dejar el plato como esté, sin acabar de almorzar o de comer. ¿Y qué ocurre una vez dentro de la fábrica? De puertas adentro de su fábrica, el patrono es un legislador absoluto. Dicta medidas según su real antojo; reforma su código y suprime o le agrega cuanto le parece oportuno. Y aunque dicte las disposiciones más absurdas, los tribunales dicen siempre al trabajador: "Por cuanto que firmaste ese contrato por tu omnímoda voluntad, estás obligado a someterte a él con todas sus consecuencias..." Así, los obreros viven sentenciados al azote —y no sólo en sentido metafórico— desde la edad de los nueve años hasta el día de su muerte." *(Capital,* t. I, pág. 453.)

La forma repulsiva que adoptaba en Rusia, antes de la revolución, el despotismo industrial, el grado de refinamiento a que había llegado el sistema de castigos impuestos por los patronos en las fábricas, fueron admirablemente descritos por Lenin en su folleto *Comentarios a la Ley de Penas,* que vió la luz por primera vez en 1897.

20. *El trabajo de la mujer y del niño.*

"En cuanto suprime la necesidad de gran energía muscular, la máquina se convierte en medio para dar entrada en la fábrica a obreros de menor resistencia física y a aquellos cuyos miembros, por hallarse todavía en la época del crecimiento, presentan mayor flexibilidad. Por eso el trabajo de la mujer y del niño fue el primer fruto que rindió el empleo capitalista de la máquina. Pronto este poderoso sustituto del brazo se transformó en el medio de aumentar el número de asalariados reclutando a todos los miembros de la clase obrera sin distinción de edad ni de sexo y sometiéndolos al imperio del capital. Los trabajos forzados vinieron así a sustituir no sólo a los juegos infantiles, sino también al trabajo libremente realizado por la familia dentro de la esfera doméstica y en pequeñas proporciones." (Marx, *Capital,* t. I, págs. 418-9.)

Bajo el capitalismo, en vez de trabajar solamente el cabeza de familia, encargado de alimentar y vestir a los demás, entra en la fábrica y se entrega a las máquinas la familia entera. Y hasta puede acontecer que las personas mayores carezcan de trabajo en esta fábrica y se vean obligadas a buscarlo en alguna otra industria, o bien a sostenerse a costa de los salarios de sus hijos. En la industria textil inglesa trabajaban en 1861, por cada 1.000 obreros: ramo del algodón, 567 obreras (en 1901, 628); ramo de la lana, 461 (en 1901, 582); ramo de la seda, 642 (en 1901, 702). En 1841, la proporción de obreros empleados en diez industrias diferentes, tales como la industria alfarera, química, alimenticia y textil, era de 1.030.600 hombres y 463.000 mujeres; en 1891, de 1.576.100 hombres y 1.447.500 mujeres. En la industria textil alemana trabajaban 38 mujeres por cada cien hombres, en 1882; en 1895, la proporción era de 45 y 100, y en 1907, de 50 y 100.

21. *El obrero abre crédito al capitalista.*

"En los países en que está instaurado el régimen capitalista de producción, la fuerza de trabajo no se le retribuye al obrero hasta después de haber trabajado durante el período de tiempo especificado en el contrato; por ejemplo, hasta el final de la semana. Por consiguiente, el trabajador adelanta al capitalista el importe de su fuerza de trabajo; el vendedor de la fuerza de trabajo permite al comprador hacer uso de ella antes de que se le pague; en todas partes el obrero abre crédito al capitalista. Y la prueba de que este crédito no es puramente ficticio la tenemos en que cuantas veces quiebra un capitalista los obreros pierden sus salarios, argumento que aun podríamos reforzar con el estudio de otras consecuencias más viciosas." (Marx, *Capital,* t. I, pág. 162.)

Marx pone al pie de esto una nota en la que demuestra cómo los tenderos se aprovechan de esta situación del obrero que no cobra hasta el fin de la semana, teniendo por consiguiente que comprar al fiado, para recargarle los precios de los artículos.

Todavía más desventajosa es la situación del obrero que cobra por meses o por quincenas. Tiene que pagar precios más altos y se halla de hecho sometido al tendero o comerciante que le suministra los artículos de primera necesidad. Estos artículos son siempre de calidad inferior, cuando no adulterados. La adulteración de materias

alimenticias adquirió enormes proporciones durante el siglo xix. El obrero está asimismo a merced del casero en lo tocante a los alquileres. Cuanto más mísero es el cuarto, más trabajo cuesta mantenerlo en buen estado, y los barrios relativamente más caros son precisamente los habitados por la clase más pobre de la población. "Los especuladores de la vivienda explotan estas minas de la pobreza con tanto provecho y *tan poco* costo como si se tratara de las minas de un nuevo Potosí." (Marx, *Capital,* t. I, pág. 727.)

22. *La pequeña burguesía y la clase media entran en las filas del proletariado.*

"La clase trabajadora se ve igualmente engrosada por la afluencia de individuos de capas superiores de la sociedad. Numerosos industriales en pequeña escala y pequeños rentistas ingresan en las filas del proletariado y se ven obligados a descender al mercado de trabajo con los obreros a ofrecer sus brazos al mejor postor. La selva de brazos que se alzan en demanda de trabajo se hace cada vez más tupida, al paso que esos mismos brazos adelgazan cada día más. Es evidente que el pequeño productor no puede competir con la gran industria, en una fase de organización en que la primera condición del éxito está en la producción en gran escala. Ni hace falta insistir tampoco en el hecho de que el interés del capital disminuye a medida que el capital aumenta, a medida que aumentan la masa y dimensiones del capital. El pequeño rentista se ve cada día más agobiado si quiere vivir del producto de su capital. Se ve, por consiguiente, obligado a sumarse al proceso industrial, es decir, a engrosar las filas de los productores en pequeña escala, los cuales a su vez pasan a engrosar el ejército del proletariado." (Marx, *Trabajo asalariado y capital,* pág. 39.)

23. *Distintas formas de protesta de la clase obrera contra el capitalismo.*

La sociedad capitalista degrada al obrero al nivel de un objeto inanimado. El trabajador no puede mantener los derechos de su dignidad humana si no es protestando contra esta degradación, luchando contra el capitalismo y sus mantenedores, los capitalistas, rebelándose contra la burguesía, detestando del orden social burgués. En su libro sobre la situación de la clase obrera en Inglaterra, escribe Engels: "La rebelión de la clase obrera contra la burguesía comenzó poco después de alcanzar la industria, en el sentido moderno, sus primeras etapas de desarrollo... Esta rebelión, en su forma más cruda, prematura e infructuosa de manifestarse, asumió las características del crimen. El obrero vivía en la indigencia y la miseria, viendo que otros llevaban una vida feliz. No acertaba a comprender por qué él, que había hecho por la comunidad más que el rico perezoso, había de ser el que llevara el peso del sufrimiento. La necesidad le obligaba a vencer su respeto tradicional a la propiedad, y se echó a robar. A medida que la industria progresaba, los delitos aumentaban, y el número anual de condenas correspondía sobre

poco más o menos al número de balas de algodón consumidas. Sin embargo, el obrero no tardó en darse cuenta de que con el robo no salía ganando nada. El ladrón sólo podía protestar individualmente, aisladamente, contra la forma social imperante, y la sociedad caía sobre él con todo su peso, aplastándolo con su abrumadora mayoría. El robo es la forma más primitiva de protesta; por eso no llegó a ser jamás reflejo general del espíritu de la clase obrera, por mucho que los trabajadores la perdonasen secretamente en el fuero interno de sus corazones." (Engels, *Situación,* etc., págs. 216-7.) Forma semejante adoptaban otros modos de protesta con que nos encontramos en los comienzos del desarrollo capitalista: muertes de dueños de fábricas, asesinatos de vigilantes, etc. .

La primera forma de protesta colectiva fueron los amotinamientos de obreros en las fábricas, fomentados con el fin de inferir daños a la propiedad y especialmente para destruir las máquinas. La lucha del obrero contra la máquina empieza en el mismo momento, en que se inventan los nuevos artefactos. Pero la acción en masa no comienza hasta principios del siglo xix. Bajo el nombre de "ludditas", los obreros iniciaron una campaña organizada con el fin de destruir colectivamente las máquinas en los centros fabriles de Nottingham, Yorkshire y Lancashire. Estos destructores de máquinas aparecen por vez primera en Nottingham y sus alrededores a fines de 1811. Comenzaron destruyendo los telares de medias y encajes. El director de las bandas era un obrero conocido por el apodo de *General Ludd,* una figura mítica en cuyo nombre se perpetraban actos de violencia contra los dueños de fábricas, se destruían las propiedades industriales y se hacían pedazos las máquinas. La policía resultaba impotente para luchar contra los "ludditas", y el Gobierno no tuvo más remedio que recurrir al ejército para sofocar la revuelta. Se dictaron leyes conminando con la pena de muerte a cualquier obrero al que se le probara haber roto una máquina. En la campaña parlamentaria de oposición a estas medidas represivas es notable un discurso de lord Byron (1788-1824) pronunciado en la Cámara de los Lores. En él traza Byron una descripción gráfica de la miseria de que son víctimas los trabajadores de Nottingham. En el drama de Ernesto Toller.

Los destructores de máquinas [38]

Puede verse un animado cuadro literario del movimiento de los "ludditas". Este movimiento se reprodujo en 1812, y en enero de 1813 fueron ahorcadas tres personas complicadas en él. En la semana que siguió al asalto a la fábrica de Gart- wright fueron ejecutados catorce hombres. Todavía en el año 1817 se aplicó en Derby la pena de muerte a varios "ludditas". Por fin, el Gobierno logró acabar con la organización, ayudado por agentes provocadores. Con el renacimiento de la prosperidad industrial, y gracias también en parte a la campaña de Cobbett (1762-1835), por la cual los obreros se fueron dando cuenta de la insensatez que era destruir las máquinas (a lo que también contribuyó el desarrollo cada vez mayor de su conciencia de clase), desapareció el movimiento de los "ludditas". Claro está que este medio de protesta persistió en su forma más elemental y adaptado a las circunstancias, produciéndose de tiempo en tiempo, cada vez que se introducían en las fábricas nuevas máquinas. Así,

38-Edición española. Cénit, 1931.

allá por el año 1830, el "gallo rojo" de la revuelta dejó oír su canto por todo el campo inglés, pues capitaneados por un tal *Jack Swing* —figura mítica como la del *General Ludd—,* los braceros comenzaron a quemar graneros y cosechas.

En Alemania se produjo un movimiento parecido hacia el año 1840 entre los tejedores silesianos, que describió Guillermo Wolff, el amigo de Marx, y sirvió de tema a Gerardo Haupt- mann para su famoso drama *Los tejedores.* En Rusia se produjeron también, a fines del siglo pasado, motines encaminados a la destrucción de las máquinas. "Fueron necesarios mucho tiempo y mucha experiencia para que los obreros llegasen a distinguir entre las máquinas en sí y el empleo que les daba el capital y a dirigir sus tiros no contra los instrumentos materiales de producción, sino contra la forma social en que se aplicaban." (Marx, *Capital,* t. I, pág. 458.)

24. *Los proletarios, peones en el juego de la burguesía.*

En el primer tercio del siglo XIX (1820-1840), la burguesía francesa e inglesa se arrogaron el papel de directores de la clase obrera, utilizando a los proletarios como peones en su juego. Marx escribe por esta fecha: "Por una parte, la gran industria se hallaba todavía... en la adolescencia. Advertimos esto porque el carácter cíclico que se percibe en la vida de la industria moderna no se manifestó hasta la crisis de 1825. Por otro lado, la lucha social entre el capital y el trabajo quedó relegada a segundo término: políticamente, fué eclipsada por la lucha entre los gobiernos y los poderes feudales coaligados en la Santa Alianza y por los avances de las masas populares, acaudilladas por la burguesía; económicamente, por el feudo entre el capital industrial y el latifundio aristocrático, que en Francia se disfrazó bajo el conflicto entre la grande y la pequeña propiedad, pero que en Inglaterra estalló francamente ante la cuestión de las leyes anticerealistas." (Marx, prólogo a la segunda edición alemana de *El Capital.)*

En Inglaterra, los obreros ayudaron a la burguesía en sus luchas por implantar el principio del librecambio, la ayudaron a derogar las leyes anticerealistas, a conseguir la reforma de los códigos civil y penal, a extender la franquicia, etc.

Economistas como Ricardo (1772-1823), juristas como Bentham (1748-1832) y políticos como Joseph Hume (1777-1855) ejercían gran autoridad sobre los obreros. Hasta después de 1830, cuando el ala radical de la burguesía aceptó tan a la ligera la transacción por la cual venía a adquirir influencia política sobre los industriales capitalistas, no se produjo un profundo divorcio entre la vanguardia de la clase obrera y la burguesía.

De 1815 a 1830, durante el período de la Restauración, la burguesía liberal francesa atravesó por una época de desarrollo semejante. Se puso al frente de las masas populares en su lucha contra la aristocracia feudal y el poder monárquico de los Borbones; asumió el papel de guía, filósofo y amigo de los explotados; trató de disfrazar, en la forma más hábil que pueda imaginarse, el antagonismo de intereses entre los industriales capitalistas y la aristocracia feudal, y el que existía entre ella misma y la clase obrera.

Pero la revolución de julio y los alzamientos de los obreros de Lyon en 1831 y 1834 abrieron los ojos a los trabajadores y los llevaron a enfocar sus propias pers- pectivas políticas y a asumir el papel que hasta entonces había estado reservado al ala izquierda de los partidos burgueses.

25. *Origen y desarrollo de las trade-uniones.*

Engels es el primero que trata de darnos una exposición teórica del desarrollo de estas sociedades obreras. Discrepando de los economistas y socialistas de su época, demostró ya en 1845 que las tradeuniones eran el fruto obligado de la lucha- entre obreros y patronos y que estas sociedades constituían la base de toda organización obrera de clase. En sus comienzos, la unión de los obreros tomó una forma fugaz, como nacida al calor de una huelga, y como toda agrupación de trabajadores estaba prohibida por la ley, como toda sociedad o asociación obrera constituía un delito (severamente penado, sobre todo, después de la Gran Revolución francesa, al dictarse medidas legislativas especiales en los años de 1799 y 1800), los obreros fundaron sociedades secretas, que fueron creciendo en número y actividad. Después de una obstinada lucha, en que la burguesía radical tomó partido por los obreros —lucha que adquirió proporciones casi revolucionarias durante los años de 1816-1817 y 1819, que llevó al Ministerio reaccionario de Sidmouth a imponer las "Seis leyes" infames—, por fin, en 1824, fué aprobada una ley derogando las antiguas normas que prohibían toda clase de agrupaciones obreras, y a pesar de que esta ley, que reconocía el derecho de asociación, hubo de ser parcialmente derogada en el siguiente año, los trabajadores continuaron haciendo uso de los derechos que les reconocía.

"En todas las ramas de la industria surgieron tradeuniones laborando abiertamente en defensa de los obreros contra el despotismo y la injusticia de la burguesía. Sus fines eran los siguientes: fijar los tipos de salarios mediante contratos colectivos, tratar con el patrono como potencia en nombre de todos los obreros sindicados, regular los salarios de acuerdo con las ganancias del patrono, impulsar hasta donde fuera posible el aumento de salarios, mantener el mismo nivel de salarios en todas las ramas industriales. Los representantes de estas asociaciones, fieles a su misión, se enfrentaban frecuentemente con el capitalista para tratar acerca de la fijación de un tipo de salario fijo, obligatorio para todos los patronos, y, caso de que alguno se negara a cumplir con este acuerdo, se declaraba la huelga hasta hacerle entrar en razón. Además, limitando el número de aprendices, trataban de mantener firme la demanda de trabajo y, con ello, de sostener alto el nivel de los jornales. Trataban también de contener la introducción de nuevos tipos de máquinas que provocaran la baja de salarios, refrenando la voluntad del patrono. Finalmente, las tradeuniones prestaban ayuda pecuniaria a los sindicatos sin trabajo." (Engels, *Situación de la clase obrera en Inglaterra,* pág. 28.)

Engels sabía perfectamente que ya en su tiempo los obreros ingleses se hallaban empeñados en la creación de asociaciones de envergadura nacional. "En cuantos casos

podían y lo estimaban conveniente, las asociaciones locales de obreros se unían formando federaciones; en fechas determinadas, estas asociaciones celebraban congresos, a los cuales enviaban sus representantes. Estas organizaciones no sólo trataban de unir a todos los trabajadores de una determinada rama industrial en una sola agrupación, sino que de cuando en cuando (como, por ejemplo, en 1830) intentaban organizar a todos los trabajadores de Inglaterra en una vasta asociación, dentro de la cuál los obreros de cada ramo podían agruparse independientemente." (Engels, *Situación,* etc., pág. 219.) Engels nos describe también los métodos de lucha de las tradeuniones. El principal era la huelga; luego, venía la lucha contra el *scablabor* o esquirolaje, contra los rompehuelgas, y la presión sobre los que no participaban del método unionista para hacerlos ingresar en sus filas. Pero aun reconociendo que el tradeunionismo es una forma necesaria de organización obrera, Engels señala la relatividad de su importancia en una sociedad capitalista. "La historia de estas asociaciones es una cadena constante de derrotas interrumpidas por alguna que otra victoria ocasional. Es evidente que, aun con toda la fuerza de que dispone, el tradeunionismo no puede subvertir la ley económica según la cual los salarios se regulan por la oferta y la demanda imperantes en el mercado del trabajo." (Engels, obra citada, pág. 220.)

Pero por más que una huelga pueda parecer ineficaz, es evidente que los obreros tienen que protestar contra toda reducción de salarios, pues de lo contrario la codicia de los patronos no se detendría ante nada. "Las tradeuniones y las huelgas declaradas en su nombre tienen la importancia de ser el primer paso dado para la abolición de la competencia entre unos y otros obreros. Se basan en la premisa de que el régimen burgués tiene su asiento en la rivalidad desatada entre los mismos trabajadores, en su falta de solidaridad, en los conflictos de intereses que separan a los distintos grupos obreros." (Engels, obra citada, pág. 222.)

Engels recuerda a los socialistas y economistas que condenan las huelgas el valor educativo de estas luchas. "Puede ocurrir que una huelga no sea más que una escaramuza; pero a veces una escaramuza puede convertirse en importante batalla. No son combates decisivos, pero es evidente que algún día tiene que surgir el conflicto final entre el proletariado y la burguesía. Las huelgas son para los obreros las escuelas de adiestramiento militar, los campos donde se prepara el proletariado para la gran lucha final inevitable, las proclamas por medio de las cuales las secciones individuales de trabajadores anuncian su adhesión al movimiento social obrero... Como escuelas en el arte de la guerra contra el capitalismo, las huelgas no tienen igual." (Engels, obra citada, pág. 227.)

Proudhon (1809-1865) condenaba las huelgas, sosteniendo que eran "anticonstitucionales"; pero Marx, encareciendo las conclusiones de Engels y haciéndolas más definitivas, demostró que el desarrollo de las tradeuniones iba estrechamente unido al desarrollo del proletariado como clase.

"Siempre y dondequiera que los obreros intentan aunar sus fuerzas, la forma que esa unión asume es la de una coalición. La gran industria concentra bajo el mismo techo a

una masa de individuos, desconocidos unos de otros. La competencia los desune. Pero animados por el deseo de mantener el nivel de los salarios —interés común de todos, que está en contradicción con los intereses del patrono—, los obreros se unen resistiendo a todo intento de rebaja, y forman, para organizar esta resistencia, una "coalición". La coalición tiene dos objetos: disminuir la competencia entre los propios obreros y concentrar la fuerza total de la masa obrera contra el capitalista. Parecerá que el primer objeto no tiene más fin que mantener el nivel de los salarios. Sin embargo, un examen detenido nos demuestra que a medida que los capitalistas aúnan sus fuerzas para oprimir al obrero, el obrero tiende a agruparse y organizarse, y que, ante la solidaridad mantenida por los capitalistas, el sostenimiento de estas agrupaciones cobra con el tiempo más importancia a los ojos de los obreros que las forman que la misma defensa del nivel de los salarios. Y tan verdad es esto, que por mucho que ello sorprenda a los economistas ingleses, los obreros sacrifican una parte de su salario con el fin de reunir fondos para estas agrupaciones, fundadas, según los mismos economistas, sin otro fin que defender los salarios. En el curso de esta lucha —una verdadera guerra civil— se van reuniendo todos los elementos para la batalla futura. AI llegar a este punto, las coaliciones asumen ya un carácter político." (Marx, *Misére de la Philosophie,* págs. 240-1.)

26. *Organizaciones políticas de la clase obrera: el cartismo.*

La apelación a la huelga, la creación de tradeuniones, la consolidación de las agrupaciones obreras y el tránsito a las organizaciones regionales, primero, luego a las organizaciones nacionales, y, finalmente, el intento de crear una federación provisional de varias uniones, todos estos progresos fueron desarrollándose paralelamente con la lucha política de la clase obrera, que después de vencida la crisis de 1836-1837 cobró una gran intensidad. La National Charter Association se formó en 1839 para hacer campaña en favor de las reivindicaciones que un año antes se habían formulado en el *People's Charter* o Cartas del Pueblo. Esta agrupación, cuya mira era aliviar la penuria de las clases obrera y artesana, puede considerarse como el primer partido político de los trabajadores. Engels nos traza una animada descripción del modo cómo las luchas parciales de asociaciones sueltas, primero, y luego su federación en la lucha de clases hasta adquirir proporciones nació- nales, se fueron transformando gradualmente en una lucha política de toda la clase obrera.

"El obrero no venera la ley; lo que hace es simplemente someterse a sus mandatos, mientras no está en sus manos cambiarla. Es, pues, perfectamente natural que el obrero tratara de reformar la ley, sustituyendo la legislación burguesa por otra proletaria. Los trabajadores ingleses se decidieron, por tanto, a alzar un programa de reformas que englobaron en la Carta del Pueblo, documento puramente político que tendía, entre otras cosas, a la reorganización democrática de la Cámara de los Comunes. El carlismo es la expresión evidente de la oposición de la clase obrera contra la burguesía. Este conflicto asumía una forma esporádica y local en las huelgas y las tradeuniones; los

obreros luchaban contra los burgueses individualmente o en grupos difusos. Y raras eran las veces en que esta lucha se generalizaba, pues los obreros lo evitaban con plena conciencia de lo que hacían. Pero el movimiento fué extendiéndose y adquiriendo alcance cada vez mayor, proyectándose sobre objetivos deliberados. En este movimiento es la clase trabajadora entera la que rompe el fuego contra la burguesía, atacando primeramente al Poder político y pugnando por abrir una brecha en la muralla legislativa en que se atrincheraba." (Engels, *Situación,* etc., págs. 230-1.)

La Carta del Pueblo fué proclamada en 1838, en una conferencia celebrada en Londres y en la que tomaron parte seis diputados de la Cámara de los Comunes y algunos representantes de la Asociación de Trabajadores. Sus reivindicaciones eran las siguientes: primera, sufragio universal para todos los varones mayores de veintiún años; segunda, reunión anual del Parlamento; tercera, abolición de un mínimum de propiedad como condición para ser diputado del Parlamento; cuarta, votación por papeletas; quinta, distritos electorales iguales, para que la representación fuese más equitativa; sexta, asignación de dietas a los diputados.

En su "Anti-Proudhon" *(Misére de la Philosophie)* describe Marx el proceso a través del cual la clase obrera se convierte en clase independiente, y en los trabajadores se va desarrollando la conciencia de clase. He aquí sus palabras:

"Al comenzar la era capitalista, las condiciones económicas transformaron a la gran masa de la población en una masa de asalariados. El régimen del capital creó condiciones que afectaron del mismo modo a todos los obreros y les dieron intereses comunes. A partir de este momento se consolidan como clase frente al capitalista, aunque todavía no tengan conciencia de sí mismos como clase aparte. En el transcurso de la lucha ... la masa obrera se consolida hasta llegar a formar conscientemente una masa distinta. Sus intereses se convierten en intereses de clase. Y la lucha de una clase contra otra es una lucha política." (Marx, obra citada, pág. 241.)

El proletariado, como clase, como sector diferenciado de la sociedad, como grupo de individuos que desempeñan un papel importante en el proceso de la producción, adquirió fisonomía definitiva durante el primer cuarto del siglo XIX. En esta época es cuando el proletariado se convierte en objeto de investigación científica. Su existencia era tan patente, que Ricardo, máximo exponente de la política económica de la burguesía en su aspecto teórico, consideraba deber primordial de esta doctrina económica dilucidar las leyes que, bajo el capitalismo, rigen la distribución de las mercancías entre tres clases sociales: terratenientes, capitalistas y obreros. Sin embargo, habían de pasar todavía muchos años antes de que la clase obrera se convirtiera en una clase aparte, consciente de su existencia como clase independiente, como una clase específica con sus intereses específicos de clase, su específica misión histórica; en una palabra, una clase existente por cuenta propia.

27. *Contradicciones internas de la sociedad burguesa.*
Uso que hace el proletariado de estos conflictos.

La discordia reinante en las filas de la burguesía, la contienda desatada entre ésta y la clase capitalista, la lucha entre propietarios rurales y propietarios industriales, la rivalidad entre los intereses financieros y los intereses fabriles, todos estos conflictos se producen provocados por la misma naturaleza de la sociedad capitalista.

"En el curso de su evolución histórica, la burguesía acentúa necesariamente los antagonismos latentes en sus filas ... A medida que se desarrolla la burguesía, surge en la trama del orden burgués el nuevo proletariado, un proletariado característico de los nuevos tiempos. Y entre este proletariado y la burguesía estalla la guerra, una guerra que al principio, antes de que los dos combatientes la sientan, la perciban, la aprecien, la entiendan, la reconozcan y, por último, la proclamen abiertamente, es una serie de conflictos pasajeros que se manifiestan fugazmente en determinados casos, contrayéndose a ciertas actividades destructoras. A pesar de que todos los miembros de la burguesía moderna tienen intereses comunes en la medida en que forman una clase específica contrapuesta a otra clase, en sus relaciones interiores median intereses encontrados. Estos antagonismos tienen su origen en la estructura económica del sistema burgués." (Marx, *Misére de la Philosophie,* pág. 170.)

La historia de la burguesía británica durante la primera mitad del siglo xix ilustra admirablemente estos conflictos.

En 1815, a poco de ser definitivamente derrotado Napoleón (1769-1821), los terratenientes ingleses impusieron leyes restrictivas para la importación de cereales, fijando el precio del trigo en 80 chelines como tasa mínima para que la importación de este cereal pudiera hacerse libre de derechos. Con esta ley se pretendía mantener el precio del trigo en el mercado británico por encima de 80 chelines el *quarter.* Libre de competencia continental en el mercado de cereales, el terrateniente británico tenía así garantizado un ingreso gigantesco. Pero la clase media protestó enérgicamente contra las nuevas leyes. Este cuerpo de opinión pública estaba compuesto por todos los pequeños industriales, artesanos, la pequeña burguesía y muchos representantes de la burguesía industrial, todos los cuales, al obrar así, luchaban por sus propios intereses. Al principio, la campaña tomó la forma de una protesta pacífica, pero estos recursos resultaron desoladoramente insuficientes. Las peticiones veíanse todas implacablemente rechazadas.

Tampoco la reforma electoral de 1832 condujo a ninguna solución. Todos los sectores de la clase terrateniente se unieron en la lucha por la salvaguardia de sus rentas. La burguesía industrial decidió entonces llevar el asunto al terreno de la política, invitando al "pueblo" a la lucha. En 1839 se constituyó en Mánchester la Anti-Com Law League (Liga contra las leyes anticerealistas), con Bright (1811-1889) Y Cobden (1804-1865) a la cabeza. La lucha se fué enconando cada día más. Los dos bandos apelaron a "las clases bajas" en demanda de ayuda; comenzaron las recriminaciones. La burguesía industrial señaló la angustia en que vivía el trabajador agrícola; los terratenientes se desquitaron saliendo a la defensa de los obreros de las fábricas y haciendo una campaña en favor de la legislación industrial.

"De un lado, los agitadores burgueses tenían de su parte el poder demostrar lo poco que aquella ley protegía a los agricultores; de otro lado, los industriales montaban en cólera al ver que la aristocracia de la tierra denunciaba los abusos del sistema fabril y al observar la' simpatía que aquellos corrompidos, despiadados y elegantes holgazanes afectaban sentir por la miseria de los trabajadores. Los representantes de los intereses industriales consideraban esta defensa de la legislación fabril por parte de los terratenientes como resultado de un exceso de celo diplomático ... Hay un proverbio inglés que encaja muy bien aquí y que dice que cuando los ladrones se pelean, los honrados se aprovechan." (Marx, *Capital,* t. I, página 747-)

Por último, el 29 de junio de 1846 se puso fin a la disputa con la famosa ley Peel (1788-1850), derogando las tan discutidas leyes. La Anti-Com Law League había vencido en toda la línea. Su campaña había sido apoyada por los obreros. "Los obreros ingleses demostraron a los librecambistas que no se dejaban embaucar con las ilusiones de librecambio ni con engañifas. Si, a pesar de ello, se aliaron a los librecambistas contra la aristocracia terrateniente, fué con el fin de barrer los restos del feudalismo, dejando así un solo enemigo a quien combatir. Los obreros no se equivocaron en sus cálculos. En el debate entablado acerca del proyecto de ley de diez horas, los terratenientes, deseosos de vengarse de los industriales, se unieron en defensa del obrero, que había venido demandando en vano esta reforma por espacio de treinta años. Las reivindicaciones de los obreros se incorporaron a la legislación inmediatamente de derogarse las leyes anticerealistas." (Marx, discurso sobre el librecambio, pronunciado en la Association Démocratique de Bruxelles en 9 de enero de 1848. Véase *Misére de la Philosophie,* pág. 275.)

Marx describe del modo siguiente los precedentes del proyecto de ley de la jomada de diez horas: "Las leyes anticerealistas fueron derogadas, los aranceles de importación sobre el algodón y otras materias primas abolidos, y el librecambio se erigió en la estrella polar de la legislación inglesa; en una palabra, estaba a punto de inaugurarse un nuevo milenio. Mas por aquellos mismos años llegaban a su apogeo el movimiento cartista y el proyecto de la ley sobre la jornada de diez horas, gracias al apoyo de los *tories,* sedientos de venganza. A pesar de la obstinada resistencia de los librecambistas (capitaneados por Cobden y Bright), el proyecto de las diez horas, que había sido discutido durante tanto tiempo, fué convertido en ley." (Marx, *Capital,* t. I, págs. 289-90.)

La Liga contra las leyes anticerealistas fué para los obreros ingleses una gran escuela de agitación. Esta Liga disponía de fondos en abundancia y no escatimó los gastos de propaganda por medio de la Prensa, del libro, folletos, pasquines y proclamas. En 1843, la suma de folletos que llevaba publicados la Liga ascendía a 10 millones de ejemplares. Al frente de la Liga estaba un comité ejecutivo, entre cuyos miembros se distribuían las distintas actividades de la asociación. A sus tareas se asociaron inmediatamente las organizaciones obreras de ambos sexos. Los representantes de la Liga no recelaron en apelar a la fuerza para la consecución de sus fines, expresándose en los términos

más claros acerca de la ferocidad de los terratenientes, que no vacilaban en llevar a las clases productoras del país a la miseria.

Mientras que en la revolución burguesa surgieron gran número de teóricos de origen aristocrático dispuestos a abrazar el punto de vista de la burguesía y defenderlo, los teóricos burgueses capaces de abarcar en su totalidad el curso del desarrollo social y de adoptar la perspectiva proletaria fueron muy pocos. La razón primordial de esto está en que el abismo entre el proletariado y la burguesía es mucho más grande y más hondo que el que separa a la burguesía de la nobleza. En la historia del movimiento revolucionario ruso, esos teóricos (los llamados intelectuales revolucionarios, los militantes de los partidos democráticos) rara vez mostraron el deseo de entrar en fuego en las líneas del proletariado.

28. *Proletariado, "pueblo" y campesinos. Importancia de las formas de explotación.*

El proletariado se diferencia de otras clases explotadas y oprimidas, no tanto en la medida en que se le explota, como en la forma que asume esa explotación. Bajo el régimen de producción de mercancías, es decir, bajo el capitalismo (la forma de producción mercantil en que el trabajo humano desciende al mercado como una mercancía), el proletariado lucha contra las bases de la explotación por la sencilla razón de que es la clase a quien más afecta este régimen de producción mercantil. El proletariado tiene que vivir de sí mismo, de su fuerza de trabajo; en cambio, los elementos pertenecientes a las demás clases oprimidas (pequeñoburgueses de todas clases, campesinos, artesanos independientes) no abrigan ninguna predisposición contra la producción de mercancías como tal, y se limitan, en cuanto constituyen clases aparte, a apetecer la supresión de las condiciones que colocan a sus mercancías en situación desfavorable en el plano de la concurrencia.

El hecho de que el proletariado viva esclavizado no es, por tanto, el hecho fundamental, pues hay también otras clases que viven igualmente esclavizadas. Lo importante es el modo cómo se desarrolla esta esclavización y la forma que asume, pues cambiando la forma cambiaremos a la par el espíritu de los individuos esclavizados, los pensamientos y las ideas que brotan o pueden brotar de la mente de los oprimidos. En una época en que la perspectiva de los pequeños burgueses y los campesinos los hace aliarse involuntariamente a las clases gobernantes, a despecho de sus propios intereses; en que, para ellos, como para la mayoría de los hombres dentro de la sociedad capitalista, el régimen de la propiedad privada representa, al parecer, la última palabra en punto a la libertad humana y a la independencia personal, la perspectiva del proletariado está cada vez más en consonancia con sus intereses. Pues, como dice el Manifiesto, "de todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía, no hay más que una verdaderamente revolucionaria: el proletariado. Las demás perecen y desaparecen al surgir la gran industria; el proletariado, en cambio, es su producto genuino y peculiar".

El proletariado, en el sentido actual de la palabra, es un producto de la gran industria. Su contingente aumenta a medida que la gran industria se extiende. Pero este aumento numérico no es lo único que interesa. También en la antigüedad existieron movimientos revolucionarios de masas. Lo que importa fundamentalmente es la calidad. En efecto, el proletariado es una clase nueva de oprimidos. Al paso que, con el desarrollo del capitalismo, la importancia de otras clases de trabajadores va en descenso, el proletariado se convierte en un factor cada vez más importante y decisivo en la organización general de la producción. Mientras que las energías de otras clases oprimidas se dispersan, no pudiendo manifestarse más que en puntos distanciados del organismo social, las energías del proletariado se concentran en unos cuantos puntos capitales de vital importancia para los proletarios. El proletariado elimina una multitud de elementos de desunión, tales como los prejuicios de oficio, el fanatismo religioso, los sentimientos nacionalistas y otros por el estilo, y esto le permite organizarse más libremente dentro del gran ejército de los que luchan por un mañana mejor.

En el transcurso del desarrollo económico, el "pueblo" —palabra que nos encontramos con mucha frecuencia en boca de los "liberales" y "populistas", y de los socialrevolucionarios, que desdeñan nuestra "estrecha" fraseología marxista— no forma un todo, sino que se compone de varias partes, cada una con sus intereses específicos propios. En cambio, el proletariado, a pesar de que sus componentes proceden de varias capas de la población, se consolida, en el curso de la evolución económica, formando un todo orgánico, integrado por individuos que tienen intereses comunes que defender. Claro está que existen también otras clases explotadas con un sentido revolucionario, pero este sentido revolucionario suyo se desata únicamente "porque sus miembros temen caer en las filas del proletariado; es decir, que no defienden sus intereses actuales, sino sus intereses futuros, y abandonan sus propios puntos de vista para adoptar los del proletariado". De este modo, la ideología de clase del proletariado va convirtiéndose más y más en la ideología de todos los trabajadores oprimidos, y al frente del movimiento que lucha por la libertad humana, surge, no un pequeño grupo de intelectuales, sino el potente ejército del proletariado, consciente de su misión histórica.

No tenemos más que echar una mirada en torno nuestro para darnos cuenta de las enormes dificultades que tiene que vencer el pequeñoburgués para abrazar las perspectivas del proletariado. Obsérvense los diferentes partidos nacionalistas, antisemitas y clericales, el partido alemán del centro o el partido popular italiano, y se verá cuán difícil es para el artesano y el campesino, que forman el principal contingente de sus aliados, desnudarse de la esperanza de mejorar de situación reforzando su propiedad privada, y a qué grado de madurez tienen que llegar antes de aceptar por entero la perspectiva del proletariado.

Ya hemos visto cómo se formó la clase obrera moderna, cómo el desarrollo de la gran industria crea las condiciones que precipitan el proceso de su formación como clase bien deslindada. El régimen del capital determina la creación de condiciones e intereses comunes entre los obreros. Los pequeños propietarios agrícolas viven en circunstancias

completamente distintas. Marx nos habla de esto, tomando como ejemplo el campesino francés: "Los pequeños propietarios del campo forman la mayoría de la población francesa. Viven en condiciones casi idénticas en todo el país, pero se relacionan muy poco entre sí. Su régimen de producción los aisla, en vez de ponerlos en contacto mutuo. Este aislamiento se agudiza por lo primitivos que son en Francia los medios de comunicación y por la pobreza del campesino. Lo que posee es tan-poco, que no deja margen para la menor división del trabajo, ni ofrece oportunidad alguna para el empleo de la agricultura científica. Por eso la masa campesina es incompatible con un proceso múltiple de desarrollo y con un régimen de diferenciación de aptitudes. Cada familia subviene casi por entero a sus necesidades produciendo en su parcela la mayor parte de los artículos necesarios para su sustento, satisfaciendo sus necesidades más bien por medio de un intercambio con la naturaleza que entrando en contacto con la sociedad. Aquí nos encontramos con una pequeña parcela de tierra que cultiva un campesino con su familia; más allá con otra, cultivada a su vez por otro campesino, con su mujer y sus hijos. Una veintena o dos de átomos de éstos forman una aldea, y entre unas cuantas veintenas de aldeas forman un departamento. Así, la gran masa de la nación francesa se forma por la simple suma de entidades idénticas, del mismo modo que un saco de patatas se forma con una porción de patatas metidas en un saco. A partir del momento en que varios millones de familias viven en circunstancias económicas idénticas que caracterizan su régimen de vida, sus intereses, su cultura y las diferencias de las demás clases, haciéndolas más o menos hostiles a ellas, estas familias constituyen una clase. Pero si tenemos en cuenta que sus lazos de unión se limitan a su proximidad y que la afinidad de sus intereses no basta para darles una expresión común en una organización nacional, en un partido político, esas familias' no forman una clase. Se hallan, por consiguiente, incapacitadas para la defensa de sus intereses, ya sea por medio del Parlamento o dejándose oír en un congreso. No pueden representarse a sí mismas y tienen que ser representadas por otros. Quien pretenda erigirse en representante suyo deberá aparecer a los ojos de los campesinos como señor o jefe, como una autoridad indiscutible que está por encima de ellos, como persona que ejerza poderes ilimitados, los proteja contra las otras clases y les mande el sol y el agua del cielo cuando les haga falta. Es decir, resumiendo: que la influencia política de los campesinos halla su más alta expresión en un poder ejecutivo que supedite la sociedad al poder autocrático de su albedrío." (Marx, *El* 18 *Brumario de Luis Bonaparte,* págs. 132-3.)

Por sus mismas condiciones de vida, el campesino es un elemento incompatible con una política colectiva. El movimien to de ios labriegos que estalló en Inglaterra durante el año 1381, acaudillado por Wat Tyler (asesinado en el mismo año); el de Francia en 1358, la gran guerra de los campesinos alemanes en 1525, todas estas llamadas guerras campesinas sólo adquirieron una significación política a partir del momento en que el labriego unió temporalmente sus fuerzas a las de las ciudades que luchaban por sus libertades. Como sector social aparte de la población de un país, puede decirse que los campesinos tienen intereses comunes; pero esto no significa que sus intereses

sean siempre idénticos. Por eso no se levantan todos como un solo hombre, a no ser que se hallen agobiados por una pobreza extrema; y cuando, a poco, bajo el régimen de la sociedad vigente, las causas de esa pobreza se repiten, el campesino vuelve a apurar la copa amarga de su miseria. Los intereses locales continúan mandando y, tarde o temprano, por muchas ganas que tenga de seguir resistiendo, el campesino acaba por sucumbir fácilmente al señuelo de las llamadas reformas, dejándose engañar por un plato de lentejas. El fuego de los primeros momentos se apaga en seguida y las aldeas desertan una tras otra de la "causa común", ateniéndose a las pequeñas mejoras conquistadas. La actuación política, la capacidad para perseverar en la persecución de un fin, no ha sido jamás virtud campesina, ni aun en los viejos tiempos, antes de que existiera una clase campesina con sus características diferenciales.

Pero aun es menor la capacidad de acción del campesino mediatizado por la influencia de la economía monetaria. Estas influencias no sólo diferencian a la masa campesina dentro del. municipio y de la aldea, sino que la desintegran en grupos territoriales, cada uno con sus propios intereses específicos. En tiempos de revolución, el campesino casi nunca lucha directamente en las filas revolucionarias. La efervescencia en el campo sólo comienza después que la revolución ha estallado en la ciudad, contribuyendo, cuando más, a prolongarla. Esta fue la marcha que siguieron las cosas en la Gran Revolución francesa, y otro tanto ocurrió en Alemania y en Austria.

Los filósofos burgueses, especialmente los del continente europeo, suelen identificar con el proletariado a todo el cúmulo de personas que Marx bautizó con el término de *lumpenpro- letariat* ("proletariado andrajoso"). Para estos señores, todo proletario es un "pobre", un "indigente", un "vagabundo", etc. En su polémica contra Stirner (uno de los maestros de Bakunin), Marx demuestra que "el pauperismo es un estado en que sólo se halla el' proletario arruinado, el último escalón a que desciende el proletario que ha perdido su fuerza de resistencia ante la presión burguesa. Sólo el proletario desangrado de toda su energía se convierte en pobre". (Marx, *Der heilige Max* (San Max), en *Documentos de socialismo,* eds. por Berns- tein, t. III, pág. 175.)

En *El Capital,* donde se analizan las distintas formas del exceso de población, leemos que el poso del exceso relativo de población se deposita en el mundo del pauperismo. *(Capital,* t. I, pág. 711.) El "proletariado andrajoso", en el que Marx incluye a los vagabundos, los criminales, las prostitutas *y* otros elementos dañinos de la sociedad, ocupa un plano aparte. El pauperismo —dice *(Capital,* t. I, pág. 712)— es la enfermería del ejército activo del trabajo y la carga muerta que tiene que llevar a cuestas el ejército industrial de la reserva. Estos despojos de la producción industrial se concentran en las grandes ciudades, y así surgen los apaches, los picaros, los matones, etc.; no intervienen en el proceso de la producción y están siempre dispuestos a venderse a cualquier caudillo reaccionario, yendo de ese modo a engrosar las filas del fascismo y otros movimientos por el estilo.

En *El 18 Brumario,* donde se traza un brillante análisis histórico de las condiciones sociales que permitieron a Napoleón III (1808-1873) dar su golpe de Estado, demuestra

Marx el importante papel que el "proletariado andrajoso" desempeñó en el triunfo de la revolución que consolidó bajo el tercer Napoleón el poder de la burguesía. La Sociedad del Diez de Diciembre databa del año 1849. "Bajo el pretexto de fundar una sociedad benéfica, el proletariado andrajoso de París se había organizado en secciones secretas. Cada una de estas secciones estaba bajo la dirección de un agente bonapartista, y todas ellas puestas bajo el alto mando de un general de Bonaparte. Con los crápulas fracasados de dudosos medios de vida y borrosos antecedentes, con los aventureros derrotados desprendidos de las filas de la burguesía, formaban allí toda laya de vagabundos, desertores, licenciados de presidio, fugados de galeras, tahúres, bohemios, mendigos profesionales, carteristas, nigromantes, jugadores, chulos, dueños de burdeles, porteros, literatuelos, organilleros, traperos, afiladores, hojalateros; en una palabra, toda esa chusma desaliñada y andrajosa que los franceses designan con el nombre de *la bohéme.* Eran todos de la famila de Luis Bonaparte, que levantó sobre ellos el armazón de su Sociedad del Diez de Diciembre." (Marx. *El 18 Brumario,* pág. 83.)

29. *El proletariado y el respeto a la ley.*

La propiedad privada forma la base de la sociedad capitalista. En nombre de la justicia y de la igualdad, la burguesía la libertó de las mallas del feudalismo, del monopolio y del privilegio. Bajo la acción de las leyes que rigen el desarrollo del capitalismo, esta propiedad privada fué transformándose gradualmente en propiedad privada capitalista, es decir, en una clase de propiedad privada cuya existencia dependía del número, cada vez mayor, de personas que se iban quedando desnudas de toda propiedad privada. Cuantos más aspavientos hacen los burgueses hablando del carácter sagrado e inviolable de la propiedad privada, más vorazmente despojan de ella al pequeño comerciante, al artesano y al campesino, transformándolos así en una masa de población carente de toda propiedad, es decir, en proletarios. Al pedir la abolición de la propiedad privada, el proletario no hace más que pedir la abolición de algo que a él le ha sido arrebatado ya, de algo cuya carencia es su característica esencial. El proletariado es la masa de individuos que se forma al deshacerse la vieja sociedad, con la decadencia de la clase media, y sobre todo de las últimas capas de esta clase. Al formular por primera vez su idea de la misión histórica del proletariado, escribe Marx *(Sobre la crítica de la filosofia jurídica hegeliana,* ed. alem. de Obras completas, t. I, pág. 620) : "Cuando el proletariado pregona la disolución del orden social preexistente no hace más que expresar el misterio de su propia existencia, ya que él mismo representa, de hecho, la disolución de ese orden social. Cuando el proletariado pide la supresión de la propiedad privada no hace más que elevar a principio social aquello de que la sociedad ha hecho ya su propio principio, aquello que en el mismo proletariado, y sin intervención suya, se ha incorporado ya a la sociedad como un producto negativo."

Las leyes de protección de la propiedad privada fueron creadas por el sistema capitalista.

En el curso del desarrollo capitalista se puso cada vez más de manifiesto que, a no estar tan cuidadosamente redactadas, esas leyes serían insuficientes para defender la propiedad. En lo que a los obreros se refiere, las tales leyes no tienen más razón de ser que impedir sus ataques contra la propiedad privada. Sólo a costa de una lucha perseverante y del sacrificio de muchas vidas ha conseguido el proletariado arrancar alguna protección para su propia, para su única propiedad: su fuerza de trabajo. Ha sido necesario que los trabajadores batallasen incansablemente para lograr la concesión de algunas leyes de defensa de esta fuerza de trabajo contra la cruel expoliación de los capitalistas. En su libro sobre la situación de la clase trabajadora en Inglaterra, Engels traza una admirable descripción de la actitud de los obreros ante las leyes burguesas: su falta de respeto hacia ellas, etc.

"Es natural que la ley sea sagrada a los ojos de la burguesía, pues no en vano fue confeccionada por ella, aprobada con su beneplácito; no en vano sirve para proteger y salvaguardar el orden social burgués. La clase burguesa sabe perfectamente que, si bien tal o cual ley específica puede perjudicar a tal o cual miembro de la burguesía, los códigos protegen en conjunto los intereses de la clase burguesa en general. Es más: la santidad de la ley, la inviolabilidad de las instituciones establecidas y consagradas por la afanosa actividad de una parte de la sociedad y aceptadas pasivamente por el resto de los hombres, son otras tantas abstracciones que constituyen el más firme sostén de la posición burguesa dentro de la sociedad de hoy. Para el burgués de Inglaterra, la ley es sagrada, pues ve en ella su propia imagen y semejanza, del mismo modo que ve su imagen y semejanza en Dios. ¡Por eso la porra del policía (que es en rigor su propia porra) se le representa con una virtud tan confortadora! Pero el obrero no ve esa santidad. La experiencia le ha enseñado, harto implacablemente, que la ley es un flagelo que el burgués ha trenzado para servirse de él. Por eso, a menos que las circunstancias le obliguen, el obrero no apela nunca a la ley. " (Engels, *Situación,* etc., página 230.)

"¿Cuál es la razón fundamental de que el obrero se abstenga de robar? No hay duda de que la frase "santidad de la propiedad" está bien construida y suena agradablemente a los oídos del burgués; pero es bastante difícil que la propiedad sea sagrada para quien no tiene nada propio. El dinero es el dios de la tierra. El burgués priva al proletariado de dinero, es decir, le priva de dios, en beneficio suyo. ¿Ha de sorprendemos, pues, que el proletariado confiese su ateísmo, que pierda todo respeto a la santidad y al poder del dios de este mundo? Cuando la pobreza del proletariado se agudiza hasta el extremo de carecer de lo más indispensable para cubrir sus necesidades más perentorias, cuando el hambre y el desamparo le aguijonean como espuelas, es natural que se agudice también el estímulo por el desprecio hacia el orden social existente y sus cánones legales." (Engels, *Situación,* etc., pág. 118.)

La psicología del obrero cambia radicalmente bajo la acción de las condiciones creadas al desarrollarse la gran industria y concentrarse en las ciudades las grandes masas de población. Asociándose para la consecución de fines comunes, los obreros empezaron

a considerarse una clase, empezaron a advertir que, luchando individualmente, su poder era escaso, pero que la unión les daba una fuerza considerable; se dieron exacta cuenta de su diferenciación de la burguesía; comenzaron a pensar por cuenta propia, a tener sus puntos de vista propios, a ajustar sus ideas y sus perspectivas a su situación especial de obreros; comprendieron la relativa esclavitud en que vivían y, poco a poco, fueron cobrando conciencia de los acontecimientos políticos y sociales. El viejo régimen patriarcal velaba astutamente la esclavización del obrero. Espiritualmente hablando, el obrero no era más que un cadáver; vegetaba en la más completa ignorancia de sus propios intereses y sin el menor conocimiento general. Sólo cuando el amo se hubo convertido en un extraño; sólo cuando se patentizó a los ojos de todo el mundo que el único lazo que unía al esclavo y el señor era el interés personal de éste por sacar partido de su posición; sólo cuando hubo desaparecido todo vínculo de simpatía, sin dejar detrás de sí el menor rastro, sólo entonces empezó el obrero a cobrar conciencia de su posición y de sus intereses, sólo entonces comenzó a revivir espiritualmente, dejando de ser, en sentimiento, en pensamiento y en esfuerzo, el esclavo de su señor.
La burguesía tiene más afinidad con las naciones atrasadas del planeta que con los obreros que viven en su propio seno. Los obreros hablan un idioma diferente, tienen ideas y creencias antagónicas a las suyas, hábitos y principios morales distintos, puntos de vista políticos y religiosos que no coinciden con los de los burgueses. La burguesía y el proletariado son, en realidad, dos naciones distintas, tan marcadamente diferenciadas una de otra, que podemos decir que constituyen más bien dos razas. Disraeli escribió su novela *Sybil or the Two Nations* (Sibila o las dos naciones) en 1845, coincidiendo en el tiempo con la gestación del libro de Engels sobre la situación de la clase obrera en Inglaterra, y menos de tres años antes de que viese la luz el Manifiesto Comunista. Empleando la vieja terminología, Disraeli dice a sus lectores que las "dos naciones" son "el rico" y "el pobre". (V. *infra.)* Hoy sabemos claramente que el joven estadista conservador escribió su libro hondamente impresionado por el abismo cada día mayor que, así en lo físico como en lo mental, se abría entre la burguesía y el proletariado.

30. *Evolución y revolución. Carácter internacional del movimiento proletario.*

"La existencia de una clase oprimida es esencial en esta sociedad basada en antagonismos de clase. Emancipar a la clase oprimida equivale, por consiguiente, a crear una nueva sociedad. Mas para que la clase oprimida pueda emanciparse es menester que las fuerzas de la producción y las relaciones socíales vigentes dejen de ser incompatibles entre sí. La clase revolucionaria es, de todos los instrumentos de producción, la fuerza productiva más poderosa. La organización de les elementos revolucionarios en una clase única presupone que todas las fuerzas productivas susceptibles de ser creadas dentro de la armazón de la vieja sociedad lo hayan sido ya. 4 Pero ha de argüirse de aquí que al derrumbamiento de la sociedad preexistente deba seguir el triunfo de otra clase y que

este nuevo triunfo haya de culminar en un nuevo régimen político? De ningún modo. La condición esencial de la emancipación de la clase obrera consiste precisamente en la desaparición de todas las clases. El precedente histórico de la emancipación del tercer estado, es decir, de la clase burguesa, en que la condición esencial para su libertad era la abolición de todos los estados del reino, *nos* brinda un paralelo exacto de lo que decimos." (Marx, *Misére de la Philosophie,* págs. 242-3.)

En otra nota (núm. 42) trataremos con más amplitud lo que se refiere al carácter internacional del movimiento proletario. Aquí nos limitamos a recordar al lector que los autores del Manifiesto emplean la palabra "nacional" en un sentido puramente geográfico y como sinónima de "Estado". Cuando hablan de la lucha de clases como movimiento "nacional", quieren significar que esa lucha se libra dentro de las fronteras de un Estado, v. gr., dentro de Francia, Inglaterra, Bélgica, etc. Para poder hacer frente a la burguesía internacional es indispensable que el proletariado luche en una escala internacional, agrupando a los proletarios de todos los países del mundo en una alianza combativa. Pero antes, el proletariado de cada país tiene que entendérselas con la burguesía de su propio Estado. La Segunda Internacional llegó adonde llegó porque sus dirigentes, abrazando como grito de guerra la "defensa de la patria", se aplicaron con gran ahinco a la destrucción de la burguesía extranjera, lo que llevaba aparejada la matanza consiguiente, no sólo de sus hermanos proletarios de otros países, sino de los propios camaradas de su nación. Jamás, ni en la más fiera de las guerras civiles, en la más cruenta revolución, en la época más fanática de contiendas entre naciones, jamás en todo el transcurso de la historia se derramó tanta sangre ni se sacrificaron tantas vidas como en la última guerra mundial, en una matanza santificada con las bendiciones de los mismos que vuelven la cara horrorizados ante la idea de derrocar por la fuerza a la burguesía de su propio país, pues esto puede traer consigo, a no dudarlo, efusión de sangre.

"Cuando» se haya desarrollado, la clase obrera desplazará a la vieja sociedad burguesa, sustituyéndola por una asociación que no sabrá nada de clases ni de antagonismos de clase. Ese día no existirá ya un Poder político, en el sentido usual de esta palabra, pues el Poder político no es más que la expresión oficial de los antagonismos imperantes en la sociedad burguesa. Pero mientras ese día llega, el conflicto entre proletariado y burguesía es la lucha entre dos clases; una lucha que, llevada a su límite, constituye una revolución. ¿Ha de sorprendemos, pues, que una sociedad basada en los antagonismos de. clase acabe en una colisión de dos bandos armados y dividida por una lucha cuerpo a cuerpo? El movimiento social no excluye el político, antes al contrario. No ha habido nunca un movimiento político que no fuera al mismo tiempo social. Sólo cuando se haya implantado un sistema del que desaparezcan las clases y los antagonismos de clase dejarán las evoluciones sociales de ser a la par revoluciones políticas. Entretanto que eso ocurre no se podrá hacer una revisión general de la sociedad sin que la última palabra de la ciencia social sea, para decirlo con las palabras de Jorge Sand (1804-1876), "la guerra o la muerte, la lucha encarnizada o la extinción; he ahí el dilema

inexorable". (Marx, *Misére de la Philosophie.,* páginas 243-4.)

31. *La acumulación del capital conduce al empobrecimiento y degradación de la clase obrera. La expropiación de los expropiadores.*

Aun cuando logre vender su fuerza de trabajo al mejor postor y perciba el salario máximo, el obrero se halla siempre sujeto a las perturbaciones de los ciclos industriales, expuesto siempre a ser víctima de una crisis. Lo precario de su existencia, el alza y baja de los salarios, la perpetua amenaza del despido, todo contribuye a hacer que la situación del proletariado sea fundamentalmente distinta a la del siervo o el esclavo. "El proletario, que no tiene más fortuna que sus brazos, que gasta hoy lo que ganó ayer, que depende de toda clase de azares, que no tiene la menor garantía de si podrá ganar lo indispensable para cubrir sus necesidades más perentorias, que puede verse privado del pan de un momento a otro por una crisis comercial o por el capricho de su patrono, ocupa la más desdichada situación, una situación tal, que no se puede concebir peor. El esclavo tiene, a lo menos, asegurados sus medios de vida, pues de otro modo no sería útil a su propietario; el siervo de la gleba disfruta siquiera de un pedazo de tierra donde puede cosechar los frutos necesarios para su sostenimiento; tanto uno como otro tienen asegurados sus medios mínimos de vida. El proletario, no; el proletario depende exclusivamente de sí mismo, sin que pueda tener nunca la seguridad de poder ganarse el pan. Por mucho que mejore de condición, todo lo que consiga no será más que una gota de agua en el mar de azares a que está expuesto." (Engels, *Situación,* etcétera, pág. 119.)

El desarrollo de la gran industria viene a agravar la inseguridad en la situación del obrero, y, al precipitar el proceso de la acumulación del capital, crea las fuerzas de reserva del ejército industrial, que ejerce una presión constante sobre el ejército proletario en activo y no permite a los obreros empleados obtener el aumento de salario adecuado a sus necesidades. Fruto típico de la vida cíclica en que se desenvuelve la industria moderna —en la que una fase de intensidad regular en la producción va seguida siempre de un ascenso repentino, y éste, a su vez, por una crisis, un colapso, un período de estancamiento— es el aumento del exceso de población y son las fluctuaciones del censo de hombres que forman el ejército industrial de reserva. Cuanto mayores son estos contingentes de la reserva, más en peligro están los obreros de verse arrastrados a las filas del pauperismo. Y este proceso puede llegar hasta tal punto, que la sociedad se vea obligada a alimentarlos y a alojarlos en talleres, a socorrerlos materialmente como obra de beneficencia.

"El resultado es que, proporcionalmente a la acumulación del capital, las condiciones de vida del obrero, sean altos o bajos sus salarios, tienen necesariamente que empeorar. Finalmente, la ley por imperio de la cual el exceso relativo de población o ejército industrial de reserva contrarresta siempre la energía y alcance de la acumulación, encadena al obrero al capital con la misma fuerza con que Prometeo vivía encadenado

a la roca con los grilletes forjados por Vulcano. Según esta ley, la propiedad aumenta a medida que aumenta la acumulación del capital. La acumulación de riqueza en uno de los polos de la sociedad lleva aparejada la acumulación simultánea de pobreza, de los tormentos de trabajo, la esclavitud, la ignorancia, el embrutecimiento y la degradación moral en el polo opuesto, donde reside la clase productora de ese capital." (Marx, *Capital,* t. I, pág. 714.)

El párrafo con que termina el capítulo primero del Manifiesto, con su visión profética del destino que aguarda a la sociedad capitalista, aparece repetido y glosado en el primer volumen de *El Capital,* fruto de la experiencia ulterior y del profundo análisis del autor. Reproduciremos un fragmento, tomado del penúltimo capítulo de esta obra:

"Tan pronto como este proceso de transformación haya desintegrado bastante, en profundidad y en extensión, la vieja sociedad; tan pronto como los trabajadores se hayan convertido en proletarios y sus condiciones de trabajo en capital; tan pronto como el régimen capitalista de producción se afirme sobre sus pies, la socialización del trabajo y la transformación de la tierra y demás medios de producción en medios de producción socializados, es decir, comunes, y por tanto la expropiación de los propietarios privados, no podrán seguir progresando sin asumir una nueva forma. Ahora, la expropiación no recae ya sobre el obrero que trabaja por su cuenta, sino sobre el capitalista que explota a muchos obreros.

"Este proceso de expropiación se desarrolla bajo la acción de las leyes inmanentes de la propia producción capitalista, por la centralización de los capitales. Cada capitalista devora a otros muchos, y a la par, con la expropiación de muchos capitalistas por unos pocos, se desarrolla, en grado cada vez mayor, la forma cooperativa del proceso del trabajo, la aplicación técnica y consciente de la ciencia, la tierra se cultiva más metódicamente, los instrumentos de trabajo tienden a asumir formas únicamente manejables por el esfuerzo combinado de muchos, los medios de producción se economizan todos al ser aplicados por la colectividad, por medio del trabajo social, el mundo entero se ve preso en la red del mercado mundial, y con ello el régimen capitalista presenta un carácter internacional cada Vez más marcado, y mientras de este modo va disminuyendo, progresivamente el número de los magnates del capital, que usurpan y monopolizan todas las ventajas de este proceso de transformación, en el polo opuesto crece proporcionalmente la masa de la pobreza, crecen la opresión, la esclavización, la degeneración y la explotación; pero al mismo tiempo crece la ira de la clase obrera y ésta se hace cada día más numerosa, disciplinada, unida y organizada por el propio método capitalista de producción. El monopolio capitalista se convierte en grillete del régimen de producción que ha florecido con él y bajo él. La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo llegan a un punto en que se hacen incompatibles con su envoltura capitalista. Y la envoltura se desgarra. La hora de la propiedad privada capitalista ha sonado. Los expropiadores son expropiados." (Marx, *Capital,* t. I, páginas 845-846.)

II
PROLETARIOS Y COMUNISTAS

32. *Los comunistas y los partidos obreros.*

Las palabras "los comunistas no forman un partido aparte de los demás partidos obreros" pudieran dar hoy origen a equívocos. Pudiera creerse, juzgando por ellas, y, en efecto, así las han interpretado algunos, erróneamente, que Marx y Engels eran fundamentalmente reacios a la creación de un partido comunista enfrentado con los demás partidos de la clase obrera. Sin embargo, estas palabras pueden interpretarse sin extravío a la luz de las circunstancias históricas en que la Liga Comunista vivió. Por aquellos años no había más que un partido en que la organización de los trabajadores tuviese proporciones nacionales: este partido era el cartismo inglés. En Francia, aparte de los socialistas demócratas acaudillados por Ledru- Rollin y Flocon, no existían más que grupos diseminados, adscritos a las viejas organizaciones blan quistas, y los seguidores del viejo Barbes (i8o9-i8yo), que habían sufrido un grave descalabro con la derrota de 1839. Existían, además, algunas "células" de "comunistas materialistas" y "obreros igualitarios". A pesar de estar, compuestos por proletarios, esos grupos, a diferencia del de los socialistas demócratas, que eran un partido pequeñoburgués, no habían pasado de ser, hasta el año de 1848, más que agrupaciones de poca monta, sin adquirir en ningún caso contornos nacionales.

Desde el momento mismo de formarse, la Liga Comunista se erigió en una organización internacional, viéndose obligada a entrar en relaciones con las secciones nacionales, con el fin de evitar interferencias inútiles entre ella y los partidos nacionales que pudieran existir. Estas precauciones eran muy necesarias, sobre todo en lo tocante a Inglaterra, donde el cartismo se había convertido en la organización política genuina de la clase trabajadora. Los comunistas ingleses, entre los que mencionaremos a Jorge Julián Hamey (1817-1899) y Ernesto Jones (1819-1869), no formaron un nuevo partido. Se aplicaron a la empresa de fundir el cartismo y el comunismo, asumiendo la dirección del movimiento y poniendo sobre el tapete la cuestión de la propiedad.

El Manifiesto señala los deberes que los comunistas han de imponerse. En lo que se refiere a las relaciones entre el Partido Comunista y la clase obrera en general, la fórmula del Manifiesto tiene todavía perfecta actualidad. El programa del Partido Comunista ruso está en consonancia con ella, como del siguiente fragmento puede colegirse:

"Con el fin de capacitar al proletariado para el cumplímiento de su gran misión histórica, el Partido Comunista Internacional organiza al proletariado en partido político independiente frente a todos los partidos burgueses; acaudilla a los trabajadores en todas las manifestaciones de la lucha de clases, muestra a los explotados el antagonismo irreconciliable de intereses que se alza entre ellos y los explotadores, y señala al proletario la significación y las condiciones ineludibles de la revolución social inminente."

(Preobrachensky y Bujarin, *El ABC del comunismo,* pág. 375.)

33. *Propiedad ieudál y propiedad burguesa.*

"La propiedad ha asumido formas diferentes y se ha desarrollado bajo condiciones distintas en todas las épocas de la historia. Por consiguiente, para dar una definición de lo que es la propiedad burguesa, nos basta con describir las condiciones sociales de la producción capitalista. La pretensión de definir la propiedad independientemente de las condiciones reinantes, como una categoría aparte, como una idea abstracta y eterna, puede llevamos a ilusiones metafísicas o legalistas." (Marx, *Misero de la Philosophie,* pág. 214.)

La cuestión de la propiedad presenta, según las épocas, formas distintas, que corresponden a las diversas fases del desarrollo industrial y a las peculiaridades que ofrece el desarrollo de la industria en los distintos países.

"En los tiempos de la revolución inglesa, lo mismo que en los de la revolución francesa, la cuestión de la propiedad giraba en torno a la creación de condiciones que facilitaran la libre concurrencia y la abolición de todas las instituciones de la propiedad feudal (privilegios feudales, gremios, monopolios, etcétera), que fueron otras tantas trabas para el desarrollo de la industria desde el siglo xvi al xvni. La cuestión de la propiedad es siempre una cuestión vital para una clase determinada, en relación con las varias fases recorridas en el desarrollo de la industria. En los siglos xvn y xvni, al abolirse las condiciones de la propiedad feudal, la cuestión de la propiedad adquirió una importancia vital para la burguesía. En el siglo xrx, cuando el problema gira en torno a la destrucción de la propiedad burguesa, el tema de la propiedad se convierte en cuestión vital para el proletariado."

La burguesía destruyó todas las viejas formas de la economía, y con ellas todos los tipos de propiedad adecuados a esas formas. Asimismo fué abolida la organización política que formaba la expresión oficial del viejo Estado. Sobre las ruinas del sistema feudal de propiedad, la burguesía implantó su propio sistema. La -justicia y la igualdad eran postulados sobre los que la burguesía aspiraba a construir el nuevo edificio social, aprovechando los restos del régimen feudal de la propiedad. Dentro de la sociedad burguesa, todos los hombres habían de ser iguales y libres, todos habían de ser propietarios y producir artículos para ser cambiados por otros, pertenecientes todos ellos a estos propietarios libres e iguales, que no los cobrarían nunca más que por su justo precio. Estas eran las intenciones. Pero el hecho fué que la burguesía fundó una sociedad basada en el privilegio, en la desigualdad, en la injusticia; una sociedad en que los conflictos y los antagonismos son todavía más agudos que eran en la sociedad feudal.

"Cada día que pasa se hace más evidente el hecho de que las condiciones de producción en que vive y se apoya la burguesía no tienen una forma única ni un carácter igual. Presentan, por el contrario, dos aspectos diferentes. Las condiciones que producen

la riqueza, producen al mismo tiempo la pobreza; las condiciones que determinan el desarrollo de la fuerza de producción, determinan simultáneamente la fuerza de la opresión; las condiciones que levantan la riqueza de la burguesía, es decir, de la clase burguesa, lo hacen a costa de sacrificar la riqueza de otros miembros de la misma clase y de engrosar más y más las filas del proletariado." (Marx, *Misére de la Phi- losophie,* págs. 171-2.)

Marx nos enseña cómo, bajo las condiciones de la producción y circulación de mercancías, la ley de apropiación, o sea la ley de la propiedad privada, "se torna, por obra de su inmanente e inexorable dialéctica, en todo lo contrario de lo que es". *(Capital,* t. I, pág. 641.) Al aparecer en el mercado la fuerza de trabajo, los capitalistas, dueños de los medios de producción, adquieren la posibilidad de privar sistemáticamente, pero sin faltar a la más estricta observancia de la ley y sin infringir en lo más mínimo los derechos de la propiedad, a otros propietarios, los asalariados, de una parte de los productos que ellos mismos crean. "Las relaciones de cambio entre el capitalista y el obrero se convierten así en meros reflejos del proceso de circulación, en una mera forma que se tiende por encima de la esencia de las verdaderas relaciones y que sólo sirve para mixtificarlas. La compraventa perpetua de la fuerza de trabajo es la forma externa. El verdadero contenido esencial está en que el capitalista se adueña, sin equivalente, de una porción de trabajo ajeno previamente materializado y lo cambia por una cantidad mayor de trabajo vivo ... Hoy día, la propiedad parece significar, en lo que concierne al capitalista, el derecho a apropiarse de trabajo ajeno no retribuido, o de su producto; en lo que concierne al obrero, la imposibilidad de apropiarse el producto de su propio trabajo. El divorcio entre la propiedad y el trabajo ha acabado siendo el fruto obligado de una ley nacida originariamente de su identidad." (Marx, *Capital,* t. I, págs. 641-642.)

Dicho en otros términos: "La transformación primaria del dinero en capital se lleva a cabo ... en perfecto acatamiento de las leyes económicas de la producción de mercancías y ejerciendo el derecho de propiedad que esas leyes reconocen. Y sin embargo, nos encontramos con lo siguiente:

1. Con que el producto pertenece al capitalista y no al obrero.

2. Con que el valor intrínseco de este producto encierra, además del valor del capital aportado, un exceso de valor, una plusvalía, que al obrero le ha costado su trabajo, pero que al capitalista no le ha costado nada y que, no obstante, es de su legítima propiedad.

3. Con que la fuerza de trabajo del obrero permanece intacta y por entero a su disposición, para venderla de nuevo si encuentra quien se la compre." (Marx, *Capital,* t. I, página 643-)

Mientras tanto, el llamado derecho de propiedad subsiste bajo el régimen capitalista de producción, aunque sus efectos hayan variado radicalmente, en relación con lo que eran antes del capitalismo. "Continúa vigente el mismo derecho, aunque las cosas hayan dejado de ser lo que eran antiguamente, cuándo el producto pertenecía a su creador y éste, cambiando un équivalente por otro equivalente, no tenía más medio de enriquecerse que su propio trabajo, para asumir la forma propia de la época capitalista,

en que la riqueza social, en proporciones cada día mayores, se torna en monopolio de aquellas personas cuya posición les permite adueñarse constantemente del trabajo de los demás." (Marx, *Capital,* t. I, pág. 645.)

En tanto la propiedad privada no desaparezca persistirán sus efectos, y la clase obrera será explotada por la clase capitalista. Por eso toda la teoría del comunismo puede resumirse en esta tesis: abolición de la propiedad sobre los medios de producción e implantación de la propiedad común. Mas de aquí no debe deducirse que los comunistas sean enemigos de la propiedad privada en todas sus formas y manifestaciones, que su designio sea abolir todas las modalidades de propiedad privada. No, este tipo de propiedad reviste formas muy diversas: hay propiedad privada *y* propiedad privada. "La propiedad privada, a diferencia de la propiedad social o colectiva, sólo existe allí donde los medios de trabajo y las condiciones externas en que éste se desarrolla pertenecen a unos cuantos particulares. Pero el carácter de esta propiedad varía según que sus propietarios sean o no trabajadores. Las innumerables modalidades que presenta a primera vista la propiedad privada no son más que otros tantos reflejos de las condiciones intermedias que fluctúan entre los dos extremos. La posesión de los medios de producción por el obrero es la base de la pequeña industria, y ésta una condición indispensable para el desarrollo de la producción social y para la independencia del obrero. Es evidente que con este régimen de producción nos encontramos también en el sistema de participación del obrero en la industria, en el sistema de la servidumbre de la gleba y en otros sistemas de vasallaje. Pero sólo florece, sólo se manifiesta en todo su esplendor, sólo reviste su forma clásica adecuada allí donde el obrero es el propietario de sus medios de trabajo, allí donde el campesino es dueño de la tierra que cultiva y el artesano de las herramientas con que trabaja." (Marx, *Capital,* t. I, pág. 844.) Esta clase de propiedad privada es fruto del trabajo propio de quien la adquiere. Pero al llegar a cierto grado de evolución social se ve desplazada por la forma de propiedad privada capitalista, basada en la explotación del trabajo ajeno, por muy "libre" y muy "independiente" que, formalmente, sea este trabajo.

Por consiguiente, aunque los comunistas luchan por la abolición de la propiedad privada de los medios de producción, su actitud es muy distinta cuando se trata de la propiedad privada a que hemos aludido. Ante la propiedad privada adquirida por el trabajo personal del propietario, los comunistas adoptan una actitud amistosa de acercamiento, tratando de demostrar a estos poseedores que la situación del pequeño productor es extraordinariamente precaria en un régimen en que prevalece la producción comercial y que la propiedad privada es actualmente un medio que le convierte en víctima de la explotación. En cambio, tratándose de la propiedad privada capitalista, la actitud que adoptan los comunistas es muy diferente. A ésta le declaran la guerra sin cuartel y se esfuerzan por precipitar la hora de la muerte de la clase poseedora. El acto en que culmina la revolución social no es precisamente la expropiación de los expropiados, sino la expropiación de los expropiadores; no es la expropiación de la propiedad privada fruto del esfuerzo personal, sino la expropiación de la propiedad

privada capitalista fruto del trabajo ajeno.

34. *El capitalismo, producto de una fase específica y transitoria de la evolución social.*

Los economistas burgueses ven en el capital un régimen perenne de producción social, y, como perenne, indispensable para el rendimiento del trabajo. Olvidan que los medios de producción sólo se transforman en capital y el trabajador en asalariado, en proletario, bajo ciertas y determinadas condiciones históricas.

El capital presupone el trabajo asalariado, y éste el capital. Dependen el uno del otro y ambos se crean mutuamente. ¿Es que el obrero que trabaja en una fábrica algodonera sólo produce artículos de algodón? No, produce también capital. Produce, por tanto, valores que se adueñan de su trabajo y lo utilizan para la creación de nuevos valores, y así sucesivamente. El capital sólo se incrementa al cambiarse por fuerza de trabajo, al engendrar el trabajo asalariado. A su vez, la fuerza de trabajo del obrero no puede trocarse en capital si no es aumentando ese mismo capital, reforzando la propia cadena a que está atado. Y al aumentar el capital, aumenta también el número de proletarios, el contingente de individuos que forman la clase obrera." (Marx, *Trabajo asalariado y capital,* págs. 27-8.)

Colocados fuera de ciertas condiciones sociales, fuera de tal o cual período histórico en el desarrollo de la sociedad, los medios de producción no pueden constituir jamás capital. El capital es la fuerza, no de un individuo, sino de toda la sociedad.

"Un negro es un negro ... Pero bajo determinadas condiciones se convierte en esclavo. Una máquina de hilar algodón es una máquina para hilar algodón. Han de concurrir condiciones especiales para que se convierta en capital. Desgajada de esas condiciones, la máquina no tiene carácter de capital, del mismo modo que el oro no es de por sí dinero, ni el azúcar el precio del azúcar. El capital es un régimen social de producción, el régimen de producción peculiar de la sociedad burguesa. Los medios de vida, los instrumentos de trabajo, las materias primas, todos esos elementos esenciales integrantes del capital, ¿acaso no se producen y acumulan bajo determinadas condiciones sociales, bajo un determinado régimen social? ¿Y no se utilizan, bajo esas condiciones y bajo ese régimen determinado, como medios para seguir produciendo? ¿Y no es precisamente este carácter social el que transforma los productos aptos para una nueva producción en capital?" (Marx, *Trabajo asalariado y capital,* págs. 24-5.)

Mas adviértase que ese poder social es un poder privado, patrimonio privativo de una persona individual, el capitalista, que tiene el derecho omnímodo e irrefrenable de hacer de él el uso que le dicte su voluntad. Cuanto más rápidamente se desarrollan los medios de producción capitalista, con más pujanza se desarrollan también las distintas ramas de la industria y más aguda se hace la contradicción entre la apropiación capitalista y la producción social. No hay más que cancelar en los medios sociales de producción el carácter capitalista, y ya los tenemos convertidos en propiedad social. "El proletariado

se adueña del Poder público, e inmediatamente transforma los medios de producción en propiedad social." (Engels, *Del socialismo utópico al socialismo científico,* pág. 48.) De este modo arranca las fuerzas de producción a las uñas capitalistas y abre el camino para el desarrollo pleno de su aplicación social. Esto hace posible la regulación de la producción social de acuerdo con un plan preconcebido. El desenvolvimiento de la producción convierte así la existencia de clases diferentes en un anacronismo.

35. *Propiedad individual y propiedad privada. El principio de distribución de la sociedad comunista.*

Hemos visto cómo el régimen capitalista de apropiación crea la propiedad privada capitalista, que se diferencia bastante claramente de la propiedad privada individual, basada en el trabajo del propietario. Hemos visto, además, que la única propiedad que los comunistas intentan expropiar es la propiedad privada capitalista. Dejando la propiedad de los pequeños productores en manos de estos obreros, ya que no se trata de una clase de propiedad empleada como medio de explotación del trabajo ajeno, los comunistas respetan el patrimonio personal de todos los miembros de la sociedad; no ponen fin a la apropiación personal de los productos indispensables para el sustento de la vida. Sin embargo, para curarla de los vicios de que hoy adolece, los comunistas basan esta nueva propiedad individual en las adquisiciones provenientes de la época capitalista, es decir, en la cooperación de los trabajadores independientes y en la posesión conjunta de los medios de producción, incluyendo la tierra.

La forma que esta propiedad personal, esta propiedad individual, haya de asumir, el principio por el cual haya de regirse la distribución de lo producido entre los trabajadores, dependerá de las condiciones históricas de los tiempos y del grado de desarrollo a que hayan llegado las fuerzas productivas de la sociedad en el momento en que el proletariado se adueñe del Poder. Deducida del producto colectivo la parte indispensable para la marcha normal del proceso social de la producción, para la reposición y reparación de los medios de trabajo, para la formación de un fondo social de reserva, para los gastos administrativos de toda clase, para las necesidades sociales y culturales, para la asistencia que ha de prestarse a los desvalidos, las utilidades del producto social se distribuirán entre los productores. Durante el período de transición del viejo al nuevo régimen, en que los vestigios de la vieja sociedad permanecen todavía adheridos a la nueva, el productor percibirá estrictamente la parte del producto proporcional a la cantidad del trabajo rendido; pero aunque las distinciones de clase habrán desaparecido, permanecerán los privilegios naturales del talento individual, y la remuneración del trabajo será regulada en consonancia con su cantidad, calidad e intensidad.

Cuando la sociedad comunista haya alcanzado un grado considerable de desarrollo, "cuando la sumisión esclavizadora al yugo de la división del trabajo haya desaparecido, y cuando, con ella, hayan dejado también de existir la distinción entre el trabajo físico y el trabajo intelectual; cuando el trabajo no sea ya un medio de vida, sino la primera

de las necesidades vitales del hombre; cuando las fuerzas productivas de la sociedad se hayan desarrollado en proporción al desarrollo multiforme de los individuos que componen esa sociedad, entonces los estrechos horizontes burgueses serán enterrados y la sociedad podrá escribir en su bandera: "Cada cual según su capacidad, a cada cual según sus necesidades." (Marx, *El Programa socialista,* pág. 9. Crítica al Programa de Gotha.)

36. *El imperio del capital sobre el trabajo.*

Según los economistas burgueses, el capital es trabajo acumulado, empleado como medio de nueva producción. Llegan a esta conclusión porque ven el capital como un conjunto de materias primas, instrumentos de trabajo y medios de sustento, indispensables para continuar produciendo. Pero todos estos elementos del capital son artículos comerciales, es decir, productos dotados ya de un carácter social definitivo, que únicamente pueden adquirir cuando las relaciones económicas han alcanzado ya un determinado grado de desarrollo. Según esto, el capital no es una simple suma de productos materiales, sino un conjunto de productos que constituyen mercancías, valores de cambio, objetos dotados de una significación social. Toda suma de mercancías es una suma de valores de cambio. ¿Cómo, entonces, se opera su conversión en capital?

"¿De qué modo se transforma una cantidad de mercancías, de valores de cambio, en capital? Del modo siguiente. Como poder social independiente (es decir, como poder de una parte de la sociedad), el capital se sostiene e incrementa cambiándose por fuerza de trabajo. La existencia de una clase de hombres que no poseen más fortuna que su capacidad de trabajo es requisito indispensable para la existencia del capital. El capital no es trabajo acumulado puesto al servicio del trabajo en activo, sino trabajo en activo puesto al servicio del trabajo acumulado, como medio para sostener e incrementar sus valores de cambio." (Marx, *Trabajo asalariado y capital,* páginas 26-27.) En *El Capital,* todavía traza Marx una exposición más clara de cómo el trabajo muerto, acumulado, gobierna al trabajo vivo, de cómo el trabajo pretérito rige al trabajo actual: ' "Todas las modalidades de producción capitalista, en cuanto no sean meros procedimientos de trabajo, sino también medio de incremento y expansión del capital, tienen de común el hecho de que en ellas no es el obrero el que emplea los instrumentos de trabajo, sino éstos, los instrumentos de trabajo, los que le emplean a él. Sin embargo, hasta llegar a la producción por medio de máquinas, esta inversión de las cosas no adquiere una realidad técnica y tangible. Al convertirse en autómata, el instrumento de trabajo se alza frente al obrero, en el proceso del trabajo, como capital, como trabajo muerto que gobierna el trabajo vivo y le chupa la savia." (Marx, *Capital,* t. I, págs. 455-6.)

¡Y este sistema social, en que la inmensa mayoría de la población se ve obligada a venderse por un mezquino salario, es lo que los economistas burgueses describen como un régimen de "libertad"!

"No os dejéis embaucar por el concepto abstracto de "libertad" —exclama Marx en su

discurso sobre el librecambio, citado más arriba—. Libertad, ¿de quién? Esta palabra no indica la libertad de una persona respecto a otra, no, sino la libertad del capital para oprimir al obrero. ¿A qué ir a buscar apoyo y sanción para la "libre" concurrencia en esa idea de libertad, cuando la idea de la libertad no es en sí más que el fruto de un régimen basado en la libre concurrencia?" (Marx, *Misere de la Philosophie,* págs. 287-8.)

37. *Personalidad burguesa y personalidad humana.*

En su polémica contra Max Stirner, Marx hace algunas observaciones de gran interés acerca de la relación que existe entre la personalidad burguesa y la personalidad humana. Los pensadores burgueses como Destutt de Tracy, filósofo francés (1754-1836), ven en la propiedad un atributo inseparable de la personalidad humana, consubstanciado con ella por lazos naturales. Para ellos, propiedad, individualidad y personalidad son una y la misma cosa. La idea de "yo" lleva ya inherente la idea de "mío".

"La naturaleza ha dotado al hombre de una propiedad, es decir, de una individualidad, inalienable e inseparable. Dondequiera que existe, si no ya un ente individual, sí al menos un individuo con voluntad propia, existe propiedad." (Destutt de Tracy, citado por Marx, *San Max,* en *Documentos de socialismo,* eds. por Bernstein, t. III, pág. 361.) El propio Stirner se acercaba bastante a este modo de pensar.

"Si el burgués, con su limitado horizonte mental, se vuelve hacia el comunista y exclama: "suprimiendo la propiedad, que vale tanto como privarme a mí de mi existencia como capitalista, como terrateniente, como industrial, y como privarte a ti propio de tu existencia como trabajador, suprimes a la vez mi individualidad y la tuya propia, imposibilitándome para seguir explotándoos a vosotros, los trabajadores, para seguir acumulando utilidades, dividendos y rentas, destruyendo mi existencia individual"; si el burgués dice al comunista: "destruyendo mi existencia como burgués, destruyes mi existencia como individuo", tendremos que darle las gracias por su franqueza..., por no decir por su cinismo. En efecto, eso y no otra cosa es lo que el burgués piensa, pues él no acierta a concebirse como individuo si no es concibiéndose como burgués. Pero en cuanto se ponen de por medio los teóricos burgueses, procediendo por vía general y teóricamente a identificar la propiedad burguesa con la personalidad humana, y pugnan por reforzar su tesis por medio de la lógica, entonces lo que se defiende y santifica ya no es más que la necedad . .. Para el burgués es facilísimo, empleando su lenguaje vernacular, demostrar que las relaciones mercantiles se confunden con las relaciones individuales y aun con las relaciones humanas en general, pues ese lenguaje vernacular es por sí mismo un producto burgués, que hace del regateo, tanto en el mundo tangible como en el mundo del lenguaje, el eje sobre el cual giran todas las cosas." (Marx, comentario sobre Stimer, en *Documentos de socialismo,* eds. por Bemstein, t. III, 362-363.)

Los comunistas sólo pretenden destruir la propiedad privada con el fin de curarla de las taras que le impuso su modo adquirido de ser; en cambio, los pensadores burgueses (y

entre ellos tenemos que incluir a los idealistas de la pequeña burguesía, como Proudhon y Stirner, los voceros más radicales de esta clase) tratan de tergiversar a toda costa este principio haciendo creer que equivale a la destrucción de la propiedad en general. Así lo hace Stimer, con su característica y perversa ingenuidad.

La propiedad privada (que no debemos confundir con la propiedad *individual* o *personal,* con la propiedad de "mi" camisa, de "mi" chaqueta, que no confiere a su dueño el menor poder de absorción de trabajo ajeno), la propiedad capitalista o de *explotación,* es la única que brinda las condiciones que permiten al individuo monopolizar las fuerzas sociales, las condiciones mediante las cuales los "propietarios" pueden mediatizar para su exclusivo provecho las cualidades naturales e individuales, no sólo de las personas, sino también de las cosas.

"Respecto al terrateniente, el único interés que tiene en el suelo es la renta que puede extraer de él. Pero la renta es una propiedad de la tierra que ésta puede perder sin perder ninguna de sus cualidades inalienables, sin perder ni una sola gota de su fertilidad. Es decir, que la renta es una cualidad cuyo volumen y hasta cuya existencia dependen de una serie de relaciones sociales que se crean y desaparecen sin que en ello tenga arte ni parte el propietario. Otro tanto podemos decir de la máquina. El dinero (la forma de propiedad más generalizada) tiene muy poco que ver con las características personales, y hasta puede ocurrir que sea directamente opuesto a ellas. Shakespeare sabía de esto mucho más que nuestros teorizantes pe- queñoburgueses cuando escribió:

Gold? yellow, glittering, precious gold? ...
Thus much of this will make black, white; foul, fair;
Wrong, right; base, noble; oíd, young; coward, valiant.

(¿Oro? ¿Oro amarillo, brillante, precioso?
Con él se torna el negro blanco; hermoso el feo;
el cobarde, valiente; el viejo, mozo;
noble el villano, y el malvado justo.)

En una palabra, la renta de la tierra, las ganancias y demás atributos inherentes a la propiedad privada, no son más que otras tantas *relaciones sociales* en que se refleja una fase determinada de la producción." (Marx, contra Stirner, en *Documentos de socialismo,* t. III, pág. 363.)

38. *La laboriosidad burguesa y la pereza proletaria.*

En su tiempo se dijo que si se abolía la esclavitud o la servidumbre de la gleba los siervos o los esclavos huirían del trabajo y se darían a la ociosidad. A no ser por la vara o por el látigo, la "indolente pereza del pueblo bajo" sería invencible.
La realidad demostró que estos augurios eran completamente falsos. El trabajo libre

resultó ser más productivo que el servil. Pero este trabajo "libre" corre a cargo de un obrero "libre", cuya libertad se parece mucho a la del pájaro en el aire: el pájaro es "libre" de seguir volando o de parar el vuelo... hasta que cae. El obrero es también "libre", libre y desembarazado de todo medio de producción, y esta "libertad" le obliga a venderse a sí mismo, a vender su fuerza de trabajo. Hoy, en vez de ser el látigo o la vara, son las punzadas del hambre las que lo arrean hacia la fábrica. Trabaja acosado, pues ya no le vigila como antes la presencia del dueño de vez en cuando, sino el ojo siempre avizor del capataz y la ley hecha por el patrono, que está allí para castigar el menor descuido. La división del trabajo (cuyas funestas consecuencias, lejos de disminuir con el progreso de la máquina, se acentúan al desarrollarse el maqumismo) despoja al trabajo del obrero casi siempre de sentido y razón de ser. Los comunistas luchan por crear condiciones que garanticen la "libertad" de trabajo del obrero, dando rienda suelta a sus fuerzas físicas e intelectuales, sin hacer de su trabajo una faena insoportablemente monótona y pesada. La réplica burguesa a esta aspiración es la versión moderna del viejo refrán de la "haraganería del pueblo bajo".

Cuando el proletariado suba al Poder tendrá que hacer frente (ya tiene que hacer frente hoy en Rusia) a una complicada serie de problemas. La revolución lleva consigo toda una serie de desórdenes y perturbaciones en el proceso de la producción. Para que la paz interior se restablezca hace falta tiempo. Durante el período de transición se produce inevitablemente una baja en el suministro de artículos manufacturados. Esta depresión es inevitable, aun dentro de las condiciones más propicias *y aun* cuando el proletariado consiga reorganizar satisfactoriamente las empresas industriales. Si, además, se hace imposible pertrechar las fábricas con los medios de producción necesarios o abastecer a los obreros de víveres, si los instrumentos están deteriorados, la resistencia de los obreros agotada y las reservas de materias primas exhaustas, entonces, los problemas a que tiene que hacer frente el proletariado parecen superiores a toda fuerza.

A la par que impone la obligación de trabajar a todos los ciudadanos, el proletariado tiene que cuidarse de eludir todo aquello que recuerde el trabajo de los cuarteles y las cárceles. Para fortalecer la disciplina entre los propios trabajadores, para •difundir en todos los sentidos la idea de esta disciplina consciente y demostrar su importancia a tono con el carácter social de los instrumentos de trabajo, para mantener la necesidad de imponer esa disciplina en una sociedad recién salida del cascarón capitalista y que conserva todavía vestigios de su antigua matriz, que se halla aún bajo el peso de los residuos del sistema capitalista, para todo esto es indispensable, en los comienzos de una sociedad comunista, echar mano de una serie de recursos que levanten y fomenten el estímulo del trabajo. Pero estas medidas deben aplicarse ya desde el primer instante, no con el designio de hacer que se destaquen los obreros más eficientes, presentándolos como modelos a los demás, sino con la mira de incrementar la producción total de la colectividad obrera a la que pertenecen individualmente todos y cada uno de los trabajadores.

39. *Producción material y producción intelectual.*

La producción y distribución de los productos del trabajo intelectual están estrechamente relacionadas con los cambios y el desarrollo de los medios materiales de producción, y corresponden al grado de progreso de las fuerzas productivas. Las formas de producción intelectual presentan diferentes características en las distintas etapas de desarrollo histórico de la sociedad humana. "Para estudiar las relaciones entre la producción materia] e intelectual es preciso fijarse ante todo en la producción material, no considerándola bajo el aspecto de una categoría universal, sino como una forma histórica concreta de producción. Así, por ejemplo, la producción intelectual no es la misma bajo el régimen capitalista que durante la Edad Media. Sólo enfocando la producción material en una fase histórica determinada alcanzaremos a comprender las peculiaridades de la forma de producción intelectual correspondiente y la reciprocidad que media entre ésta y la producción material." (Marx, *Teorías sobre la plusvalía,* t. I, pág. 381.)

Una forma determinada de producción material exige un determinado régimen de división del trabajo, y éste, a su vez, constituye la base de la división del trabajo intelectual. El estudio de la historia social nos demuestra que, una vez vencidas las etapas de la sociedad primitiva, comenzó la división del trabajo, dando origen a un gran número de especialidades y subespecialidades en el trabajo social, con la correspondiente clasificación en el campo técnico intelectual.

"En toda sociedad —escribe Engels en su *Anti-Dühring*— en que la producción se desarrolla como un proceso regido por leyes naturales (y en la sociedad moderna ocurre así) no son los productores los que gobiernan los medios de producción, sino éstos los que gobiernan a los productores. En esta sociedad, cada nueva palanca de producción se torna forzosamente en un nuevo yugo que encadena al productor a los medios de producción. Tal acontece, sobre todo, con esa palanca poderosísima de la producción, la más poderosa antes de que surgiese la gran industria, a saber: la división del trabajo. Ya al instaurarse la primera división del trabajo en gran escala, la que trajo consigo la separación del campo y la ciudad, la población rural se vió condenada a varios siglos de letargo mental, mientras los trabajadores de la ciudad quedaban entregados a la esclavitud, encadenado cada cual a su trabajo específico. Este estado de cosas se interpuso ante el desarrollo intelectual de los trabajadores del campo, a la par que entorpecía el desarrollo físico de los habitantes de la ciudad. Es cierto que el campesino es dueño, en esta época, de la tierra que cultiva y el artesano dueño del oficio que ejerce; pero en la realidad acontece al revés: que la tierra es la dueña del labrador y el oficio del artesano. Con la división del trabajo quedó segmentado el propio hombre. Hubo que sacrificar sus facultades físicas y mentales en holocausto de una sola. Esta mutilación de las capacidades humanas aumenta conforme avanza la división del trabajo, para llegar a su grado máximo en la manufactura. El régimen de la manufactura desintegra el oficio en toda una variedad de operaciones, a cada una de las cuales se adscribe un obrero como al trabajo de toda su vida; este trabajo esclaviza al obrero durante toda la vida, sometiéndole a una operación determinada y parcial, y obligándole a manejar mientras vive un instrumento de trabajo especializado. Pero

esta esclavitud no se limita al obrero. También los individuos de las otras clases que, directa o indirectamente, explotan al trabajador están sometidos, por el yugo de la división del trabajo, a los instrumentos de su actividad: el burgués a su capital y a su codicia de lucro, el abogado a sus tercos conceptos legalistas, que le subyugan como si tuviesen vida propia; la "clase culta" a toda una trama de prejuicios y afectos localistas, a su propia incapacidad física y a su miopía intelectual, a las taras de una lamentable educación y a la repetición constante y de por vida de fútiles actividades." (Engels, *Anti-Dühring,* págs. 314-5.)

La individualización de una serie de especialidades: conocimientos técnicos, enseñanza, instrucción militar, ejercicio del comercio, acaba por concentrar los estudios y la experiencia en manos de la clase dominánte, empobreciendo intelectualmente a la masa trabajadora. Esta división del trabajo social, gracias a la cual todos los aserradores de madera y achicadores de agua, por ejemplo, pertenecen a una clase aparte, es ya bastante grave; pero todavía es más desastrosa, en muchos respectos, la torpe especializaron, la separación cada día más acentuada entre el trabajo físico y el intelectual que sigue al desarrollo del régimen de la manufactura.

"El campesino independiente o el artesano desarrollan, aunque sea en pequeña escala, sus conocimientos, su perspicacia y su voluntad. El salvaje se ejercita en las artes bélicas, dando rienda suelta en ellas a su astucia personal. Bajo el régimen de la manufactura, estas aptitudes ya sólo las necesita el taller en su totalidad. La producción acusa la inteligencia en un sentido a costa de sacrificarla en todos los demás. Lo que el obrero especializado pierde individualmente se concentra en el capital al que sirve. Como resultado de la división del trabajo fabril, el obrero se enfrenta con las fuerzas intelectuales del proceso material de la producción, de las que es esclavo, objeto de su propiedad. Este proceso comienza con la simple cooperación, en la que el capitalista representa la unidad y la voluntad del organismo de trabajo frente al trabajador individual. En la manufactura va más allá, pues mutila al obrero sometiéndolo a un trabajo determinado. Y triunfa, por fin, en la gran industria al separar el trabajo de la técnica, haciendo de ésta una fuerza independiente de producción y sometiéndola al servicio del capital." (Marx, *Capital,* t. I, pág. 382.)

En la sociedad capitalista, la' enseñanza popular está toda ella encaminada a perpetuar el despojo intelectual de las masas. Sin embargo, al avanzar el movimiento de la clase obrera, la clase dominante se ve obligada a introducir ciertas reformas, siquiera sean mezquinas, en el sistema de educación. Claro está que, en los países capitalistas, estas reformas no menoscaban en lo más mínimo el carácter de clase de la educación ni la emancipan de los intereses de la burguesía.

Lo mismo que hacen los burgueses idealistas de hoy, los defensores filosóficos del régimen de la servidumbre en la época feudal se empeñaban en sostener que el destruir el sistema feudal de producción, y con él su producción intelectual, llevaría aparejadas grandes pérdidas para la sociedad. En aquellos tiempos los burgueses criticaban sin recato el carácter corporativo del viejo sistema de educación y se burlaban mordazmente

de todos aquellos trabajos intelectuales respetados por sus antecesores. Economistas como Adam Smith y Ricardo demostraban la esterilidad de gran número de oficios, por estar sometidos todavía, en mayor o menor medida, a las viejas condiciones feudales de producción, como fruto que eran del régimen feudal y creados a la medida de sus necesidades.

"El trabajo de algunas de las clases más respetadas de la sociedad no es menos estéril que el trabajo de los criados. Tomemos por ejemplo un soberano territorial, con toda su cohorte de jueces y oficiales de graduación, con todo su ejército y su marina; todos son obreros improductivos. Son los criados del público y se les sostiene con una parte del producto anual del trabajo de otras personas... Entre ellos se cuentan asimismo los curas, los abogados, los literatos, los médicos, los cómicos, los juglares, los músicos, los tenores, los bailarines, etc." (Marx, *Teorías sobre la plusvalía,* t. I, pág. 263.)

Y más adelante: "Tal era el lenguaje empleado por la burguesía en sus tiempos revolucionarios, antes de haberse impuesto a toda la sociedad, antes de adueñarse de todos los poderes del Estado. Estas ocupaciones transcendentales, venerables y antiquísimas; el oficio de rey, de juez, de oficial, de cura, etcétera; todas las viejas y rancias jerarquías de que proceden, y con ellos sus criados, sus maestros, sus sastres, todos ocupan la misma categoría económica que el enjambre de lacayos *y* bufones que pululan a su alrededor y alrededor de los ricos ociosos (la nobleza territorial y los capitalistas, que son como los socios financieros y no toman parte activa en el negocio). Los intelectuales, los consagrados a "profesiones transcendentales", no son, para decirlo con la expresión burguesa de la época revolucionaria, más que los servidores del público, del mismo modo que los otros son, a su vez, sus servidores. Viven del producto del trabajo ajeno; por eso hay que reducirlos a la mínima expresión. El Estado, la Iglesia, etc., sólo tienen razón de ser como comités administrativos o gestores de los intereses colectivos de la burguesía productora; y su coste, que entra en el capítulo de gastos incidentales de la producción, debe reducirse al mínimum estrictamente indispensable. Este modo de ver tiene el interés histórico de patentizar, de una parte, el contraste con la antigüedad clásica, en que el trabajo material llevaba el sello degradante de la esclavitud y sólo se le reconocía como el pedestal del ciudadano libre; y de otra parte, con la idea que prevalece bajo el régimen de la monarquía absoluta o aristocrática erigida sobre las ruinas de la sociedad medieval. Este último punto de vista aparece ingenuamente expresado por Montesquieu, que no había podido llegar a emanciparse de su absurdo. En *El espíritu de las leyes* escribe lo siguiente: "Si los ricos no gastasen con liberalidad, los pobres se morirían de hambre." Mas cuando hubo triunfado la burguesía (en parte al adueñarse del Estado y en parte pactando con las antiguas clases dirigentes); cuando hubo reconocido las clases intelectuales como carne de su carne y sangre de su sangre, sacando de ellas a sus funcionarios, gente de su propia estirpe; cuando hubo dejado de erigirse a sí misma en representante del trabajo productivo frente a las clases improductivas; cuando los verdaderos trabajadores productivos se volvieron a su vez contra la burguesía, declarando que sus componentes vivían a costa

del trabajo ajeno; tan pronto como la burguesía llegó a ser lo suficientemente "culta" para no dedicarse por entero a la producción y aspiró también a consumir "de un modo ilustrado"; a medida que los trabajadores intelectuales se fueron inclinando cada vez más abiertamente al servicio de la burguesía, de la producción capitalista, cambió la decoración, y la burguesía se esforzó por encontrar una razón "económica" para justificar, desde su propio punto de vista, las mismas cosas que antes había criticado y atacado con tanta dureza." (Marx, *Teorías sobre la plusvalía,* t. I, páginas 405-406.)

La burguesía y su cortejo de servidores —maestros, técnicos de todas clases, filósofos, etc.— se han olvidado ya de esto, hasta el punto de ver en todo ataque a la cultura burguesa un ataque dirigido a la cultura general. Todo el sistema actual de educación secundaria y superior se encamina a formar los nuevos servidores y apologistas del orden social burgués. La burguesía se aprovecha de la experiencia de sus antiguos enemigos y pugna por atraer a las filas de sus criados, todavía con más tesón que sus predecesores de la época feudal, a los hombres excepcionales de las "clases inferiores", garantizándoles una posición privilegiada y un cubierto en su propia mesa; exactamente lo mismo que la vieja aristocracia hacía con el burgués advenedizo.

Entre tanto, la producción capitalista va echando los cimientos para el alumbramiento de nuevas formas de producción intelectual aptas para asimilarse las actividades de una gran parte de la población trabajadora. La fábrica necesita obreros que sepan leer y escribir; la gran industria necesita nuevos *y* mejores medios de transporte y comunicación. Por eso la legislación industrial insiste tanto en dotar a los obreros de la educación elemental. "Como podemos ver en la obra de Roberto Owen, los gérmenes de la educación del mañana se encuentran en el sistema fabril. En la nueva educación se combinarán, para los niños de cierta edad, el trabajo productivo, la instrucción y la cultura física, no sólo como medio de incrementar la producción social, sino como el único procedimiento que hay para conseguir seres humanos en plenitud de desarrollo." (Marx, *Capital,* t. I, pág. 522.) "Y si, de un lado, el cambio incesante de trabajo parece venir impuesto por una ley natural superior, que obra con la ciega energía de las leyes naturales cuando algo se interpone en su camino, la gran industria, con sus catástrofes, impone, de otro lado, la necesidad de que esos cambios y la mayor versatilidad posible en punto a los obreros se reconozcan como otras tantas leyes generales de la producción social, como cuestión de vida o muerte, a cuyo normal funcionamiento debe plegarse la producción. Bajo la gran industria es también cuestión de vida o muerte que la monstruosidad del desdichado ejército de reserva del trabajo, puesto al servicio del capital para sus varias necesidades de explotación, sea relevado por la perfecta adaptabilidad del ser humano para la versátil demanda de diferentes clases de trabajo; de esta suerte, el obrero educado sólo para un trabajo social específico será sustituido por otro con aptitudes varias, para quien los distintos trabajos sociales no sean más que otros tantos modos alternativos de ejercer su actividad. Las escuelas agrícolas *y* politécnicas son los factores de esta metamorfosis, factores que son un brote natural de la gran industria; otro factor de la misma índole son las escuelas industriales, donde los

hijos de los obreros reciben una instrucción especializada en tecnología y en manejo de los instrumentos de trabajo. Aunque hoy las leyes de fábrica, como fruto que son de las concesiones elementales del capital, se contenten con una combinación de instrucción primaria y prácticas de taller, es evidente que a la conquista del Poder político por la clase obrera seguirá un movimiento en que la instrucción técnica, teórica y práctica será obligatoria en las escuelas de trabajadores. Ni cabe tampoco la menor duda de que la forma capitalista de producción y el régimen político-económico adecuado a esa forma de producción son diametralmente opuestos a estos fermentos revolucionarios y a su designio: la abolición de la vieja división del trabajo." (Marx, *Capital, t.* I, páginas 525-527-)

Sólo destruyendo el carácter de clase de la sociedad, redimiendo al proletariado de la maldición de un trabajo exclusivamente físico y mecánico, podrán crearse las condiciones para la producción intelectual del comunismo. Sólo emancipando a la ciencia del yugo de la clase dominante y explotadora, de su degradación en manos de un munífico Rockefeller que "sacrifica" millones de dólares en beneficio de la ciencia, para luego, pertrechado con "la última palabra en materia de descubrimientos científicos", proceder a extraer millones de dólares de las minas del proletariado; sólo redimiendo la ciencia y el arte del régimen capitalista, conseguiremos transformar toda la sociedad en una libre asociación de personas que puedan desarrollar desembarazadamente todos sus talentos y actividades. Dotada de los conocimientos científicos necesarios, la humani-
` dad podrá entonces reanudar la lucha con la naturaleza, libre ya de los prejuicios inseparables de un sistema en el que el hombre es el explotador del hombre.

40*. La presunta inmutabilidad del tipo de sociedad burguesa.*

Los pensadores burgueses suelen considerar las condiciones de su sociedad como sempiternas. Pero Marx nos demuestra lo contrario:

"Los economistas son unas criaturas raras. Para ellos sólo existen dos clases de instituciones: obras de arte y obras de la naturaleza. Las instituciones del feudalismo son artificiales, las de la burguesía son naturales. En esto, los economistas se parecen a los teólogos, para quienes sólo existen dos clases de religión. Toda religión que no sea la que ellos profesan es invención del hombre: sólo la suya es la revelación de Dios. Cuando los economistas declaran que el régimen existente (el régimen que impera en la producción burguesa) es "natural", quieren decir que ese régimen es obra de la riqueza y del desarrollo de las fuerzas de producción en consonancia con las leyes de la naturaleza. Es, según ellos, una trama de leyes naturales, sustraídas a los cambios del tiempo. Es un conjunto de leyes eternas e inmutables por las que se regirá perennemente la sociedad. ¡La historia ha concluido! Y, sin embargo, debió de existir, puesto que sabemos que existieron instituciones feudales, y bajo ellas descubrimos condiciones de producción radicalmente distintas a las que en la sociedad burguesa inspiran estas condiciones de producción que nuestros economistas se empeñan en

hacer pasar por naturales y eternas." (Marx, *Misére de la Philosophie,* págs. 167-168.) Para la burguesía tiene una gran importancia el hacemos creer que las leyes que rigen la sociedad actual son leyes eternas, inculcándonos la idea de que la más leve infracción de esas leyes es un crimen atroz. De aquí los esfuerzos de la burguesía por atrincherarse tras el concepto de la legalidad. Aun en los casos en que la clase burguesa se ve complicada en manejos revolucionarios, hay que guardar a todo trance las apariencias de legalidad.

Procesado en 1849 por excitar a la resistencia armada contra el recaudador de contribuciones del Gobierno prusiano, Marx se defendió en los términos siguientes:

"Pero veamos, señores, ¿a qué llaman ustedes mantener el "principio de legalidad"?

"A mantener unas leyes procedentes de una época social desaparecida, hechas por los representantes de intereses sociales caducos o que están a punto de caducar y que, por tanto, se limitan a elevar a ley estos intereses, pugnantes con las necesidades generales de la sociedad.

"Pero la sociedad no descansa en la ley. Eso es una quimera jurídica. No, es lo contrario; la ley es la que tiene que descansar en la sociedad, la que tiene que ser expresión de intereses y necesidades comunes, derivados del régimen material de producción existente en cada época, contra el despotismo individual.

"Este Código de Napoleón ***39*** que tengo en la mano no engendró la moderna sociedad burguesa. Es, por el contrario, la sociedad burguesa nacida en el siglo xvm la que encuentra en este Código mera expresión legal. Tan pronto como deje de ajustarse a las relaciones sociales se convertirá en un simple pedazo de papel. Ustedes no pueden hacer de una ley vieja la base de un nuevo desarrollo social, del mismo modo que esa ley no creó la vieja situación legal.

"Las viejas leyes son fruto de las viejas condiciones, y con ellas perecen.Cambian al cambiar las nuevas condiciones de vida. Querermantener las leyes viejas desafiando a las nuevas necesidades y exigencias del progreso social, equivale, en rigor, a tomar la defensa de intereses privados y trasnochados, sacrificando a ellos el interés actual y general.

"Esa afirmación del "principio de legalidad" pretende hacer pasar por vigentes intereses particulares que han dejado de regir; pretende imponer a la sociedad leyes condenadas ya a ser letra muerta por las condiciones de vida de esa sociedad, por su modo de vivir, por su comercio, por su régimen material de producción; pretende mantener en sus funciones a un legislador que se limita a defender los intereses privados de unos, cuantos; pretende abusar del Poder público para supeditar por la fuerza los intereses de la mayoría a los intereses de una minoría.

"Y esto le lleva a chocar a cada paso con las necesidades reales del país, entorpeciendo la marcha del comercio y de la industria y atizando las crisis sociales, que son el combustible que en las revoluciones políticas hace explosión." *(Carlos Marx ante el jurado de Colonia,* págs. 15-16.)

41. *La familia en la sociedad burguesa.*

39- El Código civil decretado por Napoleón y que regía en la provincia del Rin.

Antes de redactar el Manifiesto Comunista, Marx y Engels habían reflexionado ya más de una vez acerca del problema de la familia.
Marx estudió con más detalle la familia burguesa, mientras que Engels se especializó en las relaciones de la familia proletaria.

La burguesía está hablando a todas horas de la santidad de los vínculos familiares. Para disfrazar el cuadro poco halagüeño de la realidad se vale de una hipócrita fraseología. Hace ya mucho tiempo que el matrimonio burgués se convirtió en una transacción de índole comercial, hace ya mucho tiempo que perdió aquellos encantos de ternura y sinceridad que los idealistas burgueses gustan de ensalzar en él.

"La actitud de los burgueses para con las instituciones de la burguesía se parece mucho a la actitud de los judíos para con la Ley mosaica.

Individualmente, el burgués se olvida de las instituciones para atender a su propio provecho; pero no quiere que los demás las ataquen. Si los burgueses en masa volvieran la espalda a sus instituciones dejarían de ser burgueses, y esto, naturalmente, está muy lejos de su intención; por eso no sueñan jamás con semejante cosa. El burgués de temperamento sensual olvida la santidad del matrimonio para convertirse en un adúltero a cencerros tapados; el comerciante olvida la santidad de la propiedad, a partir del momento en que priva a otros de la suya por medio de la especulación, la quiebra, etc.; el joven burgués se emancipa de su familia en cuanto puede, quebrantando así prácticamente la ley familiar; pero no importa; teóricamente, el matrimonio, la propiedad y la familia siguen siendo instituciones sacrosantas, porque en la práctica son las bases sobre las cuales se ha fundado el régimen burgués, porque, bajo su forma burguesa, constituyen las condiciones que hacen del burgués un burgués, del mismo modo que la Ley mosaica, perpetuamente burlada, hace del piadoso judío un judío piadoso. Este entronque entre el burgués y las condiciones que rigen la vida de la burguesía asume una de sus formas de generalidad en la moral burguesa.

"No debemos hablar de "la" familia sin distinguir. Históricamente, el burgués imprime a la familia las características de la familia burguesa, cuyos lazos son el hastío y el dinero, y una de cuyas peculiaridades es su constante violación por el propio burgués. Su viciosa existencia se disfraza, en parlamentos oficiales y locuciones hipócritas, con la santidad de la idea de la familia. Allí donde la familia no existe ya de hecho, en el proletariado, las condiciones con que nos encontramos son precisamente las contrarias a las que Stirner se imagina. Entre el proletariado, la idea de la familia se ha borrado en absoluto, por más que no sea raro encontrarse aquí con verdaderos sentimientos familiares, basados en condiciones extremadamente concretas. En el siglo xvin, la idea de la familia fué propagada por los filósofos porque, al llegar al apogeo de la civilización, la verdadera familia estaba ya en vías de disolverse. Los lazos íntimos de la familia, los elementos individuales de que se compone la vida familiar: la obediencia, el afecto, la fidelidad conyugal, etc., habían ido desapareciendo; sólo persistía, si bien considerablemente modificado, el cuerpo de la familia: las relaciones de propiedad, la actitud de retraimiento hacia las familias ajenas, la convivencia forzada, el régimen de

familia impuesto por la existencia de hijos, por la estructura de las ciudades modernas, por el desarrollo del capital, etc. Y persistía porque la existencia de la familia es inevitable por su entronque con el régimen burgués de producción, independiente, a su vez, de la voluntad de la sociedad burguesa. Estudiando la Revolución francesa, que, en lo que a la ley se refiere, abolió virtualmente, durante un corto espacio de tiempo, la familia, podemos comprobar cuán indispensable es esta institución para la sociedad de la burguesía. La familia continúa en pie en el transcurso del siglo xix, con la diferencia de que su disolución se va haciendo cada vez más general, y no teóricamente, sino conforme crece el desarrollo de la industria y de la concurrencia." (Marx, polémica contra Stirner, en *Documentos de socialismo,* t. II, págs. 126-127.)

La disolución de la familia burguesa es un tema tratado con peculiar lucidez en las obras de los grandes utopistas, y sobre todo en las de Fourier. En *La Sagrada Familia,* Marx y Engels citan "el magistral tratado de la familia" de Fourier, y lo comentan en términos que denotan la misma orientación ideológica que luego se había de revelar en los pasajes correspondientes del Manifiesto.

"El adulterio, la seducción, son timbre de prestigio para el seductor, se consideran actos de buen tono... En ella —¡pobre muchacha!— no piensa nadie. El infanticidio, en cambio, ¡qué crimen más atroz! Para conservar el honor, la sociedad obliga a la mujer a destruir la evidencia de la deshonra; y sin embargo, cuando sacrifica el hijo a los prejuicios de la sociedad es cuando se la considera más culpable y se la sacrifica a ella misma a los prejuicios de la ley... Y en este círculo vicioso se mueve todo el mecanismo de la civilización ... ¿Qué es la mujer joven más que una mercancía puesta en venta, esperando al primer postor que le haga una oferta para entrar, como dueño exclusivo, en su posesión? Así como en gramática dos negaciones constituyen una afirmación, podría decirse que en el matrimonio dos prostituciones constituyen una virtud... Los cambios operados en la historia se acusan siempre en la relativa libertad conquistada por la mujer en alguno de los aspectos de su vida, pues en cuanto analizamos las relaciones entre hombre y mujer, entre el fuerte y el débil, vemos triunfar con toda claridad la naturaleza humana sobre la naturaleza del bruto. El grado de emancipación de la mujer es el exponente natural de la emancipación de la sociedad... El envilecimiento del sexo femenino es un rasgo esencial así de la civilización como de la barbarie, con la diferencia de que los vicios que los bárbaros practican sencilla y derechamente, sin disfraz, en la civilización se conservan bajo una apariencia complicada, hipócrita y ambigua... La mujer permanece esclavizada, y el hombre sufre con ello más que la mujer misma." (Marx y Engels, *La Sagrada Familia,* cap. VII, sec. 6, reproducido en *Escritos varios,* ed. Mehring, t. II, págs. 308-309.)

Durante el siglo XIX, la prostitución, la alcahuetería, el tráfico de carne humana (la trata de blancas) se convirtieron en ramos especiales de especulación comercial, con ramificaciones en todas partes, irradiando las enfermedades venéreas por todo el orbe. He ahí los frutos de las instituciones familiares burguesas y del matrimonio burgués.

En su libro sobre la situación de la clase trabajadora en Inglaterra, Engels nos

presenta el cuadro de la familia proletaria y demuestra que la borrachera y la glotonería son los vicios más salientes de los obreros que no han adquirido aún conciencia de clase como miembros del ejército del trabajo y que aceptan por consiguiente, sin rebelarse, el orden social burgués.

"Cuando el pueblo se ve condenado a vegetar en unas condiciones que no hacen más que despertar sus peores instintos no le queda sino rebelarse o dejarse resbalar a un estado de degradación peor todavía que el del bruto. Por su parte, la burguesía contribuye a este envilecimiento fomentando directamente la prostitución. De las cuarenta mil prostitutas que merodean por los barrios de Londres, ¿cuántas no viven del virtuoso burgués? ¿Y cuántas no fueron seducidas por honestos burgueses viéndose luego obligadas a vender sus cuerpos al primero que acertó a pasar?" (Engels, *Situación,* etc., pág. 131.) Aun cuando la burguesía cuente con las condiciones materiales necesarias para crear una vida familiar feliz, el régimen capitalista emponzoña inmediatamente el hogar con las irra- | diaciones de su espíritu mercantil. El obrero, agobiado por la | penuria, es también incapaz de sostener un hogar para él y su familia. "Para el obrero es casi imposible sostener un hogar, bajo el régimen social vigente. La casa en que vive es incómoda y sucia, apenas si sirve para refugio de dormir, le falta calor, está desmantelada y con frecuencia llueve dentro; en los cuartos, en que se hacinan los inquilinos, se respira un aire maloliente; allí es imposible que reine la amenidad doméstica. El marido se pasa el día en su trabajo, como la mujer y los hijos, casi siempre, en el suyo. Lo más frecuente es que trabajen todos en distintas fábricas, cargos o talleres. Sólo se ven por las noches y por las mañanas, expuestos constantemente a la tentación de ahogar su miseria en el alcohol. ¿Se concibe vida familiar en estas condiciones?" (Engels, *Situación,* etc., pág. 132.) El empleo de las mujeres en las fábricas contribuye poderosamente a quebrantar la familia. En las casas en que marido y mujer se pasan trabajando fuera todo el día, los niños se . crían sin cuidado de nadie, como. los hierbajos a la vera del camino, o son recluidos en algún asilo.

Pero el trabajo de la mujer en la fábrica ejerce todavía una influencia más perniciosa sobre la moral. En el confinado local de un taller se aglomeran personas de ambos sexos, dotadas de una educación meramente elemental y sin una moral de voluntad suficientemente desarrollada. ¿Cuáles son las consecuencias de esto? Las mismas exactamente que resultan de los cuchitriles en que sé hacinan los pobres, tan distintos de los espaciosos salones de los ricos. Añádase a eso la hegemonía que el dueño de la fábrica o el director ejerce sobre las operarías y aprendizas, que hasta los mismos investigadores burgueses reconocen que llega a extremos' imperdonables.

La gran industria, al empujar al niño y a la mujer a la fábrica, destruye el régimen familiar existente y trastorna de raíz las relaciones entre padres e hijos, entre marido y mujer. El cabeza de familia, que ganaba el pan para todos, se convierte ahora en explotador de su propia prole, con la que trafica por necesidad en el mercado de trabajo, hasta que la legislación industrial viene a poner coto a estas, transacciones. La mujer, que antes regentaba el hogar, se transforma ahora en el objeto más lucrativo

de la explotación capitalista. Los niños y los muchachos, por su parte, se convierten en trabajadores independientes, libres de la tutela paterna; sus relaciones con sus padres son ahora radicalmente distintas de las que regían bajo el régimen patriarcal de antaño. Mientras la familia siga basada en el régimen de propiedad, mientras se halle regida por intereses privados, mientras determinados miembros de la familia puedan basar sus prerrogativas en la cantidad con que contribuyen al sostenimiento del presupuesto familiar, mientras persista todo eso, persistirá también el trastrocado reparto de papeles de la sociedad actual, y la familia proletaria será un mito.

No obstante, la gran industria crea los elementos necesarios para el desarrollo de un nuevo tipo de familia. "Por muy horrible, por repulsiva que se nos antoje la disolución de la familia dentro del régimen de la sociedad capitalista, la gran industria, asignando a las mujeres y a los niños de ambos sexos un papel importantísimo en el proceso organizado de la producción, papel que tiene que ser desempeñado forzosamente fuera del hogar, echa las bases económicas para una forma superior de familia y de relaciones entre los sexos. Tan estúpido sería considerar la forma teutónicocristiana de la familia como absoluta, como aplicar este punto de vista a la familia clásica romana, al tipo clásico de familia griega o a la forma oriental, en las que se reflejan sucesivamente distintas series eslabonadas del progreso histórico. Y asimismo es evidente que la estructura del trabajo combinado de obreros de ambos sexos y diferentes edades —aunque en su desarrollo espontáneo y en su forma capitalista brutal (donde el obrero existe para el proceso de producción, en vez de existir éste para el obrero) sea un foco pestilente de corrupción y esclavitud— habrá de transformarse, bajo condiciones propicias, en una fuente de progreso humano." (Marx, *Capital,* t. I, pág. 529.)

El lector que desee desarrollar la concepción del matrimonio y de las relaciones familiares desde el punto de vista del socialismo científico, debe consultar el libro de Engels, *Los orígenes de la familia, de la propiedad privada y el Estado.* Aunque algunas de las conclusiones a que llega Engels respecto a los resultados históricos de las diversas formas de matrimonio han sido ya sobrepasadas, la descripción que hace de las relaciones familiares en el período de la civilización burguesa (dominada como lo está por el interés privado, el dinero contante, etcétera) sigue sin superar. En ella, Engels une los rasgos críticos de un Fourier al maravilloso método analítico empleado por Marx en *El Capital.*

No es éste lugar adecuado para estudiar los puntos de vista que acerca de la familia y del matrimonio mantienen los diversos autores socialistas y comunistas anteriores a Marx y Engels, aunque el estudio sería, sin duda alguna, sobremanera sugestivo. Muy especialmente el de las ideas de los discípulos de Saint-Simon y las de los comunistas materialistas, que sostienen que el matrimonio burgués y las relaciones familiares de la burguesía deben desaparecer de raíz.

42. *Los obreros y "su" patria. .*

Los trabajadores no tienen patria. Esta idea aparece expresada en todas las obras comunistas, así francesas como alemanas, anteriores a la publicación del Manifiesto. Este no hace más que subrayar la afirmación, haciendo resaltar el hecho de que esa "patria" que tanto gustan de ensalzar los voceros de la burguesía no existe para el obrero.

A medida que el proletariado va cobrando conciencia de clase, las luchas parciales libradas por sus distintos sectores se organizan y toman los contornos de una lucha general y nacional de la clase trabajadora. El área en que dan estas batallas cae dentro de las fronteras de cada Estado nacional gobernado por la burguesía. He aquí por qué (si no de hecho, por lo menos en apariencia) las luchas del proletariado son primariamente luchas nacionales, es decir, planteadas dentro de las fronteras de cada nación. Es una parte nada más de la nación, la burguesía, la que crea para sus intereses dentro del territorio nacional eso que se llama la "patria". Allí donde el proletariado no forme una clase por cuenta propia, fundida por su propia conciencia de clase; allí donde esa conciencia de clase no exista aún o no se haya consolidado, el Estado nacional de clase seguirá siendo, será todavía, también, la "patria" de los obreros. Además, cuando el proletariado, consciente ya de su existencia como clase, trata de apoderarse del Poder político, sigue siendo una unidad nacional dispuesta a erigirse en la clase dirigente dentro de las fronteras de su país. En este sentido es evidente que el proletariado tiene un cierto carácter nacional. Pero a medida que decaiga y se debilite el individualismo nacional y se fortifiquen los lazos de solidaridad entre los diversos países, las características nacionales se irán desvaneciendo. La lucha del proletariado en los diversos países irá haciéndose más homogénea, el programa de todos los trabajadores del mundo tenderá a ser el mismo y la lucha asumirá proporciones internacionales. Sin embargo, sólo el triunfo de la revolución social en todos los países y el advenimiento mundial del régimen del proletariado podrá echar los cimientos sobre los cuales cobrará enorme incremento el proceso de intemacionalización (visible ya bajo el régimen capitalista) y cesarán los actuales antagonismos y las luchas de clases actuales. Si los obreros, a lo menos los de los principales países civilizados, no se hallan en condiciones de unir sus fuerzas, su emancipación nacional, de fronteras adentro, tropezará con formidables dificultades.

La idea burguesa de "patria" lleva aparejados los conflictos entre naciones, conflictos que a veces estallan abiertamente y otras veces se mantienen ocultos; equivale a exclusivismo nacional, equivale a opresión de unos países por otros. Las relaciones entre los capitalistas de una nación se reproducen éntre los de distintas nacionalidades, y así como unos capitalistas compiten con otros dentro de su propio país, venciéndolos en la lucha y absorbiendo sus capitales o colocándolos bajo su sujeción personal, en la órbita internacional unos gobiernos capitalistas pugnan por arrollar a otros, por anexionarse el país enemigo y convertir a la nación vencida en tributaria suya. La reciente guerra imperialista ha dejado bien patentizado que entre los obreros de Europa perdura todavía el espíritu de sumisión al régimen burgués. Esto quiere decir que el proletariado no forma todavía un todo homogéneo ni siquiera dentro de las fronteras nacionales de

cada país; que se halla todavía dividido en grupos; que no es aún una clase unida por la solidaridad de sus intereses y que no reconoce más que un fin, a saber: la organización de los trabajadores en clase dirigente, la implantación del Estado proletario. Cuanto más estrechos y apretados sean los lazos que unan a los partidos obreros de los distintos países, más pronto se convertirá la lucha contra la burguesía nacional, de una guerra individual, en una lucha generalizada; más se extenderá la lucha de clases del área nacional a la órbita internacional; mayor realidad y evidencia adquirirá la fraternidad internacional de los obreros; más se precipitará la hora de la revolución social y más vastas serán sus perspectivas. Desde los comienzos de su carrera revolucionaria, Marx y En- gels hicieron del internacionalismo la piedra angular de sus actividades. Su "patria" era el sitio donde se avecinaba, donde era inminente la batalla de los obreros contra los capitalistas; sus energías se concentraban todas en reforzar los lazos internacionales del proletariado; todo su afán era crear una organización internacional de tipo comunista. Ya antes de que existiese la Liga Comunista, Marx y Engels tomaron parte en todas las tentativas que se hicieron en Bélgica y en Inglaterra por elevar las organizaciones democráticas a un nivel internacional. En 1846 subrayaron la necesidad de cambiar el viejo grito de combate de "la fraternidad entre las naciones" por el de "la fraternidad del proletariado de todos los países". Después de asistir en Londres a un mitin internacional, Engels escribió:

"Diré, para concluir, que hoy sólo la fraternidad entre las naciones, interpretada en un sentido socialista, puede significar algo. Dentro del régimen político actual, la quimera de una república europea, la ilusión de la paz perpetua, no dice nada, es algo tan ridículo como toda esa fraseología acerca de una unión de los pueblos bajo la égida del librecambio universal. Y a la par que este quimérico sentimentalismo se pasa de moda, los proletarios de todos los países, firmemente y sin ostentación, comienzan a confraternizar bajo la bandera de la democracia comunista. Y no sólo eso, sino que los proletarios son hoy los únicos elementos capaces de confraternizar de este modo. La burguesía de cada país tiene intereses propios y específicos que defender, y los burgueses, para quienes el interés es el todo, no podrán sobreponerse jamás a las fronteras del nacionalismo. Y cuanto un puñado de teorizantes pretenda hacer en este punto será en vano, pese a todos sus bellos "principios", pues los conflictos de intereses y la inercia del fenómeno pueden más que toda la fraseología. Los proletarios, por el contrario, tienen unos y los mismos intereses en todos los países, uno y el mismo enemigo, una y la misma guerra que sostener. La inmensa mayoría de los proletarios está, gracias a su situación, limpia de prejuicios nacionales, y toda su cultura y su acción son esencialmente humanistas y antinacionales. Los proletarios son los únicos que pueden acabar con el nacionalismo; el proletariado naciente es el único que puede llevar a efecto la fraternidad de las naciones." (Engels, *Escritos varios,* ed. Mehring, t. II, pág. 460.)

43. *La lucha de clases y el proceso histórico.*

El Manifiesto es una aplicación viva de la nueva filosofía de la historia: traza el cuadro del proceso histórico que lleva al nacimiento y desarrollo de la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía. En la primera parte coloca el elemento dramático, la lucha de clases. El Manifiesto demuestra cómo la lucha de clases está informada siempre por los factores sociales y las condiciones económicas; cómo la pugna del proletariado por conquistar su emancipación es un fenómeno obligado en el transcurso de la historia, del mismo modo que lo fué en otro tiempo la lucha de la burguesía por su libertad; cómo el desarrollo de la gran industria crea los elementos necesarios para la restauración de un nuevo sistema económico. Marx y Engels no pretendieron jamás haber "descubierto" la lucha de clases en la historia. Por el contrario, tuvieron muy buen cuidado de demostrar que ya había obras del período de la Restauración inglesa (es decir, de mucho antes de su tiempo) referentes a la historia de la burguesía, en las que se pintaba el desarrollo histórico de la lucha de clases. Además, los economistas burgueses ponen al descubierto la estructura económica de estas clases. Marx se limita a generalizar el conocimiento de estos hechos, borrando del campo de la historia, de una vez para siempre, el romanticismo de los héroes, caudillos, etcétera, a quienes se venía reconociendo tradicionalmente como sus "autores". Marx demostró que la existencia de las clases está estrechamente relacionada con el grado de desarrollo de la producción en una época histórica determinada y que la lucha de clases, en su fase más moderna, tiene que conducir necesariamente a la toma del Poder político por el proletariado. La lucha de clases como fuerza motriz de la historia, el origen de las clases sociales, la transformación de grupos homogéneos de individuos unidos por intereses comunes en una clase coherente con vida propia, el desarrollo de la conciencia de clase entre los obreros, la creación de una mentalidad de clase, la formación de una perspectiva de clase que abarque el mundo entero (actitud mental cimentada en las condiciones materiales vigentes en el seno de la clase), todos estos puntos de vista fueron trasladados poco a poco por Marx al laboratorio de su interpretación materialista de la historia. Uno de los problemas más urgentes era desarraigar las ideas corrientes y generalizadas en materia de religión. Feuerbach, filósofo alemán (1804-1872), había proclamado ya que, en el mundo religioso, el conocimiento estaba determinado por la existencia, el pensamiento por el ser, afirmando que no era la religión la que creaba al hombre, sino éste el que creaba la religión. Marx fué más allá. Sostuvo que no era el hombre individual el que se enfrentaba con la naturaleza, sino la humanidad en conjunto; que la conciencia no estaba determinada por la existencia individual, sino por el conjunto de existencias humanas. La religión —dice Marx— se explica, no por la "autoconciencia" y otras sutilezas por el estilo, sino por el régimen general de producción e intercambio, que es tan independiente del conocimiento puro como la invención del telar mecánico y la introducción del ferrocarril de la filosofía de Hegel.

Marx estudió también otras formas ideológicas: "Las relaciones sociales están íntimamente relacionadas con las fuerzas de la producción. Al disponer de nuevas fuerzas productivas, las gentes cambian el régimen de producción, y paralelamente con

el cambio sobrevenido en el régimen de producción, en el modo de ganarse la vida, cambian todas las relaciones sociales. El molino movido a mano nos lega una sociedad de señores feudales; el taller mecánico, una sociedad de capitalistas industriales. Y esas mismas personas que amoldan las relaciones sociales al régimen material de producción, modelan igualmente las ideas, los principios, las categorías a las condiciones sociales en general. Por eso esas ideas, esas categorías, sólo duran lo que las condiciones, las relaciones de las cuales son expresión. Son productos históricos, fugaces, transitorios." (Marx, *Misére de la Phisolophie,* págs. 151-152.)

A los que sostienen que las ideas, los principios, etc., crean la historia, contesta Marx con la siguiente definición de los problemas que se le plantean al historiador:

"Si nos preguntamos... por qué un principio dado aparece en el siglo xi o en el siglo xin y no en otro cualquiera, necesariamente tendremos que estudiar de cerca la condición de la gente que vivió en aquel siglo, indagar las necesidades especiales que regían en ese siglo, las fuerzas productivas que imperaban en esa época, los métodos de producción y las materias primas de uso general; cerciorarnos, en fin, de cuáles eran las relaciones sociales resultantes de las condiciones de vida a que aludimos. ¿Y qué es estudiar todas estas cuestiones sino escribir la historia real y cotidiana de las gentes que vivieron en cada siglo, describiéndolas como los autores y actores a la par de su propio drama dentro de los límites comunes de su tiempo?" (Marx, *Misere de la Philosophie,* pág 159.)

Y ¿qué decir de la idea revolucionaria enderezada contra la sociedad existente? ¿No existe y se extiende cada vez más la convicción de que la explotación del hombre por el hombre es inmoral y de que debe ponerse fin a este régimen, destruirlo? ¿Y no demuestra la difusión de esas convicciones que la idea es capaz de crear una mentalidad revolucionaria? Engels escribe: "Cuando la conciencia moral de las masas señala como injusto tal o cual fenómeno económico, como sucedió primero con la esclavitud y luego con la servidumbre, ello indica que ese fenómeno ha sobrevivido ya a su tiempo, que han surgido ya nuevas condiciones económicas junto a las cuales las viejas se han hecho insoportables y tienen que ser barridas."

La idea revolucionaria indica sencillamente que en el seno de la vieja sociedad se forman siempre los elementos que han de formar la sociedad nueva.

El carácter de clase de la sociedad determina el carácter también de clase de las ideas que en ella prevalecen. "Nuestros sentimientos, nuestras ilusiones, nuestras ideas, nuestros pensamientos, no son más que la fachada que se levanta sobre diferentes regímenes de propiedad, sobre distintas condiciones sociales. Cada clase construye esta fachada para sí misma, sobre la base de sus condiciones materiales específicas y de sus relaciones sociales peculiares. Sin embargó, el individuo que adquiere sus ideas y sus sentimientos por medio de la educación y la tradición se figura que esas ideas y sentimientos son el móvil fundamental, el verdadero punto de partida de sus actividades."

Siempre que varias clases estén eslabonadas en un destino histórico común y confinadas

dentro del mismo sistema social, sus perspectivas presentan ciertos rasgos comunes. Pero estos rasgos tienen una importancia puramente secundaria comparados con las características específicas que acusan la psicología de cada clase de por sí. A la lucha de clases en el mundo político y económico corresponde la lucha en el mundo de las ideas. La psicología de la clase dirigente imprime su sello a la época histórica en que esa clase impera y desarrolla sus atributos especiales. Es una psicología de clase dirigente. O para decirlo con la paráfrasis que hace el Manifiesto de la sentencia de Goethe: "Las ideas directivas son, en todas las épocas, las ideas de la clase dirigente."

44. *La evolución de la ética, de la sociología y de las ciencias naturales.*

La fluctuación incesante de las ideas populares en tomo al "bien" y al "mal" basta para demostrarnos que la "moral" no es algo inalterable en el curso de las mutaciones generales del proceso histórico. La "moralidad" de unas épocas se convierte para otras en "inmoralidad". En 1878 escribía Engels lo siguiente:

"¿Qué clase de moral es la que se inculca a la gente hoy? Es, ante todo, la moral cristiana de la época feudal, que nos ha sido transmitida por el pasado. Esta moral se divide entre un código de lógica protestante y un código de ética católica. Cada uno de estos códigos se subdivide, a su vez, en toda otra serie de ramas, que van desde el código jesuíta-católico y el ortodoxo-protestante hasta las ideas, relativamente tolerantes, de los apóstoles de la civilización. Al lado de estos códigos tenemos, además, la ética burguesa moderna y la ética proletaria del futuro. He aquí, pues, que, sin salimos de las naciones más adelantadas de Europa, nos encontramos con tres grupos de teorías morales que conviven en esta sociedad: las teorías morales del pasado, las del presente y las del futuro. ¿Cuál de ellas es la verdadera? Entendida la verdad como ley absoluta para todos los tiempos, no lo es ninguna. Pero, desde luego, la moral que cuenta con mayor número de elementos perdurables tiene que ser la que refleja la revolución de cada época, y por tanto, la moral que representa el futuro; en una palabra, si nos referimos a la época de hoy, la moral proletaria.

"Vemos, por consiguiente, que de las tres clases que forman la sociedad actual (la aristocracia feudal, la burguesía y el proletariado), cada una tiene su código de moral. De esto podemos colegir que los hombres, consciente o inconscientemente, se crean en último término sus perspectivas morales sobre las condiciones de cada día, sobre la experiencia práctica, sobre las condiciones en que viven formando clase, o lo que es lo mismo, sobre las condiciones económicas de intercambio y producción.

"Pero existe una nota común a esos tres códigos de moral. ¿No podría constituir ese factor común, por lo menos, parte de un código de moral perdurable? Las diversas teorías morales representan tres planos dentro del mismo proceso de desarrollo histórico. Tienen, por consiguiente, un fondo histórico común, que los acerca mucho entre sí. Más aún. En planos idénticos, o casi idénticos, de desarrollo económico, tiene

que haber necesariamente una correlación más o menos estrecha entre las teorías morales profundas en las épocas respectivas. En cuanto la propiedad privada se pone de moda en cualquier sociedad fomentadora de este régimen, se hace necesario reforzar el código de moral con este mandamiento: "No robarás". ¿Es este mandamiento aplicable por igual a todos los tiempos? En modo alguno. En una sociedad en que faltase el móvil del robo, en que, a la larga, sólo pudiesen sentirse tentadas a robar las personas anormales, se reirían del hombre que se pusiera a predicar esa "verdad eterna" del "No robarás". (Engels, *Anti- Diihring,* 1923, págs. 88-89.)

Por las fechas en que vió la luz por vez primera el Manifiesto, la idea de la evolución como ley del cambio no había conquistado todavía carta oficial de naturaleza. Hacia los primeros años del segundo tercio del siglo XIX, Jacobo Schleiden (1804-1881) y Teodoro Schwann (1810-1882), dos científicos alemanes, fundaron la teoría celular de la estructura animal y vegetal, demostrando que las células eran las unidades elementales de toda materia viviente. La ciencia del desarrollo orgánico adquirió grari impulso con la obra de Carlos Ernesto Baer (1792-1876), con lo cual dió un avance la teoría general sobre la evolución de las formas vivientes.

En el campo de la geología, la teoría de los cataclismos, debida principalmente al naturalista francés Cuvier (1769-1832), cedió el puesto a otras teorías más modernas. James Hutton (1726-1797), geólogo escocés, había descubierto ya antes de la época de Cuvier que las épocas geológicas se sucedían, no por erupciones, revoluciones y cataclismos repentinos, sino en.virtud de una suma de cambios graduales. Pero él dar al traste con la teoría de los cataclismos estaba reservado a Charles Lyell (1797-1875).

La laguna entre la materia orgánica y la materia inorgánica había sido salvada ya. La aportación de Justus von Liebig (1803-1873) en los dominios de la química obtuvo el reconocimiento de Engels y Marx antes de mediados del siglo. Liebig y otros químicos demostraron que el carbono, el elemento más importante que se había logrado eliminar, lo extraen las plantas de la atmósfera, y que los vegetales transforman la materia inorgánica en orgánica. De este modo, la ley de la indestructibilidad de la materia, descubierta respecto de la materia inorgánica por el químico francés Lavoisier (1743-1794), hízose igualmente aplicable a la materia orgánica. En 1828, el químico alemán Friedrich Wbhler (1800-1882) alcanzó un gran triunfo derribando la barrera que se suponía existente entre la química orgánica y la inorgánica, al obtener en su laboratorio, por procedimientos artificiales, urea, una de las substancias que hasta entonces se suponían producto exclusivo de "fuerzas vitales". Roberto Mayer (1814-1878) y Helmholtz (1821-1894), científicos alemanes ambos, sentaron la teoría de la conservación de la energía, y la publicación de sus obras sobre este tema coincidió casi con la primera edición del Manifiesto. La teoría de lá conservación de la energía desahució del estudio de los organismos aquella misteriosa "fuerza vital" que se suponía albergada en la materia. El fantasma de la fuerza vital se desvaneció con el reconocimiento científico de que las fuerzas materiales de la naturaleza eran permutables; de que así como perdura la materia, se conserva, sin pérdida, la energía, cualesquiera que sean las formas en

que una o la otra se manifiesten temporalmente.

Once años después de la publicación del Manifiesto apareció el libro de Darwin (1809-1882) sobre el origen de las especies, que sienta época. Por entonces (1859), ya Marx había formulado su teoría sobre la evolución de la sociedad capitalista (considerando este régimen como una fase específica de un proceso histórico). El libro de Marx sobre la *Crítica de la Economía política* y *El origen de las especies* se publicaron casi simultáneamente. La obra de Darwin estudia la teoría de la evolución de los seres vivientes, o, como él dice, el origen de las especies, por la selección natural. Darwin viene, pues, a representar en biología lo que Marx en sociología. El desarrollo de las ciencias etnológicas y antropológicas, un conocimiento más profundo de las instituciones históricas, la aplicación del método histórico al estudio de los fenómenos de la vida social, tales como la religión, la moral, la literatura, el arte, el derecho, la política, todos estos temas comenzaron a adquirir actualidad allá por los años de 1860 y siguientes, bajo el influjo de las teorías marxista y darwiniana. La enorme cantidad de materiales recopilados desde entonces no han sido todavía suficientemente trabajados ni convenientemente coordinados de modo que nos permitan trazar un cuadro constructivo del desarrollo de la sociedad humana en sus evoluciones. Mas con todo, hay evidencias que respaldan la exactitud del criterio mantenido por Marx (en el prefacio de la obra mencionada más arriba), según el cual "las condiciones productivas corresponden a una determinada fase evolutiva de las fuerzas materiales de producción. La totalidad de estas relaciones productivas forma la estructura económica de la sociedad, la verdadera base sobre la cual se asienta el edificio legal y político, y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El régimen de producción de la vida material determina el carácter general del proceso de la vida política social e intelectual".

45. *La dictadura del proletariado.*

Marx y Engels hacen en el Manifiesto repetidas alusiones a la conquista del Poder político por el proletariado y a la instauración de un régimen proletario. En el lugar correspondiente leemos que el primer paso que habrá de darse en la revolución obrera será "organizar al proletariado como clase dirigente", efecto de lo cual será la transformación del Estado en una organización proletaria, que empuñará las riendas del gobierno. El Manifiesto no emplea la expresión actual de "dictadura del proletariado", por más que los elementos básicos de esta idea se contengan ya aquí. Ya he dicho yo en otra parte que la expresión "dictadura del proletariado" fué acuñada después de la revolución parisiense de febrero de 1848 y que Marx y Engels sólo empezaron a emplearla después de la derrota del proletariado francés en las jornadas de junio (1848), cuando comenzaron a darse cuenta de que el proletariado no podía limitarse a conquistar el Poder político, sino que, una vez logrado esto, tendría que proseguir su obra hasta desmontar todo el aparato de gobierno de la burguesía, sustituyéndolo por otro nuevo. Y todavía iban más allá, pues declaraban que sería imprescindible,

como medida pasajera, instaurar, la dictadura del proletariado como clase, dictadura que sería el único medio de poner fin a la resistencia de los explotadores. Sólo de ese modo podría el proletariado transformar el Estado burgués en un Estado proletario, exterminar a la ’ burguesía como clase dominante y sustituirla por el proletariado, que a su vez se convertiría en clase dirigente. El socialismo revolucionario, el comunismo, que la burguesía bautizó con el nombre de “blanquismo”, nombre derivado de Augusto Blanqui, el escritor revolucionario francés, se contrapone, según Marx, al “socialismo doctrinal de los que quieren subordinar todo el movimiento a uno de sus factores; de los que no conciben que puedan sustituirse las actividades intelectuales de unos cuantos pedantes sueltos por el trabajo colectivo de la producción social; de los que, sobre todo, se imaginan que los pequeños artificios del sentimentalismo mugriento bastarán para conjurar la lucha de clases revolucionaria”. (Marx, *Las luchas de clases en Francia,* 1848-1850, pág. 94.) El socialismo revolucionario, dice Marx en el mismo pasaje, “es la declaración de la revolución permanente, la instauración de la dictadura de clase del proletariado como paso necesario para la abolición de las distinciones de clase en general, para la abolición de las condiciones de producción de que dependen las distinciones de clase, para la abolición de todas las relaciones sociales que dependen de estas condiciones de producción, para la subversión de todas las ideas que emanan de estas relaciones sociales”.

Y luego, en *El Programa socialista* (Crítica del Programa de Gotha), pág. 13: “Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista se abre el período revolucionario de transformación que sirve de puente entre una y otra. Paralelamente tiene que existir un período de transición política, durante el cual el Estado no puede asumir más forma que la dictadura revolucionaria del proletariado.”

Marx prosigue criticando que el programa socialista de Gotha no hable de la dictadura revolucionaria del proletariado ni del futuro sistema de Estado de la sociedad comunista, limitándose a servir de medio de propaganda, a expresar las necesidades políticas. El partido alemán, dice Marx, ha de laborar, según ese programa, dentro del aparato del Estado nacional existente, es decir, de su propio Estado: el Imperio prusiano-alemán. Y concluye que ese programa no es aplicable en modo alguno al período revolucionario de transición.

El Manifiesto enfoca el problema de un modo radicalmente distinto, pues nos ofrece un programa articulado para hacer frente al período durante el cual e! proletariado se erige en clase gobernante.

Antes de estudiar más a fondo este programa conviene decir unas palabras de aclaración sobre otro punto. El Manifiesto advierte que el primer paso que ha de darse en la revolución obrera tenderá a hacer del proletariado la clase dirigente. Y agrega: “y la conquista de la democracia”. Se refiere, naturalmente, a una democracia proletaria, por oposición a la democracia burguesa; se refiere a la conquista del Poder político que garantice la independencia y la libertad política de la clase obrera. La democracia proletaria dista tanto de la democracia burguesa como el Estado proletario del Estado

burgués. La democracia de la clase obrera es la democracia de los hombres que carecen de propiedad; la democracia burguesa es la democracia de los propietarios. En el transcurso de la Revolución francesa, los burgueses liberales dividieron la nación en dos bandos: ciudadanos activos y pasivos; luego, bajo la presión del proletariado parisiense, los burgueses demócratas no tuvieron más remedio que hacer extensivo el sufragio a todas las categorías de ciudadanos (con la excepción de los criados y los jornaleros). La característica fundamental de la democracia es la soberanía y el gobierno del pueblo. La democracia, en su sentido más genuino, sólo puede instaurarse cuando haya desaparecido la burocracia. Por eso es deber de la democracia proletaria destruir la burocracia, proclamando el principio de elección para todos los cargos y la amovilidad para todas las instituciones, lo mismo las sociales que las políticas. Los rasgos característicos de un sistema soviético ideal están en que los Soviets funcionen como órganos del gobierno de clase del proletariado.

"Una república burguesa, no obstante ser democrática, santificada por la consigna de la voluntad del pueblo, de la voluntad de toda la nación, de la voluntad de todas las clases, tiene necesariamente que significar —por el mismo hecho de tener su cimiento en la propiedad privada de la tierra y demás medios de producción— la dictadura de la burguesía, tiene necesariamente que representar una máquina creada para la explotación y la opresión de la inmensa mayoría de los trabajadores por la pandilla capitalista. Por el contrario, la democracia proletaria, la democracia soviética, transforma las organizaciones de los oprimidos por la clase capitalista, de los proletarios y semiproletarios (los campesinos pobres), es decir, la inmensa mayoría de la población, en la base homogénea y permanente del aparato todo del Estado, así local como central, desde los cimientos hasta el remate. El Estado soviético realiza, por consiguiente, entre otras cosas, y en proporciones mucho mayores que todas las demás formas hasta hoy conocidas, el gobierno local del pueblo, sin ningún género de autoridad impuesta desde arriba." (Programa del Partido Comunista ruso, reproducido en Bujarin, *El AB C del comunismo.)*

46. *El programa comunista para el período de transición.*

Para la cabal comprensión del programa comunista que ha de regir durante el período de transición, tenemos que hacernos cargo de que estamos tratando de una época en la cual el proletariado, erigido en clase dirigente, no tendrá más remedio que hacer "incursiones despóticas en los derechos de la propiedad". No debemos olvidar tampoco que las medidas enumeradas en el Manifiesto se redactaron pensando en los países más adelantados. Y aun en lo que a estos países se refiere, tenemos que preguntarnos si las medidas en cuestión serán o no aplicables con alcance universal. ¿Tiene el programa aquí esbozado un carácter genuinamente internacional? ¿Es igualmente aplicable a Francia y a Inglaterra, a Bélgica y Alemania? ¿O deja a los comunistas un margen para proponer medidas de interés especial a las masas obreras dentro de las fronteras de cada país?

Como ya dijimos, los puntos del programa de transición no fueron redactados exclusivamente por Marx y Engels. Fueron formulados en un congreso comunista y acordados colectivamente. Para ello se creyó conveniente tener en cuenta la situación política y social de los distintos países, así como el grado de desarrollo del movimiento de la clase obrera. Este programa contiene puntos que habían sido previamente destacados por los comunistas hacía tiempo y que apenas habían encontrado entre ellos oposición.

El primer punto fue apasionadamente discutido por los carlistas. Los partidarios de O'Connor (1794-1855) abrazaron el plan defendido por Liga de la Tierra. Su propósito era crear un nuevo contingente de pequeños propietarios, comprando grandes porciones de tierra y parcelándolas entre los trabajadores municipales. Por su parte, los secuaces de O'Brien (1803-1864) mantenían la idea de convertir la tierra en propiedad nacional, es decir, de nacionalizarla. En este respecto, los obrie- nistas limitábanse a resucitar las viejas ideas de Thomas Spen- cer (1750-1814), inventor de un sistema de nacionalización de la tierra, según el cual se formarían comunidades parroquiales independientes, sin más tributación que la renta que los agricultores vendrían obligados a pagar a la corporación que se hiciera cargo de la propiedad. En la *Miseria de la filosofía,* Marx pone de manifiesto el carácter capitalista de la renta. "La degradación del agricultor independiente —escribe— al nivel de un obrero, de un bracero del campo, de un asalariado, de un hombre que trabaja para el capitalista industrial; la invasión del campo por el capitalista industrial, que explota la tierra del mismo modo que explotaría cualquier taller; la conversión del terrateniente, de pequeño soberano en vulgar usurero: he ahí otras tantas expresiones en que la renta del suelo se traduce... Explotada en esta forma, la propiedad del suelo se convierte en un artículo de comercio. La renta del suelo no puede darse más que cuando el desarrollo de la industria urbana y la organización social resultante de ella obligan al terrateniente a buscar en sus propiedades agrícolas una utilidad exclusivamente monetaria, más que cuando el terrateniente llega a considerar sus vastos terrenos como una máquina de acuñar moneda. Nos explicamos perfectamente que algunos economistas, como Mili, Cherbuliez, Hilditch, etc., propusieran que la renta del suelo fuese abonada al Estado y aplicada a la reducción de las contribuciones. Esta proposición nace del odio de los capitalistas industriales contra los propietarios de tierras. A los capitalistas, éstos les parecen excrecencias superfinas e inútiles dentro del régimen armonioso de la producción burguesa." (Marx, *Misére de la Philosophie,* págs. 221-225.)

Como vemos, ya hacia el año 1840 abogaban los economistas burgueses por la absorción de la renta del suelo por el Estado, adelantándose a las reivindicaciones del "impuesto único", que habían de brotar de una generación posterior de partidarios de la nacionalización de la tierra.

Marx y Engels abogaban por la idea de la expropiación de los grandes terratenientes y la conversión de la tierra así adquirida en propiedad del Estado proletario, contraponiendo esta reivindicación a la de la democracia burguesa. "La abolición del feudalismo será la primera manzana de la discordia entre los burgueses y los obreros. Como ocurrió

en la Gran Revolución francesa, la pequeña burguesía querrá dividir las propiedades feudales entre los campesinos, con lo cual el proletariado rural quedará como estaba y se formará una clase de pequeños burgueses rurales, una clase que irá empobreciéndose y empeñándose hasta descender al nivel del campesino francés de hoy día. Defendiendo los intereses del proletariado rural y los suyos propios, el obrero debe oponerse a este plan e insistir en que las propiedades confiscadas pasen a ser propiedad del Estado para aplicarse a la creación de colonias obreras, que el proletariado rural cultivará en forma cooperativa, con todas las ventajas inherentes a la agricultura en gran escala. De este modo, el principio de la propiedad colectiva encontrará una sólida base dentro de las inestables condiciones de la propiedad burguesa. Y del mismo modo que los demócratas unen sus fuerzas a las de los propietarios rurales, los obreros deben unir las suyas a las del proletariado rural." (Marx, *Revelaciones sobre el proceso de los comunistas de Colonia,* págs. 134-135.)

El segundo punto, "un fuerte impuesto progresivo" sobre la renta, surgió de las condiciones reinantes por aquel entonces en la vida política inglesa. Surgió de la lucha entablada entre los varios sectores de la burguesía británica y fué viéndose apoyado poco a poco por las masas, en cuyo nombre abogaban los radicales por su implantación como una necesidad fundamental.

El enorme aumento de la Deuda pública, con su consiguiente carga de intereses, condujo a la radical revisión de todo el sistema de impuestos. "Desde el momento en que la Deuda pública está respaldada por las entradas del erario, que rendirán lo necesario para el pago anual de intereses, etc., el moderno sistema de impuestos es un complemento necesario del sistema de empréstitos nacionales. Los empréstitos permiten al Gobierno sufragar los gastos extraordinarios sin imponer, por el momento, nuevas cargas al contribuyente, pero, a la larga, los impuestos tienen forzosamente que aumentar en proporción con esta ventaja. Por otro lado, el aumento de las contribuciones, por efecto de la acumulación de deudas contraídas sucesivamente, obliga al Gobierno a empeñarse cada vez más para poder sufragar los nuevos gastos extraordinarios. El moderno sistema fiscal, cuyo eje son los impuestos sobre los productos indispensables para la vida (con su consiguiente encarecimiento), abriga en sí mismo los gérmenes de una progresión automática. En Holanda, donde se implantó por primera vez este sistema, el notable patriota De Witt lo ensalzó en sus *Máximas* como el más adecuado para hacer al trabajador humilde, diligente, frugal y... oprimido por el trabajo. Sin embargo, lo que aquí nos interesa no es tanto la desastrosa influencia que los excesivos impuestos ejercen sobre el trabajador como la forma en que conducen a la expropiación forzosa de los campesinos, los artesanos y, en una palabra, de todos los miembros de la clase media inferior. Sobre este punto no existe aún entre los economistas burgueses más que una opinión. La eficacia de los impuestos excesivos en el proceso de expropiación se intensifica todavía más por el sistema de protección arancelaria, que es parte integrante de aquéllos. El hecho indudable de que la Deuda pública y el sistema fiscal, que es su nodriza, desempeñan un papel importante en la capitalización de la riqueza y la

expropiación de las masas, hizo suponer a muchos escritores, como Cobbett, Doubleday (1790-1870) y otros, aunque equivocadamente, que ésta era la causa principal de la pobreza del pueblo en nuestros tiempos." (Marx, *Capital,* t. I, págs. 838-839.)

La campaña de Cobbett acerca de la Deuda pública y el sistema de impuestos tuvo una gran importancia. El impuesto sobre la renta, implantado por William Pitt (1759-1806) como "medida temporal", había sido arrancado a la burguesía inglesa para poder rivalizar con la competencia francesa. Después de concertada la paz de 1815, la ley del impuesto sobre la renta fué derogada, y para borrar de la memoria del pueblo inglés hasta el último rastro de aquella "odiosa" disposición, por indicación de Henry Brougham (más tarde lord Brougham, 1778-1868) se quemaron todos los documentos referentes a ella.

Esta campaña de agitación de Cobbett y otros radicales ingleses asumió entonces mayores proporciones y fué de triunfo en triunfo, conquistándose no solamente las simpatías de los pequeños burgueses, sino también las de la clase obrera. Los cartistas se negaron a dar a este problema de la reforma del sistema de impuestos una importancia primordial, importancia que tampoco concedían a la derogación de las "leyes anticerealistas". No obstante, continuaron la campaña de Cobbett y reforzaron sus críticas. Bronterre O'Brien, por ejemplo, hacía resaltar el carácter de clase del sistema de impuestos. En los años de 1830 a 1840 elevó al Parlamento una petición encareciendo la necesidad de implantar el sistema progresivo del impuesto sobre utilidades. Finalmente, en 1842, exigencias fiscales obligaron a Peel a resucitar el impuesto sobre la renta. Ya no quedaba más que hacer de este impuesto una institución permanente, convertirlo en progresivo y darle el alcance necesario.

Que el impuesto progresivo sobre la renta no tiene nada de específicamente comunista o proletario y no es más que una de esas armas inadecuadas que los obreros tomaron del arsenal de la pequeña burguesía, lo demuestra Marx en su polémica contra el radical francés Emilio de Girardin (1806-1881).

"La reforma fiscal es el simulacro de todos los burgueses de filiación radical, es el remedio específico defendido por todos los economistas burgueses. Desde la Edad Media hasta nuestros días, lo mismo entre los antiguos ciudadanos que entre los modernos librecambistas ingleses, el hueso más duro de la disputa ha sido siempre el impuesto. El principal fin de la reforma fiscal es desembarazarse del sistema tradicional de impuestos, que entorpece el desarrollo de la industria, abaratar el consumo del Estado o garantizar una distribución más equitativa en las contribuciones. Y cuanto más él Ies huye, más se afanan los burgueses en dar caza al fuego fatuo de la "distribución equitativa". En cuanto a las condiciones de la distribución, basadas directamente en la producción burguesa —la proporción entre el salario y la ganancia, la ganancia y el interés, la renta y la utilidad—, lo más que una reforma fiscal puede conseguir es modificarlas en detalle, jamás transformarlas fundamentalmente. Todos los debates reñidos en torno a la reforma fiscal, todos los esfuerzos desplegados por rectificar el régimen de impuestos, arrancan del supuesto de que el sistema burgués es imperecedero. La

abolición total de los impuestos no serviría más que para acelerar el incremento de la propiedad burguesa y acentuar las contradicciones que ya existen dentro del sistema. Los impuestos pueden ser beneficiosos para ciertas clases y ser, al mismo tiempo, sobremanera lesivos para otras. Esto salta a la vista dondequiera que la aristocracia de la finanza ejerce su influencia... Los impuestos sólo arruinan a ese sector social que fluctúa entre la burguesía y el proletariado, ya que los contribuyentes que lo forman no pueden traspasar la carga de los impuestos que pesan sobre ellos a los hombros de otra clase. Cada nuevo impuesto que se crea sobre el proletariado obliga a esa clase a descender un grado más en la escala social; la abolición de un impuesto no determina ningún aumento en el salario del obrero, sino sólo en las utilidades del patrono. Durante la revolución, el aumento de impuestos puede servir como recurso para atacar a la propiedad privada; pero, aun así, la tributación ha de ser nada más que un peldaño hacia nuevas medidas revolucionarias, pues de otro modo se retrocedería a las condiciones burguesas preexistentes. La rebaja de impuestos, su distribución equitativa, etc., no son más que otras tantas triviales reformas burguesas. Plantear una campaña pidiendo la abolición de los impuestos es incurrir en lo que se llama "socialismo burgués". Ese socialismo burgués está bien para los industriales, para la clase media comercial y para el campesino. La alta burguesía, viviendo, como vive, en el mejor de los mundos, tiene por fuerza que despreciar el utópico sueño de un mundo mejor... El impuesto sobre el capital tiene sus méritos. Todos los economistas, y especialmente Ricardo, señalaron las ventajas de un impuesto único. Si fuera el único, el impuesto sobre el capital disolvería por lo menos el nutrido y costoso ejército de recaudadores y opondría el mínimo de obstáculos al proceso de producción, de circulación y de consumo, ya que es el único impuesto que afecta a la riqueza." (Marx, *Escritos varios,* ed. Mehring, t. III, págs. 435-439.)

Para Marx, esas reivindicaciones referentes a la tributación eran meros expedientes de táctica. Medía su valor por el grado en que constituían un ataque directo contra la propiedad privada. "Cuando los demócratas abogan por el impuesto proporcional, los obreros deben reclamar el impuesto gradual; ¡ cuando los demócratas proponen una graduación moderada de los impuestos, los obreros deben insistir en que los tributos sean tan altos que hagan imposible la posesión de capitales en gran escala; cuando los demócratas piden la reorganización de la Deuda pública, los obreros deben precipitar la bancarrota del Estado." (Marx, *Revelaciones,* pág. 137.)

Pasando al tercer punto del programa esbozado por el Manifiesto, nos encontramos con que la abolición del derecho de herencia era una de las reivindicaciones básicas de los san- simonianos, de quienes la tomaron ciertos comunistas. El sistema sansimoniano, que deja intactas las bases fundamentales del capitalismo, hace resaltar como norma directiva la abolición del derecho de herencia a modo de correctivo contra las injusticias de este régimen, como el primer antídoto contra los privilegios de nacimiento. En una sociedad comunista, donde los medios de producción son de propiedad colectiva, donde la propiedad privada no existe, a excepción de los artículos de consumo; en semejante

sociedad, no cabe pensar en la acumulación de bienes para transmitirlos a la posteridad. La abolición del derecho de herencia puede, indudablemente, tener gran importancia durante el período de transición, como medio para minar el régimen de propiedad capitalista. Pero todas estas medidas son, sin duda alguna, meros arbitrios provisionales, por funestas que las consecuencias de su implantación puedan ser para la existencia de la propiedad privada. Por lo demás, la creación de un impuesto progresivo sobre las herencias y la supresión del derecho hereditario entre colaterales puede constituir una buena fuente de ingresos para el erario, aun dentro del régimen burgués.

En el período de la Primera Internacional fué Bakunin el primero que abogó por la abolición del derecho de herencia. Para él era ésta una medida fundamental. El Consejo General, cuya voz llevaba Marx, declaró que el derecho de herencia no era una categoría productiva, que las leyes de la herencia no constituían una causa, sino un efecto, un reflejo legal de la organización económica imperante en la sociedad; que al convertirse los medios de producción en propiedad común, el derecho de herencia quedaría definitivamente desterrado. La meta debía ser, por consiguiente, la abolición de las instituciones que dotaban a unos individuos con el poder de explotar a otros. La abolición o reducción de los derechos de herencia podía ser, a lo sumo, el punto de partida para emprender la reforma social. Esa invasión en los dominios del derecho de propiedad y de la herencia sería un buen recurso durante el período de transición, cuando, sin estar barridas todavía las viejas instituciones económicas, la clase obrera se hallara ya capacitada para introducir cambios radicales en el orden jurídico. Entre las medidas propias del período de transición pueden, por consiguiente, señalarse el aumento de impuestos sobre la propiedad hereditaria y las limitaciones del derecho de donación.

El cuarto punto, la confiscación de los bienes de todos los emigrados y rebeldes, tomado de las tradiciones de la Gran Revolución francesa, aparece ya entre los preceptos e instituciones de Babeuf (1760-1797), notable precursor del moderno comunismo. Figuraba asimismo en los programas de las sociedades revolucionarias que funcionaron en la primera mitad del siglo pasado.

El quinto punto recuerda una de las principales proposiciones de los sansimonianos. Los partidarios de esta doctrina subrayaron siempre la importancia de los bancos e instituciones de crédito. Sin embargo, entre la reinvindicación del Manifiesto y la de los discípulos de Saint-Simon sólo existe una semejanza formal. Marx, que en 1847 criticó despiadadamente las ideas de Proudhon acerca del crédito gratuito y los bancos populares, se mostraba todavía más severo con las ilusiones bancarias de los sansimonianos. Del mismo modo que los bancos populares de Proudhon serían impotentes para vencer las leyes que rigen la producción de mercancías, el Banco centralizado de los sansimonianos sería incapaz de regular la producción para evitar la reiteración de las crisis. Tanto en un caso como en otro, la persistencia de la propiedad privada sobre los medios de producción dejaría intactas las leyes de la sociedad capitalista.

Pero aunque el Banco nacional de crédito centralizado fuese incapaz de regular en

conjunto el movimiento de la producción nacional —función que le asignaba Pecqueur (1801-1887)—, podía ser, indudablemente, de gran utilidad durante el período de transición, contribuyendo a poner todo el sistema nacional de crédito bajo el control del Estado proletario.

La centralización de los medios de transporte en manos del Estado, sexto punto del Manifiesto, es corolario lógico del primero y del segundo. Aun cuando los ferrocarriles no sean de construcción del Estado, sino de alguna compañía particular, es evidente que estas compañías ferroviarias se enriquecen a expensas del Estado, que les concede créditos y subsidios. En Norteamérica, el Estado concedió a las compañías de ferrocarriles grandes extensiones de terreno a lo largo de la vía, convirtiéndolas en los primeros terratenientes de la nación. Pecqueur dedicó un libro a estudiar el tema de los ferrocarriles, formulando ya por aquellas fechas (1840) un programa que coincide casi literalmente con el que Marx y Engels redactaron años más tarde para Alemania.

Las "fábricas nacionales" a que se refiere el séptimo punto no deben confundirse con los "talleres nacionales", creación de Luis Blánc (1811-1882), socialista, historiador y estadista francés, que formó parte del Gobierno provisional de 1848. El Manifiesto no tiende precisamente a organizar la producción cooperativa con la ayuda del Estado, sino a nacionalizar todas las empresas privadas, convirtiéndolas en empresas nacionales. En la doctrina de Luis Blanc, los talleres nacionales proponíanse dar realidad al *derecho* al trabajo; los comunistas, por el contrario, interpretan la organización de las fábricas del Estado como medio para convertir en un hecho la *obligación* que toda persona físicamente capacitada tiene de trabajar. Esta idea se halla ya mantenida en los decretos de Babeuf, y el octavo punto del Manifiesto la recoge explícitamente. Está íntimamente relacionada con otra reivindicación sostenida por escritores como Weitling (1808-1871), comunista alemán, y Dézamy (muerto en 1850), miembro de los círculos comunistas franceses. Carlos Fourier (1772-1837) fue, sin embargo, el primero que habló de la necesidad de organizar un ejército del trabajo. El primer deber de este ejército sería, como se indica en el Manifiesto, cultivar y mejorar la tierra de acuerdo con un plan preestablecido, otra de las ideas favoritas de Fourier.

Ya hemos visto la gran importancia que Marx concede a la división del trabajo, lo mismo en el seno de la sociedad que dentro de la fábrica, y hasta qué punto la separación entre el campo y la ciudad influyó en el curso de la historia. De aquí el punto noveno del Manifiesto, encaminado a que la industria agrícola y la urbana funcionen al unísono, a fin de ir borrando gradualmente las distinciones entre la ciudad y el campo.

"Ya los utopistas comprendieron perfectamente los efectos de la división del trabajo. Sabían hasta qué punto el propio trabajo cae en una especie de atrofia y cómo la capacidad de trabajo disminuye cuando el obrero se limita a la repetición mecánica del mismo acto monótono durante toda la vida. Fourier y Owen están de acuerdo en pedir que desaparezca el divorcio entre la ciudad y el campo, como primer requisito para la abolición de la vieja división del trabajo. Los dos creían conveniente que la población se distribuyese por el campo en grupos que fluctuarían entre mil seiscientas a tres mil

personas. Los habitantes de cada uno de estos grupos vivirían en el centro de la región que cultivaran, llevando allí una vida comunal. De vez en cuando, Fourier habla de ciudades, pero estas ciudades no serían, según su concepción, más que aglutinaciones de cuatro o cinco grupos adyacentes. Lo mismo en los planes de Fourier que en los de Owen, cada miembro de la comunidad se dedicaría alternativamente a las ocupaciones agrícolas e industriales. Pero al paso que, en lo tocante a éstas, Fourier concedía primordial importancia a las artes mecánicas y a la manufactura, en el sentido primitivo de la palabra, Owen vislumbra ya la industria en gran escala y apunta a la introducción de la máquina y la fuerza motriz en la economía doméstica. Lo mismo en la agricultura que en la industria manufacturera, ambos, Fourier y Owen, encarecen la necesidad de encomendar al individuo la mayor variedad posible de ocupaciones, proponiendo, como medida preliminar, que los jóvenes reciban una educación técnica sumamente diferenciada. La abolición del divorcio entre el campo y la ciudad no sólo es posible, sino fundamental. Se ha hecho igualmente necesaria para la industria manufacturera que para la producción agrícola y las exigencias de la higiene. Sólo unificando la ciudad y el campo será posible acabar con el envenenamiento de la atmósfera, del suelo y del agua; sólo así podrán distribuirse las masas que hoy se aglomeran en ciudades pestilentes, de modo que sus excrementos se empleen beneficiosamente como abono en vez de ser fuente de enfermedades... La abolición de la línea fronteriza que separa la ciudad y el campo no es, por consiguiente, una aspiración utópica. Al contrario, tiende a dar una distribución más uniforme a la gran industria por todo el país. Es cierto que las grandes ciudades de hoy día, que son uno de los legados de la civilización, sólo pueden disolverse a costa de mucho tiempo y mucho trabajo. Pero este trabajo no habrá más remedio ¿que afrontarlo, por muy agobiador y costoso que sea." (Engels, *Anti-Dühring,* pág. 315.)

En el décimo punto se señala la necesidad de borrar las perniciosas consecuencias de la división del trabajo físico y mental. Babeuf y sus partidarios abogaban ya por la educación universal y gratuita. Todos los grandes utopistas subrayaron esta necesidad. Según Fourier y Owen, la educación debe consistir en la instrucción técnica diferenciada de la juventud, a fin de que puedan desarrollarse los diversos talentos del individuo, devolviendo al trabajo los atractivos que le han sido arrebatados por el régimen de división.

En el congreso de la Asociación Obrera Internacional celebrado en Génova en 1866 se tomó un acuerdo que ilustra y desarrolla esta idea de combinar el trabajo manual con el intelectual. Este acuerdo, redactado por Marx, dice así: "Por. educación entendemos tres cosas: primero, la educación mental; segundo, la educación física, al modo de la que se da en las escuelas de gimnasia y en los centros militares; tercero, la instrucción técnica, que comprende los principios generales de todos los procesos de producción, iniciando simultáneamente al niño y al joven en el uso y manejo práctico de los instrumentos elementales de todos los oficios. El curso progresivo y gradual de la educación técnica, mental y física, debe corresponder a la clasificación de los obreros jóvenes. El

sostenimiento de las escuelas técnicas deberá ser sufragado, en parte al menos, por la venta de sus productos. La combinación del trabajo productivo, la educación mental, el ejercicio físico y la instrucción politécnica, elevará a la clase obrera muy por encima del nivel de las clases media y superior."

Resumiendo: el programa expuesto en el Manifiesto es un programa internacional, aplicable a los países más adelantados; sin embargo, los comunistas de los distintos países pueden agregar a las apuntadas aquellas medidas que crean especialmente aplicables dentro de las fronteras de su nación y, sobre todo, aquellas que más radicalmente afecten al poder de su burguesía. Como ejemplo nos bastará recordar al lector el programa adoptado por los comunistas alemanes a raíz de estallar la revolución de 1848 y en el transcurso de las dos semanas siguientes a la publicación del Manifiesto. (Véase Apéndice, Reivindicaciones del Partido Comunista en Alemania.) Este programa, redactado por Marx y Engels, difiere en varios puntos del programa esbozado en el Manifiesto. Al glosar el último capítulo volveremos sobre este punto.

47. *La centralización y el Estado.*

En el prólogo a la edición alemana de 1872, Marx y Engels reconocen que en algunos de sus puntos el Manifiesto se ha- liaba ya anticuado. Y apuntan principalmente a la parte que trata de la actitud que deben seguir los obreros revolucionarios con el aparato del Estado burgués. Intimamente relacionado con este punto está el problema de la centralización política, problema acerca del cual Marx y Engels rectificaron también su posición desde los primeros años de la década del 50.

La táctica mantenida en el Manifiesto basábase en el estudio de los acontecimientos de la Gran Revolución francesa, en la idea de que la conquista del Poder político por el proletariado seguiría derroteros análogos a los de las jornadas de la Convención.

Por eso insistían tanto en la centralización del Estado, que, en opinión suya, había sido obra de los jacobinos. La conquista del Estado allanaría los obstáculos que se oponían al triunfo de la revolución en todos los países. De ahí que en los días que preceden a la revolución de 1848, en el curso de ésta y en los años primeros que la siguieron, Marx y Engels atacasen tan denodadamente todo movimiento encaminado hacia el federalismo o la descentralización por parte de los demócratas franceses y alemanes.

"Los demócratas intentarán instaurar una república federal, o bien (caso de que no consigan la implantación de uña república, una e indivisible) procurarán coartar los atributos del gobierno central, ofreciendo la mayor suma posible de libertades a los gobiernos locales. Los obreros deberán tratar, por su parte, de impedir el logro de estos planes, no sólo contribuyendo con todas sus fuerzas a la instauración de una república alemana, una e indivisible, sino pugnando porque en esa república la autoridad se halle fuertemente centralizada. No deben dejarse engañar por las frases hueras de los demócratas respecto a la libertad de las autoridades locales, la autonomía del gobierno local, etc., etc. En un país como Alemania, donde tantas supervivencias medievales

oprimen todavía el suelo, donde hay que dar todavía la batalla a todo linaje de soberbias y arrogancias locales, no podemos pensar, ni por sueño, en permitir que cada aldea, cada ciudad, cada provincia se interponga como una traba en el camino de la obra revolucionaria, obra que sólo puede desarrollar toda su fuerza irradiando del centró.

En la Alemania de hoy (1850), lo mismo que en la Francia de 1793, la instauración del más rígido centralismo deberá ser el fin primordial de todo partido genuinamente revolucionario." (Marx, *Revelaciones,* etc., págs. 135-136.)

Marx escribía esto en marzo de 1850. Hacia febrero de 1852 había llegado ya a la conclusión de que en Francia las sucesivas revoluciones, lejos de desmontar la máquina administrativa creada bajo el antiguo régimen, la habían perpetuado. He aquí lo que escribe a este propósito en *El 18 Brumario:* "Para los partidos que luchan por el Poder, la ocupación de ese enorme edificio del Estado se ha convertido en el trofeo más importante de la victoria."

Luego, entra a analizar el tema de la necesidad de destruir esa máquina de gobierno, siempre y cuando que no se atente a la centralización. "La centralización de la autoridad, indispensable en la sociedad moderna, sólo puede levantarse sobre los escombros de la máquina militarista y burocrática creada como un contrapeso del feudalismo." (Obra citada, pág. 140.)

Marx subraya el hecho de que "la Revolución francesa, que se proponía barrer todas las autoridades particularistas (ya fueran locales, territoriales, urbanas o provinciales) para modelar la nación en unidad burguesa, no pudo por menos de continuar la obra que ya la monarquía absoluta había comenzado: la centralización. Por eso no pudo tampoco por menos de realzar el rango y los atributos de la autoridad del Gobierno. Napoleón se encargó, a su vez, de perfeccionar la máquina del Estado". (Obra cit., pág. 131.)

Marx no había penetrado todavía en el verdadero carácter de esta obra de centralización. Era un fruto de la Convención y se apoyaba en las organizaciones jacobinas. La centralización francesa de esta época era la expresión de la soberanía indisoluble del pueblo revolucionario, el reconocimiento del Poder central del Estado, perfectamente compatible con el gobierno autónomo de las comunas, departamentos, distritos, etc., es decir, con el gobierno local.

Previo un estudio más profundo de las instituciones políticas, acometido durante la primera década de la segunda mitad de siglo, Marx y Engels cambiaron de punto de vista. No sólo abrazaron otras ideas respecto a la propiedad común de la tierra, sino que adoptaron también nuevos criterios en lo concerniente a la centralización política y a las formas en que esta centralización había de realizarse. Engels escribía en 1885:

"Todo el mundo sabe hoy que durante la revolución y hasta el 18 de Brumario el gobierno de los departamentos, distritos y comunas estaba formado (en Francia) por autoridades de elección local, que gozaban de gran libertad de movimientos dentro de la legislación nacional. Todo el mundo sabe, además, que estas autoridades locales, encarnaciones de un sistema semejante al del gobierno provincial y local de los Estados Unidos de

América, se contaban entre los factores principales de la revolución. Por eso fué por lo que Napoleón, inmediatamente después de dar el golpe de Estado del 18 de Brumario (9 de noviembre de 1799), se apresuró a desmontar el sistema vigente, reemplazándolo por el sistema prefectural, que todavía permanece en vigor y que fué siempre, desde sus orígenes, un instrumento reaccionario. Pero así como el gobierno local y provincial no es absolutamente incompatible, ni mucho menos, con la centralización nacional del país, no debe tampoco equiparársele a aquella forma estrecha, cantonal y comunal, que informa los caracteres poco recomendables de la vida política suiza y del sistema que todos los republicanos federales del sur de Alemania tomaron como modelo para su país en 1849." (Prólogo a *Revelaciones,* etc., pág. 136.)

La experiencia de la Comuna de París convenció a Marx y a Engels definitivamente de que "la clase obrera no puede limitarse a tomar posesión de la máquina del Estado, aplicándola a sus propios fines". Y lo primero que, según ellos, tenía que haber hecho la comuna era aplastar los órganos principales del Estado burgués: abolir, por ejemplo, instituciones como la del ejército permanente, sustituyéndolo por "la nación en armas"; convertir la policía en un instrumento responsable de la comuna, sujeto siempre a destitución y sin el menor poder político; barrer la burocracia para que los altos puestos del Estado dejasen de ser un privilegio de la clase dominante y se transformasen en una función social, retribuida con sueldos comentes y desempeñada por individuos elegidos y removibles en todo momento de sus cargos.

La comuna, según Marx y Engels, no debió limitarse a las funciones parlamentarias, sino constituirse en una corporación activa y eficaz, compartiendo el poder legislativo y el poder ejecutivo. A la vieja organización centralizada debió sustituir una red de organismos igualmente autónomos en todos los distritos provinciales. Estas instituciones comunales descentralizadas, lejos de mediatizar la unidad de la nación, la hubieran reforzado. La abolición del Estado burgués, que sólo sirve de careta para disfrazar la ausencia de una unidad nacional, hubiera hecho de ésta una realidad tangible. El Estado anterior había querido sobreponerse a esa unidad, hacerse independiente de ella, aunque de hecho no era más que una excrecencia parasitaria enquistada en el organismo de la nación. La verdadera importancia histórica de la comuna consiste en esto: en haber sido un gobierno de la clase obrera, un gobierno que brotó como fruto de la lucha entre la clase explotada y la clase dominante. La comuna debió haber servido de palanca para derribar los fundamentos de la sociedad existente, con las instituciones económicas que habían hecho posible la transformación de la clase propietaria en clase gobernante. Y esa palanca no podía ser otra que la dictadura del proletariado.

Pero la dictadura del proletariado sólo será un gobie-sno transitorio. Responderá a una necesidad durante el período de transición, mientras la forma capitalista de la sociedad no ceda el puesto a una sociedad comunista, mientras las instituciones capitalistas no se sustituyan por instituciones revolucionarias, mientras no se borren los antagonismos, mientras el Estado de clase no se desvanezca como una forma del pasado. Al destruir las bases económicas sobre las que descansa el edificio capitalista, y de las que depende

la integridad del Estado de clase, la dictadura del proletariado pondrá fin a la forma absorbente del Poder público y transformará el Estado en mero órgano administrativo de la producción.

Esta última idea, que encontramos mantenida ya en las obras de los sansimonianos, se ha incorporado definitivamente al acervo de todo movimiento comunista. Marx, sin embargo, agrega algo nuevo a la teoría de sus predecesores. Este algo consiste en demostrar que la lucha de clases librada bajo las condiciones de la producción capitalista tiene forzosamente que conducir a la implantación de la dictadura del proletariado y que esta dictadura no es más que una forma transitoria, una etapa necesaria en la ruta hacia la abolición de las distinciones de clase y la instauración de la sociedad sin clases.

"En el transcurso de su desarrollo, la clase trabajadora irá sustituyendo la sociedad burguesa por una asociación de la que se borrarán en absoluto las clases y los conflictos de clase. Y con ellos desaparecerá el Poder político, en el- sentido estricto de esta palabra, ya que el Poder político no es más que una expresión oficial de esos conflictos de la sociedad burguesa." (Marx, *Misére de la Philosophie,* pág. 159.)

Los anarquistas, incapaces de comprender el sentido de este proceso histórico, incapaces de penetrar en la necesidad de la dictadura del proletariado como forma de gobierno para el período de transición, preferirían trastornar todo ese proceso y arrancar de la radical extirpación del poder del Estado.

Antes de la revolución de 1848, las teorías anarquistas no podían exponerse todavía en un programa de partido, por la sencilla razón de que este partido no existía. Los precursores del anarquismo iban a buscar las bases principales de su doctrina al «campo económico. Hasta después del año de 1860, en vida de la Asociación Obrera Internacional, el anarquismo no se convirtió en un sistema filosófico coordinado y completo, en que se declaraba la guerra a Dios y al Estado. Caudillo de este movimiento era el ruso Miguel Bakunin (1814-1876).

Aquí, en el Manifiesto, Marx y Engels formulan su idea (que hoy ha pasado a ser del dominio común de todos los socialistas y comunistas), idea que se cifra substancialmente en la tesis de que en una sociedad comunista no existe Estado.

Las polémicas que hubieron de mantener con Bakunin y los anarquistas suizos, y más tarde con Dühring, dieron a Marx y Engels ocasión para deslindar sus puntos de vista de los profesados por los anarquistas en lo tocante a la función del Estado y a los medios más eficaces para socavarlo.

"Los antagonismos de clase, inseparables de todas las sociedades pasadas y presentes, hicieron surgir el Estado. Por Estado entendemos aquí la organización de la clase explotadora para la defensa de las condiciones materiales de producción existentes, y más especialmente para el sojuzgamiento por la fuerza de la clase explotada, dentro de las condiciones de opresión características del régimen de producción vigente (esclavitud, servidumbre, trabajo asalariado, según los casos). El Estado es el representante oficial de la sociedad, la encarnación de ésta en una corporación tangible; pero sólo lo es en cuanto Estado de una clase especial que, durante esa época, se halla en condiciones de

representar de hecho a la sociedad toda: en la antigüedad clásica es el Estado de los esclavistas; en la Edad Media, el Estado de la nobleza feudal; actualmente, el Estado de la burguesía. A partir del momento en que el Estado se convierta en representante de la sociedad en general, dejará de tener una razón de ser. Desde el momento en que no haya clases a quienes mantener sometidas, tan pronto como el régimen de clase desaparezca, y con él la lucha por el pan y los conflictos y abusos subsiguientes a la actual anarquía de la producción, no habrá ya nada que castigar y perseguir, nada, por consiguiente, que reclame la existencia de un organismo especial de represión, el Estado. La función primordial del Estado como representante de la sociedad en general: adueñarse de los medios de producción en nombre de toda la sociedad, será al mismo tiempo su última función como Estado. Poco a poco irá haciéndose innecesaria y dejará, por tanto, de manifestarse espontáneamente la intervención del Estado en las relaciones sociales. El poder sobre las personas se convertirá en la administración de las cosas y en la gestión directiva del proceso de producción. El Estado no se "suprime", agoniza, muere. Todo esto que dejamos dicho basta para juzgar el valor de la frase de "un Estado de hombres libres", demostrándonos que ese tópico, si bien puede tener un valor pasajero y propagandista, carece de aplicación científica adecuada. Y con estos mismos criterios tenemos la vara que necesitamos para medir las ideas de los que, llamándose anarquistas, quieren poner fin al Estado de la noche a la mañana." (Engels, *Anti-Dühring,* págs. 102-103.)

III
LITERATURA SOCIALISTA Y COMUNISTA

48. *El romanticismo reaccionario.*

Englobamos bajo este epígrafe a los representantes más destacados de la reacción desatada contra la Revolución francesa. Los enemigos venían de las filas de la aristocracia feudal, y contra ellos asestaban los jacobinos sus dardos más afilados. Entre los literatos franceses, esta reacción se vió representada por escritores como Luis Bonald (1754-1840) y José de Maistre (1753-1821), que creían posible la restauración del antiguo régimen, con sus tres figuras principales: Dios, el Rey y el Verdugo. Bonald se oponía ferozmente a toda innovación.

Cuanto fuera producto de la nueva industria, cuanto recordara los aborrecidos "principios del siglo XVIII", era al punto condenado. El crédito, las grandes ciudades, la Banca: tales eran, para él, las raíces satánicas del mal. A Bonald le irritaban especialmente los triunfos de la industria y de la técnica, que creía, y con razón, absolutamente incompatibles con un régimen social primitivo, con las relaciones patriarcales y (hablando en general) con el espíritu localista y el exclusivismo medieval. En un Estado normal —sostenía este autor— deben ocupar el primer plano los intereses de la clase terrateniente, ya que esta clase es más estable y más amante del orden que ninguna otra. La primacía del comercio,

la industria y el capitalismo inoculan en la nación el "morbo revolucionario", socavan los cimientos de la estratificación social ennoblecida por los siglos, subvierten las relaciones sociales y provocan constantemente la infracción de las leyes. Del carbón, habla Bonald con lágrimas en los ojos: "Llena el aire de humo, despide un hedor pestilente, abate el ánimo y, con el tiempo, puede hasta cambiar el carácter entero de una nación."

Cuando Marx y Engels describen el papel revolucionario desempeñado por la burguesía en sus luchas contra el feudalismo, cuando hablan del modo cómo el nacimiento del sistema industrial moderno acabó con el régimen idílico de la sociedad medieval, piensan evidentemente en las lamentaciones y anatemas fulminados contra el nuevo orden de cosas por los campeones católicos y feudales del orden social de la Edad Media. Además de los nombres de Bonald y de Maistre, podríamos mencionar aquí los desbordamientos literarios de un Chateaubriand (1768-1848) en Francia y de un Adam Müller (1779-1829) en Alemania, y las elegías de Samuel Taylor Coleridge (1772-1834) y Robert Southey (1774-1843) en Inglaterra. Todos ellos acusan a la gran industria de haber destruido el viejo régimen patriarcal, donde todo ocupaba su debido lugar, donde las mesnadas feudales acudían dócilmente a la llamada de cualquier barón o sacerdote y se prestaban con dulzura y mansedumbre a dejarse trasquilar, para la mayor honra y gloria del Altar y del Trono.

49. *El socialismo feudal.*

En una de las últimas ediciones del Manifiesto aparece una nota de Engels llamando la atención del lector hacia el hecho de que estas irónicas censuras se refieren "especialmente a Alemania, donde la aristocracia terrateniente y gobernante tiene grandes extensiones de terreno dedicadas al lucro y cultivadas por bailíos; estas gentes poseen, además, importantes fábricas de azúcar de remolacha y destiladeros para la fabricación de licor de patatas. Los personajes más acaudalados de la aristocracia inglesa se han mantenido, por lo menos hasta ahora, alejados de estos métodos. Claro está que piensan resarcirse de la pérdida que eso supone para sus rentas vendiendo sus nombres a los promotores de compañías anónimas dedicadas a negocios más o menos turbios".

Marx y Engels escogen dos organizaciones entre las que mejor representan las teorías del socialismo feudal: "una parte de los legitimistas franceses y la Joven Inglaterra".

En su comentario a *Le Manifesté Communiste* (Bibliothéque Socialiste, pág. 170 y ss.), Charles Andler cita algunos nombres. Pero sus datos carecen de fundamento. Marx y Engels quieren referirse a los legitimistas franceses, que, siguiendo distinto camino que sus colegas, trataban de ganarse las simpatías del "pueblo bajo" acusando a los tenderos y manufactureros de la monarquía de julio, a la cabeza de los cuales figuraba el propio rey Luis Felipe (1773-1850), tendero máximo del reino. Enrique Heine, el gran poeta alemán, nacido hacia 1800 y muerto en 1856, expuso deliciosamente las cabriolas de estos legitimistas franceses que se abrazaban a la causa del pueblo. "Es verdaderamente divertido —escribe Heine— oír a estos curas enmascarados vociferar

en el lenguaje de los *sans-culottes* y ver con qué aire coquetón de fiereza lucen el gorro rojo de los jacobinos, y el pánico que a veces se adueña de ellos, temerosos de que en un momento de descuido se hayan encasquetado en su lugar la mitra del obispo. Para cerciorarse de que no han cometido tal desliz, se quitan un momento el tocado, y entonces todo el mundo puede verles la tonsura."

La campaña en pro del trono y del altar, disfrazada ahora bajo el manto de la defensa de los intereses del pobre, es el rasgo más característico de este gobierno. Lamennais (1782- 1854), teólogo y filósofo francés, figuraba entre los caudillos de este movimiento y continuó defendiéndolo hasta su ruptura con la Iglesia. Pero la figura más destacada en ese campo era, sin duda alguna, la del conde de Montalembert (1810-1870), político y publicista, y uno de los corifeos más brillantes del catolicismo liberal. Montalembert se erigió, con Villeneuve-Bargemont (1784-1855), en el campeón de los obreros industriales.

Mientras se discutía el proyecto de ley de protección de la infancia, Montalembert tronaba contra el orden social burgués, atacando a los fabricantes algodoneros que empujaban al pobre y a su mujer a la fábrica, destruían el hogar y arrancaban al pueblo a la bienaventuranza de la vida rural, para lanzarlo a barracas insalubres, verdaderas mazmorras, donde los seres de ambos sexos y diferente edad se veían condenados a una lenta, pero sistemática degradación.

En su *Misére de la Philosophie* (pág. 167), Marx recomienda a Proudhon el estudio de las obras de monsieur de Villeneuve- Bargemont, diciéndole que debe tomarle por mentor en materias de política económica, pues este escritor persigue como él fines providenciales, aunque su meta sea, no la igualdad, sino el catolicismo. Efectivamente, este economista, que amalgamaba las doctrinas políticas de Bonald con la crítica económica de Sismondi (1773-1884), amasó todo un sistema de economía legitimista y cristiana. Los economistas liberales se oponían tenazmente a toda "intromisión del Estado entre el patrono y el obrero dentro de la fábrica". Pero Villeneuve-Bargemont proponía toda una serie de medidas de legislación obrera: prohibición del trabajo infantil, inspección sanitaria, instrucción técnica obligatoria para los obreros de las fábricas, creación de cajas de ahorro, etc. A su debido tiempo, todas estas medidas acabaron por formar el sistema del llamado socialismo católico. Ahora, todas las esperanzas se cifraban en encontrar los guías de la masa oprimida, no entre los aristócratas feudales, sino entre los magnates de la gran industria.

En su obra sobre la situación de la clase trabajadora en Inglaterra, Engels se expresa en términos de simpatía respecto a la organización conocida por el nombre de Joven Inglaterra. Apunta que no puede entrar en detalles en lo tocante a las diferencias que median entre los varios sectores de la burguesía, si bien reconoce algunas "respetables excepciones". Entre éstas se contaban, según él, los filantrópicos *temes,* que acababan de fundar la Joven Inglaterra. Figuraban en esta organización algunos miembros del Parlamento, como Disraeli (1804-1881), Borthwic'k (1804-1852), Ferrand (1829-1870), lord John Man- ners (1818-1906), etc. Lord Ashley (más tarde lord Shaftesbury, 1801-

1885) estaba íntimamente unido a Manners. La Joven Inglaterra proponíase como fin restaurar las condiciones que habían reinado antaño en la "merry England" con todos sus esplendores y sus románticas galas feudalistas. Fin tan absurdo e irrealizable no podía ser más que una sátira, en el curso real de la historia. Sin embargo, sería injusto desconocer las sanas intenciones y la valentía de los miembros de la Joven Inglaterra, que alzaron su voz de protesta contra el orden social de su tiempo, contra los prejuicios de la época, y que supieron comprender el carácter fundamental del orden social vigente. (Resumen de una nota que figura al pie de la página 295 de la citada obra de Engels.)

La Joven Inglaterra atrajo a sus filas a la juventud aristocrática de Inglaterra e Irlanda, que tenía por espíritu rector a Jorge Smythe (más tarde vizconde de Strangford, 1789-1846). Estos elementos se oponían tenazmente al capitalismo industrial y al librecambio, y soñaban con restaurar la supremacía política de la aristocracia, supremacía que había de enraizarse hondamente en la estructura social de la época y asentarse sólidamente en los principios democráticos.

Disraeli (más tarde lord Beaconsfield), hijo de una acaudalada familia judía, se hallaba íntimamente ligado a este grupo. Ya en 1839 comenzó a llamar la atención de la Cámara con sus discursos acerca de las peticiones de los cartistas, en cuya defensa salió, a pesar de no estar conforme con el movimiento. En sus novelas, en *Coningsby,* por ejemplo, y principalmente en *Sibila o las dos naciones,* popularizó las ideas socialistas de los *tories.* En *Sibila* traza una pintura muy interesante del movimiento cartista, retratando con vividos colores el estado de la Inglaterra contemporánea, que, bajo la acción de la gran industria, se estaba dividiendo en "dos naciones, entre ' las cuales no existe afinidad ni simpatía y que ignoran mutuamente sus ideas, sus sentimientos, como si vivieran en zonas distintas o habitaran planetas diferentes". *(Sibila,* t. II, cap. IV.)

Como grupo político, la Joven Inglaterra comenzó a decaer ya hacia 1845. Disraeli no tardó en romper con los *tories* de sangre azul y pasó a ser jefe del moderantismo británico.

Ferrand, Borthwick (cuyo discurso en defensa de los trabajadores aparece citado tres veces por Marx en *El Capital,* t. I, págs. 271, 444 y 631) y lord Ashley desempeñaron un , papel importante en la historia de la legislación fabril de Inglaterra. Lord Ashley, a pesar de haber apoyado generalmente a "los conservadores, modificó su actitud parlamentaria, en su interés por mejorar las condiciones de vida del trabajador, y mientras vivió, su nombre sonaba familiarmente en los hogares obreros. Era especialista en materia de utilidades industriales, y sus estadísticas prestaron grandes servicios a los cartistas y a los librecambistas en sus ataques contra aquellos hipócritas cristianos que criticaban los vicios ajenos y cerraban los ojos cuando estos vicios redundaban en su propio provecho.

Este lord Ashley, más generalmente conocido por su último título de lord Shaftesbury, acaudillaba a los filántropos aristócratas que luchaban contra el régimen fabril. Durante los años de 1844 y 1845, su personalidad era el blanco favorito de los ataques en las columnas del órgano liberal más importante de la época, el *Morning Chronicle,* cuando este periódico se hallaba empeñado en revelar las terribles condiciones en que

vivían los trabajadores del campo. Las cifras publicadas por Marx *(Capital,* t. I, pág. 748') demuestran lo mezquinos que eran los jornales abonados a los braceros en las explotaciones de aquel honorable y humanitario lord. Y por si esto era poco, nuestro digno aristócrata no tenía escrúpulo en embolsarse una buena parte de aquellos jornales por el alquiler de las casas en que albergaba a sus obreros. *(Capital,* t. I, pág. 749.)

Otro representante del socialismo feudal digno de mención es el gran historiador y literato Tomás Carlyle (1795-1881). Engels se mostraba aun más indulgente con él que con el partido de la Joven Inglaterra. "Tomás Carlyle forma una categoría aparte. Al principio formaba en la organización de los *toríes,* pero pronto hubo de dejar atrás a sus compañeros. Carlyle comprende mejor que ningún otro burgués británico la anarquía social reinante y aboga por la organización del trabajo. Confío en que tan pronto como se ponga en el camino recto lo seguirá hasta el final. Como tantos otros alemanes, le deseo buena suerte." *(Situación,* etc., 1. c.)

En 1892, Engels completa esta referencia sobre Carlyle en los términos siguientes: "La revolución de febrero transformó a Carlyle en un completo reaccionario. Su sana indignación contra los filisteos se convirtió ahora en un despechado y filisteo desprecio contra la oleada histórica que lo arrastró a la orilla, dejándolo abandonado en la costa desierta."

El libro de Carlyle, *Past and Present* (1843), era, con su obra *Chartism* (1839), lo mejor que se había escrito, desde el punto de vista del socialismo aristocrático, acerca de la situación de los obreros ingleses. En los *Anales Franco Alemanes* (1844) figura un artículo de Engels titulado "La situación de Inglaterra", en el que hace un análisis detallado y encomiástico del primer libro *(Pasado y presente).*

Estos dos libros de Carlyle impresionaron profundamente a Engels. Esto puede explicarnos el motivo de que Engels mostrase preferencia por los *tories* sobre los *whigs.* En el mencionado artículo escribe lo siguiente: "En las condiciones sociales reinantes en Inglaterra, el propio interés obliga a los *whigs* a rechazar toda idea contraria a la industria, que es la firme columna de la sociedad inglesa y que está en manos de los *whigs,* que se enriquecen a costa de ella. A ellos, la industria les parece intachable, su legislación no tiene más objetivo que la expansión industrial. ¿Por qué? Porque la industria Ies ha proporcionado poder y riqueza. Por su parte, los *tories* —cuya aristocracia y cuyo poder fueron arrollados por la industria, cuyos principios perecieron bajo el avance industrial— odian la industria o, en el mejor de los casos, la consideran un mal inevitable. Así se explica que algunos *tories* filantrópicos, acaudillados por lord Ashley, Ferrand, Walter, Oastler, etc., se impusieran el deber de defender a los obreros contra la explotación de los industriales. Carlyle empezó siendo *tory,* y toda su vida simpatizó más por este partido que por el de los *whigs."* (Engels, *Escritos varios,* t. I, pág. 464.)

La gran analogía existente entre la condición de los siervos ingleses de 1145 y la de los obreros ingleses de 1845 —paralelo que traza Engels en su libro sobre la situación de la clase obrera en Inglaterra— había sido señalada ya por Carlyle. De él procede también la idea del "vínculo de los pagos al contado" y de los cálculos pecuniarios en que se

basa toda la autocracia burguesa. En el Manifiesto aparecen reflejadas las palabras de Carlyle sobre este punto. Carlyle protestó en su tiempo contra el culto de Mammón y llegó hasta ver en "la organización del trabajo" (impuesta desde arriba, por supuesto, por obra de los "héroes") un remedio a ese mal.

Pero ya en 1844 declaraba Engels que Carlyle no podría sacudir su sentido religioso del universo y que su panteísmo no era más que el culto de la humanidad como tal. "De aquí su ideal de una "genuina" aristocracia, su ideal "heroico", como si los héroes pudieran ser otra cosa que hombres. Si Carlyle hubiera sabido comprender al hombre como tal hombre, en toda su infinitud, jamás habría pensado en dividir a la humanidad en lobos y ovejas, en gobernantes y gobernados, en aristócratas y chusma, en caballeros y mesnadas; hubiera llegado a la conclusión de que la verdadera aplicación social del talento no está en ejercitar el dominio de la fuerza, sino en servir de estímulo y de guía. Es cierto que la democracia no constituye más que una fase transitoria, pero no hacia la implantación de una nueva aristocracia mejor precisamente, sino hacia la instauración de la verdadera libertad humana, del mismo modo que la irreligiosidad de nuestra época habrá de conducir finalmente, no al renacimiento de la religión, sino a la emancipación del hombre de toda forma religiosa, sea sobrehumana o sobrenatural.

Garlyle ataca el culto del dinero, la oferta y la demanda, la concurrencia, etc., y está muy lejos de mantener la justificación absoluta de la propiedad del suelo. ¿Poiqué, entonces, no saca las conclusiones evidentes a que llevan sus propias premisas y no repudia la propiedad privada en general? ¿Para qué predica la abolición de la codicia, de la oferta y la demanda, la concurrencia, etc., si deja intacta y en pie la propiedad privada, que es la raíz de todos esos males? La "organización del trabajo" no nos sirve de nada, pues para que sea eficaz es menester que exista una cierta suma de intereses comunes." (Engels, I. c., págs. 488-489.)

En las columnas de la *Nueva Gaceta del Rin* nos encontramos, allá por el año 1850, con una crítica más dura y acerada de Carlyle, a quien la revolución de 1848 había vuelto un completo reaccionario. Engels reconoce, sin embargo, sus méritos anteriores: "Tenemos que agradecer a Carlyle que, como literato, haya arremetido contra la burguesía en un tiempo en que los gustos,- las opiniones y las ideas burguesas ejercían una completa hegemonía sobre el mundo literario británico, y que lo hiciera en un tono que a veces cobraba carácter verdaderamente revolucionario. Este elogio puede aplicarse a gran parte de las páginas de sus obras *La Revolución Francesa, Cromwell, Carlismo* y *Pasado y presente."* Y en seguida añade: "Pero la crítica que desarrolla en estos libros acerca de las condiciones reinantes se halla íntimamente asociada con una apoteosis extraña y antihistórica de la Edad Media, como es frecuente en los libros de los revolucionarios ingleses, en los de Cobbett, por ejemplo, y en los de algunos de los cartistas. Y a la par que admira el pasado, o al menos las épocas clásicas de una determinada fase social, el presente le desespera y la perspectiva del futuro le llena de horror. Cuando rinde pleitesía a la revolución, y hasta la glorifica, lo hace en la medida en que la revolución se cifra a sus ojos en una figura individual, en un Cromwell o en un Dantón. Rinde culto

a estas figuras como a héroes, culto que en su obra *Sobre los héroes y su culto* exalta como el único refugio contra una realidad desesperante y predica como una religión." (Engels, *Escritos varios,* t. I, págs. 414 s.)

En sus últimas obras, Carlyle demostró que había desertado de lleno del campo revolucionario. "Carlyle, lo mismo que Strauss, se ha consagrado al culto del genio. Y aunque en sus obras se ha evaporado el genio, el culto persiste." (Engels, 1. c., pág. 415.) Durante la guerra norteamericana de secesión, librada por la abolición de la esclavitud, Carlyle defendió a los estados esclavistas, y después, en 1865, salió en defensa de Edward John Eyre (1815-1901), gobernador de Jamaica que sofocó con gran rigor una sublevación de negros. "Así —escribe Marx— reventaba aquella espléndida burbuja de simpatía hacia los obreros; hacia los obreros de las ciudades, entiéndase bien; jamás ni en modo alguno hacia los campesinos. A la postre, resultó que todo lo que la burbuja tenía dentro era... esclavitud."

50. *Socialismo cristiano.*

El socialismo cristiano se parece mucho al socialismo feudal. En las obras de todos los voceros de la reacción contra la Revolución francesa encontramos el culto del Altar desposado con el culto al Trono. Pero en vista de que el prestigio de la vieja monarquía absoluta se había esfumado y de que la monarquía de julio se mostraba cada día más inestable, entre los hombres de sentimientos genuinamente filantrópicos empezó a manifestarse una nueva tendencia. Era una nueva forma de socialismo que pretendía reconciliar la religión con la Iglesia, democratizando ésta y restituyéndola a los cauces del cristianismo primitivo. El representante más destacado de esta escuela filosófica era, indudablemente, Lamennais. Su libro *Palabras de un creyente (Paroles d'un croyant)* vió la luz en 1837. Este libro llevó a su autor a romper con la vieja tradición eclesiástica y a divorciarse de los legitimistas. Lamennais era un demócrata sincero, un defensor apasionado del pueblo obrero, y pintó con colores muy vivos la dolorosa situación de los trabajadores. Flagelaba a los ricos como uit profeta del Antiguo Testamento, sin miramiento alguno. Como remedio contra la pobreza recomendaba la asociación libre y otras medidas que garantizaran al pobre, cuando menos, lo indispensable para vivir. Su libro traspasó las fronteras de Francia [40], y, traducido al alemán, no tardó en convertirse en un nuevo evangelio entre los artesanos de este país.

Felipe Buchez (1796-1865), político y escritor francés, era otro preclaro representante del socialismo cristiano. Al principio se unió a los discípulos de Saint-Simon, pero pronto rompió con ellos y se puso a construir un sistema propio de socialismo. En él se sostiene que la religión y la ética cristianas son los factores principales del progreso. Buchez atacó a los comunistas y es autor de un proyecto para la creación de asociaciones de producción, especialmente adaptables a las necesidades de los artesanos. Este autor hizo causa común con el grupo de obreros parisienses que tenían por órganos en la Prensa *Le Producteur* y *Le National.* Engels, que no perdía ocasión de ponerse en

40- Hay una magnífica traducción española de Mariano J. de Larra

contacto con las organizaciones obreras, trató de entablar relaciones con *Le Producteur* durante su permanencia en París y publicó un artículo en sus columnas.

Sin embargo, hasta el triunfo de la reacción en 1848 no se dieron condiciones verdaderamente propicias para el desarrollo del socialismo cristiano. A partir de ahora se nos presentan toda suerte de aleaciones de socialismo con las diferentes ramas religiosas: un socialismo católico, un socialismo protestante, un socialismo anglicano, un socialismo cristiano, etc. Por la fecha de publicación del Manifiesto, estas formas religiosas de socialismo sólo atraían ya a una pequeña parte del proletariado.

Tanto en el Manifiesto como en toda su obra, Marx se opone a todo conato de cristianizar el socialismo y de introducir la moral cristiana en las teorías socialistas, que comenzaban a asumir un carácter internacional. En su polémica contra el autor de un artículo publicado en la *Gaceta Alemana de Bruselas,* adopta un tono todavía más resuelto. El autor del artículo, un tal Hermán Wagener (1815-1889), era uno de los más destacados exponentes del socialismo cristiano conservador de Alemania, de aquella tendencia que no llegó a adquirir expresión desde el Poder hasta bastante más tarde, hasta después de la fundación del Imperio. La pretensión de demostrar que el comunismo era un fruto de las doctrinas sociales del cristianismo fué combatida por Marx en las siguientes líneas, en las que se analiza el papel representado por estas doctrinas en el curso de la evolución histórica.

"Los principios sociales del cristianismo han tenido ya dieciocho siglos para desenvolverse y no necesitan de que un consejero consistorial prusiano (alusión al mentado Wagener) venga ahora a desarrollarlos. Los principios sociales del cristianismo justificaron la esclavitud en la antigüedad, glorificaron en la Edad Media la servidumbre de la gleba y se disponen, si necesario es, aunque arrugando un poco el gesto plañideramente, a defender la opresión moderna del proletariado. Los principios sociales del cristianismo dejan la desaparición de todas las infamias para el cielo, justificando con ello la perduración de esas mismas infamias sobre la tierra. Los principios sociales del cristianismo ven en todas las vilezas de los opresores contra los oprimidos el justo castigo del pecado original y de los demás pecados del hombre, o la prueba a que el Señor quiere someter, según sus designios inexcrutables, a la humanidad. Los principios sociales del cristianismo predican la cobardía, el desprecio de sí mismo, el envilecimiento, el servilismo, la humildad, todas las virtudes de la canalla; y el proletariado, que no quiere que se le trate como canalla, necesita mucho más de su intrepidez, de su sentimiento de dignidad personal, de su orgullo y de su independencia, que del pan que se lleva a la boca. Los principias sociales del cristianismo hacen al hombre miedoso y trapacero, y el proletariado es revolucionario. Era cuanto teníamos que decir de los principios sociales del cristianismo." *(Escritos varios,* t. II, págs. 442-443.)

Desde luego, no sería difícil demostrar que esos "principios sociales del cristianismo" no desempeñaron siempre un papel reaccionario. El cristianismo primitivo, en lo que tenía de protesta contra el orden social del mundo antiguo, se alzaba contra la propiedad privada y el Estado, y abogaba por el ascetismo y la pobreza. Pero esto es ya un cuento

viejo, una historia de aquellos tiempos en que no había más camino para libertar a "los que trabajan y sufren" que el de la divina Jerusalén. Los obreros con conciencia de clase deben oponerse a los manejos de cuantos intenten aunar sus intereses con los de la religión, cualquiera que sea la forma en que se les presente la doctrina, ya sea bajo el nombre de cristianismo "purificado" y "ennoblecido", ya bautizada con el de "nuevo" cristianismo o "religión de la humanidad".

"La religión es siempre la conciencia y el sentimiento del *yo* en el hombre que no se ha encontrado aún a sí mismo o que, habiéndose encontrado, se ha vuelto a perder. .. Por eso, luchar contra la religión es luchar directamente contra el mundo de que la religión es el aroma espiritual. La pobreza religiosa es en algunos la expresión de la pobreza verdadera, mientras que en otros es la protesta contra la verdadera pobreza. La religión es el suspiro de los oprimidos, el corazón de los descorazonados, el espíritu de los abatidos. La religión es el opio del pueblo ... Acabar con la religión, dicha ilusoria del pueblo, es dar un paso hacia la conquista de su dicha verdadera ... Por donde la crítica del cielo se torna en la crítica de la tierra; la crítica de la religión, en la crítica de la ley; la crítica de la teología, en la crítica de la política." (Marx-Engels. Obras completas, t. I, págs. 607-608. Marx, *Crítica de la filosofia hegeliana del Derecho.)*

Marx y Engels no podían por menos de oponerse enérgicamente a todo intento de adormecer al proletariado con cualquier suerte de ideas religiosas, pues sabían que eso era detenerlo en su marcha hacia la emancipación.

51. *Sismondi.*

Estamos tan acostumbrados a hablar de "socialismo peque- ñoburgués" siempre que nos referimos a una serie de doctrinas socialistas extendidas aun en el seno de la clase obrera, que en el capítulo titulado "Socialismo pequeñoburgués" nos solemos inclinar más bien a ver una crítica de Proudhon y sus secuaces que una censura de las teorías del economista burgués Sismondi (1773-1842). En su prólogo a una de las últimas ediciones del Manifiesto (v. *supra,* pág. 62), explica Engels en qué sentido empleaban él y Marx la palabra "socialismo" en este documento. Para ellos, el socialismo era, por oposición al comunismo, un movimiento en parte obrero y en parte burgués, encaminado a hacer desaparecer la pobreza por medio de panaceas y de toda suerte de remiendos. Para los autores del Manifiesto, el socialismo es la doctrina profesada por los defensores de toda una serie de sistemas utópicos que apelaban todos —como los proyectos anteriores de transformación social— a la clase "ilustrada", esto es, a la burguesía. Entre los paladines del socialismo burgués, Marx y Engels distinguen varios grupos. Sismondi era para ellos el prototipo del socialismo pequeñoburgués, porque en todas sus censuras al capitalismo su punto de vista era siempre pequeñoburgués o pequeñocampe- sino. "Todos los que, como Sismondi, pretenden restablecer una justa proporcionalidad en la producción conservando las bases de la sociedad actual son reaccionarios, pues consecuentes con el camino trazado deberían pedir asimismo la

restauración de las condiciones industriales de los primeros tiempos." (Marx, *Misére de la Philosophie,* pág. 90.)

Sin embargo, Marx tenía a Sismondi en gran estima por las censuras dirigidas por él contra el sistema capitalista, y este juicio favorable no trasciende sólo al Manifiesto. Los adversarios burgueses de Marx, ansiosos por acusarlo de plagiario con el menor pretexto, se desvivían por atribuirle como maestro a tal o cual economista de una generación anterior. Estos economistas se. agarraron al reconocimiento de los méritos de Sismondi en la obra de Marx para apuntar a toda una serie de ideas básicas encajadas en el sistema marxista y que, sin embargo, no eran "descubrimientos originales" de Marx ni de Engels. Pero aunque las tales ideas hubiesen sido expuestas de un modo o de otro con anterioridad a su tiempo, lo cierto es que en la forma que ellos acertaron a imprimirles, estas ideas adquirieron una significación mucho más profunda, y, situadas en el sistema general del pensamiento marxista, irradiaron nueva luz y se revelaron en todo su verdadero sentido. En su *Crítica de la Economía política* y en los tres volúmenes de *El Capital,* Marx se expresa con gran respeto acerca de Sismondi, destacándolo entre los representantes más eminentes de la escuela clásica de economía. Llega incluso a considerarlo como el primer crítico realmente serio de esa escuela. Pero Sismondi gusta de encarecer la conveniencia de que el Estado ponga freno a la producción ilimitada, controlando el desarrollo demasiado rápido de la técnica. A Charles Ándler le parece demasiado dura la crítica que Marx y Engels hacen de Sismondi en el Manifiesto; en cambio, Gide (nacido en 1847) y Charles Rist *(Histoire des doctrines ¿conomiques depuis les physiocrates jus- quá nos jours,* pág. 223) reconocen justas, en términos generales, sus censuras. "Lejos de tratar de estimular la producción, el gobierno debe moderar el "impulso ciego". Dirigiéndose a los hombres de ciencia, les pide que dejen de inventar, rogándoles que tomen en consideración la consigna de los economistas respecto al no intervencionismo... Abriga una secreta simpatía por el viejo sistema corporativo y los maestros de los gremios. Aun cuando condena el antiguo sistema como contrario a los intereses de la producción, se pregunta si no podría aprender de aquel sistema algo que le ayudara a refrenar los abusos de la concurrencia. El primer objetivo será, por tanto, restaurar hasta donde sea posible la unión entre el trabajo y la propiedad. Pertrechado con esta mira, Sismondi aboga, en el campo de la agricultura, por la vuelta a lo que él llama propiedad patriarcal, que quiere decir tanto como la multiplicación de los propietarios rurales. En. la industria, le gustaría ver el retorno del artesano independiente."

¿No coincide esto, en varios respectos, con lo que se dice en el Manifiesto? Aquí leemos que "la última palabra" de las teorías de Sismondi es: "en la manufactura, la restauración de los viejos gremios, y en el campo la implantación de un régimen patriarcal".

Sismondi ejerció gran influjo sobre la literatura económica de su tiempo, pero no llegó a fundar una escuela propia. Su discípulo más destacado fué Buret (1811-1842), autor de un libro acerca de la situación de la clase obrera en Francia e Inglaterra *(Misére des*

classes laborieuses en France et en Angleterre, 1842). Buret va algo más allá que su maestro y recomienda una serie de reformas en la legislación social y obrera, en las que, sin embargo, vemos manifestarse la influencia de Saint-Simon.

En lo que se refiere a Adolfo Blanqui (1798-1854), economista y escritor francés, autor de varias obras sobre economía política y acerca de la clase trabajadora de Francia, hermano de Augusto Blanqui (1805-1881), socialista revolucionario y autor de varios trabajos sobre cuestiones sociales y económicas; Francisco Xavier Droz (1773-1850), sociólogo y moralista francés, y otros, la influencia de Sismondi parece haberse limitado a que estos economistas no se avenían a adoptar, ante los sufrimientos de la clase trabajadora, la actitud cínica e indiferente que asumían los corifeos de la economía política vulgar. (Respecto a los "economistas vulgares" y diferencias que les separan de los "economistas clásicos" puede verse *El Capital,* t. I, pág. 55, nota.) En su *Misere de la Philoso- phie* (página 172), Marx caracteriza del siguiente modo a los representantes de la escuela económica humanitaria: "Para tranquilizar su conciencia hacen cuanto está de su parte por ocultar las contradicciones reales de la sociedad, a la par que deploran sinceramente la pobreza de los obreros y la desenfrenada concurrencia de la burguesía. Recomiendan a los trabajadores sobriedad, diligencia en el trabajo y limitación del número de hijos, y a los burgueses Ies aconsejan que moderen su apetito de producción. Toda la teoría de esta escuela consiste en trazar distinciones interminables entre la teoría y la práctica, entre los principios y sus resultados, entre una idea y su aplicación, entre la forma y el contenido, entre la esencia y la realidad, entre el hecho y el derecho, entre el bien y el mal." Ninguna otra escuela habló nunca tanto de la aplicación de la ética a la economía política. La escuela de los economistas morales, que surgió después de la publicación del Manifiesto, era una nueva expresión de este sentimentalismo pegajoso y plañidero.

52. *El "verdadero" socialismo.*

La crítica que se hace en este capítulo del Manifiesto del socialismo alemán o "verdadero" socialismo es, hasta cierto punto, una censura contra la propia formación filosófica de Marx, y en mayor grado todavía la de Engels. Este recorre, en la experiencia de su vida, todas las fases que caracterizan al pensamiento alemán de su tiempo. Conforme se iba dando cuenta más y más de que esta reencarnación filosófica del socialismo había sacado de quicio su juventud, más duras eran sus referencias al propio pasado. En ninguna parte encontramos una expresión más severa de esto que decimos que en el siguiente pasaje, que puede servir de comentario a la acusación formulada en el Manifiesto contra el "verdadero" socialismo:

"Por fin, los alemanes comienzan a corromper hasta el movimiento comunista. Como suele ocurrir en tales casos, los zánganos, los retrógrados, tratan de ocultar la vergüenza de haberse quedado dormidos hablando despectivamente de los que se les adelantaron y batiendo el gran tambor de la filosofía. Apenas hace el comunismo su

aparición en Alemania, cae sobre él una horda de pensadores especulativos que creen hacer grandes milagros con traducir al lenguaje de la lógica hegeliana proposiciones que se han hecho ya vulgares en Inglaterra y en Francia, con soplar en la trompeta de esta nueva sabiduría, como si fuese algo a todas luces nuevo y maravilloso, la verdadera teoría alemana, cubriendo de lodo las falsas tácticas de los ridículos sistemas socialistas de los necios ingleses y franceses. Esa perpetua teoría alemana, que tuvo el privilegio infinito de asomar las narices a la filosofía hegeliana de la historia y de verse clasificada por algún flaco profesor berlinés en el sistema de las categorías eternas; esa teoría de gentes que tal vez hojearon las obras de Feuerbach, echaron una ojeada a las de los comunistas alemanes y se mostraron conformes con lo que von Stein dice acerca del socialismo francés; esa teoría alemana, teoría de la peor calidad posible, ha llegado ya a sus conclusiones respecto al comunismo y el socialismo francés (tal como von Stein lo presentara en su libro), le ha asignado un puesto de segunda fila, se le ha adelantado a grandes pasos y lo ha superado en la fase más alta de evolución de la "teoría alemana". Desde luego, a estos notables filósofos jamás se les ocurre enterarse primero del contenido real de las cosas que han de "superar" en su sistema; no se les ocurre examinar directamente los escritos de Fourier, de Saint-Simon, de Owen y los de los comunistas franceses. Para sus fines les basta con los magros extractos hechos por von Stein (1815-1890). Y ateniéndose a esos extractos, les parece que están en condiciones de conquistar a la teoría alemana un brillante triunfo sobre los endebles combatientes extranjeros... Aunque la absurda vanidad de los teorizantes alemanes parece invulnerable, creemos, sin embargo, oportuno recordarles cuánto tienen que agradecer al extranjero en el estudio de los problemas sociales desde el punto y hora en que empiezan a interesarse por estos problemas. Entre toda la pomposa fraseología que la literatura alemana proclama, como si en ella se cifrasen los principios fundamentales del "verdadero" y "puro" comunismo germano, no se encuentra todavía una sola idea que haya visto la luz en suelo alemán. Lo que los franceses e ingleses han venido sosteniendo por espacio de diez, veinte, cuarenta años, en palabras precisas y claras, en términos cuidadosamente escogidos, empieza a traspasar ahora la frontera alemana. Durante estos últimos años, los alemanes han aprendido unos cuantos retazos de estas cosas y ahora se dedican a chapurrearlos en su jerga hegeliana. Algunos de los más brillantes pensadores alemanes acaban de descubrir estas verdades y las lanzan en letra impresa como si fuesen descubrimientos personales suyos, vestidos con una fraseología bastante menos afortunada y mucho más abstracta que la original. Y a esta censura no escapan ni mis propias palabras. La única originalidad de que pueden jactarse los alemanes es la forma abstracta, obscura y retorcida en que expresan esas ideas. Además, lo único que ellos creyeron digno de ser tomado en consideración en las obras de los franceses (pues nuestros dignos alemanes apenas si conocen nada hasta ahora de los ingleses) no es —como cuadra a auténticos teóricos—, fuera de los principios archigenerales, más que lo más malo y lo más teórico de todo: la esquematización de la futura sociedad, los sistemas sociales que la reflejan. Lo mejor de todo, la crítica de la sociedad actual,

el verdadero fundamento, la misión primordial de cuantos se preocupan de problemas sociales, lo dejan tranquilamente a un lado... Por eso el "socialismo absoluto" alemán es tan lamentablemente pobre. Un poco de "humanidad", como hoy día suele llamarse a eso; un poco de "realización" de esa humanidad, o por mejor decir, de esa cosa monstruosa; un poco, menos ya, de "propiedad" tomada —de tercera o cuarta mano— de Proudhon; otro poco de "simpatía" hacia las miserias del proletariado; otro poco de "organización del trabajo"; otro poco de sociedades para socorrer a las clases inferiores, y junto a todo esto una ignorancia ilimitada de todo lo que se refiere a la economía política y al verdadero carácter de la sociedad en que vivimos: a eso se reduce todo. Y por si todavía no bastase, aun viene la imparcialidad teórica, la "absoluta serenidad del espíritu'', a chuparle la última gota de sangre, el último rastro de decisión y de energía. ¿Y con esa cosa tediosa y aburrida se qúiere revolucionar a Alemania, poner al proletariado en movimiento, obligar a las masas a pensar y actuar?" (Artículo de Engels, publicado en la *Gaceta Alemana de Bruselas.) (Escritos varios,* ed. Mehring, t. II, págs. 407-408.)

Vemos, pues, que Engels no se asusta de incluirse a sí mismo en el acta de acusación. En su tiempo había mantenido íntimas relaciones con Moses Hess (1812-1875), principal exponente del socialismo filosófico alemán. Y hay que reconocer que su amistad con Hess era más estrecha, por entonces, que sus relaciones con Marx.

Hess les llevaba algunos años a Marx y a Engels y había comenzado su carrera literaria algo antes que ellos. Antes de conocer a Marx, Hess había publicado dos obras tituladas *La historia sagrada de la humanidad* (1837) y *La triarquia europea* (1841). En estas obras construye su filosofía de la historia de la humanidad, completando la filosofía del pensamiento con la "filosofía de la acción".

En 1841 rompió con los neohegelianos de izquierda y trabó conocimiento con Marx. Este encuentro le produjo una profunda impresión.

En una carta a su amigo Berthold Auerbach (1812-1882), ilustre escritor alemán, fechada en Colonia el 2 de septiembre de 1841, Hess escribe lo siguiente: "Va usted a tratar al más grande, iba a decir el único, filósofo viviente ... El nombre de mi ídolo es Marx. Es todavía muy joven, pues no tiene más que veinticuatro años y está llamado a ser el que dé el golpe de gracia a la religión y a la política de la Edad Media. Une a una profunda seriedad filosófica un ingenio mordaz. Imagínese a Rousseau, Voltaire, Holbach, Lessing, Heine y Hegel en una pieza —pero no revueltos a troche moche y en montón, sino perfectamente combinados y formando un todo armónico— y tendrá usted una idea *de* quién es Marx." (Publicada por Carlos Grünberg, en *Archiv jür die Geschichte des Sozialismus,* año 10, Léipzig, 1922, págs. 411-412.)

Hess contribuyó a la fundación de la *Gaceta del Rin,* y en sus artículos comenzó a inclinarse hacia el comunismo. Conoció a Engels en Colonia, donde su trato fué convirtiéndose en amistad. Fué Hess quien convenció a Engels de que el comunismo era la resultante lógica de las nuevas doctrinas hegelianas. Engels y Hess formaron parte durante varios años de la redacción de un periódico titulado *El Espejo de la Sociedad,*

que se publicaba en Elberfeld. En uno de sus editoriales leemos: "¿Es posible que el monarca prusiano sienta menos simpatías por la clase pobre de Prusia que la Cámara de Diputados o el rey de Francia por la clase pobre de su país? Son tantos los hechos que indican lo contrario, y la reflexión nos tiene tan firmemente convencidos cj[e] esto, que las tendencias políticas de los liberales han llegado a ser para nosotros no solamente incompatibles, sino positivamente repulsivas." *(Escritos varios,* t. II, pág. 352.)

Pronto, sin embargo, hubo de librarse Engels de esta herencia de socialismo filosófico. Hess se acercaba también cada vez más a las nuevas ideas formuladas por Marx. Pero su avance era mucho más lento que el de Engels y le costaba mucha dificultad desprenderse de la vieja herencia idealista. En julio de 1846 escribía a Marx: "Del mismo modo que al comienzo hubo necesidad de eslabonar las aspiraciones comunistas con la ideología alemana, ahora tenemos que fundar nuestras teorías en premisas históricas y económicas, pues de otro modo no podríamos llegar a un acuerdo con los "socialistas" ni con ninguna otra clase de adversarios." *(Escritos varios,* t. II, pág. 371.)

Al plantearse en la Liga Comunista, a poco de su fundación, enconadas luchas intestinas, Hess (cuyo carácter le incapacitaba para las actividades prácticas) fluctuó entre los distintos grupos, arrimándose tan pronto a uno como a otro. En el congreso de la Liga rompió definitivamente con Marx y Engels. Durante las convulsiones de la revolución alemana de 1848, Hess permaneció casi todo el tiempo al margen del movimiento; al acabar éste se unió a la fracción capitaneada por Willich (1810-1878) y Schapper (1813-1870). A los pocos años abandonaba completamente las actividades revolucionarias y se convertía en el primer profeta del sionismo. Cuando Lassalle (1825-1864) comenzó su campaña de propaganda, Hess se adhirió a sus ideas; pero después de la muerte de Lassalle rompió con sus discípulos, para ingresar luego en la Asociación Obrera Internacional y enrolarse en las filas de los que combatían a Bakunin.

En la severa crítica que se hace en el Manifiesto contra los representantes del "verdadero" socialismo, el primer blanco de ataque era, como ya hemos dicho, Carlos Grün. Es interesante el comentario que hace Mehring de su persona. "Grün era un periodista típico, en el peor sentido de la palabra, hombre igualmente desprovisto de rigor y de profundidad, sin la menor probidad en sus juicios. Sus apreciaciones eran tan superficiales, tan evidentemente triviales, que aun cuando su modo de expresarlas las hacía parecer agudas a primera vista, sólo servían para descubrir su falta de substancia. Marx y Engels tuvieron mucha razón al calificarlo como el más insoportable de todos los "verdaderos" .socialistas. .

En un artículo publicado en *El Vapor Westfaliano* algunos meses antes de ver la luz el Manifiesto, Marx alude ya a las relaciones espirituales mantenidas entre Hess y Grün. "Los temas que en los escritos de Hess aparecen envueltos en sugerencias vagas y expresiones míticas, son llevados por Grün hasta un grado tal, que rayan ya en lo absurdo."

Unas cuantas citas tomadas de escritos de Grün bastarán para demostrar cuáles eran la teoría y la práctica del "verdadero" socialismo. "El que invoca el nombre de

Feuerbach, invoca al mismo tiempo toda la obra realizada en el campo filosófico desde Francis Bacon (1561-1626) hasta nuestros días; Feuerbach nos revela lo que la filosofía debe ser y lo que significa en último término, y se remonta hasta el hombre como la síntesis definitiva de la historia universal. Por este camino llegamos más segura y más eficazmente al concepto del trabajo que rompiéndonos la cabeza acerca de los salarios, la libre concurrencia y las injusticias de la Constitución... Partamos del Hombre; del hombre curado de religión, de la idea de la muerte, de todo lo que le es ajeno, de las necesidades materiales..., del puro y verdadero hombre ..."

El siguiente botón de muestra de las disquisiciones de Grün explica por qué los autores del Manifiesto consideraban insoportable su literatura: "¿Quién reclama la Constitución en Prusia? Los liberales. ¿Y quiénes son los liberales? Unos cuantos señores que se pasan la vida metidos en sus casas y un puñado de escritores ... ¿Acaso constituyen el pueblo un puñado de propietarios y sus escribas? De ningún modo. ¿Pide el pueblo la Constitución? Ni en sueños ... Si el proletariado de la Silesia tuviera conciencia propia y derechos esenciales, de acuerdo con esa conciencia, se opondría .a la Constitución. Como el proletariado no tiene ni conciencia ni derechos, actuamos nosotros en su nombre. Y en su nombre protestamos..." *(Escritos varios,* t. II, págs. 359-36o.) ,

Arengas por este estilo no servían más que para echar agua y grano a los molinos de los enemigos del comunismo, como el demócrata y republicano Carlos Heinzen (1809-1880), que acusaba a los comunistas de tergiversar el significado de las palabras "factor político", demostrando que eran, de hecho, "los servidores del absolutismo".

Además del ataque a los "verdaderos" socialistas, el capítulo que glosamos contiene también una crítica de la filosofía alemana en aquello en que refleja las influencias del pensamiento revolucionario francés. A la cabeza de esta filosofía figura Kant, con su declaración de que los postulados de la Revolución francesa no eran más que los postulados generales de la "razón práctica". Marx y Engels explican esta opinión de Kant como fruto de las peculiaridades del desarrollo económico de Alemania, peculiaridades que favorecieron la persistencia de la pequeña burguesía.

"Las condiciones de Alemania a fines del siglo XVIII se hallan perfectamente reflejadas en la *Crítica de la razón práctica,* de Kant. La burguesía francesa había subido al Poder por obra de la más formidable revolución que conoce la historia, invadiendo victoriosamente el continente europeo; la burguesía inglesa, ya políticamente emancipada, había revolucionado la industria, sometido a la India a su cetro político y subyugado come'rcialmen- te a todo el resto del mundo; pero la burguesía alemana, impotente, no podía acreditar más que "buena voluntad". Kant se conformó con esta "buena voluntad", aun cuando se quedara en pura intención; la realización de esa buena voluntad, la instauración de un régimen de armonía entre las necesidades y los impulsos de los individuos se lograría en un mundo mejor. La "buena voluntad" de Kant se hallaba perfectamente a tono con la impotencia, con la sumisión y esterilidad de los ciudadanos alemanes, cuyos pequeños intereses eran incapaces de desarrollarse sobre una escala general hasta convertirse en los intereses nacionales de la clase, razón por la cual los

burgueses de las demás naciones los explotaban constantemente. A estos pequeños intereses locales correspondían, por un lado, el apocamiento local y provincial de los ciudadanos alemanes, *y* por otro, sus infatuadas ideas cosmopolitas.

Hablando en términos generales, el desarrollo de Alemania desde la Reforma había sido en todo y por todo pequeñoburgués. Los representantes de la aristocracia feudal habían desaparecido, en su mayoría, durante las guerras de los campesinos. Los que quedaban se dividían en dos clases. Algunos eran pequeños príncipes que no reconocían más soberano que el emperador y que fueron adquiriendo gradualmente una relativa independencia, la cual les permitía erigirse en monarcas absolutos de sus minúsculos estados. Otros eran pequeños propietarios, y éstos se subdividían, a su vez, en dos categorías. Muchos de ellos prestaban sus servicios al Gobierno, viviendo como oficiales del ejército o funcionarios del Estado. Los demás eran un tropel de hidalgos venidos a menos y que llevaban una existencia tan mísera, que el hacendado inglés con menos pretensiones o cualquier *gentilhombre de pro- vince* francés la hubiera desdeñado. La agricultura no se desarrollaba en grande ni en pequeña escala, sino en una forma intermedia, que compartía los defectos de ambas. Y a pesar de que persistía la servidumbre de la gleba con todas sus ignominias, los campesinos no pugnaban por emanciparse, en parte porque los métodos de cultivo no eran los más adecuados para fomentar la formación de una clase revolucionaria, y en parte porque no existía una burguesía revolucionaria que respaldara a la clase campesina." (Marx contra Stirner, en *Documentos de socialismo,* t. II, pág. 170.)

En algún otro sitio, Marx pone de relieve las causas que impedían el desarrollo de la burguesía industrial alemana. Las nuevas rutas comerciales abiertas en el siglo xvi y que determinaron la decadencia de la industria y el comercio medievales en el momento preciso en que se abrían los horizontes de un nuevo mercado mundial y cuando la manufactura comenzaba a surgir en Inglaterra, Francia y Holanda; las consecuencias de la Guerra de los Treinta Años (1618-1648), que despobló el campo alemán, haciéndolo retroceder en ciertas comarcas a un estado de barbarie; la naturaleza peculiar de ciertas industrias (como la del lino, por ejemplo) que comenzaron a revivir hacia fines del siglo xvni, aunque sujetas todavía a condiciones patriarcales; la naturaleza de las exportaciones, que versaban principalmente sobre productos agrícolas y que impulsaban el desarrollo de una vasta clase de terratenientes hostil a la burguesía de las ciudades: todo contribuyó a estorbar el desarrollo de la burguesía alemana y su expresión política.

"A la falta de cohesión de los intereses correspondía la falta de cohesión en la organización política, y esto hacía que Alemania fuese un mosaico de pequeños principados y de ciudades imperiales libres. No podía existir concentración política en un país en que faltaban todas las condiciones económicas determinantes de esa concentración." (Obra cit., pág. 171.)

De aquí que lo que nos encontramos en la Alemania de aquellos tiempos sea el predominio del Estado y de la burocracia, predominio fomentado por la monarquía y que asume formas particularmente falsas y grotescas. El Estado se manifestaba como un

Poder independiente encarnado en la burocracia. Esto explica la incorruptibilidad oficial, virtud característica de Alemania; las ilusiones estatales, tan generalizadas también en este país, y la independencia aparente de los teóricos de los derechos del Estado, que tejían sus doctrinas sin tener en cuenta para nada los intereses de la burguesía.

"El liberalismo francés, basado en los intereses reales de clase, asumió también una forma peculiar al pisar el suelo de Alemania. También las obras de Kant sirven aquí de ejemplo. Ni él ni los ciudadanos alemanes, cuyo pensamiento interpretaba, advertían que por debajo de aquellas ideas teóricas de la burguesía fluían intereses materiales y una voluntad específica determinada por las condiciones materiales de la producción. Por eso, Kant separaba la expresión teórica de los intereses que defendía, y veía en los actos de voluntad con contenido material de la burguesía francesa voliciones puras del "libre albedrío", de la voluntad humana incondicionada. De este modo, la expresión teórica se convertía en sus manos en un concepto puramente ideológico, en un postulado moral. De aquí que la pequeña burguesía alemana se replegase horrorizada ante el expeditivo liberalismo burgués tan pronto como éste comenzó a manifestarse en el reinado del terror y en la batida franca contra la riqueza." (Obra cit., págs. 171-172.)

El liberalismo alemán (que hasta entonces no había sido más que un sueño acerca del liberalismo abstracto, y no, ni mucho menos, la filosofía de la burguesía que luchaba por sus intereses de clase) no comenzó a adquirir una forma concreta hasta después de la revolución de julio. "La intensidad cada vez mayor de la competencia extranjera y el desarrollo del comercio mundial, que llegó un momento en que Alemania no pudo ya eludir, la obligaron por fin a recoger sus dispersos intereses locales para organizados en una forma sistemática. Los ciudadanos alemanes, sobre todo desde 1840, comenzaron a pensar en instaurar una base sólida para esos intereses comunes, se hicieron nacionalistas y empezaron a clamar por constituciones y aranceles protectores." (Obra cit., pág. 172.)

En estas circunstancias comenzó a dar señales de vida poco a poco el "verdadero" socialismo, a medida que los intereses reales, aunque no del todo gratos, de la burguesía alemana iban asomando las narices por encima de las galas apelilladas de la vieja filosofía, y las relaciones entre la burguesía industrial, cada día más poderosa, y la aristocracia feudal se iban haciendo más tirantes (por mucho que esta tirantez quisiera velarse haciendo a cada paso protestas de reverencia servil hacia el monarca). Los "verdaderos" socialistas, Grün y consortes, arreciaban también, paralelamente y con furia redoblada, en sus acusaciones contra el liberalismo de su tiempo, privando a los obreros alemanes de la oportunidad de formular un programa político propio.

La conocida réplica de Marx a Heinzen puede aplicarse también perfectamente a Grün: "Al proletariado no le interesa saber si el bienestar del pueblo es fin primordial o secundario para la burguesía, ni si ésta quiere o no utilizar al proletariado como carne de cañón. Al proletariado no le interesa saber qué es lo que quiere la burguesía, sino lo que la burguesía está obligada a querer. El verdadero problema está en saber qué sistema político ofrecerá al proletariado un camino más expedito para la consecución de sus

propios fines: si el sistema político reinante, en el que impera la burocracia, o el sistema que los liberales tratan de establecer, el régimen de la burguesía. Basta comparar la posición política que ocupa el proletariado en Inglaterra, en los Estados Unidos y en Francia con la que ocupa en Alemania, para convencerse de que la conquista del Poder por la burguesía no sólo brindará al proletariado nuevas armas para luchar contra ella, sino que lo colocará en una posición completamente nueva, en la posición de un partido reconocido."

Este fué el punto de vista desde el que Marx y Engels libraron sus más duras batallas contra el "verdadero" socialismo, que se transformó, como era lógico que lo hiciera, en el ideario de la pequeña burguesía alemana, agobiada bajo el yugo de las instituciones feudales, a la par que alarmada ante la posibilidad del triunfo político de la burguesía industrial.

Cierto es que lo sucedido en 1848 demostró que no sólo la burguesía alemana (divorciada del proletariado ya antes de que éste se constituyese, políticamente hablando, en clase independiente), sino también la francesa y la inglesa, se disponían a renunciar apresuradamente a sus reivindicaciones tan pronto como se evidenciara que el proletariado hacía de la revolución burguesa el punto de partida para su propia revolución; pero esto no sirvió más que para engendrar una nueva táctica más a tono con las circunstancias.

53. *Proudhon.*

Veíamos que el Manifiesto presenta a Sismondi como representante típico del socialismo pequeñoburgués. A muchos lectores sorprenderá que se destaque a Proudhon como el representante más caracterizado del socialismo burgués o conservador, pues es corriente considerar a este escritor íntimamente identificado con el pensamiento pequeñoburgués. Una prueba más de que esta clasificación específica del Manifiesto no tiene hoy más que un valor puramente histórico.

Proudhon nació en 1809, y por consiguiente le llevaba a Marx cerca de diez años. Sus dos obras más importantes son *Qu'est ce que la propriété?* (¿Qué es la propiedad?), publicada en 1840, y *Système des contradictions économiques ou philoso- phie de la misére* (Sistema de las contradicciones económicas o filosofía de la miseria), publicada en 1846. Al morir Proudhon en 1865, Marx escribió que el muerto era ya por el año 1847 un "filósofo de la miseria", cuyas doctrinas tenían un marcado sabor de "socialismo pequeñoburgués".

Durante algún tiempo, Marx guardó el mayor respeto hacia las ideas de Proudhon. En *La Sagrada Familia* (1845) habla de él como de un revolucionario en el campo de la economía política. "Proudhon somete ahora la propiedad privada, que es la base de la economía política, a un examen crítico, el primer examen de carácter decisivo, implacable y al mismo tiempo científico que se haya trazado. Tal es el gran adelanto científico que debemos a Proudhon, un adelanto que revoluciona la economía política,

haciendo de ella, por primera vez, una verdadera ciencia." *(Escritos varios,* ed. Mehring, t. II, pág. 127.)

En una carta dirigida al periódico titulado *El Socialdemócrata,* en enero de 1865, Marx habla ya de la obra de Proudhon en términos completamente distintos: "La impertinencia de su libro se patentiza ya en su mismo título. El problema está erróneamente planteado y, por consiguiente, mal resuelto. El régimen clásico de la propiedad ha desaparecido para transformarse en el "régimen feudal", del mismo modo que el régimen feudal se ha transformado en el "régimen burgués". He ahí la suma y la substancia de su crítica acerca del viejo régimen de la propiedad. Proudhon se ocupó realmente de la propiedad actual, de la propiedad burguesa moderna. Pero la pregunta de ¿qué es esta propiedad? no podía contestarse más que procediendo a un análisis crítico de la economía política, a un análisis que enfocase este régimen de propiedad, no en un sentido jurídico precisamente, como un conjunto de relaciones voluntarias, sino en su verdadera forma de relaciones productivas. Pero como Proudhon resumía todas estas relaciones económicas bajo el concepto jurídico general de la propiedad, le era imposible llegar más allá de la conclusión a que había llegado ya Brissot (1754-1793), mucho antes que él (antes de 1789), en una obra parecida a la suya, diciendo con las mismas palabras de Proudhon: "la propiedad es el robo". (Reproducido en la introducción a las últimas ediciones alemanas de *Misere de la Philosophie: Das Elend der Philosophie,* Dietz, Stuttgart, 1885, pág. 28.)

Durante el largo intervalo que media entre estos dos puntos de vista encontrados habían visto la luz dos libros importantes: la *Philosophie de la Misere* (Filosofía de la miseria), de Proudhon, y la réplica de Marx a esta obra. En su obra titulada *La Sagrada Familia,* aunque escrita ya desde el punto de vista proletario, Marx empieza a desplazar sus investigaciones desde el campo de la crítica filosófica y jurídica al reino de la economía política.

Lo mismo en 1840 que en 1846 (fechas de publicación de sus dos libros), Proudhon se revela como un pequeñoburgués, pero con esta diferencia: que en su primera obra critica la sociedad burguesa desde el punto de vista del pequeño propietario rural, mientras que más tarde, en la *Filosofía de la miseria,* abraza los intereses del pequeñoburgués, que oscila entre el pequeño productor y el obrero. De ahí provienen todas sus contradicciones. Proudhon quería reformar la sociedad hurgue- sa, pero sus reformas aspiraban a borrar los antagonismos de clase que pugnaban en su seno, para transformarla en una sociedad burguesa ideal. Unicamente en este sentido puede clasificarse a Proudhon, a diferencia de Sismondi (primer representante del, socialismo pequeñoburgués *reaccionario,* empeñado en volver atrás el carro de la historia), como paladín del socialismo *conservador* pequeñoburgués. Después de la revolución de 1848, Proudhon rectificó nuevamente sus doctrinas. Fué entonces cuando desplegó su sistema de "mutualismo", que es en el que suele pensarse hoy generalmente cuando se habla de proudhonismo. El proyecto proudhoniano representó un gran papel en la historia de la Asociación Obrera Internacional. Estas doctrinas asumieron forma concreta poco

después de 1860, cuando Proudhon adaptó por primera vez sus ideas a las necesidades del proletariado urbano. Esta adaptación obedeció en gran parte a la presión del movimiento, cada vez más pujante, de la clase obrera. El sistema mutualista aparece desarrollado en la obra postuma de Proudhon titulada *La capacité politique de la classe ouvriére* (París, 1873). En este libro se habla de la necesidad de dar al proletariado una organización independiente como clase; sin embargo, Proudhon sigue condenando las huelgas y se declara contrario a la participación directa de los obreros en la lucha política. Proudhon fué siempre enemigo del comunismo, al que oponía el mutualismo y la cooperación, y pisó en el terreno del socialismo pequeñoburgués hasta el final de sus días.

54. *La filantropía burguesa.*

La cuarta y quinta década del siglo XVIII marcan el apogeo de la filantropía burguesa en la Europa occidental. El pauperismo era el peor enemigo de la humanidad y había que combatirlo. Los escritos acerca de la pobreza, la "maldición que pesa sobre el proletariado", etc., aumentan de año en año, paralelamente con el aumento del número de huelgas y de motines en el interior de las fábricas.

Entre estas personas de buena fe había no pocos "volatineros" que vivían de traficar con la caridad. Los que sinceramente apetecían que mejorase la situación de los trabajadores fundaban ligas, sociedades, organizaciones caritativas y de beneficencia para ayudar a la clase obrera. Estos filántropos tenían, sin embargo, un cuidado exquisito en evitar todo lo que pudiera "fomentar la rebeldía de los obreros contra sus condiciones de vida" o llevarlos a organizarse para la defensa de sus intereses. Alguien presentó un proyecto encaminado a premiar la laboriosidad de los obreros en las fábricas, pero no llegó a realizarse. Las "sociedades de templanza" incluían en sus programas la aspiración de levantar el nivel moral de vida de los trabajadores. La filantropía práctica se completaba con la teoría filantrópica.

"La escuela filantrópica es la más desarrollada de todas las escuelas humanitarias. Sus secuaces niegan que exista ninguna necesidad de antagonismo (entre ricos y pobres). Aspiran a colocar a todo el mundo en un nivel burgués y profesan una teoría que quisieran ver realizada en aquello en que la teoría puede diferir de la práctica y liberarse de los antagonismos de clase que gobiernan la realidad. Desde luego, en el campo teórico es muy fácil ignorar las contradicciones con que en la vida real tropezamos a cada paso. Por eso la teoría filantrópica aspira a ser la realidad idealizada. Los filántropos desean mantener las categorías que son expresión de las condiciones burguesas, al mismo tiempo que se empeñan en hacer desaparecer las contradicciones que forman la esencia de este régimen, del cual son inseparables. Y aun cuando se figuran estar atacando muy seriamente las prácticas de la burguesía, los filántropos son en realidad más burgueses todavía que los demás burgueses." *(Misére de la Philosophie,* pág. 173.)

En su discurso sobre el librecambio, Marx retrata brillantemente a los economistas que cantan a la libertad del tráfico mercantil... ¡en interés de la clase trabajadora! "Verdaderamente —dice Marx— es difícil de comprender la asombrosa suposición de que parten los librecambistas al afirmar que un mejor empleo del capital pondría fin a los antagonismos que median entre los capitalistas y los obreros. El resultado sería precisamente el contrario. Sería, y no podría ser otro, acentuar más todavía la división' entre las dos clases."

En el congreso de economistas celebrado en Bruselas durante el mes de septiembre de 1847, Rittinghausen (1814-1890) —un socialista que, andando el tiempo, había de adquirir considerable fama como adalid del referéndum y de la libre iniciativa— salió en defensa de los aranceles protectores. ¡En interés, claro está, de la clase trabajadora! La *Gaceta Alemana de Bruselas,* comentando el discurso de Rittinghausen, observaba que podía pasar perfectamente por una alocución del proteccionista burgués Federico List (1789-1846), si bien las arengas de éste solían ser más amenas y brillantes.

Coincidiendo con ese congreso, y en la misma ciudad, se celebró otro encaminado a promover la reforma de la legislación penal. Los filantrópicos abogados de la reforma penal sostenían que el sistema unicelular o de reclusión solitaria era el mejor medio para elevar el nivel moral de los criminales de la clase obrera. Por fin, los congresistas decidieron fundar una sociedad internacional destinada a mejorar la suerte de la clase proletaria y de los pobres. "Prisiones celulares. . . en interés de la clase trabajadora (!-)".

55. *Bábeuí.*

Cuando Eduardo Bernstein comenzó a atacar al marxismo revolucionario, trató de demostrar que Marx y Engels no eran, en el fondo, más que discípulos espirituales de Blanqui (1798-1854), que a su vez era pura Y simplemente un "babuviano" (discípulo de Babeuf, 1760-1797). Berástein apoyaba su tesis en el hecho de que en toda la literatura socialista no existiese ninguna crítica de las teorías de Babeuf.

Charles Andler, sin embargo, está seguro de que, aunque las ideas de Babeuf no aparezcan directamente discutidas en el Manifiesto, este autor se halla clasificado implícitamente entre los reaccionarios, como uno de aquellos paladines que "predicaron el ascetismo universal y una igualdad primitiva". (Andler, *Le Manifesté Communiste,* pág. 191).

En el Manifiesto no sólo no se toman en consideración las doctrinas de Babeuf, sino que no se hace tampoco la más leve referencia a las de Blanqui. En el capítulo correspondiente al socialismo y comunismo crítico-utópico, el Manifiesto no menciona a los comunistas revolucionarios ni alude tampoco para nada a los comunistas materialistas franceses. No sé hace la menor mención de comunistas como Gay y Dézamy. El mismo Cabet (1788-1856) aparece aludido indirectamente, a pesar de ser el único comunista contemporáneo cuyas obras tuvieron presentes, indudablemente, los autores del Manifiesto al escribir el mentado capítulo.

Babeuf no fué nunca un teórico del comunismo, tesis que puede aplicarse también, con mucha más razón, a Blanqui. "Presentar a Babeuf como el exponente teórico del comunismo no podía caber más que en la cabeza de un maestro de escuela de Berlín." (Marx contra Stimer, en *Documentos de socialismo,* eds. por Bernstein, t. III, págs. 309-310.)

Sin embargo, en 1845, Marx asignaba un importante papel a Babeuf en la historia del pensamiento socialista.

Al explicar al demócrata Garlos Heinzen toda la importancia que habían tenido las ideas socialistas en el curso de la Revolución francesa, Marx subraya la labor de Babeuf, calificándolo de defensor activo de los intereses proletarios. "El primer partido comunista verdaderamente efectivo se formó en el curso de la revolución burguesa, en el momento de ser derrocada la monarquía constitucional. Los comunistas dotados de mayor fuerza dialéctica (los "niveladores" en Inglaterra, y Babeuf, Buonarroti y otros en Francia) fueron los primeros que hicieron hincapié en la cuestión social. En *Gracchus Babeuf et la conjuration des égaux,* obra escrita por el amigo y camarada de Babeuf, Buonarroti, se pone de manifiesto cómo aquellos republicanos llegaron a comprender por experiencia que, aun cuando fuese posible resolver "problemas sociales" como los de república contra monarquía, esto no solucionaría ni una sola "cuestión social", en el sentido proletario de la palabra." (Marx, *Escritos varios,* t. II, pág. 548.)

Hacia fines de la tercera década del siglo xvm, cuando (bajo la dirección intelectual de Buonarroti, que predicaba el viejo evangelio de la igualdad) los babuvistas intervinieron en el movimiento revolucionario francés, este .grupo fue separándose cada vez más de aquellos que mostraban tendencias puramente republicanas y asociándose cada vez más íntimamente con los círculos comunistas proletarios. Antes de la revolución de 1848, los babuvistas se veían obligados a desarrollar secretamente sus actividades. Luego, durante las jornadas de febrero, ejercieron una influencia decisiva, logrando mantenerla hasta el final del movimiento, en junio. Dirigidos por Blanqui (que acababa de salir de la cárcel), contribuyeron a la formación de un partido proletario verdaderamente potente.

Como vemos, la importancia de las enseñanzas de Babeuf no está precisamente en el campo de las ideas ni de los sistemas comunistas, sino en el terreno de las organizaciones proletarias y su táctica, en la redacción de un programa en que se cifran las medidas fundamentales para el período de la dictadura del proletariado. Precisamente por la importancia que ejercían en este campo, pudieron convertirse los babuvistas en un partido revolucionario, a pesar de que en los escritos de muchos de ellos nos encontramos con una serie de ideas reaccionarias sobre el "ascetismo universal y la igualdad primitiva". Marx dijo en una ocasión que el materialismo babuvista era un materialismo "grosero y sin desbastar".

Engels demuestra que el ascetismo no sólo es característica de todos los levantamientos de la Edad Media, sino que da también un tinte religioso al movimiento proletario moderno en sus primeros pasos. "Este puritanismo ascético, esta insistencia en renunciar a todos los placeres y alegrías de la vida, representa, de un lado, una restauración

del principio espartano de la igualdad contra las clases dirigentes, y es, de otro, una etapa necesaria de transición, sin la cual los sectores inferiores de la sociedad son incapaces de ponerse en marcha. Si los individuos de esta clase han de arreciar en sus energías revolucionarias, si han de llegar a darse cuenta de que su posición tiene que ser de hostilidad contra todos los demás elementos de la sociedad, si han de unirse y concentrarse en una sola clase, es necesario que empiecen por desprenderse de cuanto pueda reconciliarlos con el orden existente y que renuncien a los pequeños placeres que les permiten sobrellevar temporalmente su existencia y que ni aun la más fiera opresión puede arrebatarles. Este ascetismo plebeyo y proletario se distingue marcadamente, así en su acometividad fanática como en su verdadera esencia, del ascetismo burgués predicado por los moralistas luteranos y los puritanos ingleses, pues todo el secreto del ascetismo burgués reside en el medro de la propia clase. Advertiremos, además, que aquel ascetismo proletario y plebeyo va perdiendo poco a poco su carácter revolucionario, a medida que el desarrollo de las modernas fuerzas de producción multiplica en número ilimitado los placeres materiales, echando por tierra la igualdad espartana, y, sobre todo, a medida que la posición del proletariado y, por tanto, el proletariado mismo se tornan, con cada día que pasa, más revolucionarios." (Engels, *La guerra de los campesinos alemanes,* págs. 60-61.)

Entre los movimientos autónomos de esos sectores de la sociedad a quienes cabe considerar como precursores más o menos rudimentarios del proletariado moderno, Engels incluye, además de los "niveladores", o mejor dicho, la extrema ala izquierda de este movimiento durante la revolución inglesa y el grupo de Babeuf durante la Revolución francesa, la insurrección acaudillada por Tomás Miinzer (1490-1525) durante el período de la Reforma y la guerra de los campesinos en Alemania, insurrección en que explotó el descontento reinante entre los elementos proletarios de la población plebeya de Turingia. "La filosofía religiosa de Münzer rayaba en el ateísmo, del mismo modo que su programa político presentaba gran afinidad con el comunismo. En vísperas de la revolución de febrero (1848) había aún sectas comunistas cuyo arsenal teórico se hallaba todavía peor pertrechado que el de Münzer y sus secuaces en el siglo xvi." (Engels, obra citada, pág. 54.)

Las primeras aspiraciones utópicas hacia una sociedad ideal se revelaron en el siglo xvi, como protesta contra el desarrollo incipiente del capitalismo. Portavoz de estas aspiraciones, cuyas raíces se hallaban en el propio suelo del capitalismo, fué Tomás Moro (1478-1535). Su *Utopía* vió la luz en 1516. Le siguió Tomás Campanella (1568-1639), con su *Ciudad del Sol (Civitas Solis)* en 1623.

En el curso del siglo XVIII, las teorías comunistas tuvieron su abogado en Meslier (1664-1729), un pobre cura parroquial, y en Morelly (se desconocen las fechas de su muerte y de su nacimiento: sus libros *se publicaron de 1743 a 1755).

En las teorías de estos hombres basaron Babeuf y los que le seguían su critica de las desigualdades existentes y sus reivindicaciones prácticas.

56. *Los grandes utopistas.*

Los sistemas erigidos por Saint-Simon (1760-1825), Fourier (1772-1837) y Owen (1771-1858) pertenecen al siglo xix. Todos ellos se inspiraron en la Gran Revolución francesa y desplegaron sus actividades impulsados por las condiciones creadas por la gran industria.

No fue Engels el único que puso de relieve lo mucho que el socialismo científico debe a estos tres grandes utopistas. "Los exponentes del socialismo científico alemán no olvidarán nunca lo mucho que deben a Fourier, Saint-Simon y Owen. Estos tres hombres, por fantásticas y utópicas que fuesen sus doctrinas, deben ser clasificados entre los pensadores más fecundos de todas las épocas. Hombres de genio profético, esbozaron no pocas de las ideas que nosotros podemos ya asentar hoy sobre bases firmes y científicas."

Las obras de los grandes utopistas eran, ante todo y sobre todo, descripciones de un país imaginario. Sin embargo; su crítica de la sociedad burguesa llegaba a lo más hondo de sus raíces y contribuyó no poco a despertar la conciencia de los obreros. Más aún: tan pronto como desnudamos sus escritos de las galas utópicas nos encontramos con preciosas indicaciones referentes a las medidas de carácter positivo por las que el proletariado debe luchar en tiempos de revolución social.

Estos tres grandes utopistas no ejercieron, sin embargo, la misma influencia sobre los fundadores del socialismo científico. .

La influencia ejercida por Saint-Simon fué escasa, sobre todo en lo que a Marx se refiere. Engels reconoce que la defensa que Saint-Simon hacía de los obreros era perfectamente compatible con las aspiraciones burguesas. En un principio, Saint-Simon se alzó como defensor de la sociedad industrial Contra el feudalismo. Dividió a la sociedad en tres clases: la clase feudal, la clase media y la clase industrial. En esta última'incluía no sólo a los obreros, sino también a los dueños de fábricas, a los comerciantes y, en general, a todos los capitalistas industriales. Estos magnates industriales, guiados por los sabios, los científicos, estaban, según él, llamados a ser los grandes paladines de la futura sociedad. "No debemos olvidar que sólo en su última obra *(Le Nouveau Christianisme,* 1825) abogaba Saint-Simon por la causa de los obreros, declarando que su emancipación era la meta final de todas sus actividades. Sus escritos anteriores no son más que panegíricos de la moderna sociedad burguesa, por oposición a la sociedad feudal, de los industriales y banqueros frente a los mariscales de campo y los legisladores de la era napoleónica. Entre sus manifestaciones y las de Owen, cuyas obras aparecieron casi al mismo tiempo, media un abismo." (Marx, *Capital,* 4'[1] ed., t. III, 2o. parte, pág. 144.)

En una nota glosando estas manifestaciones de Marx, dice Engels que éste hubiera modificado considerablemente ese pasaje si hubiese podido revisar el manuscrito. Engels olvida, sin embargo, que, al escribir el *Anti-Diihring,* él mismo se vió obligado a subrayar estas declaraciones de Marx. Aunque sea cierto que Marx hablaba siempre elogiosamente de Saint-Simon refiriéndose a su genio y a su cultura enciclopédica, no

es menos cierto que, de todos los grandes utopistas, el que menos influencia ejerció sobre él fué Saint-Simon. Merece la pena advertir que ni en los tres volúmenes de *El Capital* ni en ninguna de las obras de Marx aparece citado nunca Saint-Simon en apoyo de sus opiniones.

Cuando Marx se entregó al estudio de los sistemas socialistas tenía ya detrás una experiencia de vida, adquirida en la campaña contra el régimen social del feudalismo prusiano, campaña en la que luchó mano a mano con los representantes de la nueva burguesía industrial de las provincias del Rin. Marx llegó a la conclusión de que no bastaba con criticar el orden social en términos generales; para él, el arma crítica principal debía ser la económica. Y esto fué lo que le alejó de Saint-Simon para acercarle a Fourier y a Owen, cuyas obras, en lo que a la crítica social se refería, tenía en mucha más estima que las del autor del *Nuevo eristianismo.*

Tan ridículo es suponer que Marx era discípulo de Saint- Simón en su interpretación materialista de la historia, como sostener que le seguía en el campo de la economía política (como le seguía Rodbertus, por ejemplo).

Engels se aprovechó de los servicios de Saint-Simon hasta donde le fué posible, lo mismo que de los de Fourier y Owen; pero también él tuvo que reconocer que Saint-Simon, a pesar de haber tocado en la esencia de casi todas las teorías socialistas posteriores, había fracasado en el campo de la economía política.

Sólo en un punto —y el propio Manifiesto lo subraya— puede decirse que Saint-Simon se anticipó a Marx: en la idea de transformar el Estado en un simple organismo administrativo del proceso de producción. "En 1816, Saint-Simon declaró que la política era la ciencia de la producción y predijo la fusión completa de la política con la economía. El hecho de que las condiciones económicas son la base de las instituciones políticas, sólo aparece aquí delineado. Pero tenemos ya la afirmación concreta de que el gobierno político sobre las personas se transformará, llegado un momento, en la gestión administrativa de las cosas y en la dirección de los procesos de producción. La abolición del Estado, que tanto se pregona hoy, aparece claramente esbozada en Saint-Simon." (Engels, *Anti-Dühring,* página 277.)

He ahí por qué la filosofía de Saint-Simon y sus teorías históricas no pudieron influir sobre Marx, que en 1842 era ya un materialista más convencido que lo había estado nunca del idealismo. Fourier y Owen, materialistas también, ocupan una posición completamente distinta respecto a Marx. Sin un materialismo lógicamente mantenido y consecuente, sin una visión de las cosas que limpie de telarañas místicas el campo de las relaciones sociales y de la historia humana, no puede haber comunismo verdadero.

Basta comparar lo que Engels dice de Fourier con la opinión que exterioriza respecto a Saint-Simon, para comprender lo fácil que le era encontrar palabras y hechos acreditativos de los servicios prestados a la ciencia social por Fourier, y el trabajo que le costaba descubrir en las obras de Saint-Simon ninguna cualidad digna de encomio en este sentido. Lo cierto es que Fourier ejerció bastante influencia lo mismo sobre Marx que sobre Engels.

En *La Sagrada Familia* y en otros muchos escritos suyos, Marx cita con frecuencia a Fourier en apoyo de sus opiniones. Califica de "maestra" su crítica de la familia y del matrimonio en la sociedad burguesa, y reputa sus ideas sobre educación como las "mejores que existen en esa materia, llenas de agudeza y profundidad".

En 1846, Engels contrastaba ya las enseñanzas de tourier con las de los exponentes del "verdadero" socialismo alemán, y decidió emprender la publicación de las obras más importantes del utopista francés, traducidas al alemán. Pero este plan no llegó a convertirsfe en realidad, y Engels hubo de contentarse con publicar la traducción de un artículo de Fourier sobre el comercio. Qué profundo conocimiento tenía Engels de las obras de Fourier lo demuestra el brillante retrato que traza del socialista francés, y en el que se advierte no sólo un gran respeto, sino también una gran simpatía personal hacia el eminente utopista.

He aquí la semblanza:

"Las obras de Fourier contienen una crítica de las condiciones sociales imperantes, crítica que no por estar brillantemente escrita deja de ser profunda, como podría esperarse de un francés. Ataca a la burguesía de un modo tajante, citando a sus inspirados profetas de los días prerrevolucionarios y a sus sicofantes de la república. Fourier demuestra de un modo inexorable cuán empobrecido vive el mundo burgués, así en lo material como en lo moral, a pesar de todas las brillantes promesas de la época enciclopedista, cuyos apóstoles solían predicar de una sociedad futura en la que reinaría la razón y la civilización irradiaría por todas partes la dicha y perfeccionaría el género humano. Cita las hermosas frases de los idealistas burgueses de la época, comparándolas con las realidades y cubriéndolos de ridículo. Fourier no es solamente un crítico; su carácter jovial e incisivo hace de él un satírico, y uno de los más grandes que jamás existieron. Describe con gran ingenio y maestría el frenesí especulativo y el espíritu devorador del mercantilismo que sé "apoderó de Francia después de la revolución. Pero la crítica que traza de la evolución de las relaciones sexuales burguesas y de la posición de la mujer en la sociedad es todavía más notable. El fué quien sentó el axioma de que en la sociedad el grado de emancipación de la mujer refleja siempre el grado de emancipación general. Pero donde Fourier raya más alto es en la perspectiva que traza de la historia de la sociedad. Fourier divide el curso de la historia social en cuatro fases de desarrollo: el estado salvaje, la barbarie, el patriarca- lismo y la civilización. Esta última fase corresponde al período de la llamada sociedad burguesa; es el orden social que comienza con el siglo XVI. Fourier demuestra que "la civilización complica, arrecia y hace ambiguos e hipócritas todos aquellos vicios que en la barbarie se practicaban en una forma relativamente sencilla"; que la civilización se mueve en un círculo vicioso, en medio de contradicciones, que reproduce incesantemente sin lograr resolverlas, llevando a consecuencias que resultan ser siempre lo contrario de lo que persigue o de lo que profesa perseguir. Y así nos encontramos, por ejemplo, con que en la civilización la pobreza brota precisamente de la abundancia." (Engels, *Del socialismo como utopía al socialismo como ciencia,* pág. 22.)

La influencia ejercida por Owen sobre Engels no fué menor que la ejercida por Fourier. En su primer viaje a Inglaterra, Engels colaboró en el periódico de Owen titulado *El Nuevo Mundo Moral (New Moral World).* En Marx influyeron todavía más intensamente las ideas de Owen. En varias partes de *El Capital* se deja traslucir la importancia que Marx concedía al sistema de Owen, muy especialmente porque "Owen no sólo arranca en sus experimentos del sistema fabril, sino que declara que este sistema es, teóricamente, el punto de partida de la revolución social". *(Capital,* t. I, pág. 544, nota.) En este sentido, Owen ocupa en el socialismo científico un lugar más alto que Saínt-Simon y aun que Fourier, del mismo modo que en su tiempo Inglaterra era, como país capitalista, superior a Francia, donde la gran producción se hallaba todavía en mantillas. Después de pasar al campo comunista, Owen concentró sus ataques contra los principales obstáculos que se oponían a la transformación de la sociedad burguesa en una sociedad comunista; por eso arremetió principalmente contra la propiedad privada, contra la religión y contra las formas vigentes de matrimonio. Owen era un materialista convencido y basaba sus teorías en la idea de que el carácter humano obedecía a influencias exteriores y de que el hombre no poseía ninguna cualidad innata, ningún sentimiento ni conciencia moral adquiridos *a priori* o transmitidos por un poder sobrenatural. "Lo cierto es que la conciencia es un producto manufacturado, ni más ni menos que el algodón o cualquier otro artículo." Esta observación encierra un sentido más profundo que todos los pensamientos de los materialistas vulgares *y* antihistóricos juntos. Lo mismo en el campo teórico que en los dominios de la práctica, Owen prestó grandes servicios a la legislación obrera; fué el primero en abogar por la combinación del trabajo fabril con la educación de los niños empleados en la industria (el germen de las "escuelas de trabajo") y el iniciador de las cooperativas de producción y de distribución. Pero Owen no compartía las ilusiones de sus imitadores en punto a la importancia de estas reformas aisladas, que sólo consideraba como expedientes transitorios hacia el orden social comunista. Nadie, salvo Fourier, trabajó tan intensamente como él para descubrir los medios de poner fin al divorcio abierto entre el campo y la ciudad. Owen comprendía perfectamente la necesidad de llegar a una inteligencia mutua entre los trabajadores de la ciudad *y* del campo.

57. *Los comunistas franceses y alemanes.*

Etiénne Cabet (1788-1856), comunista y republicano francés, escribió una especie de fábula social, el *Viaje a Icaria (Voy age en Icarie),* que causó gran sensación en su tiempo. En vísperas de la revolución de febrero (1848) fletó una expedición utópica con el fin de fundar en los Estados Unidos de América una colonia de "icarios". Cabet confiaba en poder realizar sus sueños utópicos en el mismo seno de un orden social capitalista; su aspiración era edificar en suelo americano la Nueva Jerusalén. No contento con apelar a las simpatías burguesas, se dirigió a los obreros, entre los cuales encontró algunos dispuestos a apoyar la empresa. En 1847 había trazado ya los planes para la

fundación de su pequeña Icaria. Se dirigió en busca de apoyo a varias organizaciones obreras, entre otras a la Asociación Comunista de Cultura Obrera de Londres, cuyos miembros más destacados (Bauer, Molí, Schapper, Lessner, etc.) tuvieron una parte tan importante en la creación de la Liga Comunista. Pero aun reconociendo los servicios prestados por Cabet a la lucha proletaria, los miembros de la Asociación Comunista de Cultura Obrera se declararon en contra de sus planes. Razonaban la negativa diciendo que la bancarrota inevitable en que acabarían esos planes no serviría más que para llenar de regocijo a la burguesía y que, aun para comunistas, la propiedad colectiva que él proponía era irrealizable sin el indispensable período de transición durante el cual se iría haciendo desaparecer gradualmente la propiedad privada; a su juicio, Cabet se obstinaba en cosechar sin haber sembrado. Nuestro Icaro se trasladó a Londres con el fin de convencer a los comunistas de la viabilidad de sus planes, pero fué en vano. El espíritu de la farsa enseñó su mueca grotesca en cuanto los aventureros se hicieron a la mar. Cuando levantó anclas el barco de los expedicionarios de Icaria se oían ya los primeros rumores de las tormentas revolucionarias de 1848. A la primera expedición, compuesta por 1.500 icarios, siguieron, en el curso del mismo año, otros destacamentos. Aquellas gentes utópicas abandonaban el viejo mundo cuando todo se hallaba forcejeando con la revolución, para regresar, pocos años más tarde, a su tierra natal vencidos y desilusionados.

Aparte de estos ilusos que soñaban con llevar a cabo la transformación de la sociedad por métodos pacíficos, en Francia y Alemania había algunos otros comunistas de tendencias revolucionarias. La figura más notable de todos los comunistas que precedieron a Marx y Engels fué Guillermo Weitling (1808-1870), de oficio sastre. Aunque el Manifiesto no mencione su nombre, le incluye indudablemente en el grupo dominado por las ideas de Babeuf. Más aún. En el primer capítulo del Manifiesto hay un pasaje que se refiere evidentemente a Weitling, que, lo mismo que Bakunin, asignaba un papel importante al proletariado andrajoso o *lumpenproletariat,* viendo
en este sector el elemento más leal y seguro de la revolución. Como Fourier, Weitling comienza su crítica del orden social analizando las pasiones y necesidades de la humanidad. En la construcción de su plan de sociedad futura reserva un puesto de primer plano a los representantes de las ciencias aplicadas. Para él, el mejor medio para instaurar un nuevo orden social era llevar el desorden social existente a un extremo tal, que la paciencia del pueblo llegara a agotarse. Weitling no se resignaba a admitir la idea de un período de transición durante el cual (en Alemania, donde no había estallado todavía la revolución burguesa) la burguesía actuara como clase dirigente. Esta disparidad de criterio fue la causa principal de su ruptura con Marx, que había sido uno de los primeros en saludar con palabras encomiásticas la aparición de su libro *Garantías de la armonía y la libertad* (1842). Marx habla de esta obra como de "un gigantesco y brillante debut de los obreros alemanes", destacándola sobre la medrosa y tímida mediocridad de la literatura política alemana de su tiempo. Weitling y Marx rompieron definitivamente el 30 de marzo de 1846, cerca de un año antes de fundarse

la Liga Comunista.

En Francia existía otro grupo comunista revolucionario que actuaba secretamente y que no dejó de funcionar ni aun después del fracaso de la intentona revolucionaria de mayo de 1839. En este alzamiento tomaron parte, además de Blanqui y de Barbes, los futuros fundadores de la organización comunista alemana. Los guías de este grupo de comunistas franceses, hombres que gozaban de gran predicamento en los medios obreros, eran Dézamy y sus camaradas.

En su interesante digresión sobre la historia del materialismo francés, Marx expone que la teoría comunista se deriva de la filosofía materialista francesa del siglo XVIII. Y escribe: "Fourier toma por punto de partida las doctrinas de los materialistas franceses. Los babuvistas eran materialistas groseros y sin desbastar, pero el comunismo progresivo se deriva, a pesar de todo, del materialismo francés. Nos encontramos con que estas doctrinas vuelven a Inglaterra, su país natal, después de haber asumido la forma que les imprimió Helvetius. Bentham construyó su sistema sobre las nociones morales de Helvetius; del mismo modo que Owen, partiendo del sistema de Bentham, llegó a ser el fundador del comunismo británico. Cabet, francés emigrado a Inglaterra, se sintió impresionado por las ideas comunistas que se agitaban entonces en aquel país y regresó a Francia para convertirse en el más popular, aunque también en el más superficial representante del comunismo en su patria. Al igual que Owen, los comunistas científicos franceses (Dézamy, Gay, etc.) desarrollaron la teoría materialista bajo la forma de un humanismo realista como la base lógica del comunismo." (Marx, *La Sagrada Familia,* VI, 3, d. Reproducido en *Escritos varios,* ed. Mehring, t. II, págs. 239-240.)

Dézamy, cuyo nombre aparece citado en algunos otros escritos de Marx, intervino activamente en los círculos comunistas obreros. Era un comunista de los pies a la cabeza, admirador convencido de Morelly, Babeuf y Buonarroti. Gomo Weitling, entró en contacto directo con el proletariado; pero era, a diferencia de éste, un materialista consecuente. Influido por los utopistas, sus precursores, trazó un plan detallado para la instauración de un orden social comunista, confiando en que la propaganda de este plan allanaría el camino para la transformación de la sociedad contemporánea en otra de tipo superior, es decir, en una sociedad de tipo comunista. Sin embargo, pese a estos proyectos utópicos, su crítica del régimen social burgués (que tiene cierto sabor de owenismo y fourierismo) ejerció indudablemente gran influencia sobre el pensamiento de Marx. En el mismo Manifiesto se percibe cierto eco de la crítica social de Dézamy. Dézamy y sus discípulos atrajeron a su lado gran cantidad de obreros, y los "comurtistas materialistas" de todos los matices desempeñaron, como hemos indicado ya, un papel muy importante en la labor subterránea que precedió a la revolución de 1848. Estos elementos fueron los que luego formaron la medula del partido blanquista.

Aparte de sus escritos menores sobre Lamennais y Cabet, los libros más notables de Dézamy fueron: *Codo de la commu- nauté* (1842), *Organisation de la liberté et du bienétre universel* (1846) y *Le jesuitismo vaincu et anéanti par le socialismo* (1845). Dézamy editó también un *Almanach de la communauté* para obreros.

58. *Cartistas y owenistas.*

A diferencia de Saint-Simon y Fourier, Owen, una vez que hubo roto con las ideas convencionales de la sociedad de su tiempo, se entregó en cuerpo y alma al movimiento proletario y luchó durante varios decenios mano a mano con los trabajadores. A pesar de esto continuaba siendo un utopista pacifista y se negaba a tomar parte en las actividades revolucionarias. No se le alcanzaba la necesidad de organizar a los obreros en un partido político independiente frente a los partidos políticos de la burguesía. Esto explica la actitud por él adoptada para con los cartistas, que luchaban por conquistar la plenitud de los derechos políticos para la clase obrera. En su obra sobre la situación de la clase trabajadora en Inglaterra, Engels nos pinta del modo siguiente las relaciones entre cartistas y owenistas durante los años 1850 y siguientes:

"Los socialistas (a diferencia de los comunistas) son totalmente dóciles y pacíficos y apoyan las condiciones de vida de la sociedad existente (por malas que sean), toda vez que se niegan a abrazar, para transformarlas, ningún método que no sea la senda pacífica de la persuasión. Al mismo tiempo, sus ideas son tan abstractas, que, presentadas en su forma actual, no se prestan para ganar adeptos... Los socialistas desconocen todo el proceso del desarrollo histórico y admiten la posibilidad de instaurar el comunismo en proporciones nacionales, sin pasar por un período de transición; creen en la posibilidad de implantarlo en bloque de la noche a la mañana. No comprenden que la marcha de los acontecimientos políticos impondrá la implantación de un régimen social comunista cuando la sociedad se halle madura para el cambio, cuando ese cambio se haga factible y necesario. Se explican que los obreros abriguen resentimientos contra los burgueses, pero no creen que este odio de clase pueda conducir a ningún resultado positivo. No ven que es precisamente ese resentimiento, que actúa como incentivo moral, el que más acercará al obrero a su meta. Su evangelio de filantropía universal es totalmente estéril, sobre todo bajo las condiciones que imperan actualmente en Inglaterra." (Engels, *Situación,* etc., págs. 239-240.)

Engels no cerraba los ojos a la evidencia de que los carlistas se hallaban todavía muy rezagados en su desarrollo. Sin embargo, reconocía que eran los auténticos proletarios, los que representaban real y verdaderamente los intereses de la clase obrera. Por eso creía esencial llegar a una inteligencia entre los socialistas y los carlistas, y él mismo laboró de firme por conseguir sellar esta alianza, poniéndose en contacto con los carlistas y los owenistas.

Por aquel entonces, los fourieristas, en colaboración con Considérant (1808-1893), cambiaron su viejo periódico titulado *La Phalange* por un diario con el título de *La Démocratic Pacifique.* Basta mencionar el nombre para indicar la ideología del periódico. Este órgano sostuvo una campaña en favor de las "reformas" y se convirtió en portavoz de los socialistas democráticos franceses. Como hubo de escribir Engels en *La Sagrada Familia,* aquello no era más que un fourierismo bañado en las teorías sociales de la

filantropía burguesa. Considérant, a quien algunos anarquistas gustan de presentar como maestro de Marx y Engels, acometió la empresa de reconciliar los intereses de las dos clases contrapuestas. En la cuarta década del siglo xvin profetizó ya "el derrumbamiento de la política francesa". Pero después de la revolución de 1848 continuó soñando con la fundación de un nuevo falansterio, que "convencería" por la ejemplaridad a la clase capitalista. Considérant se trasladó a Texas (México), donde fundó una colonia comunista llamada "La Reunión", que, como todos los intentos de la misma clase, no tardó en estrellarse contra la cruda realidad. Regresó a París en 1869, cuando la colonia se había deshecho ya en una lucha sin cuartel, y murió el 8 de mayo de 1893. Jamás abandonó, ni aun en su avanzada edad, los intereses de la clase obrera y acogió con la más fervorosa alegría el resurgir del movimiento proletario francés.

IV
ACTITUD DE LOS COMUNISTAS ANTE LOS OTROS PARTIDOS DE LA OPOSICION

59. *Los comunistas y las organizaciones proletarias de Inglaterra y de los Estados Unidos.*

En el segundo capítulo del Manifiesto se habla de las relaciones entre los comunistas y los demás partidos de la clase obrera. Ya hemos visto que los comunistas no constituyen un partido frente a los demás partidos obreros. Por consiguiente, dondequiera que exista un partido obrero, los comunistas forman simplemente un sector considerable dentro de ese partido, con la ventaja de que su disciplina teórica los capacita para comprender las condiciones, los avances y los resultados generales del movimiento. Así fué como los comunistas consiguieron hacer pesar su influencia sobre dos organizaciones obreras que florecieron a mediados del siglo pasado: los cartistas ingleses y los adalides de la reforma agraria en los Estados Unidos de América.

Después de la publicación del Manifiesto, Marx, y sobre todo Engels, que mantenían ya relaciones con los cartistas, estrecharon todavía más los lazos que les unían al ala comunista del carlismo, principalmente representada por Jorge Julián Harney (1817-1899) y Ernesto Jones (1819-1869). A fortalecer esa intimidad contribuyeron los miembros de la Liga Comunista londinense.

Los asuntos tomaron un giro completamente distinto en los Estados Unidos, donde la Liga Comunista no había logrado echar raíces independientes. Entre los obreros alemanes emigrados a los Estados Unidos, el que ejerció una influencia más notable fué Hermán Kriege (1820-1850), que se había trasladado a Norteamérica en 1845. Kriege estableció contacto directo con la organización americana titulada Asociación Nacional de Reformas, fundada en 1845 para servir de manto legal a la sociedad secreta llamada Joven América. Esta sociedad política se proponía como fin, según dice Engels, la instauración de un gobierno democrático que pudiera utilizarse como arma contra la

burguesía y en favor de la causa proletaria. No hay razón alguna para identificar, como lo hace And- ler, la Joven América con la Liga Antirrentista. Esta había sido fundada mucho antes, como fruto del potente movimiento agrario desarrollado en el Estado de Nueva York durante el año 1839.

Los agricultores tomaban sus fincas en arriendo de propietarios a quienes se había concedido miles y miles de acres arbitrariamente. Al principio la renta era moderada; pero la creciente voracidad de los herederos de los primitivos concesionarios iba apretando cada vez más los tornillos de los colonos y tratando de extraer un tributo cada vez mayor. Los agricultores, en vista de esto, entablaron una activa campaña contra la renta y estalló una revuelta agraria. Esta agitación encontró cauces más pacíficos en la Liga Antirrentista, que abrazaba procedimientos legales contra los abusos de los propietarios.

Los dirigentes de la Joven América intervinieron ahora en el movimiento, levantando, por medio de la Asociación Nacional de Reformas, un programa mucho más radical de condiciones agrarias. En este programa se pedía, entre otras cosas, la nacionalización de la tierra y el establecimiento de uh límite máximo de 160 acres para cada propietario.

En octubre de 1845, la Joven América celebró un congreso en Boston, invitando a él a la Asociación de Trabajadores de la Joven Inglaterra (que había comenzado a funcionar aquel mismo año). El congreso adoptó un programa en el cual se proclamaba el derecho a la vida y a la libertad, declarando, además, que todo hombre era acreedor a que se le entregase la cantidad de tierra necesaria para el sostenimiento de su familia.

Marx no se forjaba ilusiones en cuanto a la índole de este programa. Tanto él como los que compartían sus ideas protestaron contra Kriege por no tomar la reforma agraria como base del movimiento, por su insistencia en no darle una forma más definida, una mira más alta, tomándolo como pauta del movimiento comunista.

"Si Kriege hubiera concebido el movimiento de emancipación como una primera forma del nuevo movimiento proletario, necesaria bajo determinadas condiciones específicas, como un movimiento que, por las condiciones de vida de la clase de que arrancaba, estaba necesariamente destinado a desarrollarse hasta convertirse en un movimiento comunista; si hubiera demostrado cómo las tendencias comunistas en Norteamérica tenían que empezar forzosamente asumiendo esa forma agraria, aparentemente contraria a todo comunismo, no hubiéramos tenido nada que oponerle." *(Escritos varios,* t. II, págs. 421-422.) El primer resultado de este movimiento era acelerar el desarrollo industrial de la saciedad burguesa contemporánea. Pero como a la vez precipitaba el movimiento proletario y envolvía, además, un ataque contra la propiedad privada, Marx admitía que, visto en conjunto, aquella campaña tendía a promover la causa comunista.

Después de conseguir unas cuantas reformas mezquinas en el terreno de la legislación agraria, el movimiento se desvaneció. Fué, en substancia, una agitación de agricultores, y los pocos obreros industriales que tomaron parte en ella se vieron arrastrados a un movimiento de Vuelta al campo.

Durante los años de 1845 a 1848, Marx y Engels creyeron de primordial importancia ponerse en contacto con una organización que indudablemente ejercía gran influencia

sobre los obreros norteamericanos, aunque, como ya hemos visto en la controversia que Marx hubo de sostener con el demócrata Hein- zen, el primero profesaba una idea un poco exagerada respecto a la medida en que los proletarios contribuían a la agitación agraria.

"En Inglaterra, bajo el nombre de "carlistas", y en los Estados Unidos bajo el de "reformistas nacionales", los obreros crearon sus partidos políticos. Su grito de guerra ya no era monarquía o república. Para ellos, la alternativa era otra: régimen proletario o régimen burgués." *(Escritos varios,* pág. 146.)

Esta exagerada afirmación debíase a la falta de antecedentes.

En el siguiente episodio se trasluce la importancia que Marx y Engels concedían a este asunto. Los comunistas alemanes de Bruselas decidieron enviar a Kriege una circular criticando severamente su táctica en relación con el movimiento americano. Weitling fue el único miembro del grupo que se negó a firmar el documento. Esto determinó la ruptura entre los comunistas que se inclinaban a las ideas de Marx y los que, con Kriege a la cabeza, pugnaban por armonizar la labor revolucionaria con disertaciones morales y religiosas.

60. *Los comunistas y los radicales en Francia y en Suiza.*

Por aquel entonces, la democracia social estaba representada en Francia por Ledru-Rollin (1807-1874) y Luis Blanc (1811-1882). La tal democracia había de representar en 1848 el más afrentoso de los papeles. Sus secuaces salían de las filas del proletariado y de la pequeña burguesía. No tenían ninguna idea clara acerca de las condiciones que habían de presidir la emancipación de los obreros; todas sus esperanzas se cifraban en tópicos como "el derecho al trabajo", "la organización del trabajo", la creación de sociedades cooperativas de producción, etcétera.

Engels recomendaba frente a los socialdemócratas la táctica siguiente: "Por consiguiente, los comunistas, en momentos de acción, deberán llegar a una inteligencia con estos elementos socialistas democráticos y concertar con ellos una política momentánea lo más estrecha posible, siempre y cuando que estos socialistas no actúen al servicio de la burguesía dominante ni ataquen a los comunistas. Claro está que esta inteligencia para la acción no excluye la discusión acerca de las diferencias que los separan." *(Principios de comunismo,* respuesta a la pregunta 24. V. *infra,* Apéndice.)

El diario socialdemócrata francés más importante era *La Reforme.* Entre sus colaboradores se contaban Flocon, Luis Blanc, etc. Engels recibió el encargo de ponerse en contacto con los que dirigían el periódico, trabando así conocimiento con Flocon y Blanc. Para estrechar las relaciones con sus nuevos amigos envió al periódico algunos artículos acerca del movimiento proletario inglés.

En Suiza se aconsejaba a los comunistas apoyar a los radicales. Estos, a pesar de que formaban un grupo insignificante, eran los únicos con quienes, en aquellos tiempos, podían colaborar los comunistas. La mayoría de los radicales suizos vivían en los cantones de habla francesa de Ginebra y Vaud.

En octubre de 1846 había estallado en Ginebra una revolución democrática, acaudillada por el periodista James Fazy (1796-1878), después de cuyo movimiento el partido radical cobró más fuerza y se acercó más a los ideales de los republicanos franceses. En febrero de 1845, el gobierno conservador de Lausana, capital del cantón de Vaud, tuvo que dimitir ante un alzamiento popular, cediendo el puesto a otro gabinete de tendencias radicales, y Druey (1799-1855) ascendió a jefe del gobierno cantonal. Más tarde formó parte de una comisión nombrada para revisar la Constitución federal y apoyó un proyecto para que se insertase en ella un artículo sobre la "organización del trabajo". Como hemos visto, este punto figuraba en el programa de los socialistas democráticos franceses. Cuando los socialistas, y aun los demócratas alemanes, se vieron obligados a refugiarse en Suiza, después del alzamiento fracasado de mayo de 1849, tanto Druey como Fazy demostraron ser fieles servidores de la reacción europea. Pero durante los años de 1847 y 1848 su reputación política era intachable. Ocuparon un lugar prominente en la guerra separatista de la Sonderbund. La Sonderbund, que pugnaba por separarse de la Confederación, era la liga de los siete cantones conservadores sometidos a un gobierno clerical y se había constituido para combatir al gobierno federal, mucho más avanzado. Engels escribe a este respecto; "Ahora que los demócratas apoyan a la parte más civilizada, industrial y democrática de Suiza contra la democracia inculta y teutónico-cristiana de los cantones ganaderos y primitivos, estos demócratas son los representantes del progreso, dejan de revelar su afinidad con la reacción y demuestran que comprenden el verdadero sentido de la democracia en el siglo XIX." *{Escritos varios,* t. II, pág. 446.) En la lucha contra los jesuítas y los partidarios de la Sonderbund, que gozaban de la protección de Mettemich y de Guizot, los demócratas y socialistas europeos pusieron todas sus simpatías de parte de los cantones radicales, que habían entrado en la etapa decisiva de la lucha. En noviembre de 1847 capitularon, una tras otra, las ciudades de Friburgo, Zud y Lucerna. Estas derrotas llevaron la más completa desorganización a la Son- derbund, y a las dos semanas había terminado la guerra suiza de secesión.

En la tercera sesión de la Liga Democrática, fundada en Bruselas poco antes por Marx y otros comunistas alemanes, se acordó dirigir una proclama al pueblo suizo. En ella se invitaba a todos los demócratas convencidos a que prestasen su apoyo a los radicales suizos en su lucha por "sacudir el yugo de los curas" y acabar con la Sonderbund. Este documento iba firmado por Marx, Julio Valles (1832-1885), compositor y literato; Guillermo Wolff (1809-1864), representante de la Sociedad Obrera Alemana de Bruselas, a quien Marx dedicó el primer volumen de *El Capital;* Moses Hess (1812-1875) y otros.

61. *La cuestión polaca y los comunistas.*

En cuanto a Polonia, a los comunistas se les aconsejaba qué apoyasen a la Sociedad Democrática Polaca, que había sido fundada en 1832 para contrarrestar la labor de los aristócratas desterrados. Los demócratas polacos creían que la causa principal del

fracaso de la revolución de 1830-1831 había sido el egoísmo de los aristócratas, y sostenían que la salvación de Polonia no estaba sólo en el alzamiento armado, sino que era preciso desarrollar simultáneamente una revolución democrática y radical. La mira de los demócratas era, por tanto, apelar al pueblo, a los campesinos. Para ganarse las simpatías populares incluyeron en su programa la emancipación de los campesinos y la supresión de los vínculos feudales que pesaban sobre la tierra. En 1845, bajo la influencia de las ramas austríaca y prusiana, la Sociedad Democrática preparó un nuevo alzamiento bajo la dirección de Mieroslawski (1814-1878). El 24 de enero de 1846 se proclamó en Cracovia un gobierno nacional. Este gobierno nacional publicó el 22 de febrero un manifiesto en el que se prometía a los campesinos la igualdad de derechos y la posesión libre de las tierras que cultivaran. El intento fracasó. Excitados por los más ultrajantes métodos demagógicos (métodos de que Metternich sabía servirse con suma maestría), los campesinos se labraron ellos mismos su derrota haciendo una matanza de miles de propietarios. Y la pequeña república de Cracovia, último vestigio de la Polonia independiente que quedaba en pie después de los repetidos repartos, fue anexionada a Austria con el consentimiento de Rusia y de Alemania.

Esta insurrección despertó las simpatías de todos los demócratas de Europa. Fué el preludio de los sucesos revolucionarios que provocaron la convulsión del continente en 1847 y culminaron en la revolución de febrero de 1848. A pesar de su trágico fin, la tendencia socialista del levantamiento fué acogida por la gran masa del pueblo, a la que se le alcanzaba perfectamente la diferencia que mediaba entre este movimiento revolucionario y los que habían ocurrido durante los años 1830-1831. Los polacos se ganaron nuevas simpatías, esta vez procedentes del campo proletario. Sin exageración puede afirmarse que la restauración de la independencia polaca encontró su primera expresión enérgica en las clases proletarias de Alemania, Francia e Inglaterra después del alzamiento de Cracovia.

He ahí explicado por qué la cuestión polaca figura siempre, desde 1847 en adelante, en el orden del día de todos los congresos de alguna importancia celebrados por los demócratas europeos. En la asamblea celebrada en Londres el 29 de noviembre de 1847 en conmemoración de la revolución polaca de 1830-1831, Marx y Engels hablaron de la importancia de la cuestión polaca para el proletariado europeo.

En su discurso, Marx indicó que la cuestión polaca formaba parte del movimiento general en pro de la emancipación de la clase obrera. "Para que los pueblos se unan, en el sentido genuino de esta palabra, es necesario que tengan intereses comunes. Y para que lleguen a tener intereses comunes es indispensable la previa abolición del régimen de propiedad imperante, pues este régimen es precisamente el que determina la explotación de unos pueblos por otros. Sólo la clase obrera está interesada en la abolición del régimen vigente de propiedad. Sólo ella posee los medios para conseguirlo. El triunfo del proletariado sobre la burguesía pondrá fin, a la par, a los conflictos nacionales e industriales, que son la causa actual de la hostilidad de unas naciones contra otras. Por consiguiente, el triunfo del proletariado sobre la burguesía será la

señal de la emancipación de todas las naciones oprimidas." (Publicado en la *Gaceta Alemana de Bruselas,* 1847, núm. 98.)

Engels explica por qué la lucha de los polacos por su libertad tenía un especial interés para Alemania: "Ninguna nación puede ser libre mientras mantenga a otra encadenada. Por eso la emancipación de Alemania no será posible mientras los alemanes no liberen a los polacos del yugo germano." (Lugar cit.)

En el mitin celebrado el 22 de febrero de 1848 en conmemoración del alzamiento de Cracovia, Marx abordó de nuevo el problema polaco, tratando de hacer comprender al auditorio, en todo su alcance, la importancia de los sucesos de Cracovia. De este examen sacaba en consecuencia que la emancipación nacional de un pueblo se hallaba siempre íntimamente unida al movimiento democrático, es decir, a la emancipación de la clase oprimida. Por eso no era la emancipación de la Polonia aristocrática, sino de la Polonia democrática, el problema que afectaba a toda la democracia europea.

En la misma asamblea, Engels encarece la importancia de este problema para el pueblo alemán. E! alzamiento de Cracovia había convertido un asunto exclusivamente -polaco en asunto de interés internacional; y lo que hasta entonces era pura fraseología sentimental, pasaba a ser una expresión positiva que afectaba a la actuación de todos los verdaderos demócratas. Alemania era la que más debía congratularse de ello, pues en una Polonia democrática tendría una aliada leal, una aliada que compartiría sus mismos intereses. El revolu- cionamiento político de Alemania, la desaparición de Prusia y Austria como potencias dominantes en la Europa central, el repliegue de la Rusia zarista detrás de los ríos Dniéster y Dvina, todo esto sería el preludio para la emancipación de Polonia y de Alemania.

Tales eran, pues, y bien claros como se ve, los motivos por los cuales Marx y Engels insistían en que los comunistas apoyaran a aquel partido polaco que entendía que la emancipación de Polonia debía llevarse a cabo por medio de una revolución agraria como la que había estallado en la república de Cracovia el año 1846.

62. *Deberes de los comunistas en Alemania.*

En Alemania se recomienda a los comunistas que apoyen a la burguesía mientras ésta se halla empeñada en una guerra revolucionaria contra las fuerzas de la reacción.

Marx y Engels conocían harto bien la tibieza y falta de decisión de la burguesía alemana. Hasta aquel sector de la burguesía interesado en el desarrollo industrial de las provincias del Rin y de Westfalia formaba meramente en el movimiento de oposición; y aun los mismos colaboradores asiduos de la *Gaceta del Rin,* que dirigía Marx, hombres como Camphausen (1803-1890), Hansemann (1790-1864) y Mevissen (1815-1899), demostraron, en los debates de la Dieta, que estaban muy por debajo de un Mirabeau (1749-1791) o de un La Fayette (1779-1849). Pero no por eso perdían Marx y Engels su ecuanimidad.

"Sin embargo, los obreros alemanes saben muy bien que la monarquía absoluta no vacilará ni puede vacilar un solo momento en recibirlos, al servicio de la burguesía, con

balas de cañón o a latigazos. ¿Por qué han de preferir, pues, los obreros la persecución brutal del gobierno absoluto, con su séquito semifeudal, al gobierno directo de la burguesía? Los obreros saben muy bien que la burguesía no sólo les hará concesiones políticas más amplias que la monarquía absoluta, sino que, mal que le pese, por exigirlo así la prosperidad de su comercio y su industria, provocará las condiciones necesarias para la unificación de la clase obrera, y la unificación de la clase obrera es el primer requisito para su victoria. Los obreros saben que la abolición del régimen burgués de propiedad no podrá llevarse a cabo precisamente manteniendo en pie el régimen feudal. Saben que el movimiento revolucionario de la burguesía contra los estamentos feudales y la monarquía absoluta no hará más que acelerar su propio movimiento revolucionario. Saben que su lucha contra la burguesía no podrá comenzar hasta el día en que la burguesía haya triunfado. Y a pesar de todo esto no comparten las ilusiones burguesas del señor Heinzen. Pueden aceptar y deben aceptar la revolución burguesa como condición de la revolución proletaria. Pero jamás, ni por un momento, considerarla como su propia meta final." (Marx, *Escritos varios,* t. II, págs. 469-470.)

Es cierto que la burguesía alemana se había quedado muy rezagada, que empezaba a luchar contra la monarquía absoluta y a consolidar su poder político en una época en que la burguesía de todos los demás países adelantados se hallaba ya empeñada en una lucha a vida o muerte con el proletariado, cuando toda Europa había dejado ya atrás las ilusiones políticas de la infancia. Sin embargo, también en Alemania empezaban a estallar ya conflictos entre la burguesía y la clase obrera, cobrando incluso carácter virulento, como lo demuestran los disturbios de Silesia y Bohemia. Es decir, que, en Alemania, el proletariado y la burguesía luchaban ya en el terreno económico antes de que ésta se hubiese constituido en clase política independiente.

La burguesía alemana trató de convertir la monarquía absoluta en una monarquía burguesa por todos los medios pacíficos, sin querer recurrir a procedimientos revolucionarios. Pero esta esperanza era una vana ilusión, pues la monarquía absoluta tenía sus raíces en la burocracia y en el orden feudal, clases ambas que se veían encaradas con el dilema de "ser o no ser". La revolución burguesa era, pues, inevitable.

No obstante, los comunistas no debían frenar ni por un momento en su labor específica. No debían cejar en su misión de educar a los obreros en la conciencia de sus intereses de clase, opuestos a los de la burguesía, haciéndoles comprender que la batalla contra ésta empezaría inmediatamente después del derrumbamiento de la monarquía absoluta, tan pronto como se evidenciase que la revolución burguesa no era más que el preludio de la revolución proletaria.

Es corriente atribuir a Engels la paternidad de todo este capítulo IV; pero no es así, y basta con comparar el texto del Manifiesto y la táctica aquí propuesta con sus *Principios de comunismo* para comprender cuán difícil era hasta para un hombre como Engels trazar y expresar líneas de acción convenientes. Mientras que Engels dice que los comunistas debían luchar contra el Gobierno apoyando al partido liberal burgués, Marx sostiene que los comunistas sólo debían hacer causa común con la burguesía en la medida en que ésta actuase revolucionariamente. Mientras que Engels se circunscribe

a la lucha por la consecución de un gran número de derechos, merced a los cuales el triunfo de la burguesía sería al mismo tiempo el triunfo del partido comunista, Marx eslabona la revolución burguesa de Alemania (donde las condiciones eran mucho más propicias que aquellas con que se habían encontrado Inglaterra y Francia en los siglos XVII y XVIII respectivamente) con la revolución proletaria, entendiendo que la primera no sería más que el preludio de la segunda.

Que los comunistas tuvieron en cuenta las condiciones especiales imperantes en Alemania al estallar la revolución, lo demuestra el hecho de que inmediatamente de desatarse ésta levantaron un programa de reivindicaciones prácticas que di fiere en varios puntos del que se formula en el segundo capítulo del Manifiesto. El programa redactado por los comunis tas alemanes en el 48 tiene todavía gran interés de actualidad (V. *infra,* Apéndice, Reivindicaciones de los comunistas ale manes.)

Una de las diferencias esenciales que median entre este programa y el del Manifiesto estriba, en la petición de concesiones que, aunque en muy pequeño grado, habían sido logradas ya en los países más adelantados, tales como Suiza, los Estados Unidos, Francia e Inglaterra. Sin estas reformas esenciales sería imposible la instauración de condiciones políticas y sociales que sirvieran a los obreros de armas en su lucha contra la burguesía.

Los puntos uno al seis y el doce y el trece resumen las reivindicaciones políticas generales, cuya realización transformaría a Alemania en una república indivisible y democrática. Los demás puntos se refieren a concesiones tocantes a la vida social y económica. Corresponden al décimo punto del programa esbozado en el Manifiesto, si bien aparecen más desarrollados y difieren de éste en algunos respectos. Estos detalles y divergencias tienen un interés especial para nosotros, pues de ellos podemos colegir hasta qué punto Marx y Engels hubieran formulado los mismos principios, de no haberse visto obligados a introducir en el Manifiesto una serie de puntos que eran tal vez fruto de la deliberación colectiva o de las transacciones a que habían tenido que llegar con las distintas corrientes de opinión en el congreso de la Liga Comunista celebrado en Londres.

Pronto la experiencia de la revolución alemana demostró que allí donde la burguesía se ve arrastrada, bien a su pesar, a tomar parte en el movimiento revolucionario contra la monarquía absoluta, procura pactar inmediatamente con las fuerzas del pasado, con tanto más ahinco cuanto mayores son la decisión y la energía con que la clase obrera plantea sus propias reivindicaciones. Por lo demás, las reivindicaciones formuladas por Marx y Engels en Alemania eran como para sacar de quicio a la burguesía alemana ... Eran demasiado fuertes para los estómagos de aquellos demócratas.

63. *Comunistas y demócratas.*

Vemos, por consiguiente (tal es la idea substancial de este pasaje), que lo mismo en Francia, que en Suiza, que en Polonia o en cualquier otro país, los comunistas debían unir sus fuerzas a las de aquellos que batallasen contra las condiciones sociales y

políticas dominantes, pues cada paso que se da en la senda de la emancipación de la clase trabajadora prepara el terreno para la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía.

Pero, la diferencia de los demócratas, los comunistas, aun tomando parte en estos movimientos, no colocan la cuestión de la forma de gobierno o la de los derechos políticos a la cabeza de su programa. Combaten, ante todo y sobre todo, contra la propiedad privada, y la solución de este problema es cuestión de vida o muerte para el proletariado, en lo que a la. abolición del régimen burgués de propiedad se refiere.

Otro de los puntos del orden del día comunista, tal como se desprende del capítulo final del Manifiesto, es la unión e inteligencia de los partidos democráticos de todos los países.

Todas éstas eran las razones que inducían a la Liga Comunista al tratar de unir a los comunistas y a los demócratas en un frente único. Con ayuda de Marx, Engels, Wolff, etc., la Liga confiaba en llevar a cabo la unión de las fuerzas democráticas de todos los países contra el feudalismo y la reacción. Sin embargo, esta inteligencia no significaría para los comunistas la renuncia a seguir criticando la fraseología y las ilusiones de aquellos mismos demócratas con quienes se aliaban. La unión de las dos tendencias se llegó a realizar en algunas organizaciones internacionales, tales como la Asociación Democrática Internacional de Bruselas (cuya vicepresidencia ocupaba Carlos Marx) y la Fraternidad Democrática de Inglaterra. En esta última organización predominaban los carlistas, y entre sus miembros figuraban Schapper y otros representantes del comunismo alemán en Londres.

EN MEMORIA
DEL MANIFIESTO COMUNISTA
por A. Labriola

Antonio Labriola (1842-1904), socialista y profesor de Filosofía en la Universidad de Roma, uno de los mejores conocedores y divulgadores del materialismo histórico en los países latinos, escribió el presente ensayo en 1899 y lo dió a la luz en italiano y en francés para conmemorar el cincuenta aniversario del Manifiesto Comunista.

La fecha memorable en que el Manifiesto del Partido Comunista vió la luz (febrero de 1848) señala nuestra primera e indiscutible salida a la escena de la historia. De esta fecha arrancan todos nuestros juicios ponderativos acerca de los progresos realizados por el proletariado de cincuenta años a esta parte. Esta fecha marca el comienzo de la Nueva Era, de esta era que arranca y asciende, o por mejor decir, se alumbra de la presente, para desarrollarse por formación recóndita, interior, de modo necesario e ineluctable, cualesquiera que sean las transformaciones que puedan seguirse y que hoy no cabe predecir.

Todos aquellos que sientan el anhelo o la necesidad de poseer una conciencia perfecta de su propia obra deberán forzosamente representarse las causas y las fuerzas propulsoras que determinaron en su día los orígenes del Manifiesto, las circunstancias que lo hicieron nacer en vísperas de una revolución que se extendió desde París hasta Viena y desde Palermo hasta Berlín. Sólo de este modo podremos desentrañar la tendencia progresiva hacia el socialismo que se está gestando bajo la forma social de los tiempos presentes y demostrar lógicamente, por su razón de ser actual, la hipotética necesidad de su triunfo.

¿No es aquí, en realidad, donde está el nervio del Manifiesto, su substancia y su verdadero carácter?

Seguiríamos seguramente una senda falsa si nos empeñáramos en considerar como lo esencial de su contenido aquellas medidas que se propugnan al final del capítulo segundo para ser implantadas, llegado el caso de una revolución proletaria triunfante, o las sumarias orientaciones de carácter político que nos brinda el capítulo cuarto respecto a los otros partidos revolucionarios de la época. Estos consejos y orientaciones, muy dignos de ser tenidos en cuenta en el momento y bajo las circunstancias en que se formularon, importantísimos además para quien quiera formarse un juicio exacto acerca de la actuación política dé los comunistas alemanes durante el período revolucionario que va de 1848 a 1850, no son ya para nosotros, hombres de hoy, un conjunto de criterios prácticos a favor o en contra de los cuales debamos, antes de sentar ninguna conclusión, tomar partido. Cuantos partidos políticos han surgido en los diversos países desde la Internacional para acá, hablando en nombre del proletariado y tomando a éste por base inexcusable de sustentación, han sentido y experimentan todavía, en la medida en que nacen y se desarrollan, la necesidad imperiosa de adaptar su programa y su táctica a las circunstancias, siempre múltiples y distintas. Pero ninguno de esos

partidos ve tan cercano el día de la dictadura del proletariado que sienta la necesidad, el deseo, ni siquiera la tentación, de contrastar sobre la nueva realidad las medidas propuestas en el Manifiesto y decidirse acerca de ellas. En la realidad no hay más experiencias históricas que aquellas que la propia historia crea, y estas experiencias ni pueden anticiparse ni hacerse brotar por designio premeditado o por decreto. La Comuna de París es una de estas experiencias. Era, es y sigue siendo hasta hoy (1895) la única experiencia aproximada, aunque harto confusa —por lo súbitamente que estalló y el poco tiempo que se sostuvo—, que poseemos de la actuación del proletariado puesto al frente del Poder político. Una experiencia, además, que nadie quiso, sino que las circunstancias impusieron; y esta experiencia, heroicamente mantenida, es hoy, para nosotros, provechosa enseñanza. En países en que el movimiento socialista es incipiente puede muy bien ocurrir —como con frecuencia ocurre en Italia— que, por falta de experiencia personal y directa, se acoja a la autoridad de un gesto, invocándolo como norma preceptiva, pero en el fondo esto carece de toda importancia.

Tampoco puede, a mi juicio, buscarse el nervio, la substancia, el carácter decisivo del Manifiesto en lo que dice al hablar de otras formas y modalidades del socialismo bajo la rúbrica de "literatura". Todo el capítulo tercero puede, sin duda alguna, servir para poner de relieve, mediante la exclusión y la antítesis, por medio de trazos característicos concisos, pero enérgicos y vigorosos, las verdaderas diferencias que separan el comunismo a que suele darse hoy el nombre —no siempre consciente— de científico, el comunismo que tiene por objeto al proletariado. y por meta la revolución proletaria, de las Otras formas del socialismo: el reaccionario, el burgués, semiburgués y pequeñoburgués, el utópico, etc. Todas esas formas, con una sola excepción [41](41), han vuelto a presentarse y se han reproducido más de una vez, y hoy mismo se presentan y reproducen en aquellos países en que el moderno movimiento proletario comienza a despertar. En estos países, y bajo estas. circunstancias, el Manifiesto tiene todavía una misión que cumplir como crítica viva y azote literario. Pero en los países en que esas formas han sido ya superadas teórica y prácticamente, como Alemania y Austria, o en que sólo sobreviven aferradas a algunos como opinión individual, que es lo que acontece en Francia e Inglaterra, para no hablar de otros pueblos, el Manifiesto ya no tiene nada que hacer en este terreno. Se limita a registrar para el recuerdo cosas que no interesa en lo más mínimo rememorar cuando ya el proletariado tiene una actuación política y ésta se desarrolla en un sentido de progreso constantemente ascensional.

No era otro, en efecto, el estado de ánimo anticipado de quienes lo escribieron. Impulsados por la fuerza de su pensamiento y apoyados en unos cuantos datos de experiencia, se remontaron sobre los acontecimientos, contentándose con poner de manifiesto la eliminación y condenación de lo que habían superado. El comunismo crítico —que éste es su verdadero nombre, al que ningún otro iguala en precisión para designar esta teoría— no venía a suspirar, como los feudalistas, por el mundo

41- Me refiero a la forma que el Manifiesto califica irónicamente de socialismo "verdadero" o alemán. Este párrafo, ininteligible para cuantos no estén familiarizados con la filosofía alemana de la época, sobre todo en algunas de sus tendencias más degeneradas, fué omitido acertadamente en la primera traducción española del Manifiesto (1886).

antiguo, para criticar en lo que a él se oponía la sociedad moderna: sus miradas se concentraban todas en el futuro. Ni se aliaba tampoco con los pequeños burgueses en la quimera de salvar lo que no tenía salvación: por ejemplo, la pequeña propiedad o la vida apacible de las gentes humildes que destruye y arrolla la acción vertiginosa del Estado moderno, como órgano necesario y natural de la moderna sociedad, que con sus incesantes revoluciones entraña y lleva aparejada la necesidad de otras revoluciones nuevas y más profundas. Tampoco traducía los conflictos reales de intereses de carácter material, que revela la vida de cada día, en antojos sobrenaturales, en un enfermizo sentimentalismo o en consideraciones de orden religioso. Lejos de eso, lo que hacía era poner al desnudo esos contrastes en toda su prosaica realidad. No edificaba la sociedad del mañana con arreglo a un plano armónico y perfecto, en todas y cada una de sus partes. No tenía una sola palabra de alabanza ni de entusiasmo, de adoración ni de queja para las dos diosas de la mitología filosófica: la Justicia y la Igualdad, esas dos diosas que tan triste facha presentan en la diaria realidad, cuando se ve cómo la historia, en el torpe rodar estéril de los siglos, no parece tener otro designio que contradecir sus infalibles postulados. Más aún: estos comunistas que asignan a los proletarios, partiendo de hechos nada gratuitos, la misión de ser los enterradores de la burguesía, rinden a esta misma burguesía el homenaje de considerarla autora de una forma social que representa, exterior e intrínsecamente, una fase importantísima de progreso, la única que puede brindar el terreno para las nuevas luchas de las que ha de salir triunfante el proletariado. Jamás se escribió responso más grandioso. En este cántico de alabanzas a la burguesía hay un no sé qué de humorismo trágico; algunos han encontrado ditirámbica esta parte del Manifiesto.

Por muy inatacables que sean las definiciones repudiadoras de las otras formas de socialismo, frecuentes entonces y que aun hoy no han desaparecido del todo, estas definiciones, así en el fondo como en la forma y en cuanto a la finalidad que persiguen, no pretenden reflejar ni reflejan tampoco la verdadera historia del socialismo. Quien quiera trazar esta historia no debe buscar en ellas el diseño ni la mira. En efecto, la historia no gira sobre la distinción entre lo verdadero y lo falso, lo justo y lo injusto, y mucho menos sobre la antítesis, todavía más abstracta, entre lo posible y lo real, como si de un lado estuviesen las cosas y del otro la sombra y el reflejo por ellas proyectado en las ideas. La historia está hecha de una pieza y descansa en el proceso de formación y transformación de la sociedad; o lo que es lo mismo, discurre por cauces objetivos, independientemente de nuestra aquiescencia o reprobación. La historia es, para decirlo con los positivistas, tan ávidos de semejantes expresiones y tan dados, sin embargo, a aferrarse a las nuevas frases lanzadas por ellos, una dinámica de tipo especial. Las diferentes formas de pensamiento y acción socialistas que aparecen y desaparecen en el transcurso de los siglos, tan diversas en sus causas, en su faz exterior y en sus efectos, han de estudiarse y explicarse todas ellas por los factores concretos y complejos de la vida social a la sombra de los cuales se producen. Observadas de cerca, se advierte que no forman un todo único y constante de progreso ininterrumpido, que la serie sufre

soluciones varias de continuidad, producidas por el cambio del complejo social y las fallas y dislocamientos de la tradición. Sólo desde la Gran Revolución se advierte una cierta unidad en el desarrollo del socialismo, más clara y patente ya a partir del año 1830, a partir del momento en que la burguesía francesa e inglesa empuña definitivamente el timón político y que desde la Internacional toma, por decirlo así, caracteres plásticos y tangibles.

El Manifiesto se alza en esta calzada como una gran piedra miliar que ostenta una doble inscripción: en el anverso, el cuño de la nueva doctrina que había de dar la vuelta al mundo; en el reverso, la orientación acerca de las formas que enterraba, aunque sin trazar su historia [42].

El nervio, la substancia, el carácter decisivo de esta obra residen íntegramente en la nueva concepción histórica que la anima y que, en parte, el propio Manifiesto analiza y desarrolla. Gracias a esta nueva concepción, el comunismo deja de ser una esperanza, un anhelo, un recuerdo, una hipótesis, una huida, y por primera vez encuentra adecuada expresión en la conciencia de su necesidad, es decir, en la conciencia de que en él se halla la meta y solución de las modernas luchas de clases. Estas luchas, que cambian según los lugares y los tiempos y sobre las que se desenvuelve la historia, se reducen todas, en nuestros días, a una sola: la lucha entre la burguesía capitalista y los obreros, sujetos a un proceso inevitable de proletarización. El Manifiesto traza la historia de los orígenes de esta lucha, determina el ritmo de su desarrollo y predice su resultado final.

En esta concepción de la historia tiene su raíz toda la teoría del comunismo científico. Desde ahora, los adversarios teóricos del socialismo ya no podrán pararse a discutir la posibilidad abstracta de una socialización democrática de los medios de producción [43](43), como si fuese hacedero, así planteada la cuestión, basar sus juicios en argumentaciones derivadas de las cualidades o predisposiciones generales y comunes que se asignan a la pretendida naturaleza humana. Ahora todo el problema gira en torno a esto: a que en el decurso de las cosas humanas se reconozca o desconozca una necesidad que está por encima de nuestras simpatías y de nuestra personal y subjetiva adhesión. ¿Está la sociedad, en los países avanzados de la civilización, organizada de modo tal, que haya de pasar al régimen de comunismo por la acción de las leyes que rigen su propio porvenir, tan pronto como presente la estructura económica adecuada y surjan en ella las contradicciones que brotan necesariamente de su seno y que acaban por destruirla

42- Las lecciones que desde hace varios años, desde hace ocho años, vengo explicando en la Universidad acerca de los orígenes del socialismo moderno, historia general del socialismo y materialismo histórico, me han permitido dominar toda esa literatura, perfilar sus perspectivas y ordenarlas sistemáticamente. La tarea, ya difícil de suyo, lo es aun más en Italía, donde no existen tradiciones de escuelas socialistas y donde el partido es tan reciente que no puede tomarse como piedra de toque de formación y desarrollo.

43- Es más exacto hablar de socialización democrática de los medios de producción que de propiedad colectiva, pues esta expresión encierra un cierto error teórico. En primer lugar, sustituye al hecho económico real un término jurídico, y en segundo lugar, se presta a sugerir en muchos el equívoco de que se trata de aumentar los monopolios, de fomentar la nacionalización de los servicios públicos y de todas esas fantasmagorías que se englolban bajo el nombre insistente de "socialismo de Estado" y cuya eficacia se reduce a potencializar los medios económicos de explotación en manos de la clase explotadora.

y disolverla? Tal es el eje de todas las discusiones desde que aparece en escena esta teoría. Y de aquí se desprende también la táctica que se impone a la acción de los partidos socialistas, lo mismo los que se componen de proletarios solamente que los que admiten en su seno a elementos procedentes de otras clases e incorporados como voluntarios a las filas de la clase obrera.

En este sentido aceptamos de buen grado el predicado de científicos, siempre y cuando que con ello no se nos equipare a los positivistas, gentes poco gratas las más de las veces, que hacen de la "ciencia" un monopolio. Nosotros no nos esforzamos, como los abogados o los sofistas, en afirmar un postulado de vigencia abstracta, ni nos molestamos en demostrar la razón de nuestros objetivos. Lo único que nbs interesa es dar expresión teórica e interpretación práctica a esos factores concretos que nos brinda el análisis del proceso histórico, tal como se desarrolla entre nosotros y en tomo nuestro, de ese proceso que entrañan las relaciones reales de la vida social que tienen en nosotros su sujeto y su objeto, su causa y su fin. Nuestros objetivos no son racionales porque se apoyen en los fundamentos de la razón discursiva, sino porque se desprenden del estudio objetivo de las cosas, o lo que tanto vale, de la comprensión de su desarrollo, que no es ni puede ser fruto o resultado de nuestra elección, sino, por el contrario, algo que triunfa de nuestra voluntad individual y se la somete.

Ninguna de las obras anteriores ni posteriores publicadas por los autores del Manifiesto, con tener una importancia científica mucho mayor, puede sustituir al Manifiesto ni encierra la fuerza específica de acción de éste. El Manifiesto nos da, con su clásica sencillez, la expresión auténtica de esta situación: el proletariado moderno es, nace, crece y se desarrolla a lo largo de la historia contemporánea como el sujeto concreto, la fuerza positiva cuya acción revolucionaria necesaria tiene forzosamente que encontrar su necesaria meta en el comunismo. Por eso esta obra, dando una base teórica a su predicción y revistiéndola en fórmulas tajantes, concisas y vivas, forma un arsenal, o por mejor decir, un vivero inagotable de gérmenes de pensamientos que el lector puede fecundar y multiplicar hasta el infinito, y atesora toda esa fuerza auténtica y originaria de lo que acaba de nacer y apenas se ha desprendido todavía de la tierra matriz. Hacemos esta observación para salir, principalmente, al paso de cuantos, jactándose de una ignorancia llena de erudición y no siendo en realidad más que unos fanfarrones, charlatanes o amables *dilettantis,* no se cansan, a despecho del sano sentido común y hasta de la más vulgar cronología, de buscar a la doctrina del comunismo crítico toda suerte de precursores, custodios, aliados y maestros. Unos pretenden retrotraer nuestra concepción materialista de la historia a la teoría de la evolución general, que para muchos de ellos no es más que una nueva metáfora de una nueva metafísica; otros se esfuerzan por presentarla como una variante del darwinismo, que sólo desde un determinado punto de vista y en un sentido muy amplio guarda con ella alguna afinidad; otros tienen la deferencia de ofrendarnos la alianza, cuando no la tutela, de la filosofía positivista que va desde Comte, discípulo degenerado y reaccionario del genial Saint-Simon, hasta Spencer, quinta esencia del buen burgués anarquista; o lo que es lo

mismo, se empeñan en darnos por aliados a nuestros más francos enemigos.

La fuerza germinal, el vigor clásico y la capacidad para sintetizar en tan pocas páginas [44] tantas y tan henchidas series y tantos grupos de pensamientos lo debe esta obra a su origen.

Obra de dos alemanes, no es, ni por la forma ni por el contenido, expresión de un modo de ver personal. No se busquen en sus páginas esas imprecaciones, explosiones de ira y de amargura que a todos los emigrados políticos se les escapan y que tiñen las obras de cuantos abandonan voluntariamente su patria para respirar bajo otro cielo aire más libre. Ni se busque tampoco en ellas el reflejo inmediato de las circunstancias imperantes en la patria de sus autores, harto tristes en lo político, y en lo económico y lo social sólo muy de lejos comparables con las de Francia e Inglaterra. Mas sus autores depositan en el Manifiesto la idea filosófica gracias a la cual su patria se había elevado y se mantenía al nivel de la historia contemporánea, aquella idea filosófica a la que ellos precisamente venían a imprimir la importantísima transformación que permitiría al materialismo, ya renovado por Feuerbach, aliarse con la dialéctica para captar y comprender de este modo la dinámica de la historia en sus más recónditas raíces, en esas raíces que hasta entonces no habían sido investigadas por su misma reconditez y la dificultad de analizarlas. Ambos eran comunistas y revolucionarios, pero no lo eran por instinto ni por pasión impulsiva; lo eran porque habían desentrañado una crítica totalmente nueva de la ciencia económica y comprendido el sentido y la concatenación histórica del movimiento proletario de ambos lados del Canal, en Inglaterra y en Francia, antes de que se les encomendase la misión de exponer en el Manifiesto los principios y el programa de la Liga Comunista. Esta Liga tenía su sede en Londres y numerosas ramificaciones en el continente; era una organización que tenía ya vida propia y un pasado.

Antes de colaborar en el Manifiesto, Engels había dado ya a las prensas un estudio crítico en el que, renunciando a proponer mejoras parciales y subjetivas, dejaba por primera vez que la crítica de la economía política brotase objetivamente de las contradicciones internas inherentes a los conceptos y a los principios de la propia economía, y había adquirido ya fama por la publicación de un libro sobre la situación de los obreros ingleses, libro que era la primera tentativa que se hacía para exponer los movimientos de la clase trabajadora como fruto de la dinámica de las fuerzas productivas y de los medios de producción. Marx se había dado a conocer en pocos años como publicista radical en Alemania, París y Bruselas; había captado ya los primeros elementos de la concepción materialista de la historia; había refutado, con su crítica teórica triunfal, las hipótesis y deducciones de la teoría proudhoniana, dando la primera explicación exacta de la fuente de la plusvalía como efecto de la compra y aplicación de la fuerza de trabajo,

44- El Manifiesto Comunista, en la edición original (Londres, febrero de 1848), que debo a la gran amabilidad de Engels, ocupa páginas en octavo. Advertiré aquí de pasada que he resistido a la tentación de poner al pie del presente trabajo notas, referencias y citas bibliográficas, para no convertir este sencillo ensayo en un estudio erudito o en un libro. Espero que el lector me creerá sobre mi palabra: en todo este ensayo no hay una sola alusión ni un solo pensamiento o punto de vista que no se pueda documentar sobre las fuentes.

primer germen de las ideas que más tarde había de exponer y construir sistemática y detenidamente en su *Capital.* Ambos se mantenían en contacto con los revolucionarios de los diferentes países europeos y principalmente los de Francia, Bélgica e Inglaterra; su Manifiesto no era la obra de su opinión personal, sino la doctrina de un partido, cuyo espíritu, finalidad y actuación constituían ya los de la Internacional de los trabajadores.

Es aquí donde se contienen los orígenes del socialismo moderno. Y aquí también donde hemos de encontrar la línea divisoria que nos separa de cuanto no sea eso.

La Liga Comunista había surgido de la Liga de los Justicieros, que, a su vez, había ido formándose por etapas en el seno de todo aquel tropel de emigrados y proscritos, por una clara conciencia de sus fines proletarios. Como tipo de organización que llevaba en su entraña, en germen, la forma de todos los demás movimientos socialistas y proletarios del futuro, esta Liga había atravesado por las diferentes fases de la conspiración y del socialismo igualitario. Con Grün hízose metafísica y con Weitling utópica. Domiciliada en Londres, interesóse por el movimiento cartista y ejerció sobre él algún influjo; este movimiento vino a revelar, con su carácter desordenado —ya que no era el fruto de una experiencia madura anterior ni obra de una conspiración o de una secta—, cuán difícil y duro se hacía formar el partido de la política proletaria. La tendencia socialista no apuntó en el cartismo hasta que el movimiento tocaba ya a su fin y finalizaba de hecho (en este respecto son inolvidables los nombres de Jones y Harney). La Liga Comunista veía alzarse por todas partes la revolución, no sólo porque flotaba, en efecto, en la atmósfera, sino también porque su impulso y sus métodos didácticos la empujaban a ello. Y al estallar, efectivamente, la revolución, se encontró pertrechada, gracias a la nueva doctrina del Manifiesto, con un arma de conciencia que era a la par un arma de lucha. Fuerza internacional, ya por el carácter y la diversa procedencia de sus afiliados, y más todavía por el instinto y la inclinación de todos, ocupó su puesto en el movimiento general de la vida política, como precursor preciso y claro de todo lo que hoy podemos englobar bajo el nombre de socialismo moderno, siempre y cuando que por "moderno" no se entienda una simple fecha cronológica externa, sino el signo distintivo de un proceso operado en la sociedad por su interna transformación.

Una larga interrupción, que va desde 1852 a 1864 —período de reacción política en el que desaparecen también o se dispersan y eclipsan las viejas escuelas socialistas—, separa la organización internacional de la Asociación de Cultura Obrera constituida en. Londres, de la Internacional por antonomasia, la que desde 1864 hasta 1873 laboró por dar unidad a las luchas del proletariado europeo y americano. Desde la disolución de la Internacional, de glorioso recuerdo, hasta la fundación de la nueva Internacional que hoy vive y funciona a base de otros medios y se desenvuelve bajo otras formas, adecuados unos y otras a la situación de los tiempos presentes y apoyada en una más madura experiencia, la acción del proletariado sufrió en todos los países —con la única excepción de Alemania—, y sobre todo en Francia, otras soluciones de continuidad. Pero así como los supervivientes de los que en el mes de diciembre de 1847 expusieron y aceptaron la nueva doctrina salieron nuevamente a la escena pública en la gran Internacional y más tarde, otra vez, en la Internacional nueva, el Manifiesto se publicó

en repetidas ocasiones, hasta dar la vuelta al mundo, traducido a todas las lenguas cultas, designio que sus autores se habían trazado ya desde el primer momento, aunque sin poderlo realizar.

Aquí reside nuestro verdadero punto de partida, y es aquí donde hemos de buscar nuestros verdaderos precursores, los que recorrieron antes que nadie, en hora propicia, con paso veloz pero seguro, el camino que nosotros tenemos que recorrer también y estamos ya recorriendo. No debemos llamar precursores nuestros a quienes abrazan caminos que luego hay que abandonar o, para decirlo sin metáfora, a quienes profesan doctrinas o encabezan movimientos que podrán estar todo lo justificados que se quiera por los tiempos y las circunstancias en que se producen, pero que han sido luego arrollados por la teoría del comunismo crítico, por las enseñanzas de la revolución proletaria. No queremos con esto decir que estas doctrinas y tentativas fuesen manifestaciones puramente fortuitas, estériles y superfinas. En la historia nada hay irracional, pues nada acaece sin responder a un fundamento, ni nada, por tanto, adolece de superfluidad. Aun es hoy el día en que para llegar a una completa inteligencia del comunismo crítico no tenemos más remedio que repasar y dejar atrás mentalmente aquellas doctrinas, siguiendo sus vicisitudes, para ver cómo nacieron y fueron superadas. Pues ésa es la verdad, que no sólo se incorporaron al pasado, sino que fueron intrínsecamente superadas, así por el cambio operado en las condiciones de vida de la sociedad, como por el conocimiento más exacto de las leyes que regían su formación y desarrollo.

El momento en que estas doctrinas desaparecían en el pasado, o lo que tanto vale, el momento en que eran intrínsecamente superadas, era precisamente aquel en que veía la luz el Manifiesto Comunista. Esta obra, verdadera partida de nacimiento del socialismo moderno, en la que sólo se contienen los rasgos más generales y más fácilmente inteligibles de la doctrina, guarda en sus páginas huellas del medio histórico en que surgió: Francia, Inglaterra y Alemania. Desde entonces, el ámbito de su propagación y difusión no ha hecho más que crecer, y es ya tan vasto, que abarca el mundo entero civilizado. En todos los países en que ha pugnado por abrirse paso la tendencia hacia el comunismo, en medio de los antagonismos, muy varios en su aspecto externo, pero cada día más claros, entre el proletariado y la burguesía, se repite varias veces, en todo o en parte, el mismo proceso. Los partidos proletarios que han ido formándose, uno tras otro, discurren todos por los cauces abiertos por los precursores, pero este proceso va cobrando cada vez mayor celeridad de país en país y de año en año, conforme se acentúa la claridad y la fuerza de necesidad propulsora de aquellos antagonismos; cosa explicable, además, por otra razón, ya que es siempre mucho más fácil aceptar una doctrina y una dirección que no crearlas por vez primera. Nuestros maestros y precursores de hace más de cincuenta años eran también auténticamente internacionales desde este punto de vista, pues trazaron al proletariado de los diferentes países, con su ejemplo, los derroteros generales de la labor que necesariamente había de ser llevada a cabo.

Pero, hoy como siempre y como dondequiera, el verdadero y perfecto conocimiento teórico del socialismo está en la conciencia de su necesidad histórica, o lo que tanto

vale, en la conciencia del modo como surgió. Y la historia de sus orígenes se refleja con toda exactitud, como en un campo concentrado de observación y en apretada imagen, en la formación del Manifiesto Comunista. Tratábase de forjar un arma eficaz de guerra: por eso no guarda exteriormente los vestigios de su origen; en sus páginas hay más afirmaciones substanciales que discursos probatorios. La prueba reside íntegramente en el imperativo de la necesidad. Inténtese repetir la experiencia de esta obra y se comprenderá en todo su alcance la verdad de la doctrina contenida en el Manifiesto.

Hay un método de investigación que consiste en disecar por vía abstracta las diferentes partes de un organismo, destruyéndolo para formar tantos elementos sueltos como articulados concurren en la unidad conjunta. Pero hay otro método, y es el único que nos permite comprender la historia, que sólo analiza y separa los elementos para volver a encontrar en ellos la necesidad objetiva de su cooperación hacia un resultado final.

Hoy día es ya cosa sentada que el socialismo moderno surge como producto normal, y por tanto inevitable, de la historia. Su acción política, que el porvenir podrá contener y demorar, pero nunca estrangular, arranca de la Internacional. Mas ello no quiere decir que no haya ido precedida por el Manifiesto. Y la doctrina de éste reside, sobre todo, en el resplandor que proyecta sobre el movimiento proletario, que sin él se hubiera engendrado y desarrollado al margen de toda teoría. Pero no es sólo eso. El comunismo crítico no nace hasta el instante en que el movimiento proletario, resultado de los factores sociales, tiene ya fuerza bastante para comprender que estos factores son susceptibles de cambio y para barruntar los medios por los cuales se los puede hacer cambiar y en qué sentido. No bastaba que el socialismo fuese un producto de la historia: era menester, además, conocer las causas internas de este hecho y saber adonde llevaba toda su actuación. La confirmación de que la clase obrera, como producto necesario de la sociedad moderna, tiene por misión sustituir a la burguesía como fuerza productiva de un nuevo orden social en el que necesariamente desaparecerán los antagonismos de clase, hace del Manifiesto el momento característico del proceso general de la historia. Es un descubrimiento, pero no al modo de una obscura revelación o del hallazgo de un reino milenario. Es el descubrimiento científico y reflexivo de los derroteros que nuestra propia sociedad burguesa sigue.

De este modo, el Manifiesto traza la historia interna de sus orígenes y justifica su teoría a la par que explica su gran influencia y su maravillosa eficacia. Sin perdernos en detalles recogeremos a continuación las series y grupos de elementos que, articulados en esta viva y cuidadosa trabazón, encierran el germen de donde luego ha de salir y desarrollarse todo el socialismo científico moderno.

Los materiales más próximos, plásticos e inmediatos los brindaban Francia e Inglaterra, que ya habían tenido, a partir de 1830, un movimiento obrero. Un movimiento que unas veces se confundía con los demás movimientos revolucionarios y otras veces cobraba sentido propio y propia sustantividad, y que iba desde la indignación instintiva hasta los fines prácticos de los partidos políticos (por ejemplo, el cartismo y la democracia social); de él brotaban diversas formas transitorias y perecederas de comunismo y semicomunismo, como se llamaba al socialismo de aquellos tiempos.

Para ver en estos movimientos algo más que el fruto fugaz de unas cuantas revueltas, para desentrañar de él el nuevo hecho social, hacía falta una teoría que los explicase, una teoría que fuese algo más que un simple complemento de la tradición democrática o la receta personal y subjetiva contra los males que se reconocían como fruto del régimen económico de la concurrencia, del que casi nadie levantaba la vista entonces. Esta nueva teoría fué obra personal de Marx y Engels, quienes trasplantaron la idea del desarrollo histórico por medio de un proceso hecho de antítesis, de la forma abstracta que la dialéctica hegeliana le había impreso ya en sus rasgos más generales, a la explicación concreta de la lucha de clases; y en esta dinámica histórica, en la que se había querido ver el tránsito de una forma conceptual a otra, vieron ellos por vez primera el paso de una a otra forma de anatomía social, o lo que es lo mismo, de uno a otro régimen económico de producción.

Esta concepción de la historia infundía forma teórica a la necesidad de la nueva revolución social que se manifestaba con más o menos fuerza en la conciencia instintiva del proletariado y en sus movimientos espontáneos y pasionales, y al reconocer la necesidad intrínseca de la revolución transformaba simultáneamente su plan. Allí donde las sectas de conspiradores habían visto un tema de libre elección personal, una construcción especulativa, aparecía ahora un simple proceso que sólo había que fomentar, empujar y llevar a remate. La revolución convertíase en el objeto de una política cuyas condiciones dictaba la situación compleja de la sociedad: convertíase en una meta que la clase obrera tenía necesariamente que alcanzar por medios variables de lucha y organización que la vieja táctica de la revuelta jamás se había llegado a representar. Y acontecía así porque el proletariado no era precisamente un objeto accesorio, ni un instrumento auxiliar, ni un tumor, ni un mal que hubiera que alejar de la sociedad moderna, sino su base, su condición substancial y efecto inevitable, a la par que causa sostenedora y columna de esta propia sociedad, que, por tanto, sólo podía emanciparse emancipando a la sociedad entera, es decir, derribando íntegramente el actual régimen de producción.

Y así como la Liga de los Justicieros, para convertirse en Liga Comunista, hubo de emanciparse de la revolución concebida al modo de Barbes y Blanqui (1839), de la forma simbólica de la conspiración, y abrazar gradualmente los medios de la acción y la propaganda política, la nueva doctrina aceptada y hecha suya por la Liga rompía definitivamente con los planes conspirativos y señalaba, como resultado objetivo de un proceso, lo que los conspiradores creían fruto de un plan maduramente formado o resultado de su arrojo y heroísmo.

De aquí arranca, en el orden de las cosas, una nueva línea ascensional y una nueva concatenación de pensamientos y de planes.

El comunismo conspirativo, el blanquismo de otros tiempos, nos lleva, a través de Buonarroti y de Bazard y los carbonarios, hasta la conspiración de Babeuf, figura verdaderamente heroica que tiene toda la grandeza de las tragedias antiguas y que se estrella contra el destino, porque entre su meta y la situación económica de su tiempo no existe todavía enlace, porque no existe todavía un proletariado con la clara

conciencia de su clase a quien poder lanzar sobre la palestra política. Remontándonos sobre Babeuf y algunas otras figuras menos conocidas del período jacobino, vienen el intuitivo Morelly, el original y vacilante Mably y, si se quiere, el *Testamento* caótico del cura Meslier, la rebelión instintiva y violenta del sano sentido común contra la salvaje opresión del infeliz labriego.

Estos precursores del socialismo conspirativo, cón sus violentas protestas, fueron todos apóstoles de la igualdad, como lo son siempre la mayoría de los conspiradores. Arrancando de un error peregrino, pero inevitable, esgrimían como arma de lucha aquella misma doctrina de la igualdad —interpretada y generalizada al revés— que, bajo la forma avanzada de "derecho natural", se había convertido, a la par que la teoría económica, en un instrumento en manos de la burguesía. De este modo, la burguesía fue conquistando gradualmente su actual posición, y de la sociedad del privilegio surgió la sociedad del liberalismo, del librecambio y del derecho civil [45]. Partiendo del razonamiento, que no era en el fondo más que una vana quimera, de que todos, los hombres, iguales por naturaleza, debían serlo también en cuanto a medios, creíase que bastaba apelar a la razón para llevar la persuasión a todas las inteligencias y que, conquistando rápidamente y por la fuerza los instrumentos externos del Poder político, se tendría en la mano el único recurso posible para reducir a razón a los reacios.

Pero ¿de dónde provienen y cómo se sostienen en pie todas esas desigualdades que tan absurdas parecen vistas a través del criterio de una justicia tan sencilla como simple? El Manifiesto rechazaba terminantemente el principio de la igualdad, enfocado con esta concepción tan candorosa y burda. A la par que proclamaba como inevitable la destrucción de las clases en la forma futura del régimen colectivo de producción, ponía de relieve ante nosotros la razón de ser, los orígenes y el desarrollo de estas clases, que no representan excepción ni menoscabo de ningún principio abstracto, sino que son la evolución histórica misma.

Del mismo modo que el proletariado moderno presupone la existencia de la burguesía, ésta no podría concebirse sin el actual proletariado. Uno y otra son el producto de un proceso histórico, basado todo él en el nuevo sistema de producir las cosas necesarias para la vida, o, lo que tanto vale, en el régimen económico de producción. La sociedad burguesa surgió de la sociedad feudal y gremial; surgió de esta sociedad por medio de luchas y revoluciones para apoderarse de los medios e instrumentos de producción, por medio de movimientos encaminados todos a formar, desarrollar y multiplicar el capital. Describir los orígenes y progresos de la burguesía en sus diversas fases, exponer sus triunfos en el magno progreso de la técnica y en la conquista del mercado mundial, enumerar las transformaciones políticas qué han seguido a estas conquistas y que son, a la vez, su expresión, medio de defensa y fruto, equivale a escribir la historia

45- Durante estos últimos años, muchos juristas han creído que la transformación del derecho civil podía ser un medio práctico de mejorar la situación del proletariado. Pensando así, lo mismo podían pedir al Papa que se pusiera a la cabeza de los librepensadores. El más divertido de todos esos juristas es un autor italiano que se ocupa de la lucha de clases y pide que, al lado del código que garantiza los derechos del capital, haya otro código en que se reconozcan los derechos del trabajo.

del proletariado. En su situación actual, el proletariado forma parte de la época de la sociedad burguesa y ha atravesado, atraviesa y atravesará por las mismas fases que esta sociedad hasta su agotamiento. La distinción entre ricos y pobres, gentes que disfrutan y gentes que sufren, opresores y oprimidos, no es una imperfección accidental a que pueda ponerse fácil remedio, como lo creían los entusiastas de la justicia. Lejos de eso, constituye una característica necesaria, inevitable en cuanto surge el principio directivo del actual régimen de producción, que hace del salario una necesidad. Esta necesidad es doble. El capital sólo puede adueñarse de la producción proletarizando, y sólo puede sostenerse, rendir frutos, acumularse, multiplicarse y transformarse asalariando a aquellos a quienes proletarizó. Por su parte, los proletarios, para poder vivir y procrear, necesitan venderse como mano de obra, cuya aplicación se deja al arbitrio, a la omnímoda y graciosa voluntad del poseedor del capital. La armonía entre el capital y el trabajo se basa toda ella en que el trabajo sea la fuerza viva con que los proletarios movilizan sin descanso y reproducen progresivamente el trabajo acumulado en el capital. Y este vínculo es el fruto de una evolución que lleva en su seno toda la substancia de la historia moderna; él nos da la clave para comprender la verdadera raíz de la nueva lucha de clases cifrada en la idea comunista, y está atado de tal modo, que no hay protesta sentimental ni argumento de justicia capaz de romperlo o desanudarlo.

Por estas razones, que dejo expuestas con la máxima sencillez, fué derrotado el comunismo igualitario. Su impotencia práctica coincidía con su incapacidad teórica para comprender las razones de las injusticias y desigualdades que él, intrépido o irreflexivo, quería evitar o destruir de un manotazo.

A partir de este momento, la principal preocupación de ios teóricos comunistas fué comprender la historia. ¿Por qué había de seguirse alzando frente a la dura realidad de la historia un engañoso ideal? No puede decirse que el comunismo haya sido en todos los tiempos y lugares el régimen natural y necesario de la vida humana, y todo el curso de la historia una simple serie de extravíos y descarrilamientos. El renunciamiento espartano o la resignación cristiana no llevaron al comunismo ni nos harán retornar a él. Este puede, más aún, debe brotar y brotará de la disolución de nuestra sociedad capitalista. Pero esta disolución no se la podemos inyectar a la sociedad artificialmente ni imponérsela desde fuera. Se disolverá, como diría Maquiavelo, por su propio peso. Desaparecerá como régimen de producción que encierra en su seno, por naturaleza, la sublevación constante y progresiva de las fuerzas productivas contra los factores —jurídicos y políticos— de la producción, y tan sólo vive para acentuar las condiciones intrínsecas de su muerte inevitable por medio de la concurrencia, de donde se engendran las crisis, y por la dilatación vertiginosa de su esfera de acción. La muerte de una forma social se convierte, como la muerte natural en otra rama de la ciencia, en ley de vida.

El Manifiesto no traza ningún cuadro de la sociedad futura, ni era ésa tampoco su intención. Demuestra cómo la sociedad actual se descompondrá por la dinámica progresiva de sus fuerzas. Para esto era necesario ante todo analizar el desarrollo de la burguesía, y el Manifiesto lo hace a grandes rasgos, dándonos en estas páginas un modelo de filosofía de la historia, que podrá ser retocado, desenvuelto, completado, pero

jamás mejorado [46] Saínt-Simon y Fourier aparecen justificados en el Manifiesto, aunque éste no recoja ni sus ideas ni la línea general de sus investigaciones. Ideólogos ambos, traspasaron con sus geniales miradas el período liberal, dentro de cuyo círculo visual era la Gran Revolución el perenne punto de vista. En sus investigaciones históricas, Saint-Simon sustituyó el derecho por la economía, y la política por la física social, y a pesar de sus muchas vacilaciones idealistas y positivas, casi llegó a descubrir la historia de los orígenes del "tercer estado". Fourier, no versado en detalles todavía desconocidos o descuidados por él, esbozó, con la exuberancia de su espíritu indisciplinado, una larga cadena de períodos históricos diferenciados vagamente entre sí por ciertas características inherentes al principio que presidía el régimen de producción y distribución. Luego, afrontó la empresa de crear una sociedad curada de los actuales antagonismos. Entre todos estos antagonismos descubrió, por una llamarada de espíritu, y estudió preferentemente "el ciclo vicioso de la producción"; sin saberlo se encontraba aquí con Sismondi, que por la misma época, pero con otros designios y por caminos diferentes, estudiando las crisis y denunciando los males de la gran industria y de la desenfrenada concurrencia, proclamaba el fracaso de la ciencia económica, que acababa apenas de nacer. Desde las risueñas cumbres de su mundo armónico del porvenir, Fourier tendió la mirada desdeñosa y optimista sobre la miseria de los civilizados y escribió fríamente la sátira de la historia. Como ideólogos que eran, Saint-Simon y Fourier no conocían el rudo combate que el proletariado tiene por fuerza que librar antes de poder barrer la explotación y los antagonismos de clase, y la necesidad personal de poner un término a aquello convirtió al uno en arbitrista y en utopista al otro [47]. Pero, intuitivamente, estos hombres se alzaron ya hasta algunas de las ideas que presiden una sociedad sin antagonismos de clase. Saint-Simon concibió claramente la administración técnica de una sociedad de la que desaparecerá el imperio del hombre sobre el hombre, y Fourier sospechó, adivinó y profetizó, junto a los excesos de su imaginación febril, no pocas perspectivas de interés en la psicología y pedagogía de esa futura sociedad en la que, para decirlo con el Manifiesto, el libre desarrollo de cada uno es la condición para el libre desarrollo de todos.

Cuando se publicó el Manifiesto, el sansimonismo había desaparecido ya. En cambio, florecía en Francia el fourierismo, aunque no como partido, sino como escuela, que era lo que cumplía a su carácter. Cuando en el año 1848 esta escuela intentó realizar su utopía por la vía legal, los proletarios de París habían sido batidos ya en las jornadas de junio por la burguesía, que salió ganando con aquel triunfo un amo y señor: un archiaventurero cuyo mando había de durar más de veinte años.

La nueva doctrina del comunismo crítico no se alzaba en nombre de una escuela, sino como la promesa, la amenaza y la voluntad de un partido. Sus autores y seguidores no se perdían en la organización utópica del futuro, sino que su espíritu estaba

46- El desarrollo de este esbozo se contiene en El Capital de Marx, obra que debe ser considerada como una especie de filosofía de la historia.

47- En efecto, yo casi coincido con A. Menger en creer que Saint-Simon no era un utópico como Fourier y Owen, los utopistas clásicos y típicos.

penetrado por la experiencia y la necesidad del presente. Se unieron a los proletarios, a quienes su instinto, no respaldado todavía por ninguna experiencia, empujaba, en París e Inglaterra, a derrocar el imperio de la burguesía con una celeridad a la que ninguna táctica reflexiva ponía cauce. Los comunistas propagaron en Alemania las ideas revolucionarias; defendieron a las víctimas de junio y se crearon en la *Nueva Gaceta del Rin* un órgano político, cuyos artículos, a lo que podemos juzgar por los que de vez en cuando se reproducen después de tantos años, tienen todavía hoy un valor clásico [48]. Al desaparecer la situación histórica que en el año 1848 había hecho pasar a primer plano al proletariado, las enseñanzas del Manifiesto no encontraron terreno ni horizontes para su difusión.

Hubieron de transcurrir muchos años antes de que pudieran volver de nuevo a propagarse; los mismos años que hubieron de transcurrir hasta que el proletariado, por otros caminos y en otras formas, pudo pisar nuevamente la escena como potencia política, haciéndose de la doctrina del Manifiesto su órgano espiritual y encontrando en ella su conciencia propia.

Pero ya desde el día en que vió la luz, esta doctrina se adelantaba a criticar el socialismo vulgar que había de florecer en Europa, y sobre todo en Francia, desde el golpe de Estado hasta la Internacional, la cual, dicho sea de paso, no tuvo tiempo, durante su efímera vida, a derrotarlo y eliminarlo. Este socialismo vulgar se nutría, cuando no de materiales todavía menos coherentes y sistemáticos, de las doctrinas y sobre todo de las paradojas de Proudhon, que, derrotado ya teóricamente por Marx, sólo había de serlo prácticamente por la Comuna de París, en la que sus discípulos, curados por la provechosa lección de los hechos, se vieron forzados a poner en práctica lo contrario de lo que ellos y su maestro profesaran.

Desde su aparición, esta nueva doctrina comunista envolvía la crítica velada de todas las formas del socialismo de Estado, desde Luis Blanc hasta Lassalle. El socialismo de Estado, aunque mezclado con tendencias revolucionarias, concentrábase entonces en el fantasma del "derecho al trabajo". Cuando entraña una reclamación que se hace a un Gobierno, aunque lo integren burgueses revolucionarios, este postulado es una fórmula pérfida. Pero si se trata de un remedio para acabar con el paro forzoso y para influir en las fluctuaciones de los salarios, o lo que tanto vale, en las condiciones de la concurrencia, entonces se trata de un absurdo económico. Podrá, cuando más, ser un recurso político, si permite apaciguar a una masa levantisca de proletarios no organizados. Esto es evidente para cualquiera que sepa claramente cómo tiene que discurrir una revolución triunfante del proletariado y cómo sólo puede terminar con la socialización de los medios de producción, adueñándose de ellos; es decir, cómo tiene que conducir necesariamente a una forma económica de propiedad en que no haya

48- Durante algunos meses he tenido en mi poder un ejemplar completo de la Nueva Gaceta del Rin. La impresión que produce esta lectura supera a toda esperanza. Sería de desear que este periódico, hoy rarísimo, se reeditase íntegramente, o por lo menos las correspondencias y artículos más importantes que en él figuran. (Este deseo del autor ha sido realizado en su segunda parte con la publicación, por Fr.Mehrin, de los Escritos varios o Literarischer Nachlass, de Marx, Engels y Lassalle, t. III.)

mercancías ni salarios, en que el derecho al trabajo y el deber de trabajar se refundan bajo la ley de la necesidad común: trabajo para todos.

El espejismo del derecho al trabajo se esfumó en la tragedia de junio. El debate parlamentario que luego se abrió sobre este problema no fué más que una parodia. Lamartine, ese orador lacrimoso, ese grande hombre de segunda mano, lanzó la última o la penúltima de sus frases famosas: "Las catástrofes son la experiencia de los pueblos", y esta frase bastó para la ironía de la historia.

Aunque el Manifiesto Comunista, en su concisión y con un estilo que jamás raya en la retórica aduladora de la fe y la confianza, encierra tantas y tantas cosas, reduce a sistema por primera vez tantos pensamientos y reúne tantos gérmenes susceptibles de tomar un gran desarrollo, no era ni se proponía ser el código del socialismo, el catecismo del comunismo crítico ni la cartilla de la revolución proletaria. Dejemos las "quintaesencias" para ese famoso señor Schäffle [49], el del librito, a quien también dejamos gustosos el monopolio de la famosa frase: "la cuestión social es una cuestión de estómago". El estómago del señor Schäffle ha desempeñado durante bastantes años en el mundo un bonito papel, del que han salido gananciosos los aficionados socialistas y los corchetes policíacos. El comunismo crítico arranca precisamente del Manifiesto, que se había propuesto impulsar su desarrollo y que lo consiguió en toda la línea.

El conjunto de teorías que suelen agruparse bajo el nombre de marxismo no llega a su plena sazón hasta los años 1860 a 1870. Desde la obrita titulada *El trabajo asalariado* y *el capital,* en que por primera vez se nos explica, con frase precisa, cómo de la compra y aplicación de la mercancía trabajo queda, después de cubrir los gastos de producción, un remanente que forma el nudo de la cuestión de la plusvalía; desde este estudio hasta las minuciosas, intrincadas y vastas investigaciones de *El Capital,* hay todavía un largo camino que recorrer. Este libro, *El Capital,* agota la historia de los orígenes del período burgués en toda su estructura económica interior y supera espiritualmente este período, toda vez que explica su curso, sus leyes especiales y las contradicciones que provoca por necesidad orgánica, para ser devorado por ellas, orgánicamente también.

Hay un largo trecho desde el movimiento proletario batido en el año 1848 hasta el movimiento proletario actual, que, abriéndose paso por entre grandes dificultades, después de reaparecer en la esfera política, no ha hecho más que desarrollarse sin interrupción y con reflexiva y ponderada lentitud.

Hasta hace pocos años este avance del proletariado sólo se veía y admiraba en Alemania, donde la socialdemocracia creció normalmente como en su propio solar (desde el congreso obrero celebrado en Nuremberg el año 1868 hasta nuestros días). Pero durante estos últimos años se observa el mismo fenómeno, bajo diferentes formas, en otros países.

¿Es que el marxismo, al cobrar estas vastas proporciones, y el movimiento proletario, al crecer de este modo, dentro de los cauces normales de la acción política, ha abandonado, como algunos afirman, el carácter bélico inherente a la forma primitiva del comunismo crítico? ¿Se ha operado realmente un tránsito de la revolución a la llamada

49- Alemán, autor de un folleto muy conocido sobre la Quintaesencia del socialismo.

evolución? ¿Se ha sometido el espíritu revolucionario del movimiento a los mandatos del reformismo?

Estos reproches y estas reflexiones se escuchan todos los días de labios de los socialistas más entusiastas y apasionados y de los enemigos del socialismo, naturalmente interesados en generalizar todos los fracasos, obstáculos e interrupciones, para apoyar así su tesis de que el comunismo es irrealizable.

Quien compare el movimiento proletario actual y sus derroteros intrincados y múltiples con la impresión que deja el Manifiesto después de su lectura, no seguida de ulterior estudio, podrá fácilmente imaginarse que en la segura intrepidez de estos comunistas de hace cincuenta años nos habla un espíritu juvenil y precoz. Resuena en su tono como un grito de guerra y como el eco de aquella elocuencia cautivadora de algunos de los oradores del cartismo; se nos anuncia un nuevo 93, que no dejará sitio a ningún nuevo Termidor.

Pero el Termidor se ha repetido, y no una vez, sino varias, bajo diversas formas más o menos abiertas o veladas, ya fuesen sus autores, desde el año 48 para acá, radicales franceses o ex patriotas italianos, o burócratas alemanes, adoradores del Estado de Dios y excelentes servidores, en la práctica, del dinero del diablo, parlamentarios ingleses encanecidos en los ardides del arte de gobernar, o hasta confidentes de la policía bajo máscara de anarquistas. Hay muchas gentes que creen que la estrella de Termidor no desaparecerá ya nunca del cielo de la historia, o, para decirlo más prosaicamente, que el liberalismo, es decir, una sociedad en que los hombres sólo son iguales ante la ley, representa el último confín del progreso humano, más allá del cual sólo hay retroceso y reacción. Es el punto de vista de cuantos cifran en la extensión progresiva de la forma de sociedad burguesa por todos los ámbitos del mundo la finalidad y razón de ser de todo progreso. Lo mismo da que sean optimistas o pesimistas: para ellos es aquí donde están las columnas de Hércules, el *non plus ultra* de la especie humana. Y muchas veces, en su forma pesimista, este sentimiento contagia inconscientemente a algunos de los que, unidos a otros elementos de clase, van a engrosar las filas del anarquismo.

Pero hay otros que van más allá y nos ponderan lo que hay de objetivamente inverosímil en las doctrinas del comunismo crítico. La afirmación que hace el Manifiesto de que la reducción de las luchas de clases a una sola entraña la necesidad de la revolución proletaria, es, según ellos, intrínsecamente falsa. Esta doctrina carece de base, según los tales, en cuanto pretende deducir un razonamiento teórico y una táctica práctica de la previsión de un hecho que, a su modo de ver, representa un punto puramente teórico que se puede anticipar o posponer hasta el infinito. El choque que se dice inevitable entre las fuerzas productivas y el régimen de producción no llegará, a juicio suyo, a realizarse nunca, ya que se limita a innumerables rozamientos concretos, multiplicándose con los choques aislados de la concurrencia económica y tropezando con los obstáculos que le oponen los recursos informativos y las violencias del Gobierno. Es decir, que, lejos de tambalearse y descomponerse, la sociedad actual saldrá constantemente al paso de los males que engendra. Todo movimiento proletario, siguen argumentando estos señores, si no se sofocase por la fuerza, como en junio de 1848 y en mayo de 1871, moriría por

consunción, como el carlismo, que vino a parar en el tra- deunionismo, el gran caballo de parada de todas estas argumentaciones, honra y orgullo' de los economistas y sociólogos vulgares. Todo movimiento proletario moderno es, al decir de ellos, fugaz e inorgánico, un extravío y no un avance. Según estos críticos, nosotros seguimos siendo, bien a nuestro pesar, unos utopistas.

Es indudable que la previsión histórica que se contiene en la doctrina del Manifiesto y que el comunismo crítico desarrolló posteriormente mediante una investigación amplia y minuciosa del mundo actual presenta, por las circunstancias en que surgió, una faz guerrera y una forma harto vivaz. Lo que no contenía, ni contiene tampoco hoy, es una determinada cronología, una imagen prematura de una organización social, como las viejas revelaciones y predicciones.

No había retornado aquel heroico fra Dolcino lanzando de nuevo su grito de guerra. No se cantaba, como en nuevo Múns- ter, la resurrección del reino de Jerusalén. Ya no había ta- boritas ni milenarios. Ya no vivía Fourier esperando en su casa, año tras año, a una hora fija, al candidato de la humanidad. Ya no había nadie que soñase con encabezar una nueva vida y crear por medios artificiales el germen de una nueva organización para engendrar a los hombres de nuevo, como lo querían Bellers, Owen, Cabet y los fourieristas de Texas, cuya fracasada empresa fué la tumba del utopismo. Ya no había sectas que se retrajesen del mundo, pudorosas y tímidas, para servir dentro de sus cenáculos a la idea perfecta de una vida en común, como las colonias socialistas de América.

Nada de eso. En la doctrina del comunismo crítico, la sociedad toda descubre, en un momento de desarrollo general, la causa de su marcha funesta, y en uno de los recodos salientes del camino cobra conciencia de sí propia y comprende y proclama las leyes de su dinámica. Los pronósticos del Manifiesto no tienen nada que ver con ninguna fecha; no eran ninguna predicción ni ninguna profecía, sino que simplemente se anticipaban a exponer la transformación orgánica de la sociedad.

Por debajo de las ruidosas pasiones que se descargan todos los días en el conflicto de los pareceres, por encima de las exteriorizaciones visibles de voluntad que forman la materia histórica, más allá del aparato jurídico y político de nuestra sociedad burguesa, muy lejos de la dirección que imprimen a la vida la religión y el arte, viven, se modifican y se transforman los cimientos elementales de la sociedad sobre lo que todo eso descansa. El estudio anatómico de esos cimientos subterráneos es la economía. Y si la sociedad humana, parcialmente o de raíz, ha cambiado ya varias veces de forma exterior visible, o han cambiado sus manifestaciones ideológicas, artísticas, religiosas, etc., la razón y la causa de estos cambios, los únicos de que nos hablan los historiadores, hay que buscarlas en las conmociones que experimentan aquellos cimientos, conforme evoluciona la economía; hay que ir a buscarlas a parajes recónditos y difícilmente asequibles a la mirada superficial. Para distinguir con perfecta claridad los verdaderos períodos históricos no hay más remedio que estudiar las diferencias existentes entre los diversos sistemas de producción. Y si se trata de explicar la sucesión de estas formas, la sustitución de unas por otras, tendremos que estudiar necesariamente por qué las

formas que desaparecen se disuelven y caducan. Finalmente, si queremos comprender el hecho histórico en su concreción y tangibilidad, necesariamente hemos de estudiar los rozamientos y contrastes producidos por las diversas corrientes —o lo que es lo mismo, las clases, sus sectores y entrecruzamientos— que caracterizan a una determinada sociedad.

Cuando el Manifiesto dice que toda la historia hasta el día presente no es más que la historia de las luchas de clases y que es en éstas donde reside la causa de todas las revoluciones y de todas las reacciones, resuelve dos problemas a la vez: dota al comunismo con el arma de una nueva teoría y a los comunistas con el hilo conductor que les permite sacar a luz, en los embrollados acontecimientos de la vida política, las condiciones del movimiento económico que discurre por debajo de ellos.

En estos últimos cincuenta años, la previsión general de la nueva doctrina histórica se ha convertido para los socialistas en un arte difícil, en el arte de comprender en cada caso lo que debe hacerse dentro, de una nueva era que no encuentra asiento en su natural e incesante dinamismo. El comunismo se ha trocado en un arte porque los proletarios se han convertido, o están a punto de convertirse, en un partido político. El espíritu revolucionario toma cuerpo hoy en la organización proletaria. La anhelada unión de proletarios y comunistas es ya un hecho consumado. Y los últimos cincuenta años son la prueba cada vez más palmaria de la sublevación creciente de las fuerzas productivas contra el régimen de producción.

Nosotros, los "utopistas", no tenemos más respuesta que esta lección de hechos para los que hablan todavía de revueltas y trastornos fugaces, confiando en que poco a poco irán desapareciendo y se esfumarán en medio de la paz de nuestro período definitivo de civilización. Y esta lección es bastante elocuente.

Once años después de haber publicado el Manifiesto, Marx resumía en una forma precisa y clara las ideas centrales de la concepción materialista de la historia en el prólogo de un libro precursor de su *Capital.*

"El primer trabajo que emprendí para resolver las dudas que me asaltaban fue una revisión crítica de la filosofía jurídica hegeliana, trabajo cuya introducción se publicó en los *Anales Franco Alemanes,* que vieron la luz en 1844. Mi investigación me llevó al resultado de que las relaciones jurídicas y las formas políticas no pueden comprenderse por sí mismas ni por la llamada evolución general del espíritu humano, sino que tienen su raíz en las condiciones materiales de vida que Hegel, siguiendo el precedente de los ingleses y franceses del siglo xvm, agrupa y resume bajo el nombre de "sociedad civil", y que la anatomía de esta sociedad civil había que buscarla en la economía política. El estudio de ésta, comenzado en París, fué proseguido por mí en Bruselas, adonde hube de trasladarme obedeciendo a una orden de destierro de M. Guizot. La conclusión general a que llegué y que, una vez obtenida, sirvió de hilo conductor a todas mis investigaciones, puede resumirse brevemente de este modo: En la producción social de su vida, los hombres se someten a determinadas condiciones de producción, necesarias e independientes de su voluntad, condiciones de producción que responden a una determinada fase de progreso de sus fuerzas materiales productivas. El conjunto

de estas condiciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta el edificio jurídico y político y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El régimen de producción de la vida material condiciona todo el proceso de la vida social, política y espiritual. No es la conciencia del hombre la que informa su existencia, sino, por el contrario, su existencia social la que informa su conciencia. Al llegar a una determinada fase de progreso, las fuerzas materiales productivas de la sociedad chocan con las condiciones de producción reinantes, o para emplear la expresión jurídica equivalente, chocan con el régimen de propiedad a que hasta entonces se habían ajustado. Estas condiciones dejan de ser formas de progreso de las fuerzas productivas y se convierten en trabas que obstruyen su desarrollo. Se abre una época de revolución social. Al transformarse los cimientos económicos se desplaza, más o menos lentamente, todo el inmenso edificio que sobre ellos reposa. Para analizar estos desplazamientos hay que distinguir siempre entre las conmociones materiales de que son objeto las condiciones económicas de producción, y que pueden pulsarse con toda exactitud por los métodos de las ciencias naturales, y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, ideológicas en una palabra, en que los hombres cobran conciencia de este conflicto y toman partido en él. Y del mismo modo que no se puede juzgar de lo que una persona es por lo que ella misma piense de sí, no se puede tampoco estudiar esas épocas de transformación por el modo como se reflejan en su conciencia, sino que es esa conciencia la que debe juzgarse a través de las contradicciones de la vida material, del conflicto entablado entre las fuerzas sociales productivas y el régimen de producción. Un tipo de sociedad no perece nunca antes de que bajo su imperio se desarrollen todas las fuerzas productivas a que deja margen, y jamás sale a plaza un .nuevo régimen más alto de producción hasta que las condiciones materiales de existencia del mismo no han germinado en la entraña de la antigua sociedad. Por eso la humanidad no se plantea nunca problemas que no puede resolver, pues bien miradas las cosas, lo que ocurre es que el problema no surge nunca hasta que se dan, o por lo menos empiezan a formarse, las condiciones materiales para su solución. A grandes rasgos podríamos distinguir como otras tantas épocas progresivas en la formación económica de la sociedad el régimen de producción asiático, el antiguo, el feudal y el moderno burgués. Las condiciones burguesas de producción son la última forma antagónica que reviste el proceso de producción social; antagónica, no en un sentido individual, sino en el sentido de un antagonismo que brota de las condiciones sociales de vida de los individuos; pero las fuerzas productivas que se forman en el seno de la sociedad burguesa se encargan por sí,mismas de crear, al mismo tiempo, las condiciones materiales para la solución de este antagonismo. Con este tipo de sociedad se cierra, por tanto, la prehistoria de la sociedad humana."

Cuando Marx escribía esto llevaba varios años retraído de la palestra política, a la que volvió algún tiempo después, con la Internacional. En Italia, Austria, Hungría, Alemania, la reacción había triunfado sobre la revolución patriótica, liberal o democrática. Por su parte, la burguesía había vencido a los proletarios en Francia e Inglaterra. Las condiciones indispensables para un movimiento democrático y proletario se venían todas a tierra.

Los comunistas del Manifiesto, batallón harto exiguo que había tomado parte en la revolución y en todos los actos populares de sublevación y resistencia contra la ola reaccionaria, vieron su actividad interrumpida por el memorable proceso de Colonia. Los supervivientes del movimiento intentaron reanudar su campaña en Londres, pero Marx y Engels, con otros, no tardaron en separarse de aquellos revolucionarios a todo trance, retrayéndose del movimiento. La crisis había pasado y sobrevino un largo período de quietud. Prueba de esto es la lenta desaparición del carlismo, o sea, del movimiento proletario del país que representaba la espina dorsal del sistema capitalista. Por el momento, la historia había dado un mentís a las ilusiones de los revolucionarios.

Marx, antes de consagrarse casi exclusivamente a madurar en largo esfuerzo los elementos que ya descubriera para la crítica de la economía, ilustró en varios trabajos la historia del período revolucionario desde 1848 a 1850, y principalmente las luchas de clases en Francia, patentizando que, poi el hecho de que la revolución en su forma actual no hubiese llegado a la meta, no quedaba desmentida la teoría revolucionaria de la historia. En estos trabajos se desarrollaban íntegramente los puntos de vista esbozados en el Manifiesto.

Algún tiempo después vió la luz el estudio sobre *El 18 Brumario de Luis Bonaparte,* primer ensayo de aplicación del nuevo criterio histórico a una serie de hechos cronológicamente localizados. No es cosa fácil retrotraerse del movimiento aparente al real para descubrir su nexo interno. Hay, en efecto, muchas y grandes dificultades que vencer hasta sobreponerse a los hechos pasionales, oratorios, parlamentarios, agitadores y de otra índole, penetrando en el engranaje social interno y descubriendo en él los diversos intereses de la grande y la pequeña burguesía, de los campesinos, artesanos, obreros, soldados y sacerdotes,- de los banqueros, de' los usureros y de la canalla; todos estos intereses obran, consciente o inconscientemente, rebelándose, recatándose, eliminándose, asociándose y disolviéndose en la discordante vida de los hombres civilizados.

La crisis había sido vencida, y precisamente en los países de que había arrancado como de su solar histórico el comunismo crítico. Todo lo que ahora podían hacer los comunistas críticos era poner al desnudo las causas económicas latentes de la reacción. La inteligencia de ésta era, por el momento, la prosecución de la obra revolucionaria. Lo mismo había de acaecer, bajo diferentes formas y condiciones, veinte años más tarde, cuando Marx, en nombre de la Internacional, trazó en su obra sobre la guerra civil en Francia una defensa de la comuna, que era, a la par que defensa, la crítica objetiva de este movimiento.

La heroica renunciación con que Marx abandonó la vida política después del año 1850 volvió a patentizarse en 1872, cuando se retiró de la Internacional después del congreso de La Haya. Estos dos hechos tienen para el biógrafo de Marx un gran valor, ya que le permiten penetrar en el carácter personal de este hombre; para Marx, idea política y temperamentó formaban, en realidad, un todo. Pero estos hechos tienen todavía mayor importancia para nosotros. El comunismo crítico no fabrica revoluciones, ni prepara insurrecciones, ni arma revueltas. Se funde con el movimiento proletario, pero pulsa

y sostiene este movimiento con plena conciencia del nexo que le une y puede y debe unir a la totalidad de las condiciones de la vida social. No es, en una palabra, ninguna academia preparatoria donde se adiestre al estado mayor de la revolución proletaria; es, única y exclusivamente, la conciencia de esta revolución, y sobre todo, la conciencia de sus dificultades.

Durante los últimos treinta años el movimiento proletario ha cobrado proporciones inmensas. Abriéndose paso por entre innumerables dificultades, avances y retrocesos, fué asumiendo poco a poco una forma política, trabajando y aplicando por etapas sus métodos. Y todo esto lo ha conseguido la mágica acción de la doctrina, difundida por la fuerza persuasiva de la propaganda hablada o escrita. En los comienzos del movimiento los comunistas tenían la impresión de ser la extrema ala izquierda de todo movimiento proletario, pero al paso que éste se desarrollaba y especializaba iba imponiéndoseles la necesidad y el deber de aprovecharse de las contingencias mudables del proceso económico y de la nueva situación política a que esas circunstancias daban origen, elaborando un programa propio y compartiendo la actividad política de los partidos.

En los cincuenta años que van transcurridos desde la publicación del Manifiesto, la especialización y la complejidad del movimiento proletario han crecido en proporciones tales, que ya no hay espíritu capaz de abarcarlas en su conjunto y comprenderlas en sus detalles, de penetrar en sus verdaderas causas y poner al descubierto la substancia de sus relaciones. La Internacional unitaria, que existió desde 1864 hasta 1873, hubo de desaparecer después de cumplida su misión, que era la de allanar el camino a la nivelación de las tendencias generales e ideas comunes de que el proletariado no puede prescindir; y nadie podrá tener, ni tiene, la pretensión de restaurar nada que se le parezca.

Dos causas principales han contribuido considerablemente a traer al movimiento proletario esta especialización y esta complejidad. En muchos países, la burguesía ha sentido la necesidad de remediar, en interés de su propia defensa, algunos de los abusos que se derivaban del sistema industrial, y es así como nace la legislación de protección obrera o la legislación social, como pomposamente se la llama. En su propio interés, o bajo la presión de las circunstancias, la misma burguesía se ha visto llevada en muchos países a la necesidad de extender las condiciones generales de libertad política y principalmente el derecho de sufragio. Estas dos circunstancias han hecho que el proletariado se sintiese atraído a la órbita de la política diaria y han potenciado considerablemente su libertad de movimientos; la movilidad y el dinamismo así adquiridos le consienten luchar con la burguesía en los parlamentos. Y como el desarrollo de las cosas determina el desarrollo de las ideas, a este movimiento prácticamente complejo del proletariado corresponde una evolución igual en las doctrinas del comunismo crítico, así en lo que se refiere al modo de entender la historia y la vida diaria, como en lo que atañe a la descripción detallada y meticulosa que hace de los elementos más recónditos de la economía: dicho en pocas palabras, el comunismo crítico se convierte en un sistema.

Mas ¿no hay en esto —se preguntan algunos— una desviación de la doctrina, tan

sencilla y taxativa, del Manifiesto? ¿No. se habrá perdido en fuerza e intensidad —dicen otros— lo que se ha ganado en cantidad y extensión?

Estas preguntas y los temores que albergan nacen, a mi juicio, de una falsa concepción ‘del movimiento proletario actual y de una aberración óptica en lo que toca al grado de energía y pujanza revolucionaria de las manifestaciones de otro tiempo.

Cualesquiera que sean las concesiones que la burguesía pueda hacer en el orden económico, y aun suponiendo que llegasen incluso a una reducción considerable de la jomada de trabajo, siempre quedará en pie la necesidad de la explotación, sobre que se basa todo el orden social presente, y esta necesidad traza fronteras que el capital, como instrumento privado de la producción, no puede rebasar. Y si hoy una concesión sirve o puede servir para acallar en el proletariado ciertas quejas, en el fondo lo único que hace es despertar la necesidad de nuevas y cada vez mayores concesiones. En Inglaterra, la necesidad de una legislación obrera surgió con anterioridad al movimiento carlista y se desarrolló luego con él, para alcanzar sus primeros triunfos en el período que sigue inmediatamente a la crisis del carlismo. Los principios y la razón de ser de este movimiento legislativo de reformas fueron críticamente analizados en sus causas y en sus fines por Marx en *El Capital,* y a través de la Internacional se incorporaron a los programas de los diversos partidos socialistas. Finalmente, al concentrarse en el postulado de la jornada de ocho horas,’ este movimiento se convierte, con el Primero de Mayo, en una magna revista internacional del proletariado y en un procedimiento para pulsar sus avances. De otra parte, la lucha política en que toma parte el proletariado democratiza sus costumbres; más aún, hace que surja una verdadera democracia, que con el tiempo tendrá que romper necesariamente la envoltura de la forma política actual. Gomo órgano de una sociedad basada en la explotación, esta forma está integrada por una jerarquía burocrática, una burocracia judicial y una asociación de socorros mutuos establecida entre los capitales para la defensa de sus derechos señoriales, la eterna renta de la Deuda pública, la renta de la tierra; en una palabra, la ganancia del capital bajo todas sus formas. Véase cómo éstos dos hechos que, en opinión de los descontentos y supercríticos, nos alejan hasta el infinito de las previsiones comunistas, lo que hacen es, por el contrario, crear nuevos medios y caminos para reforzar estas previsiones. Lo que parece desviarnos de la revolución es lo que, en el fondo, la acelera.

Además, no conviene exagerar la importancia de la expectativa revolucionaria que hace unos cincuenta años abrazaban los comunistas. Si aquellos hombres tenían una fe, dentro de la situación política de la Europa de aquella época, era la de ser, como lo fueron, los precursores; confiaban en que la constitución política de Italia, Austria, Hungría, Alemania y Polonia se acercaría, como en efecto ha ocurrido, a las formas modernas, parcialmente y por otros derroteros. Si abrigaban una esperanza era la de que el movimiento proletario de Francia e Inglaterra continuase desarrollándose. La reacción barrió muchas cosas y contuvo más de un proceso ya incoado. Barrió también la vieja táctica revolucionaria, a la que en estos últimos años ha sucedido una táctica nueva. A esto se reduce el cambio.

El Manifiesto no pretendía ser más que el primer hilo conductor de una ciencia y de

una práctica que la experiencia y los años se encargarían de desarrollar. Sólo da el esquema y el ritmo para la marcha general de la revolución proletaria. Evidentemente, los comunistas obraban influidos por las experiencias de los dos movimientos que se desarrollaban ante su vista: el movimiento francés y más todavía el del cartismo, que pronto había de paralizarse con la manifestación del 10 de abril de 1848. Pero este esquema no sentaba una táctica perenne de lucha, como ya tantas veces se había hecho. En efecto, era frecuente que los revolucionarios definiesen en forma catequística lo que sólo la marcha de las cosas podía aconsejar.

Este esquema ha cobrado mayor amplitud y complejidad con el desarrollo y la extensión del sistema burgués. El ritmo del movimiento se ha hecho más lento y complicado, porque la masa obrera se ha convertido en partido político aparte, circunstancia que modifica el carácter y la medida de la acción y, por consiguiente, del movimiento.

Y así como con las armas perfectas y los medios defensivos de hoy día no tiene ya razón de ser la táctica de las sublevaciones; así como la complejidad del Estado moderno impide imponer a todo un pueblo desde el edificio de un ayuntamiento tomado por sorpresa las ideas y la voluntad de una minoría, por muy valiente y avanzada que ella sea, la masa de los proletarios no sigue ya hoy fácilmente las consignas de unos cuantos jefes ni atempera sus movimientos a las órdenes de capitanes capaces de levantar un gobierno nuevo sobre los escombros del viejo. Allí donde la masa obrera está políticamente capacitada, se ha educado y se educa democráticamente, elige sus representantes y critica sus actos, adopta como propias, después de maduro análisis, las ideas y proposiciones que le formulan éstos, sabe ya, o comienza, según los países, a saber que la conquista del Poder político no pueden ni deben hacerla otros en su nombre, y sobre todo que esa conquista no puede ser nunca un golpe de mano. En una palabra, sabe o comienza a saber que la dictadura del proletariado, que ha de tener por cometido socializar los medios de producción, no puede ser empresa de una masa acaudillada por unos cuantos hombres, sino que tendrá que ser y será obra de los proletarios mismos, convertidos ya de suyo y por una larga experiencia en organización política.

En los últimos cincuenta años, el desarrollo y la extensión del sistema burgués han cobrado proporciones vertiginosas e inmensas. Ya corroen hasta la vieja-y sacrosanta Rusia, y crean, no sólo en América, Australia y la India, sino incluso en el Japón, nuevos centros de producción moderna, con lo cual no hacen más que embrollar,' por si aun lo estuvieran poco, las condiciones de la concurrencia y las complejidades del mercado mundial. Efecto de esto son los cambios políticos sobrevenidos y los que no tardarán en sobrevenir. No menos veloces y grandiosos son los progresos del proletariado. Su educación política da todos los días un nuevo paso hacia la conquista del Poder. La rebelión de las fuerzas productivas contra el régimen de producción, la lucha del trabajo vivo contra el trabajo acumulado, es cada día más patente. El sistema burgués ya sólo sabe mantenerse a la defensiva y pone al desnudo su decadencia con esta peregrina contradicción, convirtiendo el mundo pacífico de la industria en una inmensa plaza de armas del militarismo. Por la ironía de las cosas, el período pacífico de la industria se

convierte en un período de creación e invención ininterrumpida de nuevas máquinas de guerra.

El socialismo se ha impuesto. Esos semisocialistas y hasta esos charlatanes que obstruyen con sus personas la prensa y los mítines de nuestro partido, dejándonos no pocas veces perplejos, son un homenaje que la vanidad y la codicia de todo género rinden, a su modo, al nuevo poder que se alza en el horizonte. El contraveneno que el socialismo científico se cuida de administrar a tiempo —y que mucha gente no acaba de resignarse a ingerir— no impide que broten por todas partes los farmacólogos de la cuestión social, armados todos con su panacea contra éstos o los otros males: nacionalización del suelo, monopolio del trigo por el Estado, impuestos democráticos, nacionalización del crédito hipotecario, huelga general, etcétera. Pero la democracia social da de lado a todas estas fantasías, porque la conciencia de su situación lleva a los proletarios, tan pronto como se familiarizan con la lucha política, a la inteligencia íntegra del socialismo. Para ellos es claro como la luz del día que sólo puede existir un problema: la supresión del salario; que sólo hay una forma de sociedad que permite, más aún, que exige la extirpación de las clases, a saber: una asociación no productora de mercancías, y que esta forma social no es ya el Estado, sino todo lo contrario, la administración técnica y pedagógica de la sociedad humana, la gestora autónoma del trabajo. Acabemos de una vez con los jacobinos, los héroes del 93 y su caricatura del 48.

¡Democracia social! Pero ¿no es esto —dicen algunos— una manifiesta desvirtuación de la doctrina comunista tal como se contiene en el Manifiesto, expresada en palabras tan decisivas y tajantes?

No es éste el momento de recordar que el nombre de social- democracia tuvo en Francia, durante los años de 1837 a 1848, significados muy diversos, pero todos ellos de tendencia confusionista. Tampoco es necesario pararse a explicar que los alemanes han podido recoger en este nombre toda la rica y vasta historia de su socialismo, desde el episodio de Lassalle, hoy superado y ya sin eco, hasta los tiempos presentes. Es evidente que el término "democracia social" puede designar y designa y ha designado muchas cosas que no han sido, son ni serán el comunismo crítico ni el camino consciente hacia la revolución proletaria. Asimismo es evidente que el socialismo contemporáneo, aun en los países en que es más avanzado, arrastra consigo no pocas escorias, de las que se irá desprendiendo poco a poco, a la larga. Y es evidente también, por último, que este vago nombre de democracia social sirve de escudo y plataforma a muchas gentes poco gratas. Pero aquí lo que interesa es concentrar la atención en ciertos puntos de importancia decisiva.

Conviene hacer hincapié en el sustantivo democracia, para evitar toda confusión. Democrática era la organización de la Liga Comunista, democrático el modo como acogió y discutió la nueva doctrina, democrático su modo de mezclarse en la revolución de 1848 y el modo como tomó parte en los actos de rebeldía y resistencia contra la asoladora reacción, y democrática, finalmente, hasta la forma en que se disolvió. En este primer tipo de partido proletario, ascendiente de los actuales, en esta primera

célula, por decirlo así, de nuestra organización vasta, elástica y compleja de hoy día, no sólo imperaba la conciencia de la misión que cumple llenar a los precursores, sino que reinaban ya el modo y la forma de asociación únicos de que podían servirse los primeros campeones de la revolución proletaria. Su organización no era ya ninguna secta; esta forma había sido superada por los mismos hechos, el predominio inmediato y fantástico del individuo no existía ya. Lo que imperaba era una disciplina que tenía su fuente en la experiencia de la necesidad y en una enseñanza que no era más que la proyección de esta necesidad en la conciencia. Exactamente lo mismo acontecía en la Internacional, que sólo podía parecer autoritaria a quienes no podían hacer valer en ella la propia autoridad. Y lo mismo exactamente tiene que acontecer y acontece en los partidos obreros; allí donde este carácter no aparece todavía estampado, la agitación proletaria, elemental y confusa, no hace más que engendrar ilusiones y dar pasto para intrigas. En los casos en que no es así, crea agrupaciones en que el sectario se da la mano con el necio y el confidente; algunas veces es la sociedad de la Fraternidad Internacional, aferrada como un parásito a la Internacional para su descrédito; otras veces es la cooperativa que degenera y se vende a un poderoso, o el partido obrero que se mantiene al margen de la política y estudia las oscilaciones del mercado para deslizarse con su táctica de lucha entre los vaivenes de la concurrencia, o finalmente, un grupo de descontentos, *déclassés* o pequeños burgueses casi siempre, que se entregan a especulaciones acerca del socialismo como a frase antojadiza de la moda política. La democracia social ha tropezado con todos estos obstáculos en su camino y ha tenido que librarse de ellos, y aún es hoy el día en que de vez en cuando se le vuelven a presentar. El arte de la persuasión no siempre basta. Lo más frecuente es que haya que resignarse y esperar a que la dura escuela del desengaño suministre la enseñanza con más fortuna que la razón.

Todas estas dificultades internas del movimiento proletario que la burguesía, falta de conciencia y perdiendo los estribos, nutre y explota las más de las veces, llenan en una parte considerable la historia del socialismo durante estos últimos años.

El socialismo no sólo ha encontrado obstáculos para su desarrollo en las condiciones generales de la concurrencia económica y en las resistencias opuestas por el Poder político, sino también en las condiciones de la propia masa proletaria y en el mecanismo, muchas veces obscuro, aunque inevitable, de sus movimientos lentos, mudables, confusos y con frecuencia contradictorios y pugnantes entre sí. Esto impide a mucha gente reconocer cómo todas las luchas de clases se reducen cada vez más a la lucha entre los capitalistas y los obreros proletarios.

El Manifiesto, que no traza, desviándose del precedente de los utopistas, la ética ni la psicología de la sociedad futura, no describe tampoco, ni pretende describir, el mecanismo de esta forma social ni del proceso en que nos encontramos. Ya es bastante que unos cuantos precursores nos hayan desbrozado el camino que tenemos que seguir para comprender ese proceso y orientarnos en él. Además, el hombre es el animal experimental por excelencia; por eso tiene, o mejor dicho, hace su propia historia.

Por esta senda del socialismo contemporáneo, abierta a través de la experiencia,

hemos salido al encuentro de las masas campesinas.

El socialismo, práctica y teóricamente entregado por encima de todo al conocimiento, y análisis de los antagonismos existentes entre capitalistas y proletarios en el seno de la llamada producción industrial, ha proyectado sus actividades sobre la masa en la que florece en todo su esplendor la "limitación campesina". Conquistar a los campesinos es la cuestión que está hoy a la orden del día, aunque el Schaffle ése de la "quintaesencia" se venga esforzando desde hace tiempo en movilizar las cabezas campesinas anticolectivas para la defensa del orden. El desplazamiento e invasión de la industria doméstica por el capital, el tránsito cada vez más veloz de la agricultura a la explotación capitalista, la destrucción o disminución de la pequeña propiedad por los vínculos hipotecarios, la desaparición de los pastos comunes, la usura, los impuestos y el militarismo, todo esto reunido empieza a hacer milagros en esas cabezas, nacidas, según se dice, para apoyar el orden reinante.

Los alemanes fueron los primeros en lanzarse a esta cruzada, a la que les impulsaban, aunque otra cosa no fuese, las posibilidades de su inmensa organización: de las ciudades se desplazaron a los pueblos y de aquí, inevitablemente, a la campiña. Los primeros ensayos en este terreno han de ser por fuerza harto difíciles y trabajosos, y esto explica y disculpa, o disculpará, los errores cometidos o que en el futuro se cometan. Mientras no conquistemos a los campesinos, dejaremos a nuestra espalda esa "limitación aldeana", posible fuente inconsciente, por limitada, de otro 18 Brumario o de otro 2 de Diciembre.

El desarrollo de la sociedad moderna en Rusia avanzará, probablemente, al paso con esta conquista del campo. Cuando este campo haya entrado en la era liberal, con todas sus' imperfecciones y todos sus defectos, con todas las formas de la explotación y la proletarización moderna, pero también con todas las reparaciones y ventajas que el progreso político del proletariado ofrece, la democracia social no tendrá ya ningún peligro imprevisto que temer de fuera, y al mismo tiempo habrá triunfado, con la conquista de las masas campesinas, sobre los peligros de dentro.

El ejemplo de Italia es harto instructivo. Después que este país hubo entrado en la era capitalista, quedó para varios siglos al margen del ritmo de la historia. Es un caso típico de decadencia, que puede estudiarse precisa y documentalmente en todas sus fases. Durante la era napoleónica, Italia volvió a incorporarse a la marcha de la historia, en parte al menos. Reconquistó su unidad y, pasado el período de la reacción y las conspiraciones, se convirtió, bajo las circunstancias de todos conocidas, en un Estado moderno. Hoy, Italia conoce todos los vicios del parlamentarismo, del militarismo y de las finanzas modernas, pero sin poseer al mismo tiempo un régimen moderno de producción ni la posibilidad de concurrencia bajo condiciones iguales. Nuestro país no puede competir con los de industria avanzada porque adolece de una falta absoluta de carbón, de una gran penuria de hierro y de una gran escasez de capacidades técnicas; espera o confía, sin embargo, que la aplicación de la energía eléctrica le permitirá recuperar el tiempo perdido. Siendo como es un Estado moderno instaurado en una sociedad casi exclusivamente agraria y en un país en que la agricultura se halla, en buena parte, muy atrasada, nutre ese sentimiento general de malestar que se extiende

a todo.

De aquí la inconsistencia y falta de cohesión de los partidos, las vertiginosas oscilaciones que van desde la demagogia hasta la dictadura, el tropel, la muchedumbre y el ejército innumerable de los parásitos, arbitristas y fantaseadores políticos.

Este curioso espectáculo social de un progreso obstruido, entorpecido, limitado y sin embargo inseguro, aparece iluminado con vivo resplandor por un espíritu penetrante, que no siempre es la expresión y el fruto de una cultura moderna, amplia y auténtica, y que, sin embargo, como residuo que es de una cultura milenaria, ostenta el sello de un gran refinamiento espiritual. Italia no ha sido nunca, por razones fácilmente comprensibles, terreno abonado para el cultivo original de ideas y tendencias socialistas. El italiano Felipe Buonarroti empieza siendo amigo del joven Robespierre, se hace luego camarada de Babeuf e intenta más tarde, después de 1830, reencender en Francia el babuvismo. El socialismo no da señales de vida en Italia hasta la época de la Primera Internacional, bajo la forma concisa e incoherente del bakuninismo; y no era, además, un movimiento de obreros, sino de pequeños burgueses y revolucionarios por principio [50]. Durante estos últimos años, el socialismo se ha aclimatado en una forma que refleja casi el tipo general de la socialdemocracia. Las insurrecciones de los campesinos sicilianos, a las que han seguido y seguirán otras revueltas del mismo género en el continente, dan en Italia la primera señal de vida del proletariado. ¿No es esto bastante significativo?

Después de esta breve ojeada sobre la historia del socialismo contemporáneo, nuestro pensamiento se vuelve complacido a aquellos precursores que hace cincuenta años ocuparon, con su Manifiesto, un puesto de avanzada en el camino del progreso. Y al decir esto no nos referimos tan sólo a los teóricos, a Marx y a Engels. Estos dos hubieran ejercido siempre y bajo cualesquiera circunstancias, desde la cátedra *o* desde la tribuna o por medio de sus libros, una influencia considerable sobre la política y la ciencia, aun cuando no hubiesen topado *i* en su camino con la Liga Comunista: tan grandes eran la fuerza y la originalidad de su espíritu y la extensión de sus conocimientos. No, nos referimos principalmente a los elementos anónimos, a los desconocidos, para emplear la jerga dudosa y vacua de la literatura burguesa: al zapatero Bauer, a los sastres Lessner y Eccarius, al miniaturista Pfánder, al relojero Molí, a Lochner y a tantos y tantos otros que por primera vez levantaron conscientemente la bandera de nuestro movimiento. El grito de "¡Proletarios de todos los países, unios!" señala el momento en que estos hombres aparecen, y el tránsito del socialismo del campo de la utopía al campo de la ciencia proclama los frutos de su labor. La continuidad de su instinto y de su primer impulso en la obra de hoy es el mérito inolvidable que los hace acreedores a la gratitud de todos los socialistas.

Yo, como italiano, vuelvo la mirada con tanta más complacencia a estos orígenes del socialismo moderno cuanto que, a lo menos para mí, no deja de tener su importancia

50- Otra cosa acontece en Alemania, donde el socialismo se introduce después de 1830, erigiéndose en corriente literaria y pasando por los cambios filosóficos que tenían por principal representante a Grün. Pero ya antes de proclamarse la hueva doctrina, el socialismo había cobrado un sello proletario característico, gracias a la propaganda y a las obras de Weitling, el gigante en la cuna,: como Marx le llamó en el Vorwaerts de 1844

esta declaración estricta de Engels: "El descubrimiento de que las situaciones y los sucesos políticos se explican siempre y en todas partes por los fenómenos económicos correspondientes no lo hizo Marx en el año 1885, sino el señor Loria en 1886. A lo menos lo llevó a la conciencia de sus connacionales y, con la publicación de su libro en francés, a la de algunos franceses, y bien puede jactarse de ser el autor de una nueva teoría de la historia que hace época, hasta que los socialistas de su país tengan un rato libre para despojar al jurista señor Loria de esas plumas hurtadas de pavo con que se adorna."

Antes de terminar tengo que detenerme todavía en algunos puntos.

De todas partes y de todos los campos se alzan protestas y se disparan objeciones contra el materialismo histórico. A este clamor unen su voz, aquí y allá, los socialistas recién llegados, los socialistas filantrópicos, sentimentales, y algunos de ellos, no pocos, histéricos. Y luego se alza, como un *Inri,* la cuestión del estómago. Otros se entregan a ejercicios de esgrima lógica sobre las categorías abstractas del heroísmo y el altruismo; para otros, finalmente, se presenta siempre, en el momento favorable, la inevitable lucha por la existencia.

¡La moral! ¿Pero no conocíamos ya, desde hacía largo tiempo, la moral del período burgués por la fábula de las abejas de Vandeville, cuya aparición coincidió con los orígenes de la economía clásica? ¿Y acaso la política de esta moral no aparece trazada, en trazos inolvidables, por el primer escritor clásico de la era capitalista, por Maquiavelo, que si no inventó el maquiavelismo fué su más celoso y fiel secretario y amanuense? Y el duelo lógico entre el heroísmo y el altruismo, ¿no lo hemos visto desfilar ya ante nosotros, comenzando por el cura Malthus y acabando por ese aburrido y prolijo charlatán sin contenido, el inevitable Spencer? ¡La lucha por la existencia! ¿Pero es que existe, es que puede observarse, estudiarse, comprenderse ninguna que tenga para nosotros más importancia que la que engendra y nos brinda en proporciones gigantescas la agitación proletaria? ¿O es que queréis acaso contraer la explicación de esta lucha que se libra sobre la palestra de la sociedad, superior a la naturaleza, una palestra que el propio hombre se ha ido creando a lo largo de los tiempos con su trabajo, su técnica y sus instituciones y que él mismo puede transformar mediante formas nuevas de trabajo, de instituciones y de técnica? ¿Es que acaso queréis reducir la explicación de esta lucha a la que libran en general las plantas, los animales, y los propios hombres en cuanto lo son, en el regazo de la naturaleza?

Pero volvamos a nuestro tema.

El comunismo crítico no se ha negado jamás, ni se niega, a aceptar los muchos y fecundos acicates ideológicos, éticos, psicológicos y pedagógicos que suponen el conocimiento y el estudio de todas las formas del comunismo, desde Faleas de Calcedonia hasta Cabet. Más aún, el estudio y el conocimiento de estas formas desarrolla y consolida la conciencia de aquello por lo que el socialismo científico se distingue de todo lo demás. ¿Quién que ahonde en este estudio no reconocerá que Tomás Moro era un alma heroica y un gran escritor del socialismo? ¿Quién no atesorará una buena dosis de admiración hacia Roberto Owen, el primero que enriqueció la ética del comunismo con

este principio inatacable: el carácter y la moral del hombre son un resultado necesario de las condiciones en que vive y de las circunstancias que le rodean? Los partidarios del comunismo crítico consideran su deber, recorriendo la historia a la luz de la idea, abrazar el partido de todos los oprimidos, aunque su destino haya sido casi siempre el de seguir siéndolo para allanar el camino, después de algunos triunfos fugaces, a la instauración de nuevos opresores.

Pero hay un punto en que los partidarios del comunismo crítico se separan inequívocamente de cualesquiera otras formas o clases de comunismo, viejo, moderno o contemporáneo, y este punto tiene una decisiva importancia.

Los comunistas críticos no pueden conceder que las ideologías pasadas hayan discurrido sin dejar huella y que las pasadas tentativas del proletariado hayan sido abatidas todas por el mero azar, por la casualidad, por un capricho de las circunstancias. Si bien todas estas ideologías presintieron en realidad antagonismos sociales, es decir, verdaderas luchas de clases, sintiéndolas con un alto sentido de justicia y una profunda consagración a un ideal, todas ellas revelan desconocimiento de las verdaderas causas y del carácter real de los antagonismos contra los que, en un alarde de indignación espontánea y no pocas veces heroica, se levantaron. De aquí proviene su carácter utópico. Nosotros nos explicamos al mismo tiempo por qué las opresiones de otras épocas, aun siendo más bárbaras y más crueles, no provocaron la energía contenida, la fuerza concentrada y la resistencia permanente de que es personificación el proletariado de nuestro tiempo. Los cambios operados en la estructura económica de la sociedad, la formación del proletariado en el seno de la gran industria y del Estado moderno, la aparición de este proletariado en la esfera política: he ahí, en suma, los nuevos hechos que han engendrado la necesidad de nuevas ideas. Por eso el comunismo crítico de hoy no es ni moralista, ni predicador, ni acusador, ni utópico: porque tiene ya su causa en sus manos y ha depositado en ella toda su moral y todo su idealismo.

Esta explicación, que a los sentimentales se les antoja demasiado cruda sólo porque es demasiado verdadera y demasiado real, nos permite escribir retrospectivamente la historia del proletariado y de cuantas clases oprimidas le precedieron. Nos permite representarnos sus diversas fases, poner en claro el fracaso del cartismo. y de la "conspiración de los igualitarios" y remontarnos, más todavía, hasta llegar a los orígenes de las sublevaciones, resistencias y guerras contra la injusticia, hasta la famosa guerra de los campesinos de Alemania y hasta la *Jacquerie* y fra Dolcino. En todos estos hechos y en todos estos sucesos descubriremos formas y fenómenos relacionados con la gestación de la burguesía y sus esfuerzos por desgarrar y destruir el sistema feudal, hasta triunfar sobre él e instaurarse como régimen nuevo. Podemos incluso enfocar, aunque ya con menos claridad, las luchas de clases del mundo antiguo. Y esta historia del proletariado y de las demás clases oprimidas, de sus constantes y siempre mudables luchas y revueltas, nos permite ya comprender por qué las ideologías del comunismo de otras épocas fueron todas prematuras.

Si la burguesía no ha llegado aún en todas partes al límite extremo de su desarrollo, es evidente que en ciertos países ha alcanzado ya su apogeo. En los países más avanzados

somete, directa o indirectamente, las diferentes formas anticuadas de producción a la acción y a la ley del capital. De este modo simplifica, o por lo menos aspira a simplificar, las diferentes luchas de clases de otros tiempos, pugnantes las unas con las otras por su variedad, reduciéndolas a una sola: la lucha entre el capital, que convierte en mercancías todos los productos del trabajo humano necesarios para la vida, y la masa proletarizada, que vive de vender su fuerza de trabajo, convertida también en simple mercancía. El secreto de la historia se ha simplificado. Ha tomado caracteres completamente prosaicos. Y así como la lucha de clases de los tiempos presentes es la simplificación de todas las demás, así el Manifiesto Comunista simplifica en formas teóricamente claras y generales las sugestiones ideológicas, éticas, psicológicas y pedagógicas de las demás formas del comunismo, no negándolas, sino elevándolas de nivel. Todo es prosaico, y la propia doctrina comunista comparte este prosaísmo al convertirse en una ciencia. En el Manifiesto Comunista no hay retórica ni gritos de protesta. No se lamenta del pauperismo, queriendo acabar con él a fuerza de lamentaciones. No derrama lágrimas sobre nada. Las lágrimas de las cosas se han convertido por sí mismas en una fuerza espontáneamente contenida y concentrada. La moral y el idealismo consisten ahora en poner la idea científica al servicio del proletariado. Si esta moral no les parece bastante a los sentimentales, casi siempre simples e histéricos, que el gran sacerdote Spencer les haga un empréstito de altruismo. Spencer les dará, a falta de otra cosa, su lamentable y vacua definición. Ellos verán si les satisface.

¿Pero es que basta el factor económico para explicar toda la historia?

Y se nos habla de factores históricos complejos. Es un término muy propio de empiristas o de ideólogos, que no hacen más que repetir a su Herder. La sociedad es un todo complejo; un organismo, si preferimos la expresión de ésos que pierden el tiempo discutiendo acerca del valor y de la aplicación analógica de esta palabra. Y este complejo se ha formado y ha cambiado ya no pocas veces. ¿Cuál es la explicación de estos cambios?

Ya mucho antes de que Feuerbach asestase el golpe de muerte a la concepción teológica de la historia ("es el hombre quien hace la religión, y no la religión la que hace al hombre"), había escrito el viejo Balzac, el Balzac del siglo XVII, su sátira convirtiendo a los hombres en muñecos de cuyos hilos tiraba Dios. Y ya Vico había reconocido que la previsión en la historia no actuaba desde fuera. Este mismo Vico, adelantándose en un siglo a Morgan, reducía la historia a un proceso recorrido por el hombre a lo largo de su experiencia gradual, a través de la invención del lenguaje, de las religiones, de las costumbres y del derecho. Lessing había atestiguado que la historia era la educación del género humano. Juan Ja- cobo Rousseau había visto que las ideas brotan de las necesidades. Y Saint-Simon, cuando no se perdía en la distinción entre épocas orgánicas e inorgánicas, penetraba en la historia de los orígenes reales del "tercer estado", y sus ideas traducidas en prosa hacían de Agustín Thierry un renovador de los estudios históricos.

En la primera mitad del siglo XIX, y sobre todo en el período que va desde 1830 hasta 1850, las luchas de clases, que los historiadores antiguos y los italianos del

Renacimiento describían con tanta claridad, adoctrinados por la experiencia de estas luchas dentro de las reducidas fronteras de sus ciudades republicanas, habían tomado gigantescas proporciones, cobrando, de ambos lados del Canal, una extensión cada vez mayor y una vida cada vez más tangible. Engendradas en el seno de la gran industria, iluminadas por el recuerdo y el estudio de la Gran Revolución, adquirían bulto plástico y ejemplar porque encontraban en los programas de los partidos políticos, con mayor o menor claridad de conciencia, expresión sugestiva y actual: en Inglaterra era, por ejemplo, el librecambio o los aranceles de los trigos. En Francia, la concepción de la historia cambiaba visiblemente, así en el ala derecha como en el ala izquierda de los partidos literarios, desde Guizot hasta Luis Blanc y el modesto Cabet La sociología era una necesidad de los tiempos, que si buscaba en vano su expresión teórica en Augusto Comte, escolástico trasnochado, encontraba su artista en Balzac, cuyas obras no hacen, en realidad, más que pintar la psicología de las clases. Estaba a punto de buscarse y descubrirse en las clases y en sus conflictos el verdadero tema de la historia, trasponiendo la dinámica de ésta a la de aquéllas; la teoría de todas estas intuiciones aguardaba la mano que la trazase en términos precisos.

El hombre no ha creado su historia reflexivamente ni para marchar por la línea de un progreso trazado de antemano. La ha creado imponiéndose sus propias condiciones, es decir, creando con su trabajo un mundo circundante de artificio, desarrollando gradualmente sus aptitudes técnicas y acumulando y transformando dentro de este mundo nuevo que le rodea los frutos de su actividad. Sólo existe una historia, la historia real, la que real y verdaderamente ha discurrido, a la que no podemos descender partiendo de otra historia posible cualquiera. ¿Dónde encontraríamos las leyes de esta génesis y evolución? Las formaciones antiquísimas no se analizan así como quiera. Pero la sociedad burguesa, acabada de nacer como quien dice y que ni siquiera ha cobrado pleno desarrollo en todos los países de Europa, trae todavía pegadas las huellas germinales de sus orígenes y de su progreso, y estas huellas son mucho más visibles en aquellos países como en el Japón, en que están naciendo, por así decirlo, ante nuestros ojos. Esta sociedad, en cuanto régimen que convierte en mercancías con ayuda del capital todos los productos del trabajo humano, creando o presuponiendo un proletariado y llevando en su entraña la confusión y la inseguridad de innovaciones constantes, surge en determinadas épocas, con arreglo a normas claras y fácilmente discernibles, aunque mudables. Las modalidades de su evolución varían en los distintos países: en Italia, por ejemplo, esta evolución comienza antes que en ningún otro país, para luego interrumpirse; en Inglaterra es el producto de tres siglos, durante los cuales se destruyeron económicamente las antiguas formas de producción o, para decirlo en términos jurídicos, las viejas formas de propiedad. Hay países en que se va formando paulatinamente gracias a una alianza con las fuerzas que la preceden, como ocurre en Alemania, y sometiéndose por adaptación a la influencia de éstas; en otros rompe violentamente la envoltura y las fuerzas de resistencia, como ocurrió en Francia, donde la Gran Revolución nos brinda el ejemplo más vigoroso y vertiginoso de acción histórica que se conoce, y funda la más grandiosa escuela de sociología.

Estos orígenes de la sociedad moderna o burguesa aparecen registrados, como ya he dicho, con trazos rápidos y ejemplares, en el Manifiesto, donde se esboza su perfil anatómico, poniendo de relieve las fases porque atraviesa: el gremio, el comercio, la manufactura y la gran industria, y se enumeran, al mismo tiempo, los órganos e instrumentos complejos que de ella se derivan: el derecho, las formas políticas, etc. En estas páginas se contienen ya, indirectamente, los elementos de la teoría que ha de explicar la historia por el principio de la lucha de clases.

Esta misma sociedad burguesa, que viene a revolucionar las anteriores formas de producción, se explica a sí misma *y* explica su desarrollo al crear la teoría de su estructura: la economía. Pues esta sociedad no se desarrolla con la inconsciencia en que discurren las sociedades anteriores, sino envuelta en el resplandor del mundo moderno, desde el Renacimiento para acá.

Como es sabido, la economía, en sus orígenes, va surgiendo fragmentariamente con la primera burguesía, la de los comerciantes, y los grandes descubrimientos geográficos, es decir, con la primera y la segunda fase del mercantilismo. Y surge para contestar a preguntas concretas, como por ejemplo: ¿Es lícito el lucro? ¿Es provechosa para los estados y las naciones la acumulación de riquezas? Luego, conforme fué creciendo, se detuvo en los aspectos más complicados que ofrecía el problema de la riqueza, para desarrollarse en el tránsito del. mercantilismo a la manufactura, y, más velozmente todavía, arro- liándolo todo, en el tránsito de ésta a la gran industria. Convirtióse en el alma y la llama espiritual de la burguesía, que aspiraba a conquistar la sociedad. Como ciencia, sus líneas generales se habían perfilado ya en vísperas de la Gran Revolución, y fué ella quien dió la señal de rebelión contra las viejas formas del feudalismo, el gremio, el privilegio, las restricciones puestas al trabajo; la que anunció, en una palabra, la era de la libertad. En rigor, aquel Derecho natural que venía desarrollándose desde los precursores de Grocio hasta Rousseau, Kant y la Constitución del 93, no era más que la imagen y el complemento ideológico de la economía, hasta el punto de que muchas veces la cosa principal y el complemento se confundían en el espíritu y en los postulados de los escritores, como el ejemplo típico de los fisiócratas lo demuestra.

Como teoría, la economía analizaba, distinguía, investigaba los elementos y las formas del proceso evolutivo de la producción, la circulación y la distribución, reduciendo el conjunto a categorías: dinero, capital, intereses, ganancia, renta del suelo, salario, etc. Segura de sí misma y acumulando sus investigaciones, avanza desde Petty hasta Ricardo. Dueña del terreno, apenas hay quien le oponga objeciones. Arrancaba de dos postulados, que ni siquiera se molestaba en demostrar; tan evidentes le parecían. Uno era que el orden social por ella estudiado constituía el orden natural. Otro, que la propiedad privada sobre los medios de producción se identificaba con la libertad humana, de donde se desprendía necesariamente el sistema del trabajo asalariado y la baratura de los jornaleros.

Dicho en otros términos, no tenía conciencia del carácter histórico de las formas que estudiaba. Las contradicciones con que tropezaba en su tentativa, varias veces fracasada, de sistematización, esforzábase en superarlas por vía lógica, como hacía, por

ejemplo, Ricardo en su campaña contra la renta del suelo.

A comienzos de siglo estallan con violencia las primeras crisis y los primeros movimientos obreros informados directamente por el gran problema del paro. El ideal del orden natural se viene a tierra. La riqueza engendra la miseria. La gran industria, *al* subvertir todas las relaciones sociales, aumenta los vicios, las enfermedades, el servilismo: se toma, en una palabra, en fuente de degeneración. El progreso engendra el atraso. ¿Qué hacer para que el progreso sólo engendre progreso, es decir, para que brinde a todos y en igual medida bienestar, salud, seguridad, educación y desarrollo espiritual? En esta pregunta se contiene todo Owen, quien coincide con Fourier y Saint-Simon en que ya no se trata de apelar a la religión ni al sacrificio, sino de disolver y superar las contradicciones sociales, sin mermar, antes bien fortificándola, la energía técnica e industrial del hombre. Por esta senda se remonta Owen al comunismo, y él es quien primero lo abraza en medio del ambiente creado por la industria moderna. La contradicción reside toda ella en el conflicto entre el régimen de producción y de distribución. Esta contradicción tiene que desaparecer necesariamente en una sociedad que produzca con régimen colectivo. Owen se hace utopista. Pretende crear la sociedad perfecta por vía de ensayo y se consagra a esta empresa con una obstinación heroica y una austeridad sin ejemplo, laborando y laborando hasta reducir sus proyectos a términos de precisión matemática.

Una vez que se hubo descubierto el conflicto entre la producción y la distribución, aparecieron en Inglaterra, desde Thompson hasta Bray, una serie de escritores cuyo socialismo no era ya utópico en el sentido estricto de la palabra, pero sí unilateral, pues se proponía por fin curar los males descubiertos y denunciados de la sociedad con otros tantos remedios eficaces. Pero el primer paso de cuantos ponen el pie en la senda del socialismo es siempre el descubrimiento del conflicto entre la producción y la distribución. En seguida se alzan las consabidas e inocentes preguntas: ¿Por qué no abolir la pobreza? ¿Por qué no acabar con el paro forzoso? ¿Por qué no suprimir el papel del dinero como intermediario? ¿Por qué no fomentar el intercambio directo de productos sobre la base del trabajo que representan? ¿Por qué no entregar al obrero el producto íntegro de su trabajo? Y por ahí adelante;

Todas estas preguntas pretenden reducir las cosas más reacias y resistentes de la vida real a otros tantos fundamentos racionales, y se empeñan en combatir el régimen capitalista como si se tratase de una máquina que se pueda desmontar, quitándole o añadiéndole piezas, tornillos y muelles.

El comunismo crítico rompe definitivamente con todas estas tendencias y lleva adelante la economía clásica como su continuador, viendo en ella la teoría de la estructura de la moderna sociedad. Nadie puede combatir práctica, política o revolucionariamente esta estructura sin antes tener una idea clara de sus enlaces y elementos, lo cual exige un estudio concienzudo de la teoría que los explica. Estos enlaces, elementos y formas surgen bajo determinadas condiciones históricas, pero constituyen, en conjunto, un sistema y una necesidad. ¿Puede nadie confiar en destruir este sistema mediante la negación lógica o por argumentos de raciocinio? ¿Extirpar el pauperismo? ¿Y cómo, si

es una condición necesaria del capitalismo? ¿Entregar al obrero el producto íntegro de su trabajo? ¿De dónde van a salir, entonces, las ganancias del capital? ¿Y cómo y de dónde se iba a multiplicar el dinero invertido en comprar mercancías si entre éstas no se encontrase una que aporta a su comprador más de lo que le cuesta? ¿Y cuál es esta mercancía sino el trabajo asalariado? El sistema económico no es una trama de fundamentos racionales, sino un complejo coherente de hechos que engendra una trama compleja de relaciones. Y es necio creer que este sistema de hechos levantado por la clase dominante a costa de esfuerzos y de siglos, por la violencia, la astucia, el talento y la ciencia, vaya a dimitir y a destruirse a sí mismo para dejar paso franco a las pretensiones de los pobres que reclaman su derecho y a los argumentos de razón de sus abogados y defensores. Imposible exigir la supresión de la miseria sin exigir con ello la destrucción de todo lo demás. Sería disparatado pedir a esta sociedad que cambiase el derecho con que se defiende. Sería ahogarse en una lamentable falta de lógica exigir del Estado que renunciase a ser el escudo defensivo de esta sociedad y de este derecho [51].

Ese socialismo limitado, que, sin ser precisamente utópico, parte del supuesto de que la sociedad consentirá poner correctivo a algunas de sus faltas sin acudir a la revolución, es decir, sin transformar fundamentalmente los elementos generales que forman la estructura de esa misma sociedad, no pasa de ser una creencia inofensiva. Donde con mayor claridad se nos presenta la contradicción de este modo de pensar con las leyes severas de la realidad histórica es en Proudhon, que imita, consciente o inconscientemente, a algunos de aquellos socialistas limitados de Inglaterra y pretende contener y transformar la historia por medio de una definición y sin esgrimir más arma que un silogismo escolástico.

Los comunistas críticos reconocen a la historia el derecho de seguir los derroteros de su vocación. El período burgués puede ser superado, y lo será. Pero mientras exista, tiene sus leyes. La condicionalidad de las leyes consiste en que se forman y se desarrollan con sujeción a determinadas condiciones, pero condicionalidad no quiere decir, ni mucho menos, ausencia de necesidad, mera apariencia, pompa de jabón. Estas leyes pueden desaparecer, y desaparecerán, tan pronto como la sociedad cambie. Pero no para dejar paso a la idea arbitraria que reclama una mejora, proclama una reforma o esboza un plan. El comunismo hace causa común con el proletariado porque sólo en él reside la fuerza revolucionaria que rompe, hace añicos, estremece y disuelve la actual forma de la sociedad, creando poco a poco en su seno nuevas relaciones; o, dicho más exactamente, el hecho de estos cambios revela que esas nuevas relaciones han nacido ya.

La teoría de la lucha de clases había sido descubierta. Se la vió apuntar en los orígenes de la burguesía, cuyo desarrollo interno aparecía ya estudiado por la ciencia

51- En Prusia ha surgido, por ejemplo, la ilusión de una monarquía social que, remontándose por encima de la era del liberalismo, resolverá armónicamente la llamada cuestión social. Esta necedad aparece reexpuesta en innumerables modalidades de socialismo de cátedra y de Estado. A las diferentes formas de utopismo ideológico y religioso viene a sumarse una forma nueva: la utopía burocrática y fiscal, la utopía de cretinismo.

económica, y en la nueva manifestación del proletariado. La condicionalidad de las leyes económicas quedaba puesta de relieve, pero con ella se conocía, a la par, su condicionada necesidad. En esto reside todo el método y toda la razón de ser de la nueva concepción de la historia. Se engañan los que creen que con invocar la interpretación económica de la historia lo explican todo. Y al decir esto nos referimos principal y casi exclusivamente a ciertas tentativas analíticas que, separando unas de otras las formas y categorías económicas y las diferentes manifestaciones del derecho, la legislación, la política, las costumbres, etc., investigan cada fenómeno de por sí y estudian luego las mutuas influencias de estos diferentes aspectos de la vida, enfocados en abstracto. Nuestra posición es totalmente distinta. Nosotros abrazamos una concepción orgánica de la historia. Ante nuestro espíritu se alza la unidad íntegra de la vida social. La propia economía se diluye a lo largo de un proceso para presentarse en otras tantas fases morfológicas, en cada una de las cuales sirve de cimiento a todo lo demás. No se trata, en suma, de extender el llamado factor económico, aislado, en abstracto, al resto de la vida social, como nuestros adversarios se imaginan, sino que se trata, ante todo, de comprender históricamente la economía y de explicar por sus cambios los demás. He ahí nuestra respuesta a cuantas críticas se nos hacen desde todos los terrenos de la sabia ignorancia, sin excluir a los socialistas sentimentales e histéricos, tan carentes de información. Y he ahí también explicado por qué Marx, en *El Capital,* no escribió el primer libro de comunismo crítico, sino la última obra magna de la economía burguesa.

Cuando el Manifiesto vió la luz, el horizonte histórico no transcendía del mundo antiguo, de las instituciones germánicas, apenas estudiadas, y de la tradición bíblica, a la que hacía poco se había reducido a las condiciones profanas de toda historia. Nuestro horizonte histórico es hoy muy otro, pues se remonta hasta las antigüedades arias y hasta las viejísimas formas sociales de Egipto y la Mesopotamia, anteriores a todas las tradiciones semíticas. Y el conocimiento moderno ahonda todavía más, hasta la prehistoria, es decir, hasta la historia no escrita. Morgan nos ha dado a conocer la sociedad prepolítica y la clave para entender cómo arrancan de aquí todas las instituciones sociales de los tiempos posteriores: la monogamia, el desarrollo de la familia patriarcal, la propiedad, primero gentilicia, luego familiar y a la postre individual, las alianzas graduales entre los grupos gentilicios, de las que luego surge el Estado. Todo esto se ilustra por el conocimiento del desarrollo técnico en la invención y aplicación de los medios e instrumentos de trabajo y el análisis de la influencia que estos progresos ejercen sobre el complejo social, impulsándolo en una determinada dirección de progreso y haciéndolo atravesar por diferentes etapas. Estos descubrimientos podrán ser corregidos en ciertos puntos, sobre todo mediante el estudio de las diferentes formas específicas a través de las que se opera, en las diferentes partes del mundo, el tránsito de la barbarie a la civilización. Pero ya desde ahora es un hecho indiscutible que estamos en presencia del proceso general de evolución de la especie humana desde el comunismo primitivo hasta las instituciones más complejas que rigen, por ejemplo, en Atenas y en Roma, con sus constituciones políticas, en que los ciudadanos aparecen divididos en clases con

arreglo al censo de fortuna y que hasta hace poco eran las columnas de Hércules de los estudios históricos según la tradición escrita. Las clases, de las que como supuesto previo arranca el Manifiesto, se disuelven a partir de ahora en su proceso constitutivo, y en éste nos encontramos ya con el esquema de los fundamentos y causas económicas que forman, en nuestro período burgués, las categorías de la ciencia de la economía. El sueño de Fourier de ver entrar la época de la civilización en los cauces de un largo y vasto proceso evolutivo se ha realizado. Está resuelto científicamente el problema de saber cómo nació la desigualdad entre los hombres, problema que Juan Jacobo Rousseau había intentado resolver valiéndose de razonamientos dialécticos de gran originalidad, pero con un número demasiado pequeño de datos materiales en que apoyarse.

Hay dos puntos, de decisiva importancia para nosotros, en que la evolución humana se nos presenta tangible: uno son los orígenes de la burguesía, tan recientes todavía y perfectamente esclarecidos por la ciencia económica; otro, la vieja forma de la sociedad dividida en clases, o, para decirlo con Morgan, el tránsito de la fase superior de barbarie a la fase de civilización (época del Estado). Todo lo que queda entre estos dos períodos es lo que hasta hoy ha atraído la atención de los cronistas y de los llamados historiadores, de los juristas, los teólogos y los filósofos. No es cosa fácil recorrer toda esta zona pertrechados con la nueva concepción de la historia. No conviene pecar por precipitación ni aferrarse al esquematismo. Lo primero es conocer la economía peculiar a cada período histórico [52], para deslindar con toda exactitud las clases que en él se forman; hay que cuidarse de evitar hipótesis inseguras y guardarse de proyectar sobre otras épocas las condiciones de vida de hoy. Para llevar a cabo todo esto hacen falta falanges de trabajadores. Así, por ejemplo, la afirmación que en el Manifiesto se hace, hablando de los primeros orígenes universales de la burguesía y diciendo que nace de los siervos de la Edad Media y se va formando paulatinamente en las ciudades, no puede aceptarse con carácter general. Esos orígenes se dan en Alemania y en otros países cuya evolución es parecida. Pero no ocurre así en Italia, ni en el sur de Francia, ni en España, pueblos en los que comienza la primera historia de la burguesía, que vale tanto como decir de la moderna civilización. En esta primera fase encontramos reproducidas todas las condiciones previas de cualquier sociedad capitalista, a que Marx hace referencia en una nota al primer volumen de *El Capital.* Esta primera fase, que cobra su forma perfecta en la Comuna italiana, constituye la prehistoria de la acumulación capitalista, que Marx investiga y demuestra, con tan elocuentes detalles, en la historia de Inglaterra. Pero aquí tengo que poner punto final.

Los proletarios sólo pueden mirar al porvenir. A los socialistas científicos les interesa, sobre todo, el'presente, en cuyo seno germinan y se desarrollan espontáneamente las condiciones del mañana. El conocimiento del pasado sólo interesa y aprovecha, prácticamente, en la medida en que alienta y vigoriza la explicación de lo actual. Por el momento, basta con que los partidarios del comunismo crítico hayan puesto al desnudo desde hace cincuenta años los elementos de la nueva y definitiva filosofía de la historia.

52- ¿Quién hubiera creído, hace unos cuantos años, que se iba a descubrir y a investigar concienzudamente un viejo Derecho babilónico?

Este modo de ver no tardará én imponerse, porque será imposible enfocar las cosas del modo contrario; pasará con este descubrimiento lo que con el huevo de Colón.

Puede también ocurrir que, antes de que un ejército de investigadores haya aplicado esta concepción a la trayectoria toda de la historia hasta nuestros días, sean tan grandes los triunfos del proletariado, que la época burguesa sea considerada por todos como superada porque esté a punto de superarse. Comprender, decía Hegel, es superar.

Cuando hace cincuenta años el Manifiesto Comunista trocó a los proletarios de seres infelices y dignos de lástima en los legítimos enterradores de la burguesía, las proporciones de este cementerio tenían que representárseles, por fuerza, muy pequeñas a aquellos escritores cuyo pujante estilo tan mal encubre el idealismo de su pasión intelectual. Sólo abarcaría en su mente, con toda probabilidad, dos países: Francia e Inglaterra, sin tocar apenas las fronteras de otros, como por ejemplo Alemania. Hoy, a nuestros ojos, ha cobrado proporciones inmensas por el desarrollo imponente y veloz del régimen burgués de producción, que, a la par que se extiende, amplía, generaliza y multiplica el movimiento proletario, dilatando hasta la inmensidad los horizontes sobre los que se extiende la expectativa del comunismo. Los confines del cementerio se pierden en el infinito. Pero cuantas más fuerzas de producción conjura el mágico, tantas más fuerzas de rebelión desata y arma contra sí.

Todos los comunistas ideológicos, religiosos y utópicos, y hasta los proféticos y los místicos, creyeron en tiempos pasados que el reino de la justicia, la igualdad y la dicha tendría al mundo entero por escenario. Hoy, el mundo está asolado por la civilización, y por todas partes se alza una sociedad basada en los antagonismos de clase y en el régimen de clase, o lo que es lo mismo, en el régimen burgués de producción. El Japón puede servir de ejemplo. La coexistencia de dos naciones bajo el mismo Estado, que ya advirtiera en su tiempo el divino Platón, se eterniza. El comunismo no conquistará el píaneta de la noche a la mañana. Pero cuanto más se desplacen las fronteras del mundo burgués, más numerosas serán las masas que irrumpan en él, rebasando las formas primitivas de producción y reforzando más cada día la promesa del comunismo, sobre todo porque en el terreno y en la lucha de la concurrencia van disminuyendo los extravíos de la conquista y la colonización. La Internacional de los proletarios que hace cincuenta años llevaba ya en su entraña la Liga Comunista une hoy a los trabajadores de los dos lados del océano y atestigua todos los años, el día Primero de Mayo, la unión real y activa de los proletarios de todo el mundo. Los próximos o futuros enterradores de la burguesía, y sus descendientes y biznietos, guardarán imborrable recuerdo del día en que el Manifiesto de los comunistas vió la luz.

§

DOS ALOCUCIONES DEL COMITE CENTRAL DE LA LIGA DE LOS JUSTICIEROS A SUS AFILIADOS

En 1919 publicó el marxista alemán Ernesto Drahn (Neue Zeit, *XXXVII, 2, págs. 131 ss.) dos documentos de gran importancia en la historia de los orígenes del Manifiesto Comunista. Trátase de dos alocuciones dirigidas por la Liga de los Justicieros a sus afiliados en noviembre de 1846 y febrero de 1847, anteriores, por consiguiente, a su transformación en Liga Comunista, y muy interesantes para fijar la trayectoria de sus ideas en la fase que precede a la incorporación de Marx y Engels a la Liga y a la promulgación del Manifiesto Comunista como doctrina oficial de ésta. La circular de 1847, especialmente, nos da el esquema a que responden los* Principios de comunismo *de Engels* y *nos permite apreciar con cierta precisión el contraste entre los principios profesados hasta entonces por los comunistas de la Liga* y *los mantenidos catequísticamente en el esbozo de Engels y luego desarrollados de un modo más doctrinal en el Manifiesto. Sobre fragmentos transcritos de estas alocuciones, y principalmente de la segunda, forma C. Grünberg* (Die Londoner Kommunistische Zeitschrift und andere Urkunden aus den Jahren 1847-48, *Léipzig igsi) un* Proyecto de profesión de fe redactado por la Liga Comunista. *En efecto, en las circulares se esboza bastante claramente la posición de la Liga ante estas preguntas: ¿Qué es comunismo y qué pretenden los comunistas? ¿Quién es proletario? ¿Qué es socialismo y qué persiguen los socialistas? ¿De qué modo puede implantarse el comunismo más fácil y rápidamente? ¿Cuál es la actitud del proletariado frente a la alta y la baja burguesía? ¿Cuál es la actitud del proletariado frente a los diversos partidos religiosos? ¿Cuál es su actitud con respecto a los diversos partidos sociales y comunistas?*

Estos documentos tienen, además, la gran importancia histórica de haber servido de convocatoria al congreso de donde salió la transformación de la Liga de los Justicieros en Liga Comunista y la nueva orientación de ésta bajo los principios críticos consignados en el Manifiesto.

ALOCUCION DE NOVIEMBRE DE 1846

Hermanos:

Habiéndosenos encargado de la alta dirección de nuestros asuntos, creemos de nuestro deber hacer llegar a vosotros la siguiente carta, y os rogamos que le prestéis la mayor atención y el debido respeto.

1. Si nos fijamos en la situación actual de Europa, y especialmente de Alemania, no podremos dudar un momento que las ideas sociales y comunistas consiguen los progresos más satisfactorios y que ningún partido puede encontrar eco si no hace más o menos hincapié en la transformación de la sociedad actual. Nuestra misión debe ser espolear el grandioso movimiento de nuestro tiempo y encauzarlo en la medida de nuestras fuerzas, pues sólo de ese modo lograremos formar un partido potente

y dar la batalla victoriosamente a nuestros enemigos. Desgraciadamente, hasta hoy no ha ocurrido así; unidos en la aspiración de combatir el orden o, por mejor decir, el desorden actual, no lo estamos en cambio en cuanto al modo cómo hemos de combatirlo. Al principio creíase que nuestra actuación debía consistir en construir sistemas comunistas y sociales, pero pronto se vió que se seguía un camino falso y, afortunadamente, hoy se va abandonando ya casi por completo esa manía sistemática; no obstante, nuestras fuerzas siguen desunidas, nuestras relaciones con el partido religioso y con la burguesía radical no se han puesto en claro todavía, aun es la hora en que no se ha levantado una sencilla profesión de fe comunista que pueda servir a todos de norma, y así nos encontramos con que en muchas localidades, en vez de ayudarnos eficazmente unos a otros, nos estorbamos recíprocamente. Pues bien, es necesario a todo trance poner remedio a este mal, y como ello no podría conseguirse por medio de cartas, convocamos un congreso para el 1o. de mayo de 1847. Todos... deben enviar a este congreso un delegado; aquellas localidades donde sólo exista una comuna deben unirse con otras que estén en idénticas condiciones, para elegir entre las dos, de su seno, un representante. Os encarecemos la necesidad de no elegir más que a delegados que conozcan bien las orientaciones de su localidad y que puedan, por tanto, representarlas en sus intervenciones; los días que dure el congreso correrá de nuestra cuenta el alojamiento y la comida de los delegados. Este congreso puede ser el precursor de un congreso general comunista que se celebre en el año 1848 y al cual se invite, de un modo público, a los partidarios de la nueva doctrina en todos los continentes. Esperamos que para ese día habremos alcanzado la unidad y la fuerza necesarias para imprimir a todos los asuntos la debida orientación.

2. Ya tendréis noticia de que, no sólo en Alemania, sino también en Bélgica y otros países, el partido radical se separa públicamente del viejo y vacuo liberalismo, levantando bandera propia. La pequeña burguesía, desplazada más y más, con cada día que pasa, por la alta aristocracia del dinero, cada vez más pujante, ve acercarse a pasos agigantados su ruina; ella es la que forma principalmente ese partido, que no sólo no está reacio a una reforma social —en Alemania y en Francia las cosas no están todavía tan avanzadas—, sino que reconoce públicamente su necesidad. A nuestro juicio, las circunstancias actuales hacen deseable y necesaria una inteligencia del proletariado con ese partido. Creemos, por tanto, que debemos procurar en todas partes entrar en relación con los radicales, aunque sin ceder en nada de nuestros principios; que debemos aspirar a demostrarles que no está ya lejos el día en que también ellos se verán empujados a las filas proletarias y que'sólo por medio de una reforma social podrán esquivar su ruina. Si somos capaces de llevar adelante una inteligencia de la burguesía radical con el proletariado, pronto se abrirá una nueva era, tan grandiosa, que no tendrá paralelo en la historia. ¡Manos, pues, a la obra, hermanos!

3. Las esperanzas que ciertos comunistas ponían en los católicos alemanes y en los iluministas no parecen realizarse. Nosotros jamás ciframos la menor ilusión en ello: querer apuntalar un edificio viejo y podrido es trabajó en balde. Procurad, pues, traer de nuevo al buen camino a cuantos hasta ahora encauzaron en ese sentido sus

aspiraciones. No miremos demasiado al ayer y convenzámonos de que las formas del viejo mundo que cohíbe el espíritu del corazón humano no podrán ser trasplantadas al mundo nuevo; no, eso no es posible.

4. Os llamamos la atención acerca de los manejos de los fourieristas y os intimamos a que dondequiera que se manifiesten esos hombres vanos les salgáis al. paso, y vigorosamente. De suyo no tienen nada de peligrosos, pero disponen de dinero, envían a todas partes emisarios y se esfuerzan primordialmente por desfigurar el comunismo; por eso no podemos seguirlos ignorando por más tiempo, sino que debemos atacarlos públicamente. Su ridicula pretensión de hacerse pasar por los verdaderos cristianos, sus instituciones militares y su sinnúmero de leyes, su asociación de capitales para hacer atractivo el trabajo, brindan elementos sobrados para combatirlos. En su necia adoración de Fourier y de sí mismos no comprenden que con su reglamentación de todas las relaciones de la vida humana privan a los hombres de toda libertad y los convierten en plantas de estufa, de las que nada bueno puede esperarse; no comprenden que toda la aspiración de los tiempos actuales tiende precisamente a emanciparse de las innumerables trabas de las leyes y los reglamentos, en que los hombres de hoy se revuelven como las moscas apresadas en una tela de araña, y pretenden imponernos puevas trabas, por si las existentes fuesen pocas. Los infelices nos hablan de medios para hacer atractivo el trabajo y no parecen darse cuenta que en una sociedad basada en las leyes naturales, el trabajo, que es función de vida y manifestación vital del individuo, no necesita de medios que lo hagan atractivo, ya que el trabajo mismo es de por sí lo más atractivo que hay en el mundo.

5. Queremos dirigir vuestra atención muy especialmente a los manejos del partido cristiano-germano-prusiano. Los secuaces de este partido del jesuitismo protestante son los oscurantistas de los tiempos presentes; incapaces de combatir con su espíritu y sus enseñanzas sin corazón las aspiraciones jóvenes y fuertes, pero resueltos a mantener a los pueblos a todo trance en la esclavitud, no saben más que gritar: ¡policía!, ¡policía! Y cuando no consiguen lo que desean, pretenden alcanzar sus fines tergiversando los principios sociales o sembrando recelos contra las personas que difunden estas doctrinas. Es menester arrancar a esos sujetos la careta detrás de la que se ocultan, para que la gente vea su verdadera faz y retroceda aterrada ante ella. Toda su aspiración se cifra ahora en reclutar partidarios entre el proletariado, en sembrar la discordia en nuestras filas, para, en caso de revolución, levantar un ejército popular, que, como los vendeanos de 1792, declaren la guerra, en nombre de Dios y del Redentor, a las ideas de la justicia. Hay que salir al paso de esta maniobra, si no queremos que corran ríos de sangre. Mas no creáis que la cosa es fácil, pues esas gentes cuentan con la protección de los gobiernos, de los curas, del dinero y de la policía; ya han fundado en Berlín, Hamburgo, Stuttgart, Basilea, París, Londres, etc., asociaciones cristianas de artesanos, que mantienen entre sí constantes relaciones, envían a obreros de emisarios y, si necesario es, no tienen inconveniente en ponerse careta de comunistas para ganar adeptos; es necesario, pues, desenmascarar a esas gentes, sin pérdida de momento, en todos los periódicos que podamos (sigue una larga descripción de la situación en

Londres y de los manejos de Bunsen, embajador prusiano en esta capital, para fundar asociaciones cristianas de artesanos que contrarrestasen las organizaciones de los comunistas).

Os invitamos, pues, a que salgáis al paso de las maniobras de esos oscurantistas del modo más enérgico, no sólo en vuestras localidades, sino previniendo también a cuantos obreros se trasladan a Londres contra los manejos de esos jesuítas protestantes ...

Como veis, hermanos, el trabajo no falta; ¡arriba, pues, quienquiera que seáis, poneos en pie! Que la justicia y la verdad sean vuestros gritos de guerra; hagamos frente sin miedo a los enemigos de la humanidad, y estad seguros de que cuanto más dura sea la lucha más espléndida será la victoria.

6. Exigimos de vosotros que cada dos meses nos enviéis un informe detallado acerca de los progresos experimentados y de los sucesos ocurridos durante ese tiempo. Cuatro semanas después de recibir esos informes se enviará a todas las localidades una memoria reseñando los progresos generales y los acontecimientos más importantes; en ella se transcribirán, además, literalmente, los pasajes verdaderamente interesantes de cuantas cartas se reciban.

Esperamos que os someteréis estrictamente a nuestras instrucciones; nosotros cumpliremos con nuestro deber y haremos cuanto esté en nuestras manos, pero exigimos de vosotros que hagáis lo mismo. Si en alguna localidad ocurriese algo importante se nos debe informar sin pérdida de momento, para que podamos adoptar sin dilación las medidas oportunas.

7. Os rogamos que a partir de ahora dejéis a un lado todas las escisiones, si alguna existiera entre vosotros, que estrechéis vuestras filas para luchar contra el enemigo común y no perdáis nunca de vista que la unidad hace la fuerza.

Las discrepancias de criterio serán discutidas y resueltas en el congreso; entre tanto, no hay más que esperar. Todos aquellos hermanos para quienes nuestra causa sagrada lo sea, comprenderán, sin duda alguna, que no es éste momento de destacar personalismos, sino,- por el contrario, de darlos al olvido; alerta, pues, apretad firmemente vuestras filas, y si entre vosotros hubiese alguno para quien la persona esté por encima del triunfo de nuestros principios, alejadle de junto a vosotros lo antes posible.

8. Os rogamos que inmediatamente de recibir esta carta nos enviéis un informe detallado acerca de la situación en vuestra localidad, para que, con los elementos de juicio necesarios, podamos crear la organización más general y más sencilla que nos sea posible.

9. Os suplicamos que procuréis ayudar en la medida de vuestras fuerzas al periódico de Suiza, siendo de parecer que el próximo congreso decida dónde y de qué modo se ha de crear el órgano general de nuestro movimiento.

10. Siendo indispensable que todo el mundo conozca detalladamente nuestra actual situación, os rogamos que pongáis a debate en todas las comunas las tres preguntas siguientes:

Pregunta 1: ¿Cuál es la actitud que guardan entre sí el proletariado y la alta y la baja burguesía? ¿Es aconsejable que lleguemos a una inteligencia con la baja burguesía o

burguesía radical, y en caso afirmativo, de qué modo podría lograrse esa inteligencia del modo más fácil y seguro?

Pregunta 2: ¿Cuál es la actitud del proletariado frente a los diversos partidos religiosos? ¿Es posible y aconsejable una inteligencia con algunos de estos partidos, y, caso afirmativo, de qué modo podría conseguirse esa inteligencia del modo más fácil y seguro?

Pregunta 3: ¿Cuál es nuestra actitud ante los partidos sociales y comunistas? ¿Es posible y deseable la unión general de todos los socialistas, y, si lo es, de qué modo podría realizarse esa unión del modo más rápido y seguro?

Os rogamos que, ante todo, meditéis maduramente estas tres preguntas en los respectivos..., para que la mesa de todas las comunas pueda encauzar debidamente la discusión que se haga acerca de las mismas. No entramos en el análisis detenido de estas preguntas porque, antes de inclinarnos en ningún sentido, queremos conocer el parecer de los afiliados; sin embargo, por los puqtos 2, 3 y 4 podéis deducir nuestra actitud ante las actuales circunstancias.

Una vez discutidas las anteriores preguntas, os rogamos que nos hagáis conocer sin demora las opiniones y los deseos de los afiliados.

Seguros de que apoyaréis con todo celo y decisión nuestros deseos, os saludamos a todos fraternalmente.

ALOCUCION DE FEBRERO DE 1847

Queridos hermanos:

Cuando nos hicimos cargo de la dirección de los asuntos de la Liga esperábamos que nos veríamos asistidos enérgicamente por todos; pero nuestras esperanzas han resultado fallidas: son varios los sitios de que hasta la fecha no hemos recibido una carta ni una comunicación. Es necesario poner remedio a este mal. En los momentos actuales en que el horizonte político aparece cargado de nubes, en que por todas partes se oye bramar al espíritu de los tiempos y en que todo indica que navegamos hacia una revolución gigantesca que decidirá probablemente por varios siglos de la suerte de la humanidad, no es hora de dormirse, no es el momento más adecuado para hacer valer los personalismos; no, en estos momentos la humanidad exige de cada uno de sus militantes el cumplimiento de su deber.

Los demonios en figura humana que devoraron lo último que quedaba en pie de la infeliz Polonia, unidos a ese monstruo que amenaza con destruir el espíritu de la libertad en el noble pueblo francés, se disponen ahora a abalanzarse sobre Suiza e Italia y reducir al silencio al pueblo de todos los países, con ayuda de cartuchos y bayonetas, en vez de darle la justicia por la que clama; cientos de miles de bárbaros rusos acampan en las fronteras de Alemania, dispuestos a arrollar de un momento a otro los países del centro y occidente de Europa, enviando a nuestros padres y hermanos a las estepas heladas de Siberia y deshonrando a nuestras mujeres y nuestras hermanas. ¡Hermanos! ¿Hemos de seguir contemplando impasibles esto? ¿Sólo hemos de tener palabras con

que atacarlo, sin energías con que combatirlo? ¿Hemos de doblar cobardemente la cerviz bajo el yugo? ¡No, os oímos exclamar a todos, o vencer o morir! Pues bien, hermanos, congregaos bajo la bandera de la humanidad, y si la lucha hubiese de comenzar ya esta primavera, colocaos en las primeras filas de los soldados de la justicia y demostrad que sabemos manejar el fusil con la misma firmeza que la palabra. Y a la par que hacéis eso, difundid por todas partes los principios del comunismo, predicadlos por dondequiera que vayáis, pues el pueblo recibirá con gozo esta magnífica doctrina que le asegura el remedio definitivo de sus males. Estó es lo que tenemos que aconsejaros, caso de que los tiranos se lancen ya al ataque esta primavera; en ese caso, vuestras funciones habrían terminado y nuestra última misión sería conseguir por la palabra y por el hecho que al gobierno provisional fuesen hombres que rindiesen culto a los principios del comunismo. Pero si nuestros enemigos no creyeran oportuno lanzarse este año al ataque, deberemos concentrar todos nuestros esfuerzos en organizar convenientemente nuestro partido. El proletariado de Europa, y sólo él, es capaz de traer a la humanidad su salvación; por eso nuestro deber más sagrado es organizar nuestras fuerzas de lucha lo más rápidamente posible y arrancar a los proletarios a la influencia de los vacuos liberales, que acaso se prestarían a colaborar en una revolución política, para, bajo el título de presidente, poder ocupar el trono vacante del príncipe, pero que sólo nos emanciparían de la tiranía de los príncipes para colocarnos bajo el despotismo del dinero.

En nuestra primera carta convocábamos a un congreso comunista para comienzos del mes de mayo, pero hoy, ante circunstancias inesperadas que han surgido y que hacen necesarias precauciones especiales, nos vemos obligados a aplazar ese congreso hasta el 1’ de junio de este año.

Os invitamos, pues, a que elijáis sin pérdida de momento vuestros delegados y les dotéis de los recursos necesarios para emprender el viaje. Los delegados deberán estar todos en Londres el 30 de mayó, para que las sesiones puedan comenzar el 1’ de junio. Inmediatamente de abierto el. congreso, rendiremos cuentas de nuestra labor y pondremos nuestros cargos a disposición de los delegados, invitándolos a que designen el lugar en que hemos de tener en lo sucesivo nuestra residencia. En seguida se procederá a una total revisión de la Liga. La humanidad progresa a pasos agigantados, la conciencia se desarrolla en todos los pechos y con ella la apetencia de libertad. También nosotros tenemos que sujetarnos a esa necesidad y no obligar a la gente a someterse a leyes que contradicen a su espíritu.

En tercer lugar, deberá procederse a redactar una breve profesión de fe comunista que se imprima en todos los idiomas europeos y se difunda por todos los países. Este es un punto muy importante y os rogamos que discutáis con la mayor atención las preguntas que, relacionadas con esto, formulamos más abajo, para que de una vez podamos saber claramente qué es lo que queremos.

En cuarto lugar, deberá deliberarse acerca de la creación de un periódico que represente a nuestro partido en todas las direcciones. Todos vosotros comprenderéis, seguramente, que no puede existir un partido sin un órgano público de. expresión; estamos convencidos, por tanto, de que haréis todo lo posible para que ese periódico pueda aparecer ya en el

mes de junio. Todos los delegados deben saber cuántos ejemplares pueden colocar en su comarca.

En quinto y último lugar, deberán nombrarse delegados que se pongan en camino a todas partes, para intervenir en la organización. Deberéis, pues, dar a vuestros representantes todas las direcciones que conozcáis de aquellas personas que se encuentren en Alemania y países escandinavos y que hasta ahora no hayan dado noticia ninguna de su actuación. Deliberad acerca de éste y otros puntos que deseéis someter al congreso y dad a vuestros diputados las instrucciones necesarias.

Por lo que se refiere a la situación actual, podemos deciros que, aunque el número de afiliados es muy grande, hay que reconocer, desdichadamente, que entre ellos no existe una cohesión firme ni una colaboración enérgica, sin las cuales jamás llegaremos a influir real y verdaderamente en la marcha de las cosas. Los comunistas no forman todavía, desgraciadamente, un partido firme, no tienen todavía bases fijas y concretas, y eso hace que propendan con harta frecuencia, allí donde no son fuertes, a confundirse con otros partidos, movidos del pensamiento de que también éstos laboran por el progreso y de que no hay que ser exclusivistas. Es menester que esto cambie. Nosotros, que vamos hoy a la cabeza del movimiento, debemos tener una bandera propia en tomo a la cual podamos agruparnos y no marchar a la zaga del gran ejército de los filisteos. Cuando nos vean avanzar resueltos y decididos, en filas cerradas, ya nos seguirán; pero si nos dividimos entre los más diversos partidos, jamás seremos nada. Sigamos el ejemplo de los carlistas ingleses, que en Inglaterra van a la cabeza del movimiento. Los carlistas han proclamado los seis puntos de su Carta, y declarado: o con nosotros o contra nosotros, y aunque al principio toda la banda de los filisteos echaba pestes contra ellos, ya hoy empiezan a sumárseles, cada vez más abiertamente. También nosotros debemos proclamar lo que queremos, nuestros puntos del comumismo, no apartándonos ni una tilde de ellos y discutiendo solamente en cuanto a los medios para conseguir lo más fácil y más rápidamente nuestras pretensiones; ya veréis cómo, si avanzamos, nos sigue el ejército de los filisteos.

De Suecia recibimos noticias bastante alentadoras. Las ideas de comunismo hacen allí grandes progresos, si bien aparecen mezcladas todavía con algo de cristianismo, como a nosotros nos acontecía también en los primeros momentos; pero eso se evitará. Varios hermanos nuestros se proponen fundar en todas las comarcas de Suecia asociaciones públicas de proletarios, y en Estocolmo se han dado ya los primeros pasos para ello.

Por mucho que los príncipes y los clérigos se revuelvan contra nosotros, todo redunda en ventaja nuestra; ¡adelante, pues, y no cejemos! En Francia y en Bélgica hemos vuelto a organizamos provisionalmente. Confiamos en que París, que ha venido siendo hasta ahora nuestro centro de propaganda, lo siga siendo también en lo sucesivo. Y esperamos y exigimos de los hermanos de París que en adelante cumplan estrictamente con su deber y creen una escuela de militantes de la que salgan elementos que difundan nuestros principios por todos los rincones del planeta.

De Berna recibimos noticias favorables; nuestros hermanos de aquella capital van a fundar una revista comunista, y os invitamos a que hagáis todo lo posible por ayudar a

este periódico.

Necesitamos incondicionalmente de un periódico que mantenga en Suiza la causa de nuestro partido. Desgraciadamente, en los últimos dos años surgieron allí una serie de lamentables discordias, que contribuyeron a desorganizar nuestras fuerzas. Los comunistas cristianos declararon una guerra sin cuartel a los no cristianos, a los llamados ateos, espoleados principalmente por Weitling, que pugnaba por crearse en Suiza un partido propio, ya que en otras partes todo le había salido mal. Esperamos que nuestros hermanos de Suiza hayan sabido comprender que para organizar las instituciones de la tierra no necesitamos acudir a remedios supraterrenales. De nuestros hermanos de L... hemos recibido noticias y sabemos que trabajan con arrojo, energía y éxito por nuestra justa causa. En Londres, las cosas marchan bien. Las dos asociaciones de los dos barrios londinenses no hacen más que ver aumentar su contingente de día en día, y cuentan ya con unos 500 afiliados. Los curas alemanes no hacen más que vomitar pestes contra nosotros desde los púlpitos, y no saben que con eso lo que consiguen es favorecer nuestra causa. Fuera de eso, se mantienen tranquilos dentro de sus asociaciones juveniles, medio adormiladas; esto proviene, sin duda, de que el piadoso Bunsen ***53,*** cristiano-germano, no puede de momento prestarles ayuda, absorbido como está por la labor de cohonestar ante el gabinete inglés y la nación inglesa los manejos tramposos e infames de la diplomacia prusiana. En la próxima carta os informaremos acerca de la actuación de los carlistas ingleses y del plan agrario de O'Connor, con el que, dicho sea entre paréntesis, no estamos de acuerdo, sino que, lejos de ello, lo creemos un absurdo repugnante y una estupidez canibálica; pero no queremos alargar demasiado esta carta.

Ponemos a discusión las tres preguntas formuladas un poco más abajo y os rogamos que nos comuniquéis lo antes posible el resultado de vuestra discusión acerca de estos puntos y de las tres preguntas contenidas en nuestra primera carta, para que en nuestra próxima circular podamos daros ya un breve resumen de las diversas opiniones.

1. ¿Qué es comunismo y .qué pretenden los comunistas?
2. ¿Qué es socialismo y qué pretenden los socialistas?
3. ¿De qué modo puede instaurarse el comunismo lo más rápida y fácilmente posible?

A modo de introducción, observamos lo que sigue: Como sabéis, el comunismo es un sistema según el cual la tierra debe ser propiedad común de todos los hombres, y todo el mundo debe trabajar, "producir", con arreglo a sus capacidades y disfrutar, "consumir", con arreglo a sus fuerzas; los comunistas pretenden, por tanto, echar a tierra toda la organización social del pasado y levantar sobre sus ruinas una nueva.

El socialismo, que deriva su nombre de la palabra latina *socialis,* o sea lo que afecta a la sociedad, estudia, como ya su propio nombre indica, la organización de la sociedad, las relaciones de unos hombres con otros; pero no erige ningún sistema nuevo, sino que se aplica predominantemente a poner parches en el viejo edificio, a taponar y ocultar a la vista las grietas abiertas por el tiempo, y a lo sumo, a levantar, como hacen los fourieris- tas, un. nuevo piso sobre los viejos y carcomidos cimientos llamados capital; entre los socialistas pueden clasificarse todos los inventores de cárceles y correccionales,

todos los fundadores de hospitales, comedores económicos y asilos de beneficencia; y precisamente por eso, porque el término de socialismo no tiene un sentido concreto y fijo, sino que puede significarlo todo y no significa nada, corren a agruparse bajo sus banderas e increpan a los comunistas, que no quieren perder el tiempo en apuntalar el viejo edifici[53]o y concentran todos sus esfuerzos en levantar otro nuevo, todas esas cabezas confusas, todos esos filántropos sentimentales, todas esas gentes a quienes gustaría hacer algo, pero que carecen de arrojo para hacer nada. A nadie que sepa razonar puede ocultársele que el entretenerse en remendar y repintar un sistema social totalmente podrido es perder lastimosamente el tiempo. Es necesario, pues, que nos aferremos a la palabra "comunismo" y la inscribamos audazmente en nuestras banderas, contando luego los militantes que se congreguen en tomo a ella; no podemos callar cuando oímos, como tantas veces se oye en la actualidad, que el comunismo y el socialismo son en el fondo lo mismo, cuando se nos invita a cambiar el nombre de comunistas, que todavía asusta a tantos espíritus medrosos, por el de socialistas, sino que debemos levantar nuestra enérgica protesta contra semejante disparate. Por lo que toca a la implantación del comunismo, hay que saber ante todo, pues es la cuestión capital, si éste puede implantarse inmediatamente o si hay que admitir un período de transición durante el cual se eduque al pueblo para él; y necesitamos además saber, caso de que sea así, cuánto habrá de durar ese período; en segundo término, hay que preguntarse si el régimen comunista puede y debe implantarse de una vez o si se deberá comenzar con pequeños ensayos; y, finalmente, ¿deberá implantarse por lá fuerza o dejar que la transformación se desarrolle por la vía pacífica?

Con esto creemos haber encauzado suficientemente vuestras discusiones, y terminamos haciéndoos el requerimiento formulado ya en nuestra carta anterior: que en todas partes donde dé . señales de vida el fourierismo, cuyo fin no es otro que mantener en pie bajo una forma más endulzada la esclavitud del trabajo, aboguéis vigorosamente por nuestros principios. Asimismo os invitamos a que luchéis contra esa vacua filantropía sentimental que, desgraciadamente, parece haberse desatado entre los comunistas de una serie de sitios. Los tiempos son cada vez más duros; necesitamos de hombres fuertes y no de lunáticos y soñadores, de ésos que, en vez de maldecir de la miseria de la humanidad y empuñar la espada, no saben más que derramar lágrimas como las mujeres. Y por último: guardaos de motines, conspiraciones, compras de armas y demás disparates por el estilo; nuestros enemigos se desvivirán por provocar revueltas callejeras, etc., y tomar de ahí pretexto para una represión encaminada a restablecer, como ellos dicen, el orden y a poner por obra sus planes demoníacos. Una actitud seria y serena obligará a los tiranos a quitarse la careta, y entonces ¡a vencer o morir!

Que os vaya bien, hermanos, y contestad pronto.

II

LA REVISTA COMUNISTA DE LONDRES

53- El embajador en Londres del rey de Prusia.

En septiembre de I847, medio año ya antes de que viese la luz el Manifiesto Comunista, apareció en Londres el primero y *único número —publicado como "número de prueba"— de una revista política, órgano de la Liga, que acababa de abrazar el nombre oficial de comunista* y *contaba ya entre sus afiliados a Marx y Engels. A la cabeza del periódico campea ya el famoso lema marxista de "¡Proletarios de todos los países, unios!", denotando con sólo eso el predicamento que la doctrina de Marx y la preocupación internacionalista del movimiento obrero empezaban a ejercer en aquella organización proletaria.*

En 1920, dos investigadores marxistas, el profesor austríaco Carlos Grünberg y *el alemán Gustavo Meyer, biógrafo de Engels, descubrieron este importantísimo documento histórico,* y *el primero de ellos lo dio a conocer, acompañado de notas, en su libro titulado* Die Londoner Kommunistische Zeitschrift und ándete Urkunden aus den Jahren 1847-48 *(Léipzig, 1921). Sobre su texto se basa nuestra traducción. En el original forma un cuaderno de 16 páginas impresas en* antiqua. *Por la gran importancia que tiene en la. historia de los orígenes del Manifiesto Comunista lo reproducimos íntegro.*

Número de prueba

REVISTA COMUNISTA

¡Proletarios de todos los países, unios!

Núm. 1. Londres, septiembre 1847. Precio: 2 peniques.

Rogamos a todos nuestros amigos del extranjero que envíen sus artículos y pedidos a este periódico, franco de porte, a la Asociación de Cultura Obrera, 191, Drury Lañe, High, London. Precio para Alemania, 2 silbergr o 6 cruzados; para Francia y Bélgica, 4 sous; para Suiza, P/2 batzes.

SUMARIO: Introducción.—El Plan de emigración del ciudadano Cabet.—La Dieta prusiana y el proletariado de Prusia y de toda Alemania.—Los emigrados alemanes.— Revista política y social.

Introducción

Miles de periódicos y revistas salen a la luz; todos los partidos políticos, todas las sectas religiosas encuentran su vocero; sólo el proletariado, la masa inmensa de los desposeídos, estuvo condenada hasta hoy a no poseer un órgano permanente que defendiera incondicionalmente sus intereses y sirviese de guía a los obreros en su aspiración por ilustrarse. La necesidad de un periódico así concebido ha sido sentida no

pocas veces y en gran extensión por los proletarios, y en varios sitios se acometió el intento de fundarlo, pero desdichadamente siempre fracasaba. En Suiza aparecieron en breve tiempo, uno tras otro, *La Joven Generación, La Buena Nueva,* las *Hojas Actuales;* en Francia, el *Adelante,* las *Hojas del Porvenir;* en la Prusia renana, *El Espejo de la Sociedad,* etc., pero todos morían, tras una vida fugaz, unas veces porque la policía tomaba cartas en el asunto, dispersando a los redactores; otras veces porque faltaban los medios económicos para continuar la empresa: los proletarios no podían y los burgueses no querían prestarle ayuda. Después de todos estos intentos fracasados, hacía ya mucho tiempo que se nos requería desde distintos sitios a que aventurásemos una nueva tentativa aquí en Inglaterra, donde la libertad de Prensa es absoluta y donde, por tanto, no tenemos por qué temer persecuciones policíacas.

Intelectuales y obreros nos prometían su colaboración, pero aún vacilábamos, temerosos de que se nos agotasen en poco tiempo los recursos necesarios para llevar adelante la empresa. Finalmente, se nos propuso la creación de una imprenta propia, para de este modo asegurar la vida del periódico que se fundase. Fué abierta una suscripción, los afiliados a las dos asociaciones de Cultura Obrera de Londres hicieron cuanto pudieron y aun más, y en poco tiempo se reunieron 25 libras. Con este dinero trajimos de Alemania los originales necesarios; los cajistas de nuestras organizaciones los compusieron gratuitamente, y así puede ver la luz hoy el primer número de nuestro periódico, cuya existencia, por poca ayuda que reciba del continente, estará asegurada. Sólo nos falta una prensa, y tan pronto como reunamos el dinero necesario para adquirirla dispondremos de una imprenta en marcha, en la cual podremos imprimir, además de nuestra revista, otra serie de folletos de defensa del proletariado. Ateniéndonos a nuestro plan de avanzar con pie firme, nos limitaremos por ahora a expedir este número de prueba y esperaremos a ver los recursos que se nos envían antes de reanudar la publicación. De aquí a fines de año esperamos haber recibido las contestaciones necesarias, y para entonces podremos decidir si el periódico ha de publicarse quincenal o semanalmente. La publicación mensual está casi asegurada con la venta de Londres. El precio de cada número se fija provisionalmente en 2 peniques, 4 sous, 2 silbergrosen o 6 cruzados; sin embargo, tan pronto como el número de suscriptores llegue a los 2,000, este precio podrá abaratarse considerablemente.

Y ahora, proletarios, sois vosotros quienes tenéis la palabra. Enviadnos artículos, suscribios, por poco que podáis, difundid el periódico, aprovechando todas las ocasiones, y laboraréis por una causa santa y justa: por la causa de la justicia contra la injusticia, por la causa de los oprimidos contra los opresores; nuestra lucha es la lucha por la verdad contra la superstición, contra la mentira. No aspiramos a ninguna recompensa, a ningún pago por lo que hacemos, pues nos limitamos a cumplir con nuestro deber. Proletarios, si queréis ser libres, sacudid vuestra modorra y apretad bien vuestras filas. ¡La humanidad exige de cada hombre el cumplimiento de su deber!

¡***Proletarios!***

Como para muchos serán seguramente desconocidos los orígenes de esta palabra con que nos dirigimos a vosotros, comenzaremos dando aquí una pequeña explicación de lo

que significa.

Cuando en la antigüedad el Estado romano alcanzó su poderío, al acercarse al punto culminante de su civilización, sus ciudadanos se dividían en dos clases: los poseedores y los desposeídos. Los poseedores pagaban al Estado impuestos directos; los que no poseían nada le entregaban sus hijos, a quienes se empleaba en defender a los ricos y se enviaba a regar con su sangre los inacabables campos de batalla, para aumentar más todavía el poderío y la riqueza de la clase poseedora. La *prole* significa, en la lengua latina, los hijos, la descendencia; los proletarios eran, pues, una clase de ciudadanos que no tenían más patrimonio que sus brazos y sus hijos.

Hoy, en que la sociedad moderna se acerca al punto culminante de la civilización, con la invención de las máquinas y la creación de las grandes fábricas; hoy, en que la propiedad tiende a concentrarse cada vez más en manos de unas cuantas personas, se ha desarrollado también en nuestros países, cada vez más nutrido, el proletariado. Un puñado de privilegiados posee en propiedad todos los bienes, mientras que a la gran masa del pueblo no le quedan más que sus brazos y sus hijos. Y lo mismo que en Roma, los proletarios de hoy y nuestros hijos nos vemos embutidos en el capote del soldado, amaestrados como máquinas llamadas a proteger a sus propios opresores y a derramar la propia sangre a la menor seña de" aquéllos. Nuestras hermanas y nuestras hijas sirven, ni más ni menos que en tiempos pasados, para satisfacer los apetitos animales de unos cuantos ricos crapulosos. Sigue siendo el mismo el odio de los pobres oprimidos contra los ricos opresores. Pero el proletariado de nuestra sociedad ocupa una posición muy distinta y muy superior a la del proletariado romano. Los proletarios romanos no disponían de los medios necesarios ni de la cultura imprescindible para poder emanciparse; no les quedaba más salida que la venganza, sucumbiendo en ella. Muchos de los proletarios de hoy poseen ya, gracias a la imprenta, un alto grado de cultura y los demás progresan día a día en su tendencia a la unión, y mientras que en este campo el progreso es cada día más señalado y la cohesión más firme, la clase privilegiada nos da el espectáculo del más espantoso egoísmo y del desenfreno más repugnante. La civilización actual brinda medios sobrados para hacer felices a todos los hombres de la sociedad; por eso el objetivo del proletariado de hoy no es simplemente destruir, vengarse y buscar en la muerte su liberación, sino cooperar a la creación de una sociedad en la que todos puedan vivir como hombres libres y dichosos. Proletarios de la sociedad actual son todos los que no pueden vivir de sus capitales, lo mismo el obrero que el intelectual, igual el artista que el pequeñoburgués, pues aunque la pequeña burguesía conserve aún algunos bienes de fortuna, marcha visiblemente, y a pasos agigantados, bajo la espantosa concurrencia del gran capital, hacia una situación que la confundirá con la masa de los proletarios. Ya hoy podemos, pues, contarla entre nosotros, no siendo como no es menor su interés de librarse de una situación de total penuria que el nuestro por salir de ella. Unámonos, pues, y ambas partes saldremos ganando.

La mira de este periódico es laborar por la emancipación del proletariado y ofrecer a éste un portavoz para que pueda llevar su aliento a todos los oprimidos y apretar en

sus filas la solidaridad.

Le hemos dado el nombre de *Revista Comunista,* convencidos como lo estamos de que esta emancipación no puede ser alcanzada por más camino que el de una radical transformación del régimen de propiedad existente. La liberación de los oprimidos sólo puede ser realizada, para decirlo de otro modo, sobre una sociedad basada en la propiedad común. Era nuestro propósito insertar aquí una breve profesión de fe comunista, fácilmente comprensible para todos y cuyo proyecto tenemos ya redactado [54]. Sin embargo, como esta profesión de fe ha de servir en lo futuro de norma para nuestra propaganda y tiene por consiguiente una importancia grandísima, nos hemos creído obligados a enviar antes de nada este proyecto a nuestros amigos del continente para que nos digan su opinión. Tan pronto como la conozcamos, introduciremos en el proyecto las enmiendas y adiciones necesarias, para insertarlo en el número próximo.

El movimiento comunista es interpretado por mucha gente de un modo tan falso, se ve tan calumniado e intencionadamente torcido, que no podemos menos de decir aquí algunas palabras acerca de él, en aquello en que lo conocemos y en que tenemos de él una experiencia propia. Nos limitaremos principalmente a explicar lo que no somos, saliendo así desde el principio al paso de algunas de las calumnias con que se nos ha querido combatir.

Nosotros no somos ningunos urdidores de sistemas: sabemos por experiencia cuán necio es discutir y cavilar acerca de las instituciones que habrán de implantarse en una sociedad futura, sin pararse a pensar en los medios que pueden llevarnos a su instauración. Dejamos a los filósofos y a los eruditos el cuidado de inventar sistemas para la organización de una nueva sociedad, y hasta lo juzgamos bueno y provechoso; pero si nosotros, los proletarios, nos pusiéramos a discutir seriamente sobre la organización de los talleres y la forma de administrar la comunidad de bienes en la sociedad del mañana, si nos pusiéramos a disputar acerca del corte de los trajes o del procedimiento más recomendable para limpiar los retretes, etc., caeríamos en el ridículo y mereceríamos en justicia ese nombre de soñadores sin sentido práctico que tantas veces se nos adjudica. El deber de nuestra generación es descubrir y acarrear los materiales constructivos necesarios para levantar el nuevo edificio; el deber de la generación venidera será construirlos, y estamos seguros de que para esa obra no faltarán arquitectos.

Nosotros no somos comunistas de esos que pretenden arreglarlo todo con el amor [55]. No derramamos lágrimas amargas a la luz de la luna plañendo la miseria de los hombres, para extasiarnos luego ante la idea de un dorado mañana. Sabemos que los tiempos en que vivimos son serios, que reclaman los mayores esfuerzos de cada hombre y que esos vahidos de amor no son más que una especie de desfallecimiento espiritual que incapacita para la acción a quien se entrega a él.

Nosotros no somos de esos comunistas que andan por ahí predicando ya la paz eterna,

54- V. supra, Circulares del Comité Central de la Liga, pág. 367.

55- V. Manifiesto Comunista, supra, pág. 104. Ya en mayo de 1846, Marx había redactado y enviado una circular en nombre de los comunistas de Bruselas contra la campaña de agitación del "apóstol del amor" Hermann Kriege y sus campañas sentimentales de Norteamérica.

mientras sus enemigos se pertrechan en todas partes para la lucha. Sabemos muy bien que en ningún país, exceptuando quizá a Inglaterra y a los estados libres de Norteamérica [56], podremos entrar en un mundo mejor sin antes haber conquistado por la fuerza los derechos políticos. No importa que haya gentes a quienes esto sirva de fundamento de acusación para tacharnos a gritos de revolucionarios: todo eso nos tiene sin cuidado. Nosotros, por lo menos, no queremos poner una venda sobre los ojos del pueblo, sino decirle la verdad y hacer que se fije en la tormenta que se avecina para que pueda tomar posiciones ante ella. Nosotros no somos ningunos conspiradores de esos que pretenden hacer estallar una revolución o asesinar a un príncipe en un día determinado, pero no somos tampoco mansas ovejas que cargan con la cruz sin rechistar. Sabemos muy bien que en el continente es inevitable la lucha entre los elementos aristocráticos y democráticos, y nuestros enemigos lo saben también y se aprestan a ella; es, pues, deber de todo hombre prepararse para esa lucha, para que el enemigo no nos ataque por sorpresa y nos aniquile. Nos espera todavía la última y definitiva batalla, una ruda batalla, y en tanto que nuestro partido no salga triunfante de ella no habrá llegado el momento de deponer, esperamos que para siempre, las armas.

Nosotros no somos de esos comunistas que creen que, una vez dada victoriosamente la batalla, podrá implantarse el comunismo como por encanto. Sabemos que la humanidad no avanza a saltos, sino paso a paso. No puede pasarse en una noche de un régimen inarmónico a un régimen de armonía: para ello será necesario un período de transición, que podrá durar más o menos según las circunstancias. La propiedad privada sólo puede transformarse gradualmente en propiedad social.

Nosotros no somos de esos comunistas que destruyen la libertad personal y pretenden convertir el mundo en un inmenso cuartel o en una inmensa fábrica. Hay, indudablemente, comunistas que se las arreglan muy cómodamente negando y pretendiendo abolir la libertad personal, por entender que es incompatible con la armonía: a nosotros no se nos ha pasado jamás por las mientes comprar la igualdad con el sacrificio de la libertad. Tenemos la convicción, y procuraremos demostrarlo en los siguientes números, de que en ninguna sociedad puede la libertad de la persona ser mayor que en la basada sobre un régimen de comunidad.

Nos hemos limitado a decir lo que no somos; en nuestra profesión de fe pondremos en claro lo que somos y lo que queremos. Hoy sólo nos resta dirigir unas cuantas palabras a los proletarios que forman en otros partidos políticos o sociales. Todos luchamos contra la sociedad actual, que nos oprime y nos deja perecer en la miseria; desgraciadamente, lejos de tener esto en cuenta para unirnos, lo que hacemos, con harta frecuencia, es combatirnos los unos a los otros, para fruición de nuestros opresores. En vez de poner, todos unidos, manos a la obra, para levantar un Estado democrático en el que cada partido pueda luchar con las armas de la palabra hablada y escrita para atraerse a la mayoría, nos dejamos llevar de la discordia en torno a lo que deberá y no deberá

56- Todavía en 1871, en una carta a Kugelmann (V. Marx, Cartas a Kugelmann, págs. 96 s.), preveía Marx la remota posibilidad de una forma pacífica de transición para Inglaterra y Norteamérica. Cfr. sobre esto Lenin, El Estado y la Revolución, pág. 37.

suceder una vez que hayamos vencido. No podemos menos de recordar aquí la fábula de aquellos cazadores que, antes de haberse echado a la cara el oso, se liaban a golpes sobre quién había de llevarse la piel. Tiempo es ya de que dejemos a un lado nuestras rivalidades y nos tendamos la mano en mutua ayuda. Y si queremos sellar la solidaridad es necesario que los portavoces de los diferentes partidos cesen en sus rabiosos ataques contra cuantos ostentan otras opiniones y pongan fin a la execración de los partidarios de otras teorías. Nosotros respetamos a cuantos, incluso aristócratas y pietistas, tengan opiniones propias y estén prestos a defender, firme y resueltamente, lo que crean la razón. Pero aquellos que, detrás de la careta de tal o de cual religión, de tal o de cual partido político o social, no persiguen más mira que la defensa de sus propios intereses, serán inexorablemente combatidos por nosotros. Todo hombre de honor tiene el deber de desenmascarar a esos hipócritas, presentándolos ante el mundo en toda su repugnante desnudez. Una persona puede equivocarse y mantener doctrinas falsas, pero no debemos pensar mal de él porque lo haga, si cree en la doctrina que profesa y es fiel a su divisa. Por eso Carlos Heinzen incurre en injusticia cuando ataca a los comunistas como lo hace en el segundo número del *Tribuno.* Una de dos. O Carlos Heinzen ignora de medio a medio lo que significa el comunismo, o se vale de sus rivalidades personales con ciertos comunistas para prejuzgar su idea acerca de un partido que forma en la vanguardia de los ejércitos que luchan por la democracia. Cuando leimos este ataque contra los comunistas nos quedamos suspensos de asombro. Sus acusaciones no nos conmueven en lo más mínimo, por una sencilla razón, y es que esos comunistas que describe Heinzen no existen. Han sido creados probablemente por su calenturienta imaginación, para luego rebatirlos. Cuando decimos que la lectura de este artículo nos llenó de asombro, queremos decir que era muy duro para nosotros creer que un demócrata pudiera incurrir en la responsabilidad de lanzar la manzana de la discordia entre las filas de sus propios camaradas de armas. Pero nuestro asombro fué en aumento cuando, al final del artículo, leimos aquellos nueve puntos llamados a formar las bases del nuevo orden social. Estos puntos coinciden casi al pie de la letra con las reivindicaciones presentadas por los comunistas. No hay más diferencia, al parecer, sino que el ciudadano Carlos Heinzen ve en sus nueve puntos las bases del nuevo orden social, mientras que nosotros las consideramos simplemente como el cimiento del período de transición que debe preceder a la creación de una sociedad plenamente comunizada. Es, pues, razonable esperar que acabemos uniéndonos para llevar a la práctica lo que Carlos Heinzen propone. Y cuando lo hayamos conseguido, si vemos que el pueblo vive contento y tan cumplidamente satisfecho que no apetece nuevos avances, nos deberemos someter a la voluntad popular. Pero si el pueblo desea seguir avanzando hasta la implantación del comunismo, suponemos que el ciudadano Heinzen no tendrá nada que objetar. Sabemos de sobra que el ciudadano Heinzen es el blanco de los ataques y calumnias de nuestros comunes opresores y que esto fomenta en él un estado de aguda irritabilidad. Nosotros, por nuestra parte, no queremos molestarle.

Lejos de ello, no nos negaremos a tenderle la mano en señal de concordia [57]. La unión hace la fuerza, y sólo ella puede llevarnos al fin perseguido.

Así, pues, proletarios de todos los países, unámonos; públicamente, allí donde la ley lo permita, pues nuestros actos no tienen por qué rehuir la luz del día, y secretamente donde el despotismo de los tiranos no consienta otra cosa. Leyes que prohíben a los hombres asociarse para debatir los problemas de la época y defender sus derechos, no son leyes, sino actos de fuerza de la tiranía, y quien los acate y respete obra cobarde y deshonrosamente; mas quien los desprecie y los infrinja procede virilmente y con honor.

Diremos, para terminar, que las columnas de nuestra revista no estarán nunca abiertas para librar polémicas personales ni para llenar de elogios aaquellos que cumplen con su deber. En cambio, cuantos proletarios se sientan oprimidos y maltratados no tienen más que dirigirse a nosotros, que saldremos sin vacilar a la palestra en defensa suya y entregaremos los nombres de sus opresores a la execración de la opinión pública, ante la cual empiezan ya a temblar hasta los tiranos más ensoberbecidos.

El plan de emigración del ciudadano *Cabet*

El ciudadano Cabet, de París, ha lanzado a los comunistas franceses una proclama, en la que dice: "Ya que aquí nos vemos perseguidos, calumniados y blasfemados por el Gobierno, por los curas, por la burguesía y hasta por los republicanos revolucionarios; ya que se llega incluso a querer privarnos de medios de vida, para reducimos así a la ruina física y moral, salgamos de Francia y trasladémonos a Icaria." Y calcula que estarán dispuestos a seguirle, para fundar una colonia comunista en otro continente, unos 20 a 30.000 comunistas. Cabet no ha dicho todavía adonde piensa encaminar su emigración; probablemente piensa establecer su Icaria en los Estados libres de Norteamérica o en Texas, o acaso en la península de California, conquistada hace poco por los norteamericanos [58].

57- Desde la Gaceta Alemana de Bruselas, Marx y Engels atacaban con bastante más dureza al "ciudadano Heinzen", en unos artículos publicados en octubre y noviembre de 1847, con este título: "La crítica moralizante y la moral crítica. Contribución a la historia de la cultura alemana. Contra Carlos Heinzen." (V. Marx-Engels, Escritos varios, ed. Mehring, t. II, págs. 454 ss.). Carlos Heinzen (1809-1880) era un republicano federal burgués, empleado de contribuciones de Prusia y colaborador de varios periódicos radicales. Procesado en 1844 por un libro publicado contra la burocracia prusiana, emigró a Bélgica y luego a Suiza, donde en 1846 publicó un libro contra los comunistas alemanes

58- El llamamiento aquí comentado apareció en mayo de 1847, bajo el título de Alons en Icarie, en Le Populaire, revista editada por Cabet; al mismo tiempo, éste publicó un folleto titulado Realisation de la Communauté d'Icarie. Pasaron siete meses antes de que el periódico cabetiano revelase el misterio del punto de destino, señalando como meta Texas. Se añadía: "Tenemos ya más de un millón de acres de tierra a lo largo del río Rojo, hermoso curso navegable hasta nuestra colonia, y podremos extendernos indefinidamente." El 3 de febrero de 1848 salía del puerto de El Havre la primera expedición de icarios, compuesta de 69 personas, a las que desde el 3 de junio hasta el 18 de diciembre del mismo año siguieron otras, hasta formar un total de 415 emigrantes. Cabet envió también su llamamiento a la Asociación de Cultura Obrera de Londres, y poco después se trasladó personalmente a esta capital, esforzándose en vano por

Reconocemos con satisfacción, como hacen sin duda todos los comunistas, que Cabet ha luchado con éxito y con celo incansable y perseverancia digna de admiración por la causa de la humanidad oprimida, y que, previniendo al proletariado contra toda clase de conspiraciones, le ha prestado un servicio inapreciable; pero esto no es razón para que allí donde Cabet abraza, a nuestro juicio, una senda falsa, le dejemos seguirla sin protesta de nuestra parte. Con todo el respeto que sentimos por la persona del ciudadano Cabet no tenemos más remedio que combatir su plan de emigración, y estamos persuadidos de que si ésta se lleva a cabo inferirá el mayor de los agravios al principio del comunismo, haciendo triunfar a los gobiernos y empañando con amargos desengaños los últimos días de Cabet. Las razones en que apoyamos nuestra opinión son las siguientes:

1). El creer que cuando en un país están a la orden del día las corrupciones más escandalosas, cuando el pueblo se ve oprimido y explotado de la manera más infame, cuando el derecho y la justicia ya no son nada, cuando la sociedad empieza a disolverse en la anarquía, que es lo que actualmente acontece en Francia, es deber de todo militante de la justicia y de la verdad permanecer en el país para ilustrar al pueblo, infundir nuevos ánimos a los que desfallezcan, echar las bases para una nueva organización social y hacer frente gallardamente a los malvados. Si los hombres justos y honrados, si los que han de luchar por un mañana mejor abandonan el campo a los oscurantistas y a los canallas, Europa tendrá necesariamente que hundirse y se hundirá, y con ella el continente, en el que, aunque sólo sea por razones estadísticas y económicas, primero y más fácilmente puede implantarse el comunismo, y la pobre humanidad tendrá que pasar por una nueva prueba de fuego y de miseria, que aún durará varios siglos.

2). El estar convencidos de que el plan de Cabet, encaminado a fundar en América una Icaria, es decir, una colonia basada en los principios del comunismo, no puede llevarse todavía a efecto, por las siguientes consideraciones:

a) porque aunque todos los que emigren con Cabet sean celosos comunistas, conservan todavía demasiado vivas, por su educación, las huellas de los vicios y prejuicios de la actual sociedad, para poder desnudarse de ellos instantáneamente al pisar el suelo de Icaria;

b).porque esto hará inevitablemente que en la colonia se promuevan desde el primer momento rozamientos y litigios, que la sociedad circundante, potente y hostil, y los espías de los gobiernos europeos, procurarán atizar más todavía, hasta conseguir dar al traste definitivamente con la sociedad comunista;

c). porque la mayoría de los emigrantes son artesanos, cuando lo que allí más falta hace son recios agricultores que puedan emplearse en la roturación y cultivo de -la tierra, sin que sea tan fácil, como muchos piensan, transformar un obrero en campesino;

d). porque las privaciones y las enfermedades que lleva consigo el cambio de clima infundirán en no pocos el desaliento, moviéndolos a abandonar la empresa. Hoy son

convencer a los londinenses de las excelencias de su plan. F. Lessner dice, en sus Recuerdos de un comunista veterano, publicados en alemán en 1898, pág. 107, que la discusión abierta acerca de la proposición de Cabet duró toda una semana.

muchos los que se entusiasman con el plan, en el que no ven más que el lado bello; pero cuando la áspera realidad hable, cuando tengan que someterse a privaciones de todo género, cuando se vean obligados a renunciar a todas esas pequeñas comodidades de la civilización, que en parte hasta el obrero más humilde puede procurarse en Europa, los más sentirán que el entusiasmo cede el paso a un indecible desaliento;

e). porque tratándose de comunistas que reconocen el principio de la libertad personal, como sin duda lo reconocen también los icarios, el implantar el comunismo sin un período democrático de transición, en que la propiedad personal se vaya transformando gradualmente en patrimonio social, es algo tan imposible como para el labrador recoger sin sembrar.

3). Porque el fracaso de un intento como el de Cabet, si bien no puede imposibilitar para siempre el principio comunista ni su práctica realización, puede hacer que deserten de sus filas, desilusionados, muchos miles de comunistas, contribuyendo con ello, probablemente, a seguir manteniendo en la miseria durante una o varias generaciones más al proletariado oprimido.

4). Porque unos cuantos cientos o miles de personas no bastan para fundar o mantener en pie un régimen comunista, sin que éste adopte un carácter totalmente exclusivista y sectario, como ocurrió, por ejemplo, con el de Rapp [59] en América, etc. Y no es nuestra intención, ni esperamos que sea tampoco la de los icarios, fundar un régimen semejante.

Y aun no hemos aludido a las persecuciones a que los icarios se exponen, probablemente y hasta casi con absoluta seguridad en América, si quieren mantener contacto con la sociedad circundante. Los que deseen acompañar a Cabet a América deben leer antes cualquier relato de las persecuciones a que se vieron expuestos allí, y aun se ven, los mormones, secta comunista de carácter religioso.

Tales son las razones por las que creemos funesto el proyecto de emigración de Cabet, y acogiéndonos a ellas, gritamos a los comunistas de todos los países: ¡Hermanos, permanezcamos en la vieja Europa, junto a la brecha; actuemos y luchemos aquí, pues sólo aquí, en Europa,‘se dan ya todos los elementos para la instauración de un régimen comunista, que o se implantará aquí por vez primera o no se implantará en parte alguna!

La Dieta prusiana y *el proletariado de Prusia* y *de toda Alemania*

Desde 1815 la burguesía viene luchando en Alemania con los terratenientes medievales y el sistema absolutista de gobierno, el sistema del “derecho divino”, por la conquista del Poder. La transformación cada vez mayor experimentada por todos los factores de la industria y del cambio en los demás países, a la zaga de los cuales renqueaba Alemania con paso modesto y mortecino, había planteado la necesidad de esta lucha. Las nuevas circunstancias reclamaban nuevas formas; la potencia creciente de la burguesía, basada

59- Jorge Rapp (1757-1847) fue un alemán de Wurtemburgo, fundador de la colonia comunista de los “Armonistas”, establecida en Norteamérica, primero en Pensilvania (1805), luego en Indiana (1824) y por último, desde 1S24, otra vez en Pensilvania.

en el capital y. en la libre concurrencia, no se avenía a seguir desempeñando por más tiempo un papel mudo y secundario. Pero la tradicional cobardía de la burguesía alemana, y sobre todo su dispersión y su desunión, no le permitían alcanzar una rápida victoria. Dividida en 38 partes o estados, enfrentados los unos con los otros como extraños, y no pocas veces como celosos enemigos, la burguesía se esforzaba, tan pronto en una como en otra de las patrias alemanas, en esfuerzos aislados, por alcanzar la meta de sus deseos. En varios sitios consiguió arrancar a la monarquía pactos —bautizados con el nombre de constituciones— en que se le garantizaba una participación más o menos grande en el gobierno y en la gestión de los negocios públicos. Pero la promesa se quedaba, en lo fundamental, sobre el papel, y en la realidad seguía imperando el sistema del "derecho divino" y de la aristocracia de los terratenientes y los burócratas aliada a él.

Ocurría esto porque los príncipes alemanes podían oponer a la burguesía desunida y dispersa, a los esfuerzos diseminados y a los ataques aislados de sus enemigos, un frente cerrado de batalla que acataba sumiso la jefatura del archibandolero Metternich, triunfando en general, gracias a esta unión, de todas las tentativas de resistencia y de todas las oposiciones. La Dieta federal alemana, formada por las criaturas y gentes a sueldo de los príncipes, era el molino de ventaja que no servía más que para volver a pulverizar las conquistas que la burguesía había arrancado por el momento en cualquiera de los muchos estados o estaditos alemanes. Este sistema tenía para los "paternales" soberanos la ventaja de que les permitía, llegado el caso, asegurar hipócritamente lo extraordinariamente liberales que eran y cuán de buen grado accederían a todo y cumplirían con todo lo prometido, si por desgracia no estuviera allí la Dieta federal para interponerse en el camino de sus promesas. Daba la fatalidad de que sus estados eran demasiado pequeños o demasiado débiles para hacer frente a la poderosa Prusia o a la potente Austria. No tenían más remedio que someterse, aun con harto dolor de sus personas. Y el "paternal" soberano se reía a carcajadas para sus adentros.

Precisamente por eso tiene una importancia extraordinaria el movimiento que actualmente se está desarrollando en Prusia. Prusia, con sus 16 millones de habitantes, echa en la balanza alemana un peso decisivo y tiene una importancia muy distinta a la que tendría si la cosa partiese de cualquier otra patria alemana con tres o cuatro millones de almas, o acaso con 6.000 nada más (que son las que cuenta el principado Lichtenstein-Vaduz). Los 16 millones de habitantes de Prusia pesan más que los restantes 28 millones, divididos en 33 estados. Cada triunfo alcanzado por la burguesía en Prusia representa a la vez un triunfo para la burguesía de los 28 millones restantes de Alemania. Si la burguesía prusiana sabe hacer entrar en razón a su rey "cristiano-germano" de Potsdam y hacerle sumiso a su voluntad, sometiéndole a una recia disciplina, la burguesía del resto de Alemania tendrá también vía libre. El absolutismo de la Dieta federal alemana habrá pasado a la historia, la burguesía de toda Alemania se irá dando poco a poco la mano para marchar unida, y los reyes de "derecho divino" y los señores medievales de la tierra serán mandados por ella al diablo, y si quieren seguir teniendo voz y voto habrán de resignarse a ser meros representantes y miembros de la burguesía.

Fijémonos un momento en los trabajos de la Dieta prusiana. Los sucesos que se vienen desarrollando en el salón blanco de Berlín ponen en claro la situación actual de los partidos de Prusia y la importancia del movimiento político prusiano para el resto de Alemania. Sin embargo, sólo nos será dado comprender los procedimientos de la Dieta si antes nos explicamos las razones por las que fué convocada. ¿A qué se debe que el soberano de Potsdam se decidiese por fin a adoptar una medida contra la que venía manifestándose, tan resueltamente y con tanta furia, hasta estos últimos días, desde que subiera al trono? ¿No venía la censura suprimiendo e impidiendo despiadadamente cuantas manifestaciones intentaban hacerse acerca de la necesidad de convocar las Cortes, cuantas referencias se aventuraban a las promesas reales hechas hace más de veinte años? ¿No se acusaba y castigaba como reo de alta traición a todo el que se atreviese a defender, hablando en público, la necesidad de reunir las Cortes? Y de pronto, he aquí que el soberano de Potsdam se convierte él mismo en reo de alta traición, da un mentís a su pasado y hace lo que tantas veces y con tanto empaque asegurara que jamás haría. ¿Qué fué lo que le llevó a incurrir en tamaña contradicción consigo mismo? Fué sencillamente un arca pública completamente vacía y la imposibildad de volver a llenarla sin la ayuda de las Cortes. A pesar de treinta años seguidos de paz, a pesar de la subida anual de los impuestos y contribuciones, a pesar de los tributos agobiadores de todo género que pesan sobre la población trabajadora, las inauditas disipaciones del rey y de la corte, el contingente ruinoso de gastos consignados para el ejército, las pensiones desvergonzadas pagadas a oficiales y funcionarios civiles ya ricos de por sí, la incapacidad y las dilapidaciones de toda la administración pública consiguieron agotar hasta el último céntimo los recursos existentes. Todos los expedientes intentados por el rey y sus ministros resultaron fallidos; hasta el último plan, el del Banco regio, fracasó en gran parte, sin brindar más que un pequeño consuelo pasajero, pues el Gobierno prusiano se encontró, espantado, con que seguía gozando de tan poco crédito como antes. Había, desdichadamente, en la enojosa ley de 1820, un par de líneas nada más, pero formuladas en términos tales, que ningún capitalista nacional o extranjero podía incurrir en la insensatez de adelantar al Gobierno prusiano un solo táler mientras dicha ley siguiese siendo letra muerta.

Por eso la soberana majestad "cristiano-germana" no tuvo más remedio que soltar la sutil patente regia del 3 de febrero. En su texto estaba todo tan hábil y arguciosamente hilvanado, que parecía como si el monarca absoluto fuese a conseguir lo que tanto y tan apremiantemente necesitaba, sin que su poder despótico sufriese el menor menoscabo. A ese fin se encaminaba, muy bien calculado, el "soberano" orden del día que se le prescribía a la Dieta como a un tropel de chicos de la escuela, y tal era también eldesignio a que respondía la invención de la Cámara señorial [60].

60- La Dieta convocada por la patente de 3 de febrero de 1847 era un Parlamento de tipo marcadamente feudal. Los representantes de las ocho Dietas provinciales se congregaban en dos Curias o Cámaras: la primera, la Cámara señorial, formada por 72 diputados de la alta nobleza; la segunda, en la que estaban representados los tres brazos o estamentos, contaba 231 diputados de la nobleza baja, 182 diputados de las ciudades y 120 de los distritos del campo. El círculo de atribuciones de este "parlamento" era reducidísimo, pues se limitaba a la autor-

Esta Cámara, formada—en fragante contradicción con las leyes vigentes—por unos cuantos príncipes de sangre real, más o menos estúpidos, ricos y orgullosos, y con un puñado de los terratenientes más poderosos y más aristócratas, que tanto vale decir los más reaccionarios, los más viles y los más canallas, se destinaba a servir de freno a la segunda Cámara. Y por si aún era poco esto, en ésta tenía también una desmedida representación la propiedad inmueble medieval, ya que a la sabiduría real había placido dar el nombre de segunda Cámara al montón de las ocho Dietas provinciales reunidas. Por lo que se refiere a los demás diputados de esta Cámara, una ley electoral lamentable se había cuidado de que entre ellos hubiese de todo menos un exceso de individuos inteligentes y enérgicos de la burguesía. Además, el rey confiaba en que, adoptando una conducta ruda e insolente en su Mensaje de la Corona, conseguiría intimidar a aquellos pocos que aún infundían cierto temor a la conciencia poco tranquila del gobierno "paternal". Hechos todos los preparativos, Federico Guillermo, contento de sí mismo, rebosaba alegría y satisfacción. Lo único que le preocupaba era conseguir dinero y restaurar el crédito de su gobierno, completamente destruido. Creía estar seguro de la consecución de sus deseos. "Tan pronto como tenga en el bolsillo unos cuantos empréstitos de cincuenta a cien millones y vuelva a obtener crédito de los capitalistas, mandaré a casa tranquilamente a estos buenos chicos de diputados, y ya pueden esperar sentados a que vuelva a convocarlos. Me arreglaré con las comisiones, que me prestarán magníficos servicios. Sobornar a seiscientos diputados cuesta una fortuna. Me resulta mucho más barato tener que habérmelas con un puñado de comisiones nada más. Las condecoraciones, el dinero, los halagos y demás recursos de que dispone un gobierno cristiano no dejarán de surtir su efecto. Y equipado con dinero y con crédito seguiré gobernando como rey "soberano", seguiré imponiendo mis antojos y mi capricho en nombre del cielo y trasquilando como hasta aquí, a medida de mis deseos, la lana de mi leal rebaño de súbditos." Así se expresaba el señor de Potsdam en la intimidad de sus allegados. Veamos lo que le contestó la Dieta.

La Dieta le contestó denegando todas las peticiones de dinero, rechazando los proyectos de ley que se le presentaron sobre creación de bancos de renta territorial y sobre el empréstito para las obras del ferrocarril de Berlín a Kcenigsberg, y declarando que sólo autorizaría arbitrios al Gobierno si éste restauraba los derechos del país, coartados por las patentes de 3 de febrero, convocando periódicamente a Cortes y rindiendo a éstas cuentas detalladas sobre la inversión de los fondos públicos: es decir, siempre y cuando que el Gobierno, para decirlo de una vez, renunciase para siempre a sus ridiculas pretensiones de "derecho divino", para marchar por la vía constitucional. La misma suerte —la de la denegación— corrió el proyecto de ley sobre los impuestos de molienda y matanza. Las razones alegadas para ello fueron, en parte, las ya aducidas, y en parte la resistencia que los diputados ricos oponían a contribuir con mayores sacrificios a los gastos del Estado. Entre estos diputados se destacó principalmente un grupo numeroso de representantes de la alta nobleza, en el que figuraban los príncipes más ricos de

ización de empréstitos en tiempos de paz, a la aprobación de nuevos impuestos o subida de los ya existentes y a la dictaminacióxj de proyectos de ley.

la Casa real (entre otros, el príncipe Alberto) y la mayoría de los terratenientes de la aristocracia. Hubo, además, muchos diputados que votaron en contra, porque conocían demasiado bien la brutalidad, la soberbia y la desvergonzada tiranía de la burocracia prusiana, para poner en sus manos, mientras siguiese vistiendo la librea de "derecho divino" fuera del mando de la burguesía, un nuevo poder inquisitivo sobre la renta de los ciudadanos.

Después de todo esto hubiera podido creerse que la Dieta iba a perseverar impasible en la defensa de lo que tantas veces y con tanto ahinco proclamó ser el derecho de las Cortes. Pero no hubo tal. Poco antes de clausurarse sus sesiones, el 26 de julio, se puso en su conocimiento la respuesta del rey. En ella, el de Potsdam se aviene a algunas de las peticiones de sus "leales" estamentos, aplaza otras, de más importancia, hasta "más madura reflexión", pasa otras en silencio, y finalmente, en lo que se refiere a las comisiones —el punto más importante de todos—, ordena proceder a su elección sin demora con arreglo a las prescripciones contenidas en la patente de 3 de febrero.

¿Qué hacen las Cortes? Obedecer. Un grupo de diputados de la provincia del Rin, de Silesia, etc., hace honor a sus convicciones y se niega a tomar parte "en la elección; otros intervienen en ella, pero formulando protesta y dejando a salvo expresamente los derechos del Parlamento; los demás votan como lacayos humildosos de su señor germánico.

A este viraje final, altamente vergonzoso a todas luces para la Dieta, contribuyó lo suyo la tradicional cobardía de la burguesía alemana, a que más arriba aludimos. El arrojo de no pocos representantes de la oposición liberal se vió en un duro trance; a última hora se amedrentaron y dieron media vuelta, abandonando armas y bagaje. También contribuyeron no poco a este resultado los manejos y la perfidia de algunos diputados que pasaban por ser los primeros gallitos liberales. Uno de éstos, el señor de Auerbach, había tenido ya repetidas ocasiones, sobre todo al elevarse la petición sobre la libertad de Prensa —que, por ahora, se ha ido a pique—, de revelarse bien a las claras como un truhán y tramposo político de primer orden. Si además tenemos en cuenta la estructura de las Cortes, la preponderancia en ellas de la propiedad feudal y el número inmenso de funcionarios reales que tenían asiento en la segunda Cámara, y si además ponemos en cuenta lo mucho que pesaban en el ánimo de aquellos señores los convites a la mesa regia, las palabras de halago, las sonrisas y demás artes cortesanas infalibles todavía, no tenemos por qué maravillarnos de que el resultado final fuera ése.

Pero por muy mezquino que sea todavía, hoy por hoy, el triunfo alcanzado y grande la satisfacción del partido del Gobierno, aquél no tardará en traer consigo otras concesiones ni pasará mucho tiempo sin que esta alegría se convierta en duelo. La diputación de la Deuda pública y las comisiones están en una situación tal, que les es imposible prestar al Gobierno ninguno de los servicios que éste esperaba de ellas. No pueden atreverse, enfrentándose con la opinión pública, a pisotear los derechos propios de las Cortes. Pero aun puestos en el caso, poco probable, de que la mayoría de la diputación y de las comisiones se solidarizasen con el Gobierno y votasen contra la fracción liberal, la monarquía absoluta no saldría ganando con ello ni un ápice. No habría ningún capitalista

que fuese lo bastante candoroso para poner su dinero en manos de este Gobierno, después de los debates sostenidos en la Dieta, después de las reiteradas negativas de la oposición y haciendo caso omiso de la letra de las leyes vigentes, hasta hoy incumplidas. Y si a pesar de ello lo hiciese, no tendría que quejarse a nadie si a la vuelta de muy poco tiempo se encontraba con que sus créditos se veían anulados por imperio de la ley.

No se olvide que toda la cuestión gira sobre dinero. Y como la monarquía no tiene bastante y lo necesita irremisiblemente, la burguesía podrá y deberá aprovechar esta ocasión para hacer valer sus pretensiones. El que se dice trono "soberano" es ya impotente para contener la ola arrolladora del "espíritu de los tiempos" modernos. La importancia extraordinaria de la Dieta prusiana no hay que medirla por las declaraciones finales que hizo llegar a ella Federico Guillermo. La importancia de sus debates consiste en que, durante once semanas, la opinión pública de Prusia ha dado un avance para el cual hubiera necesitado, sin la Dieta, de muchos años. La burguesía prusiana aparece en ella luchando por vez primera en la historia, ante los ojos de todo el mundo, contra la burocracia y la monarquía absoluta, y asesta a sus dos enemigos golpes tan rudos, les inflige una derrota tan formidable, que los vencidos tendrán que rendirse, no tardando, a merced del vencedor. Hasta ahora, un ministro prusiano era un ente tan inaccesible, que un vulgar ciudadano no podía osar siquiera levantar la vista hacia él. La Dieta ha hecho morder el polvo a esa grandeza imaginaria. Ni un solo ministro ha intervenido en los debates parlamentarios sin poner al desnudo, estridentemente, su incapacidad. Las once semanas de sesiones han sido un tormento constante para todos los ministros, uno tras otro; su soberbia, su vaciedad, su jactancia mediocre y su mala administración dé los negocios públicos se han visto castigadas con la amarga burla, con el desprecio, y a las veces, con explosiones de justa cólera. Jamás se han desempeñado papeles más miserables que los de estos "consejeros de la corona". Eichorn [61] , blando como un corderito, hizo un triste papel ante la Dieta, con su "Estado prusiano"; el antihistórico Savigny [62] hubo de guardarse en el bolsillo, corrido de vergüenza, su falta de sentido histórico; su rancia mercancía no encontraba salida en la Dieta; no encontraba más que burlas. Y otro tanto le aconteció a Thiele [63], a Duesberg [64], a Boyen [65] y a los demás. Ni el cinismo de Bodelschwingh [66] pudo salvar ni el más leve resto de la aureola que venía rodeando a todo el ministerio. Y todos los golpes descargados sobre las espaldas de los ministros repercutían en el señor de Potsdam. Jamás un Mensaje de la Corona fué objeto de más burlas que el suyo en casi todas las sesiones de la Dieta. Sin mentarlo, los debates no eran más que una protesta constante contra lo que el 11

61- J. A. Federico Eichorn (1779-1856), ministro de Enseñanza y Cultos desde 1840.
62- Federico Carlos von Savigny (1789-1861), jurista prusiano y jefe de la "escuela histórica del derecho", ministro de Legislación desde 1842.
63- L. Gustavo von Thiele (1781-1852), general de infantería y ministro del Tesoro desde 1841.
64- Franz von Duesberg (1793-1872), ministro de Hacienda desde 1846.
65- L. von Boyen (1771-1848), ministro de la Guerra y encargado de la cartera de Estado desde 1841.
66- Ernesto von Bodelschwingh (1794-1854), ministro de Gabinete y del Interior desde 1841.

de abril proclamara en su mensaje el rey "cristiano", protesta en la que no faltaban la sátira ni la seriedad de razonamiento. Y como los debates se desarrollaban en la más completa publicidad, comentados y reflejados por cientos de periódicos, acabaron despertando en el público un sentido de colaboración en los negocios públicos de que. antes sólo se descubría algún rastro en ciertas localidades, sobre todo en las ciudades populosas. Hoy, ese sentido intervencionista se ha corrido por todo el país y ha hecho presa en personas que no estaban acostumbradas a pensar por encima de las cuatro paredes de su casa o de los mojones de su municipio. Y los sucesos de Berlín no sólo se siguen con emoción en Prusia, sino en toda Alemania. Se ha sabido comprender que cada triunfo de la burguesía prusiana es un triunfo de la burguesía alemana en general, y que cuanto se arranque en Prusia acabará por imponerse rápidamente en los demás estados de la Confederación.

Pero ¿qué nos interesa a nosotros, proletarios —oigo que exclaman muchos de los nuestros, las luchas de la burguesía? ¿No son acaso los burgueses nuestros peores enemigos? ¿No acaban precisamente de manifestar en la Dieta prusiana con bastante elocuencia el desprecio que sienten contra nosotros y las malísimas intenciones que contra nosotros abrigan, al tratar de las peticiones relacionadas con la situación de las clases trabajadoras? ¿Qué nos importa a nosotros que la burguesía suba o no suba al Poder? Y caso de importarnos algo, ¿no saldremos ganando más con oponernos a su triunfo, luchando más bien a favor que en contra del Gobierno?

Preguntas e ideas tales sólo pueden partir de aquellos de nosotros que, cegados por el odio —un odio perfectamente justificado, sin duda— contra la burguesía, no han sabido comprender claramente ni la situación que actualmente ocupa el proletariado ni el camino que ha de seguir si quiere realmente emanciparse.

La burguesía es, indiscutiblemente, nuestro enemigo; todo su poder se apoya en la propiedad privada, en el capital y en lo que forma una unidad con todo eso. Y nosotros, proletarios, sólo podemos emanciparnos aboliendo la propiedad privada, lo que equivale a destruir la clase burguesa y a poner fin para siempre a todas las diferencias de clase. Entre ellos y nosotros la lucha es a vida o muerte; una lucha en que el arma no es sólo la palabra, sino el puño y el fusil.

¿Pero es que nosotros, los proletarios alemanes, hemos hecho ya tantos progresos que podemos transformar de raíz el desorden social en nuestro propio interés, es decir, que podemos echar inmediatamente por la borda a la burguesía y realizar sin más espera los principios del comunismo? ¿No tenemos, junto a la burguesía y antes que ella, otro enemigo al que hemos de dar la batalla antes de ajustar cuentas con la burguesía? Sí, y ese otro enemigo es la monarquía absoluta, la monarquía despótica que se titula "de derecho divino", que nos explota en nombre del cielo, que nos sujeta en las garras de los terratenientes medievales, que nos acogota entre las mallas del Estado "cristiano-germano" y pone al servicio del capital su policía, sus gendarmes, sus clérigos y sus cañones cuantas veces, llagados por las cadenas de la esclavitud, intentamos sacudirlas. ¿Es que este Poder es merecedor de que le guardemos gratitud y le ayudemos en sus luchas contra la burguesía? ¿Que es lo que ha hecho para merecer de nosotros ninguna

de ambas cosas? Ha dilapidado —para atenernos tan sólo a los últimos tiempos—, en treinta años de paz, 850 millones de tálers en gastos militares, en sostener con los productos de los impuestos pagados por nosotros bailarinas y prostitutas reales [67], ha nutrido a costa nuestra un ejército cada vez más numeroso y más grosero de funcionarios públicos, ha pagado pensiones desvergonzadamente altas a gentes ya ricas de suyo, ha sostenido, con los llamados "fondos de gracia", a un tropel de terratenientes e hidalgos haraganes, ha llenado de privilegios a la nobleza, ha degradado nuestras vidas por debajo de las de las fieras de sus cotos señoriales de caza, ha entregado a nuestras personas al arbitrio despótico de la policía, ha construido para nosotros presidios y máquinas de tormento, ha entregado nuestro trabajo al capital y a la libre concurrencia, ha sacado de nuestros bolsillos, por medio de una ingeniosa bomba de impuestos, los últimos frutos de nuestro trabajo y confiado nuestros estómagos a los rayos del sol, por ser éste el alimento más barato. ¿Podía la monarquía absoluta hacer más por nosotros, los proletarios? Sí podía. El Federico Guillermo de Potsdam, llamado por otro nombre el Cuarto, ha demostrado que también en su actitud para con los proletarios saben hacer progresos las artes "paternales" de gobierno. La ordenanza industrial de policía del año 1845 entregó a las clases trabajadoras, por si aún lo estaban poco, atadas de pies y manos a los capitalistas y patronos [68]. En esta nueva ley se castiga con severas penas la menor tentativa de asociarse y organizar de ese modo sus fuerzas, sea para oponerse a una rebaja de salarios o para conseguir salarios mejores, que basten por lo menos para cubrir las más perentorias necesidades. A los capitalistas, en cambio, con tal de que den gusto al Gobierno, se les conceden todas las libertades apetecidas contra los trabajadores. En la nueva ordenanza de domésticos, el "paternal" Gobierno prusiano autoriza a los señores no sólo para cubrir a sus criados con todo género de insultos, sino hasta para apalearlos, siempre y cuando que el apaleado no quede tullido por la paliza. Salvo en este caso, el que se ve obligado a servir no puede quejarse ni reclamar. En una orden secreta de gabinete del 14 de junio de 1844, el rey "cristiano" de Potsdam ordena a los censores que no dejen pasar en la Prensa la menor alusión a las relaciones entre las clases poseedoras y desposeídas, ni la menor referencia a la situación de los obreros frente a los terratenientes medievales y la burguesía. Cuando en 1844 miles de tejedores de las montañas silesianas, acosados por la miseria y la desesperación, se sublevaron contra los señores de las fábricas, el "piadoso" rey de Prusia dejó que los ametrallasen y los matasen a bayonetazos como perros, y a los que no murieron los sepultó en el presidio, y encima, a la mayoría de ellos, aun les arrancaron la carne de la espalda vareándolos de veinte a cuarenta veces.- He ahí las bendiciones que los proletarios tenemos que agradecerle a la monarquía "cristiano-germana".

El año 1847, año de hambre, nos ha dado nuevas pruebas de esto. Mientras miles de proletarios de la provincia del Rin, de Westfalia, de Silesia, de Posen y de la Prusia oriental sucumbían de hambre y de fiebres engendradas por ésta, la monarquía

67- Esta acusación no va, naturalmente, contra Federico Guillermo IV en persona, pues ¿qué iba a hacer éste con ellas? (N. de la R.)

68- Esa ordenanza mantenía en pie las antiguas normas contra las coaliciones, recargando sus penas.

"prusiano-germana" y sus criaturas seguían regodeándose, como si nada ocurriese, en todos los deleites que la abundancia y la ociosidad son capaces de inventar. Hasta que, por fin, cayó en la cuenta de que tenía que hacer algo para aparentar la pena que le daban aquellas poblaciones hambrientas. Y así surgió la ley prohibiendo el empleo de patatas en las destilerías, y unos cuantos decretos más por el estilo, con que se quería tapar los ojos a la clase trabajadora. El miedo a los proletarios fue creciendo, sobre todo cuando en Berlín y en algunos otros sitios estallaron disturbios por la falta de pan. El miedo llevó al "paternal" Gobierno prusiano a hacer un nuevo esfuerzo "en bien de las clases trabajadoras". ¿En qué consistía ese esfuerzo? En enviar un consejero de gobierno de Berlín a Bremen con el encargo de comprar urgentemente y bajo cualesquiera condiciones 6.000 toneladas de trigo y expedirlas sin demora a Berlín y otras localidades. El consejero de gobierno se dirigió a la casa Delins de Bremen, donde exhibió sus poderes. Y como era necesario reunir las 6.000 toneladas a cualquier precio, los marchantes de trigo se pusieron en campaña, y a las dos horas, la tonelada había experimentado ya un alza de cerca de 40 tálers oro. Y la subida no paró ahí. En Bremen sólo lograron reunirse 1.500 toneladas. Para el resto, los tratantes en trigo de Bremen remitieron al emisario a sus existencias de Stettin, Danzig, etc., a las que dieron salida, de este modo, a los enormes precios desencadenados por el consejero de gobierno de Prusia. Esta alza de trigo en Bremen hizo que a la vuelta de unos cuantos días los precios del grano subiesen al mismo nivel en todo el norte de Alemania y que las clases trabajadoras tuviesen que pagar su pan una tercera parte más caro y encima soportar como contribuyentes la carga que aquel negocio, tan torpemente llevado por el Gobierno, echaba sobre la Hacienda. Eso es lo que se llama en alemán "gobernar paternalmente", y el ser rey absoluto por "la gracia de Dios" consiste en hacer fuego o lanzarse a la bayoneta sobre los obreros hambrientos apelotonados en Berlín, en Stettin, etc., mientras el "piadoso rey" manda fabricar con el dinero de la clase trabajadora panoplias por valor de medio millón y se las envía como juguete regio a su ahijado de Londres, un arrapiezo que apenas sabe sorber los mocos.

No acabaríamos nunca si quisiéramos enumerar todo lo que debemos a la "monarquía absoluta"; basten, pues, los ejemplos aducidos. De ellos se desprende ya claramente que esa monarquía es, por lo menos, tan enemiga nuestra como lo es la burguesía. Pero no perdamos de vista que ésta necesita, para consolidar su hegemonía, libertades políticas que la "monarquía absoluta" deniega obstinadamente y que nosotros, los proletarios, utilizaremos, tan pronto como sean concedidas, como palanca para derribar lo antes posible lo existente; enfocada así la cosa, se comprenderá nuestro interés en el movimiento político actual, pues ayudando a acelerar la caída de esa monarquía laboraremos en nuestro propio provecho. Hasta allí, pero no más, discurren juntos nuestros caminos. Derribado el enemigo de "derecho divino", derribado el Estado "cristiano" de policía, derribado el gobierno "paternal", ya no tendremos más enemigos que la burguesía; el palenque de nuestras luchas se simplificará y el plan de batalla no será difícil de trazar.

Pero mientras no apretemos nuestras filas de proletarios, mientras no nos unamos

y organicemos, mientras no laboremos con nuestras fuerzas unidas por transformar radicalmente nuestra situación, será inútil cuanto hagamos por luchar contra este "sistema paternal de gobierno" ni contra la burguesía. Hasta ahora no disponemos en Alemania ni de libertad de Prensa para defender *nuestros* intereses ni de derecho para reunirnos públicamente y poder manifestarnos e ilustrarnos linos a otros acerca de las condiciones sociales, acerca de la situación de poseedores y desposeídos, en una palabra, acerca de todas las cuestiones que afectan al proletariado. Es indudable que esas libertades políticas facilitan la obra de emancipación, pues con ayuda de ellas el proletariado puede organizarse más rápidamente; por eso el actual movimiento político, encaminado también hacia la libertad de Prensa y el derecho de libre asociación, tiene gran importancia para nosotros. Pero no seamos tan necios que, entretanto, pongamos las manos tranquilamente en el regazo, en espera de que se proclamen esos derechos. Hagamos contra la ley lo que ésta nos prohíbe. La ley es obra de nuestros enemigos, fruto del gobierno "paternal" en interés de los ricos y poseedores; a nosotros, los desposeídos, la ley sólo obliga mientras no tenemos fuerza bastante para derribarla. Hagamos en secreto lo que se nos prohibe hacer públicamente; aquí no podemos acatar más ley que la ilegalidad. Cuantas más dificultades se nos pongan en el camino, más actividad y energía debemos desplegar para organizamos y unirnos en una actuación común por encima de ella. "Ayúdate a ti mismo", dice el proverbio; y verdaderamente, si nosotros, los proletarios, no sabemos emanciparnos por nosotros mismos, no esperemos que nadie nos emancipe.

¡Qué pavor infundimos ya hoy tanto a la monarquía de "derecho divino" como a la burguesía, hoy, en que estamos casi solos, en que no somos más que un puñado de individuos sueltos, desgarrados no pocas veces por las discordias intestinas e inconscientes de la fuerza que da la unión! ¿No bastaron unos cuantos cientos de proletarios en Berlín, participando en los tumultos de protesta por la falta de pan, sin plan, sin previo acuerdo, sin un objetivo común, para hacer temblar a toda la capital y hacer perder la cabeza durante medio día a todas las autoridades, hasta las más supremas e inaccesibles? ¿No han confesado dos altos funcionarios ministeriales que, pese a todas las tropas, Berlín hubiera caído en manos de los proletarios a poco que éstos hubiesen sabido explotar su fuerza y actuar en común? Es cierto; Berlín estuvo cinco horas enteras en manos del pueblo, sin que éste lo advirtiese. Y lo mismo aconteció en muchos otros sitios de Prusia y del resto de Alemania. Y si un montón de proletarios aislados e insignificantes, obrando sin plan ni concierto, bastan para hacer peligrar de ese modo lo existente, fácilmente se comprenderá que, una vez unidos y organizados como un solo hombre, no habrá poder en el mundo capaz de arrancarnos la victoria. *Aislados* no somos ni seguiremos siendo más que pobres esclavos entregados al hambre y a la miseria, a la soberbia y a la misericordia de los grandes y los ricos; *unidos* y *organizados,* los barrotes que forjan para nosotros la propiedad privada o los gobiernos "cristiano-germanos" se quebrarán en nuestras manos como mimbres secos.

Los *emigrantes alemanes*

Ya en la antigüedad aspiraban los hombres a un mundo mejor, a un mundo nuevo, en el que confiaban en ser felices, y sus aspiraciones siguen siendo las mismas de entonces. Desgraciadamente, pese a todas las aspiraciones, poco es lo que hasta hoy se ha conseguido, pues durante mucho tiempo se ha estado buscando ese mundo mejor donde no podía encontrarse, *y* aun es hoy el día en que son muy pocos los que saben y comprenden que ese mundo mejor está bien cerca de nosotros, que para alcanzarlo basta con unir y organizar a los oprimidos, con imponerse un recio esfuerzo. Se equivocan de medio a medio, naturalmente, los que piensan que basta con buscar, con emigrar a América, para dar con ese mundo mejor. Ese mundo mejor no hay que buscarlo, sino conquistarlo, y el cielo no nos ayudará si nosotros mismos no nos unimos firmemente y nos ayudamos. En otro tiempo, millones de europeos se precipitaban hacia el Oriente para escapar a la tiranía de los señores feudales, para ganar el cielo con la conquista de los Santos Lugares y esperanzados en que en el suelo que había pisado su Redentor les sería dado ya sobre la tierra un avance de las delicias celestiales; pero fueron muy pocos los que alcanzaron la meta, pues los más cayeron sin haber visto la tierra ` de Jerusalén, derribados por las enfermedades y por el acero de los turcos.

Hoy, millones de europeos acuden a las costas de Occidente esperando encontrar allí un suelo libre y un porvenir dichoso para sí y sus familiares; pero los más sucumben sin ver cumplidas sus esperanzas. Miles de emigrantes mueren ya en las bodegas abarrotadas de los barcos, barridos por las enfermedades, sin haber divisado la orilla del Nuevo Mundo. Miles y miles más caen, no segados ciertamente por el acero turco, pero sí arruinados física y moralmente, despojados por truhanes y engañadores de cuanto poseían, en las esquinas o en los asilos obreros de la Unión; y miles de hombres, obligados a entregar sus brazos a la burguesía americana para poder vivir, se ven explotados tanto y aun más que si estuviesen en Europa, y cuando las fuerzas se les acaban tienen que dar gracias, exactamente lo mismo que en Europa, si los dejan morir en un hospital o en un asilo obrero. ¡Cuán pocos son los que consiguen cimentar una existencia para sí y sus familias! Los buenos alemanes, a quienes hay que reconocer que su libre y unida Alemania, con sus treinta y cuatro príncipes y principillos soberanos, no ofrece gran aliciente, están atravesando por una verdadera borrachera de emigración, y lo malo es que, de todos los emigrantes, ningunos se ven tan estafados, tan tirados por los rincones, tan explotados *y* maltratados como los alemanes.

En las ciudades de Alemania, Holanda y Bélgica, en Londres y Nueva York, en todos los lugares del mundo donde embarcan o desembarcan emigrantes alemanes, se ha formado una clase especial de hombres que tienen por profesión estafar a esas pobres gentes, las más inexpertas del mundo. Los ingleses llaman a esa casta de hombres "tiburones de tierra" *(land sharks),* nombre muy adecuado, pues devoran con la misma codicia el cruzado del pobre que el ducado de quien tiene un poco más de fortuna. Tan pronto como llegan aquí, a Londres, emigrantes alemanes, se .ven rodeados por estos pájaros, acompañados a ciertas moradas, y ya no les dejan de la mano mientras tengan algo que perder. Los más afortunados son los que han pagado por adelantado el `pasaje,

pues esos llegan por lo menos a las costas de América; los demás tienen que quedarse por el camino, y a la postre, la necesidad los obliga a desnudar a los compatriotas que vienen detrás de ellos, lo mismo que a ellos los desnudaron. ¿Pero es que la policía no interviene?, se preguntará el lector, maravillado. La respuesta no puede ser más sencilla: la ley inglesa tiene por principio que "donde no hay demandante, no hay tampoco juez". Y como los pobres alemanes no entienden el idioma ni saben orientarse por esta ciudad gigantesca, como nadie se preocupa de ellos, raro es el caso en que consiguen dar con las personas que los estafaron para entregarlos a los tribunales. Los tiburones de tierra no tienen más que saltar de tugurio en tugurio y recatarse, aguardando a que se haga a la mar el barco que lleva sus víctimas; luego, pueden salir de nuevo a la calle y reanudar el negocio. Pero, aun supuesto el caso de que el emigrante consiga entregar uno de esos pájaros a la policía, no habrá salido ganando nada; el ladrón es enviado, sin duda, a la prisión, pero lo robado no aparece, y antes de que el proceso se abra, el barco parte y la víctima del robo con él; y no presentándose nadie a mantener la querella, el tiburón de tierra queda en libertad. Y lo mismo que en Londres, les pasa a miles de emigrantes en El Havre, en Amberes, en Rotterdam, etc., y los afortunados que logran desembarcar con algo todavía en Nueva York, caen allí en las garras de los tiburones americanos. Nos han contado infamias increíbles cometidas con emigrantes alemanes, y en los números siguientes de nuestra revista diremos algunas, para que sirvan de aviso a todos los emigrantes. Y rogamos a nuestros amigos de los barrios del puerto que comuniquen a esta redacción todos los abusos y estafas, cometidos contra los emigrantes, de que tengan noticia.

Muchos alemanes se preguntarán: De todos nuestros embajadores y cónsules de Londres, ¿ninguno se ha ocupado de los emigrantes?

Los ingleses y los franceses, por dondequiera que vayan, sean viajeros o emigrantes, encuentran protección, consejo y ayuda en los cónsules y embajadores de su país; no así los alemanes, sobre todo si son proletarios; en cuanto salen de las fronteras de la Confederación que los tiene por súbditos, en cuanto abandonan el suelo alemán, ningún embajador o cónsul de su país se cuida de ellos. Los embajadores y cónsules alemanes en Inglaterra, a quienes el pueblo alemán paga sueldos de cientos de miles todos los años, tienen otras cosas de que ocuparse. El piadoso Bunsen [69]69 se dedica a fundar asociaciones juveniles y sociedades evangélicas para inmunizar a los proletarios contra el veneno del ateísmo y el comunismo y enchiquerarlos en el gran establo del Estado "cristiano-germano"; los demás envían de vez en cuando a las asociaciones obreras algún que otro espía y se dedican a divertirse.

¡Quién se preocupa de proletarios, y sobre todo de proletarios que aspiran a ser republicanos!

69- El barón de Bunsen (1792-1860), embajador prusiano en Londres desde 1845, era un celoso propagandista de las "misiones interiores". En una de las alocuciones de la Liga de los Justicieros, la de noviembre de 1846 (V. supra, pág. 363), se habla de la labor desarrollada por Bunsen en este terreno y de las asociaciones de artesanos y jóvenes cristianos, fundadas en Londres bajo sus auspicios, a semejanza de las que también existían en Berlín, Hamburgo, Stuttgart, Basilea y París.

Y a propósito, camaradas, ¿qué tal estaría si un buen día, en vez de emigrar a la remota república de Norteamérica, dejándoos desnudar y explotar en el viaje, apretaseis un poco vuestras filas, pusieseis término a ese absurdo "cristiano-germano" y enviaseis a vuestros príncipes paternales y bondadosos a hacer un viaje bajo cielos más suaves (a Texas, por ejemplo, o al Africa central, adonde tan de buena gana quieren expediros los píos hermanos), o a un clima más adecuado para su constitución *(a* Rusia, pongamos por caso), y *os* decidieseis a instituir en Alemania una república en la que todo el que quisiera trabajar encontrara medios de vida? ¿Eh, qué decís a eso? Nos parece que bien valdría la pena de intentarlo; se ahorraría mucho tiempo y dinero, y podéis estar seguros de que costaría diez veces menos víctimas que las que siembran la ruta de los emigrantes hacia el Nuevo Mundo.
¡Proletarios, pensad alguna vez en esto!

Revista política y social

En los números siguientes daremos un breve resumen de los acontecimientos políticos y sociales de todos los países, enfocados desde el punto de vista comunista; hoy, el escaso espacio de que disponemos sólo nos permite apuntar algunos de los sucesos más notables de la actualidad.

Portugal. Una reina perjura [70] es restaurada a la fuerza por los ingleses, franceses y españoles en el trono de que la arrojara la general y justa cólera del pueblo portugués. Los proletarios de las ciudades empiezan a abrir los ojos y forman asociaciones republicanas y comunistas.

España. Grandes escándalos en la corte. Isabel [71] , la joven reina a quien el viejo mercader de almas [72] de París impuso por marido un ser impotente, busca consuelo en amantes más viriles, y como sus ministros no le consienten esos devaneos, amenaza con abdicar. Las arcas públicas están vacías, el país plagado de bandas de salteadores y el comercio y los negocios paralizados. ¿Hasta cuándo se dejará maltratar el pueblo español?

Francia. El sistema de Luis Felipe está en las últimas y extiende por toda Francia, al descomponerse, un hedor pestilencial. Ladrones, salteadores y asesinos manipulan sin recatarse casi, y entre la clase gobernante el honor y la justicia son ya palabras vanas [73]. — Los republicanos y comunistas, fusil al brazo, contemplan impasibles el espectáculo. Cuando el paciente exhale el último suspiro enterrarán el cadáver, y como primer remedio para purificar el aire proclamarán la república.

Alemania. El Gran Duque de Hessen [74] prohíbe a los proletarios el matrimonio. No nos preocupa, pues sabemos procrear y multiplicarnos sin la bendición del cura. —

70- María II da Gloria, que subió al trono en 1834 y fue restaurada en él en 1847.
71- Isabel II
72- Luis Felipe, rey de Francia.
73- Alude a la larga serie de escándalos que en 1847 se produjeron en la alta sociedad de Francia.
74- Luis II de Hessen-Darmstadt.

Lola Montes [75] sigue abofeteando a los leales súbditos bávaros; ¡que les aproveche!— Federico Guillermo el Gordo, Señor de Berlín [76], hace decretos sobre los bigotes y manda condenar a los nobles polacos que quieren emancipar a su desdichada patria [77]. —La burguesía prusiana sigue avanzando lentamente y Federico el Gordo, con toda su Real Casa, acabará sirviendo, además de al señor, a los amos del dinero. — Fernando de Viena cuenta los cristales de su palacio [78], y Metternich se relame barruntando sangre.— Los demás príncipes patriarcales de Alemania emprenden viajes de recreo, y el pueblo alemán... muerde el pañuelo para matar el hambre.

Bélgica y Holanda. Se dice que los reyes de Holanda y Bélgica encuentran demasiado gravoso el peso de sus coronas y que tienen el propósito de abdicar y salir a viajar. *Bon voyage.*

Gran Bretaña. El plan agrario del conocido carlista Feargus O'Connor [79]**79** produce gran sensación, y la acogida que encuentra demuestra que el pueblo aspira seriamente a emancipar la tierra.

Desgraciadamente, el plan de O'Connor descansa en el reparto y no en la comunidad de bienes. Más detalles acerca de esto en nuestro próximo número. —Las elecciones para el nuevo Parlamento han terminado, habiendo salido elegidos algunos hombres de valer.— La reina y el príncipe Alberto se dedican a hacer viajes de recreo, mientras los proletarios suspiran en la miseria más espantosa. *Tout comme chez nous.*

Países escandinavos. En Suecia, la doctrina comunista encuentra buena acogida en el pueblo. Como en todas partes, los más rabiosos enemigos del comunismo son aquí los sacerdotes. La igualdad de esos señores no es de este mundo. Pero vuestros esfuerzos, negros oscurantistas, son en vano, no os molestéis.

Suiza. Los jesuítas y sus leales arman un ruido espantoso; Metternich Ies envía pertrechos de guerra, y actualmente se dedican a aniquilar a todos los radicales .. . con el pico; pero en cuanto las tropas federales avancen, lo que confiamos que no se hará esperar, es muy probable que los señores de la Sonderbund [80] corran a refugiarse en sus casas.

Italia. El Papa Pío IX ha levantado la bandera de la libertad y del progreso y el pueblo italiano se ha congregado junto a él con verdadero entusiasmo. El sangriento Metternich, descontento de esto, quiso organizar en el Estado eclesiástico una segunda edición de las matanzas de Galitzia; en vista de que no lo consiguió, parece que se dispone a emplear la fuerza para que en Italia siga todo bonitamente en las tinieblas. Se dice que el Papa ha declarado que si Metternich le atacaba, saltaría sobre un caballo y saldría al encuentro de los mercenarios austríacos a la cabeza de su pueblo. ¡Bravo! Esta vez puede que el astuto Metternich se haya equivocado.

Hungría. También aquí, en el país más libre de la monarquía austríaca, se siembra la

75- Bailarina española, amante del anciano rey de Baviera Luis I, Federico
76- Guillermo IV.
77- Alude a las consecuencias de la insurrección polaca de 1846.
78- Fernando I de Austria, demente y muy enfermo.
79- V. supra, pág. 223.
80- Los cantones separatistas, acaudillados por los católicos.

simiente del comunismo y cae en tierra fructífera. Dónde y cómo no se lo descubriremos por ahora al señor de Metternich.

Polonia. En Lemberg (Galitzia), dos grandes hombres, Teófilo Wisniowsky y José Kapuscinsky, han sufrido la muerte de los mártires. Murieron como dos héroes, gritando: "¡Viva Polonia!" y "¡Hombres, aprended de nosotros cómo se muere por una causa justa!" Camino del cadalso, el pueblo les arrojaba por todas partes coronas de flores. — ¡Todavía no está perdida la causa de Polonia! [81].

Rusia. Los bravos circasianos han vuelto a infligir a los rusos varias derrotas de importancia. — Pueblos, aprended ahí todo lo que son capaces de hacer hombres que quieren ser libres.

Turquía. El sultán ha abolido la esclavitud y rinde culto al progreso. ¡Mírate en este espejo, tú, que sólo quieres servir al señor con toda tu casa [82] ; estás hasta por debajo de los turcos!

Grecia. El bávaro Otto [83] ha declarado a sus fieles estamentos que se ve en la más repugnante penuria de dinero y que nadie quiere prestarle nada. ¡Oh, Rothschild, apiádate de él!

Norteamérica. Los norteamericanos siguen liados en guerra con los mexicanos. Hay que esperar que se adueñen de la mayor parte del territorio mexicano y sepan utilizar mejor el país de lo que éstos lo han hecho [84] . La Liga para la emancipación de la tierra, la Joven América, cuenta cada día con nuevos afiliados [85].

III

ESTATUTOS DE LA LIGA COMUNISTA [86]

¡Proletarios de todos los países, unios!

Sección I.—La liga

Art. 1. La finalidad de la Liga es el derrocamiento de la burguesía, la instauración del régimen del proletariado, la abolición de la vieja sociedad burguesa, basada en los

81- En febrero de 1846 estalló en Galitzia una insurrección de los nacionalistas polacos, lamentablemente fracasada; el 31 de julio de 1847 fueron ejecutados brutalmente en Lemberg por el verdugo austríaco los dos insurrectos mencionados más arriba.

82- Alusión a Federico Guillermo IV de Prusia.

83- Otón I de Grecia.

84- La guerra de los Estados Unidos contra México estalló por la anexión de Texas. Terminó con la paz de Guadalupe-Hidalgo, el 2 de febrero de 1848, por la que los Estados Unidos —abonando una indemnización de 18 millones de dólares— obtenían, además de Texas, una faja de tierra bastante extensa que iba desde el noroeste de Texas hasta el Océano Pacífico.

85- En 1847, Engels aprobaba expresamente la inteligencia entre los comunistas norteamericanos y los reformadores agrarios, ya que éstos "volvían la Constitución democrática contra la burguesía y pretendían utilizarla en interés del proletariado". (Véase Principios de comunismo, respuesta a pregunta 25.)

86-Tomados de la obra de Grünberg, Die Londoner Kommunistische Z.eitschrift (Léipzig, 1921), págs. 86 ss.

antagonismos de clase, y la creación de una sociedad nueva, sin clases ni propiedad privada.

Art. 2. Las condiciones para ser miembro de la Liga son:

a) vida y actuación en consonancia con el fin propuesto;

b) energía revolucionaria y celo para la propaganda de estas ideas;

c) profesión del credo comunista;

d) los miembros de la Liga no podrán pertenecer a nin- ‘ guna sociedad anticomunista **86** , política o nacional, y deberán dar cuenta de su pertenencia a cualesquiera sociedades a las autoridades competentes de la Liga;

e) deberán someterse a las decisiones de la Liga; ’

f) guardar sigilo en cuanto concierna al régimen interno de la Liga, y

g) ser admitidos unánimemente en una Comuna.

Quienes dejen de ajustarse a estas condiciones serán expulsados. (V. *infra,* sec. VIII.)

Art. 3. Todos los miembros de la Liga son iguales y hermanos, y como tales están obligados a prestarse mutua ayuda siempre que la necesiten.

Art. 4. Todos los miembros de la Liga se asignarán un nombre especial dentro de la organización.

Art. 5. La Liga está organizada por Comunas, Círculos, Círculos directivos, Comité central y Congresos.

Sección II.—La comuna

Art. 6. La Comuna no deberá constar de menos de tres ni de más de veinte miembros.

Art. 7. Cada Comuna elegirá un presidente y un adjunto. El presidente dirigirá los debates, y el adjunto se hará cargo de la caja y contabilidad y sustituirá al presidente en sus ausencias.

Art. 8. Todo nuevo miembro deberá ser inscrito por el presidente y el proponente, una vez que la Comuna haya votado su admisión.

Art. 9. Las comunas no deberán conocerse unas a otras ni mantener correspondencia entre sí.

Art. 10. Cada Comuna adoptará un nombre distintivo.

Art. 11. Todo miembro que cambie de residencia deberá informar previamente al presidente de su Comuna.

Sección III.—El círculo

Art. 12. El Círculo no deberá constar de menos de dos ni de más de diez comunas.

Art. 13. Los presidentes y adjuntos de las comunas formarán el comité de Círculo. Este elegirá de su seno un presidente. El Círculo mantendrá correspondencia con sus comunas y con el Círculo directivo.

Art. 14. Al comité de Círculo corresponde el poder ejecutivo de las comunas que lo integran.

Art. 15. Las comunas aisladas deberán afiliarse a un Círculo ya existente o ponerse en contacto con otras comunas aisladas para formar un nuevo Círculo.

Sección IV.—El círculo directivo

Art. 16. Los círculos de un país o de una provincia están todos sometidos a un Círculo directivo.

Art. 17. La clasificación de los círculos de la Liga por provincias y el nombramiento del Círculo directivo serán de competencia del Congreso, a propuesta del Comité central.

Art. 18. Al Círculo directivo corresponde el poder ejecutivo sobre todos los círculos de su provincia. Mantiene correspondencia con estos círculos y con el Comité central.

Art. 19. Los círculos de nueva formación deberán afiliarse al Círculo directivo más próximo.

Art. 20. Provisionalmente, los círculos directivos son responsables ante el -Comité central y en última instancia ante el Congreso.

Sección V.—El comité central

Art. 21. Al Comité central corresponde el poder ejecutivo sobre toda la Liga y deberá como tal rendir cuentas al Congreso.

Art. 22. Lo compondrán cinco miembros por lo menos, elegidos entre los comités del Círculo del lugar donde se haya convocado el Congreso.

Art. 23. El Comité central mantiene correspondencia con los círculos directivos y presentará cada tres meses una memoria sobre la situación general de la Liga.

Sección VI.—Preceptos generales

Art. 24. Las comunas, los comités de Círculo y el Comité central deberán reunirse por lo menos una vez cada dos semanas.

Art. 25. Los miembros de los comités de Círculo y del Comité central son elegidos por un año, admitiéndose la reelección y pudiendo ser removidos en todo momento por sus electores.

Art. 26. Las elecciones se celebrarán en el mes de septiembre.

Art. 27. Los comités de Círculo deberán encauzar las discusiones de las comunas en consonancia con los fines de la Liga. ... .

Si el Comité central entiende que es de ínteres general la discusión de ciertas cuestiones, deberá plantearlas, a toda la Liga.

Art. 28. Los miembros deberán mantener correspondencia individualmente, una vez por lo menos cada tres meses, y las comunas una vez por lo menos al mes, con los comités de sus círculos respectivos.

Cada Círculo deberá mantener correspondencia una vez al menos cada dos meses con su Círculo directivo, y cada Círculo directivo enviará un informe al Comité central una vez, por lo menos, al trimestre.

Art. 29. Incumbe a todas las autoridades de la Liga, bajo su propia responsabilidad

y siempre dentro de los límites impuestos por los estatutos, adoptar cuantas medidas sean necesarias para la salvaguardia y eficaz actuación de la Liga. Acerca de estas materias deberá informar con la mayor prontitud ante las autoridades superiores de la organización.

Sección VII—El congreso

Art. 30. Al Congreso corresponde el poder legislativo dentro de la Liga. Toda propuesta de modificación de los estatutos deberá ser elevada al Comité central por los círculos directivos, para ser sometida al Congreso.

Art. 31. Cada Círculo enviará al Congreso sus delegados.

Art. 32. Los círculos compuestos por menos de 30 miembros deberán enviar un delegado; los de menos de 60 miembros, dos delegados; los de menos de 90, tres. Los círculos pueden otorgar su representación a afiliados a la Liga que no residan en su localidad.

En este caso deberán darles instrucciones muy precisas.

Art. 33. El Congreso deberá reunirse todos los años en el mes de agosto. En casos de gran urgencia, el Comité central podrá convocar un Congreso extraordinario.

Art. 34. El Congreso decidirá el lugar en que el Comité central deba establecer su residencia durante el año siguiente. Asimismo decidirá el lugar en que haya de reunirse el Congreso próximo.

Art. 35. El Comité central no tiene en el Congreso voto decisorio.

Art. 36. Al final de cada una de sus reuniones, el Congreso redactará una circular y dirigirá un manifiesto a la opinión en nombre del partido.

Sección VIII —Faltas contra la liga

Art. 37. Toda infracción de las condiciones exigidas para ser socio (art. 2) irá seguida, según las circunstancias, de suspensión o expulsión.

Los miembros expulsados no podrán volver a ingresar en la Liga.

Art. 38. Las expulsiones son de la exclusiva competencia del Congreso.

Art. 39. Los miembros pueden ser suspendidos por el Círculo o por la Comuna a que pertenezcan, pero informando de ello inmediatamente a las autoridades superiores y reservándose al Congreso la decisión final.

Art. 40. Los miembros suspendidos pueden ser rehabilitados por el Comité central a instancia del Círculo a que pertenezcan.

Art. 41. Todo acto contrario *a* la Liga cae bajo la jurisdicción de las autoridades del Círculo, a cuyo cargo corre también la ejecución del fallo recaído.

Art. 42. Los miembros expulsados o suspendidos, así como las personas sobre quienes recaigan sospechas, deberán ser vigilados y neutralizados para la salvaguardia de la Liga. Todas sus maquinaciones serán puestas inmediatamente en conocimiento de la Comuna a la que afecten.

Sección IX.—Régimen financiero

Art. 43. El Congreso decidirá la cuota mínima con que deba contribuir todo miembro de la Liga.

Art. 44. La mitad de estas aportaciones ingresará en la caja del Comité central. La otra mitad alimentará los fondos del Círculo o de la Comuna.

Art. 45. Los fondos que afluyan al Comité central deberán aplicarse a los siguientes fines:

1o. a sufragar los gastos de correspondencia y administración;

2o. a costear los impresos y toda la propaganda puesta en circulación;

3o. a subvencionar los viajes de emisarios nombrados por el Comité central para ejecutar misiones especiales.

Art. 46. Los fondos de los comités locales deberán invertirse en lo siguiente:

1o. en sufragar los gastos de correspondencia;

2° en costear los impresos y toda la propaganda puesta en circulación;

3o. en subvencionar los viajes de emisarios especiales.

Art. 47. Las comunas y los círculos que dejen de enviar sus cuotas al Comité central por espacio de seis meses serán suspendidos por éste.

Art. 48. Los comités de Círculo enviarán a sus comunas, cada tres meses por lo menos, una cuenta de ingresos y de gastos. El Comité central rendirá cuentas al Congreso, exponiéndole los gastos de administración y la situación financiera de la Liga. Toda malversación de fondos pertenecientes a la Liga será severamente castigada.

Art. 49. Los gastos extraordinarios *y las* atenciones de los congresos serán cubiertos mediante contribuciones especiales.

Sección X.—Admisión de nuevos miembros

Art. 50. El presidente de la Comuna leerá y explicará a cuantos soliciten el ingreso los artículos 1 a 49 de estos estatutos, y haciendo resaltar muy especialmente en una breve alocución las responsabilidades que todo miembro de la Liga asume. Después de esto, preguntará al aspirante: "¿Te mantienes en tu deseo de ingresar en la Liga?" Si la respuesta es afirmativa, le intimará por su honor a cumplir con sus deberes de miembro, le proclamará miembro de la Liga y le introducirá en la primera reunión de la Comuna.

Londres, 8 de diciembre de 1847.

En nombre del segundo congreso, celebrado en otoño de 1847.

El secretario: El presidente:

firm. Engels. firm. Carlos Schapper.

IV
PRINCIPIOS DE COMUNISMO

(proyecto de profesión de fe comunista)

por Federico Engels.

Los Principios de comunismo, *de Engels, no fueron publicados por vez primera hasta 1913. E. Bernstein, depositario de los papeles postumos del autor, los dio a la luz en esa fecha con el título con que hoy son generalmente conocidos y que, según el editor, les diera el propio Engels. En una carta de éste a Marx, denomina su proyecto "profesión de fe comunista". En la introducción dejamos indicadas las condiciones en que fueron escritos y la finalidad que perseguían.*

Pregunta 1: *¿Qué es comunismo?*

Respuesta: Comunismo es la doctrina que enseña las condiciones para la emancipación del proletariado [87].

Pregunta 2: *¿Qué es el proletariado?*

Respuesta: El proletariado es aquella clase de la sociedad que no tiene más medio de vida que el que le suministra su trabajo *y* que no obtiene ganancia de ningún capital, aquella clase cuyo bienestar y cuya angustia, cuya vida y cuya muerte, cuya existencia toda depende de la demanda de trabajo, es decir, de la coyuntura buena o mala del mercado, de las oscilaciones de una desenfrenada concurrencia [88]. El proletariado o la clase proletaria es, en una palabra, la clase obrera del siglo XIX [89].

Pregunta 3: *¿No siempre ha habido, pues, proletarios?*

Respuesta: No. Clases pobres y trabajadoras las ha habido siempre [90], y casi siempre

---

87- En esta definición de la palabra "comunismo" se revela el progreso del comunismo utópico al comunismo científico. El comunismo no es ya la invención de un nuevo sistema para hacer feliz a la sociedad; de lo que se trata es de emancipar a la clase proletaria y de las condiciones que presiden esa emancipación: la lucha de clases. En un artículo titulado " Los comunistas y Carlos Heinze" , publicado en la Gaceta Alemana de Bruselas el 3 de octubre de 1847, Engels se expresaba así: " El comunismo, en cuanto teoría, es la expresión teórica de la posición que ocupa el proletariado en su lucha de clases con la burguesía y la síntesis teórica de las condiciones de emancipación del proletariado" (publicado por Riazanof en el Kampf de Viena, 1, 12, 1914, pág. 5 17).

88- Como es sabido, la terminología marxista definitiva emplea aquí el término "fuerza de trabajo", en cuyo sentido debe interpretarse, en este pasaje y otros análogos, la locución de "trabajo". Cfr. La introducción de Engels a la obra de Marx, El trabajo asalariado y el capital, y nota de Riazanof, supra, págs. 146 s.

89- Engels enfoca aquí el capitalismo en el régimen de libre concurrencia, que es su primera fase. En estos últimos años, el desarrollo del capitalismo, bajo la acción del monopolio (extensión de los cárteles, consorcios, trusts, dominio del capital financiero, etc.), ha venido, indudablemente, a poner un freno a la concurrencia ilimitada. Con ello no ha hecho más que agudizar más todavía la concurrencia sentada entre las potencias "nacionales" monopolizadoras que actúan sobre el campo de la economía mundial. En lo que tiene de sombrío para el proletariado, la "concurrencia desenfrenada" no ha disminuido

90- Es decir, de los tiempos modernos

también las clases trabajadoras han sido pobres. Pero pobres como éstos, obreros como éstos, reducidos a las condiciones de vida que quedan indicadas, es decir, proletarios, no han existido siempre, del mismo modo que la concurrencia no ha sido siempre libre y desenfrenada.

Pregunta 4: *¿Cómo nació el proletariado?*

Respuesta: El proletariado nació de la revolución industrial que se produjo en Inglaterra en la segunda mitad del siglo XVIII, y que desde entonces se ha repetido en todos los países civilizados del mundo. Esta revolución industrial fue provocada por la invención de la máquina de vapor, las diversas máquinas de hilar, el telar mecánico y toda una serie de máquinas nuevas. Estas máquinas, que eran muy caras y que, por tanto, sólo los grandes capitalistas podían adquirir, transformaron todo el régimen anterior de producción y desplazaron a los obreros ocupados en ella, toda vez que las máquinas suministraban mercancías mejores y más baratas que los obreros con sus viejos tornos de hilar y sus viejos telares. De este modo, las nuevas máquinas pusieron toda la industria en manos de los grandes capitalistas y privaron de todo valor a la escasa propiedad de los obreros (herramientas, telares, etc.), hasta que los capitalistas se fueron quedando con todo y los obreros despojados de cuanto tenían. De este modo se implantó el sistema fabril para la producción de telas de vestido. Impulsada la implantación del sistema fabril por la maquinaria, este sistema no tardó en ser trasplantado a las demás ramas industriales, *y* principalmente a la estampación de telas e impresión de libros, a la alfarería y a la industria metalúrgica. El trabajo fué dividiéndose más y más entre los obreros, y obreros que antes fabricaban un objeto entero veíanse ahora reducidos a trabajar en una pieza sola de él. Esta división del trabajo permitía entregar los productos más rápidamente y, por tanto, más baratos. Concretaba la actividad de cada obrero en un movimiento mecánico muy sencillo, que había de repetir constantemente y que podía ser no sólo suplido, sino mejorado por una máquina. De este modo, todas estas ramas industriales fueron cayendo una tras otra bajo la acción de la fuerza de vapor, de la maquinaria y del sistema fabril, ni más ni menos que las ramas de hilados y tejidos. Con ello caían a la vez íntegramente en manos de los grandes capitalistas, y los obreros veíanse despojados así de los últimos residuos de independencia que les quedaban. Poco a poco, también los oficios manuales, con la excepción de las verdaderas manufacturas, fueron cayendo bajo la acción del sistema fabril, al venir los grandes capitalistas a desplazar progresivamente a los pequeños maestros con sus instalaciones de grandes talleres, que permiten ahorrar no pocos gastos y dividir el trabajo en gran escala. Y así hemos venido a parar a la situación actual, en que casi todas las ramas del trabajo de los países civilizados se explotan fabrilmente y en que apenas hay ninguna donde la gran industria no haya desplazado a la manufactura y al oficio manual. Por eso la clase media de hoy, y principalmente la de los pequeños maestros artesanos, está cada vez más arruinada y la antigua situación de los obreros se ve totalmente subvertida para dejar paso a dos clases nuevas, que van absorbiendo poco a poco a todas las demás.

Una es la clase de los grandes capitalistas, dueña ya casi exclusiva hoy en todos los países civilizados de la totalidad de los medios de vida y de las materias primas e

instrumentos (máquinas, fábricas) necesarios para su producción. Esta clase es la de los burgueses, la burguesía.

Otra es la clase de los que no poseen nada y no tienen más recurso que vender al burgués su trabajo, para obtener de este modo los medios de que necesitan para subsistir. Esta clase es la que llamamos la clase de los proletarios o proletariado.

Pregunta 5: *¿Bajo qué condiciones se realiza esta venta del trabajo de los proletarios a la burguesía?*

Respuesta: El trabajo es una mercancía como otra cualquiera y su precio obedece, por tanto, estrictamente a las mismas leyes que el de toda otra mercancía. Ahora bien, bajo el régimen de la gran industria o de la libre concurrencia, que, como veremos, significan lo mismo, el precio de una mercancía equivale, por término medio, al de su coste de producción. El precio del trabajo equivale, por tanto, al coste de producción del trabajo. Y el coste de producción de éste consiste exactamente en la cantidad de víveres necesarios para mantener al obrero en condiciones de trabajar y no dejar que la clase obrera se extinga. Por tanto, el obrero no percibirá nunca por su trabajo más de lo estrictamente necesario para ese fin. El precio del trabajo, o sea el salario, representará siempre, por tanto, el mínimo, lo menos que sea necesario para sostener la vida del obrero [91]. Pero como la coyuntura del mercado es unas veces peor y otras mejor, percibirá unas veces más y otras menos, exactamente lo mismo que el fabricante obtiene por sus mercancías, según los casos, un precio más alto o más bajo que el que representa el coste de producción. Sin embargo, del mismo modo que el fabricante, sacando la media de los tiempos buenos y los malos, no obtiene por su mercancía ni más ni menos que lo que representa el coste de producción [92], el obrero no percibe tampoco, por término medio, más ni menos del mínimo indispensable para vivir. Y esta ley económica del salario se impone con tanto mayor rigor cuanto mayor es la extensión en que la gran industria se va adueñando de todas las ramas de trabajo.

Pregunta 6: *¿Qué clases trabajadoras existían antes de la revolución industrial?*

Respuesta: Las clases trabajadoras vivían bajo diferentes condiciones y ocupaban una posición diferente respecto a las clases poseedoras dominantes, según las diferentes etapas de progreso de la sociedad. En la antigüedad, los trabajadores eran esclavos de la clase poseedora, como lo siguen siendo todavía (1847) en muchos países retrógrados y hasta en los estados del Sur de Norteamérica [93]. En la Edad Media eran siervos de la gleba de la nobleza territorial, como siguen siéndolo todavía en Hungría, Polonia y Rusia **95**. En la Edad Media y hasta la revolución industrial existían además, en las ciudades, oficiales artesanos que trabajaban al servicio de maestros pequeñoburgueses, y poco

91- Confróntense con éstas las ideas expuestas por Marx en su obra Salario, precio y ganada (Lohn, Preis und Profif), pág. 43, y sotare todo pág. 62, acerca del elemento histórico o social que influye en el valor del trabajo. V. supra, págs. 146 s.

92- Según la teoría marxista del valor, debería decir: que el valor acumulado en la mercancía, o sea el valor primitivo de los medios de producción consumidos o desgastados y que la mercancía absorbe, más el nuevo valor que el obrero incorpora a ella con su trabajo.

93- En 1862 fue decretada la abolición de la esclavitud en todo el territorio de los Estados Unidos, haciéndose extensiva también a los del Sur en el año 1865, gracias al triunfo olbtenido por los del Norte en la guerra de secesión.

a poco, al desarrollarse la manufactura, fueron surgiendo también obreros manuales, empleados por capitalistas ya más poderosos.

Pregunta 7: *¿En qué se distingue el proletario del esclavo?*

Respuesta: El esclavo se vende de una vez y en su totalidad. El proletario tiene que venderse por días y por horas. El esclavo es propiedad de su señor, y el interés de éste le garantiza ya una existencia segura, por mísera que ella sea. El proletario, propiedad, por decirlo así, de toda la clase burguesa, a quien sólo se compra su trabajo cuando alguien lo necesita, no goza de existencia segura. La única que está asegurada es la existencia de la clase obrera en bloque. El esclavo no cae bajo la concurrencia; el proletario está sujeto a ella y experimenta en su persona todas sus oscilaciones. El esclavo es considerado como un objeto y no como un miembro de la sociedad burguesa; al proletario se le reconoce la condición de persona, de miembro de la sociedad burguesa. Puede, pues, ocurrir que el esclavo lleve una existencia mejor que el proletario, pero éste vive una fase más alta de progreso de la sociedad y ocupa también, personalmente, una posición más elevada que la del esclavo. El esclavo se emancipa rompiendo el vínculo de la esclavitud, sin atentar para nada a las demás condiciones de la propiedad privada, convirtiéndose con ella de esclavo en proletario; el proletario sólo puede emanciparse aboliendo la propiedad privada en general.

Pregunta 8: *¿En qué se distingue el proletario del siervo de la gleba?*

Respuesta: El siervo de la gleba obtiene la posesión y el disfrute de un instrumento de producción, un pedazo de tierra, entregando a cambio una parte del fruto o prestando trabajo para otro. El proletario trabaja con instrumentos de producción de otro, por cuenta de éste y percibiendo a cambio una parte del rendimiento de su trabajo. El siervo de la gleba da; el proletario recibe. El siervo de la gleba tiene su existencia asegurada; el proletario no. El siervo de la gleba no se halla bajo la acción de la concurrencia; el proletario sí. El siervo de la gleba se emancipa emigrando a la ciudad para conver- tirse en artesano o entregando al dueño de la tierra dinero en vez de trabajo y frutos, con lo cual se convierte en colono libre, o arrojando de la finca al señor feudal y erigiéndose él en propietario; en una palabra, consiguiendo entrar en la clase poseedora y bajo la acción de la concurrencia. El proletario se emancipa aboliendo la concurrencia, la propiedad privada y todas las diferencias de clase.

Pregunta 9: *¿En qué se distingue el proletario del artesano?*

Respuesta: [94].

Pregunta 10: *¿En qué se distingue el proletario del obrero de la manufactura?*

Respuesta: El obrero de la manufactura de los siglos XVI, XVII y XVIII conservaba casi siempre un instrumento de producción de su propiedad: su telar, su tomo de hilar, una pequeña tierra que podía trabajar en las horas libres. El proletario no tiene nada de esto. El obrero de la manufactura vive casi siempre en el campo, conviviendo en condiciones más o menos patriarcales con el patrono para quien trabaja; el proletaria vive, por lo común, en las grandes ciudades y no mantiene con su patrono más que una relación puramente pecuniaria. El obrero de la manufactura es arrancado por la gran

94 Falta*

industria al régimen patriarcal en que vive, pierde la propiedad que aún conservaba y se convierte de este modo en proletario.

Pregunta 11: *¿Cuáles fueron las consecuencias inmediatas de la revolución industrial y de la división de la sociedad en burgueses y proletarios?*

Respuesta: En primer término, el abaratamiento de los precios de los productos industriales destruyó en todos los países del mundo civilizado, al implantarse el trabajo mecánico, el antiguo sistema de la manufactura o industria basada en el trabajo manual. . Esto sacó violentamente de su aislamiento a todos los pueblos semibárbaros, que hasta entonces habían permanecido más o menos al margen del progreso histórico y cuya industria venía funcionando sobre la manufactura. No tuvieron más remedio que comprar las mercancías más baratas de los ingleses y dejar perecer a sus propios obreros manuales. Países como la India, que llevaban ya miles de años sin experimentar el menor progreso, atraviesan de pronto por una verdadera revolución, y hasta la China va navegando hacia una conmoción revolucionaria. La situación es tal, que la invención de una nueva máquina en Inglaterra puede dejar sin pan, antes de un año, a millones de obreros chinos. De este modo, la gran industria ha unido en una red a todos los pueblos de la tierra, fundiendo en un mercado mundial todos los pequeños mercados locales, abriendo paso por todas partes a la civilización y al progreso y haciendo que cuanto ocurre en los países civilizados influya necesariamente sobre los demás países, de tal modo, que si hoy [95] se emancipasen en Inglaterra o Francia los trabajadores, esto provocaría por fuerza la revolución en los demás países, determinando, más tarde o más temprano, la emancipación de sus propios obreros.

En segundo lugar, dondequiera que la gran industria desplaza a la manufactura, la burguesía ve crecer extraordinariamente su riqueza y su poder y se convierte en la clase dominante dentro del país. He ahí por qué en todos los países en que eso acontece la burguesía se adueña del Poder político, arrollando a las antiguas clases dominantes: la aristocracia, los gremios y la monarquía absoluta, representación de ambos. La burguesía destruye el poder de la aristocracia, aboliendo los mayorazgos, o sea las trabas puestas a la libre enajenación de la propiedad territorial, y los demás privilegios de la nobleza. Aniquila el poder de los gremios, arrollando todas sus organizaciones y los privilegios del artesanado. Sobre sus ruinas levanta la libre concurrencia, es decir, un régimen social en que todo individuo tiene derecho a explotar la rama industrial que se le antoje, sin que nada pueda impedírselo, más que la falta del capital necesario para ello. La implantación de la libre concurrencia equivale, por tanto, a proclamar públicamente que, a partir de ahora, no se admite entre los miembros de la sociedad más desigualdad que la de sus capitales; equivale a proclamar que el capital es la potencia decisiva, y por tanto, los capitalistas, los burgueses, la clase dominante de la sociedad. Pero en los orígenes de la gran industria, la libre concurrencia es necesaria, como el único régimen social en que aquélla puede surgir. La burguesía, después de poner fin de este modo al poder social de la nobleza y de los gremios, destruye también su poder político. Y del mismo modo que se ha instaurado en la sociedad como

95- 1847

clase dominante, se proclama ahora clase dominante en el terreno político. Y lo hace implantando el sistema representativo basado en la igualdad burguesa ante la ley y el reconocimiento legal de la libre concurrencia, que en los países europeos se instaura bajo la forma de la monarquía constitucional. En estas monarquías constitucionales sólo son electores quienes poseen un determinado capital, es decir, los burgueses. Estos electores burgueses eligen a sus diputados, también burgueses, quienes, por medio del derecho de denegación de impuestos, eligen a su vez al gobierno de la burguesía.

En tercer término, la gran industria hace que el proletariado se desarrolle por todas partes en las mismas proporciones que la burguesía. Las filas de los proletarios van engrosando al mismo ritmo con que los burgueses se enriquecen. Como los proletarios sólo pueden encontrar trabajo en el capital, y éste sólo aumenta en la medida en que da empleo a obreros, es lógico que el proletariado aumente al mismo compás con que aumenta el capital [96]. Al mismo tiempo, la gran industria concentra a burgueses y a proletarios en grandes ciudades, donde la explotación industrial es mucho más ventajosa, y esta concentración de grandes masas en una zona infunde a los proletarios la conciencia de su fuerza. Además, cuanto más se desarrolla, cuantas más máquinas nuevas se inventan, desplazando al trabajo manual, mayor es la tendencia de la gran industria a mermar los salarios y a reducirlos, como hemos visto, a lo estrictamente indispensable para vivir, con lo cual hace que sea cada vez más insostenible la situación del proletariado. De este modo va preparando, de un lado por el descontento cada vez mayor que siembra, y de otro lado por la fuerza creciente del proletariado, la revolución, en la que el proletariado transformará de raíz la sociedad.

Pregunta 12: *¿Cuáles fueron las consecuencias ulteriores de la revolución industrial?*

Respuesta: La gran industria creó, con la máquina de vapor y las demás máquinas, los medios para incrementar hasta el infinito, en poco tiempo y con pocos gastos, la producción industrial. En este fácil régimen de producción, la libre concurrencia, que es corolario obligado de la gran industria, no tarda en cobrar una violencia inusitada; una muchedumbre de capitalistas se lanzan sobre la industria, produciendo en poco tiempo más de lo que puede consumirse. Consecuencia de esto es que las mercancías fabricadas no encuentren salida y que se produzca lo que se llama una crisis comercial. Las fábricas se ven obligadas a cerrar, los fabricantes dan en quiebra y los obreros se quedan sin pan. Se desarrolla por todas partes una miseria espantosa. Pasado algún tiempo, los productos sobrantes logran salida, las fábricas vuelven a trabajar, los salarios suben y poco a poco los negocios van recobrando un esplendor desconocido. Pero al cabo de poco tiempo vuelve a existir exceso de producción *y* estalla una nueva crisis que sigue las huellas de la anterior. Y así, desde comienzos de siglo, la industria ha venido fluctuando constantemente entre épocas de prosperidad y épocas de crisis, y cada cinco, seis o siete años se produce una de esas crisis que traen aparejada una miseria cada vez mayor de los obreros, una agudización revolucionaria general y el

96- Esto había sido puesto ya de relieve por Marx en 1847, en su fragmento sobre el salario (V. Apéndice a Marx, El trabajo asalariado y el capital), donde se demuestra que es ley necesaria del capitalismo que la demanda de obreros no se acompase al incremento del capital, razón por la cual hay un exceso de proletarios cada vez mayor.

mayor de los peligros para el orden social existente [97].

Pregunta 13: *¿Qué se deduce de estas crisis comerciales, que se repiten periódicamente?*

Respuesta: Primero. Que la gran industria, que en la primera época de su desarrollo engendra la libre concurrencia, no puede ya contenerse dentro de sus moldes; que la concurrencia, y con ella todo el régimen de producción industrial, organizada a cargo de los individuos, constituye un dique que se opone a su desarrollo y que tiene que hacer y necesariamente hará saltar; que la gran industria, mientras siga funcionando sobre su base actual, sólo podrá sostenerse a flote por medio de una bancarrota general declarada de siete en siete años, bancarrota que pone en peligro, periódicamente, toda la civilización y que no hunde en la ruina solamente a los proletarios, sino también a un buen número de burgueses; que no hay, por tanto, más que, una de dos soluciones: o abandonar radicalmente la gran industria, lo cual es absolutamente imposible, o implantar una organización totalmente nueva de la sociedad, impuesta por ella, en la que la producción industrial no corra ya a cargo de una serie de fabricantes individuales, competidores los unos de los otros, sino a cargo de la sociedad entera, con arreglo a un plan fijo y ateniéndose a las necesidades de todos.

Segundo. Que la gran industria, y el incremento de la producción hasta el infinito que ella hace posible, permite organizar un régimen social en el que se produzca lo necesario para satisfacer todas las necesidades de la vida, y en el que, por tanto, cada miembro de la sociedad esté en condiciones de desarrollar y ejercitar en absoluta libertad todas sus energías y aptitudes; por donde esa misma condición de la gran industria que en la sociedad actual es la fuente de toda la miseria y de todas las crisis comerciales, es precisamente la que, al cambiar la organización social, acabará con esa miseria y esas funestas fluctuaciones. Queda, pues, clarísimamente demostrado:

1^0 Que a partir de ahora, todos estos males no deben achacarse más que a un orden social que no encaja ya en las condiciones presentes, y

2o. Que existen los medios necesarios para desterrar radicalmente esos males, instaurando un nuevo orden social.

Pregunta 14: *¿Cuál deberá ser este nuevo orden social?*

Respuesta: Lo primero que hará este orden social nuevo sctó despojar a los individuos competidores entre sí de la explotación de la industria y de todas las ramas de la producción, haciendo que pasen a ser incumbencia de toda la socie-
dad y se exploten, por tanto, en interés colectivo, con sujeción a un plan colectivo y dando intervención en ellas a todos los miembros de la colectividad. De este modo abolirá la concurrencia, implantando en lugar de ella la asociación. Como, además, la explotación de la industria por particulares tenía por obligado corolario la propiedad privada, y la libre concurrencia no es más que un régimen de explotación industrial por propietarios individuales, la propiedad privada no puede desligarse de la explotación individual de la industria ni de la libre concurrencia. Deberá, pues, abolirse también

97- Acerca de las crisis, cfr. la exposición que hace Engels en su obra Del socialismo como utopia al socialismo como ciencia, págs. 41 ss. En Europa se observaron durante el siglo XIX las siguientes crisis: 1815, 182;, 1836, 1847, 1837, 1873, 1877, 1882, 1891, 1853, 1900

la propiedad privada, sustituyéndola por el disfrute colectivo de todos los medios de producción y la distribución de los productos por acuerdo común, o sea la llamada comunidad de bienes. La abolición de la propiedad privada es, incluso, la síntesis más breve y más elocuente en que toma cuerpo la transformación de todo el orden social, impuesta por el desarrollo de la industria, y por eso los comunistas hacen de ella su principal reivindicación.

Pregunta 15: *¿Entonces, la abolición de la propiedad privada no ha sido factible hasta ahora?*

Respuesta: No. Toda transformación producida en el orden social, toda conmoción que experimenta el régimen de propiedad es y ha sido siempre consecuencia obligada del nacimiento de nuevas fuerzas productivas, que ya no saben plegarse al viejo régimen de propiedad. Así surgió la misma propiedad privada. Pues ésta no existió siempre, sino que brotó hacia fines de la Edad Media, cuando la manufactura trajo consigo un nuevo tipo de producción incompatible con la propiedad feudal y gremial recibida del pasado; la manufactura, al romper los moldes del viejo régimen de propiedad, creó una forma de propiedad nueva, la propiedad privada. La manufactura y la primera etapa de progreso de la gran industria no toleraban más forma de propiedad que la propiedad privada ni más orden social que el basado en ella. Mientras la producción no alcanzara para cubrir las necesidades de todos, arrojando además un remanente de productos destinados a hicrementar el capital social y a seguir fomentando y desarrollando las fuerzas productivas, tenía que haber necesariamente una clase dominante que dispusiera de las fuerzas de producción de la sociedad y una clase pobre y oprimida. El carácter de estas clases depende en cada caso del grado de desarrollo de la producción. La Edad Media, que vive de la agricultura, engendra el señor feudal y el siervo de la gleba; al declinar la época medieval, las ciudades aportan el maestro gremial, el oficial y el jornalero; el siglo xvn hace surgir el manufacturista y el obrero de manufactura; el siglo XIX crea los grandes fabricantes y los proletarios. Es evidente que hasta aquí las fuerzas productivas no estaban todavía lo suficientemente desarrolladas para que pudieran producir bastante para todos, y lo es también que la propiedad privada había acabado por convertirse en un grillete, en un dique puesto a estas fuerzas de la producción. Pero ahora, que: 1º, el desarrollo de la gran industria crea capitales y fuerzas productivas en proporciones jamás conocidas, existiendo, además, los medios para incrementar hasta el infinito y rápidamente estas fuerzas productivas; ahora que: 2o., estas fuerzas productivas se hallan concentradas en manos de un número reducido de burgueses, mientras que la gran masa del pueblo se va convirtiendo más y más en una masa proletaria y su situación se hace cada vez más mísera e insostenible, en la misma proporción en que aumentan las riquezas de los burgueses; ahora que: 3o., estas fuerzas productivas, tan imponentes y, sin embargo, tan fáciles de manejar, rebasan hasta tal punto la propiedad privada y las fuerzas del burgués, que a cada momento están provocando las más violentas alteraciones del orden social; ahora que concurren todas estas condiciones, la abolición de la propiedad privada no sólo se ha hecho posible, sino que se ha hecho, además, absolutamente necesaria.

Pregunta 16: *¿Será posible abolir la propiedad privada por vía pacífica?* [98]

Respuesta: Nada más deseable que eso, y los comunistas serían, con toda seguridad, quienes menos se opondrían a ello si tal cosa fuese factible. Los comunistas saben mejor que nadie que las conspiraciones son no sólo estériles, sino perjudiciales. Saben mejor que nadie que las revoluciones no se hacen con la intención ni con el antojo, sino que son siempre y dondequiera el corolario obligado de circunstancias totalmente ajenas a la voluntad y a la dirección de los partidos y aun de las clases. Pero observan también que no hay apenas un solo país civilizado en que los avances del proletariado no se repriman por la fuerza, con lo cual los adversarios de los comunistas no hacen más que laborar con todo ahinco por la revolución. Y si por fin el proletariado oprimido se ve lanzado a ella, nosotros, los comunistas, defenderemos la causa proletaria con la acción, como ahora la defendemos con la palabra.

Pregunta 17: *¿Será posible abolir de golpe la propiedad privada?*

Respuesta: No, del mismo modo que no cabe multiplicar de golpe las fuerzas productivas existentes en la medida necesaria para crear el comunismo. La revolución del proletariado, que a todas luces se avecina, se limitará, pues, a transformar gradualmente la sociedad actual hasta que la existencia de la masa necesaria de medios de producción le permita abolir la propiedad privada.

Pregunta 18: *¿Qué curso seguirá, esta revolución?*

Respuesta: Implantará, ante todo, un Estado democrático [99], y dentro de él, directa

98- En una carta dirigida a Marx el 23 de octubre de 1846 (Correspondencia Marx-Engels, t. I, págs. 41 ss.), le cuenta Engels cómo había desarrollado su campaña de agitación en París, en la sección de la Liga Comunista. "Lo más importante del asunto era probar la necesidad de una revolución violenta... Definí del modo siguiente las intenciones de los comunistas: 1o, imponer los intereses de los proletarios frente a los de la burguesía;2o. conseguirlo mediante la abolición de la propiedad privada y su sustitución por la comunidad de bienes; 3o., único medio posible para hacer triunfar estas intenciones, la revolución democrática violenta."

99- Esta pregunta y la respuesta que le da Engels desempeñaron gran papel en el debate mantenido entre Stalin y Zinovief en 1926 acerca de la posibilidad de hacer triunfar el socialismo en un solo país. En su informe ante la Conferencia panrusa del P.C. de la U.R.S.S., el 1 de noviembre de 1926, Stalin dió lectura a esta pregunta y a su respuesta correspondiente. Luego de hacerlo, añadió el siguiente comentario (V. Stalin, Der Opposiiionsblock und die Frage der Kevolution in der V.S.S R. Hoyms Verlag, 1927, págs. 19 s.): "En el período antiguo, en el período del capitalismo anterior a la era de los monopolios, en el período preimperialista, cuando el planeta no estaba todavía repartido entre los diversos grupos financieros, cuando el reajuste por la fuerza de lo ya dividido no era todavía cuestión de vida o muerte para el capitalismo, cuando las discordancias en el desarrollo económico no se revelaban todavía ni podían revelarse con la fuerza con que más tarde se manifestaron, cuando las contradicciones del capitalismo no habían alcanzado todavía esa fase de desarrollo en que el capitalismo floreciente se convierte en un capitalismo agonizante, haciendo posible el triunfo del socialismo en países aislados, entonces, la fórmula de Engels era indiscutiblemente exacta. Bajo la nueva era, en la era de desarrollo del imperialismo, en que las discordancias que se dan en la evolución de los países capitalistas se convierten en un factor potente y decisivo del desarrollo imperialista, en que los conflictos y las guerras inevitables entre los capitalistas debilitan el frente del imperialismo y consienten que pueda abrirse una brecha en él en países determinados, en que la ley descubierta por Lenin de la heterogeneidad del desarrollo se ha convertido en el punto de partida de la teoría sobre el triunfo del socialismo en países aislados, hoy, bajo estas nuevas condiciones, la vieja fórmula de Engels ha dejado de ser exacta y tiene necesariamente que' ser sustituida por otra, por una fórmula en que se admita la posibilidad de hacer triunfar el socialismo en un país." Por lo demás, Marx y Engels habían dicho en 1847, en su Ideología alemana, en el capítulo

o indirectamente, el régimen político del proletariado. Directamente, en Inglaterra, donde los proletarios forman ya la mayoría del pueblo. Indirectamente, en Francia y Alemania, donde la mayoría del pueblo no está integrada solamente por proletarios, sino también por pequeños campesinos y burgueses, que empiezan a desplazarse hacia el proletariado y caen cada vez más de lleno, en cuanto a sus intereses políticos, bajo la acción de éste, razón por la cual se plegarán en seguida a sus reivindicaciones. Tal vez esto cueste reñir una segunda batalla, pero esta batalla terminará necesariamente con el triunfo del proletariado.

Pero la democracia no le serviría de nada al proletariado si no se emplease inmediatamente como medio para imponer toda una serie de medidas que ataquen directamente a la propiedad privada y garanticen la existencia del proletariado. Las medidas más importantes de este género, que se desprenden ya como corolario obligado de las condiciones actuales, son las siguientes:

1º Restricción de la propiedad privada mediante impuestos progresivos, fuertes impuestos sobre herencias, supresión de los derechos hereditarios en la línea colateral (hermanos, sobrinos, etc.), empréstitos forzosos, etc.

2o. Expropiación progresiva de los terratenientes, fabricantes, propietarios de ferrocarriles y armadores de buques, ya sea indirectamente, desplazándolos por la concurrencia de la industria del Estado, o directamente, mediante indemnización en valores públicos.

3o. Confiscación de los bienes de todos los emigrados y rebeldes a la voluntad de la mayoría del pueblo.

4o. Organización del trabajo y empleo de los proletarios en los terrenos nacionales, fábricas y talleres, eliminando de este modo la competencia de los obreros entre sí y obligando a los fabricantes que aún existan a pagar los mismos salarios . subidos que pague el Estado.

5o. Obligación de trabajar impuesta a todos los miembros de la sociedad, hasta la total abolición de la propiedad privada. Formación de ejércitos industriales, en especial para la agricultura.

6º Centralización del sistema de crédito y del tráfico monetario en manos del Estado por medio de un Banco nacional, formado con capital público y suprimiendo todos los bancos y banqueros privados.

7o. Multiplicación de las fábricas y talleres nacionales, ferrocarriles y barcos, roturación de todos los terrenos y mejoramiento de los ya roturados, en la medida en que aumenten los capitales y obreros de que disponga la nación.

8o. Educación de todos los niños del país, a partir del instante en que puedan prescindir de los cuidados paternos, en establecimientos nacionales y a cargo de la nación.

---

que trata de Feuerbach: "Empíricamente, el comunismo sólo es posible como obra conjunta y simultánea de los países dominantes, lo cual presupone el desarrollo universal de las fuerzas productivas y el comercio nfundial derivado de él." Y el Manifiesto Comunista pone también de relieve que "la acción combinada, a lo menos de los países civilizados, es una de las primeras condiciones para la emancipación del proletariado". (V. sobre esto Stalin, obra citada, págs. 86 s.)

9o. Construcción sobre solares nacionales de grandes palacios que sirvan de vivienda colectiva a comunas de ciudadanos dedicados tanto a la industria como a la agricultura y que reunan las ventajas de la vida urbana del campo, sin compartir las limitaciones ni los inconvenientes de ambos sistemas de vida.

10. Destrucción de todas las viviendas y de todos los barrios malsanos o mal construidos de las ciudades.

11. Igualdad de derechos hereditarios para los hijos legítimos e ilegítimos.

12. Concentración de todos los medios de transporte en manos de la nación.

Estas medidas no podrán implantarse todas, naturalmente, de una vez, pero cada una de ellas arrastrará consigo a las demás. Realizado el primer ataque radical contra la propiedad privada, el proletariado veráse obligado a avanzar cada vez más, concentrando en manos del Estado, en proporciones cada vez mayores, todo el capital, toda la agricultura, toda la industria, todos los transportes y todo el cambio. A ello tienden todas estas medidas, que serán realizables y engendrarán sus consecuencias centralizadoras exactamente en la misma medida en que el trabajo del proletariado multiplique las fuerzas productivas del país. Finalmente, cuando todo el capital, toda la producción y todo el intercambio se concentren en manos de la nación, la propiedad privada se habrá venido a tierra por sí sola, el dinero estará demás y la producción se desarrollará hasta tal punto y los hombres se transformarán en proporciones tales, que podrán desaparecer también las últimas formas de relación de la vieja sociedad.

Pregunta 19: *¿Podrá llevarse a cabo esta revolución en un solo país?* [100]

Respuesta: No. La gran industria, ya por el solo hecho de haber creado un mercado mundial, ha articulado entre sí a todos los pueblos de la tierra, y principalmente a los civilizados, en una red tan tupida de relaciones, que cada pueblo depende de lo que ocurre en los demás. Y no sólo esto, sino que ha nivelado hasta tal punto, en todos los países civilizados, la evolución social, que en todos ellos la burguesía y el proletariado son las dos clases decisivas de la sociedad, y la lucha entre ambas el pleito fundamental puesto, a la orden del día. Por eso la revolución comunista no puede ser puramente nacional, sino que tendrá que desarrollarse simultáneamente en todos los países civilizados, es decir, por lo menos, en Inglaterra, Norteamérica, Francia y Alemania. Dentro de cada uno de estos países se desarrollará con más o menos celeridad, según que sea más o menos perfecta la industria, más o menos grande la riqueza y más o menos importante la masa de fuerzas productivas que ese país posea. Por eso en Alemania su curso será más lento y difícil, mientras que en Inglaterra se desarrollará con la mayor facilidad y rapidez. El movimiento repercutirá de un modo considerable en los demás países del mundo, transformando radicalmente y acelerando el curso de su desarrollo anterior. Será una revolución universal y sólo podrá librarse, por tanto, en un terreno universal.

100- V. Marx, Las luchas de clases en Francia (1850, pág. 94): "El socialismo es la declaración de permanencia de la revolución, la dictadura de clase del proletariado como tránsito necesario a la abolición de todas las distinciones de clase ..."

Pregunta 20: *¿Cuáles serán las consecuencias de la definitiva abolición de la propiedad privada?*

Respuesta: Al despojar a los capitalistas privados del disfrute de todas las fuerzas productivas, medios de tráfico, cambio y distribución de los productos, para administrarlos con arreglo a un plan ajustado a los recursos disponibles y a las necesidades de toda la sociedad, se eliminarán, ante todo, esa serie de consecuencias deplorables que hoy lleva aparejadas la explotación de la gran industria. Desaparecerán las crisis; la voluminosa producción, que bajo el orden social vigente representa una superproducción y es una causa tan poderosa de la miseria reinante, resultará insuficiente y deberá ser intensificada en escala mucho mayor. Con la diferencia de que, en vez de engendrar miseria, ahora, la superproducción, después de cubrir las necesidades primarias de la sociedad, garantizará la satisfacción de las necesidades de todos y engendrará nuevas necesidades, con los medios necesarios para satisfacerlas. De este modo vendrá a convertirse en condición y causa determinante de nuevos progresos, y los alcanzará sin llevar al orden social a cada paso los estremecimientos de antes. La gran industria, libre de la opresión de la propiedad privada, se desarrollará en proporciones tales que, comparado con ellas, el desarrollo anterior habrá de parecemos tan mezquino como hoy nos parece la manufactura comparada con la gran industria de nuestros días. Este desarrollo de la industria pondrá a disposición de la sociedad una masa suficiente de productos para cubrir las necesidades de todos. Por su parte, la agricultura, embarazada hoy por la propiedad privada y la parcelación, se asimilará las mejoras y los progresos científicos ya conseguidos, tomará un auge insospechado y entregará a la sociedad una cantidad suficiente de productos para su sostenimiento. De este modo, la sociedad producirá lo necesario para poder organizar la distribución de manera que satisfaga las necesidades de todos sus miembros. Con ello no tendrá ya razón de ser la separación de la sociedad en clases distintas, contrapuestas la una a la otra. Esta división se hará inútil; más aún, incompatible con el nuevo orden social. La existencia de las clases es fruto de la división del trabajo, y ésta desaparece ahora en su forma anterior. Para imprimir a la producción industrial y agrícola el avance que queda señalado no bastan los medios mecánicos y físicos, sino que tienen que desarrollarse también, en la misma proporción, las capacidades de los hombres que los manejan. Y así como los campesinos y obreros de manufactura del siglo xvin cambiaron radicalmente de modo de vivir para convertirse en hombres completamente distintos al verse arrastrados por la gran industria, la explotación en común de la producción por toda la sociedad y el nuevo desarrollo que cobrará ésta reclamarán y engendrarán hombres totalmente nuevos. La explotación en común de la producción no puede ser llevada a cabo por hombres como los de hoy día, encadenados cada cual por su lado a una rama de la producción, sujetos a ella, explotados por ella, por hombres que sólo pueden desarrollar una de sus capacidades a costa de todas las demás, que sólo conocen una rama o la rama de una rama de la producción total. Ya la industria actual va siendo cada vez más incompatible con este tipo de hombre. La industria explotada en común y con sujeción a un plan por toda la sociedad exige hombres íntegros, cuyas capacidades

estén cultivadas en todos los aspectos y que sepan abarcar con su mirada todo el conjunto sistemático de la producción. El régimen de división del trabajo, ya hoy minado por las máquinas, que convierte al uno en labriego, al otro en zapatero, a éste en obrero fabril y al de más allá en especulador bolsista, tiene, pues, que desaparecer radicalmente. La educación permitirá a los jóvenes recorrer rápidamente todo el sistema productivo, los pondrá en condiciones de desplazarse por turno de una a otra rama de la producción, conforme lo exijan las necesidades de la sociedad o lo demanden sus propias inclinaciones. Desterrará de ellos, por tanto, ese carácter unilateral y limitado que el régimen de división del trabajo imprime hoy al individuo. De este modo, la sociedad organizada comunistamente dará a sus miembros ocasión para emplear universalmente todas sus capacidades umversalmente ejercitadas. Con ello desaparecerán también, necesariamente, las diferentes clases, ya que este tipo de sociedad es incompatible con la existencia de las clases y se encarga de ofrecer por sí misma, con su implantación, los medios para abolir estas diferencias de clase.

De aquí se sigue igualmente la desaparición del divorcio entre la ciudad y el campo. La explotación de la agricultura y de la industria por los mismos hombres y no por dos clases ` distintas es ya de suyo, por razones perfectamente materiales, una condición necesaria de la asociación comunista. La dispersión de los cultivadores de la tierra en el campo y la concentración de las masas industriales en las grandes ciudades es un régimen que se corresponde con una fase retardataria de la agricultura y la industria, un obstáculo que se alza ante el desarrollo de ambas y que ya hoy se hace harto sensible.

La asociación general de todos los miembros de la sociedad para la explotación sistemática y en común de las fuerzas productivas, la intensificación de la producción en proporciones que satisfagan las necesidades de todos, la supresión de un régimen en que las necesidades de los unos se cubren a costa de los otros, la radical abolición de las clases y de sus antagonismos, el desarrollo universal de las capacidades humanas de todos los miembros de la sociedad mediante la eliminación de la actual división del trabajo, la educación industrial, el cambio de actividades, la participación de todos en los goces creados por todos, mediante la fusión del campo y la ciudad, tales serán los resultados más salientes de la abolición de la propiedad privada.

Pregunta 21: *¿Qué influencia ejercerá sobre la familia el orden social comunista?*

Respuesta: Convertirá la relación entre los dos sexos en una relación puramente privada, que sólo atañe a los interesados y en que no tiene por qué mezclarse la sociedad. Y lo conseguirá, ya que, abolida la propiedad privada y entregados los hijos a la educación común, se vendrán a tierra las dos columnas fundamentales del matrimonio actual, a saber: la sumisión de la mujer al hombre y la de los hijos a los padres por medio de la propiedad privada. He ahí nuestra respuesta al griterío de indignación moral que levantan los filisteos contra lo que ellos llaman comunidad de la mujer en el comunismo. La comunidad de la mujer es un régimen genuino de la sociedad burguesa y que ésa practica sistemáticamente én la prostitución. La prostitución, que tiene su fundamento en la propiedad privada, desaparecerá al desaparecer ésta. Lejos, pues, de implantar la comunidad de la mujer, lo que la organización comunista hace es desterrarla.

Pregunta 22: *¿Qué actitud adoptará la organización comunista ante las nacionalidades existentes?*

Respuesta [101].

Pregunta 23: *¿Qué actitud adoptará ante las religiones existentes?*

Respuesta [102].

Pregunta 24: *¿En qué se distinguen los comunistas de los socialistas?*

Respuesta: Los llamados socialistas se dividen en tres clases. La primera clase está formada por partidarios de la sociedad feudalista y patriarcal, que ha sido arrollada y lo está siendo todos los días por la gran industria y el mercado mundial y la sociedad burguesa, producto de ambos. Esta clase de socialistas saca de los males de que adolece la sociedad actual la conclusión de que debe restaurarse nuevamente la sociedad feudalista y patriarcal, donde esos males no se conocían. Todas sus proposiciones se encaminan, directa o sinuosamente, hacia ese fin. Esta clase de socialistas reaccionarios debe ser atacada enérgicamente y sin descanso por los comunistas, a pesar de lo mucho que dicen condolerse y de las lágrimas de dolor que derraman por la miseria del proletariado, por las razones siguientes :

1° Porque aspira a algo totalmente imposible.

2° Porque sueña con restaurar el poder de la aristocracia, de los maestros gremiales y de los manufacturistas, con todo su cortejo de reyes absolutos o feudales, burócratas, soldados y curas; sueña con restaurar una sociedad que, aunque libre de los males de la de hoy, encerraba por lo menos otros tantos abusos y no ofrecía siquiera la perspectiva de emancipar a los obreros oprimidos mediante una organización comunista.

3o. Porque sus intenciones reales se ponen al desnudo cuantas veces actúa el proletariado revolucionaria y comunistamente, aliándose inmediatamente con la burguesía contra los proletarios.

La segunda clase la componen los partidarios de la sociedad actual, en quienes los males obligados que de ésta brotan despiertan temores en cuanto a la firmeza de esta sociedad. Estos socialistas aspiran, por tanto, a mantener la sociedad actual, pero remediando los males que lleva aparejados. Para lograrlo, los unos proponen simples medidas de beneficencia; los otros, sistemas grandiosos de reformas, que, bajo pretexto de reorganizar la sociedad, pretenden conservar las bases sobre que ésta descansa y, por tanto, la sociedad misma. Estos socialistas burgueses deberán ser igualmente combatidos sin descanso por los comunistas, pues trabajan para sus enemigos y defienden la sociedad que los comunistas aspiran precisamente a derrocar.

Hay, finalmente, una tercera clase, que es la de los socialistas democráticos, quienes abrazan por la misma senda revolucionaria de los comunistas una parte de las medidas enumeradas en la contestación a la pregunta 18, pero no como medidas de tránsito

101- V. nota anterior. En una carta procedente de la época en que redactó este manuscrito (noviembre de 1S47), Engels escribe a Marx, como resultado de una conversación sostenida con Luis Blanc: "Por lo que toca al problema de la religión, lo consideramos cuestión perfectamente secundaria, que jamás puede dar pretexto a litigios entre personas pertenecientes a un mismo partido." (Correspondencia Marx-Engels, t. I, pág. 78.)

102- 1847

hacia el comunismo, sino como providencias que bastan de suyo para poner remedio a la miseria y desterrar los males de la sociedad actual. Estos socialistas democráticos son, o bien proletarios que no tienen todavía una clara conciencia de las condiciones que determinan la emancipación de su clase, o bien representantes de la pequeña burguesía, es decir, de una clase cuyo interés coincide en muchos respectos con el de los proletarios hasta llegar al momento en que se implanta la democracia y las medidas socialistas derivadas de ella. Por consiguiente, los comunistas, en momentos de acción, deberán llegar a una inteligencia con estos socialistas democráticos y concertar con ellos una política momentánea lo más estrecha posible, siempre y cuando que estos socialistas no actúen al servicio de la burguesía dominante ni ataquen a los comunistas. Claro está que esta inteligencia para la acción no excluye la discusión acerca de las diferencias que los separan.

Pregunta 25: *¿Cuál es la actitud de los comunistas ante los demás partidos políticos de nuestra época?* **[103]**

Respuesta: Esta actitud varía en los distintos países. En Inglaterra, Francia y Bélgica, países en que gobierna la burguesía, los comunistas tienen todavía, por el momento, intereses comunes con los distintos partidos democráticos, tanto más estrechos cuanto más se acerquen los demócratas, en las medidas socialistas proclamadas hoy por ellos en todas partes, a la meta de los comunistas; es decir, cuanto más clara y resueltamente defiendan los intereses del proletariado y se apoyen en éste. En Inglaterra, por ejemplo, el movimiento cartista, integrado por obreros, está infinitamente más cerca de los comunistas que los demócratas pequeñoburgueses o los llamados radicales.

En Norteamérica, donde rige una Constitución democrática, los comunistas deberán actuar en inteligencia con el partido que vuelva esta Constitución contra la burguesía y pretenda utilizarla en interés del proletariado, es decir, con los reformadores nacionales agrarios.

En Suiza son los radicales, a pesar de constituir un partido muy mezclado, los únicos con quienes los comunistas pueden entenderse, y entre ellos se destacan como los más avanzados los del cantón de Vaud y los de Ginebra.

En Alemania está sin librar todavía la batalla decisiva entre la burguesía y la monarquía absoluta. Pero como los comunistas no pueden pensar en plantear su acción decisiva contra la burguesía antes de que ésta suba al Poder, están interesados en ayudar a los burgueses a gobernar cuanto antes, para luego derribarlos también cuanto antes del Poder conquistado. Los comunistas deben, por tanto, tomar siempre partido por la burguesía liberal frente al gobierno, pero guardándose de compartir las ilusiones de los burgueses o de prestar oídos a sus promesas seductoras acerca de las mágicas ventajas que acarreará al proletariado el triunfo de la burguesía. Las únicas ventajas que la victoria de la clase burguesa puede brindar a los comunistas son: 1o., diferentes

103- Este artículo de Engels fué publicado el 23 de enero de 1848 en la Gaceta Alemana de Bruselas, pocos días antes de estallar en París la revolución de febrero, habiendo sido reimpreso por la Nene "Zeit en 1911.

concesiones que faciliten a los comunistas la defensa, discusión y propaganda de sus principios, y como efecto de ello, la fusión del proletariado en una clase organizada, estrechamente unida • y presta a la lucha, y 2o., la certeza de que, derribados los gobiernos absolutos, pasa a primer plano el combate entre proletarios y burgueses. A partir de ese momento, la política de partido de los comunistas debe ser la misma que la seguida en los países donde el poder de la burguesía está ya instaurado.

V

LOS MOVIMIENTOS REVOLUCIONARIOS DE 1847

por Federico Engels

El año 1847 fué el más turbulento que desde hace mucho tiempo hemos conocido. A Prusia le han sido otorgadas una Constitución y una Dieta Unida; en Italia se muestra un despertar rápido e insospechado de la conciencia política del pueblo, acompañado de extensos alzamientos en armas contra Austria; en Suiza estalla la guerra civil; en la Gran Bretaña triunfa en las elecciones un Parlamento decididamente radical; Francia vive sensacionales acontecimientos y celebra banquetes de homenaje a las reformas. Los Estados Unidos de América celebran su reciente triunfo sobre México. He ahí toda una sucesión de cambios y de movimientos que hacía mucho tiempo que no se experimentaban.

El último viraje de la historia había sido él año 1830. La revolución de julio en Francia y la aprobación de la ley de reformas habían sellado el triunfo de la burguesía, que, en lo concerniente a Inglaterra, era el triunfo de la burguesía industrial, de los fabricantes, sobre la burguesía no industrial, sobre la aristocracia de la tierra. Pronto Bélgica, y hasta cierto punto la propia Suiza, siguieron sus huellas, y la burguesía volvió a registrar un triunfo en estos países. Vinieron luego los alzamientos de Polonia. Italia gemía bajo el talón de Met- ternich. Alemania acopiaba fuerzas. Todos los países se estaban preparando para una gran batalla.

Luego, sobrevino un retroceso. La revolución polaca fué sofocada, los insurrectos de la Romagna reducidos a la impotencia, el resurgir de Alemania ahogado. La burguesía francesa se adueñó de los republicanos de la propia Francia y traicionó a los liberales de otros países, a quienes había empujado a la acción. En Inglaterra, el Ministerio liberal sólo podía dejar pasar el tiempo. Hacia el año 1840, la reacción estaba entronizada en toda Europa. Políticamente hablando, Polonia, Italia y Alemania no existían: el órgano político de Berlín, el *Wockenblatt,* yacía destronado; la Constitución demasiado sabia de herr Dahlmann fué derribada en Hannover; los acuerdos de la Conferencia de Viena (1834) se mantenían en pleno vigor. En Suiza habían triunfado los conservadores y los jesuítas. En Bélgica mandaban los católicos. Guizot tenía en sus manos a Francia. Frente al poder arrollador de Peel, el régimen liberal inglés estaba en las últimas y era en vano que los carlistas se esforzasen por reorganizar sus huestes después de la derrota de 1839. Por todas partes triunfaba la reacción; por todas partes se venían

a tierra y desaparecían los partidos del progreso. El resultado total de las grandes batallas reñidas en 1830 había sido levantar una barrera contra la que se estrellaban los avances del movimiento histórico.

Y así como el año 1830 había marcado el máximo nivel de la riada revolucionaria de la burguesía, el año 1840 marca el apogeo de la reacción. A partir de ese año puede advertirse ya un espíritu de rebeldía contra el estado de cosas existente. Aunque repelido más de una vez, a la larga, el movimiento iba ganando terreno. En Inglaterra, los carlistas se reorganizaron y adquirieron más fuerza que nunca, obligando a Peel, no una vez, sino varias, a traicionar a su partido e infligiendo a éste un grave golpe con la abolición de las leyes anticerealistas. Por último, Peel no tuvo más remedio que resignar sus poderes. Los radicales ganaron terreno en Suiza. En Alemania, y especialmente en Prusia, los liberales presionaban, cada vez más enérgicamente, con sus reivindicaciones. Los libérales salieron triunfantes en las elecciones belgas de 1847. En este panorama, Francia era una excepción, pues el Ministerio reaccionario francés se aseguró una mayoría victoriosa en las elecciones de 1846; Italia no daba señales de vida ante aquel magnífico resurgir, hasta que Pío IX subió al solio pontificio y concedió, en 1846, unas cuantas reformas dudosas.

Tal era la situación al comenzar el año 1847, fecha en que
los partidos progresivos pudieron registrar en la palestra política toda una serie de triunfos. Y aun allí donde hubieron de sufrir derrotas, éstas eran, probablemente, en aquellas circunstancias, más ventajosas de lo que un triunfo inmediato hubiera sido.

Nada decisivo se llevó a término durante el año 1847, pero durante estos doce meses los partidos se enfrentaron en todas partes, clara y reciamente, deslindados los unos de los otros; no se había resuelto ningún problema, pero todos quedaban planteados en términos que hacían posible su solución.

De todos los cambios y acontecimientos ocurridos durante el año 1847, los más importantes fueron los de Prusia, Italia y Suiza.

Federico Guillermo IV se había visto, por último, obligado a otorgar una Constitución a los prusianos. Aquel estéril Don Quijote de Sans-Souci, después de muchos trabajos y muchas quejas, veíase libre de una forma de gobierno que pretendía sancionar por toda una eternidad el triunfo de la reacción feudalista, patriarcal, absolutista, burocrática y clerical. Pero no había sabido calcular bien. La burguesía era ya, por entonces, lo bastante fuerte para aprovecharse de la nueva Constitución y esgrimirla como un arma contra el rey y contra todas las clases reaccionarias de la sociedad. En Prusia, como en otros países, la burguesía se embarcó en la política de negar al Gobierno subsidios. El rey estaba desesperado. En los primeros días de ejecución de esta política, puede decirse, sin exageración, que Prusia carecía de rey. El país vivía entre las mallas de la revolución, sin que nadie se diese cuenta de este hecho. Por un golpe de fortuna vinieron de Rusia quince millones, y Federico Guillermo volvió a ser rey. La burguesía empezó a alarmarse y las nubes de la tormenta revolucionaria se desvanecieron. Por el momento, la burguesía prusiana salía derrotada. Pero había dado un gran paso al

frente, había creado un foro desde el que podía ser oída, había dado a conocer al rey su creciente poder y había colocado al país en un estado de gran efervescencia. La cuestión que está a la orden del día en Prusia es ésta: ¿quién ha de gobernar? ¿Una alianza de aristócratas, burócratas y sacerdotes, con el rey a la cabeza, o la burguesía? No tiene más remedio que recaer una decisión en cualquiera de los dos sentidos. En la Dieta Unida hubiera sido posible llegar a una transacción entre las dos partes. Hoy, esta transacción es ya imposible. En adelante será una lucha a vida o muerte la que se riña entre los dos adversarios. Para complicar todavía más la cosa, las comisiones (esta desdichada invención de los fabricantes de la Constitución de Berlín) están ahora reunidas. Estos manejos complicarán hasta tal punto la situación legal, ya de suyo harto complicada, que nadie en lo sucesivo será capaz de encontrar una salida al atolladero. Lo enredarán todo, formando un nudo gordiano que sólo la espada podrá cortar. Lo dejarán todo preparado para que la revolución burguesa estalle en Prusia.

Podemos, pues, esperar con la mayor calma el advenimiento de esta revolución prusiana. La Dieta Unida habrá de ser convocada en 1848, quiéralo el rey o no. Hasta que ese día amanezca ofreceremos a S. M. un' armisticio, pero ni un minuto más. Ese día, su cetro y su corona "inmaculada" ***104*** tendrán que dejar paso a la burguesía cristiana y judía de su reino.

Pese a su repliegue temporal, la burguesía prusiana hizo durante el año 1847 grandes progresos en la esfera de la política. Los burgueses, grandes y pequeños, de los otros estados prusianos advirtieron estos progresos realizados en Prusia, hacia los que mostraban su más cálida simpatía, conscientes de que el triunfo de sus hermanos de Prusia aceleraría el suyo propio.

En cuanto a Italia, nos encontramos con un espectáculo sorprendente. ¡En Italia vemos al hombre a quien se reconoce como lo más reaccionario de toda Europa, a quien se tiene por el representante petrificado de la Edad Media, al Papa, en una palabra, poniéndose a la cabeza de un movimiento nacional! El movimiento subió al Poder de la noche a la mañana, arrojando de la Toscana al archiduque austríaco y con él al traidor Carlos Alberto de Cerdeña, derribando el trono de Ñipóles y extendiéndose en poderosas oleadas por todo el país a través de la Lombardía hasta las faldas de los Alpes estirios y tiroleses.

Al presente, el movimiento italiano semeja al que se adueñó de Prusia durante los años 1807 a 1812. Como en la Prusia de aquellos días, el pleito gira en torno a dos aspiraciones: la independencia frente al opresor extranjero y una serie de reformas en el interior. Por el momento, no se plantea el problema de una Constitución; los italianos limitan sus reivindicaciones a reformas de carácter administrativo y quieren evitar todo conflicto serio con el Gobierno, para mostrar un frente lo más unido posible al invasor. ¿De qué género son las reformas reclamadas? ¿En beneficio de quién redundarán?

104- Al abrir las sesiones de la Dieta Unida, Federico Guillermo IV había dicho en su Mensaje de la Corona: "Como heredero de una corona inmaculada, que debo y quiero preservar inmaculada para quienes hayan de ceñirla después que yo ..."

Redundarán, ante todo, en beneficio de la burguesía. Se trata de dar facilidades a la Prensa, de organizar la burocracia del modo que mejor sirva a los intereses de la burguesía (véanse las reformas de Cerdeña, la consulta romana y la reorganización de los ministerios), de asegurar a la burguesía poderes amplios en punto a la administración municipal, de restringir los privilegios arbitrarios de la nobleza y la burocracia, de armar a la burguesía, formando con ella una especie de milicias civiles. Hasta aquí, todas las reformas implantadas han favorecido los intereses burgueses. Y no podía, en verdad, ser de otro modo. No tenemos más que comparar estas reformas actuales de Italia con las implantadas en Prusia, durante la era napoleónica, para convencernos de ello. Son las mismas reformas, sólo que un poco más avanzadas, ya que subordinan la administración a los intereses de la burguesía, abaten los poderes arbitrarios de la nobleza y la burocracia, crean un sistema de autonomía municipal, organizan las milicias y suprimen las prestaciones. Como entonces en Prusia, la burguesía italiana de hoy es la clase de la que depende la emancipación del yugo extranjero. La burguesía ha conquistado su posición gracias al incremento de su riqueza como clase y gracias sobre todo al papel importantísimo que la industria y el comercio desempeñan en la vida colectiva del pueblo italiano.

En Italia vemos que al presente el movimiento ostenta un carácter perfectamente burgués. Todas las clases, llenas actualmente de un celo reformador, desde la aristocracia y la nobleza hasta los músicos callejeros y los mendigos, no son por el momentó más que clases burguesas, y ni el propio Papa es más que el primer burgués de la nación. Pero el día en que el yugo austríaco haya sido definitivamente sacudido, todas estas clases sufrirán una gran desilusión. Limpio el país de enemigos extranjeros y arrollado el invasor por la burguesía, comenzará la separación de los corderos y los lobos, y entonces la aristocracia y la nobleza volverán los ojos a Austria pidiendo ayuda. Pero será demasiado tarde. Los obreros de Milán, de Florencia y de Nápoles llevarán a término la obra que ahora no hace más que iniciarse.

Fijémonos, por último, en Suiza. Por primera vez en el curso de su historia este país desempeña un papel claro en el sistema de los estados europeos; por primera vez se aventura a tomar una actitud decisiva y a entrar en la palestra como una república federal y no como una aglomeración de veintidos cantones antagónicos, que es lo que hasta aquí era. En una palabra, Suiza es hoy un Estado centralizado. Y esta centralización, que tiene ya una existencia práctica concreta, será in- *i* dudablemente sancionada por la reforma de la Constitución j federal, sujeta actualmente a revisión. i

¿Quién, preguntamos nosotros, saldrá ganando de la guerra cuando ésta estalle, de la reforma federal, de la reorganización de los cantones separatistas? ***105***. La burguesía y los campesinos, indudablemente: el partido triunfante, el partido de los liberales y los radicales que había subido al Poder, desde 1830 a 1834, en diversos cantones. El patríciado, antes árbitro de los destinos en las que fueran villas imperiales, se vió completamente desplazado durante la revolución de julio. En Berna ; y en Ginebra, los patricios se instauraron nuevamente por sí; mismos, pero fueron arrojados una vez más

105- Los cantones que formaban la Sonderbund.

de sus reductos por la revolución de 1846. En las ciudades (como, por ejemplo, en la de Basilea) donde el patriciado seguía disfrutando tranquilamente del Poder, el año 1846 vino a sacudir la dominación.

La aristocracia feudal no ha llegado a desarrollarse considerablemente en su lucha; allí donde logró echar raíces, su principal fuerza estaba en la alianza con los pastores de las montañas. Estos montañeses eran el último enemigo que le quedaba por conquistar a la burguesía, y demostraron ser el más obstinado y rabioso de todos. Eran la sangre y el tuétano de los elementos reaccionarios albergados en los cantones liberales. Ayudados por los jesuítas y los píetistas (sirva de ejemplo el movimiento del cantón de Vaud), tendieron sobre toda Suiza una red de conspiraciones reaccionarias, frustrando todos los planes sometidos a la Asamblea federal por la burguesía e impidiendo la derrota definitiva del patriciado en las antiguas ciudades imperiales.

Hasta 1846 no consiguió la burguesía suiza reducir a la impotencia a su último enemigo.

Apenas había un solo cantón en que la burguesía suiza no gozase de la más completa libertad en punto al comercio y la industria. Allí donde existían todavía gremios, apenas entorpecían el desarrollo burgués. Los impuestos de las ciudades habían sido prácticamente abolidos. Dondequiera que la burguesía se desarrollaba, formando una clase específica, tomaba posesión del Poder; pero aunque en ciertos cantones había hecho grandes progresos y encontrado firme apoyo le faltaba todavía la columna fundamental del Poder: la centralización. Dondequiera que el feudalismo, el patriarcalismo, había florecido en el suelo de provincias separadas y ciudades independientes, la burguesía necesitaba para su desarrollo un campo de operaciones lo más ancho posible: necesitaba, en vez de veintidós cantones, una Suiza una e indivisa. La soberanía cantonal, acomodada a las condiciones de la vieja Suiza, se interponía ante la marcha de la burguesía. Esta necesitaba un Poder centralizado, lo bastante fuerte para imponer sus derroteros especiales a todos y cada uno de los cantones, y para acabar, mediante el peso de su influencia, con las diferencias reinantes en la Constitución y en las leyes del país. Era necesario extirpar los vestigios de la antigua legislación feudal, patriarcal y parroquial de los burgos, y dar a los intereses de la burguesía suiza vigorosa expresión en la vida interna del país.

La burguesía ha conquistado por sí misma este Poder centralizado.

¿Pero es que los campesinos no contribuyeron también al triunfo sobre la Liga separatista? ¡Ya lo creo que contribuyeron! Y los campesinos desempeñarán, respecto a la burguesía, el mismo papel que en el pasado desempeñó durante tanto tiempo la pequeña burguesía. Los aldeanos serán explotados ahora por la burguesía, reñirán las batallas de ésta, sus manos tejerán el lienzo y harán las cintas que la burguesía venderá, y sus hijos irán a llenar, como reclutas, las filas del ejército proletario. ¿Y qué otra cosa podían hacer? Son propietarios, al igual que los burgueses, y, por el momento, sus intereses coinciden casi en un todo con los de la burguesía. Las medidas políticas que tienen fuerza bastante para imponer son casi más ventajosas para la burguesía que para los propios campesinos. Pero son débiles, pese a su fuerza, si se les compara con la burguesía, puesto que

ésta es rica y tiene el mando de la industria, que es la más firme columna del Poder político en el siglo XIX. Uniéndose a la burguesía, los campesinos pueden hacer mucho; alzándose contra ella no podrían hacer nada.

Llegará, indudablemente, el día en que el campesino, desahuciado de su terruño nativo y empobrecido, se una al proletariado, a quien su evolución llevará a ponerse a la cabeza de la clase campesina. Ese día, unidos el campesino y el proletario, declararán la guerra a la burguesía. Pero aquí no son las eventualidades del futuro las que nos interesan, sino los movimientos del presente.

La expulsión de los jesuítas y sus consortes, enemigos del régimen burgués; la secularización de la enseñanza en las escuelas, reemplazando a la educación religiosa tradicional; la expropiación por el Estado de la mayor parte de las tierras de la Iglesia, todos estos cambios han favorecido más que a nadie a la burguesía.

La nota común a los tres movimientos más notables del año 1847 es que todos ellos han servido a los intereses de la burguesía. En todas partes era el papel de la burguesía el papel del progreso.

Otra característica de los sucesos de 1847 es que aquellos países que no habían participado en la rebelión de 1830 fueron precisamente los que ahora dieron un paso más-firme al frente, para'ponerse de este modo al nivel conquistado en 1830 por las demás naciones, coronando así, dentro de sus fronteras, el triunfo de la burguesía.

Vemos, pues, que el año 1847 registra una serie de brillantes triunfos de la clase burguesa en conjunto.

Volvamos ahora la vista a otra parte.

En Inglaterra se ha reunido un nuevo Parlamento, un Parlamento que, según las palabras de John Bright, el Cuáquero, es la asamblea más burguesa que jamás se ha congregado. Y conste que John Bright es autoridad de mayor excepción en esta materia, pues no en vano es el burgués más típico y representativo de toda la Gran Bretaña. Pero John Bright no es del mismo calibre que los estadistas burgueses que gobiernan en Francia o de los que en Prusia esgrimieron tan valientes palabras contra Federico Guillermo IV. Cuando John Bright habla de burgueses quiere decir fabricantes. Desde 1688 han venido desfilando por el Gobierno de Inglaterra varios sectores de la burguesía. Pero para mejor facilitar el proceso de la conquista del Poder, la clase burguesa ha permitido a los aristócratas, sus deudores, que siguiesen rigiendo nominalmente la máquina gubernamental. Allí donde, en realidad, la batalla se riñe entre los varios sectores de la burguesía, entre los intereses de los industriales y los intereses de los terratenientes, los industriales se las arreglan para hacer que esa batalla parezca como si se riñese entre la aristocracia y la burguesía o, si necesario es, entre la aristocracia y el pueblo. Los fabricantes no salen ganando nada con mantener esa apariencia de gobiernos aristocráticos; pues los lores, los barones y los esquires no conceden a los industriales ni un céntimo. En cambio, tienen mucho que ganar destruyendo el poder engañoso de la aristocracia, ya que, al disiparse esa sombra, los intereses de los terratenientes se verán privados de su agarradero. El actual Parlamento de burgueses o fabricantes procurará que ese gobierno mentiroso sea abolido y transformará la Inglaterra tradiciona- lista

y feudal en un país más o menos moderno, organizado para servir a los intereses modernos de la burguesía. Pondrá la Constitución inglesa a tono con las de Francia y Bélgica y coronará el triunfo de la burguesía inglesa industrial. Otro avance más sobre el frente burgués, porque cada avance de la burguesía afirma en fuerza y en extensión el régimen burgués.

A primera vista diríase que Francia es una excepción en este movimiento de avance de la clase burguesa. Los dominios que en 1830 cayeron en manos de la gran burguesía, como solar colectivo de ésta, fueron experimentando menoscabos de año en año, hasta quedar confinados a los sectores más ricos de la gran burguesía, a los ricos inactivos y a los especuladores de Bolsa. Estos últimos redujeron a merced suya a los primeros.

La parte de la burguesía que ha podido hacer frente a esta invasión, un sector de fabricantes y navieros, disminuye rápidamente. Hoy, esta minoría ha hecho causa común con la pequeña burguesía y la clase media en la campaña por la reforma electoral, y la alianza es aclamada en los llamados banquetes reformistas. Estos elementos desesperan de llegar al Poder mientras se mantenga en vigor el actual sistema electoral. Tras largas vacilaciones se han decidido a prometer una parte del Poder político a los sectores de la burguesía que les siguen en importancia, a los ideólogos (los más inocuos de los mortales), abogados, médicos, etc. Claro está que el día en que estas promesas hayan de convertirse en realidad está todavía muy lejano.

Vemos, pues, que en Francia se está librando una batalla ventilada ya desde hace tiempo en Inglaterra. Pero como ocurre siempre en Francia, los acontecimientos presentan aquí un carácter revolucionario más definido que en ninguna otra parte. Esta división de la burguesía en dos campos distintos y hostiles señala también un avance de la clase burguesa.

En Bélgica, la burguesía ha registrado un triunfo decisivo en las elecciones de 1847. El Ministerio católico hubo de resignar los poderes, cediendo el gobierno a la burguesía liberal.

Hemos presenciado también, con la debida satisfacción, la derrota de México por los Estados Unidos. También esto representa un avance, pues cuando un país embrollado hasta allí en sus propios negocios, perpetuamente desgarrado por guerras civiles y sin salida alguna para su desarrollo, un país cuya perspectiva mejor habría sido la sumisión industrial a Inglaterra; cuando este país se ve arrastrado forzosamente al progreso histórico, no tenemos más remedio que considerarlo como un paso dado hacia adelante. En interés de su propio desarrollo convenía que México cayese bajo la tutela de los Estados Unidos.

La evolución de todo el continente americano no saldrá perdiendo nada con que éstos, tomando posesión de California, se pongan al frente del Pacífico. Y volvemos a preguntar: ¿Quién saldrá ganando con esta guerra? La respuesta es siempre la misma: la burguesía y sólo la burguesía. Los Estados Unidos han adquirido las nuevas regiones de California y Nuevo México para la creación de nuevo capital. Esto significa que en esos países surgirá una nueva burguesía y que la vieja verá aumentar sus caudales. Todo el capital creado hoy día fluye a las arcas burguesas. Y en cuanto al corte transversal'

que se proyecta en la península de Tehuantepec, ¿quién saldrá ganando con eso? ¿Quién puede seguir ganando sino los magnates navieros de los Estados Unidos? ¿Quién puede salir ganando con el mando sobre el Pacífico sino esos magnates navieros? ¿Quién atenderá a las necesidades de los nuevos clientes conquistados allí para los- productos industriales, de la nueva clientela que se formará en los nuevos territorios anexionados? ¿Quién sino los fabricantes de los Estados Unidos?

También aquí vemos, pues, que la burguesía ha hecho grandes progresos. Y sin embargo, los representantes de esa misma burguesía se disponen a protestar contra la guerra. ¿Por qué? Porque temen que el avance pueda costarles, en varios respectos, demasiado caro.

Hasta en los países casi bárbaros vemos avanzar a la burguesía.

En Rusia, la industria se está desarrollando a pasos agigantados y llega incluso a convertir a los boyardos en burgueses. La servidumbre va perdiendo rigor, lo mismo en Rusia que en Polonia. La burguesía se irá fortificando a expensas de los nobles y surgirá una clase de campesinos libres, que es precisamente lo que la burguesía necesita. Los judíos son perseguidos en interés del burgués cristiano, cuyo negocio se ve menoscabado por los buhoneros semitas. Los magnates feudales húngaros se están convirtiendo en trigueros, mercaderes de lana y tratantes en ganado. Ahora entran en la Dieta con el carácter de burgueses. ¿Y qué decir de todos esos gloriosos progresos de la "civilización" en países como Turquía, Egipto, Túnez, 'Persia y otras naciones bárbaras? Esos progresos no son más que otros tantos preparativos para el advenimiento de la futura burguesía. La palabra del profeta se está cumpliendo: "¡Preparad el camino para el Señor. .., levantad vuestras cabezas, oh puertas, y abrios de par en par, y que el rey de la gloria tenga paso franco!" ¿Quién es el rey de la gloria? El burgués.

Adondequiera que volvamos los ojos vemos al burgués haciendo progresos gigantescos. Le vemos con la cabeza erguida y lanzando el guante a sus enemigos. Espera un triunfo definitivo, y sus esperanzas no saldrán fallidas. Se propone organizar el mundo entero ajustándose a las ideas burguesas, y en una parte considerable de la superficie del planeta su propósito será realizado.

Todo el mundo sabe que nosotros no sentimos ningún amor por la burguesía, pero no negamos sus triunfos. Devolvemos las altivas miradas que el burgués (especialmente en Alemania) se digna lanzar sobre la banda despreciable de demócratas y comunistas. Pero no tenemos nada que oponer a la resolución burguesa de extender sus métodos por todo el orbe.

Más todavía. No podemos reprimir una sonrisa irónica cuando vemos la terrible seriedad, el patético entusiasmo con que la burguesía labora. Cree real y verdaderamente que está laborando para sí misma. Es tan miope, que se imagina que su triunfo imprimirá al mundo su configuración definitiva. No ve que sus esfuerzos no hacen más que allanarnos el camino a nosotros, los demócratas y comunistas; que sólo podrán gozarse unos cuantos años en los frutos de su victoria y que luego serán arrollados. La burguesía lleva por todas partes el proletariado pegado a sus talones; en Italia y en Suiza, participando en sus batallas y compartiendo también, en parte, sus ilusiones; en Francia y en Alemania,

silencioso y retraído, pero laborando inequívocamente por la caída de la burguesía; en Inglaterra y en los Estados Unidos, en abierta rebelión contra el gobierno de la clase burguesa.

Pero aún podemos hacer más. Podemos poner todas nuestras cartas boca arriba y decir sin cortapisas a la burguesía lo que bulle en nuestras cabezas. Podemos decirle sin miedo, para que lo sepa de antemano, que está laborando para nosotros, pues la burguesía, quiéralo o no, no puede dejar de luchar contra la monarquía absoluta, la nobleza y el clero. No tiene más remedio que conquistar o echarse a morir.

En Alemania no pasarán muchos días antes de que apele en nuestra ayuda.

¡Continuad batallando valientemente y sin descanso, adorables señores del capital! Todavía tenemos necesidad de vosotros; todavía os necesitamos aquí y allá como gobernantes. Vuestra misión es borrar a vuestro paso los vestigios de la Edad Media y de la monarquía absoluta; aniquilar el patriarcalismo, centralizar la administración; convertir las clases más o menos poseedoras en verdaderos proletarios, en reclutas para vuestras filas; crear, con vuestras fábricas, vuestras relaciones y vuestros mercados comerciales, los medios materiales de que el proletariado necesita para la conquista de su libertad. En pago de todo esto os permitiremos seguir gobernando una temporada. Dictad vuestras leyes, brillad en el trono de la majestad creada por vosotros mismos, celebrad vuestros banquetes en los salones de los reyes y tomad por esposa a la hermosa princesa, pero no olvidéis que

"a la puerta os espera el verdugo ... "

VI

REIVINDICACIONES DEL PARTIDO COMUNISTA DE ALEMANIA

MANIFIESTO PUBLICADO EN 1848 [106]

Lema: ¡*Proletarios de todos los países, unios!*

1. Todo el territorio alemán formará una República, una e indivisible.
2. Todo alemán, al llegar a los veintiún años, será elector y elegible, siempre que no esté sujeto a pena criminal.
3. Los representantes del pueblo serán retribuidos, para que también los obreros puedan sentarse en el Parlamento del pueblo alemán.
4. Armamento general del pueblo. Los ejércitos del futuro serán, al mismo tiempo, ejércitos de trabajadores, para que las tropas no se limiten, como hoy, a consumir, sino que produzcan más todavía de lo que cuesta su sostenimiento.

106- Es una hoja impresa por las dos caras, sin fecha ni pie de imprenta. V. C. Grünberg, Die Londoner Kommunistische Zeitschrift und andere Urkunden aus den Jahren 1S47-48 (Leipzig, 1921). Una parte de estas demandas "de las cuales muchos podrían aprender todavía hoy" fue transcrita por Engels en 1885, en sui introducción a las Revelaciones sobre el proceso de los comunistas. En el extracto de Engels se omiten los puntos 2, 5, 6, 10, 12 y 13.

Este será, a la vez, un medio para la organización del trabajo.

5. La administración de justicia será gratuita.

6. Serán abolidas, sin ningún género de indemnización, todas las cargas feudales, tributos, prestaciones, diezmos, etc., que vienen pesando sobre el pueblo campesino.

7. Las tierras de los príncipes y todas las demás posesiones feudales, así como las minas, canteras, etc., pasarán a ser propiedad del Estado. En estas fincas, los cultivos se organizarán, para el mayor provecho de la colectividad, en gran escala y con los recursos más modernos de la ciencia.

8. Las hipotecas que pesan sobre las fincas de los campesinos se declararán propiedad del Estado. Los campesinos abonarán a éste los intereses de esas hipotecas.

9. En las regiones en que está desarrollado el régimen de colonato, la renta o canon de la tierra se pagará al Estado en concepto de impuesto.

Todas las medidas enumeradas en los puntos 6, 7, 8 y 9 se adoptarán para poder reducir las cargas públicas y otros gravámenes que pesan sobre los campesinos y pequeños colonos, sin mermar los recursos necesarios para el sostenimiento del Estado ni poner en peligro la producción.

El terrateniente en sentido estricto, aquel que no es campesino ni colono, no tiene parte activa en la producción. Su consumo es, por tanto, un puro abuso.

. 10. En vez de los bancos privados se instituirá un Banco nacional cuyo papel tendrá curso legal.

Esta medida permitirá reglamentar el crédito en interés de todo el pueblo, minando con ello la hegemonía de los grandes capitalistas. Sustituyendo poco a poco el oro y la plata por papel moneda, abaratará el incremento indispensable del comercio burgués, el medio general de cambio, y permitirá hacer pesar el oro y la plata sobre el exterior. Finalmente, esta medida es necesaria para asociar sólidamente a la revolución los intereses de la burguesía, conservadora.

11. El Estado tomará en sus manos todos los medios de transporte: ferrocarriles, canales, buques de vapor, caminos, correos, etc., convirtiéndolos en propiedad del Estado y poniéndolos gratuitamente a disposición de la clase privada de medios.

12. En la retribución de los funcionarios todos del Estado no habrá más diferencia sino que los que tengan familia, y por tanto más necesidades, percibirán un sueldo mayor.

13. Separación radical de la Iglesia y el Estado. Los sacerdotes de todas las confesiones serán retribuidos voluntariamente por sus fieles.

14. Restricción del derecho de herencia.

15. Implantación de fuertes impuestos progresivos y abolición de los impuestos de consumos.

16. Creación de talleres nacionales. El Estado garantiza a todos los trabajadores su existencia y subviene a la de los incapacitados para trabajar.

17. Instrucción pública general y gratuita.

Es interés del proletariado alemán, de la pequeña burguesía y de la clase campesina, laborar con toda energía por la implantación de las medidas que quedan enumeradas,

pues sólo poniendo en práctica estas medidas podrán los millones de hombres que hasta hoy viven en Alemania explotados por un puñado de individuos, y a quienes se pretenderá seguir manteniendo en la opresión, conquistar sus derechos y ocupar el Poder que les corresponde como creadores de toda la riqueza.

El Comité:

Carlos Schapper.

Carlos Marx.
H. Bauer.

F. Engels.

J. Moll.

G. Wolff.

VII

DOS ALOCUCIONES DEL COMITE CENTRAL DE LA LIGA COMUNISTA A SUS AFILIADOS (MARZO Y JUNIO DE 1850)

ALOCUCION DE MARZO DE 185O [107]

El Comité central a la Liga.

Hermanos: En los dos años de la revolución, 1848 y 1849, nuestra Liga se ha acreditado por dos conceptos. Uno es que sus miembros han tenido una enérgica participación en el mo- , vimiento, en todas partes, destacándose en la vanguardia de la única clase decididamente revolucionaria, el proletariado, lo mismo en la Prensa que en las barricadas y en los campos de batalla. Pero la Liga se ha acreditado, además, al demostrarse que su concepción del movimiento, tal como había sido expuesta en las circulares de los congresos y del Comité central durante el año 1847 y en el Manifiesto Comunista, era la única acertada, y al cumplirse en toda la línea las esperanzas formuladas en esos documentos, consiguiéndose que las ideas acerca de la situación social de hoy, que en un principio sólo mantenía la Liga en secreto, anden ya en labios de los pueblos y se prediquen en la plaza pública. Pero, al mismo tiempo, los acontecimientos vinieron a relajar considerablemente la antigua y sólida organización de la Liga. Una gran parte de sus miembros, al intervenir directamente en el movimiento revolucionario, creyó pasada la época de las sociedades secretas y suficiente la actuación pública. Los círculos y comunas dejaron languidecer y apagarse poco a poco sus relaciones con el Comité central. Y así, mientras que el partido democrático, el partido de la pequeña burguesía alemana, se organizaba más y más, el partido obrero perdía su único asidero firme, manteníase organizado a lo sumo en alguno que otro sitio para fines locales, y

107- Reproducida en el apéndice a la obra de Marx, Revelaciones sobre el proceso de los comunistas de Colonia (ed. Engels, 1885), páginas 75 ss. En una carta fechada el 1. de junio de 1851 (Correspondencia, t. I, pág. 106), Marx dice de está alocución que no es, "en el fondo, más que un plan de operaciones contra la democracia".

veíase, por tanto, bajo el movimiento general, arrastrado por completo a la dirección y mediatizado por el caudillaje de los demócratas pequeñoburgueses. Urge poner fin a esta situación y restablecer la independencia del movimiento obrero. El Comité central, consciente de esta necesidad, envió a Alemania, durante el invierno de 1848 a 1849, a un emisario, José Molí, para acometer la reorganización de la Liga. Sin embargo, la misión encomendada a Molí no produjo grandes frutos, en parte porque los obreros alemanes de entonces no habían reunido todavía experiencias bastantes, y en parte porque vino a interrumpirla la insurrección del pasado mayo. El propio Molí hubo de empuñar el fusil, ocupó su puesto en las milicias de Badén y el Palatinado y cayó luchando en el encuentro junto a Murp el 19 de junio. La Liga perdió en él a uno de sus afiliados más viejos, más activos y seguros, pues Molí había intervenido activamente en todos los congresos y comités centrales y desempeñado con gran éxito toda una serie de misiones. Después de la derrota de los partidos revolucionarios de Alemania y Francia en julio de 1849 han vuelto a congregarse en Londres casi todos los miembros del Comité central, completándose con nuevos elementos revolucionarios y afrontando con renovado celo la obra de reorganización de la Liga.

Esta reorganización sólo puede realizarse por medio de un emisario, y el Comité central cree de la mayor importancia que el emisario se ponga en viaje precisamente en estos momentos en que se avecina una nueva revolución, en que, por tanto, se hace necesario que el partido obrero actúe con la mayor organización, la mayor unanimidad y la mayor independencia posibles, si no quiere volver a ser mediatizado y enganchado nuevamente al tiro por la burguesía como en 1848.

Ya entonces, en 1848, os dijimos, hermanos, que la burguesía liberal alemana subiría pronto al Poder, volviendo inmediatamente contra los obreros este poder recién conquistado. Ya habéis visto cómo nuestros pronósticos se han cumplido. En efecto, fueron los burgueses los que, después del movimiento de marzo de 1848, se adueñaron inmediatamente del Poder público y lo esgrimieron para reducir de, nuevo y sin dilación a su sojuzgamiento de siempre a los obreros, sus aliados de lucha. Y la burguesía, que no podía llevar esto a cabo sin aliarse con el partido feudal derrotado en marzo, más aún, sin acabar cediendo en definitiva a este partido feudal y absolutista el poder cohquistado, ha sabido, sin embargo, asegurarse las condiciones que a la larga, gracias a las dificultades financieras del Gobierno, pondrían el Poder en sus manos y garantizarían todos sus intereses, si fuese posible que el movimiento revolucionario discurriese en adelante por los llamados cauces pacíficos. Y no sólo eso, sino que la burguesía, para adueñarse del Poder, no necesitaría siquiera ganar los odios del pueblo con medidas de fuerza, pues estos actos de violencia correrían todos a cargo de la contrarrevolución feudal. Pero la marcha de las cosas no tomará estos derroteros pacíficos. Lejos de ello, la revolución que ha de acelerarlos es inminente, ya la provoque un alzamiento propio del proletariado francés o la invasión de la Santa Alianza contra la Babel revolucionaria.

Y el papel que en 1848 representaron frente al pueblo los burgueses liberales alemanes, este papel de traición, lo asumirán en la revolución que se avecina los demócratas pequeño- burgueses, que ahora ocupan en la oposición el mismo puesto que los

burgueses liberales antes de 1848. Este partido, el partido democrático, harto más peligroso para los obreros que el viejo partido liberal, está integrado por tres elementos:

I. Por los elementos más avanzados de la gran burguesía, que se proponen como objetivo el derrocamiento completo e inmediato del feudalismo y el absolutismo. Esta fracción se halla representada por los antiguos pactadores de Berlín, los de la denegación de impuestos.

II. Por los pequeñoburgueses demócratas constitucionales, cuya mira principal en el anterior movimiento era la implantación de un Estado federal más o menos democrático, tal y como aspiraban a él sus representantes, las izquierdas de la Asamblea de Francfort y más tarde en el Parlamento de Stuttgart, y como ellos mismos propugnaban en su campaña consitucional de reivindicación.

III. Por los pequeños burgueses republicanos, cuyo ideal es una república federativa alemana por el estilo de la suiza, y que hoy se llaman rojos y socialdemócratas porque abrigan el piadoso deseo de abolir la opresión del gran capital sobre el pequeño capital, del gran burgués sobre el pequeño burgués. Esta fracción tenía sus representantes en los miembros de los congresos y comités democráticos, en los directivos de las asociaciones democráticas, en los redactores de los periódicos de la democracia.

Todas estas fracciones se llaman, después de su derrota, rojos o republicanos, ni más ni menos que en la Francia de hoy los pequeños burgueses republicanos se llaman socialistas. Allí donde, como ocurre en Wurtemburgo, Baviera, etc., se les depara ocasión de perseguir sus fines por la vía constitucional, aprovechan esta ocasión para conservar las antiguas frases y demostrar con hechos que no han cambiado en lo más mínimo. Y es cierto, por lo demás, que el nuevo nombre que se asigna este partido no cambia en lo más mínimo lo que representa frente a los obreros, limitándose a demostrar que se ve forzado a formar el frente contra la burguesía, aliada al absolutismo, y apoyarse para ello en el proletariado.

El partido pequeñoburgués democrático de Alemania es muy fuerte, pues no sólo abarca la gran mayoría de los habitantes burgueses de las ciudades, los pequeños comerciantes, industriales *y* los maestros de los gremios, sino que cuenta entre sus huestes a los campesinos y al proletariado rural, en la medida en que éste no ha encontrado todavía apoyo en el proletariado independiente de las ciudades.

La relación que media entre el partido revolucionario y la democracia pequeñoburguesa es ésta: luchar juntos contra la fracción que aspiran a derrocar y enfrentarse con ella, con la democracia burguesa, en la medida en que aspire a instaurarse y consolidarse por sí misma.

Los demócratas pequeñoburgueses, lejos de aspirar a subvertir para los proletarios revolucionarios todo el orden social, aspiran a implantar en la sociedad aquellas modificaciones que puedan hacerles más cómodo y agradable el orden social. Por eso reclaman ante todo la reducción de los gastos públicos, poniendo coto a la burocracia, y la implantación de cuantos impuestos pesen en su parte principal sobre los grandes terratenientes y la burguesía. Por eso piden también que se ponga fin a la opresión del grande sobre el pequeño capital, por medio de institutos públicos de crédito y de

leyes contra la usura, medidas que les permitirán a ellos y a los campesinos obtener anticipos del Estado en condiciones favorables, en vez de tener que solicitarlos de los capitalistas; exigen asimismo que se implante en el campo un régimen burgués de propiedad, acabando radicalmente con el feudalismo. Para poder llevar a cabo todo esto necesitan de un Estado democrático, sea constitucional o republicano, que les asegure, a ellos y a sus aliados los campesinos, la mayoría, y de un régimen democrático municipal que ponga en sus manos la fiscalización directa sobre los patrimonios comunales y toda una serie de funciones que hoy ejerce la burocracia.

Al imperio y a la acelerada incrementación del capital se pretende también poner coto sujetando a restricciones el derecho de herencia y centralizando en el Estado el mayor número posible de obras. Por lo que toca a los obreros es evidente y primordial que han de seguir siendo lo que hoy son: asalariados, si bien los demócratas pequeñoburgueses les desean salarios mejores y una existencia asegurada, confiando en poder conseguir estas mejoras mediante la contratación por el Estado y por medio de medidas de beneficencia; confiando, para decirlo pronto, en sobornar a los obreros con limosnas más o menos vergonzantes y en rendir sus energías revolucionarias con reformas que hagan un poco más soportable, de momento, su situación. Estas aspiraciones de la democracia pequeñoburguesa que dejamos resumidas no aparecen mantenidas unánimemente por todas las fracciones ni son mayoría los demócratas pequeñoburgueses ante quienes se aparecen como meta clara. Cuanto más individuos o fracciones aisladas se unan a ellos, tanto mayor será la tendencia a sacar de ese acervo sus reivindicaciones, y los pocos que vean en lo que queda expuesto su propio programa, creerán que con ello han formulado los resultados más extremos a que puede llegar la revolución. Sin embargo, el partido del proletariado no puede en modo alguno contentarse con esas aspiraciones. Mientras que los demócratas pequeñoburgueses aspiran a cancelar la revolución lo antes posible, implantando a lo sumo las medidas que hemos enumerado, nuestro interés y nuestra misión están en hacer la revolución permanente [108] en tanto que no se hayan desplazado del Poder todas las clases más o menos poseedoras, mientras el Poder público no esté en manos del proletariado, mientras la asociación de proletarios no esté suficientemente desarrollada, y no sólo en un país, sino en todos los países principales del mundo, para que cese en estos países la concurrencia de los proletarios y se concentren en manos de éstos, a lo menos, las fuerzas decisivas de la producción. Para nosotros no se trata precisamente de transformar la propiedad privada, sino de aboliría; no se trata de esfumar las diferencias de clases, sino de la destrucción de éstas; no se trata de reformar la sociedad actual, sino de fundar una nueva. No existe la menor duda de que, al seguirse desarrollando la revolución, la democracia pequeñoburguesa conquistará por un momento la influencia decisiva dentro de Alemania. Conviene, pues, saber qué actitud adoptará ante ella el proletariado, y especialmente nuestra Liga:

1o. Mientras perduren las actuales condiciones en que los demócratas pequeñoburgueses

108- V. Marx, Las luchas de clases en Francia (1850, pág. 94): "El socialismo es la declaración de permanencia de la revolución, la dictadura de clase del proletariado como tránsito necesario a la abolición de todas las distinciones de clase ..."

padecen también opresión.

2o. En la próxima lucha revolucionaria, que ha de darles a ellos el predominio.

3o. Después de esa lucha, mientras predominen sobre las clases derrocadas y el proletariado.

1. Actualmente, los demócratas pequeñoburgueses, oprimidos por todas partes, predican al proletariado, en general, la unión y la reconciliación, le tienden la mano *y* aspiran a crear un gran partido de oposición que abarque todos los matices de un partido democrático; es decir, aspiran a complicar a los obreros en un partido en el que prevalecen las frases socialdemocráticas de rigor, tras de las cuales se ocultan los intereses particulares de aquella clase *y en* el cual no se puede dar acogida, para no echar a perder la sagrada concordia, a ninguna de las reivindicaciones concretas del proletariado. Una alianza así concebida sólo redundaría en daño del proletariado y en provecho de la democracia pequeñoburguesa. El proletariado perdería su posición independiente, a tanta costa conquistada, y volvería a convertirse, a degradarse, en un apéndice de la democracia burguesa oficial. Esta alianza debe rechazarse, pues, de la manera más decidida. Lejos de prestarse una vez más a servir de coro y de claque a los demócratas burgueses, los obreros, y sobre todo la Liga, deben esforzarse por levantar, al lado de los demócratas oficiales, una organización propia, pública y secreta, un partido obrero, convirtiendo cada comuna en eje y núcleo de asociaciones obreras, en las que se discutan, sin contaminarse con ninguna influencia burguesa, la posición y los intereses del proletariado [109] . Hasta dónde llega la sinceridad de los demócratas burgueses cuando nos proponen una alianza, a la que los proletarios irían con el mismo poder y los mismos derechos que ellos, lo demuestran, por ejemplo, los demócratas de Breslau, al perseguir rabiosamente desde las columnas de su órgano, la *Nueva Gaceta del Oder,* a los obreros organizados como poder independiente, a que ellos dan el nombre de socialistas. Para luchar contra un enemigo común no hacen falta semejantes coaliciones.' Tan pronto como haya que darle directamente la batalla, coincidirán por un mo- mehto los intereses de ambos partidos y la alianza que se gestiona para un instante se producirá automáticamente, como hasta aquí ha acontecido siempre. Es evidente que en los conflictos sangrientos que se avecinan, como en cuantos los precedieron, los obreros, con su bravura, su decisión y su espíritu de sacrificio, serán el agente principal de la victoria. En cambio, la masa pequeñoburguesa, como siempre ha acontecido, se conducirá, mientras pueda, de un modo vacilante, perplejo, inactivo, para luego, una vez arrancado el triunfo, reivindicarlo para sí, como suyo propio, invitando a los obreros a reintegrarse a la paz y a su trabajo, a evitar los llamados excesos y excluyendo al proletariado de los frutos de su victoria. No está en manos de los obreros impedir que los demócratas pe- queñoburgueses procedan así, pero sí está el dificultar su exaltación frente al proletariado armado y el dictarle condiciones tales, que el gobierno de la democracia burguesa albergue en su entraña, ya desde el primer momento, el germen

109- En la alocución posterior de la Liga (V. infra, pág. 468) se dice: "El partido obrero puede perfectamente, en ciertas circunstancias, utilizar a otros partidos y fracciones de partido para sus fines, pero nunca supeditarse a ellos."

de su ruina, facilitando de este modo notablemente, cuando ese momento llegue, su eliminación por el gobierno del proletariado. Los obreros deberán, ante todo, durante el conflicto e inmediatamente después de la lucha, contrarrestar en cuanto puedan las claudicaciones burguesas y obligar a los demócratas a llevar a la práctica sus actuales frases terroristas. Deberán laborar por que el ambiente de exaltación revolucionaria no sea reprimido inmediatamente después del triunfo. Lejos de eso, habrán de procurar mantenerlo en tensión el mayor tiempo posible. Muy lejos de oponerse a los llamados excesos, actos ejemplares de la venganza del pueblo contra individuos odiados o edificios públicos que sólo albergan recuerdos ominosos, no sólo deberán tolerarlos, sino incluso tomar en sus manos la dirección. Durante la lucha y terminada ésta, los obreros deberán formular, aprovechando todas las ocasiones, sus demandas propias, al lado de las demandas de los demócratas burgueses. Deberán exigir garantías para los obreros, tan pronto como los demócratas burgueses se dispongan a ocupar el gobierno. Y si necesario fuere arrancarán estas garantías por la fuerza, cuidando de que los nuevos gobernantes se obliguen para con ellos a todas las concesiones y promesas posibles, pues éste es el medio más seguro para comprometerlos. Procurarán reprimir en lo posible la borrachera del triunfo y el entusiasmo por el nuevo estado de cosas que se sigue a toda acción callejera triunfante, contemplando la situación serenamente y con sangre fría y desconfiando sin recato del nuevo gobierno. Al lado de los nuevos gobiernos oficiales deberán surgir gobiernos obreros revolucionarios, ya sea en forma de alcaldías o ayuntamientos o por medio de clubes y comités obreros, con lo cual los gobiernos democráticos burgueses no sólo perderán el apoyo de los obreros que hasta ahora los han respaldado, sino que se verán vigilados y amenazados desde el primer momento por autoridades que tienen detrás de sí a toda la masa obrera. Resumiendo: a partir del momento del triunfo, la desconfianza no deberá enderezarse ya contra el partido reaccionario derrocado, sino contra nuestros aliados de hoy, contra el partido que aspira a explotar él solo el triunfo común.

2. Mas para poder enfrentarse, enérgica y amenazadoramente, con este partido, cuya traición contra los obreros comenzará al minuto siguiente del triunfo, es necesario que los obreros estén armados y organizados. Hay que proceder sin demora a equipar a todo el proletariado con fusiles, carabinas, artillería y municiones, y oponerse a que vuelvan a resucitar aquellos viejos somatenes o guardias cívicas formadas contra los obreros. Allí donde esto no pueda conseguirse, los obreros deberán procurar organizarse independientemente en guardias proletarias, con jefes y bajo mandos de su elección, poniéndose a las órdenes, no del Estado, sino de los municipios revolucionarios implantados por la clase obrera. Donde haya obreros que trabajen por cuenta del Estado, se armarán y organizarán en cuerpos especiales con jefes de su elección o como destacamentos de las guardias proletarias. No deberán desprenderse de las armas y municiones bajo pretexto alguno, y rechazarán por la fuerza, si necesario fuere, todo intento de desarme. Destrucción de la influencia de los demócratas burgueses sobre los obreros, inmediata organización independiente y armada de los trabajadores e imposición de las condiciones más gravosas y comprometedoras posibles para el

gobierno, inevitable por el momento, de la democracia burguesa: tales son los puntos principales que el proletariado, y por tanto la Liga, no deberán perder de vista durante el alzamiento que se avecina ni después de él.

3. Tan pronto como los nuevos gobiernos se hayan consolidado un poco comenzará inmediatamente la batida contra los obreros. Para que en esta batida los obreros puedan enfrentarse eficazmente con los demócratas pequeñoburgueses es necesario, ante todo, que se organicen y centralicen por su cuenta en clubes. El Comité central se trasladará a Alemania, si fuere posible, inmediatamente de derrocado el actual gobierno, convocará sin demora un congreso y someterá a éste las medidas encaminadas a centralizar los clubes obreros bajo una dirección que tendrá su domicilio en la sede principal del movimiento. Una rápida organización, y si otra cosa no fuere posible, la agrupación por provincias de los clubes obreros, constituirá uno de los puntos más importantes para fortalecer y desarrollar nuestro partido. El derrocamiento del actual gobierno tendrá por inmediata consecuencia la convocatoria de una Asamblea nacional. El proletariado deberá cuidarse:

I. De que ningún grupo de obreros sea excluido de estas elecciones, bajo ningún pretexto, por los manejos de las autoridades locales o de los comisarios de gobierno.

II. De proclamar en todas partes candidatos obreros junto a los candidatos de la democracia burguesa, candidaturas en las que deberán figurar, siempre que sea posible, personas afiliadas a la Liga y cuya elección deberá trabajarse con todo celo. Aun allí donde no haya probabilidad ninguna de triunfo, los obreros deberán proclamar sus candidatos propios, para salvaguardar su independencia, hacer un balance de sus fuerzas y acreditar públicamente su posición revolucionaria y de partido. No deben dejarse seducir en modo alguno por los argumentos de los demócratas, de que con ello no hacen más que llevar la escisión a las filas - democráticas y dar posibilidades de triunfo a la reacción, etc., etc. Todas esas frases no tienen, en definitiva, más finalidad que engañar al proletariado. El terreno que el partido proletario puede ganar con esa actuación independiente tiene infinitamente más importancia que el daño de la presencia de unos cuantos reaccionarios en el Parlamento. Y si la democracia se alza desde el primer momento resuelta y terrorísticamente contra la reacción, no habrá nada que temer de ésta en las elecciones.

El primer punto en que los demócratas burgueses chocarán contra los obreros será la abolición del feudalismo. Al igual que en la primera revolución francesa, los pequeños burgueses pretenderán adjudicar las tierras feudales en plena propiedad a los campesinos, dejando con ello subsistir el proletariado del campo y creando una clase campesina pobre, que recorrerá el mismo ciclo de depauperación y endeudamiento de que todavía no ha salido el campesino francés de hoy.

Los obreros deberán oponerse a este plan, en interés del proletariado del campo y en su propio interés. Deberán exigir que las tierras confiscadas sean propiedad del Estado y se conviertan en colonias obreras cultivadas por los trabajadores asociados del campo, con todas las ventajas de la gran explotación, con lo cual se logrará, además, que el

principio de la propiedad colectiva arraigue inmediatamente en medio del vacilante régimen burgués de propiedad. Y así como los demócratas se alian con los campesinos, los obreros deberán aliarse con el proletariado del campo [110] . Los demócratas laborarán directamente por una república federativa o, a lo menos, si no pueden esquivar una república, una e indivisible, procurarán mediatizar el gobierno central, otorgando a las provincias y a los municipios la mayor autonomía posible. Los trabajadores, oponiéndose a estos planes, no sólo deberán luchar por la república alemana, una e indivisible [111], sino también imponer *una resuelta* centralización de todos los poderes en manos del Estado. No deben dejarse seducir por las frases democráticas de libertad municipal, autonomía, etc. En un país como Alemania, donde quedan todavía tantos vestigios medievales que extirpar, donde hay tantas arrogancias locales y provinciales que vencer, no puede pensarse ni por sueño en que cada pueblo, cada ciudad, cada provincia sea un obstáculo que se alce ante la actuación revolucionaria, cuya energía no podrá ser nunca completa si no arranca del centro. No puede tolerarse que perdure el actual estado de cosas, en que los alemanes tienen que batirse de nuevo en cada ciudad y en cada provincia para arrancar los mismos progresos. Ni puede tolerarse, sobre todo, que una forma de propiedad inferior todavía a la propiedad privada moderna y que por todas partes se está desmoronando forzosamente para transformarse en ésta, la propiedad comunal, y los interminables principios entre municipios pobres y ricos a que da origen, se eternice por medio de una "libre" organización municipal, y con ella esa ciudadanía de los municipios coexistentes con la del Estado, llena de abusos contra los obreros. En la Alemania de hoy, como en la Francia de 1793, el partido verdaderamente revolucionario tiene el deber de implantar la más severa centralización .

Hemos visto cómo los demócratas subirán al Poder en el movimiento que se avecina y cómo se verán precisados a proponer medidas socialistas más o menos marcadas. ¿Qué medidas, se preguntará, deberán oponer a éstas los obreros? Es evidente que al comenzar el movimiento los trabajadores no podrán proponer todavía ninguna medida directamente comunista. Mas sí podrán:

1. Obligar a los demócratas a invadir por el mayor número posible de lados el vigente orden social, trastornando su normal funcionamiento y poniéndose en evidencia, concentrando en manos del Estado el mayor número posible de fuerzas productivas, medios de transporte, fábricas, ferrocarriles, etc.

2. Llevar adelante las propuestas de los demócratas, que no actuarán revolucionariamente, sino como meros reformadores, hasta convertirlas en ataques directos contra la propiedad privada; así, por ejemplo, si los pequeños burgueses proponen comprar las fábricas y ferrocarriles, los obreros deberán exigir que los ferrocarriles y las fábricas sean confiscados por el Estado, como propiedad que son de reaccionarios, sin ningún género de indemnización. Si los demócratas proponen el impuesto proporcional, los

110- En su estudio titulado Los últimos filósofos (184;), Hess traza una critica muy dura de este filósofo anarquista, cuya obra principal, El único y su propiedad, acababa de pulblicarse.

111- Con una irónica alusión al "espectro del comunismo" comienza también el Manifiesto Comunista. V. supra, pág. 71.

obreros reclamarán el progresivo; si los demócratas se adelantan a proponer un impuesto progresivo moderado, los obreros reclamarán un sistema de impuestos cuyos tipos sean tan altos que echen por tierra al gran capital; si los demócratas propugnan la regulación de la Deuda pública, los obreros pregonarán la bancarrota del Estado. Es decir, que las reivindicaciones de los obreros deberán acomodarse en todas partes a las concesiones y medidas de los demócratas.

Aunque los obreros alemanes no podrán conquistar el Poder y hacer triunfar sus intereses de clase sin pasar por un largo proceso revolucionario, tienen, a lo menos, la seguridad de que el primer acto de este drama revolucionario que se avecina coincide con el triunfo directo de la clase obrera francesa y recibe de él un gran impulso.
Pero ellos mismos deberán contribuir más que nadie a su triunfo final, adquiriendo la conciencia de sus intereses de clase, abrazando lo antes posible la posición de un partido independiente y no dejándose engañar ni por un momento por las frases hipócritas de *la* democracia pequeñoburguesa, frases con que ésta quiere contener la organización independiente del partido del proletariado. La revolución
permanente: ese deberá ser su grito de guerra.
Londres, marzo 1850.

ALOCUCION DEL MISMO COMITE CENTRAL A LA LIGA COMUNISTA
(Junio de 1850)

El Comité central a la Liga.

Hermanos: En nuestra última carta circular, que el emisario de la Liga os habrá entregado, exponíamos la posición que debía adoptar el partido obrero y más especialmente la Liga, tanto en los momentos actuales como- para el caso de una revolución.

La finalidad principal de esta carta es informaros acerca de la situación de la Liga.

Las derrotas sufridas por el partido revolucionario el pasado verano disolvieron por un momento casi totalmente la organización de la Liga. Los afiliados más activos se separaron de ésta para tomar parte en los distintos movimientos, cesaron todos los enlaces, las direcciones se hicieron inutilizables, y esto y el peligro de que se abriesen las cartas imposibilitó por el momento toda correspondencia. Estas causas condenaron al Comité central, hasta fines del año pasado, a la más absoluta inacción.

A medida que iban desapareciendo, poco a poco, los efectos de las derrotas sufridas, se iba sintiendo también en todas partes la necesidad de una organización fuerte y secreta del partido revolucionario que abarcase toda Alemania. Esta necesidad, que provocó en el Comité central la decisión de enviar un emisario a Alemania y a Suiza, llevó, de otro lado, a ciertos elementos a la tentativa de crear en Suiza una nueva organización secreta y a la iniciativa, que por sí y ante sí tomó la Comuna de Colonia, de organizar la Liga en Alemania.

A comienzos de este año congregáronse en Suiza varios elementos más o menos conocidos, huidos a consecuencia de diferentes movimientos, para formar una

organización que se proponía como fin contribuir, en el momento propicio, a derribar los gobiernos y ofrecer hombres capaces de asumir la dirección del movimiento y, en su caso, el gobierno vacante. Esta organización no presentaba un carácter concreto de partido, pues la heterogeneidad de los elementos que en ella se agrupaban impedían toda unidad. Estaba integrada por gentes procedentes de las fracciones de los distintos movimientos, que llegaban desde los comunistas decididos, entre los que se contaban incluso algunos antiguos afiliados a la Liga, hasta los más vacilantes demócratas pequeñoburgueses y antiguos individuos del gobierno del Palatinado.

Esta agrupación era una magnífica plataforma que aprovechaban para destacarse todos los arrivistas de Badén y el Palatinado y demás ambiciosos de menor cuantía, que tanto abundaban en Suiza por aquel entonces.

Las instrucciones que esta organización cursaba a sus agentes y que han llegado a manos del Comité central no eran tampoco las más adecuadas para infundir confianza. La ausencia de una posición concreta de partido, la tentativa de agrupar en una unión aparente a todos los elementos dispersos de la oposición, apenas si sabían disfrazarse bajo una masa de cuestiones de detalle concernientes a las condiciones industriales, campesinas, políticas y militares de las localidades más diversas. Las fuerzas de esta organización no podían ser tampoco más insignificantes. Según la lista completa de afiliados'' que tenemos a la vista, la agrupación no llegó a contar en Suiza, en el momento de su apogeo, más de 30 personas. Es muy significativo que entre ellas apenas estén representados a los obreros. Era, desde el primer día, un ejército de sargentos y oficiales sin soldados.

Enviaron a Alemania dos agentes, el primero de los cuales, Bruhn, de Holstein, miembro de la Liga, consiguió, pintando cosas que no existían, convencer a algunos afiliados a la Liga y a algunas comunas que se adhiriesen momentáneamente a la nueva organización, en la que ellos creían ver una restauración de nuestra Liga. A la par que informaba al Comité central suizo sobre la Liga, nos informaba a nosotros sobre la organización suiza. No contento con esta misión de corretaje, estando todavía en correspondencia con nosotros, Bruhn se dirigió *a* los elementos de Francfort conquistados para la organización suiza, llenándolos de calumnias y ordenándoles que no mantuviesen relación alguna con Londres. Por todas estas razones hubo de ser expulsado inmediatamente de la Liga. Los asuntos de Francfort fueron puestos en orden por nuestro emisario. Por lo demás, los manejos de Bruhn al servicio del Comité central suizo fueron estériles. El segundo agente, el estudiante Schurz, de Bona, no pudo conseguir nada, pues, como hubo de escribir a Zurich, "se encontró con que todos los elementos utilizables estaban ya en manos de la Liga". Ha salido inopinadamente de Alemania y actualmente merodea por Bruselas y París, donde la Liga le vigila. El Comité central no podía ver en esa nueva organización peligro alguno para la Liga, tanto más cuanto que entre los vocales que componen su junta directiva se encuentra un afiliado nuestro de absoluta confianza, que tiene el encargo de vigilar y comunicar los planes de esa gente en cuanto atenten contra la Liga. Además, hemos enviado a Suiza un emisario para atraer a la Liga, de

acuerdo con el dicho afiliado, a los elementos más utilizables y hacer todo lo necesario para organizar allí nuestra asociación. Todos estos datos descansan en documentos absolutamente auténticos.

Otra tentativa del mismo género, y anterior a ésta, había partido ya de Struve, Sigel y otros, reunidos a la sazón en Ginebra. Estos individuos no tuvieron reparo en presentar como obra de la misma Liga su tentativa de organización, abusando para esos fines del nombre de afiliados. Naturalmente, no engañaron a nadie con esta mentira. Su tentativa fracasó tan ruidosamente, que las pocas personas afiliadas en Suiza a esa organización irrealizada acabaron por incorporarse a la otra organización de que hablábamos. Pero cuanto más impotente era esta pandilla, más se adornaba con títulos pomposos y altisonantes, como los de "Comité central de la democracia europea" y otros por el estilo. También aquí, en Londres, continuó Struve con sus tentativas, asociado a otros grandes hombres ignorados como él. Enviáronse a todos los puntos de Alemania una serie de manifiestos y proclamas abogando por el ingreso en el "Buró central de todos los emigrados alemanes" y en el "Comité central de la democracia europea"; pero la propaganda no tuvo tampoco esta vez el menor éxito.

Las relaciones que esta pandilla pretende sostener con revolucionarios franceses y otros elementos no alemanes no existen. Toda su actuación se reduce a unas cuantas intriguillas entre los emigrados alemanes de esta capital, que no afectan directamente a la Liga y que ésta puede vigilar fácilmente y sin peligro alguno.

Unas veces, todas estas tentativas responden a la misma finalidad que persigue la Liga, a saber: organizar revolucionariamente el partido obrero; en este caso, destruyen la centralización y la fuerza del partido, llevando a él la desunión, razón por la cual hay que oponerse a ellas resueltamente como a manejos escisionistas y perjudiciales. Pero pueden tener también por misión abusar una vez más del partido obrero, poniéndolo al servicio de fines que no le interesan nada o chocan abiertamente con su interés. El partido obrero puede perfectamente, en ciertas circunstancias, utilizar a otros partidos y fracciones de partido para sus fines, pero no debe nunca supeditarse a ninguna otra organización política. Y sobre todo, hay que tener especial cuidado en alejar de sus filas a todos aquellos elementos que, habiendo participado del Poder en el último movimiento, utilizaron su posición de gobernantes para traicionar el movimiento revolucionario y cerrar el paso al partido obrero allí donde éste pugnaba por actuar por su cuenta. Acerca de la situación de la Liga, podemos comunicaros lo siguiente:

I. *Bélgica.*

La organización de la Liga entre los obreros belgas, tal como existía en los años 1846 y 1847, ha cesado, naturalmente, después de detenidos en 1848 los elementos más destacados, siendo condenados a muerte, para permutárseles luego la pena por la de cadena perpetua. En Bélgica, la Liga ha perdido bastante fuerza desde la revolución de febrero y]a expulsión de la mayor parte de los afiliados a la Asociación Obrera

Alemana de Bruselas. El actual régimen policíaco no le ha permitido, hasta ahora, reorganizarse. Sin embargo, en Bruselas ha logrado mantenerse a flote una comuna, que sigue subsistiendo y funcionando a medida de sus fuerzas.

II. *Alemania.*

Era propósito del Comité central dar en esta circular un informe detallado acerca de la situación de la Liga en Alemania. Sin embargo, en el momento actual no podemos hacerlo, pues la policía prusiana anda precisamente en estos instantes buscando el rastro a una vasta organización del partido revolucionario. Hemos de tener, pues, cuidado de redactar esta circular —que aunque se hará entrar en Alemania por un camino seguro, al difundirse por el país se expone siempre a caer aquí o allá en manos de la policía— en términos tales, que no suministre a nadie armas contra la Liga. El Comité central se limita, por tanto, de momento, a informaros de lo siguiente:

En Alemania, la Liga tiene su principal residencia en Colonia, Francfort s. M., Hanau, Maguncia, Wiesbaden, Hambur- go, -Schwerin, Berlín, Breslau, Liegnitz, Glogaú, Léipzig, Nu- remberg, Munich, Bamberg, Würzburgo, Stuttgart, Badén.

Como círculos directivos se han designado:

Hamburgo para Schleswig-Holstein, Schwerin para Meclem- burgo, Breslau para Silesia, Léipzig para Sajonia y Berlín, Nuremberg para Baviera, Colonia para el Rin y Westfalia.

Las comunas de Gotinga, Stuttgart y Bruselas seguirán provisionalmente en relación directa con el Comité central, hasta que consigan extender su zona de influencia lo bastante para poder formar nuevos círculos directivos.

La situación de la Liga en Badén habrá de concretarse con los informes que nos mande el comisario enviado a aquel distrito y a Suiza.

Allí donde, como ocurre en Schleswig-Holstein y Meclem- burgo, funcionan asociaciones de campesinos y jornaleros, los afiliados a la Liga han conseguido influir directamente en ellas y, en parte, dirigirlas y encauzarlas. Las asociaciones de obreros y jornaleros de Sajonia, Franconia, Hessen y Nassau, están también, en su mayor parte, bajo la dirección de la Liga. A ésta pertenecen asimismo los miembros más influyentes de la Fraternidad Obrera. El Comité central hace saber a todas las comunas y afiliados que esta influencia sobre las asociaciones obreras, gimnásticas, de campesinos y jornaleros, etc., es de la mayor importancia y debe procurar conquistarse en todas partes. E invita a los círculos directivos y a las comunas que mantienen correspondencia directa con él a que en sus próximas cartas le informen especialmente acerca de cuanto hagan en este respecto.

El emisario que enviamos' a Alemania, y al que el Comité central dió un voto de gracias por su actuación, sólo admitió en la Liga, en todos los sitios donde estuvo, a las personas de más confianza, dejando luego a cargo de éstas, por su mejor conocimiento de la situación local, el cuidado de extender la organización. Las circunstancias locales son

las que habrán de decidir si los elementos resueltamente revolucionarios pueden o no ingresar en la Liga. Allí donde eso no sea posible deberá formarse una segunda clase de afiliados, en que se recoja a los elementos que, siendo utilizables revolucionariamente y de confianza, no comprendan todavía las consecuencias comunistas del actual movimiento. Esta segunda clase de afiliados, a quienes debe presentarse la organización como puramente local o provincial, estará constantemente dirigida por los verdaderos afiliados y las autoridades de la Liga. Con ayuda de estas relaciones podrá consolidarse firmemente la influencia de la Liga, sobre todo en las asociaciones gimnásticas y de campesinos. Por lo demás, el detalle de la organización se deja a cargo de los círculos directivos, que deberán informar también de esto, sin pérdida de momento, al Comité central.

Una comuna ha instado al Comité central a que convoque inmediatamente un congreso federal en Alemania. Las comunas y los círculos comprenderán por sí mismos que, en las actuales circunstancias, ni siquiera los congresos provinciales de los círculos directivos son aconsejables en todas partes; un congreso federal, con carácter general, sería ahora absolutamente imposible. Sin embargo, el Comité central, en cuanto sea factible, organizará un congreso federal en el lugar más indicado. Un emisario del Círculo directivo de Colonia recorrió no hace mucho la Prusia renana y Westfalia. Hasta ahora no se ha recibido en Colonia su informe acerca de los resultados de ese viaje. Invitamos a todos los círculos directivos a que, tan pronto como les sea posible, envíen también emisarios a recorrer sus distritos, informándonos sin demora acerca de su labor. Finalmente, comunicaremos que en Schleswig-Holstein se ha encontrado contacto con el ejército, si bien estamos pendientes todavía de los informes concretos acerca de la influencia que en este punto pueda conquistar la Liga.

III. *Suiza.*

Esperamos todavía el informe de nuestro emisario. En la próxima circular daremos, pues, noticias detalladas acerca de esto.

IV. *Francia.*

Las relaciones con los obreros alemanes de Besangon y demás localidades del Jura han vuelto a reanudarse desde Suiza. En París, el afiliado que venía dirigiendo las comunas de aquella capital, Ewerbeck, se ha separado de la Liga, por considerar más importantes sus actividades literarias. Esto hace que el enlace esté roto, por el momento, y para reanudarlo ha de ponerse tanto más cuidado cuanto que los parisienses han dado entrada a un cierto número de elementos perfectamente inservibles, algunos de los cuales habían actuado antes, incluso, como francos enemigos de la Liga.

V. *Inglaterra.*

El Círculo de Londres es el más fuerte de toda la Liga. Se ha distinguido, sobre todo, por venir costeando casi exclusivamente, desde hace varios años, los gastos de la Liga y principalmente los viajes de los emisarios. Ultimamente se ha fortificado más todavía con el ingreso de nuevos elementos, y dirige continuamente la Asociación Obrera Alemana que aquí funciona y la' fracción más considerable de los emigrados alemanes residentes en Londres.

El Comité central mantiene relaciones con los partidos resueltamente revolucionarios de Francia, Inglaterra y Hungría, por medio de algunos de sus miembros delegados al efecto.

Entre los revolucionarios franceses se ha unido a nosotros, sobre todo, el verdadero partido proletario, que tiene por jefe a Blanqui. Los delegados de las sociedades secretas blanquistas mantienen relaciones constantes y oficiales con los delegados de la Liga, a quienes han confiado trabajos preliminares de importancia para la próxima revolución francesa.

Los jefes del partido cartista revolucionario mantienen asimismo relaciones regulares e íntimas con los delegados del Comité central. Sus periódicos están a nuestra disposición. A acelerar la ruptura declarada entre este partido obrero independiente y revolucionario y la fracción de tendencias conciliatorias acaudillada por O'Connor contribuyeron notablemente los delegados de la Liga.

El Comité central está igualmente en relaciones con el partido más avanzado de los emigrados húngaros. Este partido tiene importancia, pues en él forman muchos militares excelentes, que en un movimiento revolucionario se pondrían a disposición de la Liga.

El Comité central invita a los círculos directivos a que difundan con la mayor rapidez posible esta circular entre sus miembros y a que nos envíen cuanto antes sus informes. E invita a todos los miembros de la Liga a que desplieguen el mayor celo, ahora en que, las circunstancias son tan tirantes que ya no puede tardar mucho en estallar una nueva revolución.

VIII
DOCUMENTO REFERENTE A UN PACTO ENTRE MARXISTAS Y BLANQUISTAS

En la segunda alocución del Comité central de la Liga Comunista a sus afiliados (junio de 1850), hacia el final, dice Marx (v. supra, pág. 472): "Entre los revolucionarios franceses se ha unido a nosotros el verdadero partido proletario, que tiene por jefe a Blanqui. Los delegados de las sociedades secretas blanquistas mantienen relaciones constantes y oficiales con los delegados de la Liga, a quienes han confiado importantes trabajos preliminares para la próxima revolución francesa."

Ya en el cuaderno de marzo de la Nueva Gaceta del Rin (1850) había escrito Marx: "El proletariado francés se va agrupando cada vez más en torno al socialismo revolucionario, en torno al comunismo, para el que la propia burguesía ha inventado el nombre de

"blanquismo". Este socialismo es la declaración de permanencia de la revolución, la dictadura de clase del proletariado como tránsito necesario hacia la abolición de toda diferencia de clases,..." (Marx, Las luchas de clases en Francia, pág. 94).

Recientemente, el Instituto Marx-Engels de Moscú ha descubierto y publicado (v. Boletín del Instituto Marx-Engels, 1926, núm. 1) un documento redactado probablemente en 1850 (manuscrito, en francés) que abona, sin dejar lugar a duda, la existencia de un pacto sellado en su tiempo entre marxistas blanquistas. Este documento, extraordinariamente importante, que contribuirá indudablemente a rectificar, en parte al menos, los juicios superficiales que Blanqui suscita con tanta frecuencia entre marxistas, es un proyecto de estatuto para una organización revolucionaria central titulada Liga Mundial de Comunistas Revolucionarios (Société Universelle des Communis- tes Revolutionnaires.) El documento dice así:

LIGA MUNDIAL DE REVOLUCIONARIOS COMUNISTAS

Art. i. Esta Asociación se propone por finalidad el derrocamiento de todas las clases privilegiadas y su sujeción a la dictadura de los proletarios en que la revolución se mantendrá permanente hasta la implantación del comunismo, que será la última forma de vida de la comunidad humana.

Art. 2. Para la consecución de este fin, la Asociación establecerá un lazo de solidaridad entre todas las fracciones del partido comunista revolucionario, prescindiendo, como lo exigen los principios de la fraternidad republicana, de todas las fronteras nacionales.

Art. 3. El comité fundador de la Asociación forma el Comité central. Este instituirá nuevos comités mantenidos en relación con él allí donde lo exija el cumplimiento de su misión.

Art. 4. El número de miembros de la Asociación es ilimitado, pero nadie podrá ingresar en ella sin ser admitido unánimemente. La elección de miembros no deberá ser nunca secreta.

Art. 5. Todos los miembros de la Asociación se obligan, mediante juramento, a acatar incondicionalmente el artículo primero del presente estatuto. Cualesquiera modificaciones que en él puedan introducirse y que tengan por consecuencia atenuar la finalidad propuesta en el artículo primero, desligarán a los miembros de la Asociación de sus deberes.

Art. 6. Todos los acuerdos de la Liga serán tomados por dos tercios de mayoría de los votantes.

Adam. J. Vidil.
C. Karx. Augusto Willich.
F. Engels. G. Julián Harney.

Por lo demás, parece que la organización mundial estatuida no llegó nunca a actuar intensamente; desde luego, sólo tuvo una vida muy efímera. En el Comité central de

esta organización aparece del lado marxista, además de los nombres de Marx y Engels, el de Willich, que se separó de ellos radicalmente en septiembre de 1850, al producirse la escisión en la Liga Comunista. (V. infra, *págs. 478 ss.) Los franceses Vidil y Adam, que firman al pie de ese documento en nombre de los blanquistas, se aliaron íntimamente a la fracción de Willich-Schapper después de la escisión de la Liga Comunista. (V.* Correspondencia Marx-Engels, *t. 1, págs. 138-133, 163, 169.) Sus nombres figuran en un manifiesto de 16 de noviembre de 1830 firmado por Willich y Schapper, entre otros, como miembros del Comité de los socialdemócratas franceses proscritos en Londres (v.* Correspondencia Marx-Englcs, *t. I, pág. 117),* y *parecen haberse desviado cada vez más de Blanqui, hasta el punto de que un manifiesto redactado por Blanqui para ser leído en Londres el 24 de febrero de 1831, en una fiesta de conmemoración revolucionaria convocada por Vidil* y *otros, fué suprimido por el Comité directivo. En este manifiesto (reproducido más abajo), Blanqui, recluido en la cárcel, criticaba en acentos de gran dureza la conducta de los "socialistas demócratas franceses" (Luis Blanc y otros), a quienes Blanqui echa en cara —como había de ha,cer más adelante Marx en su* 18 Brumario— *su traición contra la revolución proletaria.*

Marx y Blanqui siguieron manteniéndose luego en relaciones. En su 18 Brumario *(escrito en 1832), Marx llama a Blanqui y a los de su grupo los "verdaderos caudillos del partido proletario francés", los "comunistas revolucionarios". Y en una carta a Engels del año 1861, le comunica la noticia de que "Blanqui me ha dado personalmente gracias muy calurosas, a mí y al partido proletario alemán, por nuestra simpatía. A mí me parece muy conveniente que volvamos a entrar en relaciones directas con el partido decididamente revolucionario de Francia".* (Correspondencia, *t. III, pág. 22.)*

En el estudio de D. Riazanof, Sobre la cuestión de las relaciones entre Marx y Blanqui *(publicado en la revista alemana* Unter dem Banner des Marxismus, *año II, cuad. 1-2, págs. 140 ss., 1928), se estudia detenidamente este punto* y *se reproduce (págs. 249 ss.), traducido del francés, el manifiesto de Blanqui de 24 de febrero de 1851 a que hemos hecho referencia y que el propio Marx se esforzó en su tiempo por difundir. El manifiesto dice así:*

MANIFIESTO DE BLANQUI
(1851)

¿Qué roca amenaza a la inminente revolución? La misma contra la que se ha estrellado la anterior: la deplorable popularidad de los burgueses disfrazados de tribunos del pueblo.

Los Ledru-Rollin, los Luis Blanc, los Lamartine, los Flocon, los Crémieux, los Marie, los Gamier-Pages, los Albert Dupont, los Arago, los Marrast .

¡Triste lista! ¡Nombres todos que están estampados con letras de sangre sobre el pavimento de las calles de la Europa democrática!

El Gobierno provisional ha estrangulado la revolución. Sobre su cabeza cae, íntegra,

la responsabilidad de todos los actos funestos, de la sangre de tantos miles de víctimas.

Cuando la reacción ahoga a la democracia no hace más que cumplir con su oficio. Los criminales son los traidores que entregan maniatado a la reacción al pueblo confiado a su caudillaje.

¡Miserable gobierno! Pese a todas las advertencias, pese a todas las súplicas, implanta el impuesto de los 45 céntimos, que alza contra él a las masas campesinas presas de desesperación... ¡Traidores!...

Mantiene en vigor el alto mando militar de la monarquía, los tribunales monárquicos, las leyes monárquicas... ¡Traidores!

El 6 de abril arrolla a los obreros de París, el 26 lleva a la cárcel a los de Limoges, el 27 ametralla a los de Rouen.

Lanza contra ellos a los verdugos, acosa, instiga, calumnia a los verdaderos republicanos. ¡Traidores! ¡Traidores!

Ellos, y sólo ellos, son los responsables de toda esta catástrofe que ha determinado la caída de la República.

Grandes fueron sus crímenes. Pero los más criminales de todos los criminales son aquellos en quienes el pueblo, fascinado a fuerza de frases, cree ver su escudo y su espada y a quienes aclama, entusiasmado, por dueños y señores de sus destinos.

¡Ay de nosotros si el día de nuestro próximo triunfo la magnanimidad olvidadiza de las masas vuelve a encumbrar en el Poder a esas gentes que no han hecho más que abusar del mandato que les otorgara la revolución! Otra vez la revolución volvería a estrellarse.

Que los obreros no pierdan jamás de vista esta lista de nombres malditos. Y si alguno de ellos, uno solo, vuelve a alzar cabeza con un gobierno nacido de la sublevación, todos deben gritar unánimemente: ¡Traición!

Los discursos, las promesas, los programas, volverían a ser engaño y mentira. Los mismos charlatanes volverían a lucir las mismas trampas habilidosas. Serían otra vez el primer eslabón de una nueva cadena de hechos brutalmente revolucionarios. ¡Que la maldición y la venganza caigan sobre sus cabezas si algún día osan volver a levantarlas! ¡Y caiga también la vergüenza y el desprecio sobre la muchedumbre flaca de memoria que vuelva a prestarles oídos!

No basta arrojar de la Casa de la Villa a los charlatanes de febrero, es menester precaverse contra los nuevos traidores.

Será un traidor todo gobernante que, elevado sobre el pavés por el proletariado, no proceda inmediatamente a implantar las siguientes medidas:

1. Desarme de las guardias cívicas.

2. Armamento y organización de milicias nacionales, formadas por toda clase de obreros.

Claro está que no es ésta la única medida que ha de adoptarse, pero sí la primera, garantía de todas las demás y única salvaguardia para el pueblo.

Ni un solo fusil debe quedar en manos de los burgueses; de otro modo, no habrá salvación.

La Las diversas doctrinas que hoy se debaten por conquistarse el favor del pueblo

sólo podrán realizar la mejora de su bienestar, que se proponen y prometen, si no dejan que se pierda lo conquistado por un fantasma.

Estas doctrinas darán ruidosamente en quiebra y el pueblo, llevado de su exagerada predilección por las teorías, se verá seducido a olvidar el único factor práctico del triunfo: la fuerza.

Armamento y organización: he ahí las armas decisivas del progreso, he ahí el medio más eficaz para poner fin a la miseria y a la opresión.

Quien tiene hierro, tiene pan. Ante la bayoneta no hay quien se doblegue, mas las muchedumbres desarmadas se conducen como rebaños. Una Francia henchida de obreros armados significa el triunfo del socialismo.

Ante proletarios apoyados en sus fusiles se evaporan y reducen a la nada todas las dificultades, todas las imposibilidades, todas las resistencias.

Pero si los proletarios no saben más que divertirse en manifestaciones callejeras, plantando "árboles de la libertad", escuchando discursos de abogados, ya se sabe la suerte que les espera: primero, agua bendita; luego, insultos, y, por último, un plato de judías verdes. Y siempre la miseria.

¡Que el pueblo elija!

IX

MARX CONTRA LA FRACCION ULTRAIZQUIERDISTA WILLICH-SCHAPPER

En sus Revelaciones sobre el proceso de los comunistas de Colonia *(cap. "La fracción Willich-Schapper"), Marx define del modo siguiente la situación política y la estructura especial creada dentro de la Liga Comunista al sobrevenir la escisión:*

"Desde la derrota de la revolución de 1848-1849, el partido proletario perdió en el continente lo único que por excepción había poseído durante ese breve período: Prensa, libertad de palabra y derecho de asociación, es decir, los medios legales para la organización de los partidos. Los partidos liberales burgueses y los democráticos de la pequeña burguesía encontraban en la posición social de las clases por ellos representadas, y a despecho de la reacción, las condiciones necesarias para mantenerse unidos bajo una u otra forma y defender con más o menos fruto sus intereses comunes. Después de 1849, como antes de 1848, al partido proletario no le quedaba más que un camino: el camino de la asociación secreta. Por eso desde 1849 surgen en el continente toda una serie de asociaciones proletarias secretas; descubiertas por la policía, condenadas por los tribunales, deshechas por la cárcel y rehechas una y otra vez por la fuerza de las circunstancias.

"Una parte de estas sociedades secretas aspiraba directamente a derribar .el Poder político imperante. Era legítimo que ocurriese así en Francia, donde el proletariado había sido vencido por la burguesía y los ataques contra el gobierno dominante coincidían directamente con los ataques contra la burguesía. Otra parte de estas sociedades secretas proponíase por objetivo organizar como partido al proletariado, sin preocuparse

de los gobiernos existentes. Las circunstancias lo demandaban así en países como Alemania, donde la burguesía y el proletariado se hallaban sujetos por igual a sus gobiernos semifeudales, donde, por tanto, un ataque triunfal contra estos gobiernos, lejos de derrocar el poder de la burguesía o de las llamadas clases medias, lo que haría sería ayudarlas a gobernar. Indudablemente que también en estos países los afiliados al partido proletario volverían a ocupar su puesto en una revolución contra el *statu quo,* pero no era misión suya preparar esta revolución, ni agitar, conspirar y anudar voluntades para fomentarla. Podían dejar estos preparativos al cuidado de las cosas de las clases directamente interesadas. Tenían necesariamente que hacerlo así, si no querían renunciar a su propia posición de partidos y a las tareas históricas que les imponían por sí mismas las condiciones generales de Ligas del proletariado. Para ellos, los gobiernos actuales no eran más que manifestaciones efímeras y el *statu quo* un alto muy breve, en el cual bien estaba que se agotasen luchando las fuerzas de una democracia mezquina y estrecha.

"La Liga Comunista no era, por tanto, ninguna sociedad de conspiradores, sino simplemente una sociedad que laboraba secretamente por la organización del proletariado, puesto que al proletariado alemán se le negaba públicamente el agua y el fuego, la libertad de imprenta, de palabra y de asociación. Si a esto se le quiere llamar conspiración, habrá que decir que también el calor y la electricidad conspiran contra el *estatismo.*

"Es evidente que una sociedad de esta naturaleza, que no pone su mira en formar el partido del gobierno del mañana, sino el partido de la oposición del porvenir, no podía ofrecer grandes encantos para individuos que buscan esconder su insignificancia personal bajo el manto escénico de conspiradores y que, mientras alimentan su mezquino orgullo pensando en el día próximo de la revolución, se dan, en tanto que ese día llega, gran importancia, toman parte en el botín de la demagogia y sueñan con ser aclamados por los charlatanes democráticos de feria.

"Por eso se separó, o fué separada si se quiere, de la Liga Comunista una fracción que exigía, ya que no verdaderas conspiraciones, que se guardase al menos la *apariencia* de conspiración y se sellase, como es lógico, una alianza directa con los héroes democráticos del día: la fracción de Willich y Schapper." *(Revelaciones,* págs. 55 ss.)

En una sesión del Comité central londinense de la Liga Comunista, celebrada el 15 *de septiembre de 1850, sobrevino, tras reñido debate, la escisión. La mayoría, acaudillada por Marx, desplazó la residencia del Comité central a Colonia; la fracción de Willich y Schapper siguió en Londres. Pocos meses después de disolverse la Liga Comunista (i85s) extinguióse también (a comienzos de 1853) la Liga de Willich y Schapper.*

En las Revelaciones *(págs. 20 ss. de la edición de Engels) se reproducen algunos pasajes del acta de la última sesión del Comité central londinense, a que hemos hecho referencia:*

"Apoyando su propuesta de separación, dice Marx, entre otras cosas, literalmente:

"La minoría suplanta la observación crítica por la intuición dogmática, la intuición materialista por la idealista. Para ella, la rueda motora de la revolución no son las circunstancias reales, sino la simple voluntad. Mientras que nosotros decimos a los obreros: tenéis que pasar por quince, veinte, cincuenta años de guerras civiles y luchas de pueblos, y no sólo para cambiar las circunstancias, sino para cambiaros a vosotros mismos, capacitándoos para el Poder, vosotros les decís todo lo contrario: "Es necesario que conquistemos inmediatamente el Poder, o si no, podemos echarnos a dormir." Y mientras que nosotros hacemos ver especialmente a los obreros alemanes que el proletariado alemán no está todavía suficientemente desarrollado, vosotros aduláis descaradamente el sentimiento nacional y los prejuicios de clase de los artesanos alemanes, lo que no dudo que os valdrá más popularidad. Hacéis con la palabra *proletariado* lo que los demócratas con la palabra *pueblo:* la convertís en objeto de adoración. Y lo mismo que los demócratas, deslizáis de contrabando en el proceso revolucionario la frase de la revolución, etc., etc."

"Schapper, contestando, dice literalmente: "He mantenido la posición que aquí se rebate porque yo, en estos asuntos, dejo hablar siempre al entusiasmo. Se trata sencillamente de saber si empezaremos decapitando nosotros o siendo decapitados (Schapper llegó hasta prometer que sería decapitado de allí a un año, o sea el 15 de septiembre de 1841). En Francia se impondrán los obreros, y por consiguiente también nosotros en Alemania. Si no fuese así, yo me tendería a dormir tranquilamente y disfrutaría de una posición material bastante mejor. Caso de triunfar podremos adoptar las medidas que aseguren el gobierno del proletariado. Yo profeso fanáticamente esta opinión, pero el Comité central ha entendido lo contrario, etc., etc."

Como se ve, no fueron razones personales las que produjeron la escisión en el seno del Comité central. Pero no menos falso sería hablar de diferencias de principio. El partido de Schapper-Willich no recabó jamás para sí el honor de poseer ideas propias. Todo lo que ellos aportaron fué la singular tergiversación de ideas ajenas, que creían haberse asimilado plasmándolas como artículos de fe y como frases. Igualmente falso sería estigmatizar el partido de Willich-Schapper, como "partido de acción", a menos que por acción "se entienda una vagancia disfrazada entre ruido de taberna, conspiraciones de mentirijillas y alianzas aparentes y sin contenido".

En un apéndice escrito en el año 1875 para la segunda edición de las Revelaciones, *Marx enjuicia ya menos severamente a Willich y a Schapper, lo cual no obsta para que, en lo que toca a su fracción, siga combatiendo con la misma energía esa enfermedad de infancia que es el ultraizquierdismo. En este apéndice dice Marx:*

"Toda revolución sofocada violentamente deja en las cabezas de quienes tuvieron parte activa en ella, sobre todo si se ven lanzados desde su campo propio de operaciones al destierro, una conmoción que turba por más o menos tiempo hasta el juicio de las personas más capaces. No aciertan a encontrar el hilo de la historia, no se resignan a reconocer que la forma del movimiento ha cambiado. De aquí el aventure- rismo

conspirador y revolucionario, igualmente comprometedor para ellos que para la causa a la que sirven; de esa raíz nacían también las torpezas de Schapper y de Willich. Willich demostró en la guerra norteamericana de secesión que tiene algo más que fantasía, y Schapper, campeón durante toda la vida del movimiento obrero, reconoció y confesó, poco tiempo después del proceso de Colonia, su pasajero extravío. Muchos años después, en su lecho de muerte, un día antes de morir, todavía me hablaba con mordaz ironía dé aquellos tiempos de "atolondramiento de la emigración". Mas las circunstancias en que hubieron de ser redactadas las *Revelaciones* explican, por otra parte, la crudeza de los ataques contra los que, sin saberlo, servían de cómplices al enemigo común. En momentos de crisis, la falta de serenidad se convierte en un crimen contra el partido, que reclama pública sanción." *(Revelaciones,* pág. 720.)

X

LAS CONSECUENCIAS DE LA REVOLUCION DEL PROLETARIADO

por Moses Hess (1847).

Como Marx y Engels, Moses Hess (1812-1875), oriundo también del Rin y de familia de industriales, vino al campo del comunismo desde la filosofía hegeliana a través de Feuerbach. 'En 1857 publica su Historia sagrada de la humanidad, obra teñida todavía de un marcado carácter místico-religioso. En 1841 ve la luz su Triarquía europea, libro en que se mantiene la idea de que la salvación de la humanidad sólo puede venir de la unión de la filosofía alemana con el espíritu revolucionario francés y la política social inglesa. Es la misma idea de fusión entre la filosofía, la revolución y la economía, respectivamente, representadas por los tres países, con que nos encontramos en Marx. Hess, influido por los socialistas franceses, abrazó la causa del comunismo antes que Marx y Engels, y él fué quien persuadió a éste, en 1842, de que "el comunismo era el desarrollo lógico y necesario de la doctrina neohegeliana". En uno de los artículos de su serie "Los progresos de la reforma social en el continente", publicada en noviembre de 1843 en el New Moral World, de Londres, Engels dice, refiriéndose a Hess, que era "el primer comunista del partido" (de los neohegelianos). (Obras completas, ed. del Instituto Marx- Engels, t. I, pág. 77.) Hess trabó conocimiento con Marx en Colonia, en 1841-42, y más arriba (supra, pág. 258) cita Ria- zanof un pasaje de una carta en que Hess da rienda suelta a su entusiasmo por su nuevo amigo. Hess fué también asiduo colaborador de la Gaceta del Rin, fundada poco después. La alianza con Marx y Engels se va estrechando más y más en los años siguientes, al servicio de la causa común. Durante sus meses de agitación comunista en la provincia del Rin, Engels funda con él (Cartas a Marx de 20, 1, 1845, Correspond., t. I, pág. 10) la revista mensual titulada El Espejo de la Sociedad, y juntos se proponen dirigir una "biblioteca de los mejores escritores socialistas del extranjero". (Idem, pág. 18.) Por aquellos mismos meses, Hess colaboró también con Marx y Engels en la Ideología alemana *(iSqq), principalmente en*

la parte de polémica contra Stirner. Fué también por entonces cuando se forjó el plan, irrealizado, de una revista trimestral dirigida por los tres. Es indudable, pues, que de todos los intelectuales de tendencia radical agrupados por aquella época en el campo comunista no había ninguno más afín a Marx y *Engels que Mases Hess. Hess, emigrado también en París, púsose en contacto con los elementos de la Liga de los Justicieros, colaboró en las revistas socialistas de la época, principalmente en la* Gaceta Alemana de Bruselas, y *ocupa un lugar muy destacado entre los comunistas de este período.*

Sin embargo, su comunismo no había logrado desprenderse por completo de las reminiscencias filosóficas, abstractas y conceptuales de su primera época, para afrontar de lleno la realidad económica. Y así, entre él y Marx y *Engels, empezaron a surgir diferencias de apreciación que ya en 184/ se tradujeron en una ruptura bastante clara. En la correspondencia entre Marx y Engels de por esta época aparecen frecuentes ataques contra Hess, por el confusionismo de sus propagandas en los medios obreros. Y en la crítica que se traza en el Manifiesto Comunista del "socialismo alemán o verdadero", no cabe duda que se apunta también contra él, al mentar irónicamente la "filosofía del hecho".*

En sus tres artículos sobre "Las consecuencias de la revolución del proletariado" (publicados en la Gaceta Alemana de Bruselas *en los días 10* y 25 *de octubre y 4 de noviembre de 1844),* y *que hemos juzgado de interés para completar el panorama. social e ideológico de la época del Manifiesto Comunista, se ve lo fielmente que, a pesar de todo, se había asimilado su autor las ideas marxistas* y *con qué sincero espíritu revolucionario sabía exponerlas. Estos artículos están, indudablemente, influidos por las conferencias que Marx acababa de pronunciar en la Asociación Obrera de Bruselas. En la historia de los orígenes del Manifiesto Comunista, los artículos de Hess tienen el interés de presentarnos las ideas que necesariamente tenían que inspirar el proyecto de catecismo comunista redactado en aquellos mismos días por su autor para contender con el de Engels y que, desgraciadamente, no ha llegado a nosotros. Nuestra traducción se basa sobre el texto de H. Duncker,* Principios de comunismo, *en "Elementarbücher des Kommunismus", págs.* 51-75.

I

Un importante problema se ofrece a discusión en estos momentos ante nuestros amigos: el problema de saber *qué medidas habrán de adoptar los proletarios, una vez que, derrocando a las clases gobernantes, hayan conquistado el Poder político.* Este problema es para nosotros el verdadero problema vital en un doble sentido. De su solución dependerá: primero, el que la tantas veces invocada y tan deplorada "escisión en el campo de los radicales" sea tal que no pueda remediarse o nos infiera grave daño, y segundo, el que la revolución, que nuestros enemigos tanto temen y hacen bien en temer, deba ser apetecida y ansiada por nosotros con tanta mayor razón y que, por tanto, haya de estallar más temprano o más tarde; el que esa revolución, repetimos,

sea beneficiosa solamente para los señores burgueses o para el pueblo todo, para los obreros.

Como es sabido, no hace mucho que aquí en Bruselas se celebró un congreso deeconomistas que, animados por el propósito de dar impulso al librecambio, debatieron el problema de cuál de los dos sistemas, éste o el opuesto a él, el proteccionista, respondía mejor al interés de toda la sociedad y sobre todo, como ellos mismos hacían resaltar, al interés de los obreros. Los señores economistas, burgueses en persona o representantes de la burguesía, no hacían más que aparentar que discutían ambos sistemas, pues ya sabían de antemano que no habían de adoptar más fórmula que la librecambista. Aquello de discutir los dos sistemas en interés de los obreros no era más que una comedia y una pura hipocresía. Y si Jorge Weerth **120**, uno de nuestros amigos, no hubiera podido hacer uso de la palabra por una feliz casualidad, no se habría pronunciado en todo el congreso ni una sola sílaba en interés de los trabajadores, como tampoco supieron aducirse más razones económicas que las tan sabidas y resabidas, que vienen todas a parar, en fin de cuentas, a demostrar que el librecambio hace a la clase gobernante más poderosa y enriquece todavía más a los ricos, quitando todo estorbo a la libre concurrencia. Razones éstas que dicen mucho en interés de quienes tienen actualmente en sus manos el desarrollo de la industria, pero que son un triste consuelo para quienes, como los obreros, se ven obligados forzosamente a vender su trabajo. El librecambio lo abarata todo, reduce todas las mercancías a su valor natural, para decirlo con los economistas; o lo que es lo mismo, reduce su valor de cambio a su coste de producción. Mas con eso reduce también el valor del obrero a su límite natural, reduce al obrero, en lo que tiene de mercancía —y no otra cosa es el trabajador, en cuanto obligado a vender su fuerza de trabajo—, a su coste de producción, y la libre concurrencia, cuyo imperio ilimitado trata de instaurar el librecambio, hace que no reciba por su trabajo más que lo estrictamente indispensable para existir, para poder vivir trabajando, cada vez con mayor aprieto; y de vez en cuando, en los momentos de crisis comerciales, para no poder vivir siquiera, sino tener que morirse de hambre. Esa ley económica, que hace ya mucho tiempo que los economistas más prestigiosos han descubierto y proclamado, hace, pues, que todas las mercancías se abaraten, abaratando también, por tanto, hasta el máximo, a los obreros (v. Marx, *Misére de la Philosophie)* **121** ; por donde aquellas excelentes razones que, siguiendo las huellas de los anteriores economistas, se adujeron en abono del librecambio, son para los trabajadores, como decíamos, un triste consuelo. Pero esto se silenció discretamente. No se tuvo la valentía de repetir sinceramente cuanto había sido expuesto por los economistas. No, nada de eso. Los oradores sólo tomaron de los economistas aquello que podía agradar a sus oyentes; lo desagradable, la ley económica en su aplicación a los salarios, se suplió y adornó con un montón de frases hipócritas y filantrópicas. No había, pues, más remedio que volver a plantear, esta vez en interés de los trabajadores, el problema que aquel congreso había puesto sobre el tapete. Y así se hizo. Formuláronse toda una serie de protestas, verbales y escritas, contra el congreso, gracias a las cuales se puso en claro, sobre todo para quienes habían asistido a los debates orales, que ni el

librecambio ni el proteccionismo podían, a la larga, mejorar la situación de los obreros. Lo mejor que en apoyo de las leyes arancelarias podía alegarse era que en los países de industria poco desarrollada, como Alemania por ejemplo, ese sistema podría contribuir a elevar la industria, y con ella a todo el país, al nivel en que ya se mueven hoy los países más progresivos del mundo civilizado, esos países que necesitan del librecambio para la expansión de su industria. Es decir, que, en el mejor de los casos, el sistema arancelario sólo serviría para preparar el terreno al librecambismo, o sea al sistema que permite, al burgués explotar en las condiciones más favorables, como hemos visto, al trabajo y a los obreros. Por donde *la meta de toda la economía moderna, cualquiera de los dos sistemas que abrace, es siempre la explotación del trabajo* en interés de los que no trabajan, en interés de los burgueses ricos. Entre proteccionistas y librecambistas no hay más que una diferencia: que los segundos creen poder alcanzar esa meta, la meta de la burguesía, la explotación de los obreros, directamente, por medio del librecambio, mientras que los primeros siguen un camino indirecto a través de los aranceles protectores.

A los obreros, que no estaban dispuestos a seguir dejando que los señores burgueses explotasen su trabajo como una mercancía, se les planteaba ahora, naturalmente, este problema: "Si ninguno de los dos sistemas, ni el proteccionista ni el del librecambio, redunda a la larga en beneficio de los obreros, pues ambos son altamente perjudiciales para ellos y acabarán por desencadenar, necesariamente, una revolución del proletariado, ¿qué medidas habrán de adoptar los proletarios una vez que, derrocada la clase gobernante, conquisten el Poder político?"

Así planteado y formulado en una asamblea obrera, después de todos los actos económicos a que se ha aludido, este problema presenta un relieve muy distinto al que tendría si lo plantease cualquiera de esos urdidores más o menos cultos de sistemas, sin preocuparse para nada de las condiciones y las luchas sociales existentes, y no precisamente en interés de la clase obrera oprimida, sino al servicio de un "principio" cualquiera y de su "realización". Mas aquí no se trata de principios, sino de intereses, y concretamente de esos intereses que hasta hoy no se han impuesto nunca, de los intereses de los trabajadores desposeídos, de su existencia.

Que el pueblo no se deja ya cebar con ideas y principios, 'con frases brillantes de Igualdad, Libertad y Fraternidad, después de haber sido seducido ya más de una vez con ellas, sacándole a la burguesía las castañas del fuego; que los obreros, cuando vuelvan a alzarse contra los señores, pensarán por fin en sí mismos, mandando al diablo de una vez a todos sus tiranos, sean aristócratas o burgueses, sean señores de los que les engañan con Dios por el rey y por la patria o con dinero por la Igualdad, la Libertad y la Fraternidad, es cosa que ya han advertido todos aquellos que, aun siendo *demócratas* de la vieja estirpe, sólo laboran por una revolución política, por el derrocamiento de las clases gobernantes, en interés de los obreros. De» ellos no puede decirse, pues, que no han aprendido nada ni olvidado nada. No, algo han aprendido de la experiencia: han aprendido, por lo menos, la perfidia y la vileza de las gentes adineradas, el hambre y la rebeldía de los proletarios. Por eso tienen preparadas *reformas* encaminadas a destruir

el poder del dinero y mejorar la suerte de los trabajadores. Sí, todos los demócratas políticos radicales son hoy, en mayor o menor medida, "socialistas" y "organizadores obreros". Pero aunque las experiencias más recientes les hayan infundido la idea de una reforma social, no se avienen a aplicar, para implantarla, la experiencia; se imaginan que sus ideas reformadoras, acabadas de nacer, son ideas y principios eternos; créense obligados a cimentar sus flamantes proyectos socialistas sobre sus ideas y principios políticos ancestrales, cuya eternidad está muy lejos de haberse demostrado; tan lejos, que *frente al poder del dinero son completamente impotentes, y por tanto muertos.* Si en vez de acogerse a sus viejas frases y a sus nuevas ocurrencias se fijasen más, para levantar sus proyectos de reforma, en las circunstancias y en los hechos, verían que todas las reformas que en lo sucesivo puedan emprenderse en interés de los trabajadores comienzan con la abolición parcial de la industria privada y tienen necesariamente que acabar en su radical extirpación; verían que en esta reforma queda muy poco margen para el ingenio y el libre albedrío y que, cuando llegue el día del triunfo de la clase obrera oprimida contra la clase opresora, todos esos proyectitos de organización de demócratas y socialistas tendrán que ceder el puesto *a unas cuantas medidas sencillísimas,* condicionadas y nítidamente delimitadas por las condiciones económicas de lugar y tiempo. Cuanto más sencillas sean estas medidas y menos dependan de los constructores de sistemas y los genios originales, tanto menor será el daño que produzca la escisión en el "campo de los radicales", llegado el momento de la acción. Por eso, cuanto más de acuerdo nos pongamos hoy acerca de la naturaleza de estas medidas, más nos convenceremos de que esa "escisión" no es más que una pura discordia de principios que, por tanto, no puede afectar a quienes no luchan por principios, sino por intereses, a quienes sólo preocupa el triunfo de sus intereses o, para decirlo más concretamente, de su *existencia amenazada.*

Pero antes de contestar a la pregunta de qué medidas deberá adoptar el proletariado cuando conquiste el Poder político, debemos ponernos de acuerdo acerca de *las condiciones de una revolución* que arranca del verdadero pueblo, de los obreros, de los proletarios, y lleva a éstos al Poder.

Una revolución del proletariado exige ante todo un prole- tañado, exige una lucha en que no se pugna ya por principios abstractos meramente, sino por intereses reales y tangibles, por la existencia amenazada de toda la clase obrera; presupone, por tanto, la existencia de una clase obrera amenazada por igual en su gran mayoría; presupone, por tanto, que estos obreros sepan contra qué enemigo tienen que luchar y que posean, por fin, los medios necesarios para vencerlo.

Las condiciones previas de esta revolución del proletariado no se dan todavía en todas partes: no se dan en *Alemania,* donde todavía existe una escala completa de opresiones populares, ni se dan siquiera en *Francia,* si bien en ambos países estallará muy pronto una revolución que deje vía libre a los proletarios. Acaso sea *Inglaterra* el único país de Europa donde sea factible una revolución del proletariado y donde ésta se convierta, no tardando, en una necesidad. Esto no quiere decir, ni mucho menos, que si algún día se ve

derrocada en Inglaterra la clase gobernante, esta clase pueda seguir al frente del Poder en los demás países del mundo civilizado. Las relaciones sociales del mundo civilizado son demasiado íntimas y están demasiado entrelazadas para que, al subvertirse en un país, y en un país como Inglaterra, cuyo comercio y cuya industria abarcan el mundo, no acarreen consigo, forzosamente, la subversión de los demás países. Aquí no nos proponemos indagar cuándo ni dónde ha de estallar por vez primera la revolución, sino investigar las condiciones necesarias de una revolución del proletariado. Esta presupone, como hemos dicho, una opresión uniforme de la clase obrera y la existencia de los medios necesarios para el derrocamiento de la clase gobernante, de la burguesía, por la clase trabajadora. Veamos, pues, qué condiciones sociales han de concurrir para engendrar aquella uniformidad de opresión y estos medios.

Ya hemos apuntado más arriba hacia el hecho de que la libre concurrencia, qu'e es en última instancia el librecambio, nivela todos los *salarios,* al reducir el valor del trabajo, el precio de esta mercancía, como el de otra cualquiera, al coste de producción, al llamado *mínimo,* o sea a lo estrictamente indispensable para mantener vivo al hombre que trabaja; o, para decirio en otros términos, a lo estrictamente indispensable para producir el obrero. Mas para que la libre concurrencia alcance esta cúspide de perfección, en la que se realiza íntegramente aquella ley que los economistas bautizan de "natural", han de preceder toda una serie de hechos económicos: invención de las máquinas, perfeccionamiento y multiplicación de los instrumentos de producción, división acentuada del trabajo, épocas de superproducción, es decir, épocas en que la producción supere al consumo y en que, por tanto, surjan crisis económicas que amenacen con destruir económicamente a todo un país, si no se quitan de en medio los obstáculos que todavía se interponen ante el desarrollo de la industria. La libre concurrencia no consiste, en efecto, en otra cosa que en eliminar cuanto entorpece el desarrollo de la industria privada. Sólo cuando, por efecto de ese desarrollo industrial, se borran todos los monopolios, y privilegios, todos los aranceles y leyes protectoras que favorecen a una rama de la producción, por ejemplo la del trigo, o a otra industria nacional cualquiera, en detrimento de las demás, puede la producción abaratarse en la medida de lo posible; sólo entonces el valor de la mercancía se reduce a su límite "natural", al coste de producción; sólo entonces se intensifica ésta hasta alcanzar el nivel en que lo producido excede de las necesidades del consumo, bajo las condiciones económicas actuales; sólo entonces se ven sujetos los obreros *por igual a la misma ley del salario mínimo;* sólo en-' tonces se ven los trabajadores arrojados a la calle en masa, bajo la acción de las crisis económicas periódicamente reiteradas. Al llegar ahí las cosas, los obreros, si quieren sacudir de una vez y para siempre el yugo de sus opresores, no tienen más que apoderarse de los instrumentos de la producción, que existen ya en proporciones abundantes, y producir por cuenta propia. Una vez que las condiciones sociales alcanzan ese nivel revolucionario, ya nada podrá contener la revolución del proletariado. Será inútil cuanto se haga por seguir desarrollando la industria privada, y la masa de los instrumentos de la producción se verá rodeada por una masa coherente

de proletarios obligados a holgar y a morir de hambre en medio de esta riqueza de fuerzas productivas. La clase trabajadora verá entonces quién es su verdadero enemigo; se persuadirá de que este enemigo no es otro que la industria privada; sabrá que tiene que desarmar a su enemigo y derrotarlo con sus propias armas; más aún, verá que ya tiene en la mano esas armas y que le basta con volverlas contra su enemigo para entrar inmediatamente, y no por el momento, sino para siempre, en posesión de cuanto necesita para vivir. Es evidente que una revolución como ésa, que *sustraerá a las manos de los particulares los instrumentos de producción de la gran industria* para ponerlos directamente en manos del pueblo y al servicio de sus necesidades, hará perecer automáticamente una parte considerable de la industria y de la propiedad privada, que se caerán para no levantarse más. Los instrumentos de producción de la gran industria: máquinas, fábricas, ferrocarriles, etc., todos estos capitales que pasan ahora a manos del pueblo, no podrán ser repartidos, sino que habrán de *administrarse en común,* para poder ponerse en movimiento. Y si ya hoy, en que la gran industria está en manos de particulares y se ve embarazada a cada momento en su desarrollo por las crisis comerciales, etc.; si ya hoy, a pesar de todo, la gran industria atrae a su seno a toda la producción y hasta a la agricultura, a la larga, ¿qué rama de producción se le podrá resistir, una vez que se haya convertido en industria nacional? Si ya hoy la gran industria, en perjuicio del pueblo y contra su voluntad, destruye toda la laboriosidad industrial pequeñoburguesa, sin que esté en manos de los hombres impedirlo, ¿qué poder del mundo salvará esa laboriosidad industrial pequeñoburguesa cuando la gran industria obedezca al interés del pueblo y a su soberana voluntad?

Investigando la naturaleza de una revolución del proletariado, hemos descubierto al mismo tiempo qué clases de medidas podrán y deberán implantar los obreros, después de esa revolución, para derrocar definitivamente el poder de la burguesía, destruir la potencia del dinero y acabar para siempre con su influencia. Veamos ahora qué repercusiones habrá de tener esta revolución del proletariado, que arrancará, como hemos visto, de aquellos países en que la industria está más desarrollada y en que la gran industria atraviesa por una conmoción radical; veamos, digo, qué repercusiones tendrá esta conmoción en todas nuestras condiciones de trabajo y de tráfico, lo mismo en el régimen de propiedad que en el sistema de producción de todos los medios de vida y de todas las riquezas; veamos, ante todo, cómo transcenderá al resto del mundo una revolución del proletariado, cualquiera que sea el país de que arranque.

La consecuencia inmediata de esa revolución para todos los países del mundo civilizado será, necesariamente, la ruina, la bancarrota de todas o a lo menos de la inmensa mayoría de las grandes casas que trabajan directa o indirectamente para el mercado mundial, lo mismo aquellas que se dedican a la fabricación y al comercio, que las que están en relación directa o indirecta de crédito con la gran industria, ya sea por medio del dinero y los negocios bancarios o por medio de acciones ferroviarias, títulos de la Deuda, valores de Banco, etc. Una simple crisis comercial producida en Inglaterra provoca en casi todos los países, como tantas veces se ha podido comprobar y en estos momentos vuelve a observarse, un sinnúmero de quiebras, que, a su vez,

acarrean por todas partes una paralización general de los negocios, fuente de nuevas quiebras, despidos de obreros, etc. Un terror pánico se apodera del mundo. Los años de hambre y las epidemias del cólera pasan a segundo término. El morbo hace que se retraigan los capitales, esperando tiempos mejores. Entre tanto, caen en la miseria y perecen de hambre miles de proletarios; la "población sobrante" sucumbe por imperio de las leyes económicas y a despecho de toda la caridad y todos los lamentos de los filántropos. Y si esto ocurre sin revolución, después de una vulgar crisis comercial, ¿cuáles no serán las consecuencias de la *crisis* que sobrevenga abriendo los cauces a la revolución del proletariado? Supongamos que estallase en Inglaterra una revolución obrera que pusiese en manos del pueblo los instrumentos de producción de la gran industria: ¿qué ocurriría si a la hecatombe de la crisis comercial y financiera viniese a unirse la hecatombe de semejante revolución? Todos los capitales huirían del mercado mundial, toda la industria se paralizaría. Los obreros no encontrarían trabajo en parte alguna, las pequeñas industrias no podrían vivir. Un descontento general se adueñaría de todo el pueblo; no sólo de la clase obrera, sino también de toda esa clase media que va resbalando poco a poco hacia el proletariado y que ve abrirse ante ella el abismo de la ruina. El ejemplo de una gran revolución, ya bastante contagioso de por sí, ejercería ahora un influjo tanto más irresistible sobre todos los países civilizados cuanto que a la impresión moral producida vendría a unirse esta vez una impresión de carácter marcadamente material. Estallaría *un incendio mundial* que los bomberos uniformados de los moradores de palacios tendrían que contemplar cruzados de brazos, pues el mundo rompería a arder al mismo tiempo por todas partes. Y la obra comenzada por los proletarios sería llevada adelante, de grado o por fuerza, por los demócratas políticos, con principios socialistas o sin ellos. El pueblo se adueñaría en todas partes del Poder político y pondría en marcha por cuenta del Estado los instrumentos inactivos de producción de la gran industria. En todas partes se organizaría el trabajo siguiendo el ejemplo de los proletarios ingleses, y de entre los escombros de la industria privada se alzaría una nueva y grandiosa industria mundial, que no trabajaría ya por cuenta de unos cuantos individuos y para desdicha de la clase trabajadora, sino en interés y por cuenta de todo el pueblo.

II

Era necesario, antes de pasar adelante, aclarar las condiciones previas de la revolución de que tratamos, para poder luego valorar en todo su alcance sus consecuencias. Recapitulemos rápidamente las dichas condiciones.

Es, como hemos visto, la *gran industria.* la que ofrece, en última instancia, todos los medios necesarios para subvertir la actual organización social, basada en la industria privada, en la propiedad privada y en el comercio privado. Es la gran industria la que crea la clase revolucionaria y la une contra la clase burguesa gobernante. Es ella la que capacita subjetivamente al proletariado para sacudir su yugo, infundiéndole la conciencia de su situación. Es ella, finalmente, la que crea también los medios materiales objetivos,

necesarios para esta transformación social, al acumular una plétora tal de instrumentos perfeccionados de producción, que nada es más fácil que producir abundantemente con ellos lo necesario para todos, si se eliminan los obstáculos que hoy día entorpecen a cada momento la producción.

¿Qué es lo que entorpece hoy a cada momento la producción? Las *crisis comerciales.* ¿De dónde provienen las crisis comerciales? De la superproducción. ¿Por qué se produce hoy más de lo que puede ser consumido? ¿Es que todos los individuos de la sociedad se hallan abastecidos con exceso de lo que necesitan? No, nada de eso; la mayoría de ellos no tienen ni siquiera lo indispensable para vivir, y mucho menos todo lo que el hombre necesita para desarrollar todas sus dotes, capacidades y energías; lejos de eso, para poder satisfacer todas las necesidades y las necesidades de todos, sería necesario producir mucho más de lo que se produce. ¿Por qué, entonces, en los tiempos actuales, no se consume siquiera lo que se produce? ¿De dónde proviene la "superproducción", esa aparente saciedad en medio de la carencia? Ya lo hemos visto. Cuanto más progresa la industria privada, más se acumulan los capitales en unas cuantas manos, más forzados se ven, por tanto, los no poseedores a vender a los poseedores sus fuerzas personales de trabajo, para obtener de ese modo los medios de vida más indispensables. Pero el obrero, obligado a venderse a sí mismo, o lo que tanto vale, a vender sus fuerzas, se convierte en una mercancía; su valor se rige por las mismas leyes económicas que el de otra mercancía cualquiera. Los progresos de la industria, la división del trabajo, los instrumentos perfeccionados de producción, la concurrencia de las máquinas y las de los obreros entre sí, abaratan el obrero, como cualquier otra mercancía, y reducen su valor, por término medio, a su coste de producción, a lo que cuesta escuetamente su existencia. Es decir, que el obrero, por término medio, no puede *consumir más de lo estrictamente indispensable para vivir.* No puede ni pensar en satisfacér todas sus necesidades, en desarrollar todas sus dotes, capacidades y energías. Y *ni siquiera lo estridamente indispensable* para vivir puede consumirlo siempre. La ley económica, según la cual todos los precios de las mercancías se reducen a su coste de producción, sólo rige, como las demás leyes económicas, en términos generales, o sea en el promedio de los casos; es, para decirlo en otros términos, una abstracción de la inteligencia, que comparando todos los casos concretos, las distintas fluctuaciones de los precios de las mercancías en los tiempos buenos y malos, deduce de la experiencia la regla general de que los precios se ajustan, por término medio, al coste de producción de cada mercancía. Pero esta ley no regula, ni mucho menos, la industria privada. Mientras la producción se halle en manos de unos cuantos individuos, mientras la circulación de los productos corra igualmente a cargo de unos cuantos particulares, jamás podrá saberse cuánto necesita producirse para cubrir la demanda de los consumidores, para no lanzar al mercado ni más ni menos mercancías que las apetecidas, que las que pueden encontrar comprador. A esto obedecen las continuas fluctuaciones de los precios. Los buenos tiempos se alternan con los malos, las coyunturas favorables del comercio con las llamadas crisis comerciales. Estas siguen siempre, periódicamente, a aquéllas. Y como ni la industria privada ni el comercio privado pueden pulsar las necesidades del mercado mundial, la

producción, en la actual sociedad, se mueve por indicios, dejándose guiar por síntomas engañosos. Si el mercado mundial registra una demanda grande de mercancías, todo el mundo procura apurar en lo posible la coyuntura favorable, todo el mundo produce y compra especulando, es decir, con la esperanza de volver a vender con ganancia las mercancías compradas, hasta que llega un momento en que se demuestra que el mercado mundial está sobresaturado de mercancías. Inmediatamente sobreviene la "baja", para decirlo en el lenguaje de los comerciantes. Los precios de las mercancías caen por debajo de su coste, y los fabricantes que no quieran producir perdiendo no tienen más remedio que reducir la producción. Esto hace que también el valor del obrero baje del nivel de su coste de producción, que también el obrero se cotice menos en el mercado. En estas condiciones, el trabajador no obtiene siquiera por su fuerza de trabajo lo estrictamente necesario para vivir, con lo cual el nivel del consumo baja todavía más. La crisis comercial se acentúa, los comerciantes se hunden, no pueden sostenerse, dan en quiebra. Cada vez se consume menos y se produce todavía menos, pues el terror se adueña de todos los fabricantes y especuladores. Gracias a esto, al producirse menos de lo que se consume, la crisis comercial toca a su fin. En el mercado mundial vuelve a dibujarse una tendencia de alza en los precios de las mercancías; las pocas mercancías que aún quedaban desaparecen rápidamente del mercado. Al capitalista vuelve a sonreírle la esperanza de lucro; la producción se reanuda. ¿Y qué perspectiva se abre ante el obrero —al que alguien ha llamado, sin razón, un "esclavo blanco", pues no es tal esclavo, sino una simple mercancía—, qué perspectivas se abren ante esta mercancía, ante el obrero? También su precio experimenta nuevamente una subida; los obreros que han logrado sobreponerse a la crisis, los que no se han muerto o arruinado físicamente durante ésta, vuelven a subir de precio. Consecuencia de esto es que se produzcan cada vez más obreros, que los obreros se multipliquen. Y no se olvide que los trabajadores se multiplican de dos maneras: muriéndose menos, casándose más, procreando más hijos y atrayendo a las filas del trabajo industrial o fabril a más individuos de las clases medias, arruinados durante las crisis, o a aquellos que hasta ahora habían trabajado en la agricultura o en cualquier otra actividad. Esta concurrencia, unida a la concurrencia de las máquinas, que vuelven a perfeccionarse y multiplicarse diariamente, unida por fin a la división, nuevamente intensificada, del trabajo y al desarrollo fabril de los oficios manuales —que hasta ahora habían escapado en parte a la invasión de la fábrica—, contribuye a deprimir nuevamente y con gran celeridad el valor del obrero. A esto se añade el que los obreros no experimentan, ni mucho menos, una subida tan rápida de precios como las demás mercancías, porque no han desaparecido del mercado como éstas durante la crisis, sino que han sobrevivido a ella en buena parte, pues la vida del hombre tiene grandes resistencias. El obrero no sube, por tanto, de precio en la misma proporción en que ha caído. En el mejor de los casos rebasa imperceptiblemente su coste de producción. Por eso la demanda de la gran masa del pueblo se reduce constantemente a los simples víveres: pan, patatas, aguardiente, etc., y a artículos de vestir no menos simples, v. gr., géneros de algodón, víveres y género que forman hoy, por consiguiente, el gran contingente de la producción.

Vemos, pues, que lo que hoy entorpece la producción no es precisamente la carencia de fuerzas productivas, sino *la carencia de fuerzas de consumo.* La masa del pueblo es una mercancía cuyo premio se cotiza casi siempre a la "baja" y que jamás excede considerablemente del coste de producción. Tal es la causa de que hoy se consuma menos que se produce, la causa que entorpece, en calidad y en cantidad, el desarrollo de la producción. El nivel de ésta sólo podrá levantarse levantando el nivel del consumo. Y el nivel del consumo, a la larga, sólo podrá hacerse subir, perfeccionarse cuantitativa y cualitativamente, cuando el obrero deje de ser una mercancía, cuando, por tanto, su valor deje de estar sujeto a las leyes económicas que rigen los precios de las mercancías. Sólo entonces, cuando los obreros no puedan "cotizarse a la baja", dejará de bajar la producción y podrá ésta satisfacer holgadamente *todas* las necesidades del hombre y las necesidades de *todos* los hombres.

Ahora bien, ¿qué deben hacer los obreros para dejar de ser cotizados a la baja? Respuesta: No tienen más camino que dejar de ser una mercancía, que *dejar de venderse a los señores burgueses.* Pero entonces, si dejan de vender su trabajo por dinero a los señores burgueses, ¿de qué han de vivir? ¡Peregrina pregunta! ¿De qué viven los propios señores burgueses? ¡De sus capitales, de las ganancias y los réditos que éstos arrojan! Pero veamos, ¿qué es el capital? Trabajo almacenado, acumulado. ¿Es que los poseedores de capitales han producido ellos mismos ese trabajo que acumulan? Nada de eso; han hecho que lo produjesen los obreros para ellos, por cuenta suya. Pues bien, si es así, ¿por qué, en vez de producir por cuenta de los señores burgueses, no pueden los obreros producir también por cuenta propia? No, no pueden, porque para producir capital hay que tener ya capital; hay que tener, en primer lugar, una cantidad de medios de vida suficientemente grande para poder existir mientras se producen, trabajando, nuevos medios de vida; y en segundo lugar, hay que poseer los medios necesarios para producir, los instrumentos de producción, los instrumentos de trabajo. Y, como es sabido, los obreros no poseen capital alguno ni medios de vida para sostenerse mientras trabajan, ni mucho menos los instrumentos todos de la industria, y no digamos los instrumentos de producción de la gran industria. Todos los capitales, o casi todos, se concentran en manos de unos cuantos individuos, en manos de los señores burgueses. ¿De dónde han de sacar, entonces, los obreros los capitales necesarios para crear nuevos capitales? ¡Ah, ése es precisamente el nudo gordiano de la cuestión, que sólo puede deshacer la espada! De grado, por las buenas, los señores burgueses no soltarán jamás sus capitales porque así convenga a los obreros. Por mucho que asomen a sus labios los tópicos del bienestar general, del bienestar de las clases trabajadoras, y otras frases filantrópicas por el estilo, es muy difícil que los filántropos burgueses lleven su filantropía hasta el amargo terreno de la verdad. *Una revolución:* he ahí la condición tácita que deberá abrir el camino. Será necesario demostrar a esos señores con argumentos *contundentes* —pues si no lo son no probarán nada— que no tienen más remedio que someterse a las medidas revolucionarias adoptadas por el Poder central que instauren los obreros.

Estas medidas pueden ser de dos clases: pueden conducir directamente al fin propuesto,

entregando a los obreros, para que los utilicen en la producción colectiva y en su propio interés, todos los instrumentos de producción, lo mismo los de la pequeña que los de la gran industria, o llevar poco a poco, gradualmente, a la meta perseguida. No es probable que después de una revolución puedan implantarse inmediatamente medidas directas, ya que, para sacar éstas adelante, será necesario, cuando menos, que la mayoría del pueblo esté de acuerdo en producir para la colectividad; y esta inteligencia sólo puede darse por supuesta, a lo sumo, en los obreros de la gran industria, y por tanto en una parte solamente de toda la población. En cambio, no puede caber la menor duda de que, triunfante la revolución del proletariado, se implantarán a lo menos aquellas medidas que ya hoy preconizan los demócratas. Estas *medidas* son: el impuesto progresivo sobre los capitales, la abolición total o parcial del derecho de herencia, la confiscación de todos los instrumentos ociosos de la producción, de todos los bienes de los príncipes, de la Iglesia, de la nobleza y demás propiedades a quienes la revolución prive de dueño en beneficio del pueblo, o sea: 1o., para fundar una industria y una agricultura colectivas y en gran escala en que puedan participar todos los que deseen trabajar; 2o., para la creación de institutos de educación nacional, en los que se instruya, a costa del Estado, teórica y prácticamente, toda la juventud, y 3o., para socorrer a todos los enfermos e inválidos. Pero estas medidas son ya, por naturaleza, puramente transitorias; no hacen más que preparar el terreno para un nuevo orden social, y pasan a segundo plano tan pronto como la nueva organización social se dibuja. Su eficacia es doble: negativa y positiva; negativa, en cuanto contribuyen a transformar la actual organización de la sociedad; positiva, en cuanto echan las bases para una industria colectiva, que abrigará en su seno condiciones de vida y de producción totalmente distintas a las de la sociedad actual. Aunque al principio sólo tomen parte en la industria colectiva los elementos arruinados por la concurrencia y en los primeros momentos que sigan a la revolución haya todavía un número considerable de gentes que vivan de los réditos o las ganancias de sus capitales, a la larga, en cuanto se implanten estas medidas, no habrá industria privada capaz de subsistir, y para hacer que la industria colectiva triunfe sobre la privada bastará con poner por obra aquellas sencillas medidas propuestas por los demócratas políticos, radicales. Se ha dicho, ciertamente, que la *industria del Estado* no puede competir con la industria privada. Y esto es verdad, pero lo es en tanto que la industria privada y la propiedad privada vivan protegidas por el Estado. En estas condiciones, ni el Estado posee los medios necesarios para explotar la industria en grandes proporciones ni la industria privada se ve afectada de tal modo en su raíz vital, en el capital, que se declare en ella la tisis galopante. El Estado industrial, en esas condiciones, incurre en contradicción consigo mismo al hacer la competencia a la industria privada a la par que le dispensa prolección; incurre, además, en contradicción con la opinión pública, deseosa de mantener en pie la industria privada, y finalmente con los intereses de todos aquellos que no forman parte del gobierno ni del aparato burocrático del Estado, pues mientras éste ampare la industria privada y se mantenga como Estado frente a la sociedad burguesa sus intereses no coincidirán, ni mucho menos, con los intereses del pueblo o de la sociedad, y por muy democrático que sea el gobierno en cuanto a su origen, sus

principios y sus intenciones, los intereses que abriga estarán siempre divorciados de los intereses del pueblo, y las medidas que adopte para reforzar los ingresos públicos, por medio de impuestos, confiscación de bienes y cualesquiera otros arbitrios comerciales y financieros, no tendrán más que un puro carácter fiscal, ni representarán, en el terreno económico, otra cosa que lo que representan en Prusia o en Rusia, si, además, tienden a proteger la industria privada y a mantener en pie la actual organización de la sociedad. En este caso, las medidas propuestas por los demócratas distarían mucho de responder al interés del pueblo y, lejos de representar un progreso, representarían un retroceso, así en el aspecto económico como en el aspecto político. En vez de realizar la soberanía y la autonomía administrativa del pueblo, tan largamente soñadas y jamás conseguidas, no harían más que preparar un tipo de gobierno ruso-turco, o mejor dicho, serían revocadas radicalmente tan pronto como se patentizase esa contradicción entre las medidas propuestas y los principios propugnados, los intereses del pueblo; y el viejo régimen de la burguesía, la antigua organización de la propiedad, con su "división de poderes", su libre concurrencia, su proletariado y su miseria, volvería a restaurarse, aun contra su voluntad. Soberanía popular e industria privada son dos términos antitéticos, perfectamente inconciliables, y es lógico que si se crea una industria del Estado dejando en pie al lado de ella la industria privada, ésta salga triunfante y circunscriba a la otra, como vencedora, a un área reducidísima, dentro de la cual sólo podrá vivir mortecinamente a fuerza de monopolios y leyes de excepción. Pero tan pronto como un gobierno instituido por el pueblo, en interés de éste, declare abiertamente la guerra a la propiedad privada, fundando una industria nacional grandiosa por cuenta colectiva, por cuenta de todos los que participen en ella con su trabajo; tan pronto como el Estado se procure los recursos necesarios para sostener esa industria popular grandiosa y colectiva mediante un impuesto progresivo sobre la propiedad privada, la restricción o abolición del derecho de herencia y otras medidas parecidas, todas las cuales vienen a lesionar a la industria privada en su raíz, en el capital; y finalmente, tan pronto como, además, esos recursos se inviertan en desarrollar, mediante un sistema de educación pública y gratuita, todas las capacidades de la generación que comienza, para conseguir de la juventud entera del país que esté en condiciones de emplear sus dotes y su talento en la industria colectiva, ¿qué porvenir no aguardará a ésta y cuál será la suerte que corra la industria privada? Esta carecerá en seguida de todos los elementos de que necesita para poder subsistir: capitales y hombres, empresas y obreros, recursos y ganancias. No es lícito atentar contra la propiedad privada por medio de impuestos progresivos o mediante la abolición del derecho de herencia, si no se tiende en última instancia a aboliría; de no ser así, no habrá más remedio que garantizar a la industria privada sus adquisiciones y alegrarse de ellas, si se quiere que florezca. Pero ¿puede la industria privada florecer, expansionarse con ninguna, ni con una sola, de las medidas que los demócratas políticos proponen?

Vemos, pues, que, implantadas aquellas medidas, no harán falta siquiera las bayonetas de los proletarios para proteger a la industria colectiva contra la concurrencia de la industria privada. Una de dos. O esas medidas de los demócratas no se implantan en lo

más mínimo, o la industria privada, el comercio privado, la especulación privada, en una palabra, todo lo que es y representa propiedad privada, se destruirá en el mismo grado en que empiecen a funcionar las instituciones creadas por esas medidas democráticas. Por eso estas medidas son, como hemos dicho, puramente transitorias, pasajeras y revolucionarias. Su parte positiva, la industria colectiva y la educación pública y gratuita, tendrán en sí mismas su razón de ser, una vez implantadas; no hará falta protegerlas con leyes ni con decretos, y bastará con cerrar el paso a su reverso, la industria privada y la deformación de la juventud; esta parte de las medidas revolucionarias se incorporará inmediatamente a la organización entera de la sociedad. En cambio, su parte negativa, el impuesto progresivo, las restricciones del derecho de herencia, etc., desaparecerán de raíz tan pronto como desaparezca la propiedad privada, y con ella la herencia.

Vemos, pues, que la pretendida "escisión en el campo de los demócratas", el divorcio entre los demócratas políticos, socialistas, organizadores del trabajo, etc., de un lado, y de otro los comunistas, no existe más que en la *mente* de los primeros, pero no en la *realidad,* es decir, en los hechos que habrán de producirse tan pronto como entren en funciones las medidas propuestas por ellos mismos, *a menos que los propios socialistas, demócratas y organizadores del trabajo, llegada la hora de la verdad, deserten de su propio programa, para no abrir con él el camino a las obligadas consecuencias comunistas.* Mas, con la misma facilidad que hemos descubierto las ilusiones que ellos se formaban de sus medidas pretendidamente socialistas y no comunistas, podremos demostrar que estas consecuencias se proyectan en el cerebro de los socialistas, demócratas y organizadores del trabajo con una faz muy distinta a la que presentan en la realidad. Dejamos para otro artículo el examen de estas consecuencias.

III

Los *demócratas políticos* retroceden ante las consecuencias obligadas de la revolución general, a la que aspiran, y de las medidas que ellos mismos propugnan para ser instauradas después del triunfo, en cuanto ven alzarse al fondo el "espectro": el "espectro de la sociedad", para decirlo con el señor Stirner, o el "espectro del comunismo", como suelen decir otros señores . Este miedo a los espectros se acredita en toda esa serie de cuadros sombríos que se trazan del comunismo y que, mirados a la luz del día, no son más que las sombras idealistas, espirituales y espiritistas de las razones —éstas sí muy corpóreas y medulares— que mueven al burgués a defender su propiedad privada, su industria privada y su privada especulación, como un asilo sagrado de su "personalidad" contra todo régimen colectivo de los instrumentos de producción. Proyectemos un poco de luz sobre estas sombras idealistas y veremos cómo desaparecen en cuanto el cuerpo del señor burgués deje el sitio al cuerpo de un proletario.

¿Qué faz presentan en la realidad las consecuencias comunistas de una revolución del proletariado y cómo se proyectan en la imaginación de los visionarios que ven fantasmas por todas partes?

En la realidad, esa revolución, que tiene por obligada consecuencia el comunismo, ha de ir precedida por un desarrollo enteramente industrial, por toda la historia de la

civilización. En la mente de los visionarios, el comunismo no es más que un "sistema" basado en "ciertos principios", que podría "implantarse" en todos los tiempos y en todos los lugares, aunque > en los tiempos de la prehistoria y en las selvas vírgenes con más facilidad que en tiempo ni en parte alguna, si no contradijese abiertamente a las "verdades eternas" del "sano sentido común del hombre", a las "ideas del derecho y de la libertad", etcétera, etc. En la realidad, son los intereses de la clase obrera oprimida, los intereses de los proletarios, los que, pugnando con los intereses de la clase gobernante, con los intereses de la burguesía, forman el movimiento comunista. En la mente de los ideólogos son nuevos principios que forcejean con los principios consagrados e imperantes; es una lucha que se libra en el terreno del espíritu y en que los espíritus buenos y entronizados triunfan sobre los malos y reprimidos. En la realidad, al estallar la revolución del proletariado, existe ya, como hemos visto, una plétora de instrumentos de producción, que con ayuda de la ciencia y la dirección técnica del trabajo pueden multiplicarse aun más sin esfuerzo alguno, siendo, por tanto, sencillísimo crear los medios necesarios para satisfacer las necesidades de cuantos quieran trabajar, tan pronto como una administración central, organizada por obreros, sustraiga a las manos de los particulares la producción y el intercambio de los productos, para hacerse cargo de ellos. En la mente de los' visionarios, la sociedad, abolida la propiedad privada, tendrá que perecer por la falta de los artículos más indispensables.

En la realidad, una vez transformado el régimen de producción, como necesariamente tiene que hacerlo la revolución del proletariado, con los instrumentos de producción de que entonces disponga la gran industria, no podrá seguirse hablando de distribución. En la mente de los ideólogos, abolida la propiedad privada, habrá que "distribuir" nuevamente los "bienes" que se quedan sin dueño. Finalmente, en la realidad no es, como hemos visto, la carencia, sino, por el contrario, la abundancia de las fuerzas productivas en relación con las fuerzas de consumo de la gran mayoría de la sociedad, la que entorpece a cada paso la producción. Son, por tanto, las fuerzas consumidoras las que hay que fomentar, para en seguida fomentar, sobre las necesidades crecientes de los consumidores, la producción. Desde el punto de vista económico y desde el punto de vista médico, lo importante es, a todas luces, que el pueblo consuma más y cosas mejores; y como lo único que se interpone ante esto es la industria privada, el comercio privado y la propiedad privada, es evidente que lo primero que un gobierno surgido de la revolución del proletariado tendrá que hacer será ir sustrayendo poco a poco de manos de los particulares los instrumentos de la producción, para hacer que ésta se rija en lo sucesivo por cuenta de la colectividad, con arreglo a las diferentes capacidades de los hombres y del suelo, y, finalmente, que el intercambio de lo producido, al igual que la producción, no siga discurriendo por los cauces de la especulación y del tráfico privado, sino por los que tracen las necesidades reales del pueblo.

Tales son, vistas en la realidad, las consecuencias comunistas primordiales de una revolución del proletariado. No negamos, ni mucho menos, que en sus comienzos también esta obra tendrá sus dificultades y sus lados sombríos. Ya dijo Saint-Just que las revoluciones no se hacen con agua de rosas, y mucho menos las revoluciones del

proletariado. Pero no son precisamente los que han de hacer la revolución los proletarios, sino los *contrarrevolucionarios,* los burgueses y sus gobiernos constitucionales y no constitucionales, quienes tienen motivos para temblar y retroceder ante los lados sombríos de semejante revolución, pues en última instancia, ¿no son ellos y sólo ellos los que ensombrecen con su presencia la revolución del proletariado? Jamás los señores se quejaron de "tiranía", de "dictadura", de "terrorismo". ¿Y cómo han de quejarse si son ellos, los señores burgueses, los contrarrevolucionarios, los que provocan el terrorismo en todas las revoluciones? ¿Qué libertad personal corre el riesgo de sucumbir? La de los señores por la gracia de Dios y del dinero, que conspirarán por restaurar el viejo régimen social, bajo el cual vivían tan a gusto. ¿Quién descuidará y rehuirá como la peste el trabajo que ha de rendirse para satisfacer las necesidades primeras y más apremiantes del pueblo, quién huirá de este deber primordial, el más hermoso de cuantos pesan sobre los individuos de una sociedad democrática? ¿Quién sino el haragán, acostumbrado a vivir espléndidamente del trabajo de otros?

Veamos ahora cómo se reflejan estos recelos harto razonables de nuestros actuales potentados en la fantasía de los ideólogos que no disfrutan de potencia alguna.

La repugnancia de los grandes señores a trabajar se convierte, reflejada en el cerebro de los ideólogos, en un "principio": el hombre es indolente por naturaleza; el miedo de los señores burgueses a que se atente contra su cara personalidad se erige en esos cerebros en el "principio de la personalidad", incompatible con el "principio comunista"; para decirlo brevemente, el temor, perfectamente fundado, de los potentados y los poseedores ante un movimiento comunista, se trueca, en quienes no tienen nada que perder, como no sean sus ilusiones, en el temor ridículo a que se arrollen ciertos indicios en que ellos creen ver los "fundamentos eternos" de toda sociedad, y que no son, en realidad, más que otros tantos productos de la época social transitoria en que vivimos. Veámoslo en un ejemplo:

Los adversarios idealistas del comunismo, esos pobres diablos que, sin ser burgueses, se desgañitan hablando de que el "principio comunista" viola el "principio de la libertad personal", no se dan cuenta de una cosa: de que lo que viola el comunismo, lo que perecerá en el movimiento comunista del proletariado, es la libertad personal de unos cuantos caballeros. ¿Pero es que esos caballeros constituyen "principios"? ¿Y de dónde sacan los ideólogos la idea de que un "principio" puede violarse? No vemos que reputen violado el "principio de la libertad personal" porque en una república, por ejemplo, los representantes del pueblo se vean obligados a desatender su casa y sus intereses para desempeñar las funciones parlamentarias, ni porque los ciudadanos estén obligados a servir determinado tiempo en el ejército. ¿Por qué ponen el grito en el cielo, clamando por la violación del "principio de la libertad" cuando se pretende hacer que las personas capaces de trabajar vengan obligadas a ello, con arreglo a sus posibilidades, determinado tiempo y. bajo determinadas circunstancias? Para comprender estos "reparos de principio" nos basta con remontarnos a los orígenes, a la fuente histórica de los principios modernos de libertad. Estos principios se formaron en una época de la historia en que era una apremiante necesidad emanciparse de los vínculos feudales que en la semicivilizada

Edad Media habían sido necesarios para la vida social, pero que luego, al progresar la civilización, cuando las nuevas rutas y los nuevos medios de comunicación unieron entre sí a los pueblos y surgió el moderno comercio mundial, a la par con la industria moderna, se tomaron en otros tantos obstáculos para el desarrollo de la civilización. La libre concurrencia se convirtió en una necesidad generalmente sentida, y esta necesidad engendró las ideas revolucionarias de Libertad, Igualdad y Fraternidad. Y del mismo modo que por igualdad se entendía entonces la equiparación ante la ley, por fraternidad la abolición del régimen gremial y de estamentos y de todas las demás trabas que entorpecían el comercio entre los países —es decir, que la igualdad y la fraternidad de aquellos tiempos no eran precisamente las que predican los humanistas de hoy—, por libertad no se entendía, ni mucho menos, esa libertad general vaga e inefable de los idealistas y los humanistas modernos, sino una libertad muy concreta y muy conocida: la libre concurrencia, que por aquellos tiempos, sin embargo, no había acusado todavía bastante su carácter, hoy bien conocido y determinado, sino que se presentaba todavía rodeada de ese nimbo de interés colectivo y de esos homenajes de la opinión pública que son inherentes a todas las tendencias del progreso. Las ideas revolucionarias de ayer son las ideas conservadoras de hoy, pues aquello por lo que entonces había que luchar se ha convertido en la propiedad que hay que defender.

Quien hoy, cuando la burguesía "realiza" del modo más desembarazado del mundo y en su propio provecho la "idea" de la libre concurrencia, cuando millones y millones de trabajadores son explotados a la sombra de ese "principio"; quien hoy abogue por ese principio de libertad y saque de él sus dividendos, no tiene —cualquier niño lo ve— nada de revolucionario. Pero tampoco supone peligro alguno para lo existente quien, sin obtener de él dividendo alguno, abogue por el principio de la libertad: por mucho que truene contra los conservadores no será más que un abogado suyo si pretende hacer valer ese principio contra cuantos tienen declarada la guerra, en interés del pueblo, a la libertad burguesa, a la libertad del burgués y de la burguesía. No otra cosa hacen, en efecto, esos ideólogos que tremolan ante los comunistas el "principio de la libertad personal". Ellos no saben, naturalmente, que con esa idea profunda no hacen más que tremolar ante los proletarios oprimidos las "verdades eternas" de la clase burguesa gobernante. El ideólogo abraza las ideas dominantes y las ideas de los dominadores con fe tanto más ciega cuanto más ideólogo es, cuanto más ignora la concatenación de las ideas entre sí y con las situaciones materiales de que brotan, cuanto menos conoce la historia de sus orígenes y la historia en general; en una palabra, cuanto mayor es su ceguera. ¿Qué es lo que caracteriza al ideólogo en general? La fe en las ideas, en la eternidad y en la virtud propia de las "verdades absolutas". La verdad, que no es nunca más que la verdad de una situación, la expresión verdadera de las condiciones que determinan esa situación y sin las cuales esa verdad sería contradictoria consigo misma, se' negaría y destruiría —es decir, que no existiría—, se convierte en la mente del ideólogo en algo que no dice relación alguna a condiciones materiales concretas, sino a sí misma. De dos modos puede el ideólogo abstraerse de las condiciones materiales: unas veces conoce las condiciones reales y deduce de ellas su verdad, pero estableciendo

esta deducción sin relación alguna con las condiciones de las que se trata, es decir, de un modo abstracto; otras veces, lo único que conoce son estas abstracciones, que ha estudiado a fondo, filosóficamente, en su concatenación. Tanto en uno como en otro caso es un ideólogo científicamente formado, un filósofo. Pero hay, además, toda una masa de ideólogos que ni conocen las condiciones de la realidad ni han estudiado su filosofía. No saben siquiera cómo nacieron en ellos sus ideas. Se han limitado a tomar y asimilarse de las opiniones dominantes, de las verdades consagradas en su tiempo, por medio de sus cinco sentidos, todo aquello que el sano sentido común del hombre es capaz de digerir sin esfuerzo ni estudio. Y cuanto más desconocen su relación con otras "verdades eternas" del pasado y con los hechos materiales de que son expresión teórica, más se aferran, teniéndolas por "verdades eternas", a esas ideas inocentemente asimiladas. Y si se les reprocha su ignorancia apelan a sus cinco sentidos sanos y cabales, a su sano sentido común. Y en efecto, el sano sentido común está muy bien cuando cumple con sus funciones. Pero sí no se le destina a conocer ante todo aquello de que se juzga, por mucho sentido común que se tenga se profesarán juicios erróneos, necios y presuntuosos al mismo tiempo, y brotarán, quiérase o no, esas tendencias inconscientemente reaccionarias que se oponen al movimiento real del pueblo, como los "principios" de sus opresores, aunque haya habido un tiempo en que estos filántropos acaudillasen el movimiento popular y en que, por tanto, sus ideas eran las ideas del progreso.

¿Qué conducta se adoptó en el siglo pasado, en una época en que las ideas de la burguesía eran todavía ideas de progreso, frente a las ideas feudales, frente a los principios, las virtudes y las verdades eternas? ¿Qué conducta se adopta todavía al presente en países como Prusia, en que sigue imperando un rey caballeresco y rigen aún condiciones feudales de vida, donde los secuaces de éstas oponen al movimiento liberal de la burguesía el principio caballeresco de la fidelidad y la lealtad, etc.? ¿Qué actitud adopta, preguntamos, la burguesía frente a los principios feudales, que también en su tiempo fueron "verdades eternas" y que aún lo son hoy en alguna que otra parte? No cree que merezca siquiera la pena combatir teóricamente esos "principios"; se limita a dar, siempre que puede, pruebas *efectivas* de su *desconfianza,* negándose a autorizar ni un céntimo de crédito al monarca absoluto. Y si, de tarde en tarde, la prensa liberal se digna parar la atención en el "principio" caballeresco de la lealtad, no es más que para burlarse humorísticamente de este "principio".

La burguesía liberal no espera de los proletarios y los comunistas otra conducta para con sus "verdades eternas" *burguesas.* Los proletarios y los comunistas no creen tampoco que valga la pena combatir teóricamente esas "verdades". También ellos se contentarán, llegado el momento —tan pronto como el proletariado tenga en su mano los medios necesarios para abolir la industria privada—, con aportar la prueba *efectiva* de que los principios burgueses se han terminado. Frente a la verdadera burguesía, los proletarios se comportarán como frente a un enemigo a quien no se trata de refutar teóricamente, sino de anular prácticamente. Y por lo que a los inofensivos teóricos de la burguesía se refiere, su conducta será puramente humorística; no se molestarán en

refutar seriamente sus objeciones, sino que las tomarán a broma y se burlarán de ellas. En un país como Alemania, donde todavía impera el viejo súbdito, leal y piadoso, es indudable que los súbditos desposeídos estarán siempre dispuestos a aliarse con los súbditos poseedores, para mermar un poco los privilegios de las alturas, pero ¿de qué les sirve a nuestros patriotas su buena disposición de ánimo? Los súbditos acomodados son ya demasiado cobardes para unirse con los súbditos desposeídos y luchar juntos por una revolución. Su odio *ciudadano* contra sus opresores va viéndose ya paralizado por su miedo *doméstico* a sus oprimidos; no, de su suave oposición no hay que esperar revolución alguna. Pero de eso no tienen la culpa precisamente los proletarios ni los comunistas alemanes, que, como queda dicho y es sabido, están siempre dispuestos a lanzarse a una revolución en la que no tienen nada que perder y todo lo pueden ganar; de eso no es culpable individualmente nadie, como se imaginan los que no saben nada de nada, más que lo que su "sentido común" les enseña; aquí no hay más culpable que la verdadera desdicha alemana, que ha hecho que Alemania, no estando todavía preparada para una revolución que pueda afrontar por sí solo el proletariado, está ya más que preparada, madura, pasada, podrida y putréfacta para una revolución hecha con las fuerzas aliadas del proletariado y la burguesía. El antagonismo entre estas dos clases, que en Alemania no está todavía lo bastante desarrollado para engendrar una revolución *proletaria* sin impulso alguno de fuera, lo está más de la cuenta para abrir la perspectiva de una revolución *burguesa,* revolución que sólo puede surgir allí donde ese antagonismo de las dos clases hostiles dormita todavía, como ocurrió en la Revolución francesa. La burguesía alemana, que ha mordido ya demasiado en el fruto prohibido de esta revolución burguesa para sacar adelante una revolución que reclama toda la inocencia y el entusiasmo de la juventud, ha mordido, en cambio, demasiado poco para poder conquistar el Poder político sin revolución; la burguesía alemana, que ha acertado a crear en el seno de una sociedad feudal una industria moderna lo suficientemente fuerte para refrenar los antojos feudales de sus señores altos e inasequibles, es, sin embargo, demasiado débil todavía para poder satisfacer sus propios antojos; la burguesía alemana, impotente en el mercado mundial frente a sus competidores extranjeros, que se le han adelantado demasiado para que pueda darles alcance ni mucho menos dejarlos atrás, impotente asimismo para hacer triunfar sus intereses dentro del país contra los señores de todos los grados de la jerarquía, incapacitada para existir y desarrollarse bajo el régimen de todas esas señorías y demasiado cobarde e indolente, sin embargo, para aliarse con el pueblo sometido a ella y hacer con él la revolución, nuestra burguesía parece estar condenada a fluctuar, sobre las aguas tranquilas de la miseria alemana, entre la esperanza y el temor, hasta que la tempestad estalle en el Occidente y las olas del proletariado, alzándose espumeantes del fondo del mar, barran juntas a la monarquía, la aristocracia y la clase burguesa.

Dejemos a la burguesía alemana y a la miseria alemana confiadas a su destino y volvamos la mirada a esa tormenta que se avecina y a las consecuencias que de ella habrán de derivarse.